

TESE DE DOUTORAMENTO

INMIGRANTES Y LIBERTARIOS.

LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN EL

ORIGEN DEL ANARQUISMO CUBANO

(1850-1895)

Javier Colodrón Valbuena

ESCOLA DE DOUTORAMENTO INTERNACIONAL

PROGRAMA DE DOUTORAMENTO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA

SANTIAGO DE COMPOSTELA

ANO 2018



DECLARACIÓN DO AUTOR/A DA TESE

**Inmigrantes y libertarios. La presencia española en el origen del
anarquismo cubano (1850-1895)**

D./Dna. Javier Colodrón Valbuena

Presento a miña tese, seguindo o procedemento axeitado ao Regulamento, e declaro que:

- 1) A tese abarca os resultados da elaboración do meu traballo.
- 2) De selo caso, na tese faise referencia ás colaboracións que tivo este traballo.
- 3) A tese é a versión definitiva presentada para a súa defensa e coincide coa versión enviada en formato electrónico.
- 4) Confirmo que a tese non incorre en ningún tipo de plaxio doutros autores nin de traballos presentados por min para a obtención doutros títulos.

En Santiago de Compostela, 30 de julio de 2018.

Asdo. J. Colodrón Valbuena



AUTORIZACIÓN DO DIRECTOR / TITOR DA TESE

Inmigrantes y libertarios. La presencia española en el origen del
anarquismo cubano (1850-1895)

D./Dna. M^a del Pilar Cagiao Vila

INFORMA:

Que a presente tese, correspóndese co traballo realizado por D. Javier Colodrón Valbuena baixo a miña dirección, e autorizo a súa presentación, considerando que reúne os requisitos esixidos no Regulamento de Estudos de Doutoramento da USC, e que como director desta non incorre nas causas de abstención establecidas na Lei 40/2015.

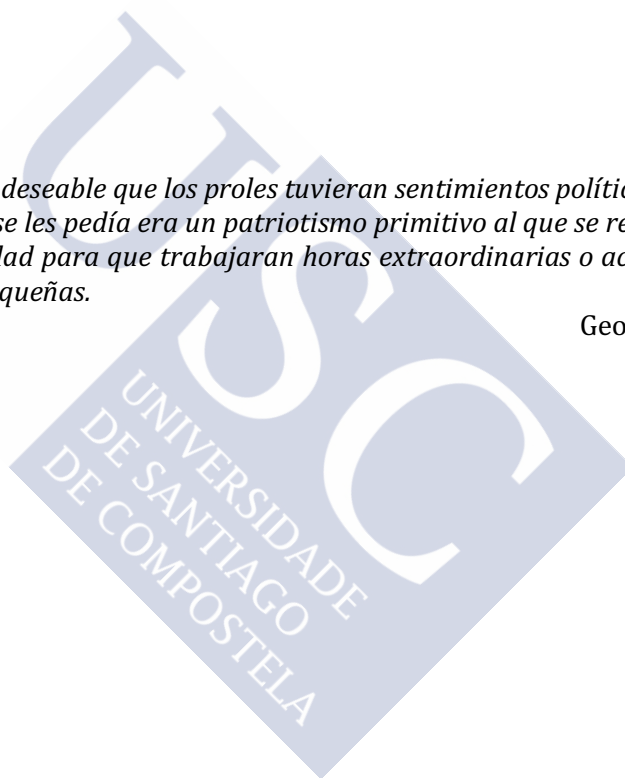
En Santiago de Compostela, 30 de julio de 2018

Asdo. M^a del Pilar Cagiao Vila.



No era deseable que los proles tuvieran sentimientos políticos intensos. Todo lo que se les pedía era un patriotismo primitivo al que se recurría en caso de necesidad para que trabajaran horas extraordinarias o aceptaran raciones más pequeñas.

George Orwell. 1984.





AGRADECIMIENTOS

A pesar de lo obvio de esta afirmación, es de justicia reconocer que la tesis doctoral que aquí se presenta no podría haberse llevado a cabo sin la dirección de Pilar Cagiao Vila. Allá por el año 2012, tan cercano y tan lejano a la vez, en la primera clase de máster que compartí con ella, Pilar consiguió despertar mi interés por los movimientos migratorios mediante el tratamiento de unos textos referentes a experiencias de emigrados que me resultaron tan fascinantes como emotivos. Tras este primer acercamiento decidí indagar más acerca de la diáspora gallega acaecida entre finales del siglo XIX y principios del XX, lo que dio como resultado un contacto más frecuente con la profesora Cagiao y la proposición de elaborar un TFM que aunara Estudios Migratorios y Literatura Gallega. El reto, para un guardense recién llegado a Galicia y total desconocedor del idioma, resultaba considerable, pero la confianza y el apoyo de mi directora facilitaron mucho una labor que terminó por ser tan bonita como enriquecedora. De esta primera toma de contacto con el mundo migratorio comenzaron a surgirme nuevos interrogantes que mayoritariamente giraron alrededor de Cuba y de la participación de los expatriados en el movimiento obrero insular. Así empezó a fraguarse una tesis doctoral donde la confianza, los consejos y la fuerza contagiosa característica de Pilar volvieron a ser clave. No solamente accedió a dirigirla, sino que también me dio la oportunidad de participar en congresos y publicaciones, así como de entrar a formar parte de esa gran familia que es el grupo Histamérica. Sin su ayuda nunca hubiera podido viajar a Cuba, entrar en contacto con fantásticos investigadores cubanos ni consultar los impresionantes fondos sobre los que se asienta esta tesis. Gracias, Pilar, por todo, pero sobre todo gracias por tu amistad y por cruzarte en mi camino en un momento de duda que animaste a encauzar por la senda de la investigación histórica; has hecho por mí más de lo que imaginas.

Igualmente agradecido le estoy al profesor Eduardo Rey Tristán quien, pese a no constar como supervisor de manera oficial, ha sido parte imprescindible en todo este proceso formativo y personal. Como el otro gran cimiento del edificio *histamericanista*, siempre ha estado ahí, contando conmigo para participar en congresos, publicaciones y viajes y brindándome un apoyo que para mí ha sido primordial a todos los niveles. Muchas gracias Eduardo por todo, por las clases de máster que despertaron mi interés por las revoluciones en América, por los consejos, por los materiales, por tu amistad y tu cercanía. Gracias también a Patricia Calvo, primeramente, por ser como es y después por su constante ayuda, comprensión y ejemplo. Quisiera agradecerle Patri el contar conmigo para tantas cosas y el poder contar contigo siempre: eres tan buena compañera como persona y amiga. Gracias a Andrea Alcántara, con quien inicié esta andadura doctoral que ahora termina y con quien pude compartir no solamente una inolvidable estancia al otro lado del Atlántico sino también las penas y alegrías que ineludiblemente acompañan a todo este proceso de investigación. Gracias a todo el resto de la familia de Histamérica, Valeria, Eudald, Guille, José Manuel, Lisandro, Ruxandra, Philip y Jonathan, con quienes he podido compartir experiencias positivas en diferentes encuentros académicos. Nieves, compañera onubense, siempre me has brindado tu ayuda y tu cariño: gracias por acercarme a Galicia ese tesoro que es el Archivo General de Indias. Y gracias también a la profesora María Luisa Martínez de Salinas, quien inculcó por primera vez en mí toda esta pasión por el Americanismo.

Como esta investigación tiene un doble componente geográfico mis agradecimientos, al igual que *mis emigrantes* decimonónicos, tienen que cruzar el charco y atracar en Cuba.

Primeramente, quisiera agradecer a D. Sergio Guerra su labor de coordinación a mi llegada a la Isla, que me permitió conocer los distintos archivos y bibliotecas a los que me debía dirigir, además de poder establecer contacto con los investigadores más especializados en la temática que deseaba abordar. De este modo entró en mi vida alguien que desde entonces se convertiría no solo en un gran apoyo para mi investigación, sino en una verdadera amiga: Angelina Rojas. Gracias Angelina por tu asesoramiento, por abrirme las puertas de tu hogar, por esas charlas y, sobre todo, por tu bondad. Del mismo modo debo agradecer la ayuda de Mildred de la Torre, con quien pude compartir grandes conversaciones al vaivén de una mecedora y descubrir la común fascinación de ambos por el idealismo casi ingenuo de aquellos *locos anarquistas* que pretendían cambiar el mundo hace un siglo y medio. Gracias a mis bibliotecarias favoritas, Jenny y Elizabeth, por hacer que mi paso por el Instituto de Historia de Cuba fuese tan fructífero como inolvidable, y a Julito por facilitar mi trabajo en el Archivo Nacional de Cuba y amenizar mis momentos de descanso con análisis sobre los partidos de nuestro querido Real Madrid. A D. Eduardo Torres Cuevas, quien puso a mi disposición todos los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí, que de tanta ayuda resultaron en mi tesis. Y, finalmente, a Imilcy Balboa, una investigadora a quien, pese a residir en España, conocí de una manera casual en las escaleras del ANC y que me ayudó en todo lo que pudo.

Asimismo, no puedo dejar de mostrar mi agradecimiento a todos los investigadores con los que he podido intercambiar conversaciones a lo largo de esta investigación. Amparo Sánchez Cobos me mostró el camino y me facilitó diversos materiales, Eliseo Fernández me cedió algunos números de *El Productor*, Joan Casanovas, José Antonio Vidal y Dionisio Pereira fueron siempre amables y diligentes. A todos ellos, gracias.

Por último, y teniendo en cuenta que la elaboración de una tesis transgrede los límites de lo puramente académico para introducirse en el plano de lo anímico y pasional, querría dar las gracias a todas aquellos que, sin participar en lo estrictamente profesional, han hecho posible esta tesis. Me siento orgulloso de poder agradecer y dedicar este trabajo a mis padres, José Luis y María Jesús, y a mi hermano Dani, que me han apoyado, aguantado y me han hecho sentir la persona más querida del mundo. A Laura, quien, además de hacer las veces de correctora lingüística, soporta día a día mis inseguridades y mis cambios de humor con ese amor y esa alegría que me permiten seguir adelante. A César, Luis, Jared, Rubo, Gito, Lola, Rubio y el resto de *momias* que hicieron de esta una etapa algo más llevadera.

En definitiva, gracias a todas aquellas personas que, de manera directa o indirecta, profesional o afectiva, han contribuido a que esta tesis doctoral pudiese llevarse a buen puerto. Pido además disculpas a quien pudiera haber sido olvidado en estas líneas; espero que sepáis perdonarme y que comprendáis que también habéis formado parte de todo esto.

Santiago de Compostela, 30 de julio de 2018.

RESUMEN

La presente tesis doctoral aborda el papel jugado por los inmigrantes españoles en el desarrollo y consolidación del anarquismo en Cuba. Debido a la enorme complejidad de un movimiento como el libertario, que abarca aspectos sociales, económicos, laborales y políticos, este trabajo ha tenido que centrar su análisis en diversos focos relacionados entre sí: contexto histórico, anarquismo español, anarquismo cubano, prensa anarquista y documentos judiciales y policiales.

En el plano metodológico, la investigación histórica ha sido apoyada por los mecanismos que ofrecen la Sociología y las Ciencias de la Comunicación, que han sido de enorme ayuda a la hora de sortear los vacíos documentales inherentes a la actividad de un movimiento, el anarquista, que oscila siempre entre los límites de la legalidad y la clandestinidad. La posibilidad de utilizar estas herramientas para analizar fuentes hemerográficas y cotejarlas con los informes gubernamentales de la época ha permitido establecer una serie de conclusiones que contribuyen a un conocimiento más completo del trasvase ideológico-cultural presente en el proceso migratorio estudiado.

El hecho de que las llamadas migraciones masivas coincidiesen cronológicamente con la consolidación del anarquismo como principal corriente ideológica dentro del movimiento obrero español invita a pensar que fueron los emigrados españoles quienes propiciaron la irrupción del socialismo moderno en Cuba, pero ¿fue realmente así? ¿Qué funciones desempeñaron estos peninsulares dentro del obrerismo cubano? ¿Participaron activamente? ¿Fundaron instituciones? ¿Copiaron el modelo español? Estos son los interrogantes a los que la presente tesis doctoral dará respuesta.

PALABRAS CLAVE: Cuba, Anarquismo, Migraciones, Movimiento Obrero.

RESUMO

A presente tese doutoral aborda o papel xogado polos inmigrantes españois no desenvolvemento e consolidación do anarquismo en Cuba. Debido á enorme complexidade dun movemento como o libertario, que abarca aspectos sociais, económicos, laborais e políticos, este traballo centrou a súa análise en diversos focos relacionados entre si: contexto histórico, anarquismo español, anarquismo cubano, prensa anarquista e documentos xudiciais e policiais.

No plano metodolóxico, a investigación histórica foi apoiada polos mecanismos que ofrecen a Socioloxía e as Ciencias da Comunicación, que foron de enorme axuda á hora de sortear os baleiros documentais inherentes á actividade dun movemento, o anarquista, que oscila sempre entre os límites da legalidade e a clandestinidade. A posibilidade de utilizar estas ferramentas para analizar fontes hemerográficas e cotexalas cos informes gubernamentais da época permitiu establecer unha serie de conclusións que contribúen a un coñecemento máis completo do transvasamento ideolóxico-cultural presente no proceso migratorio estudado.

O feito de que as chamadas migracións masivas coincidisen cronoloxicamente coa consolidación do anarquismo como principal corrente ideolóxica dentro do movemento obreiro español invita a pensar que foron os emigrados españois quen propiciaron a irrupción do socialismo moderno en Cuba, pero foi realmente así? Que funcións desempeñaron estes peninsulares dentro do obreirismo cubano? Participaron activamente? Fundaron institucións? Copiaron o modelo español? Estes son os interrogantes aos que a presente tese doutoral dará resposta.

PALABRAS CHAVE: Cuba, Anarquismo, Migracións, Movemento Obreiro.

ABSTRACT

This doctoral thesis focuses on the role played by Spanish immigrants in the development and consolidation of anarchism in Cuba. Due to the enormous complexity of a movement such as the libertarian, which encompasses social, economic, labour and political aspects, this work has had to concentrate its analysis on several related foci: historical context, Spanish anarchism, Cuban anarchism and anarchist press, besides judicial and police documents.

On the methodological level, historical research has been supported by the mechanisms offered by Sociology and Communication Sciences. These disciplines have been of enormous help in dealing with the documentary gaps inherent to the activity of the anarchist movement, that always oscillates between the limits of legality and secrecy. The possibility of using these tools to analyse newspaper sources and to compare them with the governmental reports of that time has allowed to establish a series of conclusions that contribute to a more complete knowledge of the ideological-cultural transfer in that migratory process.

The fact that the so-called 'mass migrations' coincided chronologically with the consolidation of anarchism as the main ideology within the Spanish labour movement suggests that the Spanish emigrants propitiated the emergence of modern socialism in Cuba. But was it truly so? What functions did the Spanish people play in Cuban labour movement? Did they participate actively? Did they found institutions? Did they copy the Spanish model? These are the questions to which this doctoral thesis will answer.

KEYWORDS: Cuba, Anarchism, Migrations, Labour Movement.

ÍNDICE

ÍNDICE DE SIGLAS Y ABREVIATURAS.....	15
1. INTRODUCCIÓN.....	17
1.1. Objetivos e hipótesis de la investigación.....	20
1.2. Marco de análisis.....	21
1.3. Fuentes.....	25
1.4. Metodología.....	29
1.5. Estado de la cuestión.....	32
1.5.1. Caracterización de la producción.....	32
2. CONTEXTOS HISTÓRICOS.....	43
2.1. Sociedad: Cuba en la segunda mitad del siglo XIX.....	45
2.2. España: hervidero libertario. Sociedad y anarquismo en la metrópoli decimonónica.....	61
2.2.1. ¿Por qué anarquistas? Factores que determinaron la elección de un modelo de acción colectiva.....	70
3. ANTECEDENTES DEL ANARQUISMO EN CUBA.....	81
3.1. Los planteamientos “pre-anarquistas” llegan a Cuba: los inicios de la prensa obrera y <i>La Aurora</i>	85
3.2. Del gremio a la Sociedad: un nuevo modelo asociacionista germina en Cuba....	104
3.2.1. Del dicho al hecho. La influencia de la prensa en el cambio estratégico y conceptual de la clase obrera.....	116
3.3. Un paréntesis forzoso: la Guerra de los Diez Años y la organización obrera.....	122
3.3.1. Estados Unidos como pieza fundamental en el surgimiento del anarquismo en Cuba.....	135
4. LA RADICALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO: DEL ANARQUISMO CLÁSICO AL NACIONALISMO LIBERTARIO.....	139
4.1. Asociacionismo y obrerismo.....	144
4.2. El anarquismo entra en juego: la Junta Central de Artesanos, <i>El Obrero</i> y Enrique Roig San Martín.....	159
4.3. La edad de oro del anarquismo cubano: el Círculo de Trabajadores, <i>El Productor</i> y los Congresos Obreros de Cuba.....	180

5. LIBERTARIOS CUBANOS: ¿INDEPENDIENTES O INFLUIDOS?.....	213
5.1. El flujo migratorio España-Cuba.	215
5.2. El anarquista español en Cuba: aproximación a un perfil.	228
5.3. Primera etapa: Cuba como receptora del anarquismo español.....	249
5.4. Segunda etapa: Cuba opta por su propia vía.....	274
 6. CONCLUSIONES.....	 291
 BIBLIOGRAFÍA.....	 301
 ANEXOS.....	 319
 RELACIÓN DE EMIGRADOS IMPLICADOS EN EL ANARQUISMO CUBANO.	 355



ÍNDICE DE SIGLAS Y ABREVIATURAS.

AGI	Archivo General de Indias.
AGP	Archivo General de Palacio.
AHC	Instituto de Historia de Cuba.
AHN	Archivo Histórico Nacional.
AIT	Asociación Internacional de Trabajadores.
ANC	Archivo Nacional de Cuba.
BNJM	Biblioteca Nacional José Martí.
FRE	Federación Regional Española de la AIT.
FTRE	Federación de Trabajadores de la Región Española.
GORT	Gremio de Obreros del Ramo de las Tabaquerías.
IISH	International Institute of Social History.
JCA	Junta Central de Artesanos de La Habana.
JCT	Junta Central de Trabajadores.
PD	Partido Democrático.
PF	Partido Fusionista.
PLA	Partido Liberal Autonomista.
PLC	Partido Liberal de Cuba.
PR	Partido Reformista.
PRC	Partido Revolucionario de Cuba.
PUC	Partido Unión Constitucional.
UFT	Unión de Fabricantes de Tabacos.



1. INTRODUCCIÓN





Como acertadamente expresa Carlos Taibo en su libro *Repensar la Anarquía* (2014), en la actualidad estamos asistiendo a un renacimiento de las ideas y las prácticas libertarias. Las recientes situaciones de crisis internacionales han puesto en jaque el tradicional sistema de representación parlamentaria provocando el desencanto de una población que exige explicaciones a aquellos en los que confiaron la toma de decisiones por juzgarlos culpables de un aparente colapso del idílico Estado de Bienestar. Con las “miserias del presente” ha ido floreciendo entre la sociedad del acelerado siglo XXI un intento de retomar el espíritu de solidaridad y lucha de tiempos anteriores, concepciones antiguas que, reformuladas y adaptadas a la realidad imperante, se difunden entre las masas gracias al dinamismo difusor que otorga la Era de las Telecomunicaciones.

No es algo nuevo, sin embargo, que en una sociedad donde los conceptos económicos han primado sobre los criterios sociales se produzca una “crisis de fe” en el sistema y que ello provoque la adopción por parte de los más desfavorecidos de unos planteamientos radicales orientados a la destrucción de las estructuras existentes. Así, en otra coyuntura repleta de complejidades fue donde el anarquismo dio sus primeros pasos. En el siglo XIX, cuando las clases trabajadoras comenzaron a tomar conciencia de ellas mismas, gracias sin duda a los aportes teóricos de los grandes intelectuales del momento, surgieron las primeras formaciones destinadas a terminar con el sistema sociolaboral existente basado en la desigualdad y la jerarquía. Entre los diferentes modelos teorizados para conseguir la tan ansiada emancipación de la clase obrera destacó, por su radicalismo y desprecio por cualquier tipo de institución oficial, el anarquismo. Si bien es cierto que en la mayoría de países fue discriminado y definido en multitud de ocasiones como utópico y fantasioso, el anarquismo encontró en algunos puntos del sur de Europa – principalmente en España e Italia- un grado considerable de aceptación por parte de las empobrecidas masas del proletariado. En una época en la que los *factores pull-push* y los mecanismos posibilitadores de la migración crearon unas condiciones favorables para el masivo éxodo transatlántico huelga decir que estos dogmas tardaron poco tiempo en cruzar el charco e instaurarse en las sociedades americanas. En el caso particular de Cuba, por su condición de colonia española, no cabe duda de que la influencia de las tendencias obreristas del Viejo Mundo incidió de una manera especial sobre los trabajadores de la Isla, quienes ya se encontraban bajo el influjo de una nación europea en los demás aspectos de su vida cotidiana. Pero ¿fueron los emigrados españoles quienes orquestaron y dirigieron personalmente el nacimiento del movimiento obrero en la “siempre fiel Isla de Cuba” o, por el contrario, fueron los propios cubanos los encargados de guiar a los trabajadores insulares en la búsqueda de su codiciada emancipación?

Esta es, en esencia, la pregunta que marca el comienzo de una tesis doctoral que, utilizando planteamientos metodológicos procedentes de diversas disciplinas, pretende analizar el grado de influencia de los anarquistas españoles en el origen de un movimiento libertario que capitaneó el obrerismo cubano decimonónico. El marco cronológico del

estudio coincide con la segunda mitad del siglo XIX, periodo que, debido a la intensidad y diversidad de la acción política, fue clave en el desarrollo de las tendencias ideológicas y discursivas que dominaron buena parte del siglo XX en la Mayor de las Antillas. Ese grado de complejidad que constantemente parece acompañar a cada suceso acaecido en Cuba, donde nunca nada es tan simple como parece, se ve multiplicado en una centuria en la que el mundo muta a nivel sociopolítico con una celeridad sin precedentes, convirtiendo al siglo XIX en una etapa tan interesante como inestable. Esta tesis pretende ofrecer, por tanto, un nuevo aporte al conocimiento desde diversos puntos de vista, que abarcan tanto el fenómeno de las migraciones como el de los movimientos sociales de la Cuba decimonónica. Para ello se utiliza un prisma interdisciplinar que entendemos resulta imprescindible para comprender la interactuación de una gran variedad de factores.

1.1. Objetivos e hipótesis de la investigación.

Existen dentro de la historiografía numerosas referencias al carácter ácrata que presenta el movimiento obrero cubano en sus orígenes. Son comunes también las alusiones a una supuesta participación española en la concienciación y el adoctrinamiento de las masas trabajadoras insulares. Sin embargo, para el caso de Cuba, no existe entre la copiosa bibliografía destinada al análisis del obrerismo una sola página dedicada a demostrar de una manera profunda y científica si, efectivamente, existió una verdadera influencia de la inmigración en este fenómeno, y menos aún, como deriva de lo anterior, un solo estudio que indague sobre el grado de implicación que esta tuvo dentro de las organizaciones obreras de propensión libertaria. Este es precisamente el objetivo de la presente tesis: analizar desde un plano interdisciplinar, que abarque postulados de la Historia, la Sociología y la Filosofía, el grado de influjo que los movimientos migratorios ejercieron sobre el primer anarquismo cubano, así como las características propias que derivan de esta posible transmisión de ideas.

Este planteamiento desemboca, inevitablemente, en la formulación de una serie de preguntas a las que se intentará dar respuesta con el fin de llenar un vacío historiográfico imprescindible para la correcta comprensión de la Historia del movimiento obrero cubano y de los movimientos migratorios del siglo XIX: ¿fueron influyentes las migraciones en la llegada del anarquismo a Cuba?, ¿hasta qué punto su condición de colonia española resultó primordial a la hora de recibir influencia ideológica de los peninsulares?, ¿fue el anarquismo cubano una mera reproducción del movimiento español?, ¿jugaron los emigrados un papel activo y significativo en la formación y desarrollo de las organizaciones obreras de corte ácrata?, ¿qué medios de divulgación se utilizaron?

Para llevar a cabo una correcta y exhaustiva investigación que dé respuesta a todos los interrogantes derivados de la temática escogida, nos propusimos una serie de objetivos:

- Verificar el origen anarquista del movimiento obrero cubano mediante un análisis completo y minucioso de los reglamentos de las diferentes asociaciones de trabajadores así como de las ideas difundidas por los principales voceros de cada una de ellas.
- Comparar las acciones, medios y contenidos propagandísticos de los anarquistas antillanos con los utilizados por los libertarios españoles a fin de encontrar posibles paralelismos.

- Analizar la naturaleza de los movimientos y luchas sociales acaecidas dentro del marco cronológico establecido en busca de rasgos característicos que permitan englobarlos dentro de la órbita ácrata para después sistematizar dichos atributos y constatar la frecuencia con que se repiten.
- Identificar a los periodistas y líderes obreros con el objeto de obtener sus perfiles y la mayor cantidad de datos personales posibles, tales como sus partidas de nacimiento, licencias de embarque, fichas policiales o cualquier otro documento que permitiese su completa identificación (registro del lugar de nacimiento, edad, oficio...)¹.
- Crear una nueva perspectiva de estudio que permita obtener un mayor grado de conocimiento de las migraciones y el obrerismo en Cuba.

Tomando en consideración todo lo expuesto, formulamos una hipótesis sostenida sobre numerosos interrogantes que puede enunciarse del siguiente modo: *la migración como medio de difusión del ideal libertario entre los trabajadores de Cuba y su labor como constructora del sentimiento de clase y la lucha obrera en la Isla*. Partiendo de esta premisa, esta tesis intenta arrojar luz sobre una aseveración sumamente extendida entre la historiografía –la de la participación española en el anarquismo cubano- pero sobre la que nadie ha sabido o ha querido profundizar.

1.2. Marco de análisis.

Para ofrecer una completa perspectiva del objeto de estudio, la presente investigación requirió un análisis interdisciplinar en el que fueron utilizados elementos de la Sociología y también de la Teoría de las Comunicaciones. El segundo extremo derivó de la necesidad de extraer de las publicaciones ácratas de la época unas conclusiones que nos permitiesen discernir la idiosincrasia y la verdadera repercusión que tanto las doctrinas como los boletines libertarios tuvieron sobre las masas proletarias de Cuba.

El objeto de estudio planteado tiene que hacer frente a la complejidad y la controversia que siempre acompañan al estudio de los movimientos sociales². La heterodoxia inherente a una movilización que aglutina a personas que, pese a compartir una ideología y unos objetivos similares, pueden tener pensamientos y aspiraciones propias convierten a las teorías de los movimientos sociales en uno de los pilares básicos de este trabajo. En un intento de abarcar todas las tradiciones teóricas de los diversos expertos en esta cuestión, se ha llegado a un cierto consenso a la hora de analizar la génesis y la evolución de las acciones colectivas: la estructura de oportunidades políticas y las constricciones que tienen que afrontar los movimientos sociales; las formas de organización (tanto formales como informales) a disposición de los contestatarios; y, por último, los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social que median entre la oportunidad y la acción.

McAdam, McCarthy y Zald (1996) han afirmado que la combinación de oportunidades políticas y estructuras de movilización dota a los grupos de un cierto potencial para la acción. Sin embargo, debe tenerse en cuenta a la hora de explicar el

¹ Ver relación de emigrados implicados en el anarquismo cubano al final de este trabajo.

² Para un análisis del concepto de movimiento social y la polémica suscitada desde su propia definición véase Cuco Giner (2004), Melucci (1989), Rivas (1998) o McAdam, McCarthy y Zald (1996)

fenómeno de la acción colectiva la presencia de un elemento mediador entre ambos factores. Es necesaria la existencia de un sentimiento de agravio entre la población y su convencimiento acerca de la contribución que la acción colectiva ejercería a la hora de solventar la citada sensación de afrenta. Sin esta percepción por parte de la sociedad resulta remota la posibilidad de una verdadera movilización pese a que las condiciones para su desarrollo pudieran ser las propicias. Por tanto, este tipo de actuaciones son el resultado de la creación de una estrategia consciente de concienciación destinada a generar una perspectiva común que legitime y potencie una acción colectiva.

Además, hay que tener en cuenta la variable de diferenciación interna que marca la Historia dentro de los movimientos sociales. Los expertos realizan una clasificación en tipos históricos de movilización social, dependiendo del carácter tanto de la estructura social como de la acción colectiva. Así, algunos autores como Salvador Aguilar (2001) establecen una división que podría resumirse en: Movimientos primitivos (Era Premoderna, Era Preindustrial y Era Industrial), Movimientos clásicos (siglo XVIII-primer tercio siglo XX), Nuevos movimientos sociales (1960s- 1980s), Novísimos movimientos sociales (1990s) y Movimientos periféricos antisistemáticos (último tercio de s. XX en países de la periferia y semiperiferia³). Basándonos en esta delimitación cronológica el objeto de estudio que ocupa la presente tesis quedaría enmarcado dentro de los “movimientos clásicos”. Este grupo abarcaría, según Aguilar (2001: 51), el movimiento obrero, los movimientos nacionalistas y los movimientos socialistas, todos ellos elementos transcendentales tanto en el origen y desarrollo del anarquismo en Cuba como en la influencia que los movimientos migratorios ejercieron sobre este. Los movimientos clásicos surgen en la etapa de formación de la sociedad industrial y giran alrededor de la noción de clase y de los grupos socioprofesionales ligados a la misma (Offe, 1992). La acción colectiva de esta etapa se desmarca de la lógica de la “economía moral” propia de los movimientos primitivos y se adentra en la noción de intercambio político propia de la era moderna, aunque en muchos casos lo que se da es una convivencia de nuevas perspectivas y viejas nociones premodernas de comunidad. Un rasgo común de casi la totalidad de estos movimientos es el dominio ejercido sobre ellos por la llamada cuestión obrera –entendida como la disputa entre trabajadores y patrones- que, según Bell (1976: 194), oscurecía todos los demás conflictos y era el eje alrededor del que giraban las divisiones sociales fundamentales.

Como hemos dicho anteriormente, no es posible un movimiento social sin la creencia de que con él se solventará la situación de descontento que lo motiva. Además de este factor, deben existir una serie de recursos que permitan el desarrollo de la movilización, y la capacidad de organización es, posiblemente, el más importante de todos ellos. No hay que obviar el hecho de que todo conflicto social tiene una organización, aunque en ocasiones se manifieste de una manera embrionaria y/o precaria. Tal y como afirma Lorenzo Cadarso (2001), en determinados contextos la organización se encuentra aparentemente oculta, bien por haberse gestado durante la revuelta, bien por haber surgido dentro de organizaciones o formas de sociabilidad preexistentes ajenas al motivo de la revuelta. En palabras de Eric Hobsbawm (1978: 147):

³ Según la teoría de Raúl Prebisch (1976) se consideran países centrales aquellos en cuyas economías penetraron con anterioridad las técnicas capitalistas de producción. El bloque de los países periféricos, por su parte, está constituido por los estados cuya economía presenta una producción que permanece inicialmente rezagada desde un punto de vista tanto tecnológico como organizativo. En esencia, los países periféricos producen y exportan materias primas y alimentos, en tanto los países centrales son productores y exportadores de bienes industriales.

La turba clásica no se soliviantaba solamente en son de protesta, sino que lo hacía porque esperaba sacar algún beneficio de sus disturbios. Suponía que las autoridades se sentirían afectadas por sus movimientos, y probablemente que harían algún tipo de concesión inmediata; y es que la muchedumbre no era solamente una reunión casual de gentes unidas con algún propósito del momento, sino, de modo palmario, una entidad permanente, aun cuando permaneciese escasas veces organizada como tal.

Por tanto, independientemente de la coyuntura en la que se desarrolle una movilización, esta cuenta necesariamente con una organización encargada de dotarla de una serie de elementos vitales para su surgimiento y sus expectativas de éxito: 1) aprovechar el margen de maniobra que ofrezca la legalidad vigente, 2) cohesionar el grupo, 3) controlar y limitar las formas de lucha, 4) preparar la actitud a tomar ante una respuesta represiva o negociadora y 5) captar militantes y simpatizantes para mantener movilizado al grupo. Al estudiar una movilización a lo largo de un determinado periodo se observa la existencia de una evolución tanto en su estrategia como en su grado de éxito, es decir, en su poder de atracción hacia nuevos simpatizantes. La capacidad organizativa, como demostró E.P. Thompson (1989), se convierte en un elemento mutable que depende en gran medida de factores como la capacidad de adaptación del grupo al entorno o la aptitud para generar sentimientos de solidaridad hacia las ideas particulares del mismo. Según Lorenzo Cadarso (2001), la presencia de un marco político y social apropiado, la disposición de recursos económicos suficientes, la homogeneidad sociocultural previa en el seno del grupo, la preexistencia de organismos e instituciones propias y de formas de sociabilidad suficientes como para generar solidaridades internas son factores que marcan el devenir de la capacidad organizativa de un grupo.

Para realizar un análisis completo de un movimiento social tan complejo como el anarquismo hay que tener además en cuenta la confluencia entre tradición familiar y militancia. Se trata de las llamadas microestructuras de movilización (reclutamiento de militantes y simpatizantes) de las que algunos autores se sirven para realizar una división organizativa de los movimientos según su capacidad de captación⁴:

- Bajo nivel de institucionalización: redes basadas en los núcleos familiares, amistades o círculos laborales o de residencia.
- Nivel medio de institucionalización: grupos y asociaciones existentes previamente, no creados por la movilización pero que son utilizados por esta en los primeros momentos como plataforma de apoyo y captación.
- Movimientos sociales organizados: grupos capaces de dotarse de unas entidades propias.

Extrapolándolo del caso inglés, E.P. Thompson (1989) afirma que los obreros formaron una imagen de la organización de la sociedad, a partir de su propia experiencia y con la ayuda de una educación desigual que era, sobre todo, una imagen política. Empezaron a contemplarla, ya en el siglo XIX, como parte de una pugna entre las “clases industriales” y la Cámara de los Comunes, es decir, tomaron conciencia de su propia situación y existencia social y actuaron en consecuencia. Conocer la extracción social de un determinado grupo movilizado se hace por tanto imprescindible a la hora de valorar sus expectativas y de interpretar sus actitudes y estrategias. Los recursos organizativos a los

⁴ Para una información más amplia y detallada véase McCarthy, J.D. “Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades”, en McAdam, McCarthy y Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1996

que hemos aludido anteriormente están en relación directa con la extracción social de los miembros del colectivo, ya que es esta la que delimitará el nivel cultural, el grado de influencia política, el nivel de cohesión interna... Así, la pertenencia común a un determinado grupo social contribuirá a un mayor grado de empatía por parte de sus miembros que facilitará la divulgación de doctrinas, estrategias de acción y objetivos destinados a la mejoría colectiva.

Llegados a este punto, y teniendo en cuenta la gran aportación de la prensa obrera al desarrollo de esta investigación, el papel de los medios de comunicación a la hora de elaborar la percepción pública del movimiento y de generar un sentimiento conjunto favorable al mismo resulta incuestionable. Como afirma Patricia Calvo en su tesis doctoral (2014), la dimensión pública (medios de comunicación y propaganda) contribuye a la creación de marcos contextuales tanto en el seno de la propia organización como en el contexto espacial y temporal en el que se inserta el movimiento. Los medios de comunicación se convierten en multitud de ocasiones en un canal a través del cual se libra un enfrentamiento indirecto entre las fuerzas en litigio. Parte del éxito final de la acción colectiva dependería, para muchos autores, de la independencia, la simpatía y los procedimientos usados por los medios de comunicación, lo que convierte la labor informativa en un actor principal del conflicto. Sidney Tarrow (1997) señala que los medios de comunicación se convierten en un recurso externo de los movimientos sociales en tres fases del desarrollo de estos:

1. En la fase de formación ayudan a generar una atención inicial transcendental para su éxito. Los estudios realizados por diferentes sociólogos especializados en movimientos sociales demostraron que muchas acciones, a priori sin grandes posibilidades de triunfo, consiguieron sus propósitos tras alcanzar un alto grado de notoriedad en los medios de comunicación de masas.
2. En la segunda etapa de desarrollo de la acción colectiva, la que consiste en el mantenimiento de apoyos y la creación de un sentimiento corporativo entre sus miembros, la cobertura de los medios contribuye al contacto entre la dirección y los simpatizantes (Molotch, 1979). Este hecho facilita, además, la actividad organizativa y evita la necesidad de disponer de un personal con dedicación exclusiva a esta tarea. En el periodo de desarrollo y consolidación es cuando la labor de los medios resulta más práctica para la estrategia del movimiento debido a que, además de dar difusión a su programa y actividad, puede favorecer a una rama del mismo sobre otra a la hora de crear su imagen pública.
3. Un tercer momento vendría marcado por la pérdida del atractivo del movimiento con respecto al público consumidor de la noticia. La disminución del interés periodístico provoca una decaída en el impacto social lo que genera una reacción por parte del movimiento en un intento de seguir utilizando como plataforma los medios de comunicación, generalmente traducida en un aumento del grado de violencia que eleve la espectacularidad de las acciones y recupere la atracción de los medios.

En definitiva, los medios de comunicación funcionan como instrumentos de la acción colectiva mediante la creación de una imagen en el seno de la opinión pública, ayudando a la consolidación –aunque no siempre- del movimiento.

Existen principalmente dos tendencias a la hora de analizar el papel de la prensa en este tipo de fenómenos: la que presenta a los medios de comunicación como espejos y

la que los revela como constructores de lo real (Calvo, 2014: 29). Los primeros señalan que los medios únicamente informan de la realidad existente mientras que los defensores de la segunda corriente sostienen que la prensa, además de informar, transforma e incluso crea una nueva realidad. Siguiendo lo establecido por esta última perspectiva, los medios de comunicación pasarían a convertirse de manera automática en un actor político. Mediante la construcción de nuevas realidades la prensa acciona “su capacidad para afectar el comportamiento de ciertos actores en un sentido favorable a sus propios intereses”, alcanzando una carga de coerción decisiva cuando esos actores son los titulares del poder político (Borrat, 1989: 68). Puede decirse, por tanto, que los *mass media* fuerzan la atención hacia ciertos problemas, construyen imágenes públicas de figuras políticas y sugieren formas de pensar y sentir acerca de las representaciones que ellos mismos crean⁵. Según la teoría del establecimiento de la agenda, las noticias que son importantes en los medios de comunicación terminan por ser influyentes para el público que las recibe porque centran el foco de atención en la parcela de la realidad sobre la que quieren ahondar, lo que Alsina (1989) denomina “hacer hacer”.

Sobre la influencia de la acción comunicativa en los receptores, Hovland, Janis y Kelley desarrollaron en 1961 una teoría, conocida como “del refuerzo”, que establece que la base de todo comportamiento viene dada por factores psicológicos y sociales mediante los cuales los sujetos se exponen de manera consciente a unos determinados contenidos que actuarían únicamente como refuerzo de predisposiciones preexistentes.

Todos los postulados expuestos hasta ahora, tanto los sociológicos como de la comunicación, sirven de fundamento teórico a nuestra investigación. Primeramente, se hace necesaria una definición del anarquismo cubano como movimiento social, apoyándonos en las diversas teorías que explican las causas de su nacimiento y evolución, la estructura y las tácticas organizativas que permiten tanto su consolidación como su perdurabilidad y las estrategias de captación que posibilitan un aumento de sus adeptos. Dentro de estas últimas se destaca la labor desempeñada por la prensa, obrera o no, en la creación de la concepción pública del movimiento libertario. En segundo lugar, el análisis de fuentes hemerográficas con las que contrastar la influencia de las publicaciones periódicas en la sociedad debe sustentarse en un marco teórico propio de la Teoría de las Comunicaciones que nos permita identificar con claridad los elementos que favorecen el apoyo o la repulsa hacia ese movimiento. En definitiva, la combinación de los campos de estudio anteriormente citados nos lleva a la identificación y asimilación de todos los factores, tanto internos como externos, que intervienen en el movimiento ácrata cubano del siglo XIX.

1.3. Fuentes.

El análisis de una temática y de un periodo tan convulsos como los que se proponen en esta tesis requiere la utilización de un cuantioso repertorio compuesto por fuentes tanto primarias como secundarias. El primero de estos grupos, constituido por documentación hemerográfica, testimonios, memorias, correspondencia y documentos públicos de carácter principalmente jurídico, nos ofrece información original y contemporánea al proceso de nuestro objeto de estudio. Para obtener de estas fuentes la amplitud informativa necesaria para un correcto discernimiento de la influencia ejercida por la migración en la formación de la citada acracia antillana resulta necesaria acometer sobre ellas una minuciosa observación desde tres perspectivas: desde su interior –para

⁵ Para una información más amplia y detallada acerca de esto véase Roda (1989).

desgranar los indicios que no son evidentes en ellas-; con relación al contexto histórico; y respecto de las distintas líneas de interpretación del pasado reciente. Mediante la ordenación y sistematización de los datos obtenidos, se elaboró una reconstrucción de los discursos y las personalidades que dieron forma a las primeras colectividades ácratas de Cuba.

Bajo esta perspectiva, las fuentes hemerográficas suponen uno de los pilares primordiales para el conocimiento del anarquismo decimonónico cubano. La dispersión de este tipo de fuentes hizo necesaria una búsqueda orientada sobre varios repositorios poco explorados y ubicados tanto en España como en Cuba, realizada gracias a las distintas estancias desarrolladas en uno y otro país. Esto permitió el acceso a periódicos como *La Aurora*, *El Obrero*, *La Antorcha* y *El Artesano*, localizados en el Instituto de Historia de Cuba; *El Productor*⁶, *El Siglo*, *La Razón* y *La Lucha*, conservados en la Biblioteca Nacional José Martí de La Habana (BNJM); *El Trabajo*, repartido en diferentes fondos del Archivo Nacional de Cuba (ANC) y en el International Institute of Social History de Ámsterdam; *La Discusión*, en el Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba; *El Corsario*, registrado en la Biblioteca Xeral de la Universidade de Santiago de Compostela; o *La Revista Social*, *La Fraternidad*, *El Productor* (Barcelona) y *La Revista Blanca* en la Biblioteca Nacional de España (BNE).

La clandestinidad que caracterizó al movimiento libertario, envuelto desde sus orígenes en un clima de secretismo e ilegalidad, convierte a las publicaciones periódicas en un recurso imprescindible a la hora de conocer sus aspectos tanto internos como externos. La limitada conservación de textos propagandísticos, debida en gran parte a ese estatus de ilicitud, eleva la importancia de la utilización de los pasajes periodísticos. La prensa obrera emitida desde los círculos ácratas aporta una serie de noticias, fechas, personajes y cuerpos doctrinales, así como un esbozo de la imagen que los editores pretenden construir con la clara intencionalidad de captar apoyos entre los consumidores de dichos periódicos. Este tipo de testimonios proporcionan, dada su naturaleza, una perspectiva de la evolución y la adaptación de las masas proletarias a cada uno de los cambios políticos, económicos y sociales del inestable ocaso del imperio español en la Mayor de las Antillas. Para paliar los efectos nocivos que el sectarismo de estas publicaciones pudiera infligir en el desarrollo de nuestra investigación es necesaria la complementación de las mismas con la visión exterior y enfrentada de la “prensa oficial”. Los rotativos burgueses, republicanos, reformistas y/o españoles tienden a resaltar de manera impetuosa los aspectos negativos del anarquismo, con quien mantienen un constante y efusivo enfrentamiento, contribuyendo con ello a facilitar una reconstrucción mucho más objetiva de nuestro objeto de estudio.

El aporte que nos ofrece la prensa propiamente ácrata fue definido en su momento por Ramiro de Maeztu (1977: 178) en uno de sus artículos:

Lo que hay de actualidad en ellos [periódicos anarquistas], referente casi siempre a constitución de sociedades obreras o a conflictos entre el capital y el trabajo no ocupa sino la tercera o cuarta parte el número, y como lo restante se dedica a las cuestiones doctrinales, el ejemplar se guarda y la influencia de estas publicaciones sobrevive a su muerte.

Autores como Romero Maura (2012) sostienen que la prensa anarquista, como consecuencia de su desinterés por las instituciones y los partidos, elimina cualquier opción de extraer ningún tipo de noción acerca de la política nacional o local. Esta

⁶ Una parte de los números de *El Productor* de Cuba utilizados en esta tesis fueron obtenidos de los fondos localizados en el International Institute of Social History de Ámsterdam (IISH).

afirmación, no del todo errónea, obvia sin embargo el hecho de que, debido a las denuncias lanzadas constantemente desde sus páginas, este tipo de periódicos se convierten en toda una antología informativa acerca de la actuación de los políticos, de sus alianzas y tráfico de influencias, de las relaciones entre Patronal y Gobierno y un sinnúmero de elementos que ayudan a conformar una imagen veraz del entramado político de la época.

En relación al estudio de la influencia de los inmigrantes en la configuración de un movimiento libertario en Cuba, eje central del proyecto que nos ocupa, los diversos boletines utilizados como plataforma de difusión ideológica nos permiten, además, identificar de manera más o menos clara a sus personalidades más influyentes, así como a los principales teóricos y corrientes ideológicas que les sirvieron de inspiración. Por lo general, los cuerpos de redacción tenían una duración prolongada y estaban compuestos por trabajadores destacados en las reivindicaciones proletarias, aspecto que nos permite tanto determinar su composición como analizar los cambios y matizaciones dogmáticas de cada uno de los miembros y, en consecuencia, de la línea editorial de la publicación.

Un complemento idóneo a la hora de refinar y precisar los aportes informativos contenidos en estas fuentes hemerográficas lo componen las actas judiciales emitidas a razón de los procesos levantados contra los activistas libertarios que obran en el Archivo Nacional de Cuba. Las sucesivas leyes de imprenta, que en mayor o menor medida afectaron a la prensa española de la época, actuaron con especial grado de restricción sobre las publicaciones obreras en general y las anarquistas en particular. Los delitos de prensa afectaron a casi todos los rotativos proletarios, aspecto que habitualmente era acompañado del secuestro de la edición completa. Además, en multitud de ocasiones, esta voraz represión se ejercía de forma directa sobre los propios redactores, quienes pasaban a ser inculcados o, en el peor de los casos, a engrosar la población penal. Esta dura actuación de las autoridades españolas, por paradójico que parezca, resulta positiva para nuestro cometido porque permite llevar a cabo de manera más precisa una identificación de los anarquistas más prominentes de las últimas décadas del siglo XIX cubano. Como explicaba Pedro Esteve (1893) –propagandista libertario catalán que realizó un viaje por las Américas a finales del siglo XIX–, lo que no se podía hacer públicamente se hacía en secreto, síntoma de que, pese a la férrea censura del estado español, nunca se dejaron de imprimir toda clase de panfletos, tomando, eso sí, una serie de precauciones destinadas a eludir el peso de la ley. Es precisamente ante estas estrategias de mimetismo donde cumplen su labor esclarecedora los documentos públicos emanados, principalmente, de la burocracia judicial. Aquellos autores que, a consecuencia de la utilización de seudónimos o siglas para suscribir sus textos, pudieran resultar imposibles de identificar fueron en muchas ocasiones reconocidos por la policía y llevados ante la justicia, donde dejaron constancia de una ingente cantidad de datos personales de otro modo inalcanzables. La escrupulosa minuciosidad de la burocracia decimonónica española hace que hasta el más mínimo detalle aparezca reflejado en sus actas. Toda esta información permite realizar una completa ordenación y sistematización de datos que resulta vital en la reconstrucción y caracterización del movimiento libertario de Cuba. Como sostiene Durán (1999: 236), “la fuente judicial contiene casos particulares apelando al orden legal vigente”, es decir, presenta a sujetos sociales que actúan como individuos y, a su vez, dan testimonio del entramado sociopolítico del que forma parte. Por tanto, nos encontramos ante un tipo de fuente que nos ofrece cuatro dimensiones de análisis:

- 1) La información sobre los actores que intervienen en el litigio (demandado, demandante, funcionarios, jueces...).
- 2) La funcionalidad del Estado en la administración de la justicia.

3) Las apelaciones al orden legal.

4) La representación social que los litigantes conllevan al dar cuenta de la especial conformación social imperante en el proceso histórico.

Sin embargo, pese a la innegable aportación de esta fuente, hay que tener en cuenta una serie de problemas ligados a la naturaleza de esta tipología documental, relacionados con la particularidad de cada caso (Mayo, Mayo y Barreneche, 1989)⁷, y por lo tanto debe ser confrontada y complementada por otras a fin de eliminar cualquier resquicio de subjetividad que pudiera deformar la realidad y/o restar credibilidad a la investigación.

También dentro del bloque de los documentos públicos utilizados para la realización de la investigación que ocupa estas páginas se incluyen los informes remitidos al Gobierno Central por parte de las autoridades españolas en la colonia. Dentro de estos se inscriben desde los partes oficiales que con regularidad periódica salían de la Capitanía General rumbo a Madrid hasta los dossiers elaborados por toda una red de espías infiltrados dentro de la vasta masa que conformaba el movimiento obrero. Estos testimonios, repartidos entre el Archivo Nacional de Cuba (ANC), el Instituto de Historia de Cuba (IHC), el Archivo General de Indias (AGI), el Archivo General de Palacio (AGP) y el Archivo Histórico Nacional de Madrid (AHN), contribuyen a la reconstrucción de una imagen exterior del movimiento desde un plano oficial. El innato enfrentamiento entre anarquistas y gobernantes convierte estos documentos en un elemento idóneo con el que mitigar el ya citado subjetivismo presente en los textos obreros. La red de espionaje e infiltrados confabulada para la vigilancia de los molestos ácratas muestra uno de los aspectos más valiosos para el análisis del movimiento: la cara privada del anarquismo cubano. Tanto los documentos judiciales como los hemerográficos solo muestran el semblante visible de unos trabajadores que, debido al clima de represión, en multitud de ocasiones ocultaban a la luz pública sus verdaderas estrategias y objetivos. Estos informes, obtenidos de una manera abyecta pero eficaz, vienen a completar ese vacío documental.

Por último, y formando parte del amplio grupo de fuentes primarias, hemos de mencionar los testimonios escritos y memorias de algunos de los protagonistas directos en la construcción del anarquismo en Cuba, repartidos por diferentes repositorios españoles y cubanos. Si bien no es una tipología que abunde, dada la falta de formación académica entre el proletariado, cualitativamente supone una aportación de incalculable valor ya que, en ocasiones, además de señalar nombres y cargos, subraya acontecimientos de suprema importancia para el narrador que por diversos motivos han pasado inadvertidos para otro tipo de emisor. De igual modo que sucede con la prensa obrera, estas declaraciones han de ser contrastadas con otras fuentes a fin de cotejar su veracidad.

Finalmente, cabe señalar como un aspecto importante y no menor la labor de localización de todas las fuentes documentales utilizadas, aspecto que requirió no pocos esfuerzos. El paso de los años –casi dos siglos– y el carácter de clandestinidad inherente a las actuaciones obreristas de la época han limitado la conservación de muchas de ellas. Infinidad de textos han desaparecido y, aunque tenemos constancia de su existencia por

⁷ Según estos autores y otros como Claudia L. Durán (1999), la utilización de las fuentes judiciales como recursos para la investigación social presenta la principal problemática de representar casos únicos e irrepetibles que limitan en gran medida las generalizaciones. También hay que tener en cuenta que existe cierto grado de subjetividad en los diversos testimonios que componen un juicio, por lo que hay que valerse de otras fuentes o, incluso, de otros procesos para hacer una correcta recomposición que separe las particularidades del contexto general.

medio de otros escritos, nos ha resultado imposible la consulta directa de dichos originales, obligándonos a una reinterpretación de los mismos a través de referencias documentales secundarias, tratando de optimizar la información ofrecida. Este hecho aumenta, más si cabe, la necesidad de hacer uso de una serie de recursos bibliográficos o fuentes secundarias –localizadas tanto en España como en Cuba– sobre las que apoyarse en la elaboración de una contextualización y una caracterización de todos los elementos que componen esta tesis. El contacto directo con alguno de los autores de este tipo de fuentes, como fue el caso de Joan Casanovas, Amparo Sánchez, Imilcy Balboa o Eduardo Torres-Cuevas, permitieron obtener un mayor conocimiento de estas fuentes secundarias y facilitaron un intercambio de perspectivas que ayudaron en la optimización del trabajo realizado sobre los documentos de tipo primario.

1.4. Metodología.

En consonancia con las fuentes de las que disponemos y los objetivos establecidos se hace imprescindible para el estudio que aquí se presenta la utilización de técnicas cualitativas de investigación. Este tipo de metodología es, en palabras de Erikson (1986), “un intento de combinar un análisis intenso de elementos finos de la conducta y su significado, en la interacción social de cada día, con análisis del contexto social más amplio (el campo de las influencias sociales) dentro del cual ocurre la interacción personal”. Pese a lo romántico de esta definición, en ella se aprecia uno de los objetivos clave de nuestro trabajo: el análisis de las actuaciones personales en relación con la sociedad y los cambios que rodean a los individuos. Toda investigación cualitativa comienza con un acercamiento al elemento de estudio que permita su identificación y su delimitación para hacerla manejable en términos de exploración. Para realizar esta primera aproximación, en nuestro caso, se efectuó una exhaustiva lectura de la llamada “literatura técnica”⁸, consiguiendo una base cómoda de conocimiento que otorgó una familiarización con el estado de la cuestión, siendo completada posteriormente con nuevas lecturas aparecidas conforme el objeto de estudio iba enfocándose con mayor nitidez. Establecidos unos pilares cognitivos relativamente sólidos, comenzaron a perfilarse las preguntas de la investigación, procurando conjugar una amplitud adecuada con una correcta y precisa focalización de los interrogantes.

Conforme a esto, y teniendo en cuenta el marco teórico propuesto, se partió de tres niveles de observación relacionados con el movimiento anarquista cubano y la influencia de los movimientos migratorios en su gestación: el análisis de los marcos aplicados a los movimientos sociales; la identificación y caracterización de sus principales exponentes; y los elementos externos reconocibles en el movimiento libertario de Cuba.

El estudio de los denominados procesos enmarcadores nos ofrece un conocimiento de los elementos culturales e ideológicos del movimiento a partir del análisis de su discursiva tanto interna como en relación con el contexto histórico en el que se produce, permitiéndonos discernir las diferencias clave entre el verdadero mensaje del grupo y la imagen que este quiere presentar al mundo (Rivas, 1998: 208). Es necesario, para ello, profundizar en las relaciones entre las actividades de cada individuo, analizándolas como actuaciones específicas dentro de situaciones históricas globales. No hay que obviar que

⁸ El concepto “Literatura técnica” está extraído de la obra de Strauss y Corbin (1990). En ella se le define como el conjunto de “informes sobre estudios de investigación y trabajos teóricos o filosóficos característicos de la escritura profesional y disciplinaria, que pueden servir como antecedentes (*background*) contra los cuales se comparan los hallazgos obtenidos por medio de los datos reales.

estas acciones sociales, como praxis, son cambiantes y modificables a lo largo del tiempo y, por lo tanto, es labor ineludible realizar una acotación temporal del objeto de estudio lo suficientemente amplia como para observar una evolución teórica y práctica relevante.

Una vez focalizados de una manera nítida estos aspectos, cabe proceder a la medición de los marcos de la acción colectiva, es decir, las estrategias y técnicas utilizadas por el anarquismo cubano para incrementar su capacidad de movilización. De esta aptitud dependerá el éxito o el fracaso, y por tanto el futuro, del movimiento. Para el análisis de estos marcos de acción colectiva, Rivas realiza una división en cinco áreas temáticas a las que atribuye una serie de estrategias útiles para su interpretación, sintetizadas por Patricia Calvo (2014) de la siguiente manera:

- Señalar una cuestión del debate público y definirla como problema social.
 - Asignarle un concepto.
 - Hacerla creíble a través de una referencia real.
 - Concretar el problema.
 - Situarlo en un contexto más amplio.
- Localizar la causa y los agentes causales del problema.
 - Asignarle un concepto.
 - Atribuirlo a un colectivo.
 - Personalizar los actores responsables.
 - Imputarles una intención.
 - Deslegitimarlos.
- Interpretar los objetivos y su probabilidad de éxito.
 - Encontrarles un concepto.
 - Concretarlos mostrando sus beneficios y sus medios de acción.
 - Esquematizar y cargarlos de valor mediante la relación con valores más altos.
 - Relacionarlos con referencias históricas exitosas.
- Encontrar y caracterizar los destinatarios de la protesta.
 - Personalizar a los destinatarios.
 - Atribuirles intención personal.
 - Deslegitimarlos.
 - Mostrarlos como corruptos.
- Autolegitimar la protesta.
 - Mostrarse como representante de intereses colectivos y universales.
 - Reclutar personas e instituciones dignas de confianza.
 - Conseguir credibilidad.

Este modelo de estudio, salvando las distancias, ha servido de base para el análisis y conocimiento de los aspectos principales de la acción colectiva llevada a cabo por el movimiento libertario cubano en sus orígenes y para la caracterización de sus actores principales como paso previo a su concreta identificación. El hecho de orientar parte de la investigación hacia los parámetros anteriormente descritos, nos permite evidenciar la verdadera magnitud alcanzada por los anarquistas en relación a la conflictividad social acaecida en el siglo XIX cubano, así como extraer de su discurso los puntos clave de su

doctrina con miras a establecer una concomitancia con los planteamientos seguidos por la acracia española de la época.

Concretados los principios básicos que caracterizan la acción anarquista, el siguiente paso en la investigación supuso una identificación clara y concreta de los actores principales que impulsaron la creación de un movimiento obrero de corte libertario en la Isla. Ello conllevó la superación de los límites impuestos por la pérdida de fuentes derivada del paso del tiempo y la censura a la que se vieron sujetas las actividades de lucha social llevadas a cabo por los ácratas. Los datos relativos a la identidad de estos sujetos han de extraerse de la minuciosa observación de las fuentes hemerográficas, gubernamentales y judiciales depositarias de datos personales.

Las publicaciones periódicas posibilitan un acercamiento a lo que Pérez Ledesma (1988-1989) vino a definir como “obreros conscientes”. Según este autor, es importante el análisis de esta clase de documento a la hora de obtener datos biográficos de quienes promovían las insurrecciones obreras. Las firmas de los autores en sus textos proporcionan nombres mediante los cuales se puede hacer un seguimiento de su procedencia teniendo en cuenta el contexto y el momento histórico en que emiten su mensaje. Teniendo en consideración la inherente censura a la que es sometido el anarquismo desde sus primeras manifestaciones se ha seguido en lo concerniente a esta parte de la investigación una estrategia guiada por el paradigma interpretativo, la cual supone una herramienta para el análisis de las restricciones estructurales e institucionales que actúan sobre los individuos (Basail, 2004), obteniendo un conocimiento de las limitaciones a las que fueron sometidos los periodistas libertarios y que motivaron la utilización por parte de estos de siglas o seudónimos. La restricción de imprenta predominante en Cuba durante casi la totalidad del último periodo de dominación colonial española nos empuja a la complementación de las fuentes hemerográficas con el uso de documentos de carácter estatal, principalmente los generados a partir del desempeño de su función judicial.

El análisis de las fuentes judiciales se ha realizado siguiendo el modelo de microanálisis propuesto por Anselm Strauss y Juliet Corbin (2002). Este tipo de fuentes presentan unas referencias concretas e inapelables en cuanto a los datos personales de los encausados. La escrupulosa burocracia colonial generó una serie de fichas que otorgan a nuestra investigación información relativa al lugar de nacimiento, oficio, edad, estado civil o domicilio de los imputados. Al realizar el análisis de las diferentes causas judiciales y demás textos burocráticos se llevó a cabo una conceptualización y clasificación de los acontecimientos, actos y resultados, lo que generó una serie de categorías sobre las que implementar posteriormente la teoría para la observancia de sus variaciones en relación a sus propiedades y dimensiones.

Tras un completo registro y una exhaustiva catalogación de los datos extraídos de las fuentes se estableció una minuciosa comparación con los caracteres teóricos y prácticos propios del anarquismo peninsular, lo que permitió una clara identificación de las divergencias y similitudes existentes entre los patrones de cada movimiento, observándose así la verdadera dimensión de la influencia ejercida por los emigrados sobre la acracia cubana. La aplicación conjunta de todos estos métodos y técnicas de análisis posibilitó la extracción de una serie de conclusiones que han permitido enjuiciar nuestro objeto de estudio.

1.5. Estado de la cuestión

En líneas generales, el movimiento obrero cubano ha sido tratado de manera amplia y minuciosa por la historiografía con el fin de analizar cómo se desarrolló dicho fenómeno dentro de la Isla. Si nos centramos específicamente en el papel jugado por el anarquismo en este terreno la producción se ve aminorada de manera drástica, reduciéndose a contadas publicaciones y pequeñas alusiones que sirven como marco referencial de obras con una temática o cronología diferentes. Aun así, el objetivo de esta sección es el análisis y la clasificación de todos estos trabajos que examinan, bien como tema principal, bien como elemento auxiliar, el rol desempeñado por los anarquistas en las luchas y organizaciones obreras de finales del decimonono cubano.

El anarquismo cubano, muy probablemente influenciado por miles de ácratas españoles que “estaban abandonando la Península debido al ambiente represivo inaugurado a finales del siglo XIX y recrudecido con los sucesos que dieron lugar al conocido como Proceso de Montjuich” (Sánchez Cobos, 2008: 29), estuvo a la vanguardia de la organización obrera desde sus albores. Este predominio ácrata, sin duda, viene marcado por la marginal situación en que se encontraba el proletariado cubano tanto en el escenario laboral como en un entorno político en el que su participación electoral estaba más que restringida. Esto, unido a las supuestas posibilidades que, a ojos de la acracia mundial, ofrecía Cuba a la consecución de la esperada emancipación social y a la fuerza del movimiento libertario de la época, generó un amalgamado y entusiasta grupo de luchadores –cubanos y peninsulares- que tomaron las riendas del incipiente obrerismo antillano. Este periodo finisecular es por tanto una fase de concienciación, adoctrinamiento, estructuración y pugna de una clase obrera deslumbrada por la luz que el anarquismo imprimía sobre sus esperanzas.

El propósito principal del presente apartado, como ya se ha dicho, es realizar una caracterización y una periodización de la producción historiográfica existente sobre la temática que ocupa esta investigación, indicando las aportaciones que ofrecen y analizando su importancia tanto cuantitativa como cualitativamente. También se pretende examinar el momento en que dichos trabajos ven la luz, haciendo énfasis en los sesgos ideológicos que dominan cada una de estas épocas y que ineludiblemente son factor determinante en la metodología, la estructuración y las conclusiones de dichos estudios, así como plantear las lagunas historiográficas existentes y que requieren de nuevos enfoques para reforzar el conocimiento tanto del anarquismo cubano como del papel que los españoles jugaron dentro del mismo y que conforman el objetivo principal de la presente tesis.

1.5.1. Caracterización de la producción.

En un tema con un carácter tan sumamente marcado por la política y el elemento social como es el anarquismo, existen diversas visiones sobre la importancia y el impacto que supuso la llegada del ideario ácrata a las costas de la Mayor de las Antillas. Se trata de perspectivas que vienen marcadas en general por las tendencias historiográficas dominantes en cada momento y por el credo ideológico del propio autor. Autores como Frank Fernández (2000), inclinados de un modo evidente hacia el ideario ácrata, muestran casi en exclusiva los logros y avances conseguidos por el anarquismo, llegando hasta el punto de obviar los errores de estos e incluso criminalizar de forma un tanto subjetiva a quienes, en desacuerdo con sus planteamientos, combatieron a los libertarios y su “acción directa”. Por su parte, las publicaciones emanadas desde sectores con

planteamientos contrapuestos a la actividad libertaria, como las editadas por el marxista Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba o por la Editora Política de La Habana, se recrean en señalar e incluso juzgar de manera peyorativa lo desacertado que resultan las ideas anarquistas al equipararlas con un idealizado socialismo científico, tal y como queda de manifiesto en este fragmento:

No obstante, junto a esa labor positiva [fomento de la lucha obrera], los anarquistas sembraron también ideas falsas y dañinas en las masas trabajadoras.

El anarquismo, que tenía el control de la mayoría de las organizaciones obreras, padecía de dos enfermedades inherentes a su propia naturaleza: el apoliticismo y el nihilismo nacional, que impedían a los trabajadores ver el camino correcto a tomar (VVAA, 1985:57).

Como ya hemos dicho anteriormente, las conclusiones sobre la labor desempeñada por los anarquistas cubanos de finales del XIX van a variar en relación al pensamiento de cada uno de los autores, a pesar de existir entre ellos un aparente consenso al describir a los libertarios como los precursores de la conciencia de clase y la organización obrera en Cuba. Objetivas o no, son numerosas las obras que hacen referencia de manera superficial al anarquismo y al papel principal que desarrollaron los españoles dentro del mismo, pero esta cuantía de trabajos se reduce al mínimo si nos atenemos solamente a aquellos que aluden de forma exclusiva y minuciosa a esta temática. Cumple, sin embargo, realizar un meticuloso análisis de ellas para definir con exactitud los aportes y lagunas que dejan como herencia al estudio de la Historia.

Los trabajos sobre el movimiento obrero cubano, y en concreto del anarquismo, varían además dependiendo de la época en la que fueron redactados. Las distintas etapas políticas por las que atravesaron tanto Cuba como el resto del mundo serán un factor a tener en cuenta, ya que precisamente este tipo de aspectos son los que marcarán la tendencia historiográfica dominante en cada momento y, por ende, los que determinen el prisma bajo el que se observan los datos y se obtienen conclusiones.

Hablando en cifras generales, la producción desarrollada en torno al movimiento obrero y el destacado papel jugado por el anarquismo y por los inmigrantes y emigrados es mayoritariamente de tipo académico, incluyéndose dentro de esta tipología todas aquellas obras que cumplen con escrupulosa rigurosidad unas mínimas exigencias en cuanto a objetividad, metodología y documentación. Este tipo de producciones tuvo su punto de inicio en los años 50 del siglo XX, pero no es hasta los años 70 cuando se observa un incremento sustancial en la publicación de trabajos que contemplan este contenido. Desde esta explosión documental el número de obras continúa creciendo durante dos décadas más, llegando incluso a casi duplicarse el número de trabajos de un decenio con respecto al anterior y alcanzando su máximo apogeo en los 90, lapso a partir del cual la curva de crecimiento parece cambiar de tendencia. La actual década, de la que solo conocemos obviamente los datos correspondientes a poco más de su primera mitad, parece traer consigo un resurgimiento del interés por el estudio de las luchas obreras en Cuba, ya que en datos absolutos prácticamente ha igualado, en la mitad de tiempo, la producción de su predecesora.

El hecho de que el estallido de este tipo de trabajos se diese a partir de los 70 no es algo casual. La estabilización del sistema socialista cubano, auxiliado por la Unión Soviética, era ya una realidad y el materialismo histórico comienza a presentarse nuevamente al mundo como la tendencia historiográfica referencial, resultado de la convulsa etapa final de los años 60. Esto dispara el número de publicaciones de carácter socioeconómico, incluyendo, claro está, aquellas relativas al mundo obrero y la lucha de clases. Dicho empuje que experimentan este tipo de investigaciones supuso un

importante aporte cuantitativo al conocimiento del anarquismo desarrollado en la Mayor de las Antillas, pero no lo es tanto si nos atenemos al nivel cualitativo. Tanto el sistema socialista imperante en Cuba como la visión marxista de la Historia, que penetra en académicos de todo el mundo, juegan en contra de la objetividad cuando tienen enfrente de sí una temática que siempre ha estado en total contraposición a los planteamientos y métodos que tanto uno como otra defienden. Se puede observar claramente cómo en estas dos décadas –70 y 80– la producción, que es mayoritariamente cubana, estuvo profundamente marcada por un discurso oficialista y prosoviético, resultado del triunfo comunista en la Isla. Este aspecto hizo que las investigaciones presentasen elementos evidentemente subjetivos que restaron rigurosidad académica a unos textos cuyo aporte documental resultaba innegable.

Esta tendencia, inclinada hacia el oficialismo, se mantuvo en líneas generales hasta los años 90. La caída del bloque soviético marcó el final de la Guerra Fría y el futuro de una Isla que durante décadas había desarrollado una enorme dependencia hacia el capital procedente del gigante ruso. Semejante acontecimiento no solamente se reflejó en la política cubana sino que además se vio plasmada en una historiografía que debía adaptarse a pasos agigantados a la nueva realidad postsoviética. Esto generó una proliferación de estudios sobre el movimiento obrero que ya no estaban en absoluto tan sometidos a los planteamientos marxistas –a pesar de que el Materialismo Histórico y el sistema socialista seguían vigentes en Cuba– y que propusieron una nueva perspectiva carente de tintes de politización y de juicios subjetivos hacia la dogmática libertaria. La relativa apertura a la que la Isla se vio empujada tras la caída de la URSS se reflejó en un aumento de los trabajos editados fuera de las fronteras de la república caribeña, donde se puede apreciar el enorme peso cuantitativo que España ofrece al estudio del movimiento obrero cubano. No hay que obviar en absoluto el hecho de que en el año 1992 se celebraba a uno y otro lado del charco el V Centenario del Descubrimiento de América, acontecimiento que trajo consigo un resurgimiento del interés por todo lo americano, especialmente por aquello que tuviese correspondencia con las relaciones entre los españoles y los habitantes del mal llamado Nuevo Mundo. Títulos como *Los españoles en el movimiento obrero oriental* (Soler Martínez, 1994), *El autonomismo en Cuba. 1878-1898* (Torre, de la; 1998), *La Guerra del 98 y los anarquistas españoles a través de varias publicaciones* (Zaragoza Ruvira; 1998) o *Los vascos en Cuba a finales del siglo XIX* (Luengo Teixidor; 1999) dan buena fe de esta efervescencia. Haciendo un análisis por años de publicación vemos cómo en 1998 se dispara el número de obras con temática dedicada a la conflictividad social y laboral de la última década del siglo XIX. Esto está también en relación con la conmemoración *noventayochista*, tal y como demuestran las acotaciones cronológicas en que los autores enmarcan sus creaciones y que no se observa en años anteriores⁹. La década de los 90, historiográficamente hablando, estuvo marcada por la caída del Telón de Acero y la evocación de los momentos clave en el pasado común de Cuba y España, en una especie de paradoja en donde la Historia interactúa dentro de la Historia.

La producción de obras de carácter académico referidas al anarquismo en Cuba se reduce con respecto al decenio anterior en la primera década del siglo XXI. Si nos atenemos a los lugares en los que se desarrollan estos trabajos vemos cómo es España

⁹ De los quince títulos que, dentro de la bibliografía utilizada, hacen referencia a la década de 1990 ninguna de las publicaciones anteriores al Bicentenario de la Independencia se remite directamente al periodo comprendido entre 1895 y 1898, mientras que la totalidad de las obras fechadas en 1998 tratan en exclusiva de esa etapa y de los conflictos que de ella emanan.

quien realiza un mayor número de investigaciones sobre el movimiento obrero cubano, trabajos que además tienen una temática mucho más delimitada y cercana a la que se pretende acometer en el desarrollo de la presente tesis. Analizando los diferentes títulos de este periodo, observamos cómo de la materia relativa a los enfrentamientos entre cubanos y españoles se pasa a una tendencia historiográfica que dedica sus esfuerzos a abordar los aspectos sociopolíticos que regían los vínculos entre españoles y cubanos. En este sentido y dada la relación de su título con el objeto de estudio de la presente tesis resulta reseñable, en primer lugar, *El anarquismo en Cuba*, obra elaborada por el escritor cubano Frank Fernández (2000). La obra de Fernández, centrada exclusivamente en el desarrollo del anarquismo en Cuba, arroja mucha luz sobre los sucesos más importantes acontecidos en el entorno de la acracia cubana, sin embargo, su metodología resta rigurosidad a su trabajo. A la falta de referencias y notas a pie se les une la subjetividad con la que juzga los acontecimientos acaecidos en algunos de los periodos en los que divide su obra, especialmente en la etapa correspondiente al castrismo donde su condición de exiliado y disidente se pone de manifiesto para hacer un juicio de valor al sistema socialista cubano sin ningún tipo de fundamentación científica que respalde sus duras afirmaciones¹⁰.

También centrada sobre el eje temático de las relaciones políticas y sociolaborales existentes entre cubanos y españoles se encuentra la historiadora cubana Mildred de la Torre. En *Conflictos y cultura política: Cuba, 1878-1898* (Torre, de la, 2006) la autora nos plantea un segundo capítulo en el que se da a conocer la postura que muestra la élite intelectual burguesa de Cuba frente al movimiento obrero tanto anarquista como socialista, utilizando como fuente principal el periódico habanero *El Siglo* y otorgándonos un punto de vista diferente, el de las élites, gracias a la utilización de métodos propios de la Sociología e incluso de la Filosofía. Como se manifiesta en el prólogo de la obra, “los capítulos dos y tres expresan los contenidos del pronunciamiento teórico-político de las tendencias internas de los diferentes grupos sociales contendientes”¹¹ (Torre de la; 2006,1), algo que se hace desde el punto de vista de las capas privilegiadas políticas e intelectuales con respecto a las masas populares. Este es un aspecto novedoso, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor parte de la producción anterior había tratado los conflictos ideopolíticos entre dominantes y dominados desde la óptica inversa, es decir, desde la posición de las clases populares. Por su parte, Sánchez Cobos (2008) nos ofrece una investigación que, si bien se centra en un marco cronológico distinto, se ajusta perfectamente al concepto que se pretende abordar a lo largo de esta tesis: la influencia de los movimientos migratorios en el anarquismo cubano. La obra se centra esencialmente en el periodo comprendido entre 1902 y 1925, sin embargo, y a modo de antecedentes que acerquen al lector a la situación que experimentaron los libertarios cubanos al inicio de su etapa republicana, realiza un repaso general por todos los acontecimientos e ideologías que empaparon la acracia cubana a finales del siglo XIX. La investigadora castellanense explica el comienzo de los planteamientos anarquistas en Cuba afirmando que “durante el siglo XIX se extendieron entre el colectivo hispano de la

¹⁰ Véase a modo de ejemplo el capítulo cuarto del libro de Frank Fernández (2000, 87-122) en donde bajo el título “Castrismo y confrontación” describe sentimientos de anarquistas contrarios al sistema de gobierno de Fidel Castro, sin sustentar sus afirmaciones en memorias o testimonios directos de muchos de ellos.

¹¹ Los capítulos dos y tres, titulados “La élite intelectual burguesa frente al movimiento obrero, el anarquismo y el socialismo” y “la visión de los españoles sobre el fin de la dominación colonial en Cuba” respectivamente, no presentan solo un nuevo punto de vista, sino que señalan parte del vacío historiográfico existente tanto a nivel práctico como a nivel metodológico y deja en el aire perspectivas que no han sido tratadas aun y que recomienda sean acometidas en futuros trabajos.

Isla sociedades que perseguían el sostenimiento de sus miembros, con unos objetivos claros basados en la beneficencia, el mutualismo, la asistencia médica, el recreo o la instrucción” (Sánchez Cobos, 2008, 100); lo que deja entrever que, según su estudio, fue entre los inmigrantes españoles donde se desarrollaron y florecieron los primeros atisbos de asociacionismo obrero de influencia proudhoniana¹². Este planteamiento ya había sido defendido también, aunque con menor rigor documental, por Frank Fernández (2000), quien utilizando un tono más rotundo proclama que “Proudhon, cuyas ideas y teorías económicas habían causado un gran impacto en Europa, influyó decisivamente en los orígenes del anarquismo en Cuba” (Fernández, 2000, 24).

Al margen de este tipo de producciones que abordan de manera directa el anarquismo desde la perspectiva de las relaciones sociales, *El lápiz rojo. Prensa, censura e identidad cubana (1878-1895)* de Alain Basail Rodríguez (2004) nos ofrece un punto de vista diferente, cuya novedad radica en el acercamiento a la convulsa realidad sociopolítica de la Cuba finicolonial a través del rastro dejado por la actividad inherente a la censura. Esta obra, de una rigurosidad académica intachable, nos presenta la actitud tomada por las autoridades españolas frente a la proliferación en la Isla de numerosos periódicos que en muchos casos atentaban contra los intereses del imperialismo ibérico. Este estudio, que no se centra de forma exclusiva en la persecución de los anarquistas, nos informa de manera bastante completa sobre los motivos y los métodos de censura que llevaban a la administración colonial a sancionar o incluso clausurar multitud de publicaciones teóricamente sediciosas. Con ello, Rodríguez aporta un gran número de cabeceras censuradas por el aparato represor del Estado y nos pone sobre la pista de algunos de los procesos llevados a cabo contra algunos de sus más destacados redactores.

La primera década del siglo XXI, en definitiva, nos ha ofrecido una producción académica brillante en líneas generales, aportando diferentes enfoques que ayudan a comprender la importancia del anarquismo dentro del movimiento obrero cubano. Sin embargo, y teniendo en cuenta que todos los autores dejan constancia del papel de los inmigrantes españoles en la importación de las teorías del socialismo revolucionario en la Isla, ninguno de ellos se aboca a un estudio completo y detallado de la entrada y expansión de estas ideas, así como tampoco de las relaciones de estos anarquistas emigrados con los libertarios de dentro de la Península, poseedores de mayores medios de acción y de una más marcada experiencia. Sánchez Cobos nos detalla estos aspectos para el primer cuarto del siglo XX, pero pasa de puntillas sobre el siglo XIX, del que nos deja sin embargo unas líneas bien definidas desde las cuales arrancar una investigación mucho más completa y detallada del periodo.

Así llegamos a la actual década, donde podemos observar que hay una producción bastante amplia, sobre todo si se tiene en cuenta que este decenio no ha llegado a su fin. Las obras de carácter académico nos muestran una tendencia similar a la desarrollada durante la década anterior, aunque con una elección de temáticas mucho más concretas y perfectamente delimitadas dentro de un marco cronológico. Artículos como el de Arturo Vilchis Cedillo, *Martí, anarquistas y lectura en Cuba* (2010), nos abren nuevas líneas de

¹² Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo y revolucionario francés, es considerado junto con Bakunin y Kropotkin uno de los padres del pensamiento anarquista. Sus planteamientos, basados en el mutualismo y el federalismo integral, influyen dentro de las primeras sociedades obreras del siglo XIX, que si bien es cierto que aún no han desarrollado una conciencia de clase que les aconseje una total emancipación de los trabajadores, sí que son conscientes de la necesidad de unir fuerzas para sobreponerse a las adversidades de las que pudiesen ser víctimas sus asociados. Este espíritu mutualista hace que las ideas del pensador galo impregnen los estatutos de estos primitivos presindicatos.

investigación, aunque se echan en falta investigaciones más profundas en esta segunda década del siglo XXI. La producción en este periodo se compone de artículos que, pese a tener un enorme peso pedagógico, presentan una extensión reducida que no permite hacer un análisis minucioso y detallado de una temática con tantos matices. Además, pese a que la producción académica acerca del movimiento obrero es amplia cuantitativamente hablando, tiende a hablar generalizadamente de las luchas obreras sin centrarse exclusivamente en el anarquismo, generando con ello un vacío historiográfico grande. Aquellas obras que sí tocan más de cerca la temática del movimiento libertario, como las de Susana Sueiro Seoane (2013 y 2014), lo hacen, sin embargo, desde un punto de vista más transnacional, sin delimitar estrictamente su objeto de estudio a un marco geográfico concreto. No obstante, la perspectiva de Sueiro resulta sumamente enriquecedora para nuestra investigación, dado el importante aporte que ofrece al conocimiento de las redes de relaciones internacionales tejidas por los anarquistas entre América y España a finales del siglo XIX. También, en los últimos años, han aparecido diversas publicaciones suscritas por quien escribe estas líneas, Javier Colodrón Valbuena (2015a, 2015b, 2016a, 2016b y 2017), y que, al socaire de la elaboración de este proyecto, han ido desgranando y tratando de manera individualizada algunos de los puntos que aparecen en la presente tesis y que por distintos motivos no se ha considerado necesario tratar de un modo tan detallado dentro de la misma. Sin embargo, mas allá de las excepciones que representan tanto Sueiro como Colodrón, existe una generalizada falta de interés hacia el anarquismo cubano dentro del mundo académico dedicado al obrerismo insular, lo que provoca una cierta falta de referentes que dificultan la labor investigadora.

Algo parecido pasa con las obras que han sido incluidas en la categoría de Ensayo Histórico. La producción, aunque mucho más reducida que la académica, es la segunda en importancia numérica, si bien es cierto que peca de dejar los mismos vacíos. Cronológicamente, este tipo de textos están repartidos de manera muy uniforme a lo largo de las décadas, no predominando en ninguna de ellas un elevado número de títulos. La temática, pese a estar mucho más centrada en el tema que nos concierne, se ve eclipsada por una absoluta falta de difusión de las fuentes utilizadas¹³. Este tipo de obras aportan un gran apoyo a cualquier tipo de investigación –lanzan hipótesis, plantean nuevas vías, elaboran conclusiones, etc.- pero hay que tratarlas siempre con el cuidado que merecen ya que la citada ausencia de referencias y notas a pie de página nos impide, o al menos dificulta, percibir qué elementos están contrastados con fuentes tanto archivísticas como bibliográficas, y qué componentes son resoluciones propias a las que el autor llega de manera individual y por tanto son poseedoras de un elemento subjetivo que conviene tener presente a la hora de tomar sus párrafos como referencia.

Por otro lado, y fuera del análisis estricto del movimiento obrero, algunos de los ensayos históricos que se presentan en la bibliografía seleccionada para el desarrollo de la presente sección se introducen directa y exclusivamente dentro del mundo del tabaco. El sector tabacalero durante el siglo XIX fue la clara vanguardia del movimiento obrero cubano y estaba, además, integrado por un vasto número de anarquistas que se valían de las polémicas lecturas en las fábricas para difundir tanto las injusticias cometidas contra los trabajadores de toda la Isla como las ideas más radicales del socialismo revolucionario

¹³ Es cierto que este tipo de obras presenta un listado bibliográfico en el que incluyen todos los títulos, así como los archivos que fueron consultados para la elaboración del estudio. Sin embargo, no se indica qué información ha sido extraída de qué fuente, lo que resta credibilidad y rigurosidad a las afirmaciones que lanzan, además de dificultar la labor en futuras investigaciones por la ausencia de cualquier referencia de carácter archivístico.

decimonónico. Orlando Castañeda (1946) analiza cómo este sector y esta práctica de difusión en las fábricas fueron utilizados en un primer momento para inculcar el concepto de clase entre los tabacaleros y cómo esta red de divulgación fue hábilmente aprovechada por José Martí para, una vez adaptado su discurso a las necesidades del proletariado, extender su arenga nacionalista y pseudo-revolucionaria entre la necesitada masa trabajadora. Mucho más ilustrativa resulta la obra de Martín Duarte Hurtado, *La máquina torcedora de tabaco y las luchas en torno a su implantación en Cuba* (1974), en que se presenta la lucha incesante de los tabacaleros cubanos contra un artilugio que amenazaba el puesto de trabajo de miles de ellos. A pesar de que el ensayo está primordialmente embebido en las primeras décadas del siglo XX, nos deja constancia de cómo métodos claramente identificables con los utilizados por los anarquistas son los que siguen predominando dentro del sector del tabaco¹⁴. Esto nos deja la incógnita de hasta qué punto las teorías nacionalistas de Martí calaron entre los tabaqueros o, por el contrario, si la independencia y posterior instauración de la república fueron aceptadas por la sección más radical de este movimiento obrero como un paso previo hacia una emancipación mayor de la clase trabajadora cubana. Una línea más rotunda y cercana a la inaugurada por Castañeda en la década de 1940 es la que traza, sin embargo, *Biografía del Tabaco Habano* (García Galló, 2000) donde, después de dedicar varios capítulos a la biografía, las fases de elaboración y la economía derivada de la fabricación del tabaco, se incluye un apartado titulado “Sociología” en el que se narra la evolución de las luchas sociales mantenidas por los obreros desde el siglo XVII. En él, el autor deja bien claro al referirse al movimiento obrero del periodo 1860-1895 que “sus primeras luchas no se mezclan en lo absoluto con las luchas por la independencia nacional; ni la primera huelga notable, ocurrida en 1866, ni las que se sucedieron en los años inmediatos, tienen puntos de contacto con los anhelos independentistas” (García Galló, 2000: 86). No obstante, al analizar el lustro que precedió a la guerra, destaca, al igual que Castañeda, la utilización de la lectura y las redes obreristas tabacaleras por parte de Martí y sus seguidores con el objeto de difundir sus doctrinas de autodeterminación entre la población trabajadora.

Pero no solo el tabaco copa la producción ensayística a la que venimos haciendo referencia. Los títulos elaborados dejan de manifiesto un evidente interés por el origen del movimiento obrero en Cuba. Estos volúmenes hacen una aproximación no muy profunda sobre las primeras luchas obreras en la Isla, pero existen dos obras, escritas con casi cien años de diferencia, que merecen una destacada mención debido a los datos que aportan para el desarrollo de la presente tesis: *La anarquía española y el sacrificio de los cubanos* (Sanguily, 1896) y *Los españoles en el movimiento obrero oriental* (Soler Martínez, 1994). El trabajo de Soler Martínez presenta como novedad importante la orientalización del movimiento obrero en Cuba¹⁵. Sin concentrarse en absoluto en los anarquistas, el autor nos hace un interesante examen del movimiento obrero oriental, donde la menor

¹⁴ Como métodos libertarios no solo nos referimos a la huelga general, reconocida como medio principal de presión ácrata, sino a algo que marca la diferencia con el resto de grupos obreristas: la acción directa. La acción directa la ejercen los tabacaleros en Cuba mediante el sabotaje hacia las nuevas máquinas que se comenzaban a implantar en las fábricas de tabaco. Esta maniobra, conocida como “propaganda por el hecho” es una estrategia de propaganda anarquista basada en el supuesto de que el impacto de una acción genera más repercusiones, obtiene más relevancia y, por tanto, es mucho más eficaz que la simple palabra para despertar las energías rebeldes del pueblo. Estos métodos de lucha parecen tener una profunda aceptación dentro del ramo de los tabacaleros, que la ponen en práctica con resultados bastante positivos en casi la totalidad de las fábricas en las que se produjo algún intento de mecanización de la producción.

¹⁵ Con orientalización nos referimos al hecho de centrar el estudio en el Oriente Cubano, aspecto bastante obviado por una historiografía que durante décadas centró su atención en La Habana, limitando su radio de análisis únicamente a las zonas colindantes a la capital.

mecanización de la producción y una actividad económica basada en la explotación de grandes extensiones agrícolas se aúnan para generar una corriente obrerista de características dispares a las de la industrializada región habanera. El movimiento oriental que nos presenta Soler Martínez es casi en exclusiva de corte reformista, aunque admite que “las condiciones de trabajo y el alto grado de explotación a que los obreros eran sometidos, conduce al estallido de la primera huelga en 1887: la de los tabaqueros santiagueses” (Soler Martínez, 1994,3). Este dato nos hace pensar en la influencia que el anarquismo pudo tener en este levantamiento ya que las fechas coinciden con el Primer Congreso Obrero de Cuba y el periodo de mayor expansión de la acracia sobre la Isla; asimismo, la utilización de la huelga como forma de lucha resulta bastante impropia de unos reformistas cubanos que se caracterizaban por predicar la armonía entre patronal y proletariado. Óptica totalmente diferente fue la que había utilizado Manuel Sanguily (1896) al hablar de esos españoles emigrados “que recorrían como ángeles invisibles los ámbitos inmensos de esta nación afortunada [...] sembrando en los aires y en los corazones vigorosos, destellos de la bienaventuranza” (Sanguily, 1896: 4). El ensayo elaborado a partir del discurso pronunciado por el propio Sanguily en el Chickering Hall de Chicago el 27 de noviembre de 1896 nos ofrece una visión coetánea e intrínseca de la relación existente entre la llegada de los anarquistas españoles y el desarrollo del anarquismo en Cuba. El análisis, parcial y extremadamente superficial, transmite con su lenguaje poético las necesidades que tenían los trabajadores cubanos y la actuación que llevaron a cabo los españoles en consecuencia, mostrando tanto las acciones desplegadas por la Administración colonial como por los obreros emigrados. La fecha de emisión del discurso aporta ese granito de contemporaneidad necesario para una mejor comprensión del fenómeno debido a que las situaciones que describe han sido en gran parte experimentadas por el propio autor; sin embargo, eso añade a su vez una carga de subjetividad extra a un trabajo que de por sí resulta ya bastante propagandístico a causa de las continuas exaltaciones patriótico-independentistas de las que continuamente hace gala.

Un enfoque distinto a todos los anteriores es el que nos ofrece lo que hemos denominado “Producción testimonial”¹⁶. Es interesante, dentro de este conglomerado, la obra del inmigrante italiano Orestes Ferrara (1975) *Memorias: una mirada sobre tres siglos*, un texto autobiográfico que repasa la vida de este revolucionario napolitano. Orestes Ferrara comenzó simpatizando con las ideas libertarias europeas de finales del siglo XIX y viajó a Cuba en 1897 para participar en la Guerra de Independencia, donde llegó a ser comandante mambí. Este hecho nos permite conocer de primera mano qué planteamientos llevaron al ácrata de Campania a abandonar sus credos y participar en un conflicto bélico que ni tan siquiera le afectaba de manera directa, lo que nos puede ser útil para ponernos sobre la pista de por qué muchos otros socialistas utópicos se alistaron en las filas del ejército sublevado. La biografía elaborada por Domenico Capolongo (2009) suma a la autobiografía de Ferrara una perspectiva exterior y una visión de la figura desde un marco cronológico distante que permiten llevar a cabo un análisis del personaje mucho más completo y objetivo; no solamente conocemos así al sujeto, sino que podemos analizar cómo ha sido tratado con el paso del tiempo.

El bloque bibliográfico no estaría completo si dejásemos de lado las recopilaciones documentales que muchos estudiosos dejaron transcritas para deleite de futuros

¹⁶ Dentro del grupo de obras congregadas para este trabajo, bajo la nomenclatura “Testimonial” se han insertado las crónicas, las biografías y las autobiografías acerca de los hechos más relevantes del movimiento anarquista cubano y sus protagonistas.

investigadores. Esta tipología documental nos aporta toda clase de textos de cuyo análisis podemos obtener una cantidad ingente de datos con que reconstruir la historia del anarquismo en Cuba. Destaca entre todos ellos la memoria de la Conferencia Anarquista Internacional de Chicago que nos recoge el anarquista catalán Pedro Esteve (1900), quien realiza y deja plasmado un mitin en el que hace un repaso de las actividades de los anarquistas cubanos y españoles en la antesala de la Guerra del 95. Teniendo en consideración la militancia ácrata de Esteve el texto es bastante objetivo ya que, aunque ensalza quizá en exceso los logros conseguidos por los revolucionarios, no duda en enumerar los errores que pudieron haber cometido y los momentos en que su actuación debió ser más firme y comprometida. *El Productor. Artículos de Enrique Roig San Martín* (Plasencia, 1967) presenta la totalidad de las crónicas elaboradas por el mayor representante del movimiento libertario cubano en el semanario que él mismo creó en 1887. Estos textos son de imprescindible necesidad para conocer tanto el pensamiento y la línea editorial del dirigente obrero como para conocer las situaciones y acciones en las que el anarquismo tomó parte hasta la muerte de Roig San Martín. Otra tipología de datos es la que nos ofrecen el resto de recopilaciones documentales reunidas para este trabajo. Todas ellas hacen referencia a los congresos obreros que se celebraron en Cuba a lo largo de la Edad Contemporánea. Sin embargo, cabe resaltar de entre todas ellas una obra que tanto por su rigurosidad como por el valor histórico de las fuentes que transcribe resulta de inevitable consulta a la hora de intentar acometer un estudio que tenga como trasfondo el obrerismo cubano: *Los Congresos Obreros en Cuba* (Tellería, 1973). En esta obra, Evelio Tellería Toca reproduce no solamente los dictámenes emitidos en cada una de las grandes asambleas de trabajadores insulares, sino que entremezcla esta documentación con testimonios recogidos en los principales periódicos de la época. Con ello, el autor aporta datos referentes al contenido de las discusiones mantenidas durante las reuniones que añaden una mayor riqueza a las ya de por sí interesantes resoluciones finales.

Por tanto, teniendo en cuenta todo lo expuesto hasta el momento, puede afirmarse que, en conjunto, los trabajos publicados con referencias indirectas al papel de los anarquistas dentro del movimiento obrero cubano componen una amplia producción. El interés por las luchas obreras desatada desde los años 80 hizo que surgiesen numerosas obras con esta temática que inevitablemente tenían que dedicar una parte de ellas al análisis de las ideas del socialismo revolucionario, sin embargo, y posiblemente a consecuencia del posterior triunfo y gobierno de las ideas marxistas, este cuantioso número de títulos no tiende a centrarse de manera específica en el esfuerzo llevado a cabo por los inmigrantes españoles a fin de difundir por toda la Isla las premisas de una acracia que ya llevaba las riendas del movimiento obrero en la Metrópoli. Esta falta de concentración temática genera enormes vacíos historiográficos que deben ser completados con nuevos estudios, algo que intenta llevar a cabo la presente tesis. Un error común en las investigaciones que hemos analizado a lo largo de esta sección es la total ausencia de un examen exhaustivo de las variaciones ideológicas que experimenta el anarquismo cubano a lo largo del siglo XIX y que, a pesar de evocar públicamente al socialismo utópico español como guía, no siempre coincide ideológicamente con la propensión dominante en la Península. Esta falta de interés por los estudios anarquistas, tanto en el caso de Cuba como en el resto del mundo, está en parte relacionada con el triunfo del socialismo científico marxista como vanguardia del movimiento obrero internacional y del Materialismo Histórico como una de las tendencias historiográficas dominantes durante la segunda mitad del siglo XX. Ambos fenómenos son totalmente contrapuestos a los postulados anarquistas, a quienes recriminan su nihilismo nacional, su antielectoralismo y su acción directa a la hora de procurar mejoras para la clase

trabajadora. Este dominio del marxismo dentro tanto del mundo obrero como del intelectual genera un sentimiento de hastío hacia cualquier aspecto del anarquismo, que en el mundo académico se traduce en sustraerse de tratar dicha temática e incluso ningunear y juzgar de forma subjetiva la labor llevada a cabo por los primeros libertarios. A esta problemática se le añade una evidente centralización a la hora de elaborar trabajos de investigación. Si nos atenemos a la geografía que abarcan los sucesos descritos en las obras analizadas, observamos que podría –salvo por alguna escasa excepción– llegar a pensarse que el movimiento obrero en Cuba es un episodio que solo tiene lugar de manera inusual en la capital cubana; poco, o nada, se ha hablado de cómo los planteamientos anarquistas importados desde España se introdujeron en las menos industrializadas zonas orientales de la Isla, ni de cómo estas ideas calaron o fracasaron en su intento de expansión por las zonas rurales de la Perla de las Antillas.

La presente investigación, centrada en la relación existente entre los movimientos migratorios masivos que afectan a Cuba desde mediados del siglo XIX y la aparición de los dogmas anarquistas en el Caribe, pretende contribuir al estudio del movimiento obrero cubano con el aporte de nuevas perspectivas. Para ello se utilizaron las fuentes emitidas desde medios escrupulosamente anarquistas y se contrastaron con los datos que nos aportan tanto los documentos oficiales de la administración como aquellos núcleos que tienen intereses y métodos de lucha antagónicos a los que defiende la acracia. También se persigue dotar de un nuevo enfoque a la Guerra de 1895. La historiografía referente al conflicto que a la postre supuso la independencia de Cuba presenta como decisiva la participación en el mismo de la masa trabajadora de Cuba; sin embargo, expone a esta amalgama proletaria como un conjunto homogéneo que tiene los mismos planteamientos y objetivos, cuando en realidad hubo participación de obreros de todas las tendencias políticas que buscaban unos fines totalmente dispares con respecto al devenir de la clase obrera.

En definitiva, este trabajo de investigación pretende aportar una perspectiva novedosa al estudio de la Historia Contemporánea de Cuba intentando llenar vacíos historiográficos existentes y abriendo nuevas vías por las que transitar en una de las etapas más importantes de la Historia de Cuba.



2. CONTEXTOS HISTÓRICOS.





La multitud de componentes que condicionaron el nacimiento del movimiento anarquista en Cuba y la posible influencia que los ácratas españoles ejercieron sobre el mismo obligan a examinar el contexto histórico en que se desarrolló todo este proceso. Esta contextualización servirá como base para comenzar a desarrollar una investigación que pretende ahondar en la realidad social, política y económica que propició el inicio de un movimiento obrero de corte libertario en la Isla de Cuba. Por eso, antes de comenzar con el estudio pormenorizado del objeto de esta tesis, conviene realizar un análisis previo de la sociedad cubana, del anarquismo español y del fenómeno migratorio que tuvo lugar dentro de los límites cronológicos que enmarcan el presente trabajo. Esto es lo que se tratará a lo largo de este capítulo.

2.1. Sociedad: Cuba en la segunda mitad del siglo XIX.

Tras un inicio de siglo marcado por el levantamiento y posterior pérdida de la mayor parte de sus colonias de Ultramar, España afrontó la segunda mitad de la centuria con el firme objetivo de mantener a toda costa las reducidas posesiones del otrora exorbitante imperio español. Lugar especial dentro de este afán de conservación ocupó la Isla de Cuba que, junto con Puerto Rico, componía el último reducto que no había escapado de las férreas garras de la segregante administración colonial española. Ello se debía, en gran medida, a la privilegiada posición geográfica que ocupaba en el comercio marítimo entre América y Europa, el cual seguía siendo de vital importancia para las cada vez más paupérrimas arcas imperiales.

Uno de los factores que durante estas décadas influyó con más fuerza sobre las relaciones político-sociales entre Cuba y la metrópoli fue la crisis sistemática que desde 1838 azotó al modelo de sociedad esclavista, presente en la Isla desde los primeros tiempos de la colonización. El sistema esclavista era, en la época, el principal engranaje económico de la Mayor de las Antillas. Su mantenimiento –en un momento en que el abolicionismo comenzaba a generalizarse entre las potencias europeas- provocó numerosas algaradas de corte social y supuso, hasta la declaración de la Ley de abolición de la esclavitud, el 13 de febrero de 1880 (ANEXO I), “un motivo de presión hacia España” (Martínez de Salinas Alonso, 2007: 25) por parte de sus históricos competidores en el control del comercio americano. En 1862 Cuba poseía un censo de 1.359.238 habitantes dentro del cual el índice de residentes blancos, según señalan en su obra Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola Vega (2008), superaba ligeramente al de la población catalogada como “de color”. El porcentaje de esclavos –teniendo en cuenta la intencionada inexactitud de las fuentes demográficas relativas a los trabajadores cautivos- se movía en cotas cercanas al 30%. Fue a partir de los años 40 del siglo XIX cuando la población blanca, con una tasa de crecimiento del 4% (superior al 2,5% de los “libres de color”) se convirtió en mayoritaria dentro de la Isla, lo que sumado al evidente descenso de los índices de

crecimiento de la población esclava –inferiores al 1%- supuso un hito que podría considerarse como el principio del fin para la estructura esclavista de Cuba. El debilitamiento de la esclavitud como cimiento base de la economía insular fue desarrollándose de forma escalonada y desigual dependiendo del lugar y del tipo de producción dominante en cada zona. Así, mientras en los núcleos urbanos se erradicaba a pasos agigantados el tiránico sistema negrero, en las áreas rurales dedicadas a la agricultura y, máxime, en los territorios sujetos a la productividad de la industria azucarera la demanda de mano de obra esclava no solo no se redujo sino que incluso se vio impulsada¹⁷.

El incremento de su precio–propiciado principalmente por el carácter clandestino que adquiere la trata a partir de la firma del tratado contra el tráfico de esclavista entre España y Gran Bretaña de 1835, y por la Ley española de Represión del Tráfico Negrero de 1845¹⁸– convirtió a los esclavos en un recurso económico solo al alcance de los henchidos bolsillos de la burguesía azucarera. Este hecho generó una importante alteración en la mentalidad cubana, que comenzaba a dejarse embriagar por los modernos aires abolicionistas que llegaban a la Isla. A finales de los años 50 la expansión de esta tendencia antiesclavista entre los cubanos fue de tal magnitud que ocasionó un cambio en la política de represión de españoles e ingleses. El detonante de este giro fue el miedo a que, ante esta nueva coyuntura social, la descontenta burguesía esclavista promoviese una revolución –contraria a los proyectos de dominación de ambos imperios– que permitiera la anexión de Cuba a Estados Unidos, donde los estados sureños mantenían vigente la esclavitud. La dubitativa postura de los apocados gobiernos europeos provocó un ligero repunte del tráfico esclavista que no se prolongó durante mucho tiempo gracias a que pronto la burguesía esclavista empezó a concebir la esclavitud como un elemento contraproducente para el desarrollo de una producción capitalista moderna. La progresiva e imparable sustitución de la mano de obra esclava por la de una fuerza de trabajo asalariada se vio pronto acelerada por los tintes antiesclavistas que comenzaban a incorporarse al cada vez más significativo movimiento independentista cubano¹⁹. Así, después del inicio de la Guerra de los Diez Años, y tras observar el cariz y la dilatación que estaba tomando la misma, las autoridades españolas decidieron dar un golpe de timón a su discriminatoria política colonial con el fin de recuperar parte del apoyo de la opinión pública. Con este objetivo se tomaron medidas que potenciaron la integración de la población no blanca en la estructura social cubana y que premiaron con una serie de derechos y privilegios –como la formación de sociedades– a las personas de color que

¹⁷ En estas zonas el desarrollo industrial provocaba un aumento en el requerimiento de materias primas que se traducían en un incremento de las extensiones de cultivo.

¹⁸ En 1817, España e Inglaterra firman un tratado relativo a la trata mediante el cual la primera se obliga a suprimir el tráfico de esclavos al norte del ecuador y recibe como compensación la suma de dos millones de pesos. Este documento concede además a la Marina Británica el derecho de visita sobre los buques españoles susceptibles de practicar la trata. El tratado, pese a ser un avance en la consecución de la abolición, es esquivado gracias al contrabando y a la permisividad de la corrupta administración colonial española (véase Hugh Thomas, 1973). El hecho de que entre 1821 y 1835 entrasen de manera ilegal en Cuba un número estimado de 90665 esclavos dio lugar a la firma de un nuevo tratado entre España e Inglaterra que concedía a ambos mayores facilidades para la persecución del contrabando negrero. El dictado en 1845 de la Ley Penal para la represión del tráfico de negros vino a complementar, pese a sus vagas y contradictorias disposiciones, la persecución del comercio de esclavos.

¹⁹ Es en estos años –principalmente tras el estallido de la Guerra de los Diez Años– donde observamos, tal y como afirma Mildred de la Torre (1998), el final de un inestable periodo dominado por las fluctuaciones de la esclavitud y la puesta en marcha de medidas reales para la erradicación del modelo esclavista.

participasen en la guerra junto al bando español²⁰, tal y como pone de manifiesto Frank Fernández (2000). El carácter abolicionista del bando mambí y la desesperación del gobierno colonial por buscar una salida digna al conflicto manteniendo el control español sobre Cuba derivaron en la aceptación de una cláusula inserta en el Pacto de Zanjón por la cual el gobierno se comprometió a una erradicación paulatina pero intensa de la esclavitud en la colonia. El golpe definitivo a este modelo productivo llegó el 13 de febrero de 1880 con la ley de abolición de la esclavitud²¹. La nueva legislación concedía la libertad a los esclavos bajo cinco supuestos bien delimitados: 1) acuerdo entre patrono y patrocinado, 2) renuncia unilateral del patrono, 3) indemnización de una cantidad de entre 30 y 50 pesos anuales y fin de las obligaciones del patrono, 4) con la llegada del quinto año de patronato se dejaría libre la dotación de forma escalonada en cuartas partes de mayor a menor edad de los patrocinados y 5) los libertos debían de acreditar un contrato de trabajo para evitar ser tomados por vagos y obligados a servir en obras públicas. En gran medida, la abolición de la esclavitud marcó la vida social, política y económica de la Isla durante la segunda mitad del siglo XIX, dibujando la línea de acción tanto de independentistas como de imperialistas. Generó, además, un nuevo modelo productivo basado en la sustitución de la esclavitud por mano de obra asalariada que dio lugar, como veremos más adelante, a un crecimiento potenciado del fenómeno migratorio con el objetivo de cubrir la creciente demanda de braceros provocada por la nueva realidad productiva (Barcia, 2005).

Otro de los cambios estructurales más importantes que experimentó la sociedad cubana durante las últimas décadas de colonialismo fue el auge del urbanismo que, “en términos absoluto y relativo, constituyó uno de los hechos demográficos de mayor relevancia” (Torres-Cuevas y Loyola, 2008, 304) en la segunda mitad del XIX cubano. El aumento de la población urbana confirmó características singulares a una sociedad que dependía casi en absoluto de la producción agrícola como base económica. Pese a que pueda pensarse que el fulgor de la urbanización puede venir determinado por el nuevo modelo productivo de los centrales azucareros –elemento importante debido a la transcendencia de este sector en la economía de Cuba- no es un factor resolutivo, como sí que lo fue en el urbanismo del siglo XX. Existen otros agentes más determinantes, como la división político-administrativa instaurada por las autoridades españolas en 1878. La nueva segmentación territorial establecía, con el objetivo de facilitar una mayor y más efectiva gestión, la creación de seis provincias: Pinar del Río, Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba (ANEXO II). Este modelo administrativo creó la imperiosa necesidad de reactivar el poblamiento de zonas que durante mucho tiempo fueron casi olvidadas²² -como la provincia occidental de Pinar del Río- para poder

²⁰ La proclamación en 1873 de la Primera República Española fue un pistoletazo de salida para una serie de medidas políticas, económicas y sociales destinadas a “asimilar Cuba a España” y a neutralizar el creciente prestigio que adquiría gradualmente el movimiento independentista. Sin embargo, es curioso que fue con la llegada del sistema de la Restauración cuando se permite a la población no blanca de Cuba la creación de Sociedades propias. El sistema inaugurado por Cánovas del Castillo eliminó los aspectos más radicales de la etapa republicana, pero supo transigir las facetas que la sociedad consideraba justas y a las cuales aspiraban la mayoría de los residentes en la Isla.

²¹ Con este estatuto se dictaminaba la sustitución del sistema esclavista por un patronato de ocho años que otorgase la libertad a los cautivos y, simultáneamente, permitiese a los negreros gozar de tiempo suficiente para reestructurar su procedimiento de explotación agraria minimizando al máximo los trastornos que pudiese ocasionarles desprenderse de la mano de obra esclava.

²² El urbanismo decimonónico cubano se caracteriza por el crecimiento de núcleos de población existentes con anterioridad en la Isla; a diferencia de lo sucedido en el siglo XX, donde la creación de nuevos asentamientos en torno a los centrales azucareros fue la tónica generalizada. Este hecho nos obliga, por tanto, a hablar de una revitalización de los núcleos urbanos de la Isla.

desempeñar de un modo mínimamente pragmático el gobierno centralista que caracterizaba a la administración española. Esta centralización de las intendencias coloniales generó un crecimiento de las capitales provinciales en detrimento de los núcleos próximos que fue fundamental en la evolución social que experimentó la Isla durante el ocaso del imperio español. El aglutinamiento de diversos sectores sociales dentro de un modelo socioeconómico tan evidentemente desigual como el desarrollado en la colonia antillana fue, sin duda alguna, uno de los factores que condicionaron las relaciones interclasistas en un periodo marcado, ya de por sí, por una enorme y ferviente actividad social.

Además de esta creciente tendencia urbanizadora y la paulatina instauración de un sistema económico no cimentado en la explotación esclavista, la sociedad insular de la segunda mitad del siglo XIX estuvo fuertemente marcada por la búsqueda de una identidad comunitaria propia, es decir, por la creación de la llamada *cubanidad*. Este concepto “presuponía la asunción de la idea de integrar un mismo país, por encima de las particularidades, y la creencia en la existencia de un pueblo formado por todos aquellos enraizados por nacimiento y bienes en la Isla, portadores de civilización, identificados con la tierra, las actividades locales y las costumbres que habían ido creándose” (Piqueras, 2005, 39). En esta concepción, y como puede deducirse de la locución “portadores de la civilización”, existía un fuerte componente racial que pretendía hacer una distinción entre los cubanos blancos, oriundos o descendientes de España y los demás países europeos y aquellos nuevos ciudadanos libres de color que incesantemente se sumaban a los índices de población gracias a la nueva tendencia abolicionista imperante en la Isla. Este grupo, a priori excluido de la *cubanidad* y compuesto en esencia por antiguos esclavos negros y trabajadores asiáticos, tendría sin embargo la capacidad de ser integrado dentro de esta sociedad chauvinista²³ mediante la convivencia con los verdaderos cubanos y la aprehensión de su modelo de civilización, desprendiéndose para ello de sus propios rasgos comunitarios. El concepto de *cubanidad* no fue, sin embargo, una noción extendida entre la mayoría de la población cubana del siglo XIX. Durante este periodo no existía un sentimiento nacionalista generalizado sino que este fervor patriota se encontraba presente de una manera casi exclusiva dentro de una reducida intelectualidad que, a diferencia de la práctica totalidad de la población, tenía una noción de comunidad nacional –relacionada con su condición de criollos blancos– de la que otros colectivos carecían. Estos *hijos del país* se adueñaron del nombre *criollo* (crioulo)²⁴ con el fin de definir a todo “aquel que nace en Indias de Padres Españoles, u de otra Nación que no sean Indios” (Piqueras, 2005, 43) y obtener con ello una relativa identidad propia. Fue este criollo blanco quien se convirtió en el auténtico cubano, mientras que los negros y el resto de insulares, pese a nacer en el país y por tanto ser inapelablemente cubanos, únicamente lo eran desde una óptica puramente geográfica ya que su condición los hacía miembros

²³ El chauvinismo es una teoría nació con la creencia del Romanticismo en la existencia de un hipotético carácter, idiosincrasia, personalidad o temperamento nacional distinto para cada pueblo, etnia, raza, región o nación y que tendría vida propia e independiente. Según el artículo “Imperialism, Nationalism, Chauvinism” de *The Review of Politics* de octubre de 1945, el chauvinismo “es un producto casi natural del concepto de Nación en la medida en que proviene directamente de la vieja idea de la *misión nacional* [...] La misión nacional podría ser interpretada con precisión como la traída de luz a otros pueblos menos afortunados que, por cualquier razón, milagrosamente han sido abandonados por la historia sin una misión nacional. Mientras este concepto de chovinismo no se desarrolló en la ideología y permaneció en el reino bastante vago del orgullo nacional o incluso nacionalista, con frecuencia causó un alto sentido de responsabilidad por el bienestar de los pueblos atrasados”.

²⁴ En un primer momento este concepto fue utilizado por los portugueses para designar a los negros criados en casa de su señor y diferenciarlos del negro procedente de la trata.

de la sociedad pero no de la comunidad. La persecución de una identidad cubana completa debía por lo tanto enfrentarse a una problemática racial a la que se le unía el inconveniente de la diversidad cultural intrínseca a un territorio tan marcado por el fenómeno migratorio. Para conseguir una *cubanidad* plena e integradora, esta debería asumir el carácter pluriétnico de Cuba a la hora de elaborar su concepto de nación. Esta construcción debía ser, en consecuencia, constitutivamente dispar a la cimentación nacional llevada a cabo en Europa en los albores del siglo XIX, obteniéndose como resultado la existencia de referencias identitarias compartidas, algo que no se haría realidad hasta la década de 1890²⁵.

La exclusión social de un importante segmento poblacional por motivos étnicos no impidió, sin embargo, definir la nación cubana a mediados del siglo XIX, tal y como demuestra José A. Piqueras (2005)²⁶. Además del componente racial, la construcción nacional incluía un claro factor económico que, si bien ya estuvo presente en los procesos nacionalistas del resto de países latinoamericanos, obtuvo en Cuba su máxima expresión. Este aspecto materialista guarda relación con la concepción étnica que venimos tratando, ya que el vínculo que atesora la industria azucarera –principal fuente de ingresos de la Isla- con el sistema esclavista, resulta innegable. Sin embargo, fue esta preponderancia del cultivo azucarero la que facilitó la germinación de un sentimiento comunitario nacional mucho más amplio, ayudando a ligar los pequeños regionalismos a una actividad común que situó a La Habana como centro neurálgico en el que se desarrolló la actividad financiera derivada de la glucosa²⁷. El continuo crecimiento de la lucrativa industria azucarera, junto con la ley del cultivo comercial y la estructuración de la producción, generaron la necesidad de ampliar las zonas de cultivo, lo que contribuyó a unificar en mayor medida las tierras orientales con la capital. Esto supuso el fin de los localismos en favor de una concepción nacional mucho más colectiva ante la expectativa de tener que hacer frente a unos intereses y una problemática comunes. Es de señalar que, tras la expansión azucarera, las zonas en las que se desarrolló un mayor sentimiento patriótico, como demuestra el número y la fuerza con que se llevaron a cabo las sublevaciones de 1868, son aquellas en las que la población criolla blanca era superior cuantitativamente, lo que pone de manifiesto que la creación del sentimiento nacionalista seguía siendo un estandarte propio de este estrato. No fue hasta la paz del 78 cuando los patriotas insurgentes tomaron consciencia de la necesidad de incluir a la numerosa población de color en su concepto de patria, ya que estos se habían mostrado más dispuestos que la acomodada sacarocracia criolla a tomar las armas y combatir por una emancipación social que ni el abolicionismo ni la política colonial española habían logrado establecer. A todo lo expuesto hasta el momento hay que incorporar el factor geopolítico de una Isla alejada de la metrópoli y cercana a los beneficios del azúcar que, tras ser excluida en 1837

²⁵ La inclusión de la igualdad social entre blancos y negros no fue verdaderamente incluida dentro de la concepción de patria cubana hasta la firma del Pacto de Zanjón. Sin embargo, esta postura se desarrolló totalmente hasta que José Martí puso de manifiesto que la patria debía ser una realidad social y no un concepto ideado de manera abstracta por doctos blancos ansiosos de mantener una posición elevada dentro de la sociedad.

²⁶ La constitución de la nación cubana podía erigirse exclusivamente sobre la etnia caucasiana, desposeyendo a la población de color –libre o esclava- de la ralea de ciudadanos, de modo similar a cómo lo habían hecho los Estados Unidos o, como ejemplo más directo, la Constitución Española de 1812²⁶. Esta concepción racial no era por tanto un obstáculo a la hora de crear el concepto nacional de Cuba, aunque es cierto que condicionaba las acciones futuras de una población blanca que exigía de la administración española un tratamiento de igualdad civil que ellos mismos negaban, por el momento, al colectivo de color

²⁷ Esta centralización basada en la producción azucarera se inicia desde la capital hacia las provincias orientales, dejando de lado la provincia de Pinar del Río, dedicada a la producción tabacalera.

de la participación en la política española y apartada de su condición de provincia, comenzaba a desleír el consenso entre gobernantes y gobernados y se esforzaba por dejar de lado sus diferencias y rivalidades internas con el fin de generar un integrador y definitivo sentimiento nacional.

Unida a este factor nacionalista nos encontramos la arbitraria actuación de las autoridades, tanto coloniales como metropolitanas, con respecto a Cuba y los cubanos. La burocracia colonial, encargada del gobierno de la Isla, estaba mayoritariamente compuesta por peninsulares aunque el reformismo iniciado en la década final del siglo XVIII había posibilitado en gran medida la participación de los criollos en la administración y la adaptación a la realidad cubana de las políticas emitidas desde Madrid. Esta situación de relativos privilegios para los criollos se vio alterada, sin embargo, el 12 de febrero de 1837, con la emisión de un dictamen que excluía a Cuba y Puerto Rico del marco de la Constitución. Se estipulaba, además, que estos territorios se regirían por leyes especiales que asegurasen “el buen gobierno y la conservación de aquellas provincias. De esta forma, la nueva legislación privaba a la Isla de su representación en las Cortes, a la vez que dejaba exclusivamente en manos de la Corona el gobierno de Cuba, otorgándole la potestad para designar a la persona que ocuparía la Capitanía General. Estos Capitanes Generales, quienes se enriquecían durante su corto mandato, procuraron a su vez rodearse de una Administración formada en exclusiva por peninsulares que, pese a su corrupto manejo de los fondos públicos, aseguraban una cierta fidelidad hacia un cargo que deseaban mantener durante el mayor periodo de tiempo posible; aunque bien es cierto que la sacarocracia, como representante de la riqueza mercantil de la Isla, mantuvo una importante presencia en instituciones como la Junta de Fomento. El número de peninsulares en los puestos de administración en detrimento de los cubanos que los ostentaban hasta entonces experimentó un aumento exponencial, ejerciéndose con su nombramiento un minucioso control de la administración local y de los partidos rurales. Esta situación de exclusión criolla en los puestos oficiales de poder se mantendría también con la Constitución de 1845.

Pese a que la mayor parte de la burguesía criolla aceptaba su marginalidad en la vida política debido a que la sumisión les permitía el mantenimiento de su situación económica, hay que señalar que algunos miembros de este estamento no se resignaron a ser dominados por el partido español. Estos desafiaron al poder colonial e incluso promovieron la anexión de Cuba a Estados Unidos para obtener derechos políticos y aumentar los intercambios comerciales sin tener que renunciar, por el momento, al sistema esclavista, dado que este seguía vigente en los estados sureños de la república norteamericana. A finales de la década de 1850 la política española, en un intento de controlar la cada vez más tensa relación entre el partido español y el partido cubano, comenzó a encaminarse hacia una postura mucho más reformista. Este cambio agradó a la élite criolla, que apoyó de pleno la aprobación de unas reformas que reforzarían, ahora también de manera política, su ya de por sí poderosa posición económica. El reformismo iniciado desde la metrópoli consiguió atraer en poco tiempo a miles de criollos. Pero, a pesar de las continuas promesas de cambio impulsadas por los elementos reformistas, cualquier aspiración de cambio se veía pronto truncada por una administración española que seguía estableciendo una política colonial de corte mucho más represivo. Como resultado de esta inestabilidad gubernamental, que tan pronto potenciaba la participación de Cuba en la política imperial como despojaba de este derecho a los ciudadanos de las colonias, un sector importante de la élite criolla y del resto de la sociedad cubana comenzó a adherirse al movimiento separatista y a revelarse contra el gobierno colonial español.

La evolución social, política y económica que experimentó la Isla a lo largo del siglo XIX influyó en el violento cariz que tomaron las relaciones entre colonia y metrópoli desde mediados de la centuria, materializadas en tres guerras de independencias desarrolladas en el breve periodo de tres décadas. La primera de ellas, la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878), tuvo una de sus principales motivaciones en el giro represivo que experimentó la política colonial española en Cuba. Consciente de la relevancia que este aspecto había tenido en el inicio del levantamiento armado, la administración metropolitana trató sosegar a los separatistas cubanos con “la promesa de que, tan pronto depusieran las armas, se introducirían importantes reformas políticas en Cuba” (Casanovas, 1998, 244). Sin embargo, este intento de apaciguar la insurrección – desarrollada principalmente en las áreas más orientales de la Isla- chocó con la integrista concepción colonial del entonces Capitán General Francisco Lersundi, quién se negó a regresar al reformismo y se apoyó en el sector más inmovilista del partido español con el fin de evitar cualquier tipo de concesión o pacto con los separatistas. Esta actitud agravó aún más la tensa situación de la colonia en un momento en el que la metrópoli atravesaba un periodo de inestabilidad política que culminaría en la Revolución de 1868 y el inicio del Sexenio Democrático. El nuevo gobierno central, con Francisco Serrano y Juan Prim a la cabeza, consciente del problema que suponía la intransigencia de Lersundi, decidió reemplazar al Capitán General por una figura más acorde a la política reformista que deseaban introducir en la Isla. Para desempeñar esta labor pacificadora se puso al frente de la administración colonial al General Domingo Dulce, quien en su anterior etapa en Cuba (1862-1866), se destacó por su reformismo y su clara vocación abolicionista. Recién llegado a la Isla, los primeros movimientos del nuevo Gobernador estuvieron dirigidos hacia el entendimiento con los reformistas y en torno a la consecución de un acuerdo de paz con los separatistas cimentado sobre la base de una amplia serie de reformas de las leyes coloniales que regían Cuba. Condicionada por la desconfianza, esta nueva tentativa imperial de acercamiento necesitaba una declaración de buenas intenciones por parte de la Administración española. Con este integrador objetivo, Dulce promulgó por primera vez en Cuba la libertad de prensa²⁸, suprimió las comisiones militares establecidas por su predecesor, concedió la libertad a los presos políticos y otorgó a los separatistas insurrectos un plazo de cuarenta días para presentarse a las autoridades sin que se formase contra ellos causa alguna. La actuación del Capitán General no contentó, sin embargo, ni a los separatistas –que no veían en las nuevas medidas una satisfacción de sus demandas- ni a un partido español que identificaba esta política con una posición de debilidad ante las inaceptables exigencias de los insurrectos.

La tensa situación entre las dos facciones enfrentadas se intensificó cuando, el 22 de enero, Dulce anunció que Cuba elegiría a dieciséis diputados para representar a la Isla en las Cortes de Madrid. Esta declaración desató una ola de violencia por parte de los españolistas que comenzó con el asalto al Teatro Villanueva de La Habana durante la representación de una obra cómica que los separatistas utilizaban como medio de financiación para su causa²⁹. Presionado por la situación en la capital, el Capitán General

²⁸ Esta medida, instaurada en Cuba por primera vez el 9 de enero de 1869, fue una libertad de prensa relativa, ya que permitía la acción libre de imprenta siempre y cuando la temática no hiciese alusión a los espinosos temas de la abolición y del separatismo. Con estas excepciones, la Capitanía General quería evitar la tensión y el miedo que podía generar la perspectiva abolicionista entre los terratenientes orientales y la expansión de las ideas de los separatistas entre el resto de la población insular.

²⁹ Los tiroteos se mantuvieron en la capital y las grandes ciudades a lo largo de cuatro días con un balance de entre quince y treinta muertos y la toma de control de La Habana por parte del partido español, que se apresuró a clausurar los liceos y las sociedades filarmónicas por su relación con el reformismo durante los años 60.

se vio obligado a tomar una serie de medidas represivas que, unidas a las sangrientas acciones del partido español, acabaron con cualquier opción de conseguir una salida pacífica al conflicto iniciado en Oriente: se prohibió la coalición de jornaleros, se llevó a cabo una ola de arrestos y encarcelamientos en la que los Voluntarios actuaron por cuenta propia, se deportó a criollos y peninsulares, se aceptó la táctica de guerra basada en la reconcentración de habitantes en poblaciones con guarnición y se obligó a todos los peninsulares adultos a alistarse en el Cuerpo de Voluntarios. La situación de guerra y la escalada de violencia en la colonia obligaron a miles de personas a abandonar la isla para “escapar de la represión política y la inestabilidad económica” (Casanovas, 1998, 248). Los exiliados con más recursos económicos se refugiaron en ciudades importantes como Nueva York, París, Madrid u otras grandes ciudades de América Latina, mientras que los trabajadores relacionados con el movimiento obrero y el reformismo de la década de 1860, tuvieron como destino las cercanas áreas estadounidenses destinadas a la producción tabacalera –Key West, Nueva York, Patterson o Nueva Orleans- donde debido a su formación laboral les resultaba más sencilla la obtención de trabajo.

Pese a ceder ante todas las exigencias del partido español y haber decretado medidas represivas, la presión del partido español consiguió derrocar a Dulce. Se le obligó a renunciar a su cargo, siendo sustituido por Antonio Caballero de Rodas, una figura más afín a los designios de los *buenos españoles*³⁰. El nuevo Capitán General, llegó a la Isla hacia finales de junio con la orden tajante de restablecer el principio de autoridad haciendo uso de todos los medios que para ello considerase apropiados. Pese a que el nuevo dirigente se suponía más afín a los deseos del Cuerpo de Voluntarios, estos continuaron manteniendo una actitud de hostilidad hacia las autoridades metropolitanas que obligó al Gobernador a intervenir para frenar los disturbios. La llegada de Caballero de Rodas no consiguió dar los frutos esperados por el gobierno de la metrópoli ya que nunca consiguió hacerse con las riendas de la Isla. Esto provocó su cese y el nombramiento del General Blás de Villate como nuevo Capitán General en diciembre de 1870. La nueva máxima autoridad de la Isla, haciendo gala de un fuerte optimismo en la pronta pacificación de la Isla, decretó que los delitos de carácter no militar volviesen a ser juzgados por la jurisdicción ordinaria (salvo los delitos de infidencia, traición, rebelión y sedición). La inestabilidad social siguió, sin embargo, siendo la tónica general en las grandes ciudades dominadas por los *buenos españoles* y las acciones de violencia desmedida por parte de los Voluntarios siguieron copando las páginas de los periódicos. Tras la fundación del

³⁰ Según el propio Dulce su destitución se debió, entre otros motivos, a que seguían presentes en Cuba “las tradiciones del absolutismo, negándose la mayoría de los españoles residentes en esta Isla a reconocer los avances del mundo moderno. Los decretos de amnistía y de libertad de imprenta chocaban con la intransigencia de unos y la hipocresía de otros” (Carta del General Dulce, exgobernador, al Ministro de Ultramar y de la Guerra. A bordo del *Guipúzcoa*, 18-VI-1869. R.A.H., C.C.R., tomo I, fol. 239. Véase Anexo III). Lo cierto es que Dulce, en su intento de conseguir apaciguar la situación bélica por la que atravesaba la colonia, dictó una serie de medidas impopulares entre simpatizantes de ambas facciones, posicionándose de este modo entre dos fuegos que terminaron por provocar su renuncia ante la sensación de que “había sido traicionado por todos aquellos en quienes había depositado su confianza” (Domingo, 1996, 89). En esta etapa inicial del conflicto, la ruptura entre peninsulares e insulares fue alentada por los miembros más exaltados de cada uno de los bandos. La violencia y el poder ejercido por parte del Cuerpo de Voluntarios durante este periodo fue de tal magnitud que el Capitán General que ocupó interinamente el puesto de mando en la Isla entre la dimisión de Dulce y la llegada de Caballero, el General Ginovés Espinar, comunicó por carta al Ministro de Ultramar (28-VI-1869) que el principio de autoridad en la Isla estaba resquebrajado y que se necesitaba de una figura tan habilidosa como fuerte para captar y dominar a los descontrolados Voluntarios.

Casino Español de La Habana³¹ y de la red de casinos establecidos por todo el territorio insular como centros de reunión y organización españolista, fue la élite peninsular establecida en Cuba quien gobernó realmente la Isla hasta la proclamación de la república española en 1873.

Por su parte, ante la continuidad del enfrentamiento, el bando mambí, decidió llevar a cabo una depuración ideológica de su posición, inicialmente moderada, y ceder espacio a concepciones cada vez más radicales, acordes con el espíritu revolucionario que reinaba entre sus filas. Así, en diciembre de 1870, “la lucha por la independencia nacional y la abolición de la esclavitud se fusionaron en un solo haz” (Torres-Cuevas y Loyola, 2008, 261). La intransigencia de una administración colonial manejada por los violentos Voluntarios, hostiles a cualquier tipo de negociación o pacto con los insurrectos, colaboró enormemente al fortalecimiento de una conciencia nacionalista e independentista de centenares de insurgentes que vieron necesaria una extensión –tanto ideológica como militar- de su campo de acción hacia zonas que aún no habían sido dominadas por el espíritu revolucionario. No todo fue, sin embargo, paz y armonía dentro de las filas mambises. Hubo disensiones –no tanto a nivel ideológico como discrepancias en la forma y los métodos de conducir la rebelión- que generaron una falta de unidad que caracterizó la actividad rebelde durante los primeros años de conflicto. La constante y creciente quiebra en la cohesión de los revolucionarios, personalizada en las polémicas entre Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte, marcarían el principio del fin del éxito mambí en la Guerra de los Diez Años y eliminarían cualquier posibilidad de establecer el tan ansiado Estado Nacional Cubano.

Con la llegada a la metrópoli de la Primera República Española en febrero de 1873 la administración colonial en Cuba dio un nuevo giro hacia una política reformista. La primera medida del nuevo gabinete republicano fue el nombramiento de Cándido Peltain como nuevo Capitán General de Cuba, quien nada más arribar a la Isla comenzó a devolver algunos de los bienes embargados por sus predecesores y a conceder una cierta libertad de prensa como declaración de buenas intenciones. Varios grupos pro-españoles de ideas avanzadas³², aprovechando la tolerancia de la nueva Capitanía General, comenzaron una campaña en favor del desarrollo de una serie de reformas de carácter administrativo que devolviesen la normalidad a la Isla. Esto se produjo en un momento en el cual la libertad de asociación era relativamente más amplia y, en consecuencia, estaban surgiendo asociaciones masónicas y espiritistas por todo el país. Las reformas de los republicanos federales consiguieron una amplia movilización dentro de una masa trabajadora del occidente insular atraída por el planteamiento reformista de aplicar de manera íntegra en Cuba las leyes vigentes en la metrópoli. La apertura iniciada por la nueva administración permitió también la formación de nuevas sociedades de recreo, organizaciones obreras y cooperativas que contribuyeron a crear un clima favorable para el republicanismo federal dentro de las clases subalternas cubanas. Se buscaba con ello equilibrar la oposición que comerciantes, marquistas y hacendados, reunidos en torno al Casino Español, desarrollaban contra cualquier tipo de renovación propuesta por Peltain. Además de estas medidas, la nueva dirección apoyaba el cese inmediato del sistema esclavista, postura que

³¹ El Casino Español de La Habana fue una sociedad destinada a mantener la cohesión, dirigir las acciones y proteger los intereses de los auténticos españoles. Destaca por ser una entidad que daba cabida a peninsulares de distintos niveles sociales –desde ricos comerciantes a trabajadores- pero eran los peninsulares más adinerados quienes poseían el control real del Casino, orientándolo hacia la protección de sus intereses políticos y económicos.

³² Joan Casanovas (2000) identifica como “pro-españoles de ideas avanzadas” a los masones, espiritistas, republicanos federales y activistas obreros.

se intensificó en el mes de junio cuando el gobierno metropolitano, de manera oficial, estableció como una de sus tareas primordiales la abolición. Estas acciones hicieron crecer la popularidad del nuevo gobierno entre la clase trabajadora y la tropa de los batallones de Voluntarios, reduciendo con ello la influencia de unos integristas que, enfurecidos por la pérdida de gran parte de su control social, lanzaron toda clase de acusaciones hacia el gabinete republicano. Esta campaña, que exageraba la actuación del gobierno colonial hasta el punto de lanzar auténticas difamaciones, terminó por hacer que desde Madrid se relevase del mando a Pieltain y se otorgase la Capitanía General, en noviembre de 1873, al general Joaquín Jovellar. El nuevo administrador de la colonia se puso rápidamente del lado de los *buenos españoles* y proclamó una censura de prensa que permitió únicamente la publicación de aquellos periódicos que sirviesen a la causa españolista. Pocas semanas después de la llegada de Jovellar, en la Península, el general Pavía entraba con sus tropas en el Congreso y ponía fin al corto periodo republicano, lo que dio total libertad al Capitán General de Cuba para terminar con los últimos resquicios de cambio en la Isla.

Depuesta la República y terminada la Guerra Carlista, en 1876 el gobierno volvió a poner los ojos en el problema de Cuba y envió una mayor cantidad de cuerpos a combatir contra los separatistas. Este envío de militares suponía un refuerzo considerable para el ejército imperial ya que, independientemente del aporte cuantitativo, estas tropas estaban compuestas por soldados experimentados que ya habían padecido los sinsabores de la guerra y que constituían un salto de calidad innegable para la capacidad bélica del bando españolista. Mientras, en Madrid, Antonio Cánovas del Castillo desarrollaba una constitución –la Constitución de 1876– que, lejos de eliminar la totalidad de los cambios introducidos durante el Sexenio Revolucionario, mantuvo todos los aportes positivos de este periodo y “solamente modificó sus aspectos más radicales” (Casanovas, 2000, 137). La estabilidad política conseguida tras el sometimiento de cantonalistas y carlistas produjo un crecimiento económico que acompañó la llegada a Cuba de Arsenio Martínez Campos como *General en Jefe*³³ de la Isla, quien nada más desembarcar inició una campaña militar de proporciones titánicas que decantó la guerra del lado integrista. Martínez Campos, además de en el terreno militar, destacó por una intensa actividad en el ámbito ideológico, decretando una serie de reformas orientadas a demostrar tanto a la élite criolla como a la clase trabajadora que sus intereses también serían defendidos bajo el estandarte español. Siguiendo una estrategia de seducción, las medidas reformistas de Martínez Campos debilitaban enormemente el grueso de los apoyos separatistas. El giro doctrinal permitió la proliferación de gremios patronales, sociedades de socorros mutuos y asociaciones regionales que, pese a tener una actividad claramente limitada por el ambiente represivo derivado de la guerra³⁴, sirvieron de modelo para futuras

³³ Martínez Campos se erigió máxima autoridad en Cuba pese a la continuidad de Joaquín Jovellar al frente de la Capitanía General. Como General en jefe desempeñaba tareas administrativas y se encargaba de las acciones bélicas relacionadas con la retaguardia. La figura del Capitán General, pasó a un estado de subordinación ante la recién creada oficialidad del General en Jefe.

³⁴ Claro ejemplo de esta política restringente se observa en el Recreo de Obreros. Esta asociación, de carácter tanto recreativo como educativo, proporcionó a sus miembros un espacio de entretenimiento y formación, ya que disponía de una biblioteca y una sala de lecturas. Sus aspiraciones didácticas llevaron a los asociados a iniciar los trámites para poder abrir una escuela que sirviese a la instrucción de niños y adultos, lo que significaría el principio del fin para el Recreo de Obreros. La inspección encargada de dar el visto bueno a la apertura de la academia, redactó un informe en el que advertía del riesgo que supondría para la causa españolista el hecho de que dos de los profesores hubiesen formado parte en el pasado del republicanismo federal, pudiendo por ello utilizar las aulas como terreno en que cultivar la semilla del separatismo. A causa de esto, el Recreo de Obreros cerraría sus puertas a mediados de 1879.

agrupaciones como el Centro de Artesanos de La Habana (1880-1885) o el Círculo de Trabajadores de La Habana (1885-1892). Martínez Campos, gracias a una combinación de mano izquierda y puño de hierro, consiguió volver a instaurar el principio de autoridad que demandaba la metrópoli desde 1868 subordinando por fin al partido español al mandato de la administración. Como parte de esta nueva política y con la intención de reforzar al ejército español debilitando además el apoyo de los abolicionistas a la causa rebelde se decretó que todos “los propietarios de esclavos tenían que ceder al ejército una parte de sus siervos y de sus asiáticos sujetos a contrata, quienes serían declarados libres al finalizar la guerra” (Casanovas, 2000, 141). Además, a las personas de color que participasen en el conflicto a favor del bando imperial se les permitiría formar sociedades.

Martínez Campos unió a estas iniciativas sociales –y a su ofensiva militar compuesta por más de 20.000 hombres– una serie de medidas que terminaron por desquebrajar la unidad ideológica que sustentaba al mambisado. El 31 de diciembre de 1877 indultó a los desertores, entregó cinco pesos de oro a todo insurrecto que *se presentase a España* armado (veinte pesos si entregaba un caballo), prohibió a los oficiales españoles tomar represalias contra los entregados, otorgaba recursos para la subsistencia a las familias de los que capitulasen, declaró el sobreseimiento de los expedientes en tramitación para destierros por causas políticas y decretó el cese de los embargos de bienes a insurrectos. Martínez Campos mantuvo, además, contacto con algunos líderes insurrectos, a los que les transmitía las condiciones favorables de que gozarían en caso de abandonar las armas. Este cúmulo de circunstancias, combinadas magistralmente por el general segoviano, terminaron por hacer una paulatina pero profunda mella en el bando disidente, que experimentaría su cénit cuando varios de los principales dirigentes del ejército separatista firmaron, el 10 de febrero de 1878, el acuerdo conocido como Pacto de Zanjón que establecía de manera oficial –aunque no real– la paz entre ambos contendientes. Promulgado el Pacto, las personalidades proclives al integrismo español respaldaron las medidas que habían traído paz, orden y unidad a la Isla bajo la bandera española.

Terminadas la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita, el periodo de entreguerras en Cuba trajo consigo una serie de cambios importantes que comprendieron todos los aspectos de la vida en la Isla. Comenzando por las transformaciones económicas, hubo una consolidación del sistema capitalista como estructura económica dominante. Antes de estallar la guerra ya había indicios de actividad capitalista principalmente en el sector azucarero, que experimentó una superación del modelo de plantación esclavista para comenzar una modernización que intensificase su rendimiento. El constante aumento en la producción azucarera, motivado en parte por un rápido proceso de concentración productiva y una mejorada infraestructura de transporte orientado a actividades comerciales, propició la desaparición de muchos pequeños y medianos productores. Sin capacidad para competir en la nueva lógica mercantil estos productores se vieron obligados a entregar sus tierras a los latifundistas, necesitados de una mayor cantidad de tierra con las que cubrir las exigencias de sus cada vez más grandes centrales azucareros³⁵. Este fenómeno de concentración de la producción no fue solo un proceso que tuviese lugar dentro de la industria del azúcar, las plantaciones de tabaco también vieron desaparecer a sus productores menos eficientes. Los cambios en el sistema

³⁵ No en todos los casos la desaparición de los productores menos competentes supuso la pérdida de la tierra por parte de estos. Hubo casos en que antiguos propietarios de fábricas que por diversos factores perdieron la posesión de las mismas mantuvieron el control de las tierras, colaborando en un proceso de especialización que creó, en muchos casos, una mayor división entre la parte agrícola y la industrial.

productivo cubano, tras la guerra, no fueron tanto de carácter técnico como de naturaleza económica y social, lo “que no quiere decir que no se hiciesen mejoras significativas en la maquinarias y en los procesos” (Moreno, 2001, 483). Los factores externos también marcaron el inicio del floreciente capitalismo cubano dada la enorme presencia de inversiones extranjeras en su proceso de formación. Existió una gran inversión británica, destinada principalmente al desarrollo de los medios de transporte, y una creciente presencia norteamericana en la industria azucarera y en la minería. La sombra estadounidense, que se extendía sobre la economía cubana, era limitada si atendemos solamente a la propiedad de ingenios de azúcar. Sin embargo, en una visión más general, Estados Unidos ejercía la hegemonía real sobre el comercio de la Isla ya que poco tiempo después de finalizada la guerra, las empresas cubanas “vendían virtualmente todo su azúcar a los Estados Unidos y comerciaban con una sola empresa en el mercado, la American Sugar Refining Co” (Moreno, 2001, 484) siendo el precio de estas transacciones fijado por el Produce Exchange de Nueva York. La dependencia económica que generaba la masiva compra de azúcar cubano por parte del gigante norteamericano trajo consigo una desvinculación económica con la Península que se tradujo en la anómala existencia de dos metrópolis en Cuba, Estados Unidos como metrópoli económica y España como metrópoli política. Este fenómeno provocó una continua negativa española a la adopción de cualquier reforma comercial que hiciese peligrar la favorable balanza comercial que mantenía en la Isla. Toda esta coyuntura económica jugaría un papel primordial en la organización de clase de la burguesía comercial cubana y en su participación en la guerra de independencia que tendría lugar pocos años después y que, a diferencia de la Guerra de los Diez Años, contaría con este estrato social como fuerza integrada a la causa separatista.

Uno de los cambios más importantes que experimentaría Cuba tras la firma del Pacto de Zanjón –aunque fue un cambio que venía instaurándose paulatinamente desde hacía años- fue el relativo a la evolución tipológica que sufrió la fuerza de trabajo utilizada en el desarrollo de la economía capitalista insular. Los propietarios de esclavos llevaban mucho tiempo observando que la viabilidad de su institución había llegado a su fin y que el nuevo modelo económico que estaba emergiendo en Cuba necesitaba una abolición total de la esclavitud. Con esta intención en febrero de 1880 se aprobó, como ya hemos visto, la Ley de Abolición de la Esclavitud o Ley del Patronato que mantuvo el esclavismo bajo otro nombre hasta su definitiva abolición en 1886. La abolición provocó una modificación racial en la mayoría de las regiones de Cuba. Este cambio se produjo a causa de los desplazamientos derivados del éxodo rural. Este flujo migratorio de debió a las diferencias salariales existentes entre el campo y la urbe y a los nefastos sentimientos que provocaba en el liberto la sola idea de trabajar en el lugar donde había experimentado innumerables penalidades. Los esclavos liberados pasaron a formar parte, en su inmensa mayoría, del proletariado agrícola lo que fue un aporte cuantitativo importante para el sector en un momento en que, tanto en la Isla como en el resto del mundo, se estaban desarrollando con fuerza los sentimientos de clase. Como veremos, esta modificación sociolaboral, derivada de la nueva estructuración de la fuerza de trabajo, será también decisiva en el surgimiento del movimiento obrero cubano y en su participación en la lucha por la independencia.

Otro de los aspectos importantes que surgieron con el final del intento de emancipación de 1868 y que marcó el devenir en la vida política cubana de entreguerras fue la promulgación de la Constitución Española de 1876, que facilitaba el desarrollo de

ciertas instituciones políticas principalmente a la burguesía³⁶. Los diferentes sectores burgueses se agruparon alrededor del Partido Liberal Autonomista (PLA) o del Partido Unión Constitucional (PUC), dependiendo de los intereses que defendiesen. Los dos partidos no fueron antagónicos. Estaban formados por una amalgama de pequeña, mediana y gran burguesía y ambos se oponían a la creación del Estado Nacional Cubano. Se estructuraban mediante una Junta Central, seis Juntas Provinciales y la mayor cantidad posible de Juntas Municipales. La presencia del PUC fue mayoritaria en la capital, mientras que, tal y como nos señala Mildred de la Torre (1997), el Partido Liberal no llegó a tener más que cierto éxito en Matanzas, Las Villas y la provincia de La Habana debido a que el autonomismo nunca llegó a ser una ideología generalizada. Sus programas, difundidos tanto por sus órganos oficiales como por periódicos extraoficiales, difieren en los pequeños aspectos que matizan la política de unos y otros: el PUC abogaba por una abolición radical mientras que el PLA lo hacía por una abolición gradual e indemnizada. Los autonomistas pretendían “la supresión de los aranceles diferenciales de bandera y la conversión de éstos en aranceles fiscales, mientras los integristas hacían hincapié en una implantación del cabotaje entre Cuba y España” (Torres-Cuevas y Loyola, 2008, 313). Programáticamente, una de las mayores diferencias que sostuvieron ambos partidos estuvo relacionada con el estatus que debería de tener la Isla en relación con la metrópoli. Los conservadores plantearon la necesidad de que Cuba fuese incluida como una provincia más dentro de la monarquía, rigiéndose por las mismas leyes que los distritos peninsulares. Los autonomistas manifestaron su preferencia por la implantación de un sistema de autonomía en la Isla mediante el cual el territorio estaría regido por unas leyes especiales según sus necesidades, colaboraría con los presupuestos generales y estaría gobernado por un Capitán General y una cámara de diputados propia con representantes electos desde Cuba y desde la metrópoli. España, con intención de salvaguardar su cota de dominio sobre los últimos territorios de su debilitado imperio, tendió siempre a proporcionar un mayor apoyo a los integristas, lo que causó un cierto clima de descontento que vendría a complementar el tenso ambiente que se vivía en la última etapa colonial de la Isla.

La burguesía no fue el único estamento que se benefició del régimen de relativas libertades que garantizaba la Constitución de 1876. La aplicación en Cuba de los principios constitucionales de España supuso un reconocimiento de los derechos civiles que abarcó a todos los sectores sociales de la Isla. De forma paralela a la creación de partidos y sociedades por parte de la burguesía surgió un variado conjunto de asociaciones establecidas desde los estratos populares al calor de la nueva realidad legislativa de la colonia. Tal y como refleja Gloria García en *La turbulencia del reposo* (1998, 134), los principales motivos que llevaron a los grupos populares a participar en la vida pública insular fueron el desamparo que sufrían y la consiguiente necesidad de encontrar paliativos con que aminorarlo. Dentro del conjunto formado por los trabajadores asalariados y los artesanos destacó un modelo asociativo que combinaba las antiguas sociedades de socorros mutuos con actividades de carácter recreativo y/o de instrucción. Sin embargo, pese a lo novedoso y revolucionario de esta actividad unificadora, la difusa diferenciación entre obreros y artesanos provocaba la reproducción de reglamentos propios del asociacionismo funcionalista anteriores a la guerra. Aun

³⁶ En su artículo número 13, la constitución de 1876 otorgaba a los españoles el derecho “de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la imprenta o de otro procedimiento semejante, sin sujeción a la censura previa; de reunirse pacíficamente; de asociarse para los fines de la vida humana; de dirigir peticiones individual o colectivamente al Rey, a las Cortes y a las autoridades”.

teniendo en cuenta estas limitaciones, derivadas de la composición sociolaboral y la inexperiencia organizativa, estas agrupaciones supusieron un salto cualitativo en la movilización social de Cuba. Las nuevas sociedades participaron, aunque de manera endeble, en lo que Alessandro Pizzorno (1994,141) denomina *formación de identidades colectivas*. Este proceso se caracteriza por la lucha de determinados grupos por ingresar en el sistema y ser reconocidos como representantes de unos intereses nuevos, desarrollando para ello actividades orientadas a consolidar la identidad grupal. Además de la propia naturaleza de la sociedad, que desdibujaba el perfil social de estos grupos, la raza y la procedencia constituían un gran obstáculo para la creación de un asociacionismo de clase en los primeros años de posguerra. La discriminación del negro y del asiático aumentaba a medida que estos abandonaban el rural para buscar en las ciudades una mejora de su situación. La incidencia de este éxodo sobre la realidad laboral urbana estimuló la problemática del desempleo y exacerbó las tensiones entre los diferentes grupos que componían el estamento popular cubano. Tampoco contribuyó a la creación de una compacta conciencia de clase la masiva inmigración de peninsulares acaecida en la Isla desde finales de la década de 1870. Estos exiliados tendieron a hermanarse en torno a sociedades de carácter regional (Guanche Pérez, 1991).

Con el desarrollo de la experiencia organizativa, principalmente a partir de 1880, las asociaciones benéficas y recreativas comenzaron a dejar paso a nuevas entidades con objetivos vinculados al mundo laboral. El propósito principal del asociacionismo dejaba de orientarse hacia un atenuamiento de las fatalidades basado en la solidaridad para adentrarse en la búsqueda de un influjo sobre los medios de producción que les reportase auténticos beneficios socioeconómicos. Las ideas de carácter socialista, generadas en Europa décadas antes, comenzaron a aparecer durante todo este decenio en el seno de las nuevas sociedades de trabajadores. Gracias a una concepción de clase levemente perfilada por los principios internacionalistas y al carácter cosmopolita del trabajo en la fábrica, las barreras raciales y geográficas que dividían a los estratos subalternos fueron desapareciendo paulatinamente. La convivencia en las factorías de blancos y no blancos, de inmigrantes y oriundos, contribuyó al éxito de un dogma que predicaba que la desigualdad radicaba en la posición socioeconómica de los individuos, no en su procedencia. Las condiciones de vida y de trabajo de los obreros cubanos –rurales y urbanos– fueron especialmente duras tras la introducción y consolidación integral del sistema de producción capitalista. En el campo, las jornadas laborales no bajaban de las catorce horas y llegaban a prolongarse hasta las dieciocho en la mayoría de los casos. Por semejante carga horaria los operarios agrícolas recibían una remuneración aproximada de veinte pesos, cantidad irrisoria si tenemos en cuenta los datos del Instituto de Historia del Movimiento comunista y de la Revolución Socialista en Cuba (Tomo I, 1985, 52) que cifran en sesenta pesos el gasto medio por manutención de una familia de cuatro miembros. Al reducido sueldo hay que añadirle una enorme fluctuación monetaria que hacía disminuir más el paupérrimo poder adquisitivo del campesinado cubano³⁷.

Aunque en menor medida, los obreros urbanos también eran víctimas de una grave situación de explotación laboral. La jornada de trabajo superaba por lo general las diez horas, alcanzando en ocasiones las dieciséis. A los dilatados horarios se le sumaba el problema del mal acondicionamiento de los centros de trabajo. Los locales eran, casi en su totalidad, lugares húmedos y sin ningún tipo de ventilación que no alcanzaban a

³⁷ En ocasiones el trabajador recibía el pago en metálico. Al cambiar esos pesos oro en moneda fraccionaria se le aplicaba un descuento del 20%. En el supuesto de recibir el salario en papel moneda, el obrero únicamente recibía el 42% del total que le hubiese correspondido en peso oro.

proporcionar unas condiciones mínimas de higiene, lo que derivaba en la aparición de multitud de casos de tuberculosis y otras enfermedades respiratorias. Los abusos y vejaciones en las fábricas eran comunes y llegaban a convertirse, tal y como expresaba *El Productor*, en auténticos maltratos físicos:

Parece ser que el dependiente encargado de la preparación de materiales, del que nos hemos ocupado en otra sección de este semanario, no pudo disimular su enojo y por una cuestión harto baladía, la emprendió á golpes con un operario [...] El burgués, nuestro conocido D. Francisco Menéndez, en cumplimiento de un deber de equidad, despidió al ultrajado y se despachó á su gusto vertiendo toda su bilis, que es mucha, en formas tan poco cultas y depresivas para los trabajadores, que enterados estos, abandonaron el trabajo³⁸.

Los salarios en las ciudades, más altos que en el rural, tampoco aseguraban unos mínimos niveles de subsistencia. La cuantía de gastos era mayor debido, entre otras causas, a desembolsos propios de la vida urbana como el alquiler o los pasajes de transporte. Era común además que, con el objetivo de minimizar los costes de producción, los hombres fuesen sustituidos en sus puestos de trabajo por mujeres y niños o que los aprendices hicieran trabajos de oficiales sin obtener ese ascenso de categoría que se traduciría en un aumento salarial.

Es en este ambiente capitalista de explotación y convivencia multiétnica donde comenzó a surgir una conciencia de clase dentro de las masas trabajadoras impuesta por las nuevas necesidades emanadas de una realidad sociolaboral hasta ahora inexistente en la Isla. Según expresaría años después Lenin (1975), el desarrollo del sistema capitalista “es la condición para que se cree la posibilidad de la revolución proletaria” ya que, al otorgar a los obreros cierta libertad política, permite el desarrollo de la lucha y de una conciencia que cuestiona la propiedad privada de los medios de producción. Como demostró E.P. Thompson en su afamada obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1989), la capacidad de concienciación y organización de un grupo depende en gran medida de sus capacidades de adaptación a las circunstancias del entorno, de generar ideas propias o de predisponer actitudes internas solidarias. En este proceso entran en juego factores que van desde la economía hasta la mentalidad, pasando por la política o la sociabilidad. Autores más vinculados al mundo de la Sociología, como Pedro L. Lorenzo Cadarso (2001), van un poco más allá y realizan un desglose mucho más conceptualizado de los agentes que influyen en la capacidad organizativa de un grupo:

- La existencia de un marco político y cultural apropiado.
- Disponer de recursos económicos suficientes.
- Que exista homogeneidad social y cultural previa en el seno del grupo.
- Preexistencia de organismos e instituciones propias.
- Existencia de formas de sociabilidad suficientes como para generar solidaridades internas.

Extrapolando estos conceptos a la realidad cubana de finales del XIX observamos con claridad que nos encontramos ante un caldo de cultivo perfecto para el surgimiento de un nuevo modelo organizativo entre la clase trabajadora. En primer lugar, las reformas puestas en marcha por el gobierno español con el propósito de poner fin a la guerra

³⁸ *El Productor*. La Habana. Año I, número 15, 13 de octubre de 1887.

establecieron un cierto grado de permisividad, otorgando al proletariado el apropiado *marco político y cultural* del que habla Lorenzo Cadarso. Si bien es cierto que la situación monetaria de los trabajadores no se caracterizaba por una gran suntuosidad, la previa existencia de cajas de resistencia destinada al socorro mutuo aumentaba las capacidades del grupo en este terreno y contribuía a mitigar el desamparo económico de sus miembros. Pese a no existir una homogeneidad cultural previa sí que existía, como hemos visto, una identidad social común fruto de la incipiente concienciación provocada por el modelo de explotación capitalista. Esta concepción permitió el establecimiento de formas de sociabilidad generadoras de solidaridades internas. El generalizado abuso sobre el proletariado contribuyó, además, a la cohesión de los diferentes grupos que lo constituían, los cuales vieron en el asociacionismo un arma con el que alcanzar sus objetivos. Por último, la preexistencia de organizaciones como los gremios, las cofradías o las Sociedades de Socorros Mutuos dotaron a los trabajadores de una organización previa que les permitió “dar los primeros pasos dentro de la normalidad y sin improvisaciones” (Lorenzo Cadarso, 2001: 122).

Toda esta actividad, definida por Carmen Barcia (2005) como “considerable afán organizador”, no hubiese sido posible sin la promulgación de la Ley de Asociaciones de 1887 (ANEXO IV). Esta ley, vinculada al artículo 13 de la constitución, otorgó el impulso definitivo que el proletariado cubano necesitaba para realizar el giro total de su política organizativa y abrazar las teorías internacionalistas que imponían los nuevos tiempos. A esto contribuyó también la Ley de Imprenta y las disposiciones educativas emanadas del Gobierno de la Restauración. Ambas legislaciones “permitieron a las capas populares no solo concebir, sino divulgar las posibilidades de la acción colectiva, manifestar sus problemas, así como reclamar sus derechos y defender su lugar en la sociedad” (Barcia, 2005: 27). El fuerte impacto de la prensa en el cambio social y organizativo de la Isla se debió en gran parte a la alfabetización de las clases bajas. Las reformas permitieron el acceso a la educación a los negros y mestizos, lo que aumentó en gran medida la cuota de potenciales consumidores de prensa obrera. Como se puede ver, el ambiente para la germinación y expansión de los programas internacionalistas no podía ser más propicio. Queda por tanto analizar qué forma tomará el movimiento obrero cubano y quiénes serán sus instigadores y protagonistas.

En líneas generales y a modo de conclusión, la situación de Cuba como colonia a finales de la última centuria de dominación española en América fue cuanto menos inestable. La política española estuvo en este tiempo marcada por el intento de transición de imperio a nación y su negativa a aceptar su nuevo rol de potencia colonial de segundo orden. Las pequeñas modificaciones estructurales que la Isla venía sufriendo desde principios de siglo y que escapaban de los continuos esfuerzos inmovilistas de la administración española se vieron acelerados por el estallido de una guerra de independencia que emitía un aroma de justicia social más intenso que los aires de libertad predominantes en el discurso oficialista de la facción insurgente. La celeridad con que se produjeron los cambios en todos y cada uno de los ámbitos de la vida en la mayor de las Antillas sobrepasó con creces la capacidad de adaptación de la anquilosada política colonial española. Madrid veía cómo la sombra de una potencia neocolonial –Estados Unidos– comenzaba a disputarle, por medio de un modelo de dominación basado en las relaciones comerciales, el control real de uno de los últimos bastiones de un imperio donde ya podía ponerse el Sol. Este modelo que, pese a influir del mismo modo que España en el desarrollo de la Isla era mucho más sutil en las formas al no emitir de manera directa normas y leyes, se hizo con el control velado de la Isla. Fueron la nueva política colonial y

los intereses comerciales de los Estados Unidos en Cuba los que precipitaron el estallido de la Guerra del 95, la Independencia de la colonia y la posterior intervención norteamericana para *facilitar la transición hacia una república de carácter democrático*.

2.2. España: hervidero libertario. Sociedad y anarquismo en la metrópoli decimonónica.

Si el siglo XIX supuso para Cuba un periodo de verdaderos vaivenes sociales y políticos, no lo fue menos para España. Tras un inicio de centuria marcado en la metrópoli por las bayonetas francesas en la Península y el sonido de los cañones de los ejércitos libertadores americanos, el menguado Imperio Español encaraba la segunda mitad del siglo con la eminente tarea de mantener la armonía en el seno de una comunidad que, casi en su totalidad, demandaba una serie de cambios sociales, políticos y económicos tan necesarios como peligrosos para la estabilidad del régimen vigente. Esta amalgama de inevitabilidad y amenaza fue en gran medida la que hizo del siglo XIX un periodo convulso, ya que desencadenó una serie de oscilantes e imprevisibles reacciones por parte de un Estado que, intentando no perder demasiado en el proceso revolucionario que sobrevenía, alternaba medidas progresistas y decisiones ordenancistas. En este ambiente de alternancia e inestabilidad social y política fue donde comenzó a germinar la semilla del anarquismo. Es de destacar que el arraigo en España de este modelo de pensamiento y actuación fue extremadamente importante si lo comparamos con el nivel de desarrollo y perdurabilidad que alcanzó en el resto de países europeos. Mientras la mayoría de estados optaban por alternativas revolucionarias más estructuradas –principalmente por el modelo marxista-, el sur de Europa, y de modo más acentuado España, se decantaba por el patrón de actuación directa que evocaba el socialismo utópico. La prolongada presencia del anarquismo en la vanguardia del obrerismo hispano es un indicador de la profundidad con la que este tipo de ideas penetraron en el tejido social español. Contrariamente al caso del resto de países desarrollados, que voluntariamente desecharon por ineficaces y *primitivos* los planteamientos ácratas ya en el periodo comprendido entre 1914-1929³⁹, España mantuvo el anarquismo al frente de las movilizaciones sociales hasta el final de la Guerra Civil, siendo el abandono de las prácticas libertarias fruto de una imposición y no de la paulatina incursión de nuevos modelos de lucha social. Esta particularidad en la evolución del obrerismo español llama, en primer término, a la búsqueda de los factores que hicieron que el anarquismo obtuviera dentro de la masa trabajadora peninsular un nivel de aceptación superior al de otras sociedades coetáneas.

La teoría de Tarrow (1997) acerca de la importancia del aprovechamiento de las oportunidades políticas en el nacimiento de los movimientos sociales permite ir desgranando alguno de los factores que, en el contexto de la España decimonónica, pudieron ser decisivos en el arraigo y desarrollo de los planteamientos libertarios. Según los postulados del sociólogo neoyorquino, la participación de las personas en los movimientos sociales es fruto de una respuesta hacia un cambio en las oportunidades

³⁹ Según afirma Eric Hobsbawm en su obra *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos* (2010: 99), “España fue prácticamente el único país en que el anarquismo siguió siendo una fuerza primordial en el movimiento obrero posterior a la Gran Depresión, mientras que el comunismo era –hasta la Guerra Civil-, en comparación insignificante”. El historiador británico señala además que incluso en los países en los que el anarquismo gozó de un importante influjo en el periodo inaugural del movimiento obrero las ideas ácratas perdieron rápidamente su posición hegemónica en favor del comunismo. Esto vendría propiciado, en gran parte y según el autor marxista, por el mayor desarrollo en los métodos de organización obrera que ofrecía el socialismo científico y por el ejemplo revolucionario que supuso el triunfo de los bolcheviques en Rusia.

políticas. Estas personas, a su vez, hacen uso de la acción colectiva para, aprovechando esas oportunidades, crear otras nuevas. De este modo, en la aparición de un movimiento social como el anarquismo, el *cuándo surge* lleva implícito en gran medida el *por qué*. Aplicando este principio a la realidad española de la segunda mitad del siglo XIX, podemos observar cómo la inestabilidad social y política fue uno de los agentes que otorgaron a la sociedad española una coyuntura idónea para la génesis de un movimiento social que pudiera, a medio o corto plazo, intentar revertir la paupérrima situación de las clases populares. En otras palabras, la implantación –un tanto particular- del liberalismo en España fue el detonante de una serie de modificaciones en la estructura sociopolítica que resultaron clave en la posterior introducción de los planteamientos del socialismo utópico. Esta percepción estaría en consonancia con la línea de pensamiento descrita por autores como Raymond Carr (2009) o Eric Hobsbawm (2010), quienes atribuyen el fuerte calado del anarquismo en España al notable fracaso de un modelo de liberalismo incapaz, entre otras cosas, de generar un desarrollo económico de base capitalista, de instaurar un sistema político parlamentario burgués estable y fuerte o conseguir un incremento notable en el nivel cultural e intelectual de sus ciudadanos.

Desde un punto de vista económico, España entró en el siglo XIX con un enorme retraso respecto a otras potencias europeas. Mientras en países como Francia o Inglaterra el proceso de industrialización se encontraba bastante desarrollado, en la Península “la industria estaba en pañales” (Abad de Santillán, 1967: 47). En un país que acusaba una notable despoblación urbana derivada en gran medida de las guerras pasadas y las migraciones cara al Nuevo Mundo, el gran peso productivo recaía en los hombros del sector primario. A esta *ruralización de la economía* contribuyó la falta de incentivación industrial de un gobierno debilitado que veía en el buen momento del cereal un valor seguro frente al riesgo que suponía la fuerte inversión requerida por el nuevo y pujante modelo productivo capitalista⁴⁰. En consecuencia “la industria española era un fenómeno marginal” (Hobsbawm, 2010: 109) e incapaz de competir en el mercado internacional, lo que la hacía depender en exceso de un ya de por sí laxo consumo interno que quedó, además, debilitado tras la pérdida de la mayor parte de los territorios españoles de Ultramar. El modelo de revolución burguesa basado en una economía esencialmente rural “no supo obtener buenos resultados” (Vilar, 1975: 93) y las continuas desamortizaciones llevadas a cabo por los diferentes gobiernos liberales no alcanzaron su objetivo de romper la tradicional estructura agraria. Como explica Carr (2008: 39), “las diversas mutaciones de la estructura clásica de la agricultura española entre 1750 y 1850 se lograron con la reorganización de la economía tradicional, por su expansión superficial y no por parte de ningún cambio fundamental”. Este *liberalismo agrario* favoreció a la oligarquía terrateniente y perpetuó, en gran parte, la ideología nobiliaria del Antiguo Régimen⁴¹,

⁴⁰ Según afirma Raymond Carr (2008) “hacia 1800 España producía más trigo y a mejor precio que nunca desde el siglo XVI. Esto hizo que, en gran medida, el Gobierno español incentivara la roturación de las tierras y la ampliación de nuevas áreas de cultivo antes que estimular la creación de un entramado industrial nacional de inciertos resultados y, sobre todo, muy costoso”. Según un informe de 1864, elaborado por F. Caballero, este auge de los campos de cultivo hizo que hubiera más tierras que medios para trabajarlas, generándose abandonos que para muchos estudiosos de la época supusieron la principal causa de las posteriores y sucesivas crisis agrícolas que experimentó el país.

⁴¹ Pese a que el Estado liberal acabó, en teoría, con la estructura tradicional de la sociedad estamental, “los títulos nobiliarios sobrevivieron como instituciones feudales residuales” (Rogel, 2005: 196) y la burguesía –allí donde existía- intentaba acceder a ellos como medio para legitimar socialmente su poderío económico. Para ello o bien se buscaba una vinculación matrimonial con la nobleza o bien se compraban títulos nobiliarios, creándose de este modo lo que Bernat Muniesa (2008: 44) ha venido a definir como una “clase bastarda”, es decir, una burguesía aristocratizante.

aspecto este que hizo que la burguesía española fuese asimilada en buena medida por la aristocracia (Schubert, 1991: 14). En España, este híbrido liberal-tradicionalista frenó el ímpetu revolucionario que caracterizó a la burguesía europea del siglo XIX y sembró ciertos recelos entre las capas populares a la hora de confiar en las nuevas élites capitalistas como motor de cambio social.

Sumado a este cierto escepticismo, otro de los factores que marcaron el fracaso del liberalismo fue su incapacidad a la hora de consolidar un sistema parlamentario burgués estable y sólido. En parte, este desacierto vino marcado por esas aspiraciones aristocráticas de la burguesía española que, en gran medida, impidieron una ruptura total con la estructura del Antiguo Régimen y una implantación real, completa y profunda de los valores del parlamentarismo burgués. Esto se observa con claridad desde el comienzo del reinado Isabel II en 1843. Un año después de la coronación, con la llegada de Ramón María Narváez a la presidencia del Consejo de Ministros, los moderados accedieron al poder y comenzaron a acotar los ya de por sí nimios éxitos del liberalismo de corte más progresista (Vilches, 2001). Un sector amplio e influyente del moderantismo –en el que se situaba el propio Narváez– abogaba por la elaboración de una nueva Constitución que sustituyera a la de 1837 y otorgará un mayor poder a la Corona frente a las Cortes, las cuales ya tenían bastante cercenado su poder con la antigua carta magna. Para realizar dicho cambio político se convocaron elecciones para el verano de 1844. Los progresistas decidieron no participar en dichos comicios porque estaban en contra de cambiar la Constitución de 1837⁴² y porque, además, sus adalides estaban exiliados o cautivos a causa de las revueltas progresistas de febrero. De este modo, los moderados no encontraron una oposición firme en su proceso para acercar la Constitución de 1845, en cierta medida, a lo que fue el Decreto Real de 1834.

La intención de dar un mayor poder de decisión a la reina sobre las Cortes, quedaba de manifiesto desde el preámbulo, en el que se expresaba claramente que la nueva constitución emanaba de la voluntad de la monarca y de las Cortes (en segundo término)⁴³. Además, según expresa el artículo 14, el Senado dejaba de ser semielectivo para pasar a ser una cámara de nombramiento íntegramente real⁴⁴. Sin embargo, y en contraste con este aparente paso atrás del liberalismo español, el artículo segundo dejaba patente la libertad de prensa sin previa censura de la que podían disfrutar los ciudadanos,

⁴² Los progresistas, en su mayoría, no querían cambiar la Constitución de 1837 con la que no estaban totalmente de acuerdo, pero con la que tenían opción de tener peso relativo en la toma de decisiones. Gustaría apuntar que, no obstante, sí que existía un sector bastante amplio dentro del partido progresista que quería cambiar la Constitución, aunque en el sentido contrario de lo que pretendían los moderados. De cualquier modo, no hay que creer en la existencia de una verdadera intención revolucionaria dentro del ala más radical de los progresistas; hay que tener en cuenta que, como señala Eiras Roel (1961: 279), estamos ante un partido esencial y constitutivamente monárquico, un conciliador entre el principio de soberanía nacional y el de tutela histórica real.

⁴³ Véase Constitución Española 1845:

(http://www.senado.es/web/wcm/idc/groups/public/@cta_senhis/documents/document/mdaw/mde5/~edisp/senpre_018544.pdf)

⁴⁴ A diferencia de lo que ocurre con la Cámara de los Lores de Reino Unido, el cargo de senador no era hereditario. Sin embargo, es importante señalar que tal y como estipulaba el artículo 17 “el cargo de Senador es vitalicio”. También es de destacar que el artículo 15, relativo las personas que podían optar al cargo, hiciera referencia a *Grandes de España* y altos cargos de la Iglesia o que en el 11 se estipulase que “la Religión de la Nación española es la católica, apostólica y romana” y que “Estado se obliga a mantener el culto y sus ministros”. Todos estos aspectos representaban una señal inequívoca de que la ruptura con el Antiguo Régimen era más que difusa en España de mitad del siglo XIX.

lo que fue, como veremos, un matiz importante en la irrupción y difusión de las ideas de carácter socialista.

El sistema de elección de diputados tampoco invitaba a pensar en la España de mitad de centuria como el paradigma de la democracia representativa liberal. En el artículo 22º quedaba reflejado que: “Para ser Diputado se requiere ser español, del estado seglar, haber cumplido veinticinco años, disfrutar la renta procedente de bienes raíces o pagar por contribuciones directas la cantidad que la ley Electoral exija, y tener las demás circunstancias que en la misma ley se prefijen”. Esto hacía que solo las élites económicas y nobiliarias pudieran acceder de modo real y efectivo al puesto de diputado. Lo mismo ocurría con el electorado. Ya la Constitución de 1837 regulaba un sufragio censitario en el que había que alcanzar una determinada cuota de pagos en forma de impuestos para poder ejercer el derecho a voto. La nueva carta magna no solo no eliminó este modelo exclusionista sino que lo acentuó al exigir, para ser elector, el pago de “400 reales de contribución directa, justo el doble de lo exigido por la Ley de 1837” (Ull, 1994: 121), lo que se tradujo en una reducción importante del electorado. Además, por si el control filtración de electores y elegibles no fuese suficiente, la Constitución se guardaba un as en la manga en lo que a posible *fabricación de resultados* se refiere. Si con la antigua ley electoral el presidente de la mesa era elegido, con la nueva legislación “desde el momento de constituirse la mesa provisional ya es presidida por el Alcalde o quien le represente, y a él o su representante le corresponde la presidencia definitiva” (Ull, 1994: 124). Teniendo en cuenta que la designación para alcalde era de carácter gubernamental y que dicho cargo tenía un gran peso a la hora de nombrar los cuatro escrutadores que le acompañaban en la mesa, el control sobre los posibles resultados era total⁴⁵.

El resultado de todos estos factores fue un sistema parlamentario de corte burgués en el que el pueblo no podía, en su mayoría, participar ni como elegible ni como elector. Un modelo en el que no se contaba con unas mínimas garantías de transparencia, en el que la voluntad real tenía un peso resolutorio y en donde las antiguas castas se repartían el poder político en fraternal unión con unas nuevas élites burguesas que aspiraban a ser *Grandes de España*. El régimen político que presentaba la España de mitad del siglo XIX era, por tanto, un híbrido que amalgamaba el moderno liberalismo burgués con un modelo caduco de abolengo y privilegios que se resistía a desaparecer. Sin embargo, gracias a ese intento del Estado por dar al gobierno una apariencia moderna, liberal y participativa, existieron brechas –como la citada libertad de prensa– por las que los planteamientos socialistas supieron abrirse paso para comenzar a cambiar la realidad sociopolítica del decadente imperio español.

Siguiendo con el tercero –y último– de los puntos que Hobsbawm (2010: 107) define como decisivos en el fracaso del liberalismo en España se encuentra la incapacidad, o más bien la falta de voluntad, que el Estado Español tuvo a la hora de incentivar el desarrollo intelectual y cultural de sus ciudadanos. A mediados de siglo, y al calor de la promulgación de la Constitución de 1845, se otorgó a los españoles un nuevo Plan General

⁴⁵ En cada mesa, además del Presidente había cuatro secretarios escrutadores. Los secretarios se eligen mediante votación que durará hasta las doce de la mañana, salvo que antes de esa hora todos los electores hayan votado. Los cuatro elegidos deben serlo de entre los presentes al cerrarse la votación, lo que hace que el fraude en la elección sea fácil: la mesa provisional, formada por el alcalde y por el elector más joven y más viejo de los presentes –edad contrastada por el alcalde–, tenían, gracias a una calculada falta de transparencia, la posibilidad de dar por *completa* lista de los que habían votado. Tan solo era cuestión de esperar a que *los presentes* fuesen del agrado del alcalde para cerrar la votación y tener una mesa electoral dispuesta a anudar los pocos cabos sueltos que pudiesen desligarse de un sistema electoral de exigua calidad democrática.

de Estudios –conocido como Plan Pidal- en el que se intentaba crear una ley que mejorase sustancialmente las llamadas *Segunda Enseñanza y Enseñanza Superior*⁴⁶. La *Primera Educación* seguiría rigiéndose por la normativa aprobada en el año 1838, ya que este nuevo programa no contemplaba siquiera los aspectos relativos a este tipo de instrucción. Esta Ley “heredada” relativa a la *Primera Educación* intentaba, primeramente, dar solución al problema de que los docentes españoles estuvieran “faltos de la conveniente instrucción y de medios para adquirirla” (Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Tomo II, 1979: 155). Los maestros, según se explica en el preámbulo del propio reglamento, se enfrentaban al inconveniente de tener que impartir docencia sin haber recibido ellos mismos una formación adecuada y sin poder contar, en la mayoría de los casos, con herramientas de enseñanza tan básicas como son los libros. Las escuelas de *Primera Educación* estaban destinadas a “la masa general del pueblo, y tenían por objeto desarrollar las facultades mentales del hombre, suministrando los conocimientos necesarios a todas las clases sin distinción” (Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Tomo II, 1979: 157). De esta ley para la primera educación educativo puede deducirse un intento por parte del liberalismo de democratizar la enseñanza y otorgar a todos españoles una educación igualitaria que no contemplara diferencias sociales. Sin embargo, esta medida no afectaba a la educación superior, ya que la legislación señalaba que este tipo de enseñanza “no se establece para todos; se destina a una clase determinada aunque numerosa, cual es la clase media”, ya que “los conocimientos que en ella se comunican no son indispensables para las clases pobres” (Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Tomo II, 1979: 157). Además de religión, estas *clases pobres* solo necesitaban conocer, según se estipulaba, unas nociones básicas de lectura, escritura y aritmética, reduciéndose el estudio de ésta última a “las cuatro reglas de contar por números” (Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación, Tomo II, 1979: 174). Por tanto, se trataba de una política educativa que privaba a la mayor parte de su ciudadanía de una instrucción completa, decidiendo qué conocimientos debía recibir cada persona conforme a su extracción social. La normativa de 1845, orientada únicamente a la reglamentación de las enseñanzas superiores –secundaria y universitaria-, no se preocupaba de ampliar el número de colegiales y definía la educación secundaria como propia especialmente de las clases medias, a quienes tampoco privaban del acceso a los estudios superiores. En otras palabras, la limitación en el acceso a la educación solo afectaba a las familias pobres, a la clase trabajadora, que solo tenían opción, en el mejor de los casos, de aprender a leer y a escribir⁴⁷. Esta restricción a que estaban sometidas las clases populares con respecto a la instrucción podría responder a un intento de la burguesía de establecer un dominio intelectual que les permitiese seguir manteniendo su supremacía en otros campos⁴⁸. Sea como fuere, lo que resulta indiscutible es que la ignorancia a la que eran empujados los campesinos y trabajadores españoles los

⁴⁶ El texto se encuentra reproducido de manera íntegra en el tomo II de Secretaría General Técnica del Ministerio de Educación (1979: 191-239)

⁴⁷ La siguiente normativa educativa, la llamada Ley Moyano de 1857, amplió ligeramente los conceptos que se impartían en la educación primaria, pero no así las dificultades de acceso al siguiente nivel educativo a aquellas familias que no disfrutasen de una determinada posición socioeconómica.

⁴⁸ Este modelo de dominación basado en el control del conocimiento y la instrucción fue puesto de manifiesto por Bakunin (1979: 29) cuando expuso que “quien sepa más dominará naturalmente a quien menos sabe y no existiendo en principio entre dos clases sociales más que esta sola diferencia de instrucción y de educación, esa diferencia producirá en poco tiempo todas las demás”. El pensador ruso establecía que uno de los primeros elementos que sirvió para crear las diferencias sociales existentes en el mundo fue el conocimiento y el uso que ciertos sectores de la sociedad hicieron del mismo en detrimento del resto, sometidos bajo el yugo de la ignorancia.

inhabilitaba para alcanzar un desarrollo pleno –social, económico y cultural- en una sociedad que, cada vez más, demandaba hombres cultos y técnicos capacitados para llevar a cabo los profundos y acelerados cambios que se estaban produciendo en el siglo XIX.

En definitiva, tras este análisis sucinto, podemos afirmar, como ha hecho la historiografía más reciente, que el Estado español fue incapaz, en la primera mitad del siglo XIX, de desarrollar un modelo liberal que, como mínimo, hubiese roto con el Antiguo Régimen y su inamovible estructura piramidal. En su lugar tenemos un sistema que intentaba implantar un nuevo régimen socioeconómico sin dejar de ser acaudillado por unas anquilosadas instituciones nobiliarias y clericales empeñadas en no perder un ápice de su poder durante la transición hacia la modernidad. El resultado fue una economía burguesa basada en la explotación de la tierra, un sistema político censitario ideado para ser manipulado al antojo y un modelo educativo que impedía el ascenso social, cultural y, por ende, económico de las clases populares. Sin embargo, el fracaso del liberalismo no serviría por si solo para explicar el porqué del fuerte arraigo del anarquismo en España, ya que en otras comunidades se dieron unas condiciones similares con diferente resultado.

Un aspecto que, sumado al fracaso liberal, fue clave en el arraigo del programa anarquista en España fue el particular modo en que se desarrolló el nacionalismo español. Este comenzó al socaire de la Guerra de Independencia de 1808, cuando se apeló al sentimiento patrio del pueblo español para que se levantase en armas contra el invasor extranjero, portador de una cultura y unas tradiciones diferentes que pretendían imponer en detrimento de las propias. Al principio la incursión francesa había encontrado poca resistencia e, incluso, algunos afrancesados la vieron como un factor de progreso y regeneración para un país que, a sus ojos, debía de acometer de manera apremiante una reforma en la estructura estatal y social. Sin embargo, esta relativa tolerancia al invasor fue fugaz. El pueblo español, motivado bien por un movimiento de auténtica inspiración nacional bien por una reacción localista, se alzó contra el dominio francés. La guerra, tal y como afirma Carr (2009), marcó las líneas de un moderno nacionalismo español similar a los que se desarrollaban en otros países europeos. Este nacionalismo patriótico se fundamentó en gran parte en el aura cuasi místico que envolvía a la guerra de guerrillas y al bandolerismo ejercido contra los franceses. El enfrentamiento directo contra el poderoso ejército francés hubiese supuesto poco menos que un suicidio para las tropas españolas por lo que se optó por un modelo de lucha –la guerrilla- basado en fugaces ataques perpetrados por grupos relativamente pequeños que, ayudados por la población civil, desaparecían con facilidad. La guerrilla cortaba suministros, obtenía información sobre el enemigo y atacaba basándose en el conocimiento del terreno. Para ello, se necesitaba gente del lugar acostumbrada a vagar y esconderse por los bosques, lo que hacía imprescindible la utilización de bandoleros como jefes militares⁴⁹. Para buscar un mayor apoyo del pueblo, se potenció la imagen del bandolero y este fue adquiriendo, en la cultura popular, una reputación de hombre justiciero, sagaz y valiente que lo convirtió en una figura admirada. Esta concepción creada durante la guerra, se mantuvo y, en parte, “acostumbró a los españoles a vivir fuera de la ley, a rechazar las normas de la vida social y a considerar como el mayor triunfo el mantenimiento de su propia personalidad” (Solano, 1959) en otras palabras, dotó de un aire romántico a la revolución y a la insubordinación. La relación del españolismo con la imagen del bandolero hizo que, desde ese momento, el uso de la violencia autojustificada, la sublevación en contra las estructuras estatales impuestas y la lucha individual en pos de un beneficio general

⁴⁹ Véase Ronald Fraser (2003).

formasen parte del *ADN español*. Si sumamos esta atracción hacia la figura del bandolero al debilitamiento del Estado a consecuencia de su malogrado intento de implantar un sistema liberal que permitiese la participación de las clases populares en la vida política, económica y cultural de España, obtenemos un terreno perfectamente abonado para la proliferación de un programa como el ácrata⁵⁰. El escenario resultaba propicio para un modelo de lucha que legitimaba la tradicional impotencia de los pobres y convertía la política en “una forma de gimnasia moral, un despliegue de devoción, sacrificio, heroísmo y espíritu de superación tanto en lo individual como en lo colectivo” (Hobsbawm, 2010: 112) y todo ello sin necesidad de participar en la *vida política oficial*. El descontento y la injusticia de la primera mitad del XIX allanaron el camino a las ideologías subversivas. Sería lo que Tarrow (1997) viene a llamar *condiciones previas* y que identifica con la expresión de las masas ante la anomía y la privación. Después de esto, la llegada del periodo revolucionario conocido como Sexenio Democrático terminaría de abrir las puertas a la propuesta ácrata.

El crecimiento exponencial del anarquismo en España se dio en los años sesenta cuando, además de ese proceso democrático que vive la nación, en el resto del mundo se fundaba la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Sin subestimar la trascendencia de este último hecho centraremos nuestra atención en los cambios sociopolíticos introducidos durante el Sexenio y su importancia con respecto a la creación de oportunidades políticas. La Revolución de Septiembre, considerando el contexto europeo en el que se desarrolla, es una manifestación del “*espíritu de los años sesenta*, pleno de inspiraciones humanitarias, liberales, democráticas y de fraternidad universal” (Lacomba, 1993: 21). El Sexenio, a diferencia del anterior periodo isabelino, representaba un esfuerzo decidido en favor de la regeneración de la economía y la sociedad españolas. Se trató de la llegada de la verdadera revolución burguesa. Económicamente hablando, su programa pretendía conseguir el reconocimiento constitucional de la libertad de industria, trabajo, tráfico y crédito, la reforma de las leyes hipotecarias (que permitiría la creación de bancos de crédito territorial y agrícola), la desamortización civil y eclesiástica, el establecimiento de una contribución única y directa que posibilitase la abolición de los impuestos indirectos, el desarrollo de una reforma arancelaria y el desestanco de todos los productos estancados (Costas, 1988)⁵¹. Este modelo intentaba acabar de una forma

⁵⁰ Son muchos los paralelismos que encontramos entre el anarquismo y el bandolerismo social del que habla Hobsbawm en *Rebeldes Primitivos* cuando afirma que este último es “poco más que una protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza, un grito de venganza contra el rico y los opresores, un sueño confuso de poner algún coto a sus arbitrariedades, un enderezar entuertos individuales”. Esta protesta, según el historiador británico, pasa de endémica a epidémica cuando el campesino no conoce ningún otro método de autodefensa y por tanto pasa a ejercer una lucha carente de organización real o ideología. El anarquismo, pese a que en parte es un coordinador de ese descontento popular, es –al igual que el bandolerismo– fruto de la desesperación de aquellos *desheredados* que no poseen los medios ni la formación suficiente para poder revertir su situación por los cauces legales o mediante una estrategia planificada. Es una doctrina que concedía participación y autodefensa activa a los miles de trabajadores ignorados por el Estado. Otorgaba a esa gran masa popular la capacidad de coger las riendas de su propio destino. Estas similitudes entre libertarios y bandoleros sociales facilitaron una visión romántica del anarquismo similar a la que profesaban a los bandidos, estableciéndose así cierta relación entre ambas figuras.

⁵¹ Este ambicioso plan económico tuvo como mascarón de proa el conocido como *Arancel Figuerola* que, mediante una reducción de la fiscalidad sobre las importaciones de bienes de equipo y materias primas, aspiraba a reducir los costes de producción de tal modo que los productores más eficientes pudiesen obtener un mayor beneficio que les permitiera modernizar sus estructuras productivas y ser, en consecuencia, competitivos. Es decir, el arancel facilitaría una modernización a corto plazo de la industria y estimularía, a medio plazo, una competitividad que, a su vez, generaría la necesidad constante de innovación, produciéndose como resultado “una fase de fuerte crecimiento del comercio y de la industria, consiguiéndose un espectacular crecimiento de la renta de aduanas” (Costas, 1988: 83).

gradual, con el proteccionismo e instaurar un modelo mercantil más libre, creyendo en los beneficios de la competitividad como motor y regulador de la economía. Este cambio de mentalidad estuvo motivado –o al menos incentivado– por las malas cosechas de los años 1866-1868, que hicieron tambalearse ese pseudo-liberalismo de base agrícola desarrollado durante las décadas anteriores

En esta misma línea, otro de los cambios económicos introducidos por *La Gloriosa* fue el relativo a la moneda. Ya desde principios de siglo, “la monetaria era una cuestión de honda preocupación en los gobiernos” (Santiago de, 2007: 384). La situación monetaria española era caótica⁵², lo que impedía en parte acometer una eficiente racionalización de la economía. Si se quería modernizar la economía, era necesario llevar a cabo una unificación del sistema monetario que eliminase las antiguas denominaciones y acuñase una nueva a la altura de las grandes divisas europeas. Así, el 19 de octubre, solo tres semanas después de la revolución, el ministro de Hacienda dictó un Real Decreto por el que se regiría la unidad monetaria nacional. Se pretendía, al margen de una simplificación en la circulación, “alinear el sistema nacional al de los países con los que España mantenía mayor volumen de flujos comerciales y financieros” (Sabaté, 2000: 50). Para ello se eligió la Peseta de Plata, con un peso de cinco gramos (el mismo que el franco), como eje del sistema monetario. Esta relación de la peseta con las divisas europeas se debió, en gran parte, a un interés por parte de España –a la postre truncado– de entrar en la Unión Monetaria Latina (UML)⁵³. Pese al fallido intento de formar parte de la UML y al hecho de que, en la práctica, las monedas anteriores a la reforma se mantuvieron en circulación hasta el 6 de enero de 1887, la creación de la peseta fue un auténtico hito en el desarrollo del liberalismo en España ya que facilitó la estructuración de la Hacienda y ayudó a potenciar en gran medida la competitividad española en el mercado internacional. España entraba, con la peseta como emblema, en un periodo económico de tipo liberal.

El político fue otro de los aspectos que la Revolución de Septiembre intentó mejorar en su tentativa de implantar un modelo liberal que permitiese a España recuperar parte del terreno perdido con respecto a otras potencias Europeas. Políticamente hablando, la corta vida del Sexenio permitió la existencia de tres modelos distintos de gobierno: uno provisional revolucionario, una monarquía y un sistema republicano. En solo seis años “se exploraron distintas posibilidades de organización política” (Artola, 1975: 280) y se pusieron a prueba opciones innovadoras que, pese al supuesto compromiso modernizador del periodo isabelino, no se habían intentado hasta entonces. Todos ellos, pese a sus evidentes diferencias, giraron alrededor de un solo texto legislativo, la Constitución de 1869. El concepto que más peso tenía en la Carta Magna y que con más fuerza se subrayó fue el de la *soberanía nacional* ya que esta noción no fue puesta en práctica durante el reinado de Isabel II. Para solventarlo, se hizo una división real de los tres poderes y se presentó a la monarquía como una institución sujeta a la

⁵² Desde 1772 hasta 1864 se sucedieron en España siete sistemas monetarios diferentes, lo que supuso en la práctica la circulación, en 1869, de noventa y siete tipos de monedas diferentes. Esto, como resulta evidente, dificultaba en exceso la puesta en marcha de un sistema económico moderno y regulado.

⁵³ El gran interés de España por entrar en la Unión Monetaria Latina, se hace patente en el Artículo 12 del Real Decreto del 19 de Octubre de 1868 en el que se expresa: “El Gobierno queda facultado para autorizar la admisión en las cajas públicas y la circulación legal en todos los dominios españoles, de las monedas de oro y plata acuñadas en países extranjeros, siempre y cuando tengan peso igual o exactamente proporcional, la misma ley y condiciones, y que sean admitidas recíprocamente las nacionales en aquellos países. La circulación recíproca de las monedas nacionales y extranjeras será objeto de tratados especiales con las potencias respectivas”. En otras palabras, se dejaba una puerta abierta a las monedas de los países miembros de la UML.

soberanía nacional, siendo esta última, reunida en asamblea, la encargada de decidir la dinastía o la persona que se colocaría a la cabeza de la nación. La monarquía pasaría, de este modo, a ser un poder constituido con atribuciones reguladas. El rey tendría el poder ejecutivo, pero no gobernaría, no intervendría en la elaboración de leyes ni tendría derecho de veto. La soberanía residiría en la Nación y las Cortes serían las únicas con potestad para crear leyes⁵⁴. En este establecimiento de la soberanía nacional en España, se amplió el derecho a voto con respecto al reinado de Isabel II. Se instauraba, al amparo del nuevo Gobierno, un sufragio universal masculino –recogido en el decimosexto artículo constitucional- gracias al cual no era necesario cumplir ciertos requisitos económicos para poder participar en las elecciones. El nuevo sistema se puso en práctica desde el primer momento, siendo elegidos bajo esta fórmula los ayuntamientos y las Cortes, en 1868 y 1869 respectivamente (Fuente, 2000). La inestabilidad del periodo y la rápida caída del Sexenio hicieron que este sufragio no tuviera una importancia vital en la Historia pero, como veremos, fue sin duda un factor a tener en cuenta en lo referente a la creación de oportunidades políticas.

Más trascendencia tuvieron para el avance del anarquismo en España los artículos 17 y 24 de la Constitución⁵⁵. El primero de ellos, otorgaba a los españoles una verdadera libertad de pensamiento, prensa y asociación, sin censura previa ni posterior. La importancia de este apartado hay que verla desde el contexto internacional en que se desarrolla, ya que no podemos olvidar que, simultáneamente a este proceso de democratización, en Europa se están sentando las bases del asociacionismo obrero internacionalista. Un Estado que permitiese la libre difusión de ideas y la libre asociación sería un territorio idóneo para la germinación del socialismo. Así, al amparo de la nueva legislación, surgió el que sería el elemento de difusión más importante del ideario ácrata: la prensa obrera, que viviría a partir de este momento una autentica apoteosis (Almúñia, 1982). Para la generalización de esta dentro de un colectivo de las características de la clase trabajadora española resulta imprescindible la aportación del artículo 24 de la Constitución, el cual otorgaba a cualquier español la licencia para crear centros de instrucción sin ningún control estatal más allá del concerniente a la higiene. Este derecho, permitía la creación de escuelas que dotasen a los trabajadores españoles de unas nociones básicas que les permitiesen ser conscientes de su propia situación como explotados y tomar contacto con las teorías obreristas que se estaban desarrollando en Europa. Además, la libre fundación de instituciones de enseñanza posibilitaba que la cultura y la educación llegasen a un sector más amplio de la ciudadanía, lo que por consiguiente hacía crecer de manera exponencial el número de potenciales consumidores de prensa obrera. Existía entre los líderes proletarios, como señala Mariana Serra (1978: 193), una necesidad de elevar tanto los conocimientos como la conciencia de clase, por lo que este aperturismo educativo fue un pilar clave del obrerismo decimonónico. Para los anarquistas en concreto, la cualificación de los trabajadores serviría no solo para mejorar su situación laboral, haciéndoles aspirar a mejores puestos de trabajo, sino para permitirles ser partícipes de los cambios sociales, tomar consciencia de su propia

⁵⁴ Véanse Artículos 32 y 34 de la Constitución Española de 1869.

⁵⁵ El artículo 17 dictaba: “Tampoco podrá ser privado ningún español: Del derecho de emitir libremente sus ideas y opiniones, ya de palabra, ya por escrito, valiéndose de la imprenta o de otro procedimiento semejante. Del derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana que no sean contrarios a la moral pública”. Por su parte, el artículo 24 recogía que: “Todo español podrá fundar y mantener establecimientos de instrucción y educación, sin previa licencia, salva la inspección de la Autoridad competente por razones de higiene y moralidad”.

existencia y prepararse para hacerse con las riendas de una nueva sociedad justa e igualitaria (Bakunin, 1979).

Pese a su espíritu renovador, el Sexenio no pudo disfrutar de una estabilidad suficiente que le hubiera permitido implantar en España un modelo liberal-progresista sólido y duradero. Durante este periodo “hubo muchas utopías, a veces en manos del poder, lo que le restaba fuerza. No faltaron ideales y quizás no sobró el pragmatismo, pero más que nada hubo una carencia de concreción” (Pascual, 2001: 23). Fue una etapa de pruebas en la que hubo una enorme voluntad por probar y establecer modelos políticos para los que quizás la España decimonónica no estaba preparada. Esto creó una inestabilidad general que, en cierto modo, fue lo que caracterizó al Sexenio. La falta de objetivos comunes de las diferentes ramas progresistas llevó a una carencia total de acuerdos que, a su vez, generó una enorme inoperancia a la hora de concretar las medidas modernizadoras que se pretendían instaurar al estallar la Septembrina. Las clases medias, el campesinado y el proletariado, ante esta situación de incertidumbre, observaron en los diferentes gobiernos una incapacidad –o, incluso, una falta de voluntad- para introducir cambios que mejorasen realmente sus condiciones de vida, lo que unido a la debilidad de poder que se desprendía de un Estado tan inestable, llevó a estas capas de la sociedad a mostrar su descontento y su desencanto hacia las clases dominantes en forma de “levantamientos de diverso género” (Pascual, 2001: 24) y asociacionismo obrero combativo.

2.2.1. ¿Por qué anarquistas? Factores que determinaron la elección de un modelo de acción colectiva.

El porqué de la elección de un movimiento como el anarquista -antiestatal, individualista y, en ocasiones violento- estaría, en parte, relacionado con la construcción romántica del bandolero surgida en la cultura popular desde principios de la centuria. Cada grupo tiene una historia –y una memoria- que caracteriza su acción colectiva. Como explican Stuart Hill y Donald Rothchild (1992: 192), “sobre la base de pasados periodos de conflicto con un grupo o grupos determinados o con el gobierno, los individuos construyen su prototipo de protesta o motín que describe lo que hay que hacer en circunstancias concretas, además de explicar la lógica de la acción en cuestión”. Para las clases populares el ejemplo más cercano de lucha contra la injusticia social a la que estaban sometidas era el bandolerismo. El bandolero, ante una acción del Poder que consideraba injusta o perjudicial para su situación, optaba por una actuación radical, a menudo violenta e individual cuyo éxito y permanencia dependía de los lazos de solidaridad que lo uniesen a otros individuos que, por compartir su misma situación, se pudieran sentir identificados con dicho acto. Es decir, “un hombre se vuelve bandolero porque hace algo que la opinión local no considera delictivo, pero que es criminal a los ojos del Estado o de los grupos rectores de la localidad” (Hobsbawm, 1983: 30). El bandolerismo social español tuvo su epicentro en las zonas rurales andaluzas y fue Andalucía uno de los lugares donde el anarquismo encontró más apoyos en sus primeros años, en parte porque “las ideas de Bakunin coincidían con las tradiciones de esa sociedad” (Villegas e Ibarz, 1998: 391). El anarquista decimonónico heredó en parte toda esa esencia un tanto mística y heroica del bandolero. Aunaba en su imagen social esas tres actitudes que Pío Baroja dibujó en su trilogía *La lucha por la vida* (2011): una de gran carácter humanitario y artístico; otra que muestra un individualismo rebelde de carácter más filosófico que práctico; y una conducta de arrojo y de destrucción. El libertario venía

a llenar de alguna forma el vacío dejado por el bandolero social de principios de centuria, un justiciero salido del pueblo, enfrentado contra las arbitrariedades del poder y que hacía gala de un altruismo desmedido que le llevaba a poner en riesgo su propia vida por un bien común. El anarquismo “no hizo más que proporcionar una simple etiqueta a los hábitos políticos tradicionales de los revolucionarios españoles” (Hobsbawm, 2010: 112), lo que fue un factor importante a la hora de decantarse por la rama utópica del socialismo como modelo de lucha social.

Sin embargo, esta predilección por un tipo de acción colectiva ya asentada en la cultura pública, pese a su innegable significación, no explica por sí sola el afianzamiento y desarrollo del movimiento en un tiempo y en una sociedad tan concretos. El hecho de que la explosión y consolidación del anarquismo tengan lugar en una etapa de reconstrucción estatal no resulta algo casual si tenemos en cuenta los estudios sociológicos al respecto. Según los planteamientos de Tocqueville –y de sus seguidores- la construcción del Estado crea una estructura de oportunidades para la acción colectiva de la que los movimientos sacan partido y “las principales oportunidades son los cambios en la estructura de las oportunidades políticas” (Tarrow, 1997: 48). Los cambios más importantes en la estructura surgen cuando:

1. se produce una apertura del acceso al poder.
2. se modifican los alineamientos gubernamentales.
3. se dispone de aliados influyentes
4. existen divisiones dentro de las élites.

Además, hay que tener en cuenta que “el advenimiento de la economía moderna puede, y probablemente lo hará, quebrantar el equilibrio social de la sociedad cognaticia” (Hobsbawm, 1983: 14). Todo esto se conjuga en el ochocientos español.

Siguiendo con la estructura de análisis elaborada por Tarrow para explicar el surgimiento de los movimientos sociales (ese *porqué* tan ligado al *cuándo*) nos encontramos con que en España se produjo lo que el autor neoyorquino vino a llamar *el incremento del acceso*. El acercamiento parcial al poder ofrece un enorme incentivo para el surgimiento de la acción colectiva. Es, además, más probable que dichos movimientos se produzcan en “sistemas caracterizados de factores abiertos y cerrados” (Eisenger, 1973: 15). Esto es precisamente lo que ocurrió durante todo el siglo XIX en España, la participación ciudadana en el gobierno (en forma de parlamentarismo burgués) aumentó y disminuyó –más bien desapareció- dependiendo de quién sostuviese las riendas del Estado. Esta oscilación de libertades generó un modelo de acción colectiva a caballo entre la manifestación pacífica y el acto de violencia. Mark Beissinger (1993) estableció, mediante el análisis de un proceso de democratización de un Estado de características imperialistas (URRS)⁵⁶, que la protesta no violenta estaba íntimamente relacionada con la expansión del acceso ciudadano al poder. La acción violenta, por su parte, tendería a producirse con mayor frecuencia en aquellos sistemas en los que la libertad de acción se encuentra más restringida, obligando a los individuos a optar por la violencia –orientada

⁵⁶ Resulta interesante para nuestro análisis el estudio que Beissinger hace del proceso de democratización en la Unión Soviética dados los paralelismos que existen –salvando las enormes distancias- con lo ocurrido en la España del Sexenio: hay un cambio en la estructura económica, la debilidad del Estado es aprovechada por determinadas regiones para comenzar procesos de construcción nacional, hay una implantación real de un sistema de democracia participativa tras décadas de ficticio concurso ciudadano y se mantiene una pervivencia de algunos de los valores del régimen pasado que pone trabas al desarrollo del nuevo modelo.

en muchas ocasiones hacia el simbolismo- como medio para atraer la atención y radicalizar de este modo las confrontaciones contra la autoridad. En el caso español, esto se observa muy claramente durante el siglo XIX e, incluso, hasta bien entrado el siglo XX. Una vez que el pueblo, con la llegada del parlamentarismo y el constitucionalismo, había palpado el acceso parcial al poder comenzó a actuar para intentar revertir –o cuando menos mejorar- su situación social y económica. Una vez consolidado como actor social, solamente optaría por una tipología de lucha violenta en aquellos momentos en los que el nivel de prohibición o censura era más alto. Actos como el atentado de Juan Oliva Moncasi contra Alfonso XII, las bombas en la sede de la organización patronal Fomento de la Producción Nacional, el intento de asesinato de General Martínez Campos por parte de Paulino Pallás, la presunta existencia de La Mano Negra o el propio asesinato de Cánovas del Castillo fueron acciones anarquistas llevadas a cabo a partir de la mitad de la década de 1870, cuando las supuestas libertades introducidas por el Sexenio fueron, en cierta medida, reducidas por el modelo de la Restauración. En periodos de mayor acceso al poder, los trabajadores optaron por medios más pacíficos de reivindicación, normalmente vinculados con el asociacionismo. Así pues, al amparo de la oportunidad política otorgada por la libertad de reunión y asociación que concedía el constitucionalismo, las asociaciones obreras de carácter federativo conectadas con la AIT se multiplicaron⁵⁷. Este asociacionismo vivió, sin embargo, dentro del propio Sexenio, etapas de proscripción – como la prohibición de la Internacional de Sagasta en 1872- que les obligó a desarrollar un nuevo tipo de organización denominada por Tarrow como *redes sociales informales*: lazos que se crean entre los miembros más radicales de una determinada asociación. En tiempos de prohibición o desmovilización, los vínculos creados dentro de la antigua institución permiten crear grupos fragmentados que, siendo más difíciles de perseguir por parte de las autoridades a causa de su secretismo y reducido tamaño, mantienen vivo y oculto el ideal, “emergiendo activamente en momentos de tensión o de oportunidad” (Tarrow, 1997: 109). Este hecho se observa claramente tras la publicación el 17 de enero de 1872 de la circular de Sagasta que ordenaba la proscripción de la AIT en España. Rápidamente el Consejo Federal Español se reunió y elaboró un proyecto –contando con los miembros más comprometidos- de creación de grupos clandestinos de la Internacional. Anselmo Lorenzo, como elemento activo de este proceso, lo narra así en su obra *El Proletariado Militante* (1974: 283):

En previsión, pues, de la persecución o de tentativas revolucionarias por parte de los republicanos, formuló el Consejo un plan de organización clandestina que podría reemplazar a La Internacional en caso de que esta asociación fuera violentamente disuelta, y que sirviera además para impulsar un movimiento revolucionario si los republicanos se determinaban a iniciarlo.

En cada localidad donde existieran secciones de oficios y federación local se crearía un grupo denominado de Defensores de La Internacional, que corresponderían entre sí y con el Consejo central. Por su carácter de secreto, los grupos contarían de poco número de individuos de convicción firme y carácter enérgico, procurarían por todos los medios y según las circunstancias locales de extender su acción y su influencia a todos los trabajadores, transmitiendo noticias, organizando suscripciones, declarando huelgas y fomentando la propaganda. En el caso de una insurrección, los grupos procurarían tomar la iniciativa en la constitución de juntas revolucionarias, con exclusión, a ser posible, de todo

⁵⁷ En octubre de 1868 las sociedades obreras de Barcelona constituyeron la Dirección Central de Sociedades Obreras, en la que participaron 61 sociedades; en diciembre se celebró el Congreso Obrero de Barcelona de 1868, en 1869 se fundaron las primeras secciones de la AIT en Madrid y Barcelona, en febrero de 1870 se celebró el primer Congreso Obrero a nivel estatal en el que se fundó la Federación Regional Española (FRE)...

elemento burgués, evitando así la formación de manifiestos y programas de radicalismo altisonante y ridículamente estéril a que tan aficionados se muestran nuestros burgueses cuando la ocasión lo requiere, sin perjuicio de entregarse luego incondicionalmente al poder central, después de haber contenido de ese modo los impulsos proletarios, como sucedió en toda España en los días que mediaron desde la batalla de Alcolea hasta la constitución del Gobierno provisional.

Vemos cómo, aprovechando una estructura legalmente constituida al amparo de la libertad constitucional de asociación, la AIT organizó una red informal formada con los activos más enérgicos del colectivo, dispuestos en pequeños grupos independientes pero coordinados entre sí. Estos mantendrían viva la esencia subversiva de la Internacional hasta el desarrollo de una nueva oportunidad política (en el caso concreto de Los Defensores de la Internacional, hasta el arranque de un proceso revolucionario iniciado por parte de los republicanos). Observamos, por tanto, que en el caso del anarquismo español sí que se produjo, en el momento de su formación, el primero de los cambios en la estructura de las oportunidades políticas. El incremento del acceso al poder influyó de manera importante en la gestación y la forma de la acción colectiva de las masas trabajadoras, empujándolas hacia posturas relativamente radicales.

El siguiente de los cambios que señala Tarrow (1997) es el de los *Alineamientos inestables*. Estos hacen referencia a la inestabilidad que generan las variaciones en la tendencia en los grupos que ostentan el gobierno, es decir, la fluctuación en el nivel de preponderancia de cada una de las familias que componen las élites que optan al poder. Esto, en las democracias liberales, se pone de manifestó en las urnas, al modificarse el grado de apoyo ciudadano hacia un determinado partido. En el caso de la España de mediados del siglo XIX, dado el nivel de corrupción y opacidad del sistema parlamentario isabelino, el cambio vino en forma de levantamiento militar. La posibilidad del acceso al poder de los progresistas –grupo marginado en el régimen isabelino– ante la sublevación de los militares descontentos con el gobierno vigente, hizo que se buscasen aliados fuera del estamento político y que para ello, fuera necesario otorgar una serie de concesiones al pueblo con el fin de seducir a las masas. Esto abrió una ventana de oportunidades en el muro de la subordinación de las clases populares, fomentando su acción colectiva y haciéndoles proclives a la rebelión, ya que les otorgó una nueva perspectiva de acceso al poder.

El tercero de los puntos que producen cambios importantes en la estructura de las oportunidades es la presencia –o ausencia– de aliados influyentes. La acción colectiva es más probable cuando los rebeldes “tienen aliados que pueden actuar como amigos en los tribunales, como garantes contra la represión o como negociadores aceptables” (Tarrow, 1997: 159). Según los estudios realizados por Homer Steedley y John W. Foley (1979) la presencia de elementos favorables en los puestos de gobierno no es garantía absoluta de movilización, pero sí que demuestra que la existencia de vínculos entre el poder y los descontentos otorga más probabilidades de desarrollo a la acción colectiva. Brockett, además, añade que la presencia de sujetos parcialmente favorables a los colectivos subordinados es especialmente importante para los movimientos dentro de sistemas no plenamente democráticos, ya que ayudan a establecer vínculos con otros colectivos con los que se tiene una analogía muy limitada, permitiendo así crecer a los grupos de presión y aumentar, en consecuencia, las probabilidades de éxito. Esto resulta bastante evidente en el caso concreto que nos ocupa. El asociacionismo obrero de carácter libertario experimentó un enorme crecimiento en los años sesenta del siglo XIX. Esto estuvo relacionado con la presencia de aliados fuertes dentro y fuera de las fronteras españolas.

A nivel interno, la promulgación de una Constitución que tenía en cuenta a los sectores pobres de la sociedad hizo que los trabajadores formasen entidades que, dentro de los límites que les concedía la nueva legislación, les permitiese hacer frente común contra las arbitrariedades que, pese al notable cambio de actitud por parte de la administración, se seguían produciendo. Además, establecieron una unión bastante fuerte con los republicanos –grupo con bastante fuerza política- fundamentada alrededor de las ideas de Proudhon, admiradas por un sector bastante amplio y cualitativamente importante del republicanismo. permitiéndoles mantener acercamientos y, en ocasiones, coordinar movimientos conjuntos. Simultáneamente, en el plano extrafronterizo, se estaba terminando de fraguar una sociedad internacional de trabajadores que ofrecía apoyo incondicional –económico, moral y organizativo- a todos aquellos *desheredados* que quisieran formar parte de la AIT. El contar con un apoyo externo de esta envergadura animó sin duda el crecimiento de las organizaciones obreras en España. Desde la llegada de Fanelli en febrero de 1869, que supuso la arribada del programa de la Asociación Internacional de los Trabajadores y de la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin, tanto las asociaciones socialistas de trabajadores como las reivindicaciones sociales, tan ligadas a su existencia, se multiplicaron enormemente (Gómez Casas, 2006). Es cierto que entre los años 30 y la década de los 50 ya se fundaron sociedades obreras y se produjeron algunas huelgas y protestas (Termes, 1977) pero no es hasta la llegada de las ideas libertarias de Bakunin cuando el movimiento obrero se radicaliza y comienza a adquirir dimensiones verdaderamente relevantes. Esto vendría a confirmar que “los aliados son un recurso externo del que en ocasiones pueden servirse los actores sociales por lo demás carentes de recursos” (Tarrow, 1997: 160).

El último de los componentes que facilitarían el inicio de las acciones colectivas es la *división en el seno de las élites*. Los conflictos internos entre los tradicionales grupos de poder no solo incentivan la actuación de los colectivos con menos recursos sino también la de segmentos de la propia élite que no se encuentran en el poder. Las luchas internas de las élites por imponer su modelo político quedaron reflejadas en la heterogeneidad interna del Sexenio, descrita por Jover (1992, 27) de la siguiente manera: “una monarquía, dos formas distintas de república, dos constituciones (una de ellas nonnata), una guerra colonial, dos guerras civiles y una incesante contradanza de Juntas”. La Revolución de 1868 fue, a muy grandes rasgos, el triunfo de un gran conglomerado de tendencias sociopolíticas unidas entre sí por el objetivo de derrocar a la reina Isabel II. Esto hizo que, tras el triunfo de La Gloriosa, los encargados de formar un nuevo gobierno en España fuesen partidarios de líneas tan dispares como el republicanismo y la monarquía, el federalismo y el centralismo, el unionismo y el radicalismo, el regionalismo, el cantonalismo... Es decir, un cúmulo de grupos que por fuerza debían de acabar chocando. El primer conflicto llegó a la hora de decidir el tipo de sistema que se implantaría.

La elección del sistema monárquico levantó las primeras ampollas dentro de las nuevas élites. El gobierno provisional cedía ante los demócratas las llamadas *conquistas liberales*⁵⁸(sufragio universal masculino, libertad religiosa, institución del jurado y libertad de prensa y asociación) a cambio de que estos últimos permitiesen que los ministerios fueran a para a manos de sus rivales progresistas y unionistas y de que todos aceptaran la monarquía democrática como forma de gobierno⁵⁹. Estas concesiones abrieron una primera brecha dentro del partido demócrata. Un grupo estaba en

⁵⁸ Véase Carr (2010: 263)

⁵⁹ Se estipulaba en este *pacto* que la monarquía debía de ser democrática y que de ella debía de quedar excluidos tanto Isabel II como todos sus herederos.

disposición de aceptar la monarquía como una forma temporal de gobierno, siempre y cuando se tratase de un auténtico modelo constitucional y democrático. El otro grupo, incapaz de aceptar a ningún precio la monarquía, se escindió del partido demócrata y fundó el Partido Republicano Democrático Federal, cuya idiosincrasia “estribaba en un federalismo extremo” (Carr, 2010: 264) capitaneado por un teórico de la talla de Pi y Margall. El republicanismo federal abogaba además por una abolición del sistema de quintas que sirvió para obtener la adhesión de gran parte del colectivo femenino español⁶⁰. El federalismo de las provincias fue radicalizándose a medida que el empuje inicial de la revolución se iba enfriando desde Madrid y convirtiéndose en la desilusión política de las zonas menos acaudaladas. El descontento se acrecentaba al coincidir en el tiempo con un enorme paro estacional –recrudescido por las malas cosechas– en las zonas del Sur, lo que incrementó las filas y el radicalismo del nuevo Partido Republicano. Esta radicalización desencadenó una ola de violencia que pudo ser frenada, en cierta medida, por el alineamiento del Ejército a favor del Gobierno.

Sofocada o, mejor dicho mermada, esta disidencia federalista, el siguiente paso tras la aprobación de la Constitución, fue la elección de Rey. Tras un minucioso sondeo entre las casas europeas, Prim eligió a Amadeo de Saboya quien, según pensaba el general catalán, lograría estabilizar la situación. Sin embargo, el futuro Amadeo I no gozó, tan siquiera, del apoyo de la *Coalición de Septiembre*. Fue aceptado con mucha desconfianza por los unionistas liberales (algunos incluso lo reprobaban) y rechazado de pleno por los republicanos, los carlistas y el creciente grupo de aristócratas alfonsinos exiliados. Todas estas fuerzas estaban dispuestas a colaborar en contra de la nueva dinastía española⁶¹. El reinado de Amadeo de Saboya no pudo comenzar con peor pie. Juan Prim, su principal valedor y el único que podía mantener un mínimo apoyo hacia la figura del nuevo monarca, era asesinado tres días antes de que el Jefe del Estado pisara su nuevo reino. Los intentos de recuperar el espíritu de unión que dominó los primeros compases de la Revolución fueron en vano, la muerte de Prim “significó el fin de la coalición de 1868” (Carr, 2010: 270). La estabilidad sociopolítica no llegó a cuajar tampoco bajo la capa de la monarquía. La ausencia de una figura respetada que aplacase las ambiciones de todas las facciones políticas incentivó aún más las luchas⁶² internas de las élites, que terminaron por provocar la abdicación de Amadeo I y la proclamación de la Primera República Española.

La estabilidad y la paz entre las élites no reinaron ante la ausencia de rey. Fue tal el desacuerdo entre los encargados de levantar el nuevo edificio gubernamental que la república no llegó a cumplir siquiera un año. El reto inicial al que tuvo que enfrentarse el nuevo sistema fue el de establecerse de un modo pacífico mediante unas Cortes Constituyentes que la definiesen. Aquí se produjo una primera división entre quienes apoyaban el modelo federalista y quienes optaban por una república unitaria. Esta disputa –una más de las acaecidas en el Sexenio– fue clave en el desarrollo del movimiento

⁶⁰ En su propaganda en contra del sistema de las quintas, el Partido Republicano utilizó a modo de elemento de concienciación ciudadana la imagen de la madre que llora por la pérdida de sus hijos. Era una forma de luchar contra un Ejército que, a su juicio, los había traicionado.

⁶¹ Hasta tal punto llegó la lucha contra la implantación del nuevo linaje que los carlistas limaron asperezas con los alfonsinos e, incluso, llegaron a formar una alianza parlamentaria con los republicanos.

⁶² Vemos cómo, incluso entre las propias élites políticas, se cumplen los planteamientos de Tarrow con respecto del aprovechamiento de las oportunidades políticas. El incremento del acceso al poder y los alineamientos inestables, explicados con anterioridad y que se observan claramente en los primeros momentos del reinado de Amadeo I, incentivan las acciones colectivas de los grupos políticos con el fin de aumentar su parcela de poder.

libertario español. Los partidarios de la federación contaban entre sus filas con federalistas extremistas que querían la implantación inmediata de su modelo, debiendo de ser esta una expresión revolucionaria de la base y no una imposición de arriba abajo. Este extremismo se manifestaba claramente en las provincias donde el federalismo representaba “una protesta contra el dominio autocrático u opresivo de aquellos gobiernos [pasados] que solo resultaría posible mientras pudieran seguir amañando las elecciones a su arbitrio” (Brenan, 1962:119), actuación esta que requería de una administración fuertemente centralizadora. Las dudas de los distintos gobiernos de la República y la falta de entendimiento entre los representantes y las bases radicalizaron este federalismo, el cual fue tornándose cada vez más violento y desencadenó el levantamiento cantonalista. La llegada de Pi y Margall supuso la entrada de la abolición del sistema de quintas, produciéndose con ello el abandono de unidades por parte de muchos soldados. Esto fraccionó a una institución tan fuertemente corporativista como el Ejército, dividido entre quienes apoyaban la postura del republicanismo federal –grupo compuesto principalmente por los escalafones más bajos- y quienes pretendían mantener la estructura militar tradicional. Esta fractura fue muy bien aprovechada por los libertarios españoles quienes comenzaron a hacer una enorme campaña de propaganda entre la guarnición, propagando ideas sobre la existencia del Ejército como medio de beneficio económico de la burguesía a costa del sufrimiento del pueblo⁶³. Esta debilidad la aprovecharon también por los revolucionarios regionalistas quienes, ante la desintegración de las fuerzas de orden, comenzaron a implantar repúblicas cantonales independientes. Sería poco riguroso afirmar que la mayor parte de los cantones fueron dirigidos por proletarios revolucionarios, pero es cierto que muchos de los líderes cantonalistas estuvieron influenciados por las ideas federalistas y sociales de Proudhon. Hubo cantones, como el de Alcoy, directamente implantados por miembros del Consejo Federal de la Internacional que consiguieron convertir una simple huelga salarial en una verdadera revolución municipal en la que el alcalde fue asesinado y los trabajadores tomaron las riendas de la ciudad. Sin embargo, tal como señala Coloma (1959), la importancia de esta rebelión en la formación y desarrollo del anarquismo español, no se encuentra en la participación de revolucionarios internacionalistas, sino en la oportunidad política que ofreció a este colectivo el colapso de las fuerzas políticas y de orden. En Andalucía fueron también los trabajadores los que encabezaron las protestas por las promesas incumplidas de los republicanos que derivaron en ataques contra los ricos y sus posesiones. La vacilación del gobierno federal a la hora de decidir la magnitud de su respuesta ante la rebelión hizo que esta aumentase tanto en número de focos como en intensidad. Esto provocó la dimisión de Pi, que sabía que si pedía a las Cortes poderes para aplastar la revolución sería tildado por la izquierda de asesino de las libertades y si optaba por la negociación con los insurrectos, la derecha lo tacharía de cómplice. Para acabar con el levantamiento, su sucesor, Serrano, optó por la mano dura de los generales, formando un bloque unido de represión que restablecieron el orden en pocos días. Solo Málaga y Cartagena resistieron, siendo la causa de la dimisión de Serrano y de la llegada de Castelar a la presidencia. Castelar se ganó el apoyo de los conservadores y del Ejército con medidas un tanto reaccionarias que, sin embargo, le condenaban ante la izquierda republicana. Las diferencias políticas que esto generaba fueron creciendo, lo que desencadenó el golpe de Pavía y el posterior acceso al poder de los conservadores de Cánovas del Castillo que llevaría a La Restauración.

⁶³ Véase González Sugrañes (1903).

Fue precisamente en la incertidumbre de las élites políticas del Sexenio donde se puso de manifiesto con mayor claridad el último de los aspectos que Tarrow propone como condicionantes en la creación de oportunidades políticas: la división en el seno de las élites. Los internacionalistas supieron en todo momento ir adaptándose a las circunstancias y aprovechando las grietas del sistema para construir un movimiento obrero, de corte más bien libertario, que agrupase las inquietudes de las masas trabajadoras y pudiera ir fortaleciéndose con la creación de nuevas oportunidades políticas. Cuando la estabilidad política y la relativa normalidad institucional se restablecieron en España gracias a la sistematización y la *mano dura* de la Restauración, el obrerismo español ya contaba con una amplia experiencia organizativa y revolucionaria que le permitió aprovechar también las coyunturas que, según la teoría de las oportunidades políticas, brindan los Estados afianzados bajo cierta tendencia autoritaria, como era el caso de la España de Cánovas y Sagasta. Aunque pueda resultar obvio que un Estado más estable, más fuerte y más represivo dificulta las acciones colectivas, existen aspectos en ellos que pueden llegar incluso a potenciarlas. El propio éxito de la represión “puede producir una radicalización de la acción colectiva y una organización más eficaz de los oponentes” (Tarrow, 1997: 167) obteniendo por tanto un efecto contrario al pretendido. La centralización del poder en los Estados otorga a la disidencia un campo unificado y un objetivo concreto sobre el que concentrar su actividad. Así, en la España de la Restauración, donde quedaron restituidas las ajadas mimbres del liberalismo, de la Iglesia, Corona y Ejército, los trabajadores españoles – formados ideológica y prácticamente durante el Sexenio- tuvieron claros sus objetivos a la hora de conseguir la tan ansiada emancipación social.

Definidos los objetivos (acabar con las instituciones que mantenían vivo el sistema de explotadores y explotados) y elegido el anarquismo como modelo de lucha, en gran parte por esa tradición cultural y revolucionaria que caracterizaba al pueblo español, las clases populares comenzaban una nueva etapa bajo un nuevo régimen que parecía comenzar de modo claramente opuesto a los intereses del obrerismo. El nuevo sistema, escudándose en las revueltas cantonalistas, declaró ya a principios de 1874 la disolución de la internacional, el cual volvía inmediatamente al desempeño subrepticio de su actividad. Celebró un congreso clandestino en Madrid en el que participaron 47 federaciones locales y en donde se acordó limitar en lo posible las huelgas para no poner en peligro la supervivencia de la asociación. También se decidió celebrar solamente conferencias comarcales, pasando el Consejo Federal a ser un mero centro de coordinación. La organización se mantenía viva en clandestinidad, al igual que había hecho años atrás, fragmentando su actividad en grupos de menor tamaño. Esto les permitió, a pesar de la represión, tener representación en el congreso de la AIT de Berna y en el Congreso Antiautoritario de Verviers. La represión contra la AIT, sin embargo, también la debilitó de manera sustancial. Mucho de sus miembros, perseguidos por las autoridades, optaron por huir de la Península y refugiarse en América, donde en muchos casos comenzaron a divulgar el programa ideológico del que eran partícipes en España (Gómez, 2006). Otros, por su parte, prefirieron hacer uso de la violencia en respuesta a las acciones de sus opresores. Estas acciones, que según exponen Tilly (1993) y Tarrow (1997) suelen producirse tras rupturas de regímenes que limitan el desarrollo de los movimientos, fueron, sin embargo, muy extrañas dado que los anarquistas eran

conscientes de que las acciones violentas, además de justificar un incremento en el nivel de represión, podían asustar y alejar a los simpatizantes no violentos⁶⁴.

Como pasara en 1872 con la proscripción de la AIT por parte de Sagasta, los anarquistas españoles esperaban –organizados en reducidos grupos clandestinos– la oportunidad que les permitiese nuevamente salir de su ostracismo y volver a intentar un asalto contra los responsables de su condición de explotados. Esta llegó en 1881 con la subida al poder del Partido Fusionista (PF), el cual prometió legalizar los sectores de oposición y brindó facilidades para la difusión de la propaganda mediante un incremento la libertad de prensa. El cambio en las oportunidades políticas fue, como ocurriera durante el Sexenio, aprovechado por los internacionalistas que el 24 de septiembre de 1881 celebraron el Congreso Obrero de Barcelona. Este supuso la ratificación oficial de lo que era, desde hacía tiempo, una evidencia oficiosa dentro del obrerismo peninsular: el anarquismo fue proclamado como ideal del proletariado español y la libre federación de libres asociaciones de productores libres pasó a ser el modelo asociativo que regiría las acciones colectivas de los trabajadores. Estos dos aspectos se aunaron y materializaron en la creación de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) emanada del Congreso Obrero. En 1882 se celebró otra gran asamblea de trabajadores, esta vez en Sevilla, donde se añadió a la tendencia ácrata del proletariado el apóstrofe de anarco-colectivistas. También se vieron juntas las dos corrientes del anarquismo: la asociativa, representada principalmente por los obreros catalanes, y la revolucionaria, más ligada al colectivo andaluz⁶⁵. Se aprobó además como reivindicación inmediata la jornada de ocho horas y como meta la revolución social. Como medio para su conquista la Federación optaría por una vía asociacionista, pacífica –aunque sin censurar públicamente la violencia–, antiparlamentaria y educativa, tal como puso de manifiesto Anselmo Lorenzo (1974, 306):

Se extendió en varias consideraciones, excitando a los obreros para que no formen parte de los partidos políticos, por no esperar la clase trabajadora ningún beneficio de la política que, según el orador, hasta aquí, por lo que a los obreros se refiere, sólo ha servido para su explotación. Definió el concepto de la revolución que persiguen los federados, los cuales no aspiran a su redención social empleando medios violentos, sino por la eficacia de la revolución científica, cuya base es la instrucción e ilustración de la clase proletaria.

El afianzamiento de la Internacional Española dentro de las posibilidades políticas ofrecidas por La Restauración provocaba cierto temor en las élites que, tras los supuestos acontecimientos de La Mano Negra en Andalucía, obtuvieron un pretexto para desatar una nueva ola represiva contra el obrerismo libertario. Esta ola represiva fue mermando el poderío internacionalista y de la FTRE hasta que esta última terminó por disolverse en

⁶⁴ Los anarquistas españoles del siglo XIX eran conscientes de que una acción violenta con víctimas mortales, por aparentemente justificada que estuviera, servía más para dividir que para unir al colectivo. Por eso, principalmente desde la prensa, intentaban disuadir a sus militantes de realizar este tipo de acciones. Esta tendencia sería teorizada por la Sociología casi un siglo después (Tilly, 1993; Tarrow, 1997 ó Eisinger, 1973), señalando cómo a lo largo de la mayor parte de los conflictos sociales desde el siglo XVIII, la violencia ha sido un arma recurrida que sido en la mayoría de los casos contraproducente para quien la ejercía. Generalmente, el resultado de la violencia, fue la justificación necesaria para el endurecimiento de las acciones rivales e, incluso, provocó un cambio de posicionamiento en los simpatizantes menos radicalizados.

⁶⁵ Vemos nuevamente cómo el componente cultural descrito por Stuart Hill y Donald Rothchild resulta decisivo a la hora de tomar partido por uno u otro modelo de acción. Los andaluces que, como hemos visto, tienen más presente en su cultura popular reciente la visión idílica del bandolero y el rebelde social, optan por la vía revolucionaria. Los obreros catalanes, más formados y con una tradición asociativa mucho más rica, se inclinan hacia el asociacionismo como medio de resistencia y lucha.

1888, cuando el ala revolucionaria hizo prevalecer su idea de la resistencia espontánea frente al planteamiento de la organización asociativa institucionalizada (Termes, 2011). Comenzaron a ser más comunes los atentados perpetrados por anarquistas, aunque bien es cierto que no fue una actividad generalizada dentro de los ácratas españoles. Esta predilección por la acción directa destinada a la consecución de objetivos inmediatos que aliviasen parcialmente la afligida realidad obrera respondía, además de a la influencia del anarquismo italiano descrita por Gómez Casas (2006), a una reacción desesperada ante la pérdida de impacto social que el movimiento estaba sufriendo a consecuencia de las persecuciones. Las acciones violentas, en la mayoría de los casos, provocan fraccionamientos y escisiones dentro del movimiento y aceleran el proceso de descomposición del colectivo (Tarrow, 1997: 53). Esto fue lo que sucedió en la España de la última década del siglo XIX: la oleada de violencia ligada al anarquismo provocó un incremento de la represión que terminó por disuadir del militarismo activo a muchos de sus miembros menos radicalizados y condenando a quienes optaron por seguir con la lucha directa. El resultado fue una pérdida notable de trascendencia y una división interna que provocó que el anarquismo español entrase en el siglo XX parcialmente debilitado y con una consolidación estructural menor de la que podía preverse a finales de la década de 1880.





3. ANTECEDENTES DEL ANARQUISMO EN CUBA.





Resulta sumamente complicado señalar con exactitud la fecha en que el anarquismo penetró en el territorio cubano. Esta dificultad emana de la propia complejidad que entraña el mero hecho de dar una definición concreta de un fenómeno tan poco determinado y tan carente de normas fijas como es el movimiento libertario. Ya en el propio término “anarquismo” existe una ambigüedad lingüística que, como explica Irving Louis Horowitz (1977: 23), “es consecuencia de las reivindicaciones y corrientes encontradas que necesariamente abruma a un movimiento social dedicado a la *propaganda por la acción* y, simultáneamente, a la *liberación del mito político*”. Es decir, en la figura del anarquista se entremezclan la teorización sociopolítica y filosófica con la práctica y la lucha revolucionaria. Si realizamos un análisis exhaustivo de la obra de algunos de los autores teóricos de más peso dentro del mundo ácrata, como es el caso de Errico Malatesta, podemos discernir cómo esta dicotomía teoría/praxis se encuentra, en ocasiones, amalgamada como un único elemento indivisible:

La sola propaganda, hablada o escrita, es impotente para conquista a nuestras ideas toda la gran masa popular. Precisa, pues, una educación práctica que sea tan pronto causa como efecto de una gradual transformación del ambiente. Precisa que a medida que se desarrollen en los trabajadores el sentido de rebelión contra los injustos e inútiles sufrimientos de que son víctimas y el deseo de mejorar sus condiciones, luchan, unidos y solidarios, para conseguir lo que desean.

Y nosotros, como anarquistas y trabajadores, debemos impulsarles y estimularles a la lucha y luchar con ellos. (Malatesta, 2015: 204).

El pensador italiano -considerado por muchos como el último de los autores clásicos del anarquismo- tal vez sea en sus planteamientos el más pragmático de quienes, ya en el siglo XIX, dotaron al movimiento libertario de una base teórica desde la que desarrollar la práctica revolucionaria. Esto no quiere decir, sin embargo, que sea ese pragmatismo característico de Malatesta el que convierta al anarquismo en una mezcla de teorías y actos. Si examinamos los escritos de otros ideólogos anarquistas más identificados con la labor de teorización, como Pitir Kropotkin o Pierre-Joseph Proudhon, vemos cómo ese binomio ideas/acción constituye también un pilar básico dentro de la concepción más ideológica de la corriente ácrata. El *príncipe ruso*⁶⁶, a lo largo de una extensa obra dedicada en gran parte a definir el canon por el que se han de regir la tan esperada revolución social y la nueva civilización que de ella emane, señala que todo proceso revolucionario se inicia por una interacción entre la teoría y la práctica insurreccional⁶⁷. Añade además que, para que estos dos elementos puedan desencadenar un verdadero cambio en la sociedad,

⁶⁶ Pitir Kropotkin es conocido como *el príncipe ruso*. Este apelativo se debe a que, por línea paterna descende del linaje de los Rúrik. La dinastía Rúrika reinó en la Rus de Kiev, así como en los principados que lo sucedieron, y en el Zarato Ruso hasta la llegada de los Romanov en 1613.

⁶⁷ Véase Kropotkin (2005)

ambos “han de confluir en el momento oportuno” (Colodrón, 2016a: 181), es decir, la conexión entre estos dos componentes ha de darse dentro de un contexto objetivamente favorable para el desarrollo insurreccional. Bajo este último tipo de apreciación teoría y praxis, aunque evidentemente relacionadas entre sí, se presentan como dos elementos independientes que, en consecuencia, pueden aparecer de manera autónoma. Sin embargo y pese a esta relativa compartimentación, hay que recalcar que el modelo más teórico de conceptualización del anarquismo hace referencia de manera clara y constante a la importancia vital que tiene la concurrencia de ambos fundamentos -en un mismo y propicio momento- en la creación de un movimiento que tenga unas mínimas posibilidades de alcanzar sus objetivos. En definitiva, sin la interacción las ideas y las prácticas no puede existir un verdadero movimiento anarquista.

Dejando de lado las diferencias que puedan existir entre ambas concepciones, podemos observar que en cualquiera de los enfoques dibujados a lo largo del tiempo por los ideólogos del anarquismo se hace referencia a que el movimiento está compuesto por ideología y *hechos*, cohesionados ambos por la acción de un condicionante que sirve para diferenciar a los libertarios de cualquier otra tendencia obrerista: la moral. Todos estos elementos necesitan de un catalizador que provoque su concomitancia y desencadene, de este modo, un inicio del anarquismo como movimiento social. Marc Bloch (1931) estableció que las revueltas se deben a la relación directa entre desafiadores y desafiados y que las formas de acción colectiva empleadas están vinculadas a las quejas de los primeros y a la naturaleza de su antagonismo hacia sus enemigos. Sin embargo, esta premisa, que forma parte de lo que en Sociología se conoce como *repertorio tradicional*⁶⁸, queda un tanto limitada cuando nos referimos a las sociedades industriales que surgen en Europa desde el siglo XVIII. Con la llegada de la Revolución Industrial las relaciones sociales cambiaron y, por tanto, los repertorios de acción colectiva se vieron modificados. Se desarrolló un nuevo repertorio que “era general en vez de específico; indirecto en lugar de directo; flexible en vez de rígido” (Tarrow, 1997:80) y que, centrado en unas pocas rutinas clave de confrontación, podía adaptarse a situaciones diferentes, prolongarse en el tiempo y difundirse a otras sociedades, generando con ello coaliciones sociales más amplias que podían aglutinar a personas que tan siquiera se conocían. El cambio de repertorio, para constituir un verdadero movimiento social como lo sería en este caso el anarquismo, requiere, además, según señala Tarrow (1997: 90), de la aparición de organizaciones creadas de manera deliberada para movilizar a la gente y mantener la acción una vez desatada esta. Estas asociaciones deben surgir en el seno de la propia lucha, lo que las diferencia de otro tipo de corporaciones como los gremios o los socorros mutuos. La flexibilidad del nuevo repertorio incrementa la capacidad de inclusión del propio movimiento, hecho que, unido a las mejoras en los transportes y a popularización de los medios de comunicación impresos⁶⁹, contribuyen a la globalización de la protesta

⁶⁸ Este repertorio se basa en la inflexibilidad, la acción directa y la organización basada en el corporativismo. Bajo este prisma, la acción se desarrollaba como reacción a una situación concreta de abuso por parte de quienes ostentaba el poder. Se generaba una unión entre los afectados (sin elementos externos) y estos, en conjunto, hacían una reivindicación directa. Terminada la insurrección, la asociación se rompía y se volvía a la “normalidad” previa al conflicto. Este modelo es válido para las sociedades feudales estudiadas por Bloch, pero encuentra dificultades de adaptación dentro de estructuras sociales más contemporáneas.

⁶⁹ En esta expansión de la prensa jugó un papel trascendental la difusión de la alfabetización. El aumento de los índices de alfabetización repercutió en el número de potenciales consumidores de prensa obrerista y facilitó que los trabajadores, insurgentes o no, estuvieran al tanto de las acciones de otros grupos con reivindicaciones similares. Autores como John Markoff (1986), señalan una relación entre las acciones colectivas y el nivel de alfabetización de una determinada zona.

tal y como ocurrió en el caso del obrerismo internacionalista surgido en el siglo XIX, dentro del cual se incluye al anarquismo.

Tanto el nuevo modelo de asociacionismo que nace en las sociedades industrializadas desde finales del siglo XVIII, como el espectacular crecimiento que experimenta la imprenta al calor de los avances socioeducativos y tecnológicos de la época, han de confluir en el tiempo y bajo unas circunstancias de oportunidades políticas para que podamos hablar de un movimiento social como tal. Esto, para el caso concreto de Cuba, como veremos, no se dio hasta finales de la década de 1860, en la que los propios obreros, ya organizados de manera acorde con los nuevos tiempos, comenzaron a crear organizaciones y periódicos autodefinidos de manera clara y directa como *anarquistas*. Es cierto, si nos ceñimos a las fuentes gubernamentales, que la palabra anarquista en Cuba aparece ya en los años 30 del siglo XIX, como queda de manifiesto en la Real Orden de 2 de mayo de 1831 (ANEXO V) por la que se informaba a las autoridades de “las preparaciones que deben tomarse con motivo de los atentados que preparan por correo los anarquistas”⁷⁰. Pese a que la notificación hace uso específico del término *anarquista*, dando a entender con ello que pudieran haberse afincado en Cuba sujetos libertarios, nada hace suponer que existiese un movimiento estructurado y, menos aún, una asociación oficialmente constituida como grupo. Más que nada, hace referencia a la posible actuación que ciertos elementos revolucionarios, en algunos casos “escapados de la Península” (ANEXOS VI Y VII), pudieran desarrollar en los dominios coloniales españoles. La terminología utilizada en estas comunicaciones invita a pensar que el Gobierno no considerara a estos insurrectos como piezas de una de una organización estable y/o mínimamente coordinada, como lo sería décadas después el movimiento libertario. Por tanto, y basándonos en la premisa de que el anarquismo es un movimiento social estructurado en el que se combinan acción y propaganda, podemos afirmar que este no se dio en Cuba de manera oficial hasta bien entrada la década de 1870. Esto no quiere decir que no hubiese una fase previa de permeabilización de las teorías y prácticas libertarias que sirviese como antesala a la formación *per se* del anarquismo en Cuba. Para un mejor análisis de estos precedentes y de acuerdo con los componentes que constituyen el socialismo utópico, dividiremos el presente capítulo en dos partes bien diferenciadas. Por un lado analizaremos irrupción de los primeros planteamientos que pudieran ser susceptibles de considerarse ideologías anarquistas o pre-anarquistas⁷¹, por otra parte examinaremos los distintos tipos de sociedades obreras que sirvieron como campo de pruebas al asociacionismo libertario. Gracias a esto obtendremos una idea clara acerca del terreno sobre el que se construyó el edificio ácrata y el papel que jugaron en esta etapa los inmigrantes procedentes de la Península Ibérica.

3.1. Los planteamientos “pre-anarquistas” llegan a Cuba: los inicios de la prensa obrera y *La Aurora*.

Si respetásemos lo más escrupulosamente posible el rigor terminológico, no podríamos hablar de *anarquismo* hasta después de implantadas las ideas de Proudhon (Díaz, 1978:

⁷⁰ ANC, Fondo Asuntos Políticos-Año 1831. Legajo 35, Nº de Orden 25.

⁷¹ Con pre-anarquistas no referimos a esas ideas que, siendo esencialmente libertarias, son previas al *anarquismo moderno* y estructurado surgido a partir la Primera Internacional. Son las teorías de autores como Pierre-Joseph Proudhon, Robert Owen o Charles Fourier. En el caso cubano, son los planteamientos proudhonianos los que prácticamente monopolizan el ideario obrerista a partir de los años 40 y los que se centrará, por tanto, la mayor parte de nuestro análisis.

7). Sin embargo, basándonos en la tipología de las reivindicaciones e ideas libertarias y en su naturaleza casi “suprahistórica”, como definiría Cappelletti (1983: 3), podemos manifestar sin temor a equivocarnos que muchas de las piedras angulares del pensamiento ácrata fueron concebidas en contextos y épocas anteriores a la materialización del anarquismo como movimiento social. Las ideas de igualdad, las insurrecciones contra cualquier norma establecida y los pulsos contra el gobierno son tan antiguos como la propia idea de gobierno (Bakunin, 1973: 7), lo que provoca que algunos autores hablen de manifestaciones libertarias ya en los albores de la civilización. Sin embargo y basándonos en el hecho de que el anarquismo como tal es, en líneas generales, un producto de la sociedad industrial, consideraremos que “sus antecedentes deben buscarse en los inicios de la revolución industrial y de la era de la burguesía y el capitalismo” (Cappelletti, 1985: 32). Estos planteamientos pre-anarquistas, en el caso concreto de la Cuba decimonónica, giraron en torno a las ideas de los llamados socialistas utópicos y, sobre todo, de quien posiblemente fue su más importante continuador y reformulador: Pierre- Joseph Proudhon. Como afirma Ángel Cappelletti (1983: 67), no resulta difícil, dentro de las teorías de los socialistas utópicos, “detectar elementos ideológicos que formarán parte más adelante de la filosofía social del anarquismo”. Más sencilla aún resulta la tarea de relacionar las propuestas de Proudhon, considerado por muchos como el primer autor puramente anarquista, con los postulados del anarquismo internacionalista del segundo tercio del siglo XIX. La dificultad estriba, pues, en encontrar los medios a través de los cuales esas ideas cruzaron el Atlántico y comenzaron a instaurarse en el seno de la sociedad cubana, es decir, en identificar estos postulados y analizar el contexto y los distintos soportes desde los que se difunden dichos dogmas.

No es casual que el cambio de repertorio que permitió transformar las revueltas espontaneas aisladas en grandes y duraderos movimientos reivindicativos tuviera lugar en el siglo XIX, un momento de desarrollo tecnológico generalizado. En esta etapa, la comunicación escrita deja de ser feudo casi exclusivo de determinadas élites intelectuales (clero, nobleza, aristocracia...) para convertirse en un fenómeno mucho más popular. Es cierto que, con la invención de la imprenta –más sus posteriores perfeccionamientos- y la aparición, en el siglo XVII, del periódico –actor principal en la popularización de la información-, el acceso a la cultura escrita recibió un enorme impulso en lo relativo a su nivel de repercusión. Sin embargo, no es menos real que, con todo, la dimensión de su alcance no fue comparable a la cosechada a partir del siglo XIX. Fue en esta centuria cuando se puso fin a “los límites que suponían las restricciones técnicas de distribución o los obstáculos impuestos por el elevado índice de analfabetismo” (Madrid, 1989: 27). Esto se debió, principalmente, al desarrollo del transporte y los medios de comunicación, así como a la potenciación de la educación primaria general que llevaron a cabo los gobiernos liberales que florecieron por todo el mundo desde finales del siglo XVIII. Pese a que para los revolucionarios la imprenta fuese, en palabras de Anselmo Lorenzo, “el punto de apoyo que buscaba Arquímedes”⁷², esta necesitó de las innovaciones en los sistemas de locomoción para poder ampliar su radio de acción. En el caso concreto de Cuba, esta mejora en los transportes vino marcada, en gran parte, por las exigencias de los mercados azucarero y tabacalero, que demandaban formas más rápidas, eficientes y económicas de unir las zonas de producción con los puertos desde los que se exportaban las manufacturas. El principal avance a este respecto fue la introducción del ferrocarril, la cual tuvo lugar incluso antes que en la metrópoli o en cualquier otro lugar de América Latina y que creó, desde 1834, un enorme tejido ferroviario destinado a unir las zonas

⁷² “¡La Imprenta!”. *La Asociación*, n.º VIII, Barcelona 22 de febrero de 1885.

urbanas con las áreas rurales explotadoras de grandes cultivos⁷³. Simultáneamente, los caminos y carreteras fueron mejorados con el mismo fin, por lo que puede decirse que la Isla experimentó desde los años treinta una revolución en sus comunicaciones internas. Además de los terrestres, los medios de transportes marítimos que unían Cuba con el resto del mundo también fueron perfeccionados, como hemos visto, desde mediados del siglo XIX con la generalización de la máquina de vapor como fuerza motriz. Los barcos pasaron a ser más grandes y más rápidos lo que sirvió para agilizar las comunicaciones extrainsulares.

Paralelamente a todo este progreso en el mundo de los trasportes, los llamados “medios de comunicación secundarios” (Almuiña, 1977) también se vieron fomentados por el impulso tecnológico propio de la época. De estos, el correo fue el que tuvo una mayor influencia en la divulgación tanto de las noticias como de la propia prensa escrita. El éxito del periódico como órgano de difusión no se entiende sin la considerable mejoría que experimentó el correo durante las primeras décadas del siglo XIX; hasta el punto de poderse afirmar que “los diarios no empiezan a generalizarse y a tener una importancia efectiva hasta el establecimiento del correo diario” (Madrid, 1989: 29). En el caso de las colonias españolas el perfeccionamiento en la estructura de las comunicaciones postales comenzó con creación en 1827 de la Empresa Mercantil de Correos Marítimos, que funcionaría hasta el año 1851 (Piniella, 1996) que, aseguró un servicio de correos regular y estable⁷⁴. La nueva entidad, que iniciaba su actividad el día 1 de junio de 1827 con la salida de La Habana rumbo a La Coruña del bergantín-goleta Correo Marítimo Número Uno, cumplió con su labor de mejorar “la regularidad y certeza de las comunicaciones periódicas [...] a una Población que carece de correspondencia particular de la Península excepto una u otra carta que confidencialmente y con mil riesgos conducen los buques extranjeros de Rl. Permiso” (Piniella, 1992: 229). Tras este primer paso, la regularidad del servicio posta de Cuba se consolidaría definitivamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando EEUU, gracias al mayor peso comercial que obtuvo en la Isla, comenzó a hacerse cargo de la correspondencia por vía marítima.

Al mismo tiempo, el desarrollo del transporte terrestre también fue aprovechado para perfeccionar el servicio de entrega postal ya que desde 1839, solamente dos años después de la inauguración de la línea La Habana-Bejucal, el ferrocarril ya era utilizado para trasladar cartas y paquetes de una manera rápida y regular por el interior de la Isla. También de la implantación de la red ferroviaria en Cuba se benefició, aunque de manera más tardía, otro de los medios de comunicación secundarios que fueron de vital importancia en el proceso de popularización de la prensa: el telégrafo. De forma

⁷³ La necesidad de extender el cultivo de caña ante el alto precio del azúcar en el mercado internacional llevó a la reina Isabel II a conceder una autorización en 1834 para la construcción de la línea de ferrocarril La Habana- Güines. Tres años después se inauguraba el primer tramo, que unía la capital con Bejucal y en 1838 se completaba todo el trayecto hasta Güines (Santamaría y García, 2004). En la década de 1850 el ferrocarril se extiende desde el oeste al centro de la Isla, creando un verdadero tejido ferroviario de epicentros portuarios. Esta red potenció, además, la unión de los grandes centros industriales colindantes a la capital.

⁷⁴ Hasta ese momento el transporte de la correspondencia estaba en manos de la Marina de Guerra Española, la cual llevaba a cabo este servicio de manera ineficiente e irregular dado lo conflictivo de la época para España. Sucesos como la emisión de Real Cedula de 10 de febrero de 1818 por la que se declaró el comercio libre y se incrementó, en consecuencia, el número de buques que transportaban correspondencia junto a sus mercancías y la autorización recibida el 24 de mayo de ese mismo año por el Coronel Juan O’Farrill para establecer una línea de cabotaje entre La Habana y Matanzas permitieron ampliar considerablemente el servicio postal interno y externo de la Isla pero su eficacia siguió siendo, pese a los esfuerzos, muy deficiente.

experimental, el telégrafo eléctrico fue probado en Cuba por primera vez en 1851 a iniciativa de Samuel Kennedy, ingeniero estadounidense. Dos años después de este ensayo, en 1853, entraba en uso la primera línea telegráfica de la Isla “entre La Habana y Bejucal, de unos 25 km de longitud y que seguía el trazado del primer tramo de ferrocarril” (Díaz Martín, 2000: 527). El impacto de este nuevo sistema de comunicación fue tal que, a mediados de ese mismo año, el gobierno decidió crear una Escuela de Telegrafía y en 1857 ya funcionaban 19 estaciones de telégrafo. Tras unos primeros pasos lentos pero firmes, todas estas iniciativas de instauración de una red de comunicaciones telegráficas en Cuba recibieron el impulso definitivo en la década de 1860 con la llegada del cable submarino. Después de varios intentos fallidos, en 1866 se materializó el tendido del cable submarino interoceánico entre América del Norte y Europa. Solo un año más tarde, y al socaire de este enorme avance tecnológico, se inauguró la conexión directa vía telégrafo entre Cuba y la Florida llevada a cabo por la International Ocean Telegraph Company bajo la autorización del gobierno de España. Además de hacia el exterior, durante esta década el telégrafo se extendió enormemente por el interior de la Isla. En 1864 la red llegó a Santiago, lo que unía los dos núcleos más importantes de Cuba. A inicios de 1868, la Mayor de las Antillas contaba con 29 estaciones de telégrafos, pero el estallido de la Guerra de los Diez años hizo que ese número se disparase (se contaba con 172 al final del enfrentamiento) debido a la iniciativa española de utilizar el telégrafo como medio de comunicación en tiempo de conflicto. Fue el propio desarrollo de la contienda el que contribuyó a nuevos avances. La fragilidad de un sistema que podía ser boicoteado con un simple machetazo, hizo que la administración española tendiese, a través de la empresa británica Submarine Telegraph Company, un cable bajo el mar entre Santiago y Cienfuegos con continuación a Batabanó. Además, en esta misma época se autorizó a la West India and Panama Telegraph Company a conectar las islas de Cuba y de Jamaica. Terminada la Guerra las estaciones pudieron ser utilizadas para el intercambio habitual de información. Fueron, por tanto, las décadas de 1850 a 1870 las que marcaron un hito en las comunicaciones tanto internas como externas de Cuba, aspecto del que se beneficiaría enormemente la prensa para alcanzar unos índices de difusión hasta entonces inconcebible.

Con todos estos avances tecnológicos la información llegaba de una manera más rápida y más barata de un punto a otro del planeta, lo que dinamizó la tarea divulgativa del periódico. Estos hechos fueron, si cabe, más importantes para el desarrollo concreto de la prensa obrera. Hay que tener en cuenta que el obrerismo, por norma general, suele establecer lazos de solidaridad de tipo internacionalista entre los trabajadores, por lo que cualquier tipo de avance orientado a la facilitación de las comunicaciones juega en favor de su causa y, sobre todo, de sus mecanismos de actuación. En consecuencia, la nueva realidad comunicativa abría un enorme abanico de posibilidades a los obreristas dado que todo este desarrollo contribuía indirectamente “a la definición de una comunidad más amplia de lectores a partir de la circulación de ideas” (Basail, 2004: 32), es decir, facilitaba la aparición de colectivos identificados y unidos en torno a un determinado tipo de consumo de producción escrita. Pese a todo, la prensa, y más concretamente la prensa obrera, tuvo que franquear un problema mayor del que aun suponía la logística comunicativa: las políticas restringentes y la censura de la Corona española. El ya de por sí carácter restrictivo de la administración metropolitana se acentuaba en todo lo referente a Cuba y Puerto Rico. La crisis de legitimidad política del Gobierno español y la enorme pérdida de autoridad manifestada en los continuos cuestionamientos a su hegemonía (propiciados por diferentes fuerzas sociales), en un contexto en el que el otrora imponente imperio aún se lamía las heridas provocadas por la descolonización,

promovía una actitud más intransigente si cabe en cualquier asunto relativo a la administración colonial⁷⁵.

Conviene sin embargo señalar que no todos los periodos experimentaron en mismo grado de restricción. El siglo XIX cubano combinó fases de enorme libertad de prensa con épocas de férrea censura. La primera de las etapas aperturistas que, en su papel de pionera, fue la que contribuyó a expandir la idea del periódico como arma de concienciación y protesta contra las injusticias, comenzó en plena Guerra de la Independencia contra Francia. El día 10 de noviembre de 1810, el Consejo de Regencia de las Cortes de Cádiz emitía un Real Decreto (ANEXO VIII) por el cual se articulaba la libre emisión de pensamiento en la Península y Ultramar en los siguientes términos:

Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación, baxo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente decreto⁷⁶.

Este decreto fue muy avanzado en lo relativo a temas políticos, pero mantuvo, sin embargo, una política represiva en lo concerniente a las manifestaciones de tipo religioso, tal y como quedaba de manifiesto en el artículo sexto del decreto que establecía que los escritos de índole religiosa serían sometidos a la previa censura de los ordinarios eclesiásticos.

En Cuba, el mandato entró en vigor en febrero de 1811 y otorgó a la colonia antillana un medio desde el que expresar de manera clara y abierta sus quejas en inquietudes políticas. El dictamen fue acogido con gran entusiasmo por los cubanos, siendo La Habana “el primer territorio de toda la América Española que puso en práctica el decreto de libre emisión de pensamiento” (Sánchez Baena, 2009: 100). La proliferación de publicaciones periódicas tras la instauración de la libertad de prensa fue excepcional. Tal fue su número que algunas de ellas tuvieron que retrasar su fecha de emisión por no disponer de espacio en unas imprentas que se veían desbordadas. Estas primeras ediciones comenzaron a expresar abiertamente temas como la rivalidad latente entre criollos y peninsulares o la protesta contra los abusos cometidos por la Administración, asuntos todos ellos que, pese a estar presentes en la sociedad cubana, no habían podido ser manifestados de manera pública. Todos querían decir algo después de años –más bien siglos- de una inconformidad con la política colonial silenciada por la censura. Sin embargo, toda esta efervescencia editora quedó suspendida con el fin del conflicto entre España y Francia y el regreso a sus funciones de Fernando VII, quién declaró nulas las acciones desarrolladas por las Cortes mediante el Decreto de 4 de mayo de 1814 (ANEXO IX). Si bien es cierto que la vuelta a la normalidad absolutista, desarrollada en la Isla sin casi ningún tipo de protesta⁷⁷, terminó con la licencia para criticar abiertamente a la

⁷⁵ Hay que tener en cuenta, no obstante, la existencia práctica de una doble dinámica planteada en torno a los sistemas de relaciones y el control de los recursos que determinaron las fuentes del poder metropolitano, social y militar. Por un lado, la administración española, empujada por el afán modernizador de la época, desarrolló un nuevo modelo de relaciones de poder de base económica acorde con la ya consolidada estructura liberal. Por otra parte, y de manera simultánea, se siguió llevando a cabo una política basada en el mantenimiento de una soberanía fuerte, centralista e inflexible –poco menos que autocrática– empeñada en mantener el monopolio sobre las producciones cubanas como medio para minimizar el impacto que tuvo en las arcas estatales la pérdida de casi la totalidad de sus colonias.

⁷⁶ ANC. Fondo Reales Células y Órdenes. Legajo 177. N^o de Expediente 130.

⁷⁷ Las muestras públicas de disconformidad ante la pérdida de libertades ocasionada por la vuelta de Fernando VII y la restitución del modelo de gobierno absolutista fueron casi inexistentes debido al contexto de expansión económica que se vivía en la colonia. Cuba estaba inmersa en una espectacular expansión

administración colonial, no supo –o no pudo- frenar el funcionamiento de una maquinaria propagandística de enormes dimensiones que había alcanzado la prensa escrita. Desde la concesión de la primera apertura a la opinión, las reivindicaciones de todo tipo buscaron en el papel y la tinta, de manera legal o ilegal, su medio de difusión.

La libertad de prensa, sin embargo, no tardaría mucho en volver a la realidad española. Los acontecimientos de Las Cabezas de San Juan que iniciaron el conocido como Trienio Liberal, obligaron a Fernando VII a restaurar la Constitución de 1812 y a restituir a las autoridades constitucionales. Según expone Juan José Sánchez Baena (2009: 111), este segundo periodo de libertad, en lo referente a la imprenta, se divide en dos etapas: una primera que se iniciaría el 22 de octubre de 1820 con la promulgación de la ley y se extendería hasta la publicación el 12 de febrero de 1822 de una ley adicional que limitaba la libertad de prensa, y una segunda etapa que iría desde la emisión de esa disposición hasta el comienzo de la Década Ominosa en 1823. El primer periodo de este vaivén experimentado por la libertad de prensa, se inició 22 de octubre de 1820 con la promulgación de una ley que, tomando como base el Real Decreto de 10 de noviembre de 1810 (ANEXO VIII), volvía a otorgar el derecho de impresión y publicación sin previa censura. Sin embargo, esta libertad fue más limitada que en la década anterior ya que a la censura sobre las cuestiones de índole religiosa se sumaba la de los llamados *libelos infamatorios*, es decir, aquellos textos que vulnerasen el honor de particulares –especialmente monarcas y otros jefes de Estado- o que excitasen a la rebelión. Como pasara diez años atrás, pese a las limitaciones de la legislación, las publicaciones se multiplicaron. En esta ocasión, además de temas como el enfrentamiento entre criollos y peninsulares o los abusos de la administración, también se informaba acerca de los logros separatistas en otras colonias latinoamericanas, lo que suponía una incitación casi abierta a la insurrección independentista. Sin embargo, para salvar las trabas legales derivadas de estas actividades, muchas de las nuevas publicaciones se valían de sátiras o elementos ficticios –aunque fácilmente identificables con personajes reales- para llevar a cabo sus críticas al sistema.

Toda esta nueva explosión editora se vio frenada por el fin del control español sobre la América Continental y la publicación, el 12 de febrero de 1822, de una Ley de carácter más restrictivo (ANEXO X). Para detener el creciente número de críticas a España y, sobre todo, la incitación a la insurrección ocultas bajo el velo de invectivas o sarcasmos, el nuevo estatuto dictaminaba que “son incitadores a la desobediencia en segundo grado con arreglo al artículo 14º de la Ley de 22 de octubre de 1820 los escritos que la provoquen con sátiras ó invectivas, aunque la Autoridad contra la cual se dirigen, ó el lugar donde egerce su empleo, se presenten disfrazados con alusiones o alegorías, siempre que los jueces de hecho creyesen según su conciencia que se habla ó hace alusión a persona ó personas determinadas, ó á cuerpos reconocidos por las leyes”. La verdadera dimensión de la problemática que el aprovechamiento político de la libertad de prensa en Cuba estaba suponiendo para el Gobierno español quedaba de manifiesto al observar que las condenas de seis, cuatro y dos meses de prisión previstas por la ley contra los escritos sediciosos serían de carácter “doble en Ultramar”, según el Artículo 7º del Título III. Esta

productora y comercial basada en una mejora en el rendimiento de sus tres principales artículos, azúcar, café y tabaco. A este hecho se le añaden los acuerdos alcanzados entre el gobierno y los comerciantes para liberalizar el mercado cubano: libre producción y venta de tabaco, libre comercio con países y compañías extranjeras, modernización del sistema de producción bajo lógicas capitalistas... Este clima de bonanza económica provocó que las clases sociales que prácticamente monopolizaban los medios y las capacidades de comprensión y divulgación de ideas subversivas –la aristocracia y la burguesía- acatasen unas medidas que, pese a acotarles libertades en el terreno político, les ofrecía pingües beneficios de tipo económico.

ley adicional, que abría las puertas de la arbitrariedad judicial bajo la fórmula *los jueces de hecho creyeren según su conciencia*, provocó un retroceso o una cierta moderación en el discurso político de la mayoría de publicaciones, fruto indudable del miedo a perder nuevamente las relativas libertades otorgadas por el régimen. Este cambio de tendencia, tal y como señala Sánchez Baena (2009), se manifestó en una relativa proliferación de las publicaciones de naturaleza más españolista.

Este breve y relativo periodo de libertad de expresión terminó de manera radical en octubre de 1823 con la reimplantación de un férreo modelo absolutista. El rey, que junto a sus ministros culpaba del desmoronamiento del impero al exceso de libertades, recuperó todas las leyes restrictivas e incorporó, además otras nuevas que complementaban un clima de asfixiante represión estatal. Dentro de toda esta realidad coercitiva, el control de la prensa ocupó un papel preponderante. No solamente se prohibió la publicación de todos los papeles periódicos a excepción de la *Gaceta*, el *Diario de Madrid* y los periódicos de Comercio, Agricultura y Artes, sino que además se restringió al máximo la entrada de cualquier tipo de escrito a los dominios españoles. Pese a este paso atrás en materia de libertades, Cuba vio amortiguado en cierta medida el golpe censitario gracias a la sucesiva presencia de dos Capitanes Generales – Francisco Dionisio Vives (1823-1832) y Mariano Ricaford (1832-1834)- que optaron, en líneas generales, por una política conciliadora y relativamente tolerante. Esto hizo que, incluso en un periodo tan opresivo como fue la Década Ominosa, se creasen nuevas publicaciones en la Isla.

La lucha contra el independentismo en las últimas posesiones españolas de Ultramar fue la principal obsesión de la Corona. Sin embargo, basándonos en algunos documentos oficiales de la época (ANEXOS VI Y VII), podemos observar una cierta preocupación en las autoridades por frenar el desarrollo de los primitivos dogmas socialistas que comenzaban a definirse por aquel entonces. No se puede afirmar, dadas las escasas referencias a revolucionarios obreristas en esta época, que las ideas socialistas y utópicas supusieran un problema de primer orden para el Gobierno español, pero, sin duda, por su naturaleza, las doctrinas obreristas formaron parte de esas temibles “obras sediciosas, inmorales e irreligiosas que mudan enteramente los espíritus, agitan las imaginaciones, pervierten los corazones y vienen a ser el verdadero origen de las acciones criminales”⁷⁸. Pese al hostigamiento generalizado contra cualquier impreso, con la presencia en la Capitanía General de Vives primero y Ricaford después, el número de publicaciones pudieron multiplicarse gracias a su enorme capacidad para eludir la censura y a la transigencia de ambos gobernadores. Esta situación, si bien imponía numerosas trabas, permitió un enorme desarrollo de la prensa en la colonia, al tiempo que curtió a editores e impresores en el *arte* de la divulgación subrepticia.

La muerte de Fernando VII y el final de la Década Ominosa no supuso una mejora en materia de libertad de expresión en la Isla, más bien todo lo contrario. La llegada de Miguel Tacón y Rosique a la Capitanía General de Cuba significó el final de la limitada tolerancia auspiciada por sus dos inmediatos predecesores. El aumento del control sobre las publicaciones estaba en consonancia con el contexto de relegación que vivió la Isla desde 1833 y que vino a confirmarse con la Real Orden de abril de 1837 que estimaba que, ante la imposibilidad de “aplicar a las provincias de América y Asia la Constitución que había de adoptarse para la Península”, las colonias se regirían por leyes especiales y, en consecuencia, no tomarían “asiento en las Cortes actuales diputados por las expresadas

⁷⁸ ANC. Fondo Donativos y Remisiones. Legajo 448. N° de Expediente 10.

provincias”⁷⁹. El decreto convertía a las colonias españolas de Ultramar de nuevo en territorios *de segunda categoría*, matiz también extrapolable a sus ciudadanos, quienes quedaron sin representación en el Congreso⁸⁰. Seguidamente, el mandato hacía mención expresa al hecho de que no iban a “regir en este país las leyes de libertad de prensa ni las de periódicos”⁸¹. Con Tacón al frente de la Capitanía General la censura se llevó a cabo con absoluta escrupulosidad, prohibiéndose la emisión de cualquier tipo de “ideas y ejemplos subversivos”⁸². Este incremento en el control ejercido por el aparato estatal sobre cualquier tipo de publicación en que se detectase el más mínimo atisbo de contenido político se mantuvo inexorable hasta 1850. No obstante, no fue esta una etapa baldía para el desarrollo de la prensa en Cuba. Si en materia de derechos y libertades se había retrocedido casi medio siglo, los avances técnicos propios de la época industrial, en cambio, lograron modernizar el sector de la impresión pese a los múltiples escollos administrativos. En este periodo, en la Isla se pasó del uso de la prensa plana al de la prensa mecánica *Koenig-Bauer*, o lo que es lo mismo, se pasó de una imprenta rudimentaria a un sistema de impresión cilíndrico impulsado por vapor que consiguió cuadruplicar el número de hojas estampadas en un determinado lapso de tiempo⁸³. Las ventajas en tiempo y rentabilidad que la nueva máquina reportó a los emprendedores que se atrevieron a realizar la fuerte inversión económica que requería fueron advertidas rápidamente por el resto de impresores, que se apresuraron a actualizar sus talleres, produciéndose en consecuencia una verdadera revolución en las artes tipográficas. Por tanto, pese a que la censura evitó el normal y libre desenvolvimiento de nuevas y variadas publicaciones, tanto los obradores como las técnicas tipográficas experimentaron un perfeccionamiento que sería clave en los años venideros. La imprenta encaraba la segunda mitad del siglo XIX convertida en un imparable medio de difusión ideológica que solo necesitaba encontrar un resquicio legislativo para poder desplegar todo su potencial.

La llegada a la Capitanía General de José Gutiérrez de la Concha como parte de un viraje político reformista y conciliador de la Corona Española orquestado para frenar el creciente movimiento anexionista⁸⁴ creó un ambiente ciertamente favorable para la obtención de determinadas libertades, entre ellas la de prensa, que vio ampliados sus límites mediante una distensión de la actividad censora. Gracias a la actitud del Capitán General, cada vez era más palpable en la Isla la creciente sensación de que la figura del censor perdía peso “a pesar de las medidas establecidas desde la metrópoli” (Sánchez Baena, 2009: 190). El crecimiento en el número de imprentas fue espectacular en la década de 1850. Además, no solo hubo un incremento en el número y tamaño de las

⁷⁹ ANC. Fondo Reales Cédulas y Órdenes. Legajo 129.

⁸⁰ Hay que resaltar el hecho de que la Real Orden de abril de 1837 hacía referencia de manera específica a la reducción de derechos en las posesiones españolas de Ultramar y recalca que, sin embargo, la Constitución sí sería aplicada en las “islas adyacentes” a la Península.

⁸¹ ANC. Fondo Reales Cédulas y Órdenes. Legajo 129.

⁸² ANC. Fondo Gobierno Superior Civil. Legajo 652. N.º de Expediente 20443.

⁸³ Véase Schulze (2001).

⁸⁴ La tendencia política que abogaba por llevar a cabo una liberación de la Isla con el fin de anexionarse a los EEUU se convirtió en la década de 1850 en una de las principales preocupaciones del gobierno español, no solo por la querencia ascendente que estaba llevando sino por el poder político y social que ostentaban sus defensores. Las medidas tomadas por el gobierno español contra el sistema esclavista hicieron que muchos de los latifundistas insulares vieran en el poderoso Estado vecino –donde seguía vigente y estable la esclavitud– un enorme aliado, por lo que comenzaron a apoyar el movimiento de anexión. Para poner fin a las conspiraciones anexionistas perpetradas desde los grupos de hacendados más afectados por la política pro-abolicionista proyectada desde Madrid, la administración central del Imperio moderó la represión contra la élite criolla, permitiéndoles una mayor libertad de reunión, asociación y expresión, aspecto que sería aprovechado por todos los editores de la Isla. (Véase Colodrón, 2016b)

imprentas y talleres, que empleaban ya a más de 400 trabajadores (García de Arboleya, 1852: 263), sino que además estos comenzaron a dejar de ser feudo exclusivo de las grandes urbes para repartirse por todo el país. Esta tendencia ascendente, que también afectaba al número de publicaciones, se mantuvo en el decenio siguiente, ya que el acercamiento de las regiones por el flujo de mercancías también benefició el flujo de noticias. En este imparable crecimiento colaboró, también, otra de las producciones en auge durante los años sesenta: la industria de tabaco. Las tabaquerías cubanas comenzaron en esta época a “adquirir verdadera importancia, tanto por el volumen de sus negocios como por la insuperable calidad de sus productos, que empezaban a ser solicitados por los buenos fumadores del mundo entero” (Rivero Muñiz, 1951: 194). Este esplendor tabaquero hizo que las fábricas, en una mezcla de reclamo publicitario y de lucha contra las falsificaciones, solicitasen impresiones cada vez más depuradas y sofisticadas, lo que repercutió en una nueva modernización del sector de las artes gráficas. Pero fue otro aspecto relacionado con la producción cigarrera el que tuvo más relevancia para el desarrollo de las publicaciones cubanas en general y de la prensa obrera en particular: la lectura en las tabaquerías.

Los trabajadores de la industria tabaquera, conscientes de la fuerza que estaban adquiriendo, dado el peso de su sector en el modelo productivo colonial, no solamente empezaron a reivindicar mejores a nivel material sino que también se preocuparon por llevar la cultura al seno de la comunidad obrera, tarea para la que contaron con la ayuda desinteresada de “un grupo de intelectuales de notoria fama y reconocido talento” (Rivero, 1951: 194). Uno de estos intelectuales fue Nicolás Azcárate que en su afán por divulgar la cultura, y consciente del elevado nivel de analfabetismo presente entre las masas trabajadoras, pronunció un discurso en el Liceo de Guanabacoa en el que habló de una costumbre seguida en determinadas órdenes religiosas consistente en que uno de sus miembros lee en voz alta mientras el resto come. Esta idea, que primero fue puesta en práctica con los presos de las galeras existentes en el Arsenal del Apostadero de La Habana, fue rápidamente imitada por los tabaqueros⁸⁵. Tal y como señala Jean Stubbs (1989) en su obra sobre la industria del tabaco cubano, la lectura en las fábricas fue vista en muchos sectores de la sociedad cubana como un modo de aliviar ligeramente el trabajo de los obreros en este ramo, el cual contaba con no pocos esclavos. Sin embargo, hubo también quien vio en esta práctica una oportunidad para formar intelectual y políticamente a los trabajadores. Dentro de este grupo destacaba un tabaquero nacido en Sariego (Asturias) llamado Saturnino Martínez. Martínez, que llegó a Cuba siendo muy joven, se distinguió desde el principio entre los demás cigarreros a causa de su gran inquietud intelectual y su enorme activismo sociopolítico. Influido sin duda por su propia experiencia personal, este trabajador asturiano creía firmemente en la instrucción como medio de ascenso tanto social como económico⁸⁶. Imbuido por la creciente actividad

⁸⁵ Muchos de los prisioneros de las galeras eran cigarreros. En presidio trabajaban fabricando cigarros de forma artesanal y recibían a cambio un jornal del cual se les retenía una parte para entregársela al recluso una vez que recuperaba su libertad. El resto del salario se le entregaba semanalmente una vez descontada otra fracción que se destinaba al pago del lector. Este sistema de lectura fue observado por los familiares y amigos que visitaban frecuentemente la galera, convirtiéndose de este modo en “los mejores propagandistas de la novel institución” (García Galló y Correa García, 2000).

⁸⁶ Saturnino Martínez llegó a La Habana siendo “un mozo completamente ignorante que apenas sabía escribir” (Azcárate Rosell, 1939: 106), lo que le relegaba a los trabajos más duros y peor pagados. Gracias a su empeño y a la instrucción recibida de diferentes intelectuales en Cuba, consiguió “ser estacionario de la Biblioteca Pública de La Habana” (Serra, 1978: 44). Además de dejar atrás el desempeño de los trabajos más arduos, Martínez consiguió, gracias a la mejora en su formación, moverse en círculos sociales más elevados, llegando a ser considerado como el apadrinado del propio Nicolás Azcárate.

editora que se vivía en la Isla y por ese afán de unir y educar a los trabajadores, Martínez creó un semanario que se convertiría en la primera publicación obrera de la Isla. Bajo el título de *La Aurora. Periódico semanal dedicado a los artesanos*, salía a la luz el domingo 22 de octubre de 1865 una edición hecha por los obreros, para los obreros y que ponía sobre la mesa los problemas que acusaban a esta clase social, aportando a la vez algunas posibles soluciones.

Si analizamos de modo global las columnas que compusieron los veintiocho por veinte centímetros de *La Aurora* podemos manifestar sin ningún atisbo de duda que, ideológicamente, la primera publicación obrera de Cuba seguía claramente la línea del reformismo. Esta idea se refuerza al observar que algunos de los más importantes colaboradores de *La Aurora* (Alfredo Torroello, José Fornaris, Francisco Sellén, Lorenzo Luaces...) escribieron también en *El Siglo*, periódico reformista por autonomasia. No se encuentran en las páginas de *La Aurora*, no al menos de forma clara y directa, indicios de una “vinculación del movimiento obrero cubano con las tendencias del obrerismo radical que se estaban propagando sobre todo en Europa” (Casanovas: 2003, 20). Tampoco existió, explícitamente, alusión o incitación alguna a la lucha de clases promovida desde el obrerismo internacionalista que emergía con fuerza durante esta etapa. Si que se veía, sin embargo, una preocupación persistente por el factor cultural, representada mediante una manifiesta preponderancia de textos narrativos y poéticos. La utilización de este tipo de escritos respondía, sin duda, a la personalidad y la experiencia vital del propio Saturnino Martínez, pero también constituía un medio efectivo de sortear la censura. Las licencias literarias, al igual que hemos visto que ocurría en publicaciones anteriores, fueron utilizadas por *La Aurora* para insuflar en sus lectores la idea de “las ciencias y de la literatura y la difusión de las luces”⁸⁷ como método para alcanzar una mejora en la situación de los obreros, así como para promover el concepto de unidad y organización como procedimiento más rápido y efectivo para obtener dicha mejoría. Este tipo de escritos se encuentran presentes en casi la totalidad de las entregas del *periódico semanal dedicado a los artesanos*, pero tal vez ninguno ejemplifique mejor esta estrategia que el poema *Progreso* incluido en el quinto número de la publicación habanera (19 de noviembre de 1865):

De la ignorancia el ominoso velo	El hombre al fin, á divisar alcanza
Descorriéndose vá, cual sol brillante,	Abierto el sacro templo de justicia.
La ilustración, espíritu del cielo,	[...] Ora el hombre feliz civilizado,
Al mundo dá su luz vivificante,	Su libre pensamiento muestra al mundo
Por magnético influjo conmovida;	Y del letargo de abyección sacado
La humanidad hácia el progreso avanza	Presenta un rico manantial fecundo
Ansiosa de más vida:	De bellas concepciones
Y embriagada en mil sueños de esperanza	La asociación cual germen de ventura,
Rápida corre, altiva derrivando	Su poder estendiendo en cien naciones,
Con esfuerzo titánico y grandioso	A los pueblos ofrece con dulzura
Las murallas que fuera edificando	Una era de gloria bendecida
El vil oscurantismo tenebroso.	De eterno bien y fuerza prodigiosa:
No mas retroceder; <i>progreso y gloria</i>	A su influjo fenece maldecida
Ora serán la enseña del humano;	La envidia borrascosa,
Borrar de la memoria	Y de laurel eterno coronada
Ese pasado de ignorancia insano	Tan bella cual los ángeles del cielo,
Que un presente de luz y bonanza	Aparece la luz idolatrada
La humanidad á disfrutar principia;	Pura fuente de amor y consuelo.

⁸⁷ *La Aurora*. La Habana, 22 de octubre de 1865.

Llama la atención en este poema, al margen del componente pedagógico, la mención que se hace a un asociacionismo que se extiende en *cien naciones*. Pese a que esto se podría interpretar como una apología del modelo societario internacionalista elaborado por la AIT, poco o nada tienen que ver los planteamientos de *La Aurora* con el ideario de La Internacional. Como hemos dicho, el boletín de los artesanos defendía una postura palmariamente reformista-españolista, siendo copiosa la cantidad de párrafos en los que hizo gala de tales dogmas. No fue nunca la intención de los editores derrocar el sistema existente con el fin de implantar un nuevo organigrama político-social en Cuba, sino que más bien pretendían la consecución de una serie de reformas o concesiones por parte del gobierno metropolitano que contribuyesen a una mejora sustancial de la paupérrima y abusiva situación de que eran víctimas los trabajadores insulares. Tampoco era partidaria la dirección del periódico de abogar por el modelo de lucha de clases que promovían las diferentes tendencias socialistas que dominaban ya el movimiento obrero en el Viejo Continente. En su lugar, fomentaban una convivencia pacífica entre los diferentes estratos de la sociedad, a la par que promovían unos valores de patriotismo y religiosidad que ponían de manifiesto el latente españolismo de los editores:

Nosotros creemos que esta idea [el trabajo en los festivos] no altere en lo más leve los sagrados principios de nuestra religión y nuestras costumbres. El trabajo está santificado por Dios, y cuando el fruto del trabajo se aplica al cumplimiento de deberes impuestos por la naturaleza y el mismo Dios, ¿que cosa mas digna de elogio que el empeño del individuo por egercitarse en tan santa misión? ¡Oh! nuestros talleristas debieran, con la competente autorización del gobierno, proporcionar trabajo á sus obreros, no en todos si quieren, sino en aquellos dias festivos en que circunstancias parecidas á las que mas arriba dejamos apuntadas hubiesen antecedido, y en que los artesanos que estuviesen mas necesitados que de costumbre, pues nadie mejor que los individuos que regentan un taller sufre escaseces y cuales son las razones de sus necesidades.

Comprendemos que los dependientes pondrán el grito en las nubes en contra de nuestras opiniones, pero para ellos pediríamos entónces algo de aumento en los sueldos y todo se allanaría por medios legales y fraternizadores entre dependientes y operarios. Los que interesa es que los talleristas y el gobierno en armonía proporcionen al artesano medios de subsistencia, es decir, ocupación en los días festivos en que las circunstancias lo requieran, seguros de que harán un bien que será agradecido por todos, ó casi todos los artesanos de la capital⁸⁸.

Este fragmento contiene una breve síntesis de la línea seguida por *La Aurora* a lo largo de su corta pero intensa existencia. No solamente no utilizaba un lenguaje violento y directo que pudiera poner en entredicho las relaciones jerárquicas que regían la sociedad, sino que empleaba una fraseología sumisa que sugería una actitud rogativa en lugar de reivindicativa. Este tipo de locuciones estaban en consonancia con el camino marcado por el reformismo decimonónico que abogaba por una obtención de mejoras laborales emanada de la benevolencia de las clases dominantes y no por la conquista inmediata y espontánea de dichas mejoras por parte de los trabajadores. Esta tendencia, criticada años después desde los círculos obreristas, era seguida por la mayor parte de los asalariados cubanos en la década de 1860.

El continuo llamamiento que el periódico hacía a la armonía y fraternidad entre los diferentes estamentos de la sociedad, así como la continua alusión a los valores de hermandad de la Iglesia Católica y la Patria, nos animan a pensar en *La Aurora* como una

⁸⁸ *La Aurora*. La Habana, 19 de noviembre de 1865.

publicación canónicamente reformista, pero si rasamos más a fondo podemos ver que esta etiqueta, sostenida de forma acertada por gran parte de la historiografía cubana, peca sin embargo de ser excesivamente simplista. Si tenemos en cuenta la postura que el semanario artesano defiende acerca del magnánimo y conciliador papel del Estado, de la reforma a través de la educación o del universalismo cultural, podemos intuir que el pensamiento político de *La Aurora* se encuentra bastante próximo a ese “liberalismo armónico” que Gonzalo Capellán (2007) nos define como base de la teoría política del primer krausismo español. La continua búsqueda del maridaje entre el individuo y la sociedad, el capital y el trabajo, la reacción y la revolución o la religión y la ciencia dota a la primera publicación obrera de Cuba de un nada desdeñable carácter krausista que, si bien tiende a disminuir con el paso del tiempo, no ha de ser olvidado a la hora de analizar la trayectoria seguida por el semanario.

Todo este reformismo/krausismo que impregna los números de *La Aurora* no impidió, por el contrario, que la publicación –aunque antagónica de la acribia en dogmas innegociables– supusiese para el pueblo cubano un primer acercamiento a algunos de los principios idiosincrásicos del anarquismo decimonónico. A pesar de que el semanario nunca defendió ninguno de los postulados más radicales del socialismo utópico europeo ni del incipiente anarquismo –en parte hijo de este– sí que existieron, paradójicamente, axiomas que pueden considerarse como propios del movimiento libertario y que son, en consecuencia, susceptibles de ser valorados como precedentes de la tendencia ácrata en la Isla. En primer término, la publicación, pese a “promover una coexistencia pacífica entre clases que estaba en directo enfrentamiento con cualquiera de las distintas corrientes del pensamiento anarquista, hace referencia al concepto de clase” (Colodrón, 2016b: 10), noción inseparable tanto de los planteamientos del socialismo utópico como de los del científico. No es pionera esta concepción, sin embargo, en la realidad de la colonia española. Anteriormente a la irrupción del semanario de Martínez existía en la Isla un fuerte sentimiento de clase pero este era propio de los estratos sociales acomodados de raza blanca, quienes eran conscientes de lo beneficioso que les resultaba mantenerse unidos bajo unos puntos comunes a la hora de resolver cualquier tipo de solicitud o conflicto con el gobierno. Esta autoconsciencia de pertenecer a un heterogéneo y amplio grupo social no fue asumida por los trabajadores hasta la década de 1850, cuando la organización y especialización del trabajo, en unión con la creciente incorporación de los libertos al mercado laboral asalariado, hicieron que la tradicional vinculación de los obreros, basada en principios étnicos y geográficos, fuese sustituida por un modelo de cohesión constituido sobre fundamentos de índole sociolaboral. Este nuevo sentir idiosincrático floreciente dentro del mundo del trabajo fue continuamente exhortado desde las páginas de *La Aurora*, las cuales acostumbraban a presentar el concepto de clase inexorablemente ligado a la necesidad de unión de los trabajadores en su lucha por la supervivencia:

Sabemos que el trabajo es la fuente de donde mana toda la felicidad posible sobre la tierra, y por eso nos regocijamos interiormente cuando penetramos en el seno de una fábrica o taller donde gran número de hijos del pueblo inclina dócilmente la cabeza al peso de sus deberes y trabaja á fin de proporcionarse el pan sagrado de la vida. Allí nuestro pensamiento se enagena en la contemplación de la honradez y la virtud, hermanadas por el vínculo del santo trabajo, y nada mas identificado con nuestro corazón que ese cuadro magnífico representado por los que han sido, son y serán siempre nuestros hermanos y compañeros

en las diversas circunstancias por que hemos atravesado y aun nos restan que atravesar en el tránsito por los zarzales de este mundo⁸⁹

Se aprecia en este breve pero ilustrativo fragmento el tono de subordinación que subyace en la locución “gran número de hijos del pueblo inclinan dócilmente la cabeza al peso de sus deberes”. Con ella y con el sentimiento de orgullo que se desprende de todo el texto, los editores de *La Aurora* ponen de manifiesto la actitud de resignación –propia del reformismo– de la que creen que deben de hacer gala los obreros ante la irreversibilidad de su situación. Sin embargo, no es esta actitud reformista la principal revelación que nos aporta este texto sino el llamamiento que desde él se hace al hermanamiento entre trabajadores. Para apelar a esta unión obrera, el periódico señala una serie de puntos que identifica como característicos de la clase obrera: los valores del trabajo y la honradez y las penalidades inherentes a la supeditación económica de todos los trabajadores. La búsqueda de la comunión proletaria auspiciada bajo una constante exposición de las aflicciones del colectivo fue una de las estrategias seguidas por el socialismo a la hora de excitar las pasiones obreras. No obstante, en el caso de Cuba, fue *La Aurora* quien, en medio de su soflama reformista-krausista, puso la primera piedra en una autodefinición de los trabajadores como clase social que será clave en el desarrollo del anarquismo en la Isla.

Junto al concepto de clase, propio pero no exclusivo de la acracia, coexisten en las páginas del semanario dedicado a los artesanos otro tipo de premisas susceptibles de ser circunscritas dentro del ámbito “pre-anarquista”. Destacan entre ellas las ideas del filósofo francés Pierre-Joseph Proudhon, difundidas en la colonia gracias al empeño de José de Jesús Márquez⁹⁰, redactor de *La Aurora* que, pese a definirse tiempo después como un firme demócrata-federalista⁹¹, defendió durante años postulados similares a los propuestos por el socialista galo. Una de las primeras campañas con tintes proudhonianos promovidas desde el boletín habanero, y en la que el propio Saturnino Martínez participó con un ímpetu nada baladí, fue la relativa a la instrucción de los artesanos. Para los editores, redactores y colaboradores de la publicación, la falta de ilustración era un aspecto que incidía de forma negativa sobre la clase trabajadora porque suponía un elemento añadido de subordinación ante las élites, poseedoras de una mayor preparación y un mejor conocimiento del mundo en que vivían. La erudición de los trabajadores actuaría, según su criterio, como elemento de reequilibrio entre los distintos estratos sociales:

Estamos en un siglo nivelador, en un siglo de progreso y adelantamiento en todos los ramos del saber humano, en que las artes y la industria tienden á proporcionar á todo el mundo los goces y comodidades reservados en otros tiempos á una gran minoría; los conocimientos se esparcen y penetran por todas partes; la ciencia no es ya el patrimonio de unos cuantos elegidos, y los sábios se esfuerzan por popularizarla y ponerla al alcance de todo el mundo. Hoy predomina la inteligencia; hoy todo se consigue por medio del saber; el siglo diez y

⁸⁹ *La Aurora*. La Habana, 26 de noviembre de 1865.

⁹⁰ José de Jesús Márquez (La Habana, 15 de enero de 1835- ¿?). Ingeniero mecánico que a la temprana edad de quince años emigró a Estados Unidos para cursar sus estudios. Allí, gracias al contacto establecido con círculos afines al socialismo utópico, adquirió conocimientos teóricos y prácticos relativos a la movilización y la organización obrera. De vuelta en Cuba trabajo como redactor en varias publicaciones dirigidas a los trabajadores. Su evolución ideológica, tras su paso por EEUU, partió de unos tibios pero firmes planteamientos proudhonianos para derivar en el férreo reformismo que caracterizó a sus últimas producciones.

⁹¹ Véase *La Razón*. La Habana, 1 de enero de 1882.

nueve marcha siempre hácia adelante y es preciso ir con él, so pena de quedarse rezagados, y oscurecidos y envueltos en el polvo de la ignorancia y del atraso.⁹²

La defensa que *La Aurora* hizo de la instrucción de los trabajadores alcanzó tal grado que incluso hizo elevar el tono de su, normalmente, apocado discurso a niveles lingüísticos combativos más propios de tendencias obreristas radicales, señalando y atacando de un modo directo a determinados sectores de la sociedad:

Los enemigos de la luz no cesan de asestar sus tiros á cuantos con buen deseo trabajan en el taller de la civilización; porque esos individuos desean que se perpetúe el imperio de las tinieblas, que se extiendan las sombras del oscurantismo y que los hombres permanezcan en el estado de barbarie en que por espacio de siglos enteros estuvieron sumergidos, para de ese modo, poder dirigir á su antojo la marcha de los acontecimientos y cantar constantemente el himno de la victoria; pero afortunadamente las filas del progreso se engrosan que es un portento, y las nuevas ideas, rasgando impetuosas el aire, iluminan con sus rayos. [...] Pero los sectarios del estacionamiento se encarnizan y protestan contra toda idea de progreso. [...] Marcharemos con la frente erguida, sin miedo á sus acechanzas y hollando cuantos obstáculos se opongan á nuestro legal deseo, á fin de alcanzar el éxito anhelado que no es otro que el de sembrar el gérmen del saber, y el de hacer que los artesanos prosperen por medio de la razón y de la justicia⁹³.

Como se puede apreciar en ambos fragmentos, el afán por inculcar en los iletrados círculos proletarios la necesidad de recibir una formación mínima con la que progresar social y económicamente fue una constante en casi la totalidad de las entregas del semanario. Queda patente en la remarcada relación que el periódico hace entre ignorancia y subordinación una influencia claramente proudhoniana, más que evidente si nos atenemos a las palabras del teórico de Besazón que señalan que “la clase trabajadora ha vivido, desde el origen de las sociedades, bajo la dependencia de los poderosos en un estado de inferioridad intelectual y moral del que conserva todavía una profunda conciencia” (Proudhon, 1974: 12). Estos planteamientos son similares a los propuestos por *La Aurora* al relacionar la subordinación social de los trabajadores con su supeditación intelectual. La correlación entre ambas nociones elaborada desde el pasquín pretendía ser tan acentuada que los redactores utilizaban en multitud de ocasiones términos como *progreso*, *avance* o *bendición* para hacer referencia a la instrucción de los trabajadores⁹⁴.

Resulta evidente que, al igual que sucede con Proudhon, para el *periódico semanal dedicado a los artesanos* la pobreza cultural que afligía a la clase obrera era uno de los elementos que debían ser suprimidos para obtener una mejora social para los trabajadores. Tal concomitancia teórica no se observa, sin embargo, en las aspiraciones finales que ambos pretendían conseguir con la ilustración de los obreros. El pensador y tipógrafo francés aspiraba a que, por medio de la instrucción, cada proletario tomase una “conciencia de sí mismo como individuo de la colectividad” (Proudhon, 1947: 17) como vehículo para llegar a la total emancipación de la clase productora. Es decir, consideraba la culturización de los trabajadores como parte de una autoconcienciación de clase de carácter marcadamente insurreccional, alejada a todas luces del concepto de clase promovido por *La Aurora*. Por su parte, los redactores del hebdomadario insular sugerían el cultivo de las mentes como medio para obtener una producción más racionalizada y adquirir una serie de mecanismos que permitiesen sobrellevar de manera más digna los

⁹² *La Aurora*. La Habana, 10 de diciembre de 1865.

⁹³ *La Aurora, periódico semanal dedicado a los artesanos*. La Habana, 29 de abril de 1866.

⁹⁴ Véase a modo de ejemplo *La Aurora*. La Habana, 22 de abril de 1866.

golpes que, de manera inevitable, habían de formar parte de la existencia obrera. En otras palabras, mientras Proudhon aspiraba, a través de la universalización de la educación, a poner fin al binomio dominador-dominado que regía la sociedad capitalista decimonónica, desde *La Aurora* se intentaba hacer más liviana la carga sustentada sobre los hombros del proletariado sin plantearse en ningún momento la posibilidad –y mucho menos la necesidad– de derribar el sistema que legitimaba las diferencias sociales. Sin embargo y pese a esta notable desavenencia en los objetivos finales, resulta evidente que en la redacción del periódico se conocían y compartían algunos de los planteamientos educativos de Proudhon.

Junto a este modelo pedagógico, otro de los aspectos que podrían señalarse como parte del germen socialista subyacente en *La Aurora* fue un aparente internacionalismo obrero manifestado de manera indirecta desde su primer número:

Por eso nosotros venimos á colocar nuestro grano de arena en el gran edificio que la humanidad erije. Cosmopolitas por convicción venimos á manifestar nuestras ideas con la libertad que nos sea permitida⁹⁵.

De esta declaración de cosmopolitismo se puede intuir una posible influencia recibida de las nuevas corrientes obreristas imperantes en Europa. Hay que tener en cuenta que durante un tiempo *internacionalismo* y *cosmopolitismo* fueron utilizados en los círculos obreros como sinónimos. No se puede obviar tampoco el contexto en el que tiene lugar esta declaración de universalidad. Solo un año antes de la publicación de estas líneas se fundaba en Londres la Asociación Internacional de los Trabajadores con el fin de unir a todo el proletariado mundial, independientemente de su procedencia étnica o geográfica. Esta tendencia, sustentada sin duda en el concepto de clase, influyó indudablemente en una publicación que hablaba, por primera vez en Cuba, de una unidad que traspasase los límites del sentimiento patrio y racial de cada uno de los individuos. Sin hacer alusión directa a ninguno de los principales pensadores socialistas *La Aurora* defendió, en unos términos muy similares, el internacionalismo obrero de la AIT, anteponiendo la solidaridad obrera a cualquier otro principio que pudiera funcionar como barrera divisoria.

En relación con esta incesante búsqueda de la unificación y volviendo a las similitudes entre las propuestas de Proudhon y el programa del semanario, se encuentra la campaña de defensa y divulgación que este último realizó a favor de los principios del cooperativismo y el mutualismo. Este apoyo al asociacionismo cooperativista vendría a fortalecer la teoría de la enorme influencia que el ejemplo de la AIT ejerció sobre el reformismo cubano, ya que fue precisamente este tipo de modelo societario, receloso de un poder centralizado y/o externo de la clase obrera, el propuesto por los sectores anarquistas en el seno de la Primera Internacional. Según sostenían los redactores de *La Aurora*, la práctica cooperativista unida a un asociacionismo de tipo mutualista incentivaba la fraternidad entre los trabajadores y les otorgaba, además, unos espacios de reposo desde los que aliviar sus aflicciones de manera conjunta y alcanzar la felicidad. Los miembros de este tipo de mancomunidades adquirirían voluntariamente tanto deberes como obligaciones, obteniendo auxilio cuando lo requiriesen y ofreciendo su ayuda en el momento que esta fuese requerida. De este modo exponía el semanario su concepción sobre este tipo de agrupaciones:

Nosotros nos alegramos sobremanera de que así suceda [la formación de nuevas sociedades]; pues estamos íntimamente convencidos que las Sociedades de artesanos son

⁹⁵ *La Aurora*. La Habana, 22 de octubre de 1865.

la tabla de salvación en el Océano de las necesidades por que tienen que atravesar los pobres.

Cuando los pueblos se asocian dan una prueba de progreso y adelantamiento, al contrario de cuando permanecen en su estado normal; pues entónces son inútiles y vanos cuantos esfuerzos se hagan por probar que vamos encaminados hácia un fin que nos colocará á la altura de los pueblos civilizados, cuando en realidad estamos en un estado de quietismo absoluto”⁹⁶.

“Un padre de familia que no cuente con otras entradas que las que le proporciona su laboriosidad, atenta la esperanza de que las sociedades de artesanos están abiertas constantemente a todos los necesitados, y corre a su seno y se asocia a sus hermanos de infortunio y ya cuenta con el amparo de todo aquel conjunto de trabajadores que aliviarán generosamente sus aflicciones; porque al tiempo de adherirse a ese bello conjunto, cada cual contrae la obligación moral de socorrer a sus compañeros”⁹⁷.

El concepto de la solidaridad recíproca dentro del seno del asociacionismo obrero, repetido una y otra vez en casi cada número del rotativo, siguió de manera incólume el camino señalado por Proudhon cuando afirmó que “la verdadera mutualidad es la que da, promete y asegura servicio por servicio, valor por valor, crédito por crédito, garantía por garantía [...] tendiendo sistemáticamente a organizar el principio de justicia en una serie de deberes positivos y garantías materiales” (Proudhon, 1974: 18). Ambos planteamientos sugerían, por tanto, la necesidad de crear un tipo de sociedades obreras que, mediante la puesta en práctica de una cooperación altruista, consiguiesen aliviar el padecimiento consustancial a la clase trabajadora. Además, y en clara consonancia con la esencia antiestatal y autogestionaria propia del socialismo libertario, *La Aurora* defendía la necesidad de crear estas agrupaciones al margen de la patronal y del Estado, ya que una financiación procedente de estos estamentos supondría, a la larga, la corrupción del mutualismo filantrópico. Su confianza en las capacidades autogestionarias de los trabajadores fue tal que incluso instaron a estos a evitar escuchar consejos provenientes de esferas ajenas al mundo obrero, esgrimiendo para ello el argumento de que, de ese modo, ningún estamento podría jactarse de ser acreedor de la prosperidad de los trabajadores:

Hagan, pues, nuestros queridos compañeros su reglamento, sométanlo luego al examen de individuos de capacidad [de entre los artesanos] y de buen criterio, oigan atentos las observaciones que les hicieren si hubiere lugar a ellas y no tendrán la pena de que mañana les digan con autoridad: «¡Nosotros hemos fundado esa institución! Los artesanos nos deben estar hondamente reconocidos. A nosotros nos deben el lustre que están adquiriendo. ¡Mírenlos que ingratos! Ya ni siquiera recuerdan los beneficios de que nos son deudores...»! ¡Oh! jamás consientan que semejantes objeciones les sean dirigidas por falta de previsión: traten siempre de colocarse á la altura á que deben aspirar los hombres honrados que viven y progresan con el producto de su laboriosidad y no duden nuestros artesanos de que llegarán con los proyectos que pretenden realizar á un grado tal de progreso que serán admirados de todo el mundo civilizado”⁹⁸.

En estas líneas, escritas por Saturnino Martínez, se aprecia claramente cómo desde *La Aurora* se apelaba al orgullo de los trabajadores para que no permitiesen intromisión exterior alguna que pudiera alterar el ritmo de su progreso. José de Jesús y Márquez – quien ya había citado en sus primeros artículos a Frédéric Bastiat – fue un paso más allá cuando en su exposición acerca de las ventajas de las sociedades obreras hizo referencia

⁹⁶ *La Aurora*. La Habana, 24 de diciembre de 1865.

⁹⁷ *La Aurora*. La Habana, 12 de noviembre de 1865.

⁹⁸ *La Aurora*. La Habana, 3 de diciembre de 1865.

a datos aportados por parte de Élie Reclus, hermano del conocido anarquista Elisée Reclus, con quien estaba en sintonía ideológica⁹⁹. Esta línea propagandística demuestra que, aún sin estar en total acuerdo con los planteamientos ácratas, el autoproclamado vocero del artesanado bebía de las mismas fuentes que los libertarios a la hora de manifestar al pueblo cubano los beneficios del mutualismo cooperativista.

En medio de este clima de búsqueda de una sociedad más solidaria y cooperativa, el propio Márquez, quien como hemos señalado nunca fue un revolucionario, en un artículo titulado “Privilegios”¹⁰⁰ elevó el tono reivindicativo de *La Aurora* y solicitó la abolición de las políticas gubernamentales, exigiendo que se suprimieran los privilegios concedidos a los inventores y a los autores de libros para que de este modo todos pudieran gozar de los beneficios de sus obras e invenciones. Estas demandas, que no pasan de ser meras adaptaciones de la teoría económica de Bastiat a la realidad colonial cubana, levantaron ampollas dentro de la propia redacción del semanario. En el siguiente número, y bajo el mismo título “Privilegios”, Santiago Puyol tildó el artículo de Márquez de erróneo y peligroso e incluso llegó a insinuar que el autor del mismo defendía ideas comunistas:

Con este título [Privilegios] y suscrito por José de Jesús Márquez, hemos leído en *La Aurora* del 19 que expira, un artículo que en nuestro concepto ha menester correctivo, porque en él, se sientan como verdades inconclusas, errores peligrosos, que infiltrándose en la clase obrera podrían conducirla á mal término. [...] El comunismo, la desproporcionalidad en las contribuciones y la protección gubernativa, he aquí lo que en nombre de la ciencia económica reclama José de Jesús Márquez. ¡Y en ese artículo se comete la heregía de citar al autor de las “Armonías Económicas” que resuelve todos los problemas sociales con una mágica palabra: ¡libertad! [...] Pues bien, José de Jesús Márquez pide que apenas se invente una máquina cualquiera pase a la *comunidad*; en una palabra, pertenezca a todos y a cada uno ¡y este es el *comunismo* bajo su forma más violenta! ¡Y este *despojo* nos lo propone en nombre de la convivencia del inventor; es decir, del *despojado*, risum teneatis! [...] [Sin la propiedad en las artes y las letras] Entónces no había laboriosas abejas que construyesen el panal de la inteligencia, sino zánganos holgazanes dispuestos siempre á saborear la miel ajena¹⁰¹.

De la dureza de la respuesta de Puyol contra el texto de Márquez, quien simplemente hacía un alegato a favor del librecambismo y el mutualismo en unos términos que poco o nada tenían que ver con un comunismo radical o violento, podemos hacernos una idea del verdadero impacto que supuso la incursión de *La Aurora* en la realidad obrera cubana. La presencia de un vocero que diese cabida a las diferentes tendencias obreristas, por comedidas que fueran estas, rompió totalmente con la línea seguida por la prensa tradicional y otorgó a los trabajadores no solamente un medio de información sino también una plataforma de expresión y reivindicación que supuso un primer paso hacia nuevas estrategias de conflictividad social como las que se estaban generando en Europa. *La Aurora* fue, con sus ideas, la antesala del socialismo revolucionario en Cuba. Sirvió, además, como ejemplo práctico de las capacidades políticas y mentales del proletariado ya que fueron los incorrectos textos de obreros como Márquez o Martínez y no los de intelectuales como Luances o Betancourt los que dieron el tono y el sentido a la publicación, gozando de una mayor repercusión dentro de todos los estamentos de sociedad cubana, pese a ser de una calidad literaria inferior.

Pero para alcanzar la enorme relevancia que el vocero adquirió entre los

⁹⁹ Véase *La Aurora*. La Habana, 27 de mayo de 1866.

¹⁰⁰ *La Aurora*. La Habana, 19 de agosto de 1866.

¹⁰¹ *La Aurora*. La Habana, 26 de agosto de 1866.

trabajadores tuvo que entrar en juego un elemento concebido por Saturnino Martínez y que fue defendido con vehemencia y perseverancia desde las páginas de la publicación habanera: la lectura en las fábricas. Como hemos visto, la lectura fue un método sumamente efectivo para trasladar el programa de *La Aurora* desde la redacción hasta hasta las mentes de un colectivo, el obrero, profundamente marcado por su generalizado analfabetismo. Y desde el inicio de la primera lectura en la fábrica de tabacos *El Fígaro*, el periódico de los artesanos fue muy consciente del potencial divulgativo de esta novedosa práctica, afirmando al respecto:

La lectura en los talleres, que por primera vez se plantea entre nosotros, y cuya iniciativa pertenece a los honrados obreros de *El Fígaro*, constituye un paso de gigante en la marcha del progreso y adelanto general de los artesanos; porque de ese modo y sabiendo escoger las obras que menos dificultades puedan proporcionarles la instrucción que con tan noble anhelo procuran adquirir, irán insensiblemente familiarizándose con los libros de tal modo que serán sus mejores amigos, y su mejor divertimento¹⁰².

El estímulo de la lectura por parte de *La Aurora* fue tal que, en poco tiempo, el periódico se convirtió en una plataforma mediante la cual los tabaqueros de Cuba se coordinaban y exigían poder implantar en sus fábricas una tribuna. El grado de implicación y activismo en torno a este punto llegó a tal nivel que incluso se llegaron a recibir amenazas en la redacción:

Uno de los principales marquistas de esta capital, nos ha amenazado con que suspenderá nuestra inocente *Aurora*, si tenemos la *osadía* de volver á ocuparnos de la *lectura en los talleres* con mención de su fábrica. –nosotros ignorábamos que hubiese marquistas capaces de suspender una publicación que á nadie perjudica, y que está legítimamente autorizada para ejercer sus funciones, en el estadio de la publicidad; pero gracias á la manifestación de ese Sr. ya sabemos que cualquier despalillador tiene facultades omnímodas para tales cosas. –¿Qué dirá á esto el Cetáceo del Apostadero? –Esas si que son *amenazas* y *maniobras* que deben *observarse*: eso sí que se llama pretender imponer la ley por medios absurdos; -pero *El Diario de la Marina* no atacará semejante despropósito, porque el *Diario* es conocedor de las legiones cuyas maniobras deben ser *observadas*¹⁰³.

El simple hecho de que un periódico del carácter *La Aurora*, defensor de la convivencia pacífica entre clases, fuese amenazado por parte de la patronal nos hace ser conscientes de la verdadera magnitud del cambio social que, pese a su reformismo, había supuesto la simple existencia de un boletín que diera voz a un estamento tradicionalmente silenciado. Al margen de esta evidente apreciación, llama la atención el tono agresivo y directo que adquiere el periódico a la hora de defender sus principios ante quienes intentan hacer valer unas posturas discrepantes a las suyas. Para ello apela al sentimiento de clase y personifica a los enemigos de la lectura en las figuras de los marquistas y *El Diario de La Marina*, creando con ello un adversario real que dota de un halo político al discurso de una publicación que, sobre el papel, solo pretende llevar cultura a los sectores obreros. La actividad de *La Aurora* como plataforma de coordinación de la actuación social de los obreros la convirtió, involuntariamente, en uno de esos periódicos de los que Panebianco (1982) nos dice que transmiten un tipo particular de mensajes –e informaciones- que circulan dentro del sistema y condicionan toda su actividad, desde la formación de demandas hasta los procesos de conversión y las respuestas del mismo sistema, es decir, en un periódico político y proletario. Además, vemos cómo los redactores del pasquín habanero, en su efusiva defensa de las lecturas, cambiaron su comedida discursiva

¹⁰² *La Aurora*. La Habana, 7 de enero de 1866.

¹⁰³ *La Aurora*. La Habana, 2 de marzo de 1866.

reformista por el agravio y el insulto directo hacia *El Diario de la Marina*. Este nuevo registro, que no representaba en modo alguno una radicalización ideológica en la redacción, sí que resulta importante en tanto que mostraba a los trabajadores, por primera vez en Cuba, un nuevo tono reivindicativo más acorde con las teorías obreristas que despuntaban en Europa. Parece que resultaba imposible escapar del ambiente subversivo que dominó el mundo en la segunda mitad del XIX.

Pero pese esto y a todos los paralelismos ideológico-programáticos que hemos señalado entre *La Aurora* y el primer anarquismo decimonónico (modelo educacional, conciencia de clase, cooperativismo, mutualismo o autogestión), la publicación siguió siempre una clara línea reformista, abogando siempre por la convivencia pacífica entre las diferentes clases sociales y haciendo gala de un marcado sentimiento españolista. No es extraño que fuese esta la postura de un periódico que pretendía ser voz de los artesanos de Cuba. El reformismo que define a *La Aurora*, encubierto en cierta medida por las ideas mutualistas de los primeros tiempos de la publicación, vivió un periodo de verdadera efervescencia hasta la crisis tabaquera de 1866. Llegada esta, la redacción –si bien continuó predicando el cooperativismo como arquetipo para la prosperidad proletaria– dio un giro a su discursiva, pasando de predicar un modelo autogestionario independiente de la patronal a propalar una postura sumisa que clamaba por el auxilio de los empresarios como bálsamo de la clase obrera. Incluso Márquez, principal propagandista del mutualismo llegó a afirmar:

Aunque [el aumento en el precio de introducción del tabaco] siempre disminuirá la utilidad de los fabricantes, nunca será tanta que les impida proporcionar algún alivio a los artesanos, que no tienen otro apoyo que el que ellos quieran prestarles¹⁰⁴.

Precisamente este viraje dogmático, en una etapa en la que los primeros resultados de la movilización proletaria se hacían palpables en la Isla, supuso el principio del fin tanto para *La Aurora* como para el movimiento reformista. El radicalismo de las nuevas ideas bakuninistas y marxistas –más acordes con la combatividad del momento– y el cada vez más generalizado sentimiento nacionalista cubano fueron dejando obsoletos los planteamientos proespañolistas del reformismo insular. El estallido de la Guerra de los Diez Años, que en parte paralizó todo el proceso organizativo de la clase trabajadora, consumó el final de los reformistas como timoneles del obrerismo cubano. Tras el conflicto, como veremos, serán los anarquistas ortodoxos quienes capitaneen la búsqueda de la emancipación obrera.

Sin embargo, aunque evidentemente reformistas, resulta imposible negar ciertos tintes ácratas en los contenidos de *La Aurora*. Esta publicación, con una actividad más teórica que práctica, sembró la base de una concepción social de clase que facilitó sin dudas, la espectacular expansión experimentada por el anarquismo tras la firma de la paz de 1878. En las páginas del periódico, tal y como señala Jose A. Portuondo (1961: 101), se recoge “el proceso de una nueva clase social, el proletariado, que asciende a la plena conciencia de su condición y de sus destinos”. El sentimiento de clase, los conceptos de internacionalismo y mutualismo autogestionario que los libertarios difundirían años después a lo largo y ancho de la Isla, tuvieron su germen en el *periódico semanal dedicado a los artesanos*. *La Aurora* fue la guía del obrerismo en un momento en que el asociacionismo obrero comenzaba un cambio en su estructura gremial tradicional y se adentraba en un nuevo concepto organizativo.

¹⁰⁴ *La Aurora*. La Habana, 19 de agosto de 1866.

3.2. Del gremio a la Sociedad: un nuevo modelo asociacionista germina en Cuba.

El cambio sociopolítico acaecido en Cuba entre las décadas de 1850 y 1860 comenzó a fraguarse desde el periodo 1789-1808. La existencia, por una parte, de una poderosa nación norteamericana que bajo su forma demo-republicana presentaba un talante expansionista y por la Revolución Haitiana, por otra, hicieron que los conflictos en el Caribe comenzasen a tener un marcado acento político, ideológico y social. A finales del siglo XIX, tras el inicio de la rebelión de los esclavos en Haití, los productos tropicales comenzaron a cotizar al alza en los mercados internacionales. El azúcar, principal producción cubana, pasó de un coste de cuatro reales la arroba a precios de hasta treinta reales¹⁰⁵. Esta realidad financiera provocó que España desarrollase en Cuba un nuevo modelo de gobierno destinado a estimular aun más la producción cubana, lo que llevó a la administración a otorgar concesiones económicas y políticas a la oligarquía cubana con el fin de ganarse su favor en esta empresa¹⁰⁶ y permitió a Cuba *nativizar* la toma de decisiones dentro del imperio español. La posición de la élite cubana que, pese a sus limitaciones, le permitía obtener mayores beneficios monetarios, crear sociedades propias e incluso participar activa y directamente en la política española fue, sin duda, una posición de privilegio si la comparamos con la coyuntura sociopolítica de las demás colonias de la Corona Española. Tal y como señalan Eduardo Torres Cuevas y Oscar Loyola (2008: 132), “la oligarquía cubana gozaba de un verdadero poder político y económico que le permitía un alto grado de independencia en sus gestiones”. No fue esta, sin embargo, una situación duradera. La condición privilegiada de la oligarquía insular se vino al traste con la independencia de las posesiones imperiales en la América Continental, a pesar de que Cuba no se levantase en contra del régimen colonial. El primer episodio de la pérdida de este estatus aventajado se produjo ya en 1808 cuando, ante el intento de creación de una junta al estilo de las españolas por parte de la oligarquía cubana, el gobernador y Capitán General Salvador Muro y Salazar, presionado por la burocracia y la burguesía comercial española, asumió plenos poderes. Esto, unido a una creciente tendencia hacia la supeditación económica de Cuba, fue entendido por la clase dominante cubana como un primer paso para un cambio en las relaciones metrópoli-colonia, lo que hizo aparecer sociedades y opciones políticas clandestinas hasta entonces desconocidas en la Isla. Quienes simpatizaban con las vías revolucionarias se agruparon principalmente en logias masónicas como El Templo de las Virtudes Teologales. Desde estos centros clandestinos se discutían todo tipo de ideas, algunas de ellas confraternizadoras con las clases sociales más desfavorecidas o con los *negros, pardos y morenos*, ausentes hasta ahora en cualquier tipo de tertulia.

En lo relativo al asociacionismo obrero durante el periodo comprendido entre la Revolución Francesa y la Guerra de la Independencia Española, las antiguas cofradías prácticamente desaparecieron en Cuba a consecuencia de la expansión del modelo de

¹⁰⁵ Para más información acerca de la industria azucarera cubana véase Moreno Friginals (2001).

¹⁰⁶ A través de sucesivas cédulas emitidas entre 1789 y 1804 se disminuyeron los impuestos tradicionales, se liberalizó el comercio con los principales mercados internacionales (en especial con Estados Unidos), se permitió la creación de instituciones fundadas a instancias o por la clase dominante de Cuba, se autorizó la publicación de periódicos y se eliminaron las trabas para la introducción de maquinaria con la que modernizar los sectores productivos.

producción esclavista. La ya de por sí endeble organización gremial cubana¹⁰⁷, también quedó al borde de la extinción a causa de la promulgación, por parte de las Cortes de Cádiz, del Decreto CCLXII de 8 de junio de 1813 (ANEXO X) por el que se declaraba la libertad absoluta para el ejercicio de cualquier oficio o industria sin la intervención de los gremios. Este mandato fue el golpe definitivo a una estructura laboral que nunca llegó a gozar del poder político que sí ostentó en la Península.

En términos generales, el asociacionismo en Cuba durante las primeras décadas del siglo XIX, fuese cual fuese su naturaleza, estuvo enormemente marcado por la política colonial española. La segregación racial y la parcialidad de la administración metropolitana a favor de los peninsulares frente a los criollos hicieron que estos primeros fuesen, de manera casi exclusiva, los únicos acreditados para la fundación de todo tipo de asociaciones. Los esclavos y los negros libres, como consecuencia del aprendizaje de oficios que exigía el mantenimiento del sistema esclavista en un periodo de expansión capitalista, tomaron contacto con varias cofradías. Sin embargo, la división étnica en los puestos de trabajo provocó que los trabajadores negros formaran sus propias instituciones. Las cofradías y los cabildos afrocubanos fueron tolerados por los legisladores peninsulares porque facilitaban “una más constante intervención gubernativa en la vida de las asociaciones negras” (Ortiz, 1921:10) al mantener un cierto orden jerárquico y administrativo dentro de esta comunidad¹⁰⁸. Este tipo de asociaciones, en las que la mujer podía ser miembro o incluso desempeñar cargos de poder – principalmente en las cofradías-, supusieron el primer contacto con el asociacionismo mutualista por parte de los colectivos de origen africano de Cuba. En ellas se desarrollaban, de igual forma que ocurría en las sociedades de las clases dominantes blancas, actividades de tipo lúdico y filantrópico, creándose cajas con las que organizar fiestas o auxiliar a los más necesitados. Sin embargo, en periodos de mayor nivel represivo, estas sociedades pasaban por serias dificultades, dado el enorme temor de las autoridades a que dentro de este tipo de círculos se desarrollase el germen de una rebelión esclava. El hostigamiento y el control que el gobierno ejercía sobre este tipo de entidades provocaron el surgimiento de grupos secretos como la Sociedad Secreta Abakuá¹⁰⁹ que sirvieron para familiarizar a las colectividades negras con los modelos de

¹⁰⁷ Según señala Joan Casanova (2000: 61) la estructura de cofradías y gremios fue tan débil que hasta el siglo XVIII solo tenemos noticias de una cofradía de zapateros en La Habana y de tres gremios: *Gremio de plateros y bati-hojas*, *Gremio de Panaderos de La Habana* y *Gremio de Panaderos de Matanzas*, siendo estos dos últimos fundados por sus respectivos municipios para otorgarles el monopolio de la venta de pan a cambio de pagar un impuesto para financiar a la milicia local.

¹⁰⁸ Los cabildos eran sociedades formadas por miembros africanos de una misma nación que recibían este nombre, posiblemente, por analogía con la corporación municipal. Según Fernando Ortiz (1921:1), estas instituciones eran “algo así como el capítulo, consejo o cámara que ostentaba la representación de todos los negros de un mismo origen”. La organización dentro del cabildo era jerarquizada y contaban con un *rey* – también llamado *capataz* o *capitán* por la similitud en las potestades- que disfrutaba de un notable poder dentro del limitado radio de acción que le concedían las clases dominantes blancas. Entre las funciones de este líder se encontraban las de custodiar los fondos de la sociedad, ejercer de sacerdote del culto de cada grupo o imponer multas dentro de la comunidad. Era, además, el responsable ante las autoridades coloniales de las faltas que pudieran cometer sus súbditos. El rey se elegía el Día de Reyes y se hacía por sorteo entre aquellos que se consideraba que tenían talento (*entú*), normalmente los miembros más ancianos del grupo. La elección se hacía por cuatro años y el rey no podía ser reelegido. Este tipo de sociedades, que sirvieron para dotar al cuantioso número de comunidades esclavas de un modelo organizativo, funcionaron además como sociedades de socorros mutuos para aquellos miembros más necesitados.

¹⁰⁹ La Sociedad Secreta Abakuá “es una cofradía esotérica de carácter mágico-religioso” (Castellanos, 1992:205), establecida por primera vez en 1836 en el puerto habanero de Regla y formada exclusivamente por hombres procedentes del Cala zar (provincia de Nigeria). Pese a ser una organización en esencia

actuación clandestinos.

Dada la injusta y arbitraria política colonial, hasta la década de 1850 solo los peninsulares gozaban de ciertas facilidades a la hora de formar sociedades. En esta época, las asociaciones de peninsulares fueron una forma de integración e identificación nacional, regional o local en una sociedad que tenía en fuerte consideración el origen de sus miembros. Eran “instituciones jerarquizadas y, en algunos casos se revelan como centros de poder que organizan la vida social, económica y cultural del emigrante” (Blanco, 2000: 4). Además de fomentar entre sus miembros una conciencia de común pertenencia a una sociedad emisora, las asociaciones peninsulares en Cuba funcionaron como sociedades de socorros mutuos, organizaciones instrucción e instituciones de ocio, otorgando a sus miembros, dependiendo de cual fuera su naturaleza, cobertura sanitaria, formación intelectual y/o actividades de recreo con las que paliar el sentimiento melancólico inherente a todo movimiento migratorio. Las denominadas Sociedades de Instrucción y Recreo, así como los Clubes, Casinos o Círculos, respondían a dos necesidades básicas que sentían los emigrantes: mantener contacto con personas de su misma área geográfica y poder obtener un mayor nivel cultural, aspecto este último que tendía a relacionarse con una mejor posición tanto económica como social. Este tipo de agrupaciones, que solían ser regionales, provinciales o incluso locales, con el tiempo y a consecuencia de sucesos como la epidemia de cólera morbo que se expandió por la Habana en 1833¹¹⁰, fueron incluyendo paulatinamente entre sus servicios funciones asistenciales para sus miembros.

Fue en torno a este orden de actividades donde se desarrolló el otro tipo de asociacionismo vigente en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX: Las sociedades de beneficencia, de socorros mutuos o mutualistas. El punto de partida de las mutualidades lo fija Elena Maza Zorrilla (1997:85) en la “Real Orden de 28 de febrero de 1839, por la que la Regente avalaba la constitución de asociaciones de manera muy restringida, bajo el molde exclusivo de los socorros mutuos sujetos a la inspección de las autoridades civiles”. En este mandato (ANEXO XI) se otorgaba a los españoles la potestad para crear no solo las corporaciones sino de fundar cajas propias destinadas a paliar futuras necesidades. Sin embargo, esta libertad fue relativa ya que la disposición señalaba con suma claridad que la Autoridad civil podrá realizar una “corrección de lo que [las sociedades] puedan tener contrario a las leyes”, lo que en la práctica suponía un evidente caso de censura previa sobre las asociaciones benéficas. Del edicto podemos extraer también que este fue emitido como consecuencia de una petición llevada a cabo por una sociedad barcelonesa llamada Nuestra Señora de la Ayuda. Llama la atención que fuese una institución de la ciudad condal la primera de esta índole desarrollada en España, ya que fueron precisamente los catalanes quienes controlaban La Sociedad de Beneficencia de Cataluña (Beneficencia Catalana, aun existente hoy en día) y el Liceo Artístico y Literario de La Habana” (Casanovas, 2000: 65), posiblemente las dos sociedades más importantes de las décadas de 1840 y 1850. La comunidad catalana era muy influyente dentro del tejido social cubano ya que controlaba la mayor parte del comercio insular y era propietaria de fábricas y plantaciones de tabaco y azúcar, por lo que no es de extrañar este relativo liderazgo organizativo que ostentaba en la primera mitad de siglo.

Pese a la licencia concedida por la Regencia para la formación de instituciones de

religiosa, los *abakuás* o *ñáñigos* funcionaban también como una sociedad de socorros mutuos y como una especie de gremio que, desde su ubicación en La Habana, pretendía ejercer cierto control sobre los oficios portuarios.

¹¹⁰ Véase Beldarraín y Espinosa (2014).

socorros mutuos, el asociacionismo mutualista en Cuba tuvo que superar tremendas dificultades ya que el establecimiento de sociedades en América estaba regido por la ley 25 del título 4º del Libro Primero de la Recopilación de Indias, que prohibía la fundación de agrupaciones sin real licencia aunque fuera para fines piadosos¹¹¹. Este condicionante, en el contexto represivo en que se hallaba la Isla en las décadas de 1830-1840 era casi sinónimo de prohibición total. La Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña (SBNC) fue la primera en dar los pasos necesarios para constituirse oficialmente como asociación, solicitando la licencia necesaria a través del Gobierno de Cuba el día 6 de mayo de 1840. Después un año de espera, de la modificación obligada de varios artículos de su reglamento inicial y la imposición de que todas las juntas –generales o directivas- fueran presididas por el Capital General o el regente de la Isla, el 1 de agosto de 1841 quedó inaugurada de manera oficial la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña de La Habana¹¹². Según Casanovas (2000: 65), en el primer año de existencia la Beneficencia Catalana contaba con su sede en La Habana y con una sección en Matanzas, siendo hasta 1848 “la única asociación de socorros mutuos en Cuba”. Durante estos primeros años su función fue la de beneficencia y asistencia médica a los necesitados de Cataluña, tal y como quedaba patente en el artículo 1º de su primer reglamento, aunque también se esforzó por impulsar el recuerdo y el sentimiento catalán a través de la cultura y los elementos catalanes¹¹³. La relevancia que la actividad asistencial tenía dentro de la institución queda de manifiesto si nos atenemos a los números plasmados en el acta de la primera Junta Extraordinaria de la asociación, celebrada el 1 de agosto de 1843 y recogido por Sergio Ruiz (2015: 114) en su tesis doctoral. El texto refleja que de los 5759 pesos y 6 reales recaudados durante el primer año se destinaron 2440 pesos y 1,50 reales (divididos en 1473 en asistencia y 963 pesos y 1,50 reales en limosna y pasajes) al auxilio de los necesitados. Teniendo en cuenta que de la cuantía total recaudada la sociedad ahorró 1445 pesos y 3,50 reales, la cantidad destinada a beneficencia supuso en torno al 56% de los gastos totales de la institución catalana. El éxito y el nivel de acogida fueron de tales dimensiones que la SBNC llegó a superar la cifra de 70.000 pesos de beneficio a principios de la década de 1860. En esta ampliación de capital intervinieron varios factores como las donaciones de socios y benefactores, la recaudación a través de actividades socioculturales y la inversión en bienes inmuebles. La incorporación de una oferta lúdica y cultural al ya conocido proyecto filantrópico granjeó a la institución una enorme reputación dentro de la colectividad tanto española como cubana. El paulatino y extraordinario crecimiento económico que experimentó la SBNC en sus primeras décadas hizo que su radio de acción se extendiese más allá de los límites de la comunidad catalana, otorgándose auxilio también a necesitados de otras provincias de España. Tal es así que en las actas de 1861 se recogían los siguientes datos relativos a los gastos de la entidad: “Se ha empleado en socorros y pasajes a catalanes enfermos y pobres, 7529 pesos. En 23 pasajes a naturales de otras provincias, 10175 pesos”¹¹⁴. Es decir, se gastó una cantidad menor en el auxilio de catalanes que en el del resto de españoles.

La Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña de La Habana (SBNC) supuso un hito en la historia del asociacionismo en Cuba. Fueron muchas las comunidades, tanto inmigrantes como oriundas, que siguieron el ejemplo de los catalanes y fundaron

¹¹¹ Véase Poblet (1940).

¹¹² Para un conocimiento más profundo del origen y desarrollo de esta institución véase Ruiz (2015).

¹¹³ En esta primera etapa el desarrollo de la *catalanidad* no albergaba intencionalidad nacionalista alguna, aspecto que según expone Sergio Ruiz García (2015) cambiaría a medida que avanzaba el siglo, haciéndose evidente el posicionamiento catalanista tanto en las directivas como en todos los escritos de la entidad.

¹¹⁴ Actas de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña de La Habana, Año 1861, página 22.

instituciones similares para dar solución a las necesidades de sus integrantes. Sin embargo, y aunque la SBNC fue en muchos aspectos un modelo en el que inicialmente se inspiraría de algún modo el asociacionismo anarquista cubano, resulta necesario matizar que el mutualismo seguido por este tipo de entidades poco o nada tiene que ver con el defendido por los autores del socialismo utópico de la época, como puede ser el caso de Pierre Joseph Proudhon, quien teorizó asiduamente acerca de su concepción mutualista. En el pasado, a menudo, se utilizaban de manera indistinta los términos *mutualista* y *socorros mutuos* pero mientras que el asociacionismo mutualista de instituciones como la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Cataluña, de la que venimos hablando, solamente contemplaban en su proyecto labores benéficas y culturales, el concepto de mutualismo elaborado desde los círculos del socialismo utópico iba un paso más allá y presentaba una construcción social mucho más global. El propio Proudhon, en su obra *Sistema de las contradicciones económicas o la filosofía de la miseria* (1975), utilizó el concepto de mutualismo para incluir las ideas de disolución del gobierno, igualdad en la propiedad y libertad en el crédito, lo que implicaba una visión total de la sociedad basada en la reestructuración de las fuerzas económicas e institucionales. Las sociedades de socorros mutuos –es más correcto este término que *mutualistas* para hacer referencia al modelo societario desarrollado en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX- no perseguía ninguno de estos objetivos. Aspiraba únicamente a dar cobertura sanitaria y cultural a sus miembros aunque es cierto que, en ocasiones, este tipo de congregaciones fueron utilizadas por los ricos burgueses para influir en la Capitanía General¹¹⁵. La utilización política de estas instituciones, unida al hecho de que en las sociedades de socorros mutuos, por norma general, no se tenía en cuenta la clase social de los individuos a la hora de ser aceptados como miembros, si que puede considerarse como uno de los hitos más importantes en el desarrollo del anarquismo en Cuba. La inclusión de trabajadores en el seno de las asociaciones benéficas hizo que estos pudieran entrar en contacto directo con las prácticas societarias burguesas, aprendiendo sus hábitos, adquiriendo experiencia organizativa e interiorizando la idea de la coalición como método reivindicativo. La participación obrera en este tipo de organizaciones fue, sin duda, una de las piedras angulares en la construcción de la conciencia de clase del proletariado cubano.

No existió, sin embargo, organización o acción colectiva alguna de los trabajadores en las cuatro primeras décadas del siglo XIX en Cuba. El modelo de sociedad colonial vigente en la Isla dificultaba esta tarea ya que compartimentaba las clases populares según su raza u origen étnico. El modelo productivo esclavista servía para separar físicamente a los trabajadores libres de los esclavos, dos grupos que, pese a su diferente estatus jurídico, eran víctimas de unas condiciones laborales que en poco las diferenciaban. No obstante, en los núcleos urbanos, las particularidades del trabajo en las factorías impedían la separación total de esclavos y asalariados. En el campo la segregación racial era mayor. Esto se debía a que la logística y las distancias existentes entre plantaciones, así como la menor especialización requerida para el desempeño de las tareas agrícolas, facilitaron la frecuente creación de zonas de producción ocupadas únicamente –o al menos de manera mayoritaria- por trabajadores de una determinada procedencia étnica. Un claro ejemplo de esto nos lo da Ramón de la Sagra (1861: 149) cuando nos relata lo que él mismo vio en un ingenio llamado Candelaria, situado en Villa-Clara:

¹¹⁵ En esta época los burgueses ya habían desarrollado un sentimiento de clase que les permitía comprender la efectividad de la unión y la organización a la hora de efectuar peticiones a la administración.

El Sr. Fernández se propuso introducir una [dotación], formada exclusivamente de chinos, como acabo de indicar. Contrató al efecto 47, que trabajaban á completa satisfacción del dueño. No hay allí mayoral blanco, ni maestro de azúcar, y en casos necesarios, uno de ellos desempeña las funciones de mayordomo, con la mayor fidelidad y órden. Además de las tareas permanentes y ordinarias del campo y del batey, los chinos desempeñan las extraordinarias de albañilería, carpintería, cerrajería, etc. Así, ellos son los que arreglan el trapiche, componen las carretas, y todo lo demás que ocurre. Los chinos, como en general las razas orientales, no son rutineros ni exclusivos para el trabajo: su inteligencia y su destreza los hacen aptos, con la misma facilidad, para todo género de ocupaciones, mucho más si estas no son puramente materiales o simplemente de fuerza.

La concentración de trabajadores no blancos servía para abaratar los costes de producción ya que los salarios que recibían estos colectivos y las condiciones laborales a las que eran sometidos se asemejaban a las de la esclavitud, aunque se tratara de trabajadores jurídicamente libres como en el caso de los asiáticos. Este modelo de explotación, auspiciado por el ocultamiento que proporcionaba el distanciamiento geográfico de las plantaciones respecto de las administraciones públicas, provocaba que incluso los trabajadores caucásicos –peninsulares en muchos casos- que se incorporaban a los trabajos del campo fueran sometidos a “una condición lo más cercana posible a la esclavitud” (Casanovas, 2000: 69) por parte de los grandes terratenientes. Para estos últimos la contratación de mano de obra asalariada resultaba incluso más beneficiosa desde el punto de vista económico que la utilización de esclavos ya que, en las épocas en las que la estacionalidad del trabajo impedía la producción, los hacendados se veían eximidos de pagar la manutención de sus obreros. Esto provocaba que los asalariados rurales padeciesen unas condiciones más duras incluso que las de los esclavos negros. Las jornadas laborales excedían casi en la totalidad de los casos de las catorce horas, prolongándose de manera habitual hasta las dieciocho. Los salarios recibidos a cambio de semejante carga horaria fluctuaban en torno a los veinte pesos mensuales, cifra irrisoria si tenemos en cuenta que, según los cálculos llevados a cabo por el Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (1985: 52), el gasto medio que una familia estándar de cuatro miembros debía destinar solamente a cubrir sus necesidades alimenticias suponía una cuantía rara vez inferior a los sesenta pesos al mes, problema económico este al que hay que añadir el agravante de la fluctuación monetaria¹¹⁶. Semejante situación de miseria hacía que los asalariados, pese a su teórica condición de hombres libres, quedasen atados a los ingenios. La reducida soldada recibida provocaba que estos trabajadores solo pudieran adquirir los bienes necesarios para su subsistencia en los almacenes y tiendas existentes dentro de la propia explotación. En algunos casos la imposibilidad de conseguir estos productos en otros lugares era literal porque, tal como explica Manuel Moreno Friginals (2001), en muchos centrales azucareros los sueldos no se pagaban con moneda de curso legal, sino con *tokens* y vales cuya circulación estaba limitada a ciertos establecimientos internos y controlados por el hacendado. Esta coyuntura impedía –o al menos dificultaba enormemente- el asociacionismo obrero en el mundo rural porque a la ya mencionada segregación racial característica de la estructura social decimonónica había que sumarle el aislamiento y la compartimentación que generaba todo este sistema de subordinación por economía.

El mundo urbano tampoco estuvo exento del problema de la segmentación de los

¹¹⁶ La fluctuación monetaria suponía un enorme problema para la empobrecida masa trabajadora. Al pago en metálico de la soldada se le descontaba un 20% a la hora de cambiar los pesos oro en moneda fraccionaria. Esto empeoraba con el pago en billete, pues suponía que el trabajador solo recibiría el 42% de lo que le hubiese correspondido en oro.

diferentes grupos que formaban su entramado laboral. En Cuba, además del nada desdeñable factor jurídico, existía un agudo racismo inserto en la sociedad que, en cierta medida, hacía que la población blanca se alejase lo máximo posible de otras comunidades étnicas. Los habitantes negros de Cuba, libres o no, comenzaron en el siglo XIX a ser identificados con los peores comportamientos humanos, llegando a generarse la creencia un tanto generalizada de que los defectos morales en la sociedad provenían de los esclavos¹¹⁷. El crecimiento económico que experimentó Cuba a partir del *boom* azucarero hizo que la introducción de esclavos aumentase de manera considerable. Un amplio porcentaje de esta mano de obra iba destinada al trabajo en las plantaciones, pero no hay que obviar el hecho de que la masiva introducción de trabajadores cautivos hizo que aumentase también la población esclava en los núcleos urbanos. Aunque esta importación de africanos surgió paralelamente al inicio del fenómeno de la inmigración masiva, el equilibrio entre población libre y esclava, es decir entre blancos y negros, quedó roto, lo que contribuyó a incrementar los antagonismos raciales y a hacer más tensa las relaciones de convivencia.

Pese a esto, en las ciudades, la propia naturaleza del modelo capitalista de producción y su estructura de socialización contribuyeron a aminorar estas desavenencias entre persona que, siendo de orígenes étnicos diferentes, pertenecían a las capas sociales más bajas y que, en consecuencia, padecían injusticias sociolaborales similares. Buena parte de los esclavos urbanos aparecen en la documentación de la época catalogados como esclavos domésticos. Como señala Manuel Moreno Friginals (1995:177) este tipo de trabajadores fueron muy comunes y numerosos durante las primeras décadas del siglo XIX ya que, por motivos de jerarquía social y de degradación del concepto de trabajo, “toda familia blanca a partir de determinado nivel estaba obligada a tener un mínimo de sirvientes esclavos negros”¹¹⁸. Sin embargo, muchos de ellos no eran esclavos domésticos propiamente dichos (Moreno Friginals (1995: 178) estima que alrededor del 40% no lo eran pese a estar considerados como tal), sino que muchos eran trabajadores del campo que transportaban la producción agrícola hasta los puertos urbanos y que, en el desempeño de esta labor, se alojaban en las casas solariegas (donde utilizaban generalmente la planta baja como almacén)¹¹⁹ desempeñando en ellas tareas domésticas. Otros de los esclavos anotados en los censos como domésticos eran simplemente esclavos alquilados o esclavos a jornal. Estos eran esclavos que se alquilaban

¹¹⁷ Ricardo Pelegrin (2010) explica que este sentimiento racista presente en la sociedad cubana de principios del siglo XIX puede observarse gracias al testimonio que nos ofrecen las diferentes publicaciones literarias de la época. Para ejemplificarlo utiliza una ilustrativa cita de Alice Helg (1995): “La prostitución de la Isla, la criminalidad, la superstición y la falta de industria se originaron en el mulato lujurioso, el negro ñáñigo, el africano fetichista y el negro vago”. Llama la atención de este fragmento que, además de relacionar a los afrocubanos con prácticas moralmente reprobables, los identifica con la falta de industria, es decir, se culpabiliza de algún modo a los esclavos de la falta de desarrollo técnico de la Isla.

¹¹⁸ El propio Manuel Moreno añade a su argumentación un dato estadístico, extraído de documentos oficiales de la época, que señala que existía un número de entre 6 y 27 esclavos por casa blanca censada, lo que revela hasta que punto se utilizaba a estos trabajadores como medio para reforzar el crédito político y social dentro de una sociedad tan clasista como la de la Cuba decimonónica.

¹¹⁹ Las casas solariegas habaneras de finales del siglo XVIII y principios del XIX eran una fiel representación de la jerarquización de la sociedad y del sometimiento social y psicológico al que eran sometidos los esclavos. Entre la planta destinada a la vivienda familiar y la planta baja, dedicada a actividades productivas y comerciales, había un entresuelo que servía como habitáculo para el pernocte del servicio doméstico. Además de no cumplir con unas condiciones seguras de habitabilidad, debido al reducido número de vigas y contrafuertes con que contaban este tipo de construcciones, la entrada a este entresuelo estaba guardada por una fuerte verja de hierro que asemejaba el lugar a una cárcel y servía tanto como recordatorio del posicionamiento jerárquico como de elemento de sumisión psicológica.

por su cuenta o por cuenta del amo, obteniendo con ello importantes beneficios¹²⁰. Estos trabajadores desarrollaban todo tipo de trabajos, dependiendo de la demanda laboral predominante en cada momento. Desempeñaban labores que iban desde trabajos duros y no cualificados en la construcción o en los astilleros, hasta empleos que requerían una mayor cualificación, como podía ser la elaboración de tabacos. En el mundo urbano, tras el final de las cofradías y de los gremios, se hizo cada vez más frecuente que los amos se preocupasen porque sus esclavos aprendieran un oficio. Esto no respondía a cuestiones morales o altruistas, sino a la obtención de una mayor rentabilidad económica ya que la retribución era mayor cuanto mayor era la cualificación necesaria para el desempeño del trabajo. Para que los esclavos alcanzasen un mayor dominio del oficio y elevaran su cualificación como artesanos, los amos recurrían a estimularlos “económica y socialmente mediante un sistema de premios, restricciones y coacciones” (Moreno, 1995: 89). Para el aprendizaje, por norma general, se utilizaban niños o jóvenes, que eran entregados a un maestro que, de manera similar a lo que ocurría en los antiguos gremios de artesanos, se comprometía por contrato a enseñar al aprendiz todos los secretos de su oficio en un tiempo determinado, comprendido habitualmente entre los cuatro y los seis años¹²¹. Una vez terminada la etapa de formación, el aprendiz se convertía en oficial y entraba en su ramo como trabajador, no sin antes haberse duplicado su precio como esclavo. Este sistema de aprendizaje era el mismo que seguían los trabajadores de raza blanca. Fue tal el número de esclavos que entraron a formar parte de este sistema de instrucción profesional que el gobierno colonial, en 1849, se vio obligado a redactar un *Reglamento para el aprendizaje de artes y oficios* en el que se regulaba que cada maestro solo podría tener un máximo de dos aprendices, los cuales debían ser escriturados en la Sociedad Económica¹²². Los aprendices, blancos o negros, eran castigados con ampliaciones en el tiempo de escrituración (formación obligatoria) o con ser enviados al campo, donde las condiciones eran extremadamente duras, si caían enfermos o eran desobedientes. Los castigos corporales quedaban prohibidos por ley, “pero el uso del látigo, los grilletes y el cepo continuaron a la orden del día durante décadas” (Casanovas, 2000: 70). Un mecanismo de coerción fue la llamada Libreta del Tabaquero. Este método, legalizado por la administración a principios de la década de 1850 a instancias de los marquisistas, consistía en una libreta en la que se registraban todos los datos del aprendiz, incluyendo las deudas que los tabaqueros pudieran tener con los fabricantes. Ningún tabaquero podía ser contratado sin tener libreta. La estacionalidad de la producción tabaquera, que disminuía entre los meses de enero y julio, hacía que muchos de los trabajadores del sector tuvieran que solicitar préstamos a los empresarios. En los meses en los que la demanda de mano de obra crecía porque el nivel de producción era más alto los salarios también aumentaban, pero aquellos tabaqueros que tenían deudas con los marquisistas, no

¹²⁰ Muchos esclavos, compraban parcialmente su libertad quedando ligados a sus amos por una pequeña suma de dinero. Esto les otorgaba cierta libertad de acción que les permitía poder ganar dinero, aunque debían de dar una parte al amo porque su condición seguía siendo de esclavos. Pese a poder comprar totalmente su libertad, no lo hacían porque esto les aseguraba ciertas ventajas como el mantenimiento de la protección de sus amos o la exención del servicio de armas. Los amos, por su parte, estaban conformes con este procedimiento porque a la cantidad que recibían por la compra parcial de libertades le sumaban los jornales que debía de pagarles el esclavo.

¹²¹ Todo el proceso de aprendizaje corría a cargo del propio maestro. El dueño del esclavo no invertía recurso alguno en esta formación. El maestro recibía como pago de su labor docente la posibilidad de contar con la mano de obra del discípulo durante la totalidad del tiempo que requiriese su instrucción.

¹²² Las élites socioeconómicas de Cuba intentaron inscribir el máximo número de aprendices posible. Esto les permitía reducir gastos en lo referente al cuidado de sus esclavos ya que, como hemos dicho, pasaban a ser responsabilidad del maestro. Además de esto, les interesaba aumentar el número de trabajadores cualificados porque de este modo la mano de obra especializada se cotizaría más barata.

podían recuperar su libreta hasta haber pagado su deuda, lo que les obligaba a tener que conformarse con el salario que les pagase el empresario que les había adelantado el dinero. Este sistema de atrapar a los trabajadores era la variante urbana de las tiendas y almacenes de las plantaciones. Semejante modelo coercitivo además de reducir las ya de por sí limitadas libertades de los esclavos servía para someter a trabajadores jurídicamente libres –incluyendo dentro de este grupo a los inmigrantes peninsulares que comenzaban a llegar de forma masiva a la Isla- a un estatus de semi-libres, o lo que es lo mismo, eliminó distancias entre los padecimientos socioeconómicos de los trabajadores asalariados y los cautivos tanto en las ciudades como en las zonas rurales, donde existieron casos de trabajadores libres que llegaron a ser encadenados.

El sentimiento étnico seguía predominando en el seno de un estamento trabajador que no había desarrollado aun un sentimiento de clase. El acercamiento entre personas que sufrían unas aflicciones similares no llegó a eliminar ese racismo presente en la sociedad cubana de la primera mitad de siglo pero sí que creó un medio social mucho más flexible que el que intentaban crear las élites. La convivencia laboral y social hizo que empezasen a reconocer intereses y preocupaciones comunes y contribuyó a que los vínculos de clase comenzasen a cerrar las grietas étnico-raciales que separaban a los trabajadores. Sin embargo, este acercamiento no significó la formación de ninguna sociedad popular de carácter interracial. La política segregacionista reglamentada desde el gobierno colonial impedía que el asociacionismo fuese interracial dado que la proximidad entre razas era desfavorable para el mantenimiento de la esclavitud. La llegada de los liberales progresistas al poder en 1854 lejos de reducir las diferencias las avivó. El nuevo gobierno surgido de la Vicalvarada envió de nuevo a la Capitanía General de la Isla a José Gutiérrez de la Concha, quien en su anterior mandato colonial (1850-1852) ya se había caracterizado por su espíritu racista. De este fomento del racismo auspiciado desde la administración colonial dejan constancia dos artículos insertos en el quinto capítulo de las ordenanzas municipales de La Habana concerniente al orden público:

Art. 42. –Cuando se encuentren dos individuos en la calle, cederá la acera el que la llevase á la izquierda, á ménos que sean de distintas castas, en cuyo caso cederá siempre la de color á la blanca: pena de uno á tres pesos.

Art. 55. –Los que formaren el duelo en los entierros de jente de color usarán sus trajes ordinarios, y no disfraces; irán de dos en dos, si marchasen á pie; y no se detendrán en las puertas de las bodegas ó de otros establecimientos públicos á la ida ni á la vuelta del cementerio; pena de dos á cinco ps. (La Habana, 1855: 21-22)

Vemos cómo no solamente se superpone la raza blanca a la negra, también se limita la libertad de reunión de las personas de color obligándolas a caminar en filas de a dos y privándolas de la posibilidad de utilizar sus vestimentas populares en celebraciones de un calado sentimental tan alto como el de un sepelio. Estas medidas pretendían no solamente acotar el radio de acción social de las personas de color sino que evitaban también que las personas de etnias distintas a la caucásica pudieran tener cualquier elemento simbólico-cultural que las pudiese unir entre sí.

Como resultado de esta política segregacionista, ninguna de las sociedades formadas por individuos de las capas populares durante la década de 1850 admitieron a miembros de distintas razas. Pese a ello, el asociacionismo obrero recibió un fuerte impulso durante este decenio. Por un lado, la tremenda crisis económica que golpeó la Isla en 1857 hizo que la Capitanía General, para evitar motines derivado del descontento de las capas bajas de la sociedad que eran quienes sufrían con mayor dureza los efectos de la

recesión, permitiera a los trabajadores fundar sus propias sociedades de socorros mutuos. Por otro lado, la introducción en la región de instituciones capitalistas modernas como las sociedades anónimas, los bancos o las cajas de ahorros hicieron que entre las clases populares se extendiese la idea de la cooperación como medio de aminorar las aflicciones inherentes a su condición social. A consecuencia de esta permisibilidad por parte de la administración colonial, las Asociaciones de artesanos blancos se multiplicaron. Estas agrupaciones, sin embargo, “conservaban el carácter medieval de organismos benéficos y semi-religiosos” (Portuondo, 1961: 18), lo que les hacía estar confinadas en una parroquia bajo la advocación de un patrono celestial al que se le rendía culto el día de su fiesta mediante actos religiosos en los que los miembros llevaban insignias, estandartes y vestimentas que los identificaban como miembros. Los reglamentos de este tipo de organizaciones obreras seguían dejando patente que, pese a que la concienciación de clase comenzaba a germinar en la Isla, la procedencia étnica continuaba estableciendo distancias dentro de la masa trabajadora. Un claro ejemplo lo constituyó la Sociedad de Socorros Mutuos del barrio del Pilar formada en 1857 por varios vecinos de la feligresía de Nuestra Señora del Pilar como medio para paliar los efectos de la epidemia de cólera de 1855 y que en el artículo tercero del reglamento que depositaron en la administración para su aprobación señalaban:

La asociación admitirá en su seno a toda persona blanca y de buena educación con la calidad de ser vecino de la feligresía de Nuestra señora del Pilar y que califique útil para llenar el contenido de su benigno objeto¹²³.

En similares términos refleja otra institución benéfica de la época, la Sociedad de Socorros Mutuos *La Divina Pastora*¹²⁴, los requisitos exigidos para ser miembro del colectivo:

Artículo 102. –Todo individuo que quisiera ser incorporado en esta Sociedad, debe concurrir en él indispensablemente las siguientes cualidades: ser blanco, de notoria honradez, carácter prudente, amante del trabajo, y que al tiempo de pretenderlo, tanto el aspirante como su familia disfruten de buena salud¹²⁵.

La nueva legislación asociativa permitía, pese al evidente segregacionismo del que hacía gala la política colonial, que los *pardos y morenos* pudieran tener también sus propias sociedades de socorros mutuos. En los reglamentos de estas asociaciones además de hacerse referencia al ineludible requisito racial, se estipulaba que los miembros, para serlo, debían de ser libres, tener aspecto de decentes y dominar un oficio, tal y como se refleja en los estatutos de la Sociedad de Socorros Mutuos Gran Poder de Dios en la parroquia de San Nicolás de Bari:

Considerando lo muy útil y benéfico que sería a la clase proletaria crearse un medio capaz de hacerla menos calamitosa, haciendo más tolerante sus crueles padecimientos, varios individuos pardos y morenos de ambos cesos que aquellos corresponden animados de la más caritativa intención han proyectado formar una sociedad con el nombre que encabezamos. [...] Todo el que quisiera inscribirse como socio deberá reunir las cualidades siguientes. Ser Católico, Apostólico y Romano de condición como se ha dicho, libre, no tener mala nota, ser de porte decente y carácter tranquilo; y al fin que tenga un arte u oficio o industria honrosa conocida, y que tanto él, como sus padres y esposa e hijos disfruten

¹²³ ANC. Fondo Gobierno Superior Civil. N° de Orden 15969. Legajo 404. Año 1857

¹²⁴ Esta sociedad es un claro ejemplo del aperturismo societario que tuvo lugar tras la crisis económica de 1857 en Cuba. Los miembros fundadores habían entregado a la administración los documentos necesarios para la aprobación legal de la asociación en 1846, siendo solicitada repetidas veces con posterioridad y no siendo aprobada hasta 1857.

¹²⁵ ANC. Fondo Gobierno Superior Civil. N° de Orden 81671. Legajo 1680. Año 1857.

perfecta salud al tiempo de la solicitud¹²⁶.

Como puede observarse, la población no blanca utilizaba, con más vehemencia incluso que la blanca, los referentes religiosos en sus solicitudes. Esto se debía a que el sentimiento religioso, aparte de su teórica connotación moral, se relacionaba con la idiosincrasia española, un elemento muy a tener en cuenta en un momento en el que el gobierno se encontraba temeroso de un levantamiento independentista o anexionista en sus recientemente mermadas posesiones de Ultramar. Las sociedades siempre han levantado recelos dentro de las estructuras Estatales ya que suelen ser vistas desde estos círculos como potenciales gérmenes de complots y traiciones. Una apología de la religión católica servía para reafirmar, de cara a las autoridades, la fidelidad a la unidad de la Corona. Suponía una demostración de haber asimilado la cultura española y de identificarse orgullosamente con ella, lo que obviamente resultaba beneficioso a la hora de tramitar la legalización de una sociedad.

Otro de los resquicios que las clases populares supieron aprovechar para la obtención de una mayor flexibilidad por parte del gobierno a la hora de asociarse fue precisamente el temor a una rebelión anexionista en la Isla. Ante la amenaza que suponían para el control colonial las expediciones armadas que los partidarios del anexionismo – esclavistas ricos en su mayoría – enviaban a Cuba, el Capitán General José Gutiérrez de la Concha creó, en 1855, una hueste de unos 11.000 hombres conocida con el nombre de Instituto de Voluntarios. La pertenencia a este cuerpo armado era considerada por la administración colonial como una muestra de adhesión a la causa españolista, una manifestación de fidelidad. Esto hizo que comerciantes y marquistas utilizasen “sistemáticamente su pertenencia al cuerpo para reforzar su influencia política, en tanto que los dependientes y los artesanos blancos constantemente instaban a la administración a recompensarlos por su participación en la defensa de la Isla” (Casanovas, 2000: 79). No solo las personas de raza blanca se aprovecharon de esta tesitura. La población negra sacó partido al restablecimiento de los Batallones de Pardos y Morenos, que volvieron estar presentes en Cuba a partir del año 1854 bajo la denominación de Milicias Disciplinadas de Color¹²⁷. Gracias a su participación activa en estas instituciones consiguieron un mayor aperturismo por parte de las autoridades en lo referente a su asociacionismo. Ricos y pobres, blancos y negros, utilizaban su participación en la defensa de la Isla ante la amenaza anexionista para ir obteniendo paulatinamente concesiones o, cuando menos, mayor flexibilidad por parte de las autoridades en todos los aspectos de la vida cotidiana, incluyendo la faceta societaria.

Simultáneamente, las circunstancias sociológicas, políticas y económicas habían comenzado a modificar las mentalidades de todas las clases sociales de Cuba. Con la llegada de la década de 1860 los grandes terratenientes, principales apoyos del anexionismo y el separatismo, comenzaron a inclinarse políticamente hacia posturas reformistas y emprendieron una campaña a favor de introducir en la colonia reformas tanto administrativas como políticas. Este viraje ideológico de las élites económicas de

¹²⁶ ANC. Gobierno Superior Civil. Nº de Orden 16048. Legajo 409. Año 1858.

¹²⁷ La recuperación del Cuerpo Armado de Pardos y Morenos servía como elemento disuasorio para aquellos criollos tentados de apoyar la causa anexionista, la cual suponía en esta época la mayor amenaza para los intereses coloniales de España. Durante toda la primera mitad del siglo XIX, el Gobierno colonial había estado propagando la idea de que Cuba sería “española o africana”. Armandos a la población de color, se estaba lanzando el mensaje de que, además de a los españolistas fieles, los anexionistas –quienes eran movidos por intereses esclavistas– deberían enfrentarse también a un numeroso ejército de africanos libres que lucharían por no volver a ser encadenado.

Cuba no se debió a cuestiones de justicia social, sino a la percepción clara de que el sistema de producción esclavista y el discurso del riesgo de una rebelión esclava habían perdido sentido y rentabilidad a mitad del siglo XIX. El censo de 1857, mediante el cual quedó patente que la población blanca superaba numéricamente a la de color, aminoró los temores al levantamiento de la población negra mientras que las dificultades y el consiguiente encarecimiento de la trata, derivadas ambas de las acciones inglesas primero y de los triunfos de la Unión en la Guerra de Secesión después, pusieron de manifiesto la inviabilidad del sistema esclavista y, por ende, del anexionismo¹²⁸. Las élites criollas debían buscar, por tanto, un nuevo movimiento sobre el que canalizar sus aspiraciones socioeconómicas. Fue a comienzos de la década de 1860 cuando este estamento comenzó a utilizar las instituciones culturales existentes en la Isla –liceos, ateneos, casinos y sociedades culturales– para articular una nueva corriente política que sirviese para activar y potenciar reformas políticas en la Isla. Para impulsar esta novedosa tendencia, que con el tiempo recibiría el nombre de Reformismo, se utilizó una de las plataformas que más había crecido al socaire de los cambios sociopolíticos acaecidos durante la primera mitad de la centuria: la prensa. El periódico, convertido en medio de comunicación de masas gracias a la labor tanto de las diferentes políticas educativas como de las propias instituciones en las que el Reformismo pretendía echar raíces, se presentó como la plataforma idónea desde la que remover las conciencias de una población cubana descontenta con el modelo vigente. Los hacendados criollos convirtieron a la prensa escrita en un verdadero actor político. El periódico, tal como suscribe Héctor Borrat (1989), se mueve en el ámbito de la influencia, poniendo en acción su capacidad para afectar al comportamiento de otros actores en favor de sus propios intereses. Además, al tiempo que ejerce esta influencia, es objeto de la influencia que ejercen los encargados de su edición, lo que lo convertía en el gancho perfecto con el que atraer al mayor número posible de personas hacia las posturas defendidas por los acaudalados reformistas. Periódicos como *El Siglo*, principal órgano de difusión del Reformismo¹²⁹, difundieron de forma prácticamente única la postura de los hacendados y los liberales criollos, lo que, teniendo en cuenta el carácter diario de estas publicaciones y la enorme tirada que el nivel económico de sus mecenas podía granjearles, supuso una formidable maquinaria publicitaria funcionando a favor de los intereses reformistas. Desde las páginas de estos pasquines se declaraba el deseo de que Cuba siguiera formando parte de España, pero bajo unas condiciones diferentes. Se buscaba una legislación que otorgase a la colonia derechos y libertades similares a los que regían en la Península, permitiéndose de este modo el acceso de los criollos a puestos en la administración de la Isla. También se pretendían alcanzar mediante la presión que ejercían las rotativas unas reformas económicas de carácter librecambista que terminasen con el monopolio comercial de los peninsulares y con el sistema crediticio, así como que fomentasen las exportaciones de productos insulares. Si analizamos con detenimiento las páginas de *El Siglo* –tomando esta publicación a modo de ejemplo dada su importancia en la difusión del programa reformista– observamos cómo, bien de forma abierta bien veladamente, la cuestión económica funcionaba como eje central sobre el que gravitaban los demás temas. Un claro ejemplo de esto lo representa la sección periódica suscrita bajo el título de *Economía social* por G. de Molinari. En este apartado se hacía referencia a las mejoras o a los

¹²⁸ El único interés que el anexionismo tenía para los terratenientes cubanos era el mantenimiento del sistema esclavista, el cual seguía practicándose en los estados sureños de EEUU. La proclamación de la abolición de la esclavitud lanzada por Abraham Lincoln y la victoria de la Unión hicieron que la vía anexionista quedara cerrada para los productores cubanos.

¹²⁹ Para más información acerca de *El Siglo*, véase Cepero Bonilla (1957).

deterioros sociales existentes en el siglo XIX, haciendo para ello una comparativa un tanto sectaria con otros periodos de la Historia. Inmediatamente, el autor establecía una relación entre esas realidades sociales y la buena o mala gestión que los gobiernos –no era frecuente el ataque directo al Estado español- hacían de la libertad económica y comercial. Se ponían en relieve casos históricos en los que una férrea restricción gubernamental del comercio había derivado en una crisis económica con resultados de hambruna y padecimiento para las clases populares, sin embargo, los redactores del diario habanero *olvidaban* mencionar otros casos, como el inglés, en los que la liberalización de los mercados había ocasionado un incremento de las diferencias sociales y un incremento en la explotación de esos trabajadores de los que *El Siglo* pretendía aparentar ser paladín.

Toda esta campaña propagandística inserta en las páginas de la prensa cubana consiguió que el Reformismo obtuviera una gran acogida entre unas clases populares a las que su difícil realidad hacía propensas a la atracción de un movimiento que parecía preocuparse por dar solución a los obstáculos inherentes a su condición social. Pese a este éxito de aceptación y tal como señala Joan Casanovas (2000), los reformistas no encontraban un apoyo significativo y decidido por parte de comerciantes y marquistas, lo que les llevó a un cambio de estrategia orientado a ampliar su número de apoyos. Pese a ser –mayoritariamente y en origen- propietarios de esclavos y antiguos anexionistas, los reformistas dejaron a un lado su posicionamiento esclavista para así intentar ganar el apoyo de los trabajadores libres¹³⁰. En esta línea, desde las publicaciones defensoras del Reformismo se comenzaron a lanzar campañas que recogían las principales aspiraciones de la clase trabajadora tales como una mayor capacidad y libertad de asociación, un mejor acceso a la educación o más facilidad a la hora de fundar asociaciones instructivo-recreativas propias. Llegada la mitad de la década de 1860 desde los círculos reformistas, en este intento de atraer a su causa al empuje numérico del mundo obrero, se coqueteó – como hemos visto en el anterior apartado dedicado al semanario *La Aurora*- con ideas socialistas. Todo este viraje estratégico hizo que un alto porcentaje de artesanos y trabajadores libres se uniesen a las filas de los reformistas. Mucho tuvieron que ver en este auge del Reformismo cubano dos hechos que prácticamente coincidieron en el tiempo. Por un lado, la propuesta ante el Senado español de introducir reformas políticas en Cuba, lanzada por un personaje del peso del general Serrano, contribuyó a fortalecer la imagen pública del movimiento reformista. Por otra parte, el propio Reformismo cubano, dentro de su giro populista destinado a potenciar su capacidad de captación, hizo hincapié en la parte de su programa que recogía algunas de las demandas económicas –la mayoría de ellas de corte librecambista- de comerciantes y marquistas. Esto, si bien no bastó para lograr su adhesión mayoritaria, sirvió para crear una división dentro del partido español y lograr que una de las partes emanadas de esta fractura, pese a no apoyarlo abiertamente, no se opusiese de manera frontal al programa reformista.

3.2.1. Del dicho al hecho. La influencia de la prensa en el cambio estratégico y conceptual de la clase obrera.

Con una realidad social marcada por un Partido Reformista fuerte y en crecimiento

¹³⁰ Los trabajadores libres eran feroces enemigos del trabajo esclavo o no libre. La existencia de un tipo de mano de obra de las características de la esclavista iba en contra de cualquier tipo de aspiración que pudiera tener el proletariado cubano ya que los patrones utilizaban la competencia que suponía esclavismo para endurecer las condiciones de los trabajadores libres.

y por un semanario obrero que actuaba como divulgador ideológico y voz de las masas trabajadoras, *La Aurora*, la coyuntura política se tornó favorable al inicio de un proceso asociativo y reivindicativo del naciente proletariado insular. En agosto del sesenta y cinco, 214 tabaqueros de la fábrica Hija de Cabañas y Carvajal y 200 de la tabaquería El Fígaro –según datos del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (1985: 28)- llevaron a cabo las dos primeras huelgas declaradas en la Isla. Las reivindicaciones (centradas en evitar la caída de los jornales de los tabaqueros) en una mejora de las condiciones de trabajo y en el derecho de los trabajadores a la negociación colectiva, resultaban señal inequívoca de que algo estaba cambiando en la atmósfera sociolaboral de la Isla. El éxito del paro abría una nueva etapa en las relaciones entre patronal y trabajadores pese a que, gracias a los principios de la doctrina reformista, la paz entre clases se mantuvo inalterada durante toda la década de 1860.

El cambio principal se produjo en otro plano, el de las mentalidades. Los artesanos y trabajadores libres de Cuba, conscientes de la importancia que la unidad y la colaboración¹³¹ habían tenido en la consecución de sus reivindicaciones, comenzaron a crear nuevas sociedades de socorros mutuos, de recreo y de instrucción, además de potenciar las que ya existían. Fue en este momento, en el que coincidieron el inicio de las luchas obreras y la llegada de las primeras ideas socialistas a Cuba, cuando “se produjeron los primeros intentos de organización clasista de los obreros cubanos” (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985: 29). El cambio de mentalidad dentro del proletariado cubano se hacía palpable en las páginas de su órgano de expresión. *La Aurora*, como hemos visto, instaba con frecuencia a los obreros cubanos a crear sociedades propias –exclusivamente obreras- gracias a las cuales poder dar una solución real a los problemas que padecían las clases populares. En este contexto surgió en 1866 el que podría ser considerado como el primer gremio obrero de Cuba: La Asociación de Tabaqueros de La Habana. Esta agrupación, que daba una nueva vuelta de tuerca a un mundo asociacionista dominado por las sociedades de socorros mutuos, fue instaurada por aquellos trabajadores del sector tabacalero que poco tiempo atrás, como hemos visto, habían participado en la introducción de la lectura en las tabaquerías. Saturnino Martínez –que sería el primer presidente de la organización-, Agustín Mariscal y Francisco Teodoro Acosta, miembros del movimiento reformista y/o de *La Aurora*, fueron los encargados de poner en marcha la primera piedra de lo que debía ser una red sindical cubana que se extendiese a todos los sectores productivos de la Isla. Esta nueva asociación, que agrupaba únicamente a los torcedores, gozó de un rápido éxito entre los trabajadores ya que, según explica José Rivero Muñiz (1952: 251), “llegó a contar en breve con más de tres mil miembros”. Imbuidos en lo que suponía el nacimiento de un sentimiento de clase dentro del mundo del tabaco, algunos miembros de la Asociación de Tabaqueros de La Habana intentaron cambiar el nombre del colectivo por el de Sociedad Cooperativa de Artesanos pero el proyecto no cristalizó porque los trabajadores apoyaron otra propuesta: rebautizar el colectivo como Gremio de Tabaqueros. Este apelativo se consideraba que respondía mejor a los propósitos asociacionistas de sus miembros.

El éxito y las dimensiones que el Gremio había alcanzado entre los trabajadores del tabaco hizo que en su seno comenzasen a generarse debates en torno a cual debía de ser la hoja de ruta de la recién creada sociedad. Hubo un grupo, de corte más

¹³¹ Hay que señalar que durante las huelgas de agosto de 1865 los tabaqueros implicados constituyeron una caja de resistencia gracias a la cual consiguieron mantener su lucha. Para captar fondos con una mayor eficiencia los trabajadores utilizaron como plataforma de difusión la prensa, haciendo peticiones escritas de solidaridad a los demás obreros cubanos.

marcadamente reformista, que proponía el cooperativismo como sistema societario y otro grupo que, quizás más influenciado por el modelo socialista, sostenía un enfoque mucho más radicalizado y directo de lucha el que ansiaba poner en práctica. Este último grupo, menor numéricamente pero mucho más resuelto, convocó un nuevo paro en la fábrica Hijas de Cabañas y Carvajal exigiendo una mejora en el trato hacia los trabajadores, ya que consideraban que distaba mucho del respeto y la consideración. El paro duró menos de una semana y las demandas de los trabajadores fueron satisfechas. Sin embargo, lo que podría considerarse como una nueva victoria de la unión y la cooperación obrera supuso el principio del fin para el Gremio de Tabaqueros. A pesar de la consecución de los objetivos, el ala más radical de la agrupación, cada vez más inclinada hacia posiciones de corte socialista, criticaron la excesiva tibieza de Saturnino Martínez a la hora de llevar a cabo la protesta, acusándolo incluso de confabularse con la patronal y de ser el culpable de no haber obtenido más beneficios de esta. El aumento de la crispación en el seno de la organización terminó por provocar la dimisión de Martínez como presidente del Gremio. Este hecho, sin embargo, no mermó las diferencias internas de una asociación herida de muerte que en noviembre terminaría por disolverse.

La duración en el tiempo del Gremio de Tabaqueros de La Habana fue reducido pero dejó una huella imborrable en el devenir del movimiento obrero cubano. Fue la primera vez que los trabajadores de la Isla tomaron conciencia de si mismos como clase y agarraron las riendas de una movilización orientada a la obtención de sus propios beneficios. Además de esto, tanto la existencia del Gremio como toda la demás conflictividad sociolaboral de mitad de la década de los 60 sirvió para situar al ramo tabacalero como vanguardia del obrerismo cubano, algo que sin duda marcará su realidad futura. Acorde a esto, cabe preguntarse por qué fue precisamente en el sector tabacalero y no en el azucarero, superior tanto en número de trabajadores como en recursos económico-productivos, donde comenzó a gestarse ese salto de un asociacionismo de beneficencia a un modelo mucho más moderno de cohesión obrera.

En su obra *La división del trabajo* (2001), Émile Durkheim afirmaba que las corporaciones u organizaciones profesionales constituyen una forma de defensa de la sociedad ante el efecto corrosivo del mercado sobre las instituciones tradicionales de solidaridad, sobre los lazos y vínculos sociales en un contexto de expansionismo capitalista. El crecimiento del capitalismo, favorecido por el desarrollo de la industrialización, provocó un importante proceso de movilidad geográfica –nacional e internacional- de la población que originó importantes cambios en la estructura social. Por un lado, el abandono de las poblaciones oriundas supuso “el desarraigo respecto a la comunidad local y la ruptura de las redes sociales que en las sociedades tradicionales proporcionaban la cohesión social” (Blanch Rivas, 2003: 160). Por otra parte, la concentración de la población en áreas urbanas industrializadas trastoca el antiguo orden rural y local, haciendo que la *solidaridad mecánica* sea sustituida por la *solidaridad orgánica*¹³². Esta ruptura de los vínculos tradicionales de cohesión social provoca una

¹³² Solidaridad mecánica y solidaridad orgánica son dos conceptos sociológicos desarrollados por Émile Durkheim para elaborar un estudio sobre la forma en la que se establecen sistemas de colaboración y cooperación entre los individuos en función de sus necesidades y sus capacidades. La solidaridad mecánica hace alusión a la fraternidad surgida en sociedades poco industrializadas en donde la división del trabajo es reducida o inexistente y en donde las funciones suelen ser muy similares para todas las personas, independientemente de su estado. En este tipo de sociedades los vínculos de cooperación se establecen para el cumplimiento de pequeños objetivos que no exigen capacidades especiales. Este tipo de unión es el más primitivo y se basa en un sentido de igualdad entre los individuos, por eso es más propio de medios rurales. El otro término, solidaridad orgánica, se produce en contextos más industrializados, donde está presente

respuesta por parte de la sociedad que se basa en la creación de corporaciones intermediarias –como pueden ser las asociaciones profesionales- para fortalecer los lazos de unión entre los distintos ramos en los que el capitalismo ha dividido la producción. Estas instituciones mediadoras intentan paliar los efectos del individualismo generado por la especialización laboral mediante la creación de un sentimiento colectivo y una moral conjunta que apela a objetivos comunes como la justicia social o los derechos sociales, intentando con ello llevar a cabo una regulación del antagonismo existente entre capital y trabajo.

Fue precisamente un contexto similar al descrito por Durkheim el que colocó a los tabaqueros como pioneros en el desarrollo del movimiento obrero cubano. El auge del azúcar, como hemos visto, provocó la implantación de un modelo productivo capitalista en la Isla. Las élites socioeconómicas insulares realizaron fuertes inversiones tecnológicas con el fin de incrementar el nivel de producción. Estos avances no solamente se dieron en la industria de la sacarosa sino que se introdujeron también en los otros dos principales sectores productivos, tabaco y café, para aprovechar el buen momento de los productos cubanos en los mercados internacionales. Debido a factores logísticos, sociales y económicos, la industria azucarera quedó ligada a un modelo de explotación mucho más vinculado con el mundo rural. La coexistencia de los sistemas capitalista y esclavista y la propia naturaleza de la producción de azúcar hicieron que los miembros de la sacarocracia insular dilatasen al máximo el uso de esclavos como medio para abaratar costes y que situasen su base de operaciones en el campo donde, además de tener más cerca las materias primas, tenían un mayor control social sobre sus trabajadores al estar alejados de los centros políticos y administrativos de la colonia. Esta situación colocó a la industria tabacalera como principal potencia productiva del ámbito urbano (Stubbs, 1989). El incremento en la demanda exterior de tabaco hizo que la tabaquerías necesitasen introducir mano de obra, la cual se vio cubierta gracias a la llegada de inmigrantes tanto internos como externos. Las personas que llegaban a los centros urbanos de Cuba –principalmente a La Habana- para ser empleados en estas factorías cigarreras procedían por lo general de áreas rurales, especializándose después, gracias al mecanismo de aprendizaje de tipo gremial del que hablamos con anterioridad, en alguno de los ramos que componían la cadena de fabricación de los tabacos. Esto generaba, tal y como propone la teoría de Durkheim, la necesidad de un nuevo sistema de relaciones sociolaborales. En un primer momento las relaciones de solidaridad y socialización se apoyaron en el modelo societario de las asociaciones de socorros mutuos y de recreo y los Casinos. Sin embargo, este tipo de corporaciones agrupaban a personas de diferentes categorías sociales lo que provocaba que, aunque se paliaban algunos de los males de las clases populares, no se ponía solución a la verdadera raíz del problema, ya que ello supondría algo negativo para una parte –la mas poderosa en términos socioeconómicos y políticos- de la agrupación. Había pues que crear otro tipo de asociaciones que sirviesen para coaligar y dar solución a la problemática de los trabajadores de un modo íntegro y exclusivo. Nace así el gremio de tabaqueros.

Pero este carácter urbanita de la industria tabacalera, que sirve para entender por qué fue en las ciudades donde nació el movimiento obrero, no explica por si solo el hecho de que fueran los cigarreros sus pioneros. Existió, además, un fuerte componente educacional en todo ese proceso. Los trabajadores de las fábricas de tabaco, a diferencia

una especialización más marcada del trabajo. Este modelo de respaldo es característico de sistemas modernos y capitalistas en los que la división de la producción hace necesaria la colaboración entre grupos laborales disociados para la búsqueda de soluciones.

de otros sectores productivos, contaron desde el 21 de diciembre de 1865 con la lectura en las tabaquerías, que contribuía a paliar los efectos del analfabetismo entre la clase trabajadora (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985). Además poseían un órgano de prensa propio, *La Aurora*, dedicado únicamente a potenciar los lazos de unión entre los trabajadores del ramo y a insuflar entre los mismos un sentimiento de clase que tenía una marcada base societaria. La unión de estos dos elementos consiguió que los tabaqueros recibieran un enorme y continuo influjo de las ideas asociacionistas de tendencias como el socialismo, el cooperativismo, el mutualismo... que terminó por configurar entre ellos un sentimiento de cohesión de clase que derivó en un enorme interés por la creación de sociedades proletarias que sirviesen como medio para conseguir fines mucho más ambiciosos que a los que podrían aspirar con las instituciones de beneficencia.

Por tanto, tenemos que la naturaleza urbanita de la industria cigarrera se unió en la década de 1860 con el carácter instructivo de la lectura en las tabaquerías para llevar a sus trabajadores hasta la vanguardia de un nuevo sistema de relaciones laborales: la lucha de clases. Sin embargo, como todos los comienzos, el del movimiento obrero cubano fue complicado y pronto chocó con dos escollos que frenarían en seco su desarrollo: la represión gubernamental y la Guerra de los Diez Años. La huelga de la fábrica de Cabañas de 1866, considerada por *La Aurora* como la factoría “mejor ordenada”¹³³, y el nivel de organización que en ella demostraron tener los trabajadores cubanos desencadenaron una reacción represiva por parte de las autoridades coloniales, sin duda influenciadas por un contexto internacional marcado por el nacimiento de la AIT. El paro productivo fue la excusa perfecta para comenzar la persecución de todos aquellos tabaqueros que se habían destacado por su actividad liberal y/o disidente. La persecución alcanzó tales niveles de inquina que muchos trabajadores se vieron empujados al exilio, bien cara al interior de la Isla, bien a regiones productoras extranjeras (Rivero, 1952). También las élites socioeconómicas de la Isla, vinculadas al partido español, reaccionaron para intentar salvaguardar sus intereses del *descaro revolucionario* que parecía empezar surgir entre quienes eran los brazos ejecutores de su sistema productivo. Una de las decisiones inmediatas de los marquisitas y cosecheros fue un conato de asociación propia, que finalmente no cristalizó debido a que no obtuvieron la autorización de las autoridades. Sin embargo, la oportunidad de réplica les fue brindada por la crisis monetaria de agosto de 1866. Aprovechando los efectos de este declive económico, los fabricantes, almacenistas y cosecheros de la Isla decidieron exportar enormes cantidades de rama a países extranjeros con la excusa de rentabilizar la producción. Esto eliminaba gran número de puestos de trabajo, lo que sirvió para *depurar* primeramente a los elementos más contestatarios. Los efectos fueron devastadores para los obreros tal y como refleja *La Aurora*:

El descarnado brazo de la miseria está levantado sobre las clases obreras de nuestra Capital. La escasez de trabajo empieza á sentirse en los talleres de tabaquería, que son los centros principales de nuestra industria. Las rebajas de operarios se efectúan de una manera bastante sensible, y las familias pobres empiezan a experimentar las terribles consecuencias de la falta de trabajo. [...] Sin embargo, los dueños de talleres pueden atenuar el mal; pues habiendo, como aun hay, rama suficiente en los almacenes de su propiedad, deben evitar su embarque á fin de hacerlo después de elaborado, dando al obrero, por ese medio, la utilidad que de otro modo daría a la industria extranjera¹³⁴.

¹³³ *La Aurora*. La Habana, 4 de marzo de 1866.

¹³⁴ *La Aurora*. La Habana, 19 de agosto de 1866.

Pese a esta petición final que hace el *periódico semanal dedicado a los artesanos*, siguiendo de manera clara el credo reformista del consenso entre clases, los marquistas no comenzarían a volver a ampliar el número de operarios cubanos hasta el mes de noviembre. La fecha resulta significativa ya que es casi el final del proceso de obtención del tabaco –las plantaciones suelen recogerse en la última quincena de noviembre¹³⁵– que coincide con el remate del periodo de mayor demanda de trabajadores. Este hecho supuso dos ventajas para los empleadores ya que por un lado les sirvió para poder mantener lo más bajo posible el número de contratados y por otro obligó a los tabaqueros a aceptar unas condiciones salariales inferiores a las vigentes en el periodo anterior a la crisis.

El ataque de las autoridades y de los empresarios había empezado antes incluso de la huelga de Cabañas y no se limitó a un simple golpe directo contra el latente espíritu rebelde de los trabajadores sino que también se tomaron medidas en contra de la maquinaria que, en gran medida, lo había hecho posible: la lectura en las tabaquerías. Esta práctica había alcanzado en los primeros meses de 1866 unas dimensiones que realmente alarmaban a las élites sociopolítica cubanas. Ya no solamente se leía en las fábricas más importantes sino que en las fábricas de segundo nivel, pese a tener un número mucho más reducido de operarios, también se hacían colectas para poder pagar hasta una hora diaria de lectura. Incluso se llegó a intentar establecer unas sesiones nocturnas de lectura de modo que cualquier persona, previo abono de una entrada de cinco centavos, pudiera asistir a una lectura de dos horas de duración. La recaudación sobrante sería destinada, “después de cubrir los gastos indispensables, a cualquier objeto piadoso”¹³⁶. Esta tendencia creciente fue cortada de raíz el día 14 de mayo de 1866 cuando el Gobernador Político de la Isla, Cipriano Mazo, enviaba al Jefe Principal de Policía un texto prohibiendo la lectura (ANEXO XII). El mandato, que debía ser publicado durante “tres días consecutivos en el en el periódico oficial para conocimiento de todos”, señalaba que las lecturas estaban siendo utilizadas para crear entre el artesanado círculos políticos manipulados porque “esta clase de la sociedad sencilla y laboriosa, que carece de instrucción preparatoria para poder distinguir y apreciar las falsas teorías de lo que es útil, lícito y justo se deslumbra y alucina fácilmente con la exagerada interpretación de las doctrinas que escucha”. En otras palabras, la lectura en las fábricas quedaba suspendida porque atentaba contra las leyes que prohibían las asociaciones políticas nocivas para el régimen colonial. Sin embargo, y pese a los motivos presentados por el gobierno, en el trasfondo de esta prohibición subyacía un enorme temor a que los trabajos publicados en el extranjero, bien de orden socialista, bien independentistas llegasen a la Isla, se divulgasen y ganasen prosélitos gracias a la lectura. Por si este mandato no fuera suficiente, en junio de 1866 el recientemente nombrado Capitán General de la Isla de Cuba, enviaba una circular en la que se prohibía cualquier tipo de reunión –haciendo especial énfasis en las que se producían en el campo– destinada a la lectura pública de libros y periódicos¹³⁷. Esta actividad quedaba, así, suspendida de manera oficial, pero hay que señalar que en la práctica no desapareció hasta el estallido de la Guerra de 1868. Pasados los primeros meses tras la emisión de los dos textos oficiales contra la lectura, esta comenzó a restablecerse –previa autorización patronal– en los talleres de mayor importancia. Tampoco se logró, pese a la reducción en la tolerancia hacia la libertad de prensa, terminar con *La Aurora*, aunque es cierto que a partir de 1866 sufre una transformación que terminó por convertirlo en un periódico de carácter literario. Ejemplo de esto fue el cambio fue la modificación de su subtítulo al iniciarse su *tercera época* el 3

¹³⁵ Véase García y Correa (2000).

¹³⁶ *La Aurora*. La Habana, 11 de marzo de 1866.

¹³⁷ El texto íntegro se encuentra transcrito en Rivero Muñiz (1951: 212-213)

de mayo de 1868, por el cual de “periódico dedicado a los artesanos” se pasaba a “semanario de Ciencias, Literatura y Crítica”.

Fue el estallido de la Guerra, que analizaremos de manera exclusiva en el siguiente punto, el que provocó el final –no definitivo– de la prensa obrera y la lectura en la tabaquerías. No obstante, y pese a que el conflicto puso fin a un modelo societario reformista iniciado en la década de 1850 y que no se retomará posteriormente, no hay que restar importancia a los cambios que se produjeron en este periodo que venimos analizando. El desarrollo de espacios de sociabilidad económica, cultural y/o política sirvió para promover –y proteger– intereses individuales y colectivos, creando un sentimiento participativo y comunitario a partir de estrategias de integración en unas estructuras organizadas que potenciaron valores, tradiciones y objetivos sociales comunes. Para ello se impulsaron una serie de acciones que abrían el camino a una participación social activa y comprometida. Estas actividades, materializadas en forma de instituciones, contribuyeron a potenciar la capacidad de movilización y las posibilidades de negociación de los trabajadores tanto con la patronal como con el gobierno. La institucionalización provocó un cambio en las mentalidades de las clases populares que, debido a la especialización laboral y sus consecuencias, se vieron obligadas a sustituir su modelo de relaciones basado en los *comunitarismos vecinales* por uno nuevo sustentado en una representación institucionalizada de los intereses comunes de grupos independientes. Si bien es cierto que la Guerra de los Diez Años paralizó el desarrollo de este modelo y que, tras la vuelta a la normalidad social en 1878, la mentalidad de las clases populares se decantaría por otro tipo de tendencias societarias y políticas, no debemos obviar que el sentimiento de clase y la *proletarización* de los obreros, que marcarían el futuro de las relaciones sociopolíticas y laborales de finales del siglo XIX y principios del XX, nacieron precisamente aquí, en los *reformistas años 60*¹³⁸. Hay diversos autores, como Hidalgo (1976) o Plasencia (1984), que señalan de una manera indirecta que este primer movimiento obrero es totalmente independiente del que nacerá en 1880 debido a que la lucha independentista separa las movilizaciones de uno y otro periodo. Sin embargo, el movimiento obrero que surge tras la firma de la paz no podría entenderse sin el desarrollo del sentimiento de unidad obrera que surge en los 60 y que, en gran medida, sobrevive durante ese paréntesis forzoso que fue la guerra gracias a la perseverancia de muchos de estos primeros obreristas.

3.3. Un paréntesis forzoso: la Guerra de los Diez Años y la organización obrera.

No existe dato alguno que nos permita poder afirmar que los obreros participaron en la Guerra como clase independiente o que lo hicieran con un programa propio. Al estallar el conflicto su organización aún era débil numéricamente, poco experimentada y carente de un liderazgo fuerte, lo que imposibilitó que podamos analizarlo como un grupo beligerante más dentro del conflicto. Este hecho no es de extrañar si tenemos en cuenta el poco peso que aún tenía el movimiento obrero en la vida política de la colonia.

¹³⁸ La expresión *reformistas años 60* no pretende insinuar que durante esta década se diesen reformas de importancia a nivel gubernamental. Se trata de hacer referencia, en este caso, al hecho de que el reformismo fuera la doctrina dominante entre quienes dieron el primer paso hacia un nuevo sistema de relaciones sociales.

Efectivamente no existió una intervención directa como colectivo¹³⁹, no hubo un *cuerpo armado de obreros*, pero, de un modo quizás más velado, los trabajadores cubanos mantuvieron una dura batalla contra su propio enemigo: una anquilosada estructura sociolaboral que se negaba a dejar paso a una nueva era de relaciones sociales.

La guerra, además de provocar el colapso temporal del movimiento obrero, detuvo el desarrollo asociacionista iniciado por los trabajadores del sector tabacalero y lo sustituyó por una nueva estructuración social marcada por un creciente factor de militarización. Este nuevo modelo girará alrededor de una milicia irregular, el Cuerpo de Voluntarios de Cuba, creado en febrero de 1855 y rearmado por el capitán general Francisco Lersundi como medio para fortalecer el reducido número de tropas regulares con capacidad de combatir de las que disponía¹⁴⁰. La oficialidad de este cuerpo de Voluntarios quedó en manos de los peninsulares de mayor influencia socio-económica en la Isla, quienes pasaban de este modo a ejercer un control directo y represivo sobre muchos aspectos de la vida cubana. Muchos de estos oficiales de alto rango eran patronos, marquistas mayoritariamente, “que obligaron a sus empleados o a los tenderos subordinados a ellos a través de las redes comerciales y los círculos sociales a alistarse masivamente” (Casanovas, 1998: 244). Además de los oficiales de alta graduación y de los soldados rasos existía un escalafón intermedio, el de los oficiales de baja graduación, que estaba formado mayoritariamente por los capataces peninsulares de los talleres y las fábricas. Vemos así como en la estructuración interna del Cuerpo de Voluntarios se reproducía la jerarquización existente en el ámbito laboral. Fue precisamente esta situación la que militarizó las relaciones entre clases sociales durante el periodo de conflicto. El control que los altos mandos de la milicia poseían sobre los medios de producción y por ende sobre el acceso al trabajo y su consiguiente remuneración ejercía una influencia directa sobre el poder de decisión que pudieran tener los trabajadores en lo que al alistamiento se refiere. Trabajo y militarismo se superponían de este modo formando un plano difuminado del que resultaba casi imposible distinguir los límites de cada uno de sus elementos.

La situación para la Corona Española no era mucho más clara. Tras el Grito de Yara e inmerso en un clima de evidente inestabilidad sociopolítica, el gobierno metropolitano intentó buscar una salida rápida y negociada al conflicto proponiendo a los sublevados la introducción inmediata de reformas políticas en Cuba a cambio de deponer las armas. El recientemente formado Gobierno Provisional dejaba clara de este modo su intención de integrar Cuba a España, otorgando a su dominio de Ultramar un trato similar al de cualquier otro territorio peninsular. Sin embargo, lo que podría haber sido un *final sencillo* para un levantamiento que en gran parte era consecuencia del trato abusivo que muchos cubanos consideraban haber recibido de España no llegó a ser siquiera una opción debido

¹³⁹ Hubo obreros fueron parte activa de las huestes tanto independentistas como colonialistas pero no participaron movidos por un sentimiento de clase sino “incitados por un sentido de patriotismo que los impulsaba a luchar contra el tiránico régimen que el Gobierno español tenía implantado en Cuba” (Rivero Muñiz, 1952: 254).

¹⁴⁰ Para comprender la verdadera relevancia que tuvo el Cuerpo de Voluntarios –al menos a nivel cuantitativo– es necesario señalar reflejar algunas cifras. Según señala María Dolores Domingo Acebrón (1996: 41), mientras que en el Ejército Regular español solamente unos 8000 de los 22000 efectivos presentes en la Isla estaban capacitados para el combate, el Cuerpo de Voluntarios consiguió movilizar en apenas dos meses a cerca de 35000 hombres, aumentando el número hasta los 80000 en tan solo tres años. Es decir, el Cuerpo de Voluntarios sirvió para alimentar las filas, aunque de forma *extraoficial*, del Ejército español, liberándolo en gran medida de las tareas de contención en los núcleos urbanos. La importancia de este Cuerpo fue aun mayor si tenemos el hecho de que, debido a las insurrecciones carlistas y republicanas en la Península, el gobierno metropolitano no pudo enviar todos los apoyos y refuerzos necesarios.

al temperamento obstinado de muchos de los miembros del gobierno colonial – incluyendo entre ellos al propio Capitán General- que se negaron a otorgar ningún tipo de concesión a los insurrectos. Lersundi, con el fin de perpetuar el régimen colonial tal y como se encontraba, unió fuerzas con el ala más integrista del partido español y potenció el crecimiento del Cuerpo de Voluntarios. Esta amalgama de *buenos españoles* aunaba un enorme poder político, socioeconómico y militar, lo cual imposibilitaba los planes de consenso del gobierno de la metrópoli. Los Voluntarios se convirtieron en el brazo ejecutor del ala intransigente y, gracias al beneplácito otorgado por la administración colonial, se convirtieron en una especie de banda armada que imponían su voluntad mediante el uso de la fuerza. Muchos fueron los trabajadores coaccionados por los Voluntarios que se vieron obligados a inscribirse en la milicia española, transformándose en *Voluntarios involuntarios*. En respuesta a esta situación de obstruccionismo y de rebeldía contra los mandatos metropolitanos, desde Madrid se ordenó sustituir a Lersundi por un gobernador de talante mucho más conciliador como lo era el general Domingo Dulce, quien además se había destacado en su anterior etapa por sus inclinaciones reformistas. Desde su llegada a la Isla en enero de 1869, trató de buscar el apoyo de los reformistas y conseguir de los separatistas una salida pactada al conflicto que complaciese a todas las partes. Acorde con el espíritu de cambio presente en el gobierno metropolitano surgido de la Septembrina, Dulce comenzó a *predicar con el ejemplo*, reinstaurando libertades y eliminando los aspectos más abusivos de la anterior administración. El capitán general sabía que tampoco podía excederse en la radicalidad de estas modificaciones si no quería perder los apoyos españoles por ganar la lealtad separatista. Fruto de ello dictó una serie de medidas, un tanto descafeinadas, que tenían por objeto agradar a unos y a otros. Se concedió una libertad de prensa (punto presente en los programas reformista e independentista) que permitía tratar cualquier tema a excepción de la abolición de la esclavitud y el separatismo (limitación destinada a no agitar los ánimos del partido español, formado en gran medida por partidarios de mantener el régimen esclavista). También se suprimieron las comisiones militares establecidas por Lersundi, se amnistió a los presos políticos y se dio cuarenta días a los separatistas para deponer las armas sin que hubiera represalias políticas contra ellos. Todo este despliegue fue parte de un plan de pacificación negociada proyectado desde la Península por Prim quien, en palabras de Pírala, “tenía la convicción de que Cuba se perdería para España más o menos pronto si no se les daba a los cubanos independencia”¹⁴¹. Además de esto, Dulce creó comisiones negociadoras –la primera de ellas salió de La Habana ya en enero de 1869- encargadas de llevar a los oficiales insurrectos reformas muy concretas que pudieran derivar en la aceptación de una paz consensuada¹⁴².

La política reconciliadora de Prim y Dulce no cumplió con su cometido, más bien todo lo contrario. Solo los reformistas parecían cómodos con el nuevo viraje gubernamental. Los sublevados, que nunca pusieron en duda su compromiso con la causa, vieron en las concesiones españolas una demostración de la debilidad de un imperio venido a menos que se mostraba incapaz de combatir los males insurreccionales que lo acechaban a uno y otro lado del Atlántico. La reacción de los integristas fue aun peor que la indiferencia de los separatistas ya que las medidas del nuevo gabinete colonial parecieron herir su orgullo españolista. Los Voluntarios, a través de *La Prensa*, el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba*, criticaron de manera voraz las concesiones del gobierno y

¹⁴¹ ANC. Fondo Donativos y Remisiones. Legajo 194. Caja 180.

¹⁴² Para una información más detallada acerca de las comisiones negociadoras de Domingo Dulce véase García Rodríguez (2012)

las catalogaron de actos de traición a la integridad nacional de España. Los tres periódicos, cada uno poniendo más énfasis en la defensa de los intereses de las facciones peninsulares que los sostenían¹⁴³, aprovecharon la libertad de prensa otorgada por Dulce para descalificar al propio Capitán General y tacharlo de “incapacitado para sostener Cuba en manos de España” (García Rodríguez, 2012: 217). En medio de este clima de descontento generalizado, el 22 de enero de 1869, el general Dulce anunció una reforma política de enormes dimensiones para la colonia: Cuba elegiría dieciséis diputados para que representaran a la Isla en las Cortes de Madrid. Esta medida terminó por romper una cuerda demasiado tensada por las últimas medidas legislativas. El partido español se rebeló y mediante su brazo armado, los Voluntarios, desató una oleada de violencia que terminó por darles el control efectivo de La Habana y de los grandes núcleos de población¹⁴⁴. Esto terminó con las remotas esperanzas de una pacificación consensuada ya que “con el partido español dictando la política en Cuba, el capitán general se vio forzado a suprimir todas las libertades que había concedido [...] y a aplicar severos castigos a todo individuo sospechoso de estar involucrado en actividades subversivas” (Casanovas, 1998: 247). La situación tomó tal cariz que Domingo Dulce, incapaz de hacerse con las riendas de su Capitanía General, dimitió de su cargo. El miedo se extendió por las calles. En los meses sucesivos, casi todos los adultos peninsulares se alistaron en el Cuerpo de Voluntarios, unos por una “iniciativa propia” alentada por el temor a las represalias y otros directamente obligados por los propios integristas. Hubo también mucha gente, trabajadores mayoritariamente, que se unieron a la milicia para evitar ser reclutados por el ejército regular y enviados al frente. Fuese cual fuese el motivo de su adhesión al Cuerpo de Voluntarios, el temor, de una u otra forma, estaba presente como telón de fondo. Los obreros pasaban así a ser soldados rasos dentro de una organización que ejercía el efectivo control de la política insular.

Estos trabajadores, aunque amedrentados por el régimen de violencia desatado por la milicia españolista, no perdieron su espíritu asociacionista con el estallido de la guerra. Sin embargo, el conflicto había modificado los términos del asociacionismo en Cuba, el cual, como otros aspectos de la vida cotidiana en la Isla, se había militarizado. Los dirigentes del partido español, con el fin de mantener fuerte la cohesión entre los peninsulares, fundaron el Casino Español de La Habana. Este centro era dirigido por los peninsulares económicamente más poderosos, quienes lo utilizaban en su propio beneficio. Sin embargo, la imagen de españolismo interclasista que la nueva asociación pretendía dar de cara al público, así como la necesidad de una rápida aprobación de los estatutos debido al desconocimiento acerca de la actitud que tendría a su llegada el nuevo

¹⁴³ El *Diario de La Marina*, perteneciente a una élite de hacendados esclavistas peninsulares, defendió a ultranza los intereses de negreros y azucareros de mucho poder. Por su parte *La Prensa*, que dependía del sector de la clase media y de los más humildes miembros del integrismo, se caracterizó por una lucha más centrada en combatir las propuestas reformadoras, haciendo especial hincapié en aquellas que hacían referencia a concesiones de corte más autonomista. Es de señalar el enfrentamiento directo que tuvo con el periódico reformista *El Siglo*. Por último, *La Voz de Cuba*, representante también de las clases medias, atacó por igual al reformismo y al separatismo criollo utilizando para ello un lenguaje extremadamente violento y reaccionando y proponiendo una política de *guerra y arrase* tanto contra los sublevados como contra los propios miembros del integrismo que mostrasen la más mínima actitud de debilidad o de heterodoxia.

¹⁴⁴ La ola de violencia estalló tras la representación de una comedia en el Teatro Villanueva de La Habana. Los separatistas organizaron este evento para recaudar fondos para su causa y, de paso, hacer propaganda a favor de la independencia de Cuba. Ante lo que consideraban una provocación, los voluntarios asaltaron el teatro y dispararon a varios miembros del público que se defendieron del ataque integrista también de manera armada. Los tiroteos se sucedieron por la capital durante cuatro días, resultando de ellos un balance de entre 15 y 30 muertos (Robreño, 1941). En García del Pino (1878) se hace un análisis minucioso de estos incidentes, haciéndose para ello uso de la prensa local del momento.

Capitán General, Antonio Caballero de Rodas, hicieron que el Casino Español de La Habana funcionase como un centro de reunión para los “buenos españoles”, independientemente de cual fuera su extracción social (Zaragoza: 1873: 235). Quedaba instaurada así, a la espera de la llegada del nuevo gobernador colonial, la asociación emblema del españolismo ortodoxo. La llegada de Caballero de Rodas disipó los temores que desde el Casino se pudieran tener ya que este cumplió en gran medida con la voluntad de los integristas. En esta línea, el nuevo dirigente, se mostró favorable a la fundación de todo tipo de sociedades de carácter españolista. Gracias a esta tolerancia hacia todo lo que estuviera relacionado con *la correcta defensa de España* los marquistas pudieron, por fin, hacer realidad aquellas aspiraciones societarias nacidas tras la huelga del 66 (como medio de contrarrestar el asociacionismo obrero) con la fundación, en 1871, de una organización de empresarios llamada Gremio Central del Tabaco de La Habana. Organizados en una institución propia, los fabricantes de tabacos se sintieron más fuertes a la hora de lanzar sus reivindicaciones. Las peticiones de los fabricantes de tabacos giraban en torno a tres medidas puramente económicas: 1) rebaja de los aranceles de exportación que pesaban sobre el tabaco manufacturado, 2) libertad de comercio para las manufacturas enviadas a la Península y 3) aumento del gravamen sobre las exportaciones de tabaco en rama. Semejantes demandas estaban orientadas a un doble objetivo. Por un lado, la disminución de los impuestos –y su eliminación total en el caso de los productos destinados a la metrópoli– contribuía a reducir los gastos de la cadena de producción y distribución, lo que aumentaba en consecuencia los beneficios obtenidos con cada remesa. Por otra parte, el aumento del gravamen sobre las exportaciones de tabaco en rama –actividad ajena al colectivo de marquistas– incrementaba el precio para los compradores extranjeros, lo que provocaba simultáneamente una reducción de la competencia en el mercado internacional y, además, obligaba a los productores a mirar hacia el mercado patrio de un modo menos ambicioso¹⁴⁵. Para que su mensaje tuviera más calado entre los miembros de la administración, hacia quien iba dirigido, los marquistas utilizaron –tanto desde su asociación como por medio de sus voceros– un discurso de exaltación patriótica. Se hace alusión a la pérdida de relevancia comercial de un sector de producción español en favor de una potencia extranjera que acoge y protege a los separatistas cubanos. En esta línea añadían además que muchos de los tabaqueros cubanos que producían para las factorías estadounidenses eran simpatizantes, cuando no militantes, del independentismo cubano y que donaban una parte de su sueldo para financiar la sublevación.

Este tipo de referencias patrióticas no fueron feudo exclusivo de los marquistas. Durante los primeros años de la década de 1870 multitud de asociaciones defensoras del integrismo español surgieron a lo largo de la colonia antillana. En casi todas ellas, había referencias a su adhesión a la causa españolista. Es de destacar el enorme éxito que tuvo el Casino Español de La Habana como modelo societario ya que, según datos de Casanovas (2000: 123), existieron al menos 30 casinos más repartidos por la geografía cubana. Estas instituciones sirvieron como centros extraoficiales de gobierno ya que desde ellos el partido español pudo ejercer de facto el gobierno de la Isla. Los *buenos españoles* se reprodujeron corporativamente por los territorios de la colonia, pero hubo otro colectivo que supo aprovechar el momento sociopolítico existente para dar satisfacción a sus

¹⁴⁵ La competencia exterior, más concretamente la que ejercían los Estados Unidos, se había convertido en uno de los principales quebraderos de cabeza de los fabricantes cubanos. Estados Unidos estaba importando desde la Isla tanto tabaco en rama como tabaqueros que pudiesen trabajarlo. Esto hizo que el gran vecino del norte, con muchas más posibilidades económicas y técnicas, se hubiese convertido gracias a la calidad de sus tabacos en una verdadera amenaza para uno de los principales sectores productivos de la Isla.

aspiraciones societarias: el proletariado. Los trabajadores, a consecuencia del estallido de la guerra, se habían visto obligados a dejar de lado las prácticas asociativas que los definieron en el anterior decenio, pero no se olvidaron de los beneficios que estas les habían reportado. En medio de un clima de agitación social en que resultaba difícil diferenciar el poder oficial del poder real, los obreros de Cuba supieron sacar beneficio tanto de la exaltación patriótica como de su inscripción forzosa en el Cuerpo de Voluntarios. Con el militarismo como arbitro en las relaciones sociales, muchos de estos proletarios solicitaban a la administración que el compromiso de lealtad hacia la Corona adquirido con sus servicios de armas fuesen recompensados por medio de licencias para el establecimiento de sus propias asociaciones. Bajo nombres que hacían alusión al supuesto patriotismo de sus miembros –rara era la que no llevaba el término *español* en su título- surgieron multitud de sociedades populares de recreo creadas por artesanos. Este tipo de organizaciones daban un servicio recreativo y educativo a sus miembros con lo que se retomaba, minimizando al máximo cualquier tipo de apología política que pudiera provocar una clausura, aquel modelo de relaciones sociales puesto en marcha antes del estallido del conflicto. Fue tal el éxito del nuevo asociacionismo nacido en el contexto militar de la Guerra de los Diez Años, que los artesanos crearon en Cienfuegos su propia versión del Casino Español de La Habana: El Casino Español de Artesanos, fundado por inmigrantes catalanes.

Además de centros de recreo e instrucción, los trabajadores crearon algunas sociedades de socorros mutuos. Si en los casinos era común añadir la coletilla *Español* como muestra de compromiso con el integrismo del imperio, las asociaciones de beneficencia se decantaron más por el uso de locuciones religiosas. Añadiendo el nombre de santos y vírgenes se conseguía un doble objetivo. Por un lado, se relacionaba a la entidad con ese componente caritativo que se le supone al cristianismo y, por otro, se deja constancia de la adhesión a uno de los componentes que años más tarde Cánovas del Castillo definiría como un pilar fundamental de la nación española: la religión católica. Este tipo de sociedades actuaban casi de manera exclusiva como centros desde los que se proporcionaba alimento y sanidad a aquellos miembros de las clases populares con menos recursos. Sin embargo, y pese al gran control sobre cualquier tipo de disidencia por parte del poder colonial –oficial y extraoficial-, estos centros lucharon dentro de sus posibilidades contra las injusticias sociales existentes en la Isla. De una manera velada y siempre deshaciéndose en elogios hacia el gobierno español, los socorros mutuos elevaban sus peticiones y protestas a los altos estamentos de la sociedad cubana. Un claro ejemplo de esto lo fue la Junta de Socorros de Puerto Príncipe que en 1871, haciendo balance de sus trabajos, expresaba:

Este mal tan verdadero como grave [la escasez de trabajo y bienes de primera necesidad en el campo], es un elemento contrario á las reglas de buena administración y economía política; y bien merece toda la atención de las autoridades y en caso necesario de los sacrificios para superarlo. Verdad es que las celosas autoridades no olvidan ni un solo momento este conflicto, y que tanto en adecuadas disposiciones como en facilitar recursos han demostrado el mayor interés; ¿pero podía ser interminable la concesión de los 8,000 escudos destinados mensualmente al socorro de los pobres? ¿aunque pueda hacerlo , deberá permitir que un crecido vecindario viva á sus espensas sin aspiraciones de porvenir? creemos que no; y este convencimiento unido á la consideración de que con el socorro paulatino de 8,000 escudos mensuales solo se consigue cubrir las necesidades del día, necesidades que siempre serán las mismas si no se promueve el trabajo y la agricultura para que la tierra contribuya á la alimentación pública y aspiraciones de estos vecinos, hace a esta Junta de Socorro elevar su voz á V.E. en solicitud de recursos de mayor consideración, que invertidos de una vez, sean reproductivos al mismo estado, pues con ellos se contribuirá

en primer término á dar nueva vida á la agricultura, empleándose nuestros brazos que hoy se hallan en ociosidad. Las familias volverán á obtener medios para subsistir sin el auxilio del gobierno, y por consiguiente menores serán los gastos que este tenga que sufragar¹⁴⁶.

En este fragmento se aprecia con claridad cómo tras unas palabras de reconocimiento y adulación hacia las autoridades españolas se escondía una petición –casi una exigencia– muy poco alejada de las que se pudieran haber escuchado durante los años 60. Este tipo de mensajes enmarañados en una red de halagos hacia quien oprimía la libertad de expresión generaban un relativo eufemismo que, como bien señala Pedro J. Chamizo (2008), permitían manifestar opiniones que, de haberlas hecho sin parapetos, podrían haber provocado una respuesta por parte del poder. Exaltando a la patria y al buen hacer de los *leales españoles*, los trabajadores lograban salvar obstáculos y seguir dando pequeños pasos que los acercaban a sus objetivos. Su condición de voluntarios y peninsulares jugó a su favor y les permitió incluso la fundación del primer sindicato de oficio de Cuba: la Sociedad Protectora del Gremio de Escogedores (1872). Esta organización obrera, creada según su reglamento para proteger a los trabajadores del ramo contra las injustas exigencias de los fabricantes, nació en un momento de repunte obrerista en la Isla. Como señala Consuelo Naranjo (2009), durante 1872 se produjo un aumento de la tensión en el medio laboral a causa de la continua reducción de los jornales de los trabajadores. Esta situación derivó en el estallido de una huelga, el 27 de abril de ese mismo año, en la fábrica de tabacos La Caoba (La Habana). La huelga, que terminó con la victoria de la patronal y el encarcelamiento de tres de los operarios de la fábrica, fue un primer atisbo de la vuelta a la lucha de los obreros insulares.

No fue hasta el mes de septiembre cuando los trabajadores volvieron a hacer uso del paro como arma contra las malas condiciones que sufrían. El importante peso numérico del proletariado dentro del Cuerpo de Voluntarios les permitió desafiar en términos laborales y hasta políticos a las élites del partido español e, incluso, al mismísimo gobierno. Teniendo en cuenta que una de las condiciones principales para ser Voluntario era ser peninsular, no es de extrañar que la primera huelga de septiembre fuese puesta en marcha por uno de los ramos en los que los españoles eran mayoría, los cocheros. Esta reivindicación no tuvo una gran significación en lo referente a su duración o al alcance de las demandas, pero sí que incorporó un elemento novedoso que históricamente se ha relacionado con el concepto de lucha de clases promovido por algunos sectores del socialismo: el uso de la violencia. Los cocheros, con ayuda de los carretoneros, formaron piquetes de veinticinco personas equipadas con cuchillos, palos y armas de fuego que se dedicaron a cortar el tráfico en la capital¹⁴⁷. Muchos de estos huelguistas vistieron durante sus incursiones sus uniformes de Voluntarios, demostrando de este modo que su levantamiento poco tenía que ver con algún tipo de traición a la patria. Esta expresión gráfica de que la mala gestión gubernamental empezaba a diluir las pasiones patriotas alarmó a la Capitanía General que, consciente de que muchos Voluntarios guardaban fusiles en su casa, tuvo que hacer uso de todos los cuerpos a su disposición para poner fin a una huelga que se saldó con la detención y enjuiciamiento de nueve de sus instigadores.

Además de por el uso de mecanismos de presión modernos y en cierta medida *socialistas*, esta huelga destaca por ser la mecha que encendió una nueva llama obrerista en la sociedad cubana. Mientras los cocheros paralizaban el tráfico humano y material, los

¹⁴⁶ *Memoria comprensiva de todos los trabajos y actos administrativos de la Junta de Socorros de Puerto Príncipe desde su fundación hasta la fecha [7 de noviembre de 1871]*. En Instituto de Historia de Cuba, Fondo Academia de la Ciencia, nº 021882.

¹⁴⁷ ANC. Fondo Miscelánea. Legajo 4386.

dependientes del comercio iniciaron una protesta dirigida a conseguir una mejora en su insostenible situación. Reivindicaban la reducción inmediata de una jornada laboral que habitualmente superaba las quince horas. Además exigían una mejora en su tiempo de descanso que se encontraba limitado a unas pocas horas semanales y condicionado por el hecho de que, por norma general, los dependientes vivían en la propia tienda en la que trabajaban, lo que dificultaba separar el trabajo de la vida extralaboral. Si bien no hay constancia del uso de la violencia por parte de este colectivo –ni se registra la existencia de huelga alguna oficialmente convocada por los dependientes– estos se unieron al levantamiento de los cocheros, lo que sirvió para fortalecerlos. Sofocado el levantamiento de carreteros y dependientes, no hubo que esperar tan siquiera un mes para ver el siguiente paro obrero, esta vez protagonizado por los tabacaleros de La Habana. En esta ocasión la movilización afectó a todas las fábricas de la capital, lo que significó un duro golpe para los empresarios. Desde el 8 de octubre hasta el 14, los tabaqueros presionaron de manera exitosa a los dueños de las fábricas para conseguir un aumento de sus jornales. Como si quisieran rememorarse las luchas de 1867, el colectivo cigarrero en pie de guerra aunaba a “operarios de diversas procedencias y razas” (Naranjo Orovio, 2009: 190). Los criollos blancos, unidos a los peninsulares, a los negros libres e incluso a algunos esclavos lograron derrotar un intento de cierre patronal y llegaron a conseguir que el mismísimo Gobernador de La Habana negociase directamente con ellos, en lo que sería la primera piedra de un nuevo modelo de relaciones sociolaborales que se repetiría de manera más habitual tras el final de la guerra.

Sin casi tiempo para que las autoridades insulares asimilasen esta nueva oleada reivindicativa en la que tomaban parte los trabajadores españoles, en la metrópoli se declaraba la Primera República. La puesta en marcha del periodo republicano supuso el inicio de una etapa especialmente convulsa para los obreros urbanos de la colonia. El nuevo régimen político declaró la libertad de reunión y de prensa, lo que contribuyó a que el proletariado cubano, especialmente su sector más comprometido con el republicanismo, pudiera desafiar la omnipotencia de la que hasta entonces había disfrutado el partido español. Los trabajadores de los grandes núcleos de población de la Isla, auspiciados por la nueva legislación promulgada desde Madrid, fundaron numerosas asociaciones y semanarios obreristas desde los que se trataban propuestas políticas y de reforma social, exceptuando el único tema que pese a las libertades concedidas seguía siendo tabú: la abolición de la esclavitud (Naranjo Orovio, 2009). El nuevo Capitán General, Cándido Pieltain, dio cierta manga ancha a los grupos populares, de manera especial a los republicanos, para que pudieran disfrutar plenamente de las bondades del recién instaurado sistema. Así se publicaron periódicos como *La República Española*, *El Gorro Frigio* o *La Legalidad* –obsérvese cómo el lenguaje vuelve a adaptarse a la política dominante– o incluso sociedades masónicas, espiritista, republicanas y, por supuesto, obreras. Muchas de estas tendencias asociacionistas se entremezclaron en muchos casos, por lo que no resultaba extraño, por ejemplo, ver a periódicos puramente obreros como *El Trabajo*, alabar los valores de la masonería. Quizás la amalgama más importante, o al menos la que más nos interesa para el desarrollo de esta investigación, fue la que se dio entre el movimiento obrero y el republicanismo federal. Esta unión significaba una vuelta a los tiempos de las asociaciones y de *La Aurora*, cuando eran los federalistas la punta de lanza de las movilizaciones. El ejemplo más flagrante de ello fue la fundación en 1873 del Centro Nacional de Artesanos, impulsado por Niceto Solá y Feixas y Enrique Hompanera –catalán y madrileño respectivamente–. Declarándose “leales peninsulares” solicitaron al gobierno fundar una sociedad de recreo con atribuciones similares a las del Casino Español de La Habana y la Sociedad del Pilar (Casanovas, 2000). El Capitán General

autorizó de manera casi inmediata la creación del Centro Nacional, así como la de otras sociedades obreras vinculadas a esta institución. El objetivo de Pieltain era claro: reducir la competencia de poder que le hacían los comerciantes, hacendados y marquistas desde el Casino Español.

En medio de esta nueva realidad social un nombre volvía a resurgir en los círculos obreristas: Saturnino Martínez. Martínez, pese a haber sido empujado al olvido por las autoridades integristas, nunca perdió relevancia dentro del mundo obrero, siendo un emblema entre los tabaqueros. Este colectivo, que suponía una mayoría dentro del Centro Nacional, lo consiguió nombrar presidente de esta institución. El Centro Nacional –como cualquier organización de la época que se preciase– necesitaba de un vocero que difundiese sus prédicas entre las masas, lo que dio lugar al nacimiento de una nueva publicación: *La Unión. Semanario político de ciencias y literatura, dedicado a los artesanos*. Y no son de extrañar las similitudes que pudieran encontrarse en cuanto a título con el último periodo de *La Aurora –semanario de Ciencias, Literatura y Crítica–* ya que el fundador y director del nuevo rotativo insular fue el propio Saturnino Martínez. Este, a través de las páginas de su periódico, anunció lo que supondría la guinda del pastel para el obrerismo federalista cubano: la creación del Comité Central Republicano Federal de Artesanos de La Habana. Con la fuerza que concedía un partido político –con sede en el Centro Nacional– y el apoyo de una asociación y de un medio de comunicación, el republicanismo federal se posicionaba como oponente directo al poder del partido español en la Isla.

Después de haber mantenido encendida la llama del movimiento obrero en medio de una atmosfera hostil por el integrismo españolista, los federalistas recibieron un soplo de aire fresco –un huracán casi– con la llegada de la Primera República. Desde el 11 de febrero de 1873 los republicanos federales, y con ellos los obreros, no habían hecho más que fortalecer cada vez más su posición. Por si esto fuera poco, la llegada de Pieltain, quien no ocultó desde un principio su apego y predilección por el sector federalista, elevó tanto los ánimos de estos que incluso se atrevieron a atacar abiertamente desde sus publicaciones el mantenimiento del sistema esclavista. Pese a que este seguía siendo un tema prohibido –no dejó de serlo hasta que el gobierno metropolitano se pronunció a favor de la abolición en junio– *La Unión* dedicó multitud de líneas a declarar lo inhumano de las prácticas esclavistas. Esta campaña pronto fue secundada por las demás publicaciones republicanas, generando un debate de dimensiones nada desdeñables alrededor del abolicionismo. No tardó en hacerse escuchar la respuesta del ala más reaccionaria del partido español. Desde sus pasquines, este ferviente sector del integrismo español comenzó a tildar a los federales de antipatriotas o incluso de adeptos a la causa independentista de César Manuel de Céspedes. Como era de esperar teniendo en cuenta la pasión de cada uno de los grupos, el debate ideológico pronto saltó de las páginas de la prensa a la realidad sociopolítica de Cuba. Los componentes del partido español, haciendo uso de su mejor posicionamiento dentro del Cuerpo de Voluntarios, expulsaron del seno de esta milicia a todos aquellos artesanos miembros o sospechosos de ser miembros del republicanismo federal. La presión ejercida por este grupo que, pese al cambio de régimen en la metrópoli, seguía teniendo un peso importantísimo en la sociedad y la economía cubanas terminó por conseguir que Pieltain fuese depuesto en favor de un Capitán General, Jovellar, más afín al gobierno que *merecían los buenos españoles*.

Una de las primeras medidas del nuevo gobernador colonial fue reestablecer la

censura de todos aquellos periódicos que no fuesen integristas¹⁴⁸. A pesar de todo, parar una máquina con la inercia que tenía ya el movimiento asociacionista obrero de Cuba en 1873 resultaba tarea casi imposible y más en un ambiente tan caótico como el que resulta de un contexto de guerra. Los artesanos se negaban a dejarse doblegar, no después de todo lo avanzado y, desde luego, no sin luchar. Con esta irreductible actitud combativa los trabajadores del sector del tabaco, utilizando como plataforma de coordinación el Centro Nacional, exigieron un aumento de los salarios. Esta petición se hizo de manera simultánea en diversas fábricas¹⁴⁹. A esta protesta se sumaron los cargadores del muelle, los carretoneros y los cocheros. El hombre al frente de la organización de este conflicto fue Saturnino Martínez quien, tras ser elegido como representante en una asamblea formada por más de setecientas personas, decidió formar unas *comisiones* que pasasen en grupo por las fábricas exigiendo a los dueños de manera directa el aumento de los salarios¹⁵⁰. Sin embargo, y casi de manera simultánea al desarrollo de estos acontecimientos, en España se producía el Golpe de Estado de Pavía que ponía fin a este reverdecer de las prácticas obreristas en Cuba e iniciaba otra etapa, la de la clandestinidad. Sin embargo, cabe destacar la importancia que el movimiento de Martínez tuvo en el desarrollo del movimiento anarquista que surgiría, como tal, en la década siguiente. La formación de unas comisiones que se encargaban de ir fábrica por fábrica haciendo personalmente sus peticiones resulta ser un método de presión y/o lucha muy similar al de los más contemporáneos piquetes obreros. En ningún momento hablan las fuentes de que estas comisiones ejerciesen ningún tipo de violencia de carácter físico o práctico, pero no hay lugar a dudas de que se trató de un paso adelante en el asentamiento de un movimiento obrero más estable y moderno. Por otro lado, estos *comités* eran, con sus limitaciones y diferencias, una antesala a una de las prácticas más características de los libertarios a lo largo de su historia: la acción directa. Este tipo de método de lucha no hay que relacionarlo necesariamente, como muy a menudo se ha hecho desde todo tipo de plataformas divulgativas, con un ejercicio de violencia desmedida materializada en disparos y explosiones. La acción directa, para el anarquismo, es un tipo de interacción directa de los oprimidos con sus opresores –utilizando el lenguaje libertario– para intentar conseguir sus objetivos. En palabras de la famosa escritora anarquista Voltairine de Cleyre (2013):

¹⁴⁸ Esta censura previa ante la que se debían doblegar las publicaciones cubanas tenía unos claros tintes políticos ya que únicamente se censuraba a aquellos pasquines que no divulgaban los valores y las doctrinas del integrismo españolista, es decir, los que no defendían las posturas del partido español. Sin embargo, esta ablación de las libertades esconde también un elemento clasista ya que el propio Jovellar, tal y como reproduce Casanovas (2000: 136), telegrafió a Madrid explicando el porqué de su decisión con esta frase: “Las clases superiores están sometidas, cosa que no ocurre con las inferiores”. Esta breve cita esconde un trasfondo clasista en el que los hábitos del *buen español* y la lealtad a la patria se relacionan con las clases más altas de la sociedad, mientras que la rebeldía y la oposición a las normas quedan identificadas con las clases medias como si la protesta fuese aquella interiorización de la estructura social de la que hablan entre otros José R. Torregosa y Concepción Fernández (1984: 421-446).

¹⁴⁹ Este conflicto sociolaboral fue consecuencia de una crisis monetaria en la Isla que afectó con especial virulencia a los cigarreros. La Guerra había hecho que el Banco Español de La Habana imprimiese una cantidad desmedida de moneda fiduciaria para costear los gastos derivados del conflicto. Esto generó la caída del valor de la moneda lo que, unido al desabastecimiento de bienes de primera necesidad que creaba ya de por sí el estado de guerra, provocó un aumento del precio de estos productos. Esta inestabilidad monetaria provocó que muchos de los fabricantes de las principales manufacturas exportables tuviesen que cerrar factorías o reducir plantillas, lo que generó un enorme crecimiento del desempleo y el consiguiente empobrecimiento de la clase trabajadora.

¹⁵⁰ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 5899. Expediente del Centro Nacional.

Cada persona que alguna vez haya planeado hacer alguna cosa, y fue y la hizo, o que haya presentado un plan a los demás y ganado su cooperación para hacerla con ellos, sin tener que dirigirse a autoridades exteriores a pedirles que por favor la hicieran por ellos, ha sido practicante de la acción directa. Todos los experimentos cooperativos son esencialmente, acción directa. Toda persona que alguna vez en su vida haya tenido que resolver una diferencia con otra persona, y se haya dirigido directamente a la otra u otras personas involucradas para resolverla, ya sea de manera pacífica u otra, era un practicante de la acción directa.

Ciñéndonos a esta definición dada por una de las voces más autorizadas del anarquismo de finales del XIX, vemos cómo la movilización de 1873 constituyó la primera toma de contacto de los trabajadores cubanos con los métodos de acción del socialismo revolucionario. Las comisiones de obreros inauguraban un nuevo modelo de relaciones sociales entre trabajadores y patronal que, pese a ser frenado por la llegada del conservador sistema de la Restauración, fue clave en el desarrollo del movimiento obrero que se daría en las dos últimas décadas del siglo.

El cambio de régimen en la metrópoli dio un giro a la política colonial. El año 1876 fue clave a este respecto, ya que no solo se aprobó la constitución que daría legitimidad al nuevo sistema sino que, además, la derrota de los carlistas en la Península permitió al gobierno español centrarse en poner fin a la amenaza independentista en Cuba. Para ello, se envió al general Arsenio Martínez Campos quien inmediatamente puso todo su empeño –y un número elevado de tropas– en derrotar la insurrección en el menor tiempo posible. La nueva política fue clara: mientras Martínez Campos utilizaba el puño de hierro en el campo de batalla, el gobierno de Cánovas aplicaba el guante de seda iniciando un proceso de reformas destinado a mostrar a los cubanos las buenas intenciones de un nuevo gabinete que velaría por defender sus intereses. Uno de los primeros grupos afectados por la mano dura de Martínez Campos fue el partido español quien, por primera vez desde que comenzara la guerra, quedó subordinado de manera efectiva al poder gubernamental. Simultáneamente, como premio a la lealtad y a modo de plataforma para dar ejemplo de los beneficios que reporta ser *buen español*, la máxima autoridad en la Isla otorgó a los peninsulares y a los criollos fieles a España la posibilidad de fundar asociaciones, independientemente de la clase social o la procedencia de sus miembros. Fue este el inicio de una nueva oleada asociacionista en la que se crearon centros regionales, gremios patronales y organizaciones obreras de enorme importancia. Sin embargo, y pese a lo liberadora que pudiese parecer, esta concesión por parte del gobierno español estaba orientada, en el fondo, a tener mejor organizados a los diferentes grupos –principalmente a las élites industriales– para poder llevar a cabo de una manera más efectiva el cobro de los impuestos (Roldán de Moltaud, 2000).

No solo los grupos más afines al nuevo régimen –como los comerciantes, que fundaron la Junta General de Comercio en 1876– pudieron crear instituciones propias, también los trabajadores republicano-federales pudieron hacerlo pese a sus claras desavenencias con el nuevo régimen. Estos, en medio de este contexto de expansionismo societario, crearon en la capital insular una asociación llamada Sociedad de Recreo de Obreros, “un centro de instrucción y recreo cuyo reglamento no hacía referencia a la raza de sus asociados” (Naranjo, 2009: 191) y que sentaría las bases de futuras asociaciones de corte más libertario como el Círculo de Trabajadores (1985). Junto con el *Recreo*, como se conocía popularmente a esta asociación, el gobierno permitió la publicación de un semanario obrero de corte reformista, *La Razón*, que desde el principio se convirtió en el vocero de los federales. Como señala Casanovas (2000: 140), el Recreo fue el resultado del empeño de los trabajadores por tener un centro de recreo en el que tuviesen cabida

las clases populares, independientemente de su etnia u status, dado que en el Casino Español solo entraban aquellas personas pertenecientes a las familias más acomodadas. Como en casi todas las acciones obreristas acaecidas desde los años sesenta, nuevamente debemos de hablar aquí la figura de Saturnino Martínez y es que este tabaquero asturiano volvería a posicionarse como máxima figura del movimiento obrero cubano al ser nombrado presidente del Recreo en 1877. Con Martínez a la cabeza, el Recreo tuvo que hacer frente a la falta de libertades existente en la Isla desde la llegada del nuevo gobierno colonial. Si bien es cierto que Martínez Campos concedió cierto margen de maniobra a la hora de establecer sociedades a los peninsulares y criollos fieles a España, no se mostró tan generoso en lo que al margen de maniobra de estas instituciones se refiere. Cualquier paso en falso que pudiera malinterpretarse como un acto de subversión significaría con mucha probabilidad la clausura inmediata de la asociación. Debido a este ambiente represivo, la actividad sindical del Recreo fue bastante comedida durante los primeros años de su existencia, funcionando como un centro de reunión de diferentes asociaciones culturales de la capital y como una institución casi exclusivamente de cultura y ocio. La educación, aspecto que como hemos visto siempre estuvo en la mente de Saturnino Martínez, fue una de las principales tareas del Recreo. Para hacer frente al problema del masivo cierre de escuelas provocado por la guerra, la sociedad de artesanos abrió una biblioteca, una sala de lectura y una pequeña escuela para niños y adultos aunque esta última, según el expediente relativo al Recreo de Obreros¹⁵¹, fue cerrada al igual que el propio Recreo en 1879 por inculcar ideas separatistas a sus alumnos.

En medio de un contexto de guerra en el que se intentaba recuperar el poder de una colonia en rebelión mediante el uso combinado de mano dura y reformas aperturistas, el gobierno español se vio en la obligación de tratar la cuestión del estatus de una parte importante de su sociedad: las personas de raza negra. El bando insurrecto se había postulado desde un principio como libertador de los esclavos, lo que le granjeó innumerables apoyos por parte de la población negra¹⁵². Para intentar contrarrestar esto, el nuevo gabinete decidió otorgar tanto derechos como obligaciones a la numerosa comunidad no blanca residente en Cuba pretendiendo con ello mermar la cosificación de este colectivo e integrarlo dentro del plan de reformas previsto por el gobierno español. Para ello se decretó desde 1874 que “los propietarios de esclavos tenían que ceder al ejército una parte de sus siervos y de sus asiáticos sujetos a contrata, quienes serían declarados libres al finalizar la guerra” (Casanovas, 2000: 141). Esto cumplía un doble objetivo. Primeramente se integraba, en cierta medida, a la población no blanca dentro de la *sociedad real* mediante una institución como el ejército, que en tiempos de guerra cumple una indudable función socializadora como bien explica James S. Coleman (2011: 376) al afirmar que:

Las órdenes religiosas, el ejército y otras instituciones usan varias técnicas para socializar a los individuos que entran en ellas con el fin de darles una nueva identidad. En todos estos

¹⁵¹ AHN. Fondo Ultramar. Legajo, 5897. Expediente del Recreo de Obreros.

¹⁵² Según explicó el coronel Adolfo Jiménez Castellanos en el capítulo XIII de su obra *Sistema para combatir las insurrecciones en Cuba según lo que aconseja la experiencia* (1883: 83-87) dedicado a las condiciones en que se encontraban las tropas insurrectas entre 1873 y 1875, aproximadamente el cincuenta por ciento del ejército rebelde estaba compuesto por esclavos que vieron en los independentistas su billete hacia la libertad. La intransigencia que hasta el estallido de la guerra había mostrado el gobierno español con respecto al abolicionismo, pese a acuerdos como los alcanzados con Inglaterra, habían hecho que la población esclava no concibiese el final del trabajo cautivo dentro del régimen del imperio español. Esto hizo que, en las zonas dominadas por los independentistas, tomaran parte en la causa de unos insurrectos que, si bien no se sabía cual sería su posición en caso de una hipotética toma de poder, ya les había otorgado más derechos y deberes que la administración colonial.

casos parece que las actividades socializadoras son intentos de crear una nueva persona, de forma tal que las acciones del individuo estén dictadas por la voluntad o el propósito imaginados del actor con el que se ha identificado: los padres, un Estado Nacional, una empresa, una orden religiosa, una profesión o una disciplina académica.

Fue precisamente esta una de las intenciones principales del gobierno colonial al incorporar esclavos a las filas de su ejército. Con el uso de un objetivo tan seductor como el de la libertad se generaba un mayor compromiso por parte de los esclavos. Estos, buscando la rápida satisfacción de sus deseos, se integrarían de manera más profunda en las tropas, adquiriendo con ello una mayor identificación con los valores que mueven a los integristas, lo que haría a la Corona ganar adeptos y provocaría, simultáneamente, la reducción de apoyos a los separatistas. Por otro lado, la inclusión de esclavos y asiáticos en las filas del ejército servía para aumentar de forma considerable el número de soldados del bando español, lo que suponía una ventaja considerable en una guerra de desgaste como la que se estaba librando en Cuba.

En segundo lugar, además de la integración social a través del ejército, el gobierno activó otros mecanismos con los que captar la lealtad de los no blancos. Desde la llegada de Martínez Campos a la administración colonial los asiáticos y las personas libres de color pudieron fundar sus propias sociedades de recreo y de socorros mutuos. Esta tolerancia, que buscaba mermar los apoyos a los independentistas por parte de esos grupos, fue una consecuencia directa de la guerra, que había reducido la enorme segregación racial predominante hasta entonces en las relaciones sociales en la Isla. Asiáticos y negros utilizaron la misma estrategia que durante los primeros años del conflicto habían empleado los trabajadores peninsulares para establecer sus sociedades: utilizar nombres que denotasen una clara devoción hacia los valores que definen España. Así era común ver nombres como Sociedad Nuestra Señora de Santa Ana (Remedios)¹⁵³, fundada por asiáticos, o Sociedad Benéfica Jesús, María y José, creada por personas de color en la capital cubana. No fue baladí el hecho de que optasen precisamente por hacer uso de nomenclaturas que hicieran referencia a elementos propios del catolicismo dado que en esta época el gobierno español, en su plan de integración de Cuba a España, estaba intentando reducir el influjo de otras religiones en la Isla. Durante este periodo de relativa permisividad asociacionista, aquellas sociedades que estaban excesivamente africanizadas –especialmente si lo estaban desde un punto de vista religioso– tenían mayores dificultades a la hora de poder regularizar su fundación. Como parte de la reconstrucción histórica que llevaron a cabo los gobiernos de La Restauración, basada en los pilares del catolicismo y la Corona (Carr, 2009), la administración colonial decidió reducir inmediatamente las prácticas religiosas de los africanos, por lo que se incrementó enormemente el control sobre los ñáñigos con medidas como verificar que no había negros criollos¹⁵⁴ en las sociedades o hacer registros de todos los cabildos. Esto provocó que algunas de estas sociedades africanas cambiasen sus reglamentos y sus nombres en busca de un resquicio legal que permitiese su supervivencia. Sin embargo, la administración española abrió más su mano con los cabildos más importantes y les permitió algunos pequeños privilegios con el fin de que un desmesurado hostigamiento no derivase en un apoyo a la causa independentista.

¹⁵³ ANC. Fondo Gobierno General. Legajo 191. N° de Expediente 10832

¹⁵⁴ El no permitir que los criollos negros pudieran formar parte de los cabildos africanos era, en la práctica, una manera velada de terminar con estos a medio y largo plazo. La prohibición de admitir criollos, junto con el hecho de que la trata hubiese desaparecido como tal en 1867, hacía que estas sociedades africanas no pudiesen incorporar nuevos miembros, lo que por ley natural las condenaba a su fin.

La realidad dentro de la Isla estaba por lo tanto clara. El gobierno desarrolló una política social que entremezclaba mano dura con concesiones a aquellos individuos que se mostrasen afines a la causa españolista. Además, se puso en marcha un proceso de integración de los elementos presumiblemente más díscolos de la sociedad mediante organizaciones como el Ejército o la religión que les permitiese absorber los valores clave del *espíritu del buen español*. Todas estas medidas fueron destinadas a los colectivos que, por diferentes motivos, pudieran estar más descontentos con el funcionamiento del régimen español y en consecuencia fueran más susceptibles de ser captados por las promesas libertadoras de los separatistas: las clases populares y las razas no blancas. Este giro del gobierno español solo se centró en captar a aquellos trabajadores que se encontraban afincados dentro de las fronteras de la colonia. Sin embargo, había un enorme grupo de obreros que por distintas razones se encontraba en el exilio y para los cuales la asimilación de valores durante el periodo 1868-1878 fue totalmente diferente, aunque no menos importante para el modelo asociacionista y obrerista que se desarrolló tras el conflicto y por ende para nuestra investigación.

3.3.1. Estados Unidos como pieza fundamental en el surgimiento del anarquismo en Cuba.

Al hablar de los trabajadores cubanos exiliados nos referimos, debido al porcentaje que estos representaban, casi exclusivamente a aquellos afincados en los Estados Unidos. Dentro de las fronteras del *gran vecino del norte*, los obreros cubanos se instalaron mayoritariamente en tres áreas, influenciados por los paralelismos productivos que presentaban con respecto a Cuba: Tampa, Cayo Hueso (Key West) y Nueva York. La cercanía de las costas estadounidenses y la enorme actividad tabacalera que se desarrollaba en estas áreas facilitaron el trasvase de una enorme masa poblacional. A estos trabajadores emigrados, además de por la comodidad de la proximidad, el periplo a los Estados Unidos les resultaba atractivo por el incremento de salario que les suponía y por las mejoras en el estatus social y legal de las que se gozaba en una tierra, la *de las* oportunidades, que se jactaba de haber creado una sociedad libre y llena de derechos. La crisis tabacales de los años sesenta y el estallido de la Guerra de los Diez Años potenciaron, más si cabe, este flujo migratorio, cuya existencia fue decisiva en la formación de ese componente anarquista que definió al movimiento obrero cubano en los años posteriores al conflicto (Colodrón, 2015a). Estos viajes –itinerantes o permanentes– incidieron de dos maneras en la lucha obrera cubana, tanto del propio periodo 1865-1878 como de los años posteriores. Por un lado, establecerse en un lugar donde existía de manera aceptablemente efectiva el estado de derecho permitió a los obreros cubanos unas libertades de asociación y de manifestación indudablemente mayores de las que podrían haber disfrutado en Cuba. Esto permitió que muchos de estos trabajadores no solo pudiesen fundar sus propias sociedades, sino que también entrasen en contacto directo con las organizaciones estadounidenses y los modernos –y socialistas– métodos de lucha que estas ponían en práctica. Gracias a esta interrelación, los trabajadores cubanos pudieron observar de primera mano las ventajas del asociacionismo de clase y la efectividad de las huelgas generales. En pocas palabras, Estados Unidos fue un campo de pruebas para los obreros comprometidos que cruzaron sus fronteras. Prueba de ello fue que tras su paso por este *laboratorio* muchos de los obreros que regresaron a Cuba después de haber adquirido un alto grado de pericia sindicalista fueron transmisores de experiencias e ideologías modernizadoras y se posicionaron como líderes del movimiento

obrero insular¹⁵⁵. Por otro lado, EEUU fue un arma utilizada por los obreros cubanos afincados en la Isla para mantener más firmes sus posiciones e intentar llevar a buen término sus exigencias. La huelga resultaba ser una práctica en cierta medida contraproducente para los trabajadores ya que durante el tiempo en que se prolongase el paro los trabajadores dejaban de recibir ingresos y, además, una vez terminada la reivindicación generalmente se desataba una oleada represiva contra todos aquellos obreros que habían participado en la disputa. Estados Unidos contribuía de manera indirecta a paliar estos contratiempos ya que muchos de los trabajadores, mientras se mantenía la huelga, trabajaban en las fábricas estadounidenses como medio para conservar el flujo monetario de su economía familiar. Asimismo, cuando el gobierno y la patronal tomaban represalias contra los manifestantes, estos se refugiaban en el país vecino hasta que la situación volvía a la normalidad¹⁵⁶. Por si todo esto fuera poco, la lectura en las tabaquerías seguía vigente en el estado federal aspecto que, sumado a las libertades ideológicas que regían en Norteamérica, actuó de detonante para la expansión de las nuevas ideas socialistas entre los cientos de cubanos que habitaban las regiones tabacaleras

Estas zonas tabaqueras de EEUU sirvieron de campo de pruebas para los obreristas cubanos, que vieron directamente cómo se podían aplicar los métodos socialistas de lucha de clases en uno de los principales sectores productivos de Cuba. Los cigarreros seguían, aun en el exilio, siendo la punta de lanza del movimiento obrero cubano. Sin embargo, hay un territorio de la extensa potencia norteamericana que, si bien no se destacaba por ser una zona esencialmente productora de tabacos, fue elemental en el proceso de asimilación del anarquismo por parte del movimiento obrero cubano: Nueva York. La gran manzana acogió a un gran número de emigrados de todo el mundo debido a la cantidad de oportunidades que ofrecía a mediados del siglo XIX. En esta ciudad, los cubanos, principalmente por una cuestión de afinidad lingüística, mantuvieron relación con los colectivos español e italiano. Los españoles asentados en la gran urbe estadounidense, muchos de ellos empleados en los puertos, eran mayoritariamente simpatizantes –cuando no militantes– del movimiento libertario (Alonso, 2006), lo que provocó que gracias al intercambio de prensa y propaganda socialista las ideas ácratas comenzasen a difundirse entre la población caribeña. Además, *La Capital del Mundo* acogió entre 1872 y 1876 al Consejo General de la AIT lo que hizo de Nueva York el epicentro global del socialismo en los años de mayor éxodo cubano. La propaganda anarquista fluía libre por la ciudad y comenzaba a calar hondo en una población antillana ansiosa de promover el programa ácrata dentro de sus fronteras.

La vuelta a casa de la mayoría de estos trabajadores se produjo tras el final de la guerra. Con el Pacto de Zanjón, los separatistas abandonaron la lucha armada a cambio de

¹⁵⁵ Dos importantes ejemplos de este aprendizaje son José de Jesús Márquez, de quien ya hemos hablado en páginas anteriores, y J.C. Campos. Este último individuo, que aparecerá con más detalle a medida que nos introduzcamos en el estudio de movimiento obrero de la década de 1880, fue una de las figuras claves del anarquismo cubano finisecular. Tras haberse exiliado por motivo del estallido de la guerra a EEUU, donde destacó por su carácter reivindicativo, regresó a Cuba instruido en las prácticas libertarias para iniciar un proceso de relaciones solidarias entre anarquistas españoles y cubanos (Fernández, 2000).

¹⁵⁶ La búsqueda de refugio en los EEUU fue una práctica común desde las primeras acciones obreristas en Cuba, pero fue a partir de los años 70, con la creación de las llamadas *listas negras*, cuando tomó mayor importancia. Las listas negras fueron una estrategia seguida en la década de 1880 por las élites socioeconómicas cubana reunidas en la Unión de Fabricantes de Tabacos. Consistía en la elaboración de listados en los que aparecían los principales dirigentes obreros y que se repartían entre los dueños de las fábricas con el fin de que, en un acto de solidaridad entre empresarios, se vetase a esos trabajadores en todas las factorías de la Isla. El exilio fue un arma para combatir estas acciones.

que el gobierno español aplicara en Cuba las mismas reformas que ya se habían introducido en Puerto Rico, entre ellas la abolición de la esclavitud. Además, existía una cláusula por la cual la administración colonial se comprometía a perdonar a los separatistas y a liberar a los presos y deportados. El aumento de las libertades derivado del acuerdo coincidió con una fuerte ola de desempleo en Key West que aceleró el regreso de muchos de los obreros exiliados. La marcha de gran número de estos cubanos provocó en las fábricas del Cayo un vacío de mano de obra que los obreros que no volvieron a Cuba quisieron aprovechar para mejorar su posición. Convocaron así en agosto¹⁵⁷ una huelga del sector tabacalero que demandaba mejoras salariales y sociolaborales. Sin embargo y pese a la falta de brazos en la industria, los tabaqueros no solo no consiguieron hacer efectivas sus demandas sino que se vieron golpeados por un cierre patronal general que obligó a muchos a cruzar el Estrecho de Florida Rumbo a casa. Con la llegada de este contingente de obreros exiliados el obrerismo cubano volvía a contar con todas las piezas. Los retornados y quienes nunca abandonaron la Isla se volvían a encontrar en aquellas fábricas donde comenzaron su actividad reivindicativa más de una década atrás. La experiencia y el paso del tiempo habían cambiado la perspectiva y los modos de acción de este grupo, pero no sus aspiraciones, lo que creaba una mezcla que por fuerza debía derivar en un nuevo modelo de relaciones sociolaborales para la década que comenzaba. Un modelo marcado por una ideología dominante: el anarquismo.

¹⁵⁷ Agosto es una fecha importante para la producción tabacalera ya que suele ser el mes en el que, en determinadas zonas como es el caso de Key West, se reactiva la producción de tabacos.



4. LA RADICALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO: DEL ANARQUISMO CLÁSICO AL NACIONALISMO LIBERTARIO.





La Guerra de los Diez Años supuso un punto de inflexión en el sistema de relaciones sociales vigente en Cuba. La dilatada duración del conflicto, así como la enorme cantidad de componentes sociopolíticos subyacentes dentro del mismo, contribuyeron a alterar de forma irreversible un modelo de *colonialidad* hasta entonces incuestionable en la Isla. El concepto de *colonialidad* –término utilizado por algunos autores- implica que toda estructura política y económica que permite a los distintos países mantener colonias de su nación mediante la administración directa e indirecta de los recursos del trabajo, se propicia no solo por el control de las relaciones sociales de producción, como señala la visión marxista del *colonialismo*, sino por de las formas de ser, de pensar y de representar el mundo de los grupos sociales (Quijano, 1992). Bajo esta concepción, aspectos como la raza o la pertenencia a una determinada clase social adquieren una importancia similar a la de las relaciones productivas en la estructuración del sistema de dominación. Uno de los teóricos más importantes de la ciencia militar moderna, Carl von Clausewitz (2005: 21), afirmaba que “la guerra es una mera continuación de la política por otros medios” y, como acción política que es, tiende a realizar modificaciones en el modelo de relaciones sociales establecido.

Las concesiones otorgadas en Cuba por la administración colonial a los insurrectos de Yara confirman el carácter político y social del enfrentamiento y lo sitúan dentro de esa concepción que define al conflicto bélico como “un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar [una determinada] voluntad” (Clausewitz, 2005: 23). La Paz de Zanjón no sirvió para que el bando mambí viese satisfecha ninguna de las demandas principales de su levantamiento –la independencia de Cuba y el abolicionismo- pero sí que contribuyó a la obtención de algunos derechos sociopolíticos que alteraron el sistema de relaciones dentro de la sociedad cubana, como fueron las libertades de asociación, reunión y prensa. Si bien es cierto que el tratado no incluía explícitamente la abolición de la esclavitud como una de sus cláusulas, la actuación que desde un principio llevaron a cabo los insurrectos con respecto a la población de color, tanto libre como esclava, provocó una transformación en la mentalidad de la sociedad cubana que alteró completamente el modelo de relaciones sociales vigente en Cuba. La guerra, por tanto, no fue causa directa del final del sistema de producción esclavista, pero sí que aceleró un proceso abolicionista que se llevaba posponiendo de manera forzada desde hacía más de tres décadas. De este modo, con su actitud, el relativamente reducido grupo de insurgentes que comenzaron el conflicto tras rebelarse contra el poder establecido en 1868 habrían desempeñado esa labor vanguardista que Lenin (1986) describiría en una de sus más célebres teorías. Según los planteamientos del revolucionario ruso, dentro de un Estado represivo como el que, en este, caso representaría la administración colonial española, el pueblo se encuentra privado tanto de los mecanismos como de la preparación necesaria para llevar a cabo un proceso insurreccional y, en consecuencia, precisa de unas élites revolucionarias que se encarguen de promover el espíritu subversivo entre las

masas y de comandar la revolución. Esta vanguardia serviría como transmisor de *conocimiento* revolucionario, generando así dentro de la clase trabajadora la capacidad de emprender acciones colectivas propias¹⁵⁸. En el caso que aquí nos atañe, la *vanguardia mambí* encendió la mecha definitiva del abolicionismo mediante la liberación e incorporación a sus filas, en igualdad de derechos, de los esclavos que encontraban a su paso. Esta acción supuso un cambio en la estructura de las relaciones sociales en las zonas dominadas por los insurgentes, provocando un cambio de mentalidad entre sus habitantes. Sin embargo, este trato hacia los esclavos no solo desencadenó cambios en estas áreas, ya que en las regiones fieles a la corona, las autoridades comenzaron a otorgar ciertos derechos a los esclavos y a las personas libres no blancas como medio para evitar posibles motines, generándose así una irreversible modificación en el organigrama sociopolítico de toda la Isla. La esclavitud ya no solo resultaba inviable económicamente dentro de un contexto de capitalismo industrial, sino que comenzaba a ser censurada por gran parte de la masa social insular. La guerra, por tanto, había cambiado las reglas del juego y, una vez firmada la paz, se hizo evidente la necesidad de una modificación del sistema de relaciones sociales que se adaptase mejor a la nueva realidad surgida tras el conflicto.

En el ámbito laboral, la aceleración del proceso abolicionista y el reconocimiento de las libertades incluidas en el Pacto de Zanjón tuvieron, si cabe, mayor impacto. Todo el modelo productivo de Cuba, cimentado sobre la base de la explotación de grandes plantaciones mediante mano de obra esclava, se desmoronaba en favor de un sistema capitalista que requería un menor número de trabajadores pero una mayor cualificación de los mismos, generando en muchos momentos la necesidad de importar desde Europa obreros más familiarizados con la industrialización que se pretendía llevar a cabo. La llegada de una masa proletaria inmigrante, unida a la incorporación de los cada vez más numerosos libertos, provocó un aumento en la competitividad laboral y añadió nuevos problemas -como el desempleo o el abaratamiento salarial- a la ya de por sí difícil situación de los trabajadores de Cuba. Dada esta coyuntura, la organización obrera reaparecía en la Isla como un medio útil a través del cual hacer frente a una realidad sociolaboral que se antojaba incierta y desconcertante. La situación era idónea para la vuelta a la acción del obrerismo nacido en la década de 1860, ya que confluían simultáneamente el reconocimiento de ciertas libertades por parte del gobierno, el empeoramiento de las condiciones laborales y una economía de posguerra. El reformismo obrero vio en este periodo de cambios sociales y políticos una oportunidad de resurgir del ostracismo al que la guerra le había condenado e, inmediatamente, presentó su candidatura para volver a ser el timonel de las luchas de los trabajadores obreros cubanos.

Pese a que las condiciones sociopolíticas creaban un marco aparentemente inmejorable para el desarrollo del programa y de las prácticas propias del reformismo y a que “el movimiento obrero seguía estando bajo la dirección de los reformistas

¹⁵⁸ Según los planteamientos del revolucionario ruso, dentro de un Estado represivo como el que, en este, caso representaría la administración colonial española, el pueblo se encuentra privado tanto de los mecanismos como de la preparación necesaria para llevar a cabo un proceso insurreccional y, en consecuencia, precisa de unas élites revolucionarias que se encarguen de promover el espíritu subversivo entre las masas y de comandar la revolución. Esta vanguardia serviría como transmisor de *conocimiento* revolucionario, generando así dentro de la clase trabajadora la capacidad de emprender acciones colectivas propias. Antonio Gramsci (2000) hizo una revisión de estos planteamientos leninistas y estableció que, para una correcta transmisión al pueblo de los principios revolucionarios, las élites necesitan de unos líderes intermedios que sirvan como puente entre clases.

republicanos" (Casanovas, 2000: 171), un número cada vez mayor de trabajadores comenzaba a dar la espalda a este movimiento y a dirigir su mirada hacia los planteamientos socialistas que estaban en boga dentro del obrerismo europeo. Diez años y una guerra modifican extraordinariamente tanto la realidad sociopolítica de cualquier lugar como la mentalidad de sus habitantes con respecto a su modo de percibir y adaptarse a los cambios estructurales. Según Kuhn (2004: 128), "las crisis son una condición previa y necesaria para el nacimiento de nuevas teorías". En consecuencia, una crisis como la que forzosamente generó un conflicto bélico tan prolongado como la Guerra de los Diez Años trastoca no solo las estructuras socioeconómicas tradicionales de una comunidad sino también las consideraciones psicológicas de los miembros que la componen. No obstante, esta alteración estructural y sensorial no se produjo de manera espontánea tras la firma de la paz. Como señala Kuhn (2004:141), la aparición de nuevos paradigmas surge, al menos en embrión, antes de que una crisis haya avanzado mucho en su desarrollo, aseveración que, para el caso que nos ocupa, resulta evidente si nos remontamos de nuevo a sucesos como los de las huelgas de principios de la década de 1860, analizados con anterioridad. Como se dijo, en el preludio del Grito de Yara, pese a que el reformismo dirigía indiscutiblemente el movimiento obrero cubano, se podían observar discursos y prácticas más cercanas a las defendidas por el socialismo que a postulados puramente reformistas. El estallido de la contienda alteró la normal evolución movimiento obrero cubano que, tendente a la radicalización desde los momentos previos al conflicto, parecía orientado hacia una transformación socialista. A pesar de que el socialismo, propiamente dicho, no se desarrolló plenamente en Cuba hasta después de 1878.

La guerra que, como señalamos en el capítulo anterior, actuó a modo de elemento de ralentización en el avance del obrerismo cubano, en su epílogo, sirvió de pedernal desde el que avivar la llama del movimiento obrero en la Isla. Terminado el conflicto y sellado el compromiso de reforma por parte del gobierno colonial, las clases populares requerían la acción de una corriente que abarcase sus demandas y aportase soluciones inmediatas a sus apremiantes necesidades. El reformismo, dado su carácter conciliador y paciente, se mostraba a este respecto ineficaz y los trabajadores cubanos comenzaron a buscar nuevos modelos de lucha que se adaptasen mejor al contexto socioeconómico de la posguerra. Ya en estos primeros momentos de reactivación obrerista en Cuba, hubo multitud de proletarios que comenzaron a coquetear con los planteamientos del socialismo revolucionario, pero no fue hasta 1881 -o incluso 1882- cuando el anarquismo como tal puede ser considerado como una fuerza verdaderamente relevante dentro del panorama sociolaboral cubano¹⁵⁹. La etapa comprendida entre el final de la guerra y el inicio de la década de los ochenta supuso, más bien, un periodo de búsqueda de identidad para las masas trabajadoras; una época de autodefinición ideológica en la que reformistas y libertarios buscaban posicionarse al frente del movimiento obrero cubano.

Tras años de relativa calma en lo referente a las luchas laborales, hecho indudablemente relacionado con el contexto bélico de toda una década, el obrerismo cubano volvía a expandirse con fuerza a un ritmo sin precedentes, en lo que pretendía ser una suerte de continuidad discontinua respecto del proceso asociacionista iniciado en la década de 1860. Rápidamente afloraron por toda la Isla un gran número de centros culturales, cooperativas y sindicatos que comenzaron a monopolizar los espacios de socialización de las clases populares. La redistribución demográfica acaecida en las ciudades a consecuencia de la industrialización del sistema productivo cubano fomentó la

¹⁵⁹ *El Despertar*. New York, 30 de noviembre de 1899.

creación de este tipo de agrupaciones al reducir la dispersión de los trabajadores y crear los llamados barrios obreros, desarrollándose así “un proceso de construcción comunitaria basado en redes de sociabilidad más o menos formales” (Oyón, 2003: 7). Los barrios populares de la posguerra se convirtieron así en epicentros de una “intensa vida comunitaria surgida de la superposición de las esferas del trabajo, el consumo, el ocio y la acción colectiva” (Cronin, 1983: 36), facilitándose de este modo la creación de comunidades más sólidas sobre las que comenzaba a crecer un sentimiento de pertenencia a un grupo social común: la clase obrera.

Con la conciencia de clase aflorando entre los trabajadores cubanos, resultaba más sencillo no solo retomar el proceso asociacionista de los años sesenta, sino también ir introduciendo de manera paulatina unos nuevos planteamientos obreristas, los socialistas, cuya fuerza residía precisamente en ese sentir comunitario. Basándose en esto, la organización obrera que ahora surgía era una organización mucho más inclusiva que la orquestada en los años previos a la guerra. Las diferencias que antaño separaban a los trabajadores según fueran peninsulares, criollos o no blancos comenzaban a diluirse ante la perspectiva de que, al margen de las distintas procedencias étnico-geográficas, existían componentes socioeconómicos (adversos) suficientes para formar un frente unido que luchase contra los abusos que todos los trabajadores sufrían de idéntica manera. Este sentimiento corporativo, unido al entusiasmo que generaba entre el proletariado cubano el reconocimiento gubernamental de nuevas libertades, dio como resultado el nacimiento de un movimiento obrero de carácter asociacionista en el que convivían trabajadores de diversas tendencias ideológicas y en donde era común ver a representantes de las distintas facciones obreristas compartir puestos en una misma directiva.

4.1. Asociacionismo y obrerismo.

Dentro de esta explosión del asociacionismo obrero en Cuba, destaca un modelo de cohesión obrera que no pudo ser desarrollado plenamente en la etapa anterior a causa del estallido de la guerra: el cooperativismo. Si bien es cierto que, como se vio en el capítulo anterior, en los años sesenta existieron grandes proyectos cooperativistas apoyados e impulsados desde el semanario *La Aurora* –principal defensor de este tipo de prácticas-, no hay que obviar el hecho de que estos propósitos no llegaron a cristalizar dentro de la sociedad cubana, que se decantó más por otro tipo de prácticas asociacionistas¹⁶⁰. Sin embargo, finalizada la guerra, hubo un componente que, sumado a las campañas propagandísticas del socialismo, contribuyó a estimular en gran medida el salto hacia el cooperativismo: El Real Decreto de 16 de agosto de 1878. El boom asociacionista sorprendió a una administración colonial que desconocía las disposiciones por las que debían de regirse este tipo de entidades. El desconcierto fue de tal magnitud que el Gobernador General de Cuba, en busca de asesoramiento acerca de cómo actuar ante la solicitud de constitución de una de estas cooperativas, remitió una carta al Gobierno central de Madrid en los siguientes términos:

¹⁶⁰ A este respecto cabe recordar el fallido intento por transformar, en 1866, la Asociación de Tabaqueros de La Habana en la Sociedad Cooperativa de Artesanos. En aquel momento, el ala más radical del sector tabacalero se opuso a la creación de una asociación cooperativista, ya que consideraba que únicamente respondía a las aspiraciones apocadas de los reformistas. Así, la que, con toda probabilidad, fue la institución obrera más importante de la década de 1860 renegó del cooperativismo y terminó convirtiéndose en el Gremio de Tabaqueros, embrión del sindicalismo moderno en Cuba.

Siendo esta Sociedad por su índole, cooperativa y con un fin benéfico para sus socios; y no existiendo una legislación adecuada á estas instituciones de forma especial, mas que lo informado en otro caso análogo por el Consejo de Administración, opinando que debía regirse por la R.O. de 28 de diciembre de 1857; desea el expresado G.G. se le comuniquen las disposiciones que rijan sobre las precitadas sociedades si es que son conocidas en la Península¹⁶¹.

Sin embargo, lo más llamativo de esta consulta es que se hizo con fecha de 8 de enero de 1880, lo que indica que, un año y medio después de la entrada en vigor del Real Decreto de 16 de agosto de 1878, las autoridades coloniales seguían sin aplicar de manera efectiva, aparentemente por desconocimiento, las reformas suscritas en el Pacto de Zanjón. No obstante, esto no significa que la actividad cooperativista no se iniciase hasta 1880. Solamente es un indicador de hasta qué punto llegaba la inoperancia del gobierno colonial en lo que a reformas sociopolíticas se refería. El cooperativismo cubano echó a rodar el 19 de enero de 1879, día en que más de doscientos tabaqueros establecieron la cooperativa La Reguladora, “una fonda situada en una céntrica calle de La Habana donde se reunían trabajadores de todos los ramos” (Casanovas, 2000: 150). Esta posada, ubicada en el número 51 de la Calle Príncipe Alfonso –actualmente Calzada de Monte- tuvo el privilegio de ser la primera sociedad cooperativista fundada por “compañeros de trabajo e individuos que trata[ba]n de aliviar su condición del mismo modo”¹⁶². El éxito inicial de esta entidad, que siguió funcionando hasta 1959, fue rotundo. Según informaba el semanario *La Razón* “a su inauguración concurrieron artesanos de todos los gremios y muchas personas de alta posición, de carrera y del comercio”¹⁶³. Todos querían formar parte del inicio de una nueva era asociacionista en Cuba. *La Razón*, como fiel heredero de *La Aurora* en aquello de dar voz al reformismo obrero, acompañó la noticia de la inauguración de la fonda con un alegato a favor de las prácticas cooperativistas recordando además a sus lectores el compromiso que sus redactores tenían ya desde la década del sesenta con este tipo de praxis.

El ejemplo de La Reguladora fue rápidamente seguido por un gran número de obreros, mayoritaria pero no necesariamente afincados en la capital. El éxito y la reproducción de este modelo societario fue de inmediato anunciado por *La Razón* que, ya en el mismo número (26 de enero de 1879) en el que se describía la inauguración de la fonda de la Calle Príncipe Alfonso, señalaba:

El espíritu de asociación se ha estendido y arraigado de tal manera en nuestros gremios de trabajo, que dentro de poco se abrirá otra fonda, se establecerá una peletería, se planteará una gran camisería y sastrería y se irán ensanchando las facultades hasta llegar á una fábrica de tabacos, para matar la explotación tiránica que con ellos se ejerce.

El semanario de los artesanos no solo anunciaba en este breve fragmento la inminente creación de varios establecimientos cooperativos, sino que incluso llegaba a elucubrar con sus aspiraciones finales de dar un paso más hacia la construcción de una sociedad regida por un modelo de producción independiente y autogestionado por los propios trabajadores. Al margen de este aspecto, que sin duda constituía una quimera, nos aporta una importante información acerca de la tendencia ideológica del periódico, *La Razón* nos habla de la apertura de nuevas fondas¹⁶⁴ y comercios dedicados a la elaboración de

¹⁶¹ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 136, Exp. 5.

¹⁶² *La Razón*. La Habana. 12 de enero de 1879. Pág. 4.

¹⁶³ *La Razón*. La Habana. 26 de enero de 1879. Pág. 3.

¹⁶⁴ Siguiendo los pasos de *La Reguladora*, en 1879 se abrieron dos fondas cooperativas más: *La Idea* y *La Igualdad*, ambas con nombres que hacen alusión a planteamientos propios del obrerismo de la época. Las

vestimenta. De este modo, el 24 de abril de 1879, “La Sociedad Cooperativa de artesanos abrió su establecimiento de peletería [...] en la calle del Aguila, entre Reina y Estrella”¹⁶⁵. Esta peletería, llamada La Cooperativa y que fue creada gracias a la aportación de capital mediante acciones de varios artesanos, ofrecía “al público un completo surtido de calzado para señoras, caballeros y niños, á precios que ninguna peletería puede vender, sumamente módicos; a fin de que la clase obrera y cuantos deseen favorecerla, satisfagan sus gustos y no salgan quejosos”¹⁶⁶. Desde el semanario artesano, se instaba a los trabajadores de Cuba a frecuentar este tipo de comercios, ya que ello repercutiría en un enorme beneficio tanto para consumidores como para productores y se potenciaría el ahorro y el espíritu de trabajo, “elementos ambos á dos que aseguran el bienestar de los pueblos”¹⁶⁷. Aparentemente, este mensaje en pro de las bondades del cooperativismo caló hondo entre los trabajadores de la Isla quienes, en pocos meses, habían no solo multiplicado sino también diversificado este tipo de negocios comunitarios. Muestra de ello es el listado que, con fines propagandísticos, recoge *La Razón* en su número 199:

Vamos á ocuparnos en el presente número de nuestras sociedades, y á la verdad, mucho nos place la tarea que nos hemos impuesto, pues en parte hemos visto realizados nuestros propósitos [...]. Cuantas sociedades cooperativas se levanten entre los gremios obreros, son otras tantas fuentes de riquezas que vienen a mejorar la suerte del proletariado [...]. El brillante resultado que han dado las pocas sociedades cooperativas que poseemos, es suficiente garantía para no dudar de la realización de las que existen en proyecto. Llevadas éstas á buen término, robustecerán el círculo que ha de salvar al obrero, como hemos dicho antes, en las distintas crisis á que está expuesto el trabajo.

Si las sociedades que poseemos se hubieran realizado en 1865, ¿cuántos males no se hubieran evitado?. Teníanse entónces como revolucionarias las doctrinas económicas sostenidas por la prensa reformista. Sus artículos, encaminados á tan laudables fines, eran combatidos por la prensa reaccionaria, que todo lo veía bajo un prisma amenazador [...]. Vamos, pues, á presentar á nuestros lectores algunos datos estadísticos, acerca de nuestras sociedades [...].

El 19 de Enero de 1879, la *Sociedad Cooperativa La Reguladora*, debida á la constancia de nuestros artesanos, inauguró una fonda, en la calzada del Príncipe Alfonso núm. 15, trasladada hoy á otra casa más espaciosa y ventilada, situada en la calle de la Amistad entre la de Dragones y Barcelona. Esta Sociedad contaba en 25 de Febrero del citado año con un activo de 10,029 pesos, contando con 284 acciones á razón de á 25 pesos cada una. Hoy pasan de 300 el número de socios [...].

En 24 de Abril de 1879, la *Sociedad Cooperativa de Artesanos de La Habana* estableció una peletería con el título *La Cooperativa*, situada en la calle del Aguila entre Reina y Estrella.

El 19 de Octubre de 1879, quedó constituida la *Sociedad Cooperativa La Igualdad*, llevada a cabo entre los obreros de Jesús del Monte, inaugurando el 29 del mismo mes una fonda, situada en la calzada de Luyanó [...].

En el mes de Diciembre del referido año [1878], la Directiva de la *Sociedad Cooperativa del Ramo de Viveres* acordó abrir el primer establecimiento de viveres, lo que no se ha realizado¹⁶⁸.

El 14 de Diciembre de 1879 celebró su primera Junta General el *Gremio de envolvedores de cigarros*, con objeto de formar una Sociedad cooperativa.

noticias relativas a la apertura de estos dos establecimientos se encuentran recogidas, respectivamente, en *La Razón* de los días 11 de mayo y 30 de noviembre del año 1879.

¹⁶⁵ *La Razón*. La Habana. 27 de abril de 1879. Pág. 4.

¹⁶⁶ *La Razón*. La Habana. 29 de junio de 1879. Pág. 4

¹⁶⁷ *La Razón*. La Habana. 29 de junio de 1879. Pág. 4.

¹⁶⁸ Esta sociedad cooperativa sería inaugurada bajo el nombre de *La Cooperativa* tan solo unos meses después de la publicación de este fragmento, en diciembre de 1880. Véase *La Razón* de 12 de diciembre de 1880.

El 15 de Diciembre de 1879 se reunió el *Gremio de Zapateros*, en la Sociedad del Pilar, y acordaron formar una asociación cooperativa.¹⁶⁹

Lo primero que llama la atención de este fragmento es precisamente la manera en la que comienza. *La Razón*, nuevamente, deja claro desde un principio no solo su fiel compromiso con el cooperativismo sino que, además, se reafirma en su papel como pionero en la difusión de este tipo de planteamientos. Por otro lado, recrimina la incompetencia y la falta de miras de quienes no supieron apreciar en su debido momento la sabiduría de los reformistas, en lo que resultaba ser un elogio velado al desaparecido semanario *La Aurora*. En segundo lugar, cabe destacar las fechas que aparecen en el escrito. Aunque por motivos obvios solamente hemos transcrito las alusiones directas a la creación de sociedades cooperativas, es necesario señalar que, tras el elogio cooperativista inicial, el periódico comenzó su listado de asociaciones en 1865, año este en el que se fundó *La Aurora* y en el que los reformistas comenzaron su actividad propagandística. Esta interpretación del proceso asociacionista resultó ser un claro intento de autoensalzamiento por parte de los redactores de *La Razón*, quienes pretendían presentar su labor divulgativa como un éxito ininterrumpido, pese a existir un vacío en su cronología de casi una década. Con esta estrategia, que podría encajar en el análisis periodístico propuesto por Doris Graber (1981), el semanario reformista pretendía dar consistencia a sus argumentos retrotrayendo a 1865 una labor que realmente fue desempeñada más de una década después, lo que sin duda estaba orientado a buscar una mayor legitimidad dentro de los obreros insulares presentándose como tenaces defensores de un movimiento que no pudo ser interrumpido ni siquiera por el estallido de una guerra.

Sin embargo, pese a la innegable importancia de este tipo de prácticas en el reverdecer del movimiento obrero, el empuje asociacionista surgido tras la paz de 1878 no se redujo solamente al establecimiento de sociedades cooperativas. La creación de centros dedicados al recreo y a la instrucción de los trabajadores, asociaciones estas que solían orientar sus servicios a determinados segmentos de la población bajo criterios como la rama laboral o la procedencia geográfica, fue otra de las prácticas societarias desarrolladas por los trabajadores cubanos en medio de esta reactivación obrerista. Este tipo de instituciones no fueron, sin embargo, un elemento pionero dentro del mundo del trabajo. Como analizamos en el capítulo anterior, en 1876 se fundó en la capital insular el Recreo de Obreros, una organización obrera creada para ofrecer a las clases populares una alternativa de ocio y educación que pudiera aliviar, en medida de lo posible, su atraso sociocultural. Pese a su noble causa, la vida de este organismo fue corta y en 1879 la administración puso fin a su existencia. Sin embargo, este revés no desanimó a los obreros quienes, tan solo un año después, pusieron en marcha otra organización que venía a tapar el vacío lúdico-instructivo generado tras la clausura del Recreo: La Sociedad de Instrucción y Recreo de Artesanos, más tarde conocida con el nombre de Centro de Artesanos. El Recreo de Artesanos abrió sus puertas en el número 39 de la calle Dragones el sábado 10 de enero de 1880 con un baile destinado a “reunir fondos para el mayor ornato del local”¹⁷⁰. Con unos marcados fines de instrucción y de esparcimiento que apartasen al proletariado de los vicios propios de las tabernas, la nueva institución obrera ponía a disposición de sus socios un variado programa con el que ilustrarse y divertirse, tal y como recoge *La Razón* en varias de sus entregas:

El sábado próximo pasado [17 de enero de 1880] celebró su segunda reunión familiar la *Sociedad de Recreo e Instrucción* de Artesanos de la Habana, la cual estuvo sumamente

¹⁶⁹ *La Razón*. La Habana. 23 de mayo de 1880. Pág. 2.

¹⁷⁰ *La Razón*. La Habana. 4 de enero de 1880. Pág. 4.

animada, y en la que tocó al piano el señor Marin escojidas piezas que gustaron mucho [...], leyó el señor Fernández Tripland un elocuente discurso que absorbió la atención de la concurrencia con la riqueza de sus elevados conceptos y abundancia de imágenes¹⁷¹ [...]. El señor D. José Quintín Susarte, fundador de importantes publicaciones y uno de nuestros más aclamados literatos, ocupó la tribuna, honrando con su ilustración y talento a la humilde sociedad obrera. El señor Gutiérrez Zamora, distinguido poeta mejicano, leyó unos sonoros versos que insertamos en otro lugar y que, á pesar de ser improvisados, fueron calurosamente aplaudidos.”¹⁷²

“El domingo próximo pasado [5 de diciembre de 1880] estuvo grandemente concurrida la velada en el *Recreo de Artesanos*. Se puso en escena *Acertar por carambola*, en cuyo desempeño se mostró la Sección de Declamación que tanto adelanta bajo la atinada dirección de nuestro amigo el Sr. García Hechevarría digna de aplauso por la buena interpretación de sus respectivos papeles. Después se bailó hasta las 12, hora en que cada cual se retiró á su albergue, deseoso de que llegue presto la pascua, en la que el *Recreo de Artesanos* obsequiará á sus socios con un baile á toda orquesta que durará hasta el alba.”¹⁷³

Al realizar un seguimiento de los actos efectuados en el Recreo, se puede observar de un modo evidente que la Literatura –en todas sus formas- ocupa una posición hegemónica dentro del programa de actividades. La lectura de poemas y otro tipo de textos acompaña a los asistentes en casi la totalidad de las veladas. Esto no sorprende si tenemos en cuenta la fuerte influencia reformista que existía en el seno de la organización. Cabe recordar que, en la década de 1860, quienes representaban esta tendencia desarrollaron una fuerte campaña en favor de la instrucción de los obreros como medio de progreso social, en donde la lectura y el conocimiento literario prevalecía sobre las demás fuentes de conocimiento. La importancia que este ala del obrerismo cubano concedía a la Literatura queda de manifiesto en las páginas de *La Razón*, donde, al igual que hiciera en su día *La Aurora*, se reproducían de manera asidua textos poéticos de origen y temática obrera. Sin embargo, no todo en el Recreo se redujo a la producción y divulgación de textos escritos. También se representaban obras teatrales y se desarrollaban talleres formativos de artes y oficios en los que instructores cualificados mostraban a los trabajadores una serie de actividades lúdicas y enriquecedoras como alternativa a la taberna una vez finalizada la larga jornada laboral. Esta institución, en definitiva, pretendía crear un modelo asociacionista no dirigido necesariamente a la consecución de fines específicos en una lógica de demandas y objetivos, sino orientados, en primer término, a la formación de comunidad; es decir, a la interacción entre trabajadores en espacios físicos democratizados –entendiendo democratizados como carentes de jerarquización- y provechosos para la regeneración de la clase obrera.

El éxito del Recreo de Artesanos fue rotundo y el proletariado acogió la idea con entusiasmo. No solamente sus sesiones congregaban a una enorme cantidad de trabajadores ávidos de cultura y esparcimiento, sino que, en muchos otros puntos de la Isla, basándose en el ejemplo de esta asociación, se crearon otros muchos centros educativos y culturales¹⁷⁴. Muchas de estas sociedades crearon periódicos, escuelas o, incluso, sindicatos obreros de oficios concretos. La influencia ejercida por el arquetipo

¹⁷¹ El texto completo de Fernández Tripland, un enérgico alegato a favor de la unión de los trabajadores en busca de su crecimiento personal y colectivo, fue transcrito de forma íntegra en el siguiente número de *La Razón*, que vio la luz el 1 de febrero de 1880.

¹⁷² *La Razón*. La Habana. 25 de enero de 1880. Pág. 3-4.

¹⁷³ *La Razón*. La Habana. 12 de diciembre de 1880. Pág. 4.

¹⁷⁴ Joan Casanovas, en su obra *¡O pan, o plomo!* (2000: 151-152), señala la fundación de al menos quince instituciones de este tipo entre 1878 y 1882. Tres de ellas corresponderían a la provincia de La Habana, una a la de Pinar del Río, ocho repartidas por Santa Clara y tres más en Santiago de Cuba.

habanero fue más allá del mero ejemplo práctico, dejando también su huella en el marco ideológico sobre el que se asentaban sus *réplicas*. Así no sorprenden hechos como la junta general de la Sociedad de Recreo e Instrucción de Artesanos de Jesús del Monte del 21 de noviembre de 1880, donde “se acordó por unanimidad nombrar á V.S. Presidente honorario de esta Sociedad”¹⁷⁵. Ese V.S a que se refiere la carta enviada solo tres días después a la redacción de *La Razón* no es otro que D. Saturnino Martínez, director del semanario obrero y líder indiscutible del reformismo cubano. Los reformistas, más de una década después, parecían volverse a situar al frente de ese asociacionismo cultural que pretendía romper las barreras interclasistas por medio de la instrucción del proletariado.

No del todo separadas de este modelo societario de recreo y formación surgieron otro tipo de agrupaciones que, pese a no ser precursoras, también fueron fundamentales en esta etapa de transición hacia nuevos horizontes obreristas: las sociedades de socorros mutuos. Lejos de detenernos en analizar su funcionamiento, análogo al de la década de 1860 y ya explicado en el capítulo anterior, interesa resaltar el importante papel que estas mutualidades tuvieron en la evolución hacia el modelo socialista que comenzaba a gestarse en Isla. Los socorros mutuos que aparecen en esta época supusieron para Cuba la primera piedra de un nuevo sistema de lucha de clases basado en el asociacionismo obrero y la disputa directa entre explotados y explotadores. Fueron lo que Julio Godio (1985) definió como *socialismo sin clase obrera*, concepto sobre el que volveremos más adelante y que podría definirse como la existencia de una difusión de las ideas socialistas previa a la formación de una clase obrera autoconsciente y consolidada. Así, aspectos típicos de la estrategia socialista como la creación de cajas para la autofinanciación proletaria o la fundación de centros benéficos destinados al auxilio de los trabajadores se encontraban presentes en la mentalidad de los obreros cubanos mucho antes de que estos tuvieran una conciencia propia como colectivo que les permitiese autodefinirse como clase social. Teniendo esto en cuenta, en el contexto del periodo posterior a la guerra, los socorros mutuos fueron un preludio de lo que años más tarde serían las cajas de resistencia a través de las cuales los trabajadores de Cuba podrían sostener sus pulsos contra la patronal y el Estado, pulsos que normalmente se llevaban a cabo mediante huelgas. A través de estas sociedades benéficas el proletariado cubano, por medio de cuotas y donaciones, acumulaba un remanente económico comunitario que servía para hacer frente a las diferentes vicisitudes que pudieran sumarse a su precaria situación cotidiana, tales como la baja por enfermedad, el desempleo, la viudedad o la orfandad. Si bien esto no supuso un cambio notable con respecto a las funciones que los socorros desempeñaron antes y durante la guerra, sí que existió en este momento un matiz distintivo que merece la pena reseñar y que atañe al nombre de los colectivos.

Tal y como señalamos en el capítulo anterior, con el fin de eludir la censura y la persecución de las autoridades, este tipo de mutualidades habían hecho uso de una nomenclatura afín al régimen, manifestada mediante términos españolistas o concernientes al catolicismo, que les garantizaba una mayor indulgencia por parte de las instituciones gubernamentales. En la nueva etapa que se abría con el reconocimiento de libertades rubricado en el Pacto de Zanjón, las sociedades de socorros mutuos dejaron de necesitar ese *disfraz patrio-católico* y comenzaron a surgir un sinfín de nombres que hacían alusión a su verdadera naturaleza de entidades obreristas. Esta evolución onomástica, que según apunta Carlos M. Rama (1990) parece que fue similar en todo el conjunto de América Latina, permite identificar un pequeño paso hacia delante en la construcción de un movimiento obrero renovado y en concordancia con las exigencias

¹⁷⁵ *La Razón*. La Habana. 5 de diciembre de 1880. Pág. 4.

propias de la sociedad capitalista moderna. Lo que puede parecer únicamente un mero cambio estético y superficial esconde, sin embargo, una profunda modificación en la mentalidad de una clase trabajadora cubana que no solamente comenzaba a adquirir consciencia de su existencia colectiva, sino que empezaba a perder el miedo al enfrentamiento y a transformar las antiguas sociedades benéficas en instrumentos de unión y lucha obrera. Aparecen así instituciones como la Sociedad de Socorros Mutuos de Peluqueros y Barberos de la Habana (febrero de 1879), la Asociación de Socorros Mutuos de Artesanos (feb. 1879), la Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos “Hijos del Trabajo” (jun. 1879) o la Sociedad de Socorros Mutuos de Trabajadores (dic. 1879)¹⁷⁶, todas ellas fundadas tras la guerra bajo denominaciones que aluden claramente a la existencia de un componente proletarizante dentro de la masa trabajadora cubana. Llama la atención que, al margen de la división societaria en ramos de producción, los *nuevos* socorros mutuos hacían referencia a un tipo de asociacionismo más general, haciendo para ello uso de términos más englobadores y abstractos como *hijos del trabajo* o simplemente *de trabajadores*. Este último aspecto constata, en cierta medida, la supervivencia dentro del colectivo obrero cubano de aquellos dogmas utopistas que, ya en la década de 1860, abogaban por la creación de una gran federación que congregase a los productores de los distintos ramos. Pese a que, tras la guerra, el movimiento obrero se encontraba debilitado e inmerso en un claro proceso de reconstrucción y reorientación táctica y teórica, la idea utopista de que el progreso de los trabajadores pasaba por la unidad de todos ellos en un único bloque no había desaparecido de su horizonte así, los planteamientos de pensadores como Fourier, Saint-Simon o Proudhon sobrevivieron a los envites de la guerra gracias a la perseverancia de aquellos que, una vez alcanzada la paz, se encargaron de reformular la concepción de las mutualidades en la Isla.

Fue precisamente esta supervivencia del socialismo utópico la que daría forma a un modelo asociacionista más novedoso que el que representaba esta recomposición de los Socorros Mutuos: los gremios¹⁷⁷. Fueron estas instituciones las que comenzaron a poner en práctica los métodos y las estrategias del sindicalismo moderno en Cuba, y valiéndose para ello de ese componente utópico que residía en la mentalidad de los trabajadores. Ya hemos hablado de la llegada y la difusión de los primeros planteamientos del utopismo y del *anarquismo proudhoniano* a la Isla en un periodo, los años sesenta, en el cual la clase obrera comenzaba a tomar conciencia de su propia existencia como colectivo, aspecto inseparable del desarrollo del sistema capitalista en la Isla. Proletarización y *capitalización*, sin embargo, no pudieron consolidarse de una manera normalizada debido a la ruptura de la estabilidad sociopolítica que acompaña a todo conflicto bélico, lo que a la postre significaría un aplazamiento en la formación de la clase obrera propiamente dicha. De este modo se produjo un pequeño desfase con respecto al desarrollo *habitual* del obrerismo que provocó a su vez que la conciencia de clase y la base teórica que la sustenta, usualmente en perfecta sincronía, estuviesen un tanto desacompañadas en cuanto a tiempos de desarrollo. Este hecho ocasionó que, en Cuba, al igual que ocurriera en otras sociedades latinoamericanas, el socialismo tuviera un

¹⁷⁶ Para más información sobre todas estas entidades, véase *La Razón* del 23 de mayo de 1880, donde se hace un breve resumen del proceso de fundación de algunas de ellas.

¹⁷⁷ Pese a que su nombre pueda recordar a las antiguas sociedades con las que comparten nombre, los gremios que ahora comienzan a proliferar con fuerza por toda la geografía cubana poco van a tener que ver con aquellas instituciones cerradas y excluyentes creadas para el control, la distribución y la monopolización de la producción. Los nuevos gremios, pese a conservar durante un tiempo esta nomenclatura, funcionan dentro del sistema capitalista liberal de una manera similar a los sindicatos modernos.

desarrollo anterior al afianzamiento sólido de la clase obrera que se tradujo en la formación de un movimiento obrerista capitaneado por un conglomerado heterogéneo compuesto por miembros de distintas tendencias ideológicas o, incluso, diversas extracciones sociales. No resultaba extraño, por tanto, encontrar un gremio en el que coexistiesen reformistas, socialistas revolucionarios, empleados reconvertidos en empleadores, obreros industriales, artesanos y/o elementos de la burguesía progresista. La propia ambivalencia del utopismo, base ideológica común a todos estos grupos y que por su componente librecambista “a veces se confunde simplemente con progresismo burgués” (Godio, 1985: 43), facilitó su aceptación y su asimilación por parte de bloques sociales contrapuestos que, dado el limitado desarrollo de la conciencia de clase, no se encontraban aun enfrentados de una manera radicalmente directa.

Esta misma ambivalencia del utopismo, en un contexto en el que la concepción de clase aún no estaba sólidamente definida por los propios trabajadores, tuvo un alto grado de incidencia sobre uno de los pilares básicos en la formación de la clase obrera: los intereses de clase (Vellinga, 1989). Basándonos en que estos intereses son antagónicos entre estamentos (Israel, 1970) y están cimentados sobre la base de las relaciones de cada grupo social respecto de los medios de producción, resulta llamativo que el artesanado y el proletariado cubano formasen un mismo bloque en la lucha social y que incluso, en la época, se utilizase el término artesano para referirse al proletariado y viceversa. Es cierto que algunos expertos en movimiento sociales, como Zolberg (1972) o Tarrow (1977) nos hablan de la existencia de una interacción de los distintos grupos sociales en determinados momentos de las movilizaciones, que es más común dentro de ciclos de protesta que presentan un alto grado de confrontación. En los periodos formativos, como el caso que nos ocupa, es más habitual que los intereses se encuentren firmemente acotados, ya que los grupos se establecen en relación con sus competidores y, por tanto resulta, en cierta medida inusual la formación de un bloque que incluya elementos con intereses socioeconómicos distintos. Sin embargo, los planteamientos más ambiguos del primer socialismo utópico como podían ser el cooperativismo o el mutualismo, interpretables desde un punto de vista burgués y librecambista, contribuyeron en amalgamar los intereses de los trabajadores independientemente de los objetivos finales y de las relaciones con los medios de producción pretendidas por cada una de los grupos que pudieran englobarse en un término tan amplio como *trabajadores*. Así nos encontramos, por ejemplo, con entidades socialistas, en cuanto a objetivos se refiere, donde sus miembros se proclamaban representantes de las aspiraciones de los artesanos. Por su parte, los gremios, como instituciones obreristas, no escaparon de esta indefinición propia de la época¹⁷⁸.

No obstante, lo que convirtió a los gremios en pieza clave del desarrollo del movimiento obrero cubano fue la modernización que derivó de su novedosa concepción del asociacionismo. Como venimos señalando, el utopismo y las ideas proudhonianas, que en la década de los sesenta sirvieron de catalizador en el arranque del movimiento obrero, sobrevivieron a la guerra y sirvieron de base para la reconstrucción del obrerismo una vez firmada la paz. Dos de las estrategias de acción obrera propuestas desde los círculos de este *protosocialismo* eran el federalismo y la autogestión, aspectos que, hasta el momento y por diversas razones, nunca pudieron desarrollarse de manera plena en la Isla. Los nuevos gremios cubanos recogieron estas *tradiciones utopistas* y las orientaron hacia un modelo de reivindicaciones socioeconómicas más adaptado a la nueva realidad

¹⁷⁸ Para más información acerca de la inclusión de los artesanos dentro del proletariado, véase Godio (1985: 31-53)

de producción capitalista industrializada que, desde hacía tiempo, venía gestándose y creciendo en Cuba. El clima de relativa libertad asociativa permitió que, más de una década después, las aspiraciones federalistas de los obreros cubanos pudieran materializarse a través, principalmente, de dos sociedades: El Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquerías (GORT) y la Junta Central de Artesanos de La Habana (JCA). Estas instituciones, donde aún convivirían trabajadores de diferentes tendencias ideológicas, inauguraron una nueva etapa en la que las luchas laborales irían paulatinamente radicalizándose y encaminándose hacia prácticas más identificables con el sindicalismo socialista moderno. El estallido federalista debía su éxito a la versatilidad del propio movimiento, que mediante la oferta de un ideario tanto político como económico, era capaz de absorber “todas las ilusiones burguesas anticentralistas de corte liberal y moderno [...] y, con sus luchas contra los impuestos de consumos, recoger reivindicaciones populares ancestrales” (Villacañas, 2004: 117).

Este hecho, en la realidad sociopolítica de Cuba, significaba un amplio abanico de potenciales simpatizantes porque, además de las aspiraciones económicas y societarias de burgueses y trabajadores, el federalismo satisfacía, en cierta medida, algunos de los anhelos de los sectores nacionalistas. Además, no hay que obviar que el ligero aumento en el número de exportaciones de tabaco y azúcar que tuvo lugar a finales de la década de los setenta facilitó a los trabajadores la consecución de un progresivo incremento salarial y una mejora de las condiciones laborales que contribuyeron a afianzar la confianza en la eficiencia de las sociedades obreras. Si nos ceñimos a los testimonios ofrecidos por la prensa tanto obrera como empresarial del momento podemos afirmar que, en estos años, la conflictividad laboral había alcanzado tal grado de importancia en las relaciones sociopolíticas que “los partidos políticos legalmente establecidos en el país instrumentaron las acciones obreras según sus posiciones y tendencias ideológicas y, sobre todo, acorde a sus intereses electorales” (Torre, de la, 2006: 75). Las agrupaciones políticas burguesas buscaban canalizar el descontento ciudadano en su propio beneficio y el programa federal, gracias a su alto nivel de adaptación, resultaba ser una plataforma idónea para sus fines, siendo por ello tolerado e incluso potenciado por buena parte de la burguesía liberal. Así, no resulta llamativo que, tras la guerra, las instituciones de corte federalista gozasen de una entusiasta acogida por parte de los diferentes sectores de la sociedad cubana.

Este clima de efervescencia y entusiasmo societario favoreció el surgimiento de la primera de las entidades sobre las que giraría el federalismo insular de la época, el Gremio de Obreros del Ramo de las Tabaquerías. Bajo la presidencia de un antiguo militante del obrerismo cubano, el asturiano Saturnino Martínez, y con el claro objetivo de llenar el hueco dejado en 1866 por el reformista Gremio de Tabaqueros, el GORT iniciaba su andadura el 8 de septiembre de 1878. El reformismo volvía a situarse al frente del nuevo giro ideológico-programático del movimiento obrero y prueba de ello, más allá del señalado liderazgo de Martínez, fue la posición que ocupó *La Razón* como órgano de expresión de la nueva asociación. Es precisamente esta publicación la que nos pone sobre la pista del enorme éxito de aceptación que obtuvo el Gremio al señalar que, en menos de un año, la institución contaba con más de 4.000 afiliados¹⁷⁹. Semejante grupo no solo estaría compuesto de miembros del Gremio propiamente dicho, sino que abarcaría también a aquellos sujetos que conformaban las cooperativas y sociedades coordinadas

¹⁷⁹ *La Razón*. La Habana. 6 de julio de 1879. Pág. 3.

desde esta especie de órgano federal central¹⁸⁰. Esa era precisamente la labor por la que se destacó de manera especial el Gremio de Obreros, al abocarse a la tarea de coordinación de los trabajadores. Debido al aumento de la conflictividad laboral desatado tras la guerra, el movimiento obrero, y especialmente su sector productivo más enérgico, el del tabaco, necesitaba un instrumento que regulase y armonizase las acciones obreras con el fin de hacer de ellas un arma más efectiva para la consecución de mejoras para la clase trabajadora. En parte, esta labor fue desempeñada por el GORT. Además de potenciar las tareas cooperativistas entre las clases populares insulares y de servir como entidad organizativa de dicha actividad, el Gremio funcionó como mediador en los conflictos obreros entre los trabajadores y la patronal. Fue el portavoz del descontento obrero, desempeñando su labor de un modo similar a los actuales sindicatos. Desde 1878, las huelgas en la industria tabacalera habían puesto en jaque a unos marquisistas que veían cómo, gracias a la labor del asociacionismo, los trabajadores habían logrado aumentar su eficacia reivindicativa¹⁸¹.

En respuesta, los industriales crearon también sus propias sociedades mediante las cuales, además de promocionar sus productos cara al mercado internacional, unificaban esfuerzos con el fin de aminorar la capacidad de presión de los obreros. Encontramos así entidades como el Centro Agrícola-Industrial de La Habana, fundada en noviembre de 1878 y que dos años después de su creación, al socaire de la terminología que acompañó al nuevo modelo asociacionista, pasaría a llamarse Gremio de Fabricantes de Tabacos. Como refleja la revista *El Tabaco* en su número del 1 de septiembre de 1880¹⁸², esta agrupación, donde se encontraban hermanados “los principales capitalistas, los hombres más influyentes [y] los mercaderes de más crédito”¹⁸³, buscaba que sus agremiados no sufrieran interrupción en los trabajos de sus fábricas y pudieran, así, alcanzar los mayores beneficios en la expedición de sus productos. Este posicionamiento, a pesar de que el Gremio de Fabricantes se presentaba como una organización destinada a dar cobertura a los intereses de todos los componentes de la cadena de producción de tabaco –lo que incluía a los trabajadores asalariados-, situaba a la asociación de fabricantes y a la de obreros en posiciones frontalmente contrapuestas, dado que los objetivos de la primera chocaban con la principal estrategia de la segunda. El mundo del trabajo se identificó con el GORT y desde esta plataforma comenzó la lucha por la consecución de una sustancial mejora en su lamentable situación. Sin embargo, lo que a priori parecía ser un instrumento implacable de reivindicación, se encontró casi de inmediato con un escollo que mermaría su capacidad de acción: el credo reformista de muchos de sus directivos.

Como fiel reflejo de sus dirigentes, ideológicamente, el GORT se movía a caballo entre el federalismo, el reformismo y el cooperativismo, según dictasen las circunstancias

¹⁸⁰ En su número del 6 de julio de 1879, *La Razón* también nos habla de la existencia de varias sociedades cooperativas pertenecientes al Gremio de Obreros del Ramo de las Tabaqueras y de la futura proyección de otras similares en diversos puntos de la Isla.

¹⁸¹ Una de las estrategias que mejores resultados había ofrecido al proletariado tabaquero cubano fue la emigración itinerante a Cayo Hueso (Key West). Iniciada la huelga, los trabajadores viajaban hasta esta cercana Isla, donde existía una considerable industria tabacalera, y se empleaban allí. De este modo podían seguir generando ingresos con los que subsistir, pudiendo mantener así el paro productivo en Cuba durante un tiempo más prolongado.

¹⁸² En esta entrega, la publicación de los fabricantes de tabaco reproduce de manera íntegra lo que denomina “Reglamento del Gremio de Fabricantes de Tabacos”, en donde se señala tanto la normativa como los objetivos de dicha asociación. *El Tabaco*, funcionaría desde ese momento como una suerte de órgano de expresión del ala capitalista del colectivo tabacalero.

¹⁸³ *La Razón*. La Habana. 26 de enero de 1879, Pág. 2.

y los intereses de cada momento. Una posición tan poco posicionada ampliaba enormemente las posibilidades de captación, pero también generaba descontentos y contradicciones en el seno de la agrupación, lo que, a la larga, como veremos, le acarrearía más perjuicios que beneficios. Desde la cúpula de la asociación, se intentaba dar un aire de modernidad al movimiento obrero mediante la puesta en marcha de prácticas federalistas, pero este ímpetu modernizador, que requería de una radicalización de la praxis obrerista, se reducía ante el temple de los postulados reformistas. Esta ambigüedad ideológica convertía al Gremio en una organización dubitativa e incapaz de reafirmarse firmemente en ninguna sus posturas, aspecto que quedó reflejado ya en los primeros números de *La Razón*. Así, en las páginas de este vocero comandado por el mismísimo presidente del GORT podemos encontrar numerosas contradicciones que convirtieron al primer sindicato obrero de Cuba en una asociación cuando menos singular en sus métodos. Por ello, en un mismo artículo se pueden encontrar paradojas ideológicas que aludan al cooperativismo en términos *fourieristas*, reniegan por su *radicalismo* de los planteamientos de Proudhon –pese a que los ahora detractores fueron años atrás sus más firmes defensores- y alaben las ideas de Herbert Spencer¹⁸⁴:

Esta clase de asociaciones [cooperativas] es conocida desde los tiempos más antiguos, y no son otra cosa que los municipios romanos en tiempo de la República y que tanto florecieron en los primeros siglos del Imperio, contribuyendo en la edad media á la muerte del feudalismo y que más tarde, obedeciendo á las nuevas instituciones políticas, toman el nombre de gremios y pasan á ser agrupaciones puramente trabajadoras que tratan únicamente de ampararse contra los golpes del Capital. [...] No han faltado hombres exaltados que, como Proudhon y Demeistre, hayan querido organizar estos gremios bajo la forma de una gran asociación política, dando lugar con sus teorías á la formación de cierta atmósfera que ha creado la más honda desconfianza por parte del capital, quien creyéndose amenazado ha protestado en contra de semejantes asociaciones, sin conseguir que los gobiernos hayan tomado otras medidas, que la de evitar escándalos entre el capital y el trabajo, funestos siempre para todos; pero al lado de estos hombres no han faltado otros que estudiando la cuestión con la mayor calma y reflexión, reconocen el derecho del proletariado, indicándole el medio de disfrutar de su trabajo á la sombra de la paz y protegido por la Ley. Entre estos figuran Mr. Leon Littré, quien dice que ésta clase de asociaciones debe ser la religión de las clases desheredadas y Herbert Spencer que propone una série de reformas que bien observadas afianzarían sin duda el bienestar posible dentro de la esfera del trabajo. [...] Cataluña particularmente cuenta hoy en día con varias sociedades de trabajadores en las distintas industrias del país, y aunque la torpe calumnia ha querido entorpecer la marcha que con tanto orden se ha emprendido, los deningrantes no han conseguido otra cosa que mover hacia ellos mismos la compasión de los hombres de buena voluntad. [...] No dudamos que nuestro pueblo dócil y amante del trabajo, palpe pronto los beneficios que reporta al hombre la asociación legal¹⁸⁵.

Este extracto ejemplifica de manera óptima la amalgama ideológica que definió al Gremio de Obreros del Ramo de las Tabaquerías. Pero, al mismo tiempo, pone también de manifiesto las líneas estratégicas seguidas por la asociación y puestas en marcha gracias al infatigable trabajo de su plataforma divulgativa. Centrándonos en ese aspecto más pragmático del programa del Gremio difundido a través de *La Razón*, lo primero que llama la atención es la vinculación que hacía de las asociaciones gremiales de finales del siglo

¹⁸⁴ Pese a que sus ideas no cuentan con un radicalismo comparable al de otros pensadores libertarios, son muchos los autores que, como Plejanov (1930), encuadran los planteamientos de Spencer dentro de una corriente tan poco especulativa como es el anarquismo (aunque bien es cierto que el revolucionario ruso le cataloga como *anarquista conservador*).

¹⁸⁵ *La Razón*. La Habana. 6 de julio de 1879. Pág. 2-3.

XIX con supuestas sociedades desarrolladas en periodos tan dispares, lejanos y tan poco relacionados con el movimiento obrero como son la República Romana o la caída del régimen feudal. Y si tenemos en cuenta que, como sabemos, los miembros de la redacción de *La Razón* eran amplios conocedores del obrerismo internacional y de sus diferentes tendencias ideológicas, resulta evidente la existencia de una segunda intencionalidad oculta en tan inadecuada comparativa. Puesto que la actividad político-periodística de *La Razón* tuvo lugar en un momento en el que el Gremio de Obreros buscaba un aumento en el número de afiliados que fortaleciese su posición entre el proletariado cubano, esa intencionalidad encubierta debemos buscarla en los mecanismos discursivos del semanario.

Ciñéndonos al modelo propuesto por Doris Graber (1981) para el análisis de los discursos en los medios de comunicación, observamos cómo la politóloga estadounidense señala el uso común de una proyección hacia el futuro en textos supuestamente informativos como procedimiento comúnmente destinado a la reafirmación o a la difamación de una determinada postura o figura pública. Una durabilidad prolongada realza la naturaleza positiva o negativa, según sea el efecto pretendido, del sujeto noticiado. Fue precisamente este efecto el que, con toda seguridad, se buscó desde la redacción del “semanario político dedicado a los artesanos”. La posibilidad de relacionar el nuevo modelo societario con una época de esplendor político-económico y con otra de conquista popular de libertades universales como fueron respectivamente el nacimiento del Imperio Romano y la caída del feudalismo, proporcionaba al discurso del Gremio un aura de prosperidad y heroicidad que potenciaba enormemente su capacidad de atracción, de ahí la desmatizada comparativa.

Existe también en este breve pero representativo fragmento, un ejemplo de una práctica habitual en la línea editorial de *La Razón* y, por ende, en la estrategia de atracción marcada por el Gremio de Obreros que redundaba en una confusa mezcla de noticias y opiniones intercaladas en un mismo texto. Como señala Hector Borrat (1989), cuando una publicación une narraciones y comentarios con noticias veraces, persigue el objetivo de lucrarse e influir, pero también para convertirse actor sociopolítico. En el caso concreto del texto que hemos elegido como muestra del itinerario seguido por *La Razón*, los editores señalaban de manera concreta dos modelos obreristas –los de Proudhon y Demeistre– los cuales consideraban que se extralimitaban del marco de acción propuesto desde el propio semanario e, inmediatamente, relacionaron dichos modelos con todos los males que golpeaban al movimiento obrero. Se señalaba a quienes sobrepasaban los límites propuestos por el reformismo como desencadenantes de toda la represión patronal y gubernamental en contra del obrerismo tanto cubano como internacional. Sin embargo, *La Razón* olvidaba, o más bien obviaba, episodios pasados en los que la administración insular y la patronal actuaron de manera coercitiva contra su sosegado modelo reivindicativo. Del mismo modo, al evocar el ejemplo catalán, el boletín de los artesanos omitía la naturaleza socialista y mayoritariamente libertaria de las sociedades obreras de la Cataluña de entonces, que, como atestigua Anselmo Lorenzo (1974), no solo seguían planteamientos proudhonianos y bakuninistas, sino que desde fechas muy tempranas enviaron delegados a las conferencias y congresos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Por otro lado, las valoraciones y las omisiones “hacen presuponer la existencia de una estrategia específica del periódico” (Borrat, 1989: 75) destinada a favorecer un determinado modelo de pensamiento, el reformismo, que convertía a *La Razón* en un actor político más de esta tendencia obrerista. En definitiva, un vehículo de adoctrinamiento que, desde su autoproclamada posición de vocero del Gremio de Obreros, intentaba hacer del movimiento obrero un feudo exclusivo del

pensamiento reformista. Así, cualquiera que se distanciase de este arquetipo de conducta no solo se alejaba de la legítima lucha por la conquista de los derechos de los trabajadores, sino que actuaba, aunque fuese inconscientemente, en contra de los intereses de su propia clase social.

Este carácter reformista del Gremio Obrero, o mejor dicho de su *planta noble*, no se puso de manifiesto únicamente por medio de la publicación con la que compartía directiva, sino que se evidenció en la primera negociación mantenida con el Centro Agrícola-Industrial. En el verano de 1880, la asociación de marquistas y el GORT, se reunieron varias veces para llegar a un consenso entre ambos colectivos que evitase nuevas huelgas en las fábricas de tabacos. Tras dos meses de negociaciones los fabricantes consiguieron un mejor rédito de las reuniones al obtener, además de un buen precio del trabajo, la aceptación por parte del GORT de un modelo estipulado de relaciones laborales que beneficiaba más bien poco a los obreros del tabaco:

Artículo 1º. Corresponde en un todo la dirección de los trabajos de cada fábrica á sus respectivos dueños, sin que en ningún caso pueda imponerse á estos por agrupación ni persona alguna, la aceptación ó repulsión de sus dependientes y la organización interna de su casa.

Art. 2º. Cuando las personas que se hallen al frente de los trabajos de una fábrica, se aparten de cualquier motivo de la conducción justa que debe seguir respecto a sus operarios, estos producirán su queja ante la Directiva de su Grémio, sin abandonar el trabajo.

Art. 3º. Según las disposiciones y criterio de los respectivos marquistas ó de sus dependientes delegados, los operarios aprovecharán los materiales cuanto sea posible, debiendo los fabricantes procurar, por su parte, que estos materiales estén en buen estado de preparación, á fin de no hacer ineficaz el objeto de este artículo.

Art. 4º. Se establecerán horas fijas de entrada en los talleres, que podrán variar entre las seis y las ocho de la mañana.

Art. 5º. Desde el día 18 del mes de Octubre de 1880, y á fin de normalizar los pagos de los jornales, éstos se cobrarán en cada fábrica una vez por semana, en el día que se fije de antemano por los dueños.

A los operarios rebajados ó á los que abandonen el trabajo, se les liquidará su cuenta en el día que sean baja.

Art. 6º. Aparte de las vitolas excepcionales, los operarios de regalía deberán hacer, cuando menos, en cada día una rueda [100 puros], y rueda y media los de labor inferior.

De esta regla se exceptúan los operarios cuyas facultades no les permitan hacer la tarea señalada.

Art. 7º. Para el buen cumplimiento del artículo 6º, los fabricantes harán lo posible por que no escaseen los materiales ni tenga el operario espera de ellos.

Art. 8º. Los fabricantes y operarios deben ser todos agremiados; cuando la Directiva de fabricantes comunique á la de operarios que algún fabricante no quiere agremiarse, ésta hará porque se agremie, y si no lo consigue, hará que los operarios no le trabajen; y cuando las comisiones de las fábricas hagan presente á los señores fabricantes que algún operario no está agremiado, los fabricantes harán por que se agremie, y si no lo consiguen, lo despedirán.

Art. 9º. A fin de que fabricantes y operarios puedan prestarse mutuo apoyo y sea eficaz en sus resultados la inteligencia entre los dos Gremios, se constituye un tribunal mixto, compuesto de tres fabricantes y de tres operarios, elegidos por la Directiva respectiva, al cual puedan acudir los que se consideren lastimados, ya sea por los precios de las hechuras, ya por las exigencias mutuas; las resoluciones de este tribunal en caso de reclamaciones, deberán ser sancionadas por la Junta de Grémios reunidos.

Art. 10º. Estos acuerdos se publicarán en los periódicos que se dedican al fomento de la industria, y se fijarán en todos los talleres para inteligencia y conocimiento de todos¹⁸⁶.

Estos acuerdos en poco o en nada beneficiaban a los trabajadores. Mientras a estos se les privaba de la libertad de huelga mediante la previa consulta al gremio (Art. 2º), se les limitaba la capacidad de acción a través del pago semanal (Art. 5º) o se les imponía la agremiación y la obtención de una productividad mínima (Art. 9º y 6º, respectivamente), la patronal no adquiría ninguna obligación como tal. Solamente se comprometía a un suministro de buenos materiales “siempre que fuera posible”, *posibilidad* que quedaba al albur de los propios fabricantes. De mayor relevancia fue el éxito de los fabricantes a la hora de conseguir que el GORT aceptase que el pago pasara de ser diario a ser semanal. Una de las medidas de presión mas efectivas con las que contaban los trabajadores de las fábricas de tabaco era precisamente ese modelo de retribución, ya que les permitía cobrar lo trabajado al momento y poder efectuar un paro en cualquier momento sin miedo a que el trabajo que habían realizado no fuese remunerado. Para los fabricantes esto suponía un enorme problema dado que la huelga podía producirse en cualquier momento y los obreros solían realizarlas cuando aún quedaba en el taller hoja mojada que, si no era trabajada, se echaba a perder, generando así enormes pérdidas para la empresa. Con este acuerdo, los fabricantes adquirían un mayor control sobre los paros obreros, previendo en cierta medida las fechas en que estos pudieran suceder y minimizando, con ello, los daños de los mismos. En definitiva, con la aceptación de estos artículos, los operarios perdían libertad de acción sin obtener derecho alguno. Los industriales, por el contrario, daban satisfacción a muchas de sus demandas a cambio de unas concesiones cuyo cumplimiento era custodiado por ellos mismos. Sobre el papel, también salía beneficiado, como institución, el Gremio de Obreros, ya que gracias al Artículo 9º se aseguraba, *bajo pena* de despido, la agremiación obligatoria de todos los operarios de las tabaquerías.

Sin embargo, lo que parecía ser un golpe definitivo del reformismo en su lucha por alzarse como la única cabeza del movimiento obrero cubano se convirtió en el principio de su fin. La firma de este acuerdo generó un enorme descontento en el seno del proletariado cubano, que quedó frontalmente dividido en dos posiciones cada vez más contrapuestas. Fueron muchos los trabajadores que, irritados con el rumbo que estaban tomando los directivos reformistas, comenzaron a interesarse por otros modelos de lucha obrera. Prueba del descontento y del rechazo obrero hacia los acuerdos entre el GORT y el Gremio de Fabricantes, fue la declaración de una huelga por parte de los operarios de una de las principales fábricas tabaqueras de la capital (Casanovas, 2000: 160) cuyo éxito provocó la ruptura del compromiso que se había alcanzado en nombre de los trabajadores sin consentimiento explícito de los mismos. A pesar de que el Gremio de Obreros continuó siendo el principal centro de coordinación del obrerismo insular, los recelos derivados de su sobremoderado sistema de actuación impulsaron a los trabajadores más combativos a buscar nuevas vías –más radicales y directas– por las que alcanzar sus objetivos.

No contribuyó tampoco al éxito del Gremio –ni del propio reformismo– la apuesta política, en términos parlamentaristas, realizada por los miembros de su directiva a través de *La Razón*. Tras la guerra, la política parlamentaria había sido cosa de dos únicos partidos que, en cierta medida, reproducían en la Isla la realidad bipartidista de la metrópoli: el Partido Liberal de Cuba (PLC) y el Partido de Unión Constitucional (PUC). Sin embargo, aprovechando el clima de relativa tolerancia derivado del Pacto de Zanjón, algunos miembros de las élites afines al reformismo republicano surgido en la década de

¹⁸⁶ *La Razón*. La Habana. 29 de agosto de 1880. Pág. 4.

1860 se unieron a los obreristas del GORT más próximos a su línea de pensamiento para fundar una tercera alternativa, el Partido Democrático (PD), que pudiera hacer frente a las dos grandes potencias que monopolizaban el parlamentarismo cubano. Esta nueva agrupación, surgida en el 1880 para llenar el vacío dejado por “el indiferentismo acomodaticio” y “la apatía harto censurable y perjudicial” de *liberales y conservadores* y para “infundir valor á los pobres de espíritu que aún temen á las represalias reaccionarias”¹⁸⁷, no obtendría el éxito pretendido por sus impulsores. Si bien es cierto que la enorme popularidad del republicanismo entre las masas obreras incitaba al optimismo, la enorme restricción del censo electoral provocó el descalabro del PD en sus primeras elecciones. El voto popular estaba con los *democráticos*, pero el sufragio censitario evitaba que este estamento tuviera capacidad de elegir mandatarios. El sistema político de La Restauración, ejecutado en la colonia de manera más autoritarista si cabe, otorgaba a los partidos políticos mecanismos legales y *alternativos* con los que alcanzar la victoria en las urnas, pero ambas posibilidades requerían contar con un amplio apoyo de las élites económicas y sociales, especialmente de estas últimas. El Partido Democrático no contaba con el respaldo de ninguna de ellas, lo que supuso un enorme varapalo electoral que terminó por dividir internamente a una agrupación que optó por disolverse. Además del duro revés, el pobre resultado obtenido en los comicios puso de manifiesto la inviabilidad de la opción parlamentaria como método de lucha obrerista. Era evidente que tanto el Gobierno como las élites socioeconómicas de España y Cuba se negaban y se negarían a abrir, al menos de manera efectiva, la participación política a las clases populares ya que resultaba sumamente peligroso para sus propios intereses. Los trabajadores se veían, en consecuencia, abocados a la búsqueda de nuevas alternativas que, en su camino hacia la consecución de un salto cualitativo en la dura realidad de los obreros, prescindiese de la estéril vía parlamentaria.

El diálogo y el pactismo consensuado, en una sociedad en la que políticos y empresarios remaban en la misma dirección, se habían mostrado altamente ineficaces en la resolución del problema social del estamento popular. Pese a que el Gremio Obrero continuó durante un tiempo siendo la base de operaciones del obrerismo insular, el inminente descalabro de los reformistas era más que palpable en 1880. Los líderes del reformismo, quienes lo eran también del GORT y de *La Razón*, habían perdido el crédito de unos trabajadores que, tras depositar su confianza en unas continuas promesas reforma que nunca llegaban a materializarse, se mostraban desencantados y dispuestos a optar por otros caminos más radicales que ofreciesen una alternativa real a los infértiles *procedimientos oficialistas*. Por tanto, y al igual que ocurrió con el caso catalán en la Península, sería el fracaso del reformismo el que “separaría a las masas trabajadoras incipientes de todo proyecto jurídico y las lanzaría a manos del anarquismo –que no estaba distante de las premisas últimas del federalismo- y la acción directa” (Villacañas, 1989: 115). De las ruinas de un decrepito reformismo surgía en Cuba un joven y vigoroso movimiento libertario que comenzaba a manifestarse por los mismos cauces que, hasta ese momento, habían sido utilizados por sus predecesores: la prensa y el asociacionismo. El binomio teoría/praxis que define a los anarquistas comenzaba, así, a tomar impulso en una colonia cada vez más polarizada sociolaboralmente.

¹⁸⁷ *La Razón*. La Habana. 5 de septiembre de 1880. Pág. 2

4.2. El anarquismo entra en juego: la Junta Central de Artesanos, *El Obrero* y Enrique Roig San Martín.

Tras dos décadas de reformismo al frente de las luchas obreras en Cuba, principalmente en las del sector tabacalero, la situación de los trabajadores continuaba en un estado de verdadera precariedad en donde los sueldos apenas lograban cubrir los gastos mínimos de subsistencia. En vista de este estancamiento fueron muchos los que culparon a los líderes obreros por “el olvido de sus intereses [y] la preferencia dada á las cuestiones políticas”¹⁸⁸. Consideraban que una mejora pactada dentro de la legalidad con quienes, además de defender unas posiciones frontalmente opuestas a las suyas, poseían el control del sistema legislativo y económico era a todos los efectos perseguir una quimera. La situación se parecía bastante a la descrita por Bakunin cuando señaló que “la lucha [por asegurar la existencia o afirmar los derechos], tiene lugar bajo el doble aspecto de la explotación del trabajo asalariado por parte del capital, y de la opresión política, jurídica, civil, militar y policíaca por el Estado y la Iglesia, y por la burocracia estatal” (Bakunin, 1978: 314). Los trabajadores, según sus propias palabras plasmadas en algunos de los nuevos periódicos obreros que comenzaron a aparecer en esta época de declive reformista, se mostraban desencantados y descontentos ante el hecho de que en su lucha contra quienes consideraban sus tradicionales opresores, los patrones, no encontraban el respaldo de quien se presentaba como un representante de la ley y la justicia igualitaria para todos los ciudadanos: el Estado. Así, la desconfianza tradicional de los obreros frente a la patronal, se extendió también hacia una maquinaria estatal que se encontraba claramente posicionada del lado del capital. No es extraño por tanto que, en medio de ese clima de doble explotación, el proletariado cubano se viese atraído por unas ideas que parecían adaptarse como un guante al sentir mayoritario:

Para empezar, ya hemos probado muchas veces que un trabajador aislado no puede producir casi nada por encima de lo que consume. Desafiamos a que alguien nos enseñe a un trabajador real y sin privilegio alguno capaz de ganar decenas de miles, cientos de miles o millones de francos. Esto es claramente imposible. Por ello, si en la sociedad existente hay individuos que ganan sumas de ese porte no es como resultado de su trabajo, sino debido a su posición privilegiada, es decir, a una injusticia legalizada jurídicamente. Y puesto que lo no derivado del propio trabajo se toma necesariamente del trabajo de otro, tenemos derecho a decir que todas esas ganancias son solo una forma de robo cometido por personas en posiciones privilegiadas sobre el trabajo colectivo, y cometido con la sanción o bajo la protección del Estado” (Bakunin, 1978: 310).

“Así, ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, aun la república política más roja, popular solo en el sentido mentiroso conocido con el nombre de representación del pueblo, no tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir la organización libre de sus propios intereses de abajo a arriba, sin ninguna injerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado pseudo-popular, inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba a abajo por intermedio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe mejor los intereses reales del pueblo que el pueblo mismo. (Bakunin, 2005: 31)

Estos dos fragmentos, que condensan dos de los puntos más característicos del programa bakuninista, reflejan también en parte la situación que vivía el proletariado cubano en la década de 1880 y explican por qué, tras la *certificación electoral* de la ineficacia de los métodos republicano-reformistas, decidieron lanzarse en brazos de un movimiento más radicalizado que prescindía de la utilización de todos esos mecanismos que el binomio

¹⁸⁸ *El Despertar*. New York. 30 de noviembre de 1899. Pág. 1.

capital-Estado controlaba en su propio beneficio. Esta vuelta de tuerca del mundo obrerista cubano se vio reflejada en tres sucesos interrelacionados entre sí: la fundación del semanario *El Obrero*, el rápido ascenso de Enrique Roig San Martín como una de las cabezas visibles del movimiento obrero y la creación y desarrollo de la Junta Central de Artesanos.

La pérdida de credibilidad sociopolítica por parte del republicanismo reformista y de su brazo electoral, el Partido Democrático, afectó también a la reputación del órgano de expresión de ambos: *La Razón*. La campaña a favor de sus aliados políticos fue excesivamente agresiva y excluyente por parte del semanario dedicado a los artesanos. La estrategia de presentar a quienes no comulgaban con los planteamientos y las prácticas del reformismo como agentes ajenos y nocivos para el que consideraban único y verdadero movimiento obrerista, jugaba ahora en contra del periódico. *La Razón* había dejado claro que no representaba –ni representaría– los intereses de quienes defendían posturas distintas a las suyas, por lo que el cada vez más elevado número de obreros desilusionados con la ineficacia del reformismo y de su *versión* parlamentaria se vio obligado a buscar unos canales de expresión propios y adaptados a sus nuevas identidades obreristas. Esta búsqueda dio como resultado la creación de un semanario – *El Obrero*– que, pese a ser “fundado por los demócrata-republicanos” (Casanovas, 2000: 177), en su cuarta entrega se mostraba ya como un claro defensor del socialismo bakuninista. Su encabezamiento, donde además de *El Obrero* podía leerse el subtítulo *Eco del proletariado* y las dos frases *No más derechos sin deberes; no más deberes sin derechos*¹⁸⁹ y *La redención de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos*, ponía de manifiesto el carácter socialista de la publicación. Si bien ambas locuciones no especificaban el carácter libertario de este socialismo, sí que existen motivos más que evidentes para afirmar sin atisbo de duda que *El Obrero* era un semanario de firmes ideas anarquistas.

El Obrero fue fruto de su tiempo y, como tal, adaptó tanto su mensaje como su lenguaje a las nuevas necesidades y demandas del proletariado cubano. Así, la publicación, que como hemos señalado comenzó su andadura gracias al impulso de los demócratas, radicalizó su discurso orientándolo hacia un anarquismo al que reivindicó como su modelo doctrinal de una manera abierta y directa. Este posicionamiento libertario necesitó de una paulatina e incesante radicalización discursiva que llevó al periódico a pasar de publicar textos “para desvirtuar los juicios erróneos que muchos tienen formado de la doctrina tan santa y pura que sustentamos al proclamar la *federación*, el *colectivismo* y la *anarquía social*”¹⁹⁰ a escritos más comprometidos que hacían uso de una terminología más dinámica:

El Obrero, pues, ha venido al campo del periodismo para propagar las ideas anárquico-colectivistas, no porque cree, sino porque está convencido de que dichas ideas –en época más ó menos lejana– arrebatarán de las garras de la explotación y de la miseria á los infelices seres que, con el sudor de su frente, hacen producir á la tierra variados frutos, hacen que la vida tenga encantos... levantan poderosas ciudades, horadan montañas gigantescas, aumentan las comodidades y maravillas de la Creación... ya dando vida é impulso á la veloz locomotora, ya atrayendo á su antojo el fulminante rayo, y comunicando de polo á polo en un breve momento la palabra.

¹⁸⁹ Esta primera frase hace referencia a la consigna “Pas de droits sans devoirs, dit- elle égaux, pas devoirs sans droits” perteneciente a la canción *La Internacional*, escrita por Eugène Pottier en 1871 para su obra *Cantos Revolucionarios* y que se convertiría en el himno socialista por excelencia.

¹⁹⁰ *El Obrero*. La Habana. 11 de julio de 1883. Pág. 1.

El Obrero, pues, declara solemnemente que se equivoca todo aquel que le juzgue como una publicación inoportuna y de tendencias inverosímiles¹⁹¹.

Este breve fragmento señala un pequeño pero importante cambio en el estilo periodístico de los obreros que es reflejo de la evolución ideológica del obrerismo insular. Ya no se hablaba, como se hacía desde los escritos reformistas, de una entrega de libertades a las clases populares derivada de la benevolencia de las élites. Se hablaba de “arrebatar de las garras de la explotación (sic)”. Esta frase resulta especialmente relevante si nos centramos en la doble significación que entraña. Por un lado, el término *arrebatar* infundía al movimiento obrero un carácter mucho más agresivo, haciéndole pasar de una posición de calma e *inactividad activa* a una postura de acción directa derivada del deseo de tomar por la fuerza los derechos a los que aspira. De otra parte, la utilización de la expresión *garras* bestializa al bloque de los explotadores y los sitúa en una posición totalmente enfrentada a la de quienes pretenden obtener una mejora en su situación sociolaboral. Ese bestialismo hacía imposible cualquier tipo de negociación con las élites tanto socioeconómicas como políticas, empujando a los trabajadores hacia esa ineludible necesidad de “arrebatar”, de “arrancar” los derechos a quienes se los negaban. Tal modelo discursivo, además de reflejar el giro radical de la estrategia obrerista, pone en evidencia un aumento en el grado de evolución identitaria del proletariado cubano. La atribución de cualidades animales a un determinado grupo social fue una práctica recurrente por parte de las clases dominantes para, unidos como un bloque solido de intereses comunes, hacer frente a otro sector de la población “en momentos en que [estas élites] percibían una amenaza real o imaginaria contra [sus] intereses económicos, políticos y culturales” (Castellanos, 2002: 54). Este tipo de discurso, donde se confrontaba a dos facciones de la sociedad, era utilizado por los obreros y requería de la existencia previa de una identificación sólida como colectivo por parte grupo encargado de crear este mensaje, lo que, en el caso que nos ocupa, ponía de manifiesto un fortalecimiento del proceso de proletarianización de los trabajadores cubanos.

Acorde con esta línea mucho más combativa del obrerismo insular, *El Obrero* creó un discurso crítico y agresivo contra quienes censuraban el modelo de conflictividad social propuesto por los anarquistas, al tiempo que lanzaban una dura crítica hacia los defensores del reformismo político y de los pactos entre obreros y patronal:

Y ¿qué es la política? Mucho pudiéramos extendernos sobre el particular, pero vamos á ser lacónicos, no porque nos acobarden las despreciables denuncias y los rabiosos ataques de escritores que se aprecian de imparciales y entendidos... sino porque así nos lo exige la época de increíbles arbitrariedades porque desgraciadamente atravesamos.

La política; pues; ó mejor dicho, toda política es una arte de gobernar; es decir, de crear gobernantes y gobernados ó de crear siervos y señores, que es lo mismo. Y entre señores y siervos, ¿podrá realizarse jamás un pacto que garantice la libertad y la autonomía tanto individual, como colectiva, como regional? Nosotros creemos y afirmamos que entre siervos y señores solo puede existir el despotismo y la explotación por una parte, y la humillación y la obediencia por la otra.

[...] La política es un engaño y una especulación como quiera que se analice y por lo tanto, es una sacrosanta obligación de aquellos que conocemos cuales son los derechos del hombre ante la Naturaleza, ante la ciencia y ante la filosofía... que así lo declaremos y que así lo sostengamos. [...] El proletariado, pues, debe alejarse de todo partido político y concretarse con ánimo esforzado al desarrollo y á la defensa de las ideas anarco-colectivistas, porque ellas y solo ellas, son las únicas armas que han de darle vistorias, libertades y laureles... las únicas armas que destruirán á la egoísta sociedad actual -ántro

¹⁹¹ *El Obrero*. La Habana. 12 de septiembre de 1883. Pág. 1.

de avaricia, de prostitución y de miserias- levantando, sobre sus escombros, la sociedad del bien, de la abundancia, del amor y de la fraternidad¹⁹²

El fragmento, extraído de un artículo que los redactores de *El Obrero* titularon “Aclaración (doctrinal)”, simboliza a la perfección tanto la nueva orientación que estaba tomando el movimiento obrero cubano a principios de la década de 1880, así como alguna de sus principales motivaciones. Atendiendo a este texto, que únicamente es uno de otros tantos escritos por el semanario en un tono similar, resulta evidente que existía entre los líderes obreristas un enorme desencanto con respecto a las estrategias de lucha obrera seguidas por los reformistas. Por una parte, la utilización del término “engaño” para referirse a la política y el establecimiento, por otra, de una relación entre esta y la creación de infructuosos pactos entre “señores y siervos” no eran una casualidad, sino que respondían una triple frustración. Así, en primer lugar, *El Obrero* señalaba de una manera indirecta cómo, tras casi dos décadas de reformismo y estéril búsqueda de aquella benevolencia por parte de los empresarios predicada por *La Aurora*¹⁹³, la negociación del proletariado con sus directos explotadores solo había servido para alargar la agonía de las clases populares, calmar el impulso redentor de los trabajadores y beneficiar, con ello, a las élites productoras. Tras este primer desencanto *El Obrero* realizaba una crítica directa hacia lo que supuso una segunda decepción: la participación del proletariado en el sistema de política parlamentaria. Para los miembros del semanario, el intento de incursión obrera en un modelo político monopolizado por las élites socioeconómicas fue, no solo una pérdida de tiempo y de energías, sino un engaño por parte de aquellos *aspirantes a élite* que querían aprovechar la fuerza numérica de los trabajadores para dar un paso más en la consolidación política de su ya adquirido poder económico. Esto no solo generó un creciente antiparlamentarismo en los círculos obreristas, sino que los orientó hacia posiciones radicalmente opuestas a la burguesía industrial, es decir, hacia aquellos potentados que pretendían, también, conquistar el poder político y social. Pero este círculo de engaños no estaría cerrado sin un tercer elemento que se deduce de la terminología y la línea editorial marcada por *El Obrero* y que podría definirse como *una potenciación de la división sociolaboral de clases*. En medio de un clima de desconfianza que marcaba un punto de inflexión en el desarrollo del obrerismo insular, la redacción del semanario anarquista dio una vuelta de tuerca a su discurso y comenzó a hablar de *siervos y señores*, haciendo alusión a un modelo estamental que, al menos sobre el papel, había quedado atrás con la caída del Antiguo Régimen. Este rescate terminológico no solo agudizaba la fractura socioeconómica, sino que contrastaba enormemente con el discurso conciliador del reformismo, en donde se buscaba presentar a la patronal y a los trabajadores como piezas de una misma maquinaria, el ramo productivo, cuyo óptimo funcionamiento repercutiría en un beneficio mutuo. Entendiendo que estas posturas de reciprocidad eran solamente “cantos de sirenas”¹⁹⁴, *El Obrero* señalaba que las calamidades y los beneficios inherentes a toda actividad laboral no eran repartidas de manera equitativa entre trabajadores y empresarios. En tiempos de vacas flacas, los obreros eran duramente golpeados por el hambre y la explotación, mientras que en periodos de bonanza económica la mejora obtenida por los trabajadores, si la había, podía no llegar a garantizar, tan siquiera, el cubrir unos mínimos de subsistencia. Bajo este punto de vista, el periódico anarquista relacionaba en sus páginas la realidad sociolaboral del capitalismo con la de aquellos antiguos siervos que solo percibían una mínima parte

¹⁹² *El Obrero*. La Habana. 12 de septiembre de 1883. Pág. 1.

¹⁹³ Véase a modo de ejemplo el artículo “Privilegios” publicado en *La Aurora* el 19 de agosto de 1866.

¹⁹⁴ Para más información acerca del uso de esta metáfora véase *El Obrero* de 29 de agosto de 1883. Pág. 1.

de un rendimiento productivo que iba a parar, de manera casi íntegra, a manos de los señores. Así, no resulta extraño encontrar, al margen de la terminología anteriormente señalada, textos que, como el que se presenta a continuación, ponen de manifiesto esta *innovadora* visión del socialismo cubano:

Las jentes que tienen acumulados ese agente móvil que se llama dinero, ó bien papel fiduciario, que disfrutan de toda clase de privilegios y comodidades olvidando el sagrado deber de *humanidad*, saben perfectamente que nosotros los trabajadores, mejor dicho, los verdaderos atletas de la sociedad, los que gráficamente dicen los modernos filósofos que constituyen el nervio de la presente organización social, los que son nuestro esfuerzo material é intelectual construimos las ciudades, las villas y las aldeas; los que labramos los campos y arrancamos de las entrañas de la tierra los más preciosos productos, los que construimos las naves que surcan la inmensidad de los mares conduciendo los ricos frutos por nosotros sazonados, los que construimos las locomotoras que con su majestuosa marcha cruzan de uno á otro lado todas las rejiones, transportando las mercancías por nosotros fabricadas; los que colocamos los cables submarinos en el fondo de las aguas, poniendo al habla por medio del telégrafo á los pueblos del viejo y nuevo mundo; los que orodamos las montañas, construimos los acueductos y unimos los mares; y los que en todo lo que representa el esfuerzo humano necesariamente, hemos puesto nuestra callosa mano de obreros ¡oh contradicción gravísima! de nada de ello disfrutamos ¿gracias á qué? al régimen capitalista burgués que hace de nuestro sudor una mercancía que la valora por medio del salario, signo de la esclavitud y fuente de donde emanan todos los males que nos aflijen¹⁹⁵.

Como puede apreciarse, el estilo directo y agresivo del semanario se entremezclaba con un tono autoreivindicativo en el que se confería al proletariado la autoría de casi todos los avances tecnológicos que transformaron la sociedad de la época. La concepción del *disfrute* dejaba entrever una clara inclinación por parte de *El Obrero* hacia posturas propias del anarquismo colectivista, donde se proponía una división de la retribución proporcional al trabajo de cada individuo teniendo en cuenta, para ello, las capacidades productivas de cada cual. Esta propensión, sin embargo, no llama la atención si tenemos en cuenta la trayectoria seguida desde sus primeros números por la publicación libertaria. A partir de su cuarta entrega –4 de julio de 1883- *El Obrero* divulgó una serie de artículos titulados “Estatutos”, repartidos entre sus seis siguientes periódicos, en los cuales reproducía, de manera íntegra, los reglamentos de la Federación de Trabajadores de la Región Española¹⁹⁶. Con este serial, el boletín socialista no solamente dejaba claro cuál era su prototípico modelo de lucha obrera, sino que se convertía, de manera oficial, en el primer gran órgano difusor de las ideas del anarquismo español en la Isla.

Pero la relación de *El Obrero* con el movimiento libertario peninsular no se limitó únicamente a una mera transcripción de los estatutos de la FTRE, sino que fue un poco más allá. En su decimoprimer número –29 de agosto de 1883-, el primero tras la última entrega de “Estatutos”, el semanario lanzaba una nota informativa que, bajo el título de “Ecos”, anunciaba a sus lectores la celebración, en los días 8, 9 y 10 de septiembre *del corriente*¹⁹⁷, del tercer Congreso Regional de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Este artículo, reproducción textual del llamamiento realizado por la propia

¹⁹⁵ *El Obrero*. La Habana. 24 de octubre de 1883. Pág. 1 y 2.

¹⁹⁶ Véanse los números de *El Obrero* comprendidos entre el 4 de julio y el 22 de agosto de 1883.

¹⁹⁷ Pese a que las fechas señaladas fueron, en un primer momento, las elegidas para la celebración del III Congreso Regional de la FTRE, este se celebró finalmente a principios de octubre de 1883 debido a la enorme persecución que el anarquismo, en general, y la Federación, en particular, sufrieron por parte del gobierno como consecuencia directa de los llamados *sucesos de la Mano Negra*.

FTRE, no fue el único que *El Obrero* dedicó al congreso de Valencia. El 3 de octubre (número 16), el periódico habanero publicaba un apartado titulado “El Congreso de Valencia”, en donde, además de anunciar las nuevas datas en que tendrían lugar las reuniones, se hacía una feroz crítica a la “terrible cruzada organizada contra la Federación, en la que tomaron parte todos los elementos *burgueses*”¹⁹⁸. Este ataque simultáneo al gobierno y a la burguesía no resultaba baladí ya que, dentro de él, se insertaba una reafirmación de los valores morales que se proponían desde el anarquismo colectivista y que eran representados como la contraposición natural al binomio formado por Capital y Estado y, además, se ensalzaba la enorme campaña que, en pro de la justicia social, estaba desarrollando el anarquismo español. En poco más de cuatro meses, *El Obrero*, pionero en la difusión de las ideas anarco-colectivistas en la Isla, había definido de manera clara cuál sería su modelo a seguir y su fuente de influencia.

Siguiendo esta línea de admiración y aprendizaje respecto del movimiento libertario español, el semanario obrero decidió ampliar los lazos que unían su actividad a la de los obreristas españoles y comenzó a contar, desde su decimonovena entrega (24 de octubre de 1883), con un *corresponsal*¹⁹⁹ afincado en tierras españolas. En su primera intervención, mediante una carta fechada el 28 de septiembre de 1883, el propio cronista define de manera clara cuál será su cometido como colaborador del periódico cubano:

Mis propósitos son, como es consiguiente, poner á los trabajadores de esa Isla al tanto del movimiento obrero que, no solo en España, sino en toda Europa, se está operando en estos momentos. Esto, como comprenderá, no es obra de un instante, y en correspondencias sucesivas iré desarrollando mi pensamiento conforme queda formulado. [...] Así, pues, como dejo dicho, todo cuanto de importante suceda en esta Región y en las del resto de Europa merecerán principalísima atención en estas humildes correspondencias, sin dejar á la vez de deshacer todos los errores que en esa Isla puedan propalarse por noticieros más ó menos concienzudos y corresponsales más o menos interesados en la causa de nuestros enemigos. [...] A través del inmenso Océano que nos separa, unámonos en un estrecho abrazo para luchar por nuestra emancipación. No hay para los explotados fronteras, razas ni colores. Saludad, compañero director, en mi nombre á todos los trabajadores de esa Región, y recibid un abrazo del que os desea salud y emancipación social²⁰⁰.

Gracias al trabajo de este articulista y al empeño de su directiva, el semanario insular se convertía en el órgano de difusión de los principios del anarco-colectivismo español en Cuba. De este modo, como en su día hicieran *La Aurora* y *La Razón*, *El Obrero* dejaba de ser una mera plataforma informativa para transformarse en un aparato de adiestramiento político y, en consecuencia, en ese “actor político” mencionado por Hector Borrat (1989).

Esta labor adoctrinadora de *El Obrero* en favor de los principios del movimiento libertario español experimentaría, además, un continuo crecimiento que la convirtió en la principal actividad política desarrollada por el semanario. Esto lo podemos observar con claridad si seguimos el programa de jerarquización de las secciones propuesto por Franco Rositi (1982: 115-153) para el estudio de la configuración ideológica de la prensa. Según el autor italiano, los periódicos operan con decisiones de exclusión, inclusión y jerarquización que nos permiten analizar las tendencias seguidas por una determinada editorial, es decir, la dirección de cada periódico decide que secciones se publican y en

¹⁹⁸ *El Obrero*. La Habana. 3 de octubre de 1883. Pág. 1.

¹⁹⁹ Este reportero, quien firma sus artículos como *El Corresponsal*, no es un enviado cubano de *El Obrero*, sino que es un trabajador español, anónimo y afiliado a la FTRE –datos que se deducen de sus escritos– que colabora con publicación cubana desde su residencia de Madrid.

²⁰⁰ *El Obrero*. La Habana. 24 de octubre de 1883. Pág. 2.

qué orden se disponen, según el efecto que quiera producir en el lector. Pariendo de este supuesto, podemos determinar que, desde el 7 de noviembre de 1883 en que se publica su número 21, la difusión de los ideales y las actividades del anarquismo español pasó a ser una evidente prioridad para los editores de *El Obrero*. Y es que, a partir de esa fecha y en lo sucesivo, los artículos enviados por el corresponsal madrileño pasarán a ocupar la primera página del semanario habanero. Sin embargo, no solamente este notable cambio posicional en la estructura del periódico resultaba relevante, sino que existió también una importante evolución en relación con el contenido y el tono discursivo de esta sección, titulada “Cartas de Madrid”. Lo que, tal y como se señalaba en la primera de las correspondencias, comenzó siendo una columna ideada para informar brevemente sobre las tendencias y las prácticas obreristas de toda Europa se transformó, paulatina pero rápidamente, en una especie de panfleto orientado a la alabanza del programa de la FTRE y del anarco-colectivismo español. Las cartas, pasaron de informar acerca del Congreso Regional celebrado en Valencia a dedicar la mayor parte de sus líneas a la difusión de aspectos teóricos del anarquismo que se intercalaban con ejemplos de su puesta en práctica por parte de las diferentes asociaciones obreras españolas²⁰¹.

Con el arquetipo de anarco-colectivismo peninsular como eje central de su labor periodística, *El Obrero* promovió también todo tipo de campañas destinadas a fomentar la unidad y la lucha obrera, intentando acomodarlas a su propio programa y, así, ganar un número suficiente de adeptos como para poder colocarse al frente del movimiento obrero insular. La estrategia a este respecto fue bastante evidente. Lejos de lanzar un ataque frontal contra el reformismo, la redacción del periódico libertario fue mellando poco a poco la credibilidad de los reformistas, vinculándolo de manera velada con los tropiezos del asociacionismo e insinuando muy sutilmente que sus líderes preferían defender los intereses de la patronal:

El domingo último, celebró Junta general de elecciones el Gremio de Obrero del Ramo de Tabaquerías. No sabemos el resultado de éstos, pero suponemos haya sido reelecta en su casi unanimidad la junta directiva saliente.

Tratáronse además asuntos generales, y entre ellos la ruptura de las bases establecidas entre el expresado Gremio y el de Rezagadores. Mucho sentimos que los lazos de unión que existían entre ambas Asociaciones hayan sido rotos en los momentos en que, según nos aseguran, una de las partes reclamaba el cumplimiento de lo pactado.

Pero nosotros que siempre hemos considerado que el trabajador no tiene otro medio para salir avante en la Jornada emprendida que la unión más estrecha; y que creemos que así lo comprenden la inmensa mayoría de éstos, esperamos que no tardará mucho tiempo, en que, consideradas las cosas con más calma, vuelvan á reanudarse las amistosas relaciones que existían. Hacemos votos ardientes porque esto suceda, aconsejando á nuestros Gremios, que si el pacto roto no llenaba por completo sus aspiraciones, no por eso dejen de perseverar, buscando por otros medios, en unificar sus tendencias²⁰².

La estrategia seguida por el periódico resulta evidente en este fragmento. El texto comenzaba haciendo una clara pero sutil desvinculación de la redacción del periódico respecto del Gremio Obrero del Ramo de Tabaquerías, señalando que, aunque sabían de la celebración de una Junta para la elección de directiva, su alejada posición les impedía conocer los resultados de la votación. Acto seguido lanzaban una nada impremeditada suposición en la que señalaban que la reelección de la anterior junta era casi segura, lo

²⁰¹ Véase a modo de ejemplo *El Obrero* de 26 de diciembre de 1883.

²⁰² *El Obrero*. La Habana, 3 de octubre de 1883. Pág. 3.

que dejaba entrever al lector que el GORT se había convertido en una camarilla de reformistas cuyas decisiones respondían a los designios de estos.

Pero *El Obrero* fue un paso más allá en su estrategia de erosión del reformismo. Mostrando una actitud de cierta indiferencia, representada por la locución “tratáronse además asuntos generales”, el semanario anarquista resalta uno de ellos: la ruptura de relaciones entre el Gremio de Obreros y el de Rezagadores. Pese a que posteriormente habla de la necesidad de que estas dos sociedades vuelvan a unir lazos, la redacción mostró un posicionamiento totalmente a favor de los rezagadores, ya que resaltaba que una de las partes solo reclamaba que se cumpliera con lo pactado, es decir, una de las partes defendía una causa legítima. Cabe señalar que, en el conflicto entre el GORT y los rezagadores derivado de la rebaja en los precios pactados con la patronal, tanto los reformistas como su órgano de expresión, *La Razón*, habían apoyado no solo la mediación realizada por el Gremio de Obreros en el conflicto, que había sido más favorable a los intereses patronales que a los de los trabajadores, sino también que se produjese la ruptura de relaciones entre las entidades²⁰³. Esto facilitó el posicionamiento de *El Obrero* que, además de declarar legítimas las demandas de los rezagadores, hizo un alegato acerca de los beneficios que ambas sociedades obtenían de su unión. Como puede observarse, la lucha entre anarquistas y reformistas por la dirección del obrerismo cubano había traspasado la frontera de las fábricas para instaurarse también en las páginas de los periódicos obreros. El movimiento obrero se encontraba, a la altura de 1883, inmerso en un proceso de total remodelación en el que aún debía de marcar la línea de acción y pensamiento que se seguiría en adelante. El apoyo popular sería clave en la victoria de las tendencias en pugna, por lo que la propaganda y, en consecuencia, la prensa escrita se convirtieron en armas políticas tanto para quienes proponían una opción inmovilista como para el creciente número de personas que pretendían dar un golpe de timón sobre la hoja de ruta del obrerismo insular.

Convertido en actor político y con una línea de acción y de pensamiento perfectamente definidas *El Obrero* se destacó como uno de los principales motores de cambio del un movimiento obrero. Gran parte del éxito cosechado por el semanario obrero se debió a la dedicación de un tabaquero criollo de presumible ascendencia catalana llamado Enrique Roig San Martín, quien, como veremos, se convertiría en una de las más prominentes figuras del anarquismo cubano. Enrique Roig nació en una familia de clase media ilustrada –su padre fue médico– y, como tal, comenzó a cursar unos estudios universitarios en medicina que terminaría abandonando para dedicarse a la manufactura de tabaco. Desde joven, Roig mostró unas “notables inclinaciones literarias” (Pérez, 1943: 16), preferencia que le llevaría a realizar colaboraciones para diferentes periódicos de ámbito local. Lo que en un principio comenzaron siendo breves aportaciones poéticas fueron transformándose en textos cada vez más politizados. El contacto con los tabaqueros y con la *realidad proletaria* provocaron la radicalización política de Enrique Roig, quien ya en 1880 demostraba en su producción que “el Ideal del Socialismo orientaba su vida definitivamente” (Pérez, 1943: 31). Su formación académica, elevada en relación a la mayoría de trabajadores, hizo que rápidamente destacara como uno de los mejores propagandistas del anarquismo en Cuba, lo que le permitió hacerse un

²⁰³ Véase *La Razón* del 8 de diciembre de 1883. En el artículo titulado “Rezagadores y operarios”, Saturnino Martínez señala que debe producirse una ruptura entre el Gremio de Obreros del Ramo de Tabaquería y los Rezagadores, ya que estos eran, en su opinión, trabajadores asalariados en un régimen de semilibertad –haciendo referencia a su menor capacidad de movilidad laboral– y su vinculación con una asociación destinada al auxilio de los operarios podría resultar perjudicial para la defensa de los intereses de estos últimos.

nombre dentro de los más eminentes activistas sociales de la época. En un momento en que el reformismo parecía caer sin frenos hacia el ostracismo, la figura de Roig, ligada indudablemente a las tendencias libertarias, parecía cotizar al alza. Su éxito entre las masas proletarias fue tal que, a mitad de 1883, se encontraba ya al frente de *El Obrero* en calidad de editor.

Tanto en su trabajo de redactor como en su labor de editor del semanario anarquista, Roig San Martín se mostró como uno de los más firmes críticos del modelo reformista de lucha social. Culpaba a las élites sociopolíticas de ser las principales causantes de los graves padecimientos que sufrían las clases populares, pero también atribuía parte de la responsabilidad a otros elementos de la sociedad: la burguesía y el obrerismo reformista. El primero de estos grupos, el de los burgueses, era para Roig el principal enemigo de la clase obrera. Pese a que, en esencia, la burguesía perseguía un cambio en el orden social, bajo la perspectiva de Roig, esta no aspiraba más que a un cambio de papeles, es decir, a situarse en el lugar de dominio económico, social y político que históricamente había ocupado la aristocracia tradicional gracias a la explotación de los *desheredados*²⁰⁴. La burguesía cubana contaba, a finales del siglo XIX, con un enorme poder económico que le permitía tener cierto grado de prestigio dentro de la sociedad, pero el poder social y político reales seguían estando en manos ajenas a las suyas. Para poder revertir esta situación, gran parte de los burgueses hicieron uso de los mecanismos legales que les concedía el Estado español y vieron en las clases populares un impulso, al menos cuantitativo, con el cual poder medrar política y socialmente. Comenzaron así a introducir, muchas veces sin intención de llevarlas a cabo, medidas y reformas en sus programas con el fin de atraer a su causa el mayor número de trabajadores posible. Pese a que la gran mayoría de estos obreros no tenían capacidad legal para participar activamente en la política parlamentaria española ni tan siquiera como simples votantes, su enorme significación numérica convertía a este estamento en una importante arma de presión política. El miedo del Estado a una nueva rebelión jugaba a favor de quien tuviese de su lado al pueblo. Esta instrumentalización de la clase trabajadora, fue precisamente el epicentro de las críticas de Roig San Martín a la burguesía. Para el anarquista habanero, con ello, los burgueses ejercían sobre los obreros una doble explotación. Al *tradicional* beneficio económico que obtenían del trabajo mal retribuido de las clases populares, se le sumaban ahora nuevos abusos. La insostenible situación económica del proletariado generaba descontento, lo que, a su vez, provocaba que este grupo se posicionase del lado de aquellos que parecían entender y querer remediar sus aflicciones. Por tanto, entendía Roig, los burgueses no solamente no ponían remedio a la problemática socioeconómica que pesaba sobre los trabajadores, sino que, en la mayoría de los casos la incentivaban, dado que, de las penurias del pueblo obtenían rendimiento tanto económico como sociopolítico. Cuantos más trabajadores estuvieran en una situación límite, mayor número de ellos se unirían a *programa redentor* de la burguesía reformista. Este hecho convertía a los burgueses, a ojos del anarquismo, en el mayor enemigo de los intereses de

²⁰⁴ Un claro ejemplo de esta postura lo encontramos en el primero de los artículos publicados en número 5 de *El Obrero* (La Habana, 11 de julio de 1883), cuyo título fue arrancado por el paso del tiempo de los ejemplares del semanario conservados en el Instituto de Historia de Cuba que sirven como fuentes de esta investigación. En él, se señala como una verdad innegable: “que en todas las épocas y en todos los países ha existido, como existe hoy, la explotación del hombre por el hombre [...] Pero ¿quiénes son los que hoy nos niegan nuestros derechos? [...] son los que medran á expensas de nuestro sudor, acumulando fortunas cuantiosas, dándonos en cambio de nuestro asiduo trabajo un mezquino salario, son los actuales y genuinos representantes de los señores feudales que no procuran nada en beneficio del obrero”. Se muestra, en definitiva, a la burguesía como un interesado colaborador de las élites tradicionales, de las antiguas –y modernas– aristocracias, que, al igual que sus *referentes*, utilizaban al pueblo en su propio beneficio.

la clase obrera dado que el rédito que obtenían de la explotación de los trabajadores era mayor incluso que el de la aristocracia tradicional.

Dentro de este *juego* de la doble explotación se encontraba el otro colectivo contra el que Roig lanzó asiduamente sus dardos editoriales: los obreros reformistas. Este grupo, sin embargo, no era considerado por el libertario cubano como un bloque homogéneo, sino que lo dividía en dos facciones con diferentes objetivos y métodos. La primera de ellas estaba formada por los líderes del reformismo obrero, cuya intención no distaba mucho de la de la burguesía. Pese a haber comenzado su andadura en el movimiento obrero como simples trabajadores que intentaban por todos los medios alcanzar una mejora de la realidad que soportaba su estamento social, el contacto con el poder y, más concretamente, con la burguesía había terminado por corromperlos. Contra estos, desde la tribuna que ofrecía *El Obrero*, la pluma de Roig San Martín fue lanzada de forma afilada y directa hacia quienes consideraba *falsos obreros* y, por ello, eran colocados en el mismo escalón de animadversión que ocupaba la burguesía. También su órgano de expresión, *La Razón*, estaba incluido dentro de este colectivo:

Existe en La Habana un periódico que en un tiempo dedicóse expresamente á los artesanos de Cuba y les hizo despertar del aletargado sueño que la tiranía de largos siglos había inoculado en su consciencia, propagándoles la conveniencia de la asociación para el remedio de los males que sentían, y presentándoles éstos dibujados con los más vivos colores. Hiriéndoles así en lo más íntimo, promovía en ellos la actividad y valor necesarios para salir del quietismo y enervación que los envolvía. [...] Andando los años, el periódico que era dedicado á los artesanos, hízose político; y aunque todavía dice dedicarse á ellos, es lo cierto que hacía mucho tiempo preocupado con las cuestiones políticas apenas sí se conocía por su lectura que se ocupaba del proletariado²⁰⁵.

Tanto el semanario reformista como los líderes obreristas que lo impulsaban fueron duramente criticados por dejar de lado los justos y bondadosos principios de la unidad y la emancipación obrera para pasar a ser un mero instrumento de algo tan sucio y deshonesto como era, para los anarquistas, la política parlamentaria burguesa.

Unido a este modelo de actuación se encontraba la segunda facción que, para Roig San Martín, completaba el *conjunto total* del Reformismo: las bases del movimiento. El tono utilizado al hacer alusión a este colectivo era mucho más sosegado que el empleado contra los líderes obreristas. No las consideraba como causa consciente del problema social que afectaba al proletariado, sino como víctimas colaterales de una especie de trama urdida por los burgueses y sus *portavoces obreros*, quienes, aprovechándose de la ignorancia y buena voluntad de estas bases, las utilizaron en su propio beneficio. En consecuencia, estos trabajadores no fueron atacados de un modo directo e hiriente ya que, para los libertarios, eran solo concienciados y honestos obreristas confundidos por las falsas virtudes del reformismo político y, por tanto, futuras incorporaciones a la causa socialista:

Hay además algunos [de los que combaten a *El Obrero*], los menos ofensivos, que habiéndose destacado de entre los trabajadores mismos, nos miran con desden, y hasta de cierto modo que no calificamos, porque estamos seguros de que tarde ó temprano habrán de comprender sus verdaderos intereses y se unirán á nosotros. Estos últimos, deslumbrados aún por sus conquistas, verán claro alguna vez, y fin y al cabo caerán del lado que se inclinan. Ciértamente que sería para nosotros un verdadero triunfo el allegar á nuestra causa elementos que nos son muy importantes, y tanto más, cuanto que conocemos

²⁰⁵ *El Obrero*. La Habana, 3 de octubre de 1883. Pág. 1.

la abnegación con que algunos de estos hombres rinden culto a las ideas que les satisfacen²⁰⁶.

En *El Obrero* se señalaba como parte del equívoco de estas bases, las victorias alcanzadas en décadas anteriores a través de métodos reformistas. Según el editor anarquista, los pequeños logros alcanzados por el reformismo en los años sesenta y setenta constituían, en 1883, una cortina de humo tras la que ocultar la ineficacia y la inoperancia de un modelo de movimiento obrero que, incapaz de adaptarse a la nueva realidad sociopolítica de Cuba, había dejado de ejercer como tal para prestar sus servicios al parlamentarismo burgués. Obnubilados por aquellas antiguas victorias obreras, muchos trabajadores seguían viendo en el reformismo su tabla de salvación, a pesar de que hacía tiempo que los objetivos de este movimiento habían virado hacia otros horizontes. Era necesario, por consiguiente, reorientar la indudable dedicación de estos obreristas *engañados* hacia un modelo de lucha social más acorde con las nuevas demandas del proletariado insular. De este modo, los miembros de *El Obrero*, entre ellos el propio Roig, se autoimponían la tarea de divulgar entre la clase trabajadora las enseñanzas, medios y sistemas de las diferentes escuelas sociológicas afanadas en resolver el problema social que afectaba a la clase trabajadora²⁰⁷.

Para ello se necesitaba, además de la difusión ideológica de los principios del socialismo, una labor de carácter más práctico destinada a la creación de entidades que reforzasen esos fundamentos ideológicos. Por ello, era común encontrar en las páginas de *El Obrero* tanto mensajes de información y respaldo a las diferentes asociaciones obreras como textos de carácter exclusivamente publicitarios en los que se anunciaban, por ejemplo, los productos de una determinada cooperativa. Bajo títulos tan estimulantes como “Ese es el camino” –título del fragmento que se acompaña a continuación-, la publicación libertaria animaba a los trabajadores a retomar la vía exclusivamente asociacionista que, prescindiendo de la política y de elementos externos a la clase obrera, tantos frutos aportó al proletariado en el pasado:

Ayer á las doce del día se verificó en el «Centro de Artesanos» [de Puerto Príncipe (Camagüey)] una reunión preparatoria para constituir el «Gremio de Tabaqueros», asistiendo al acto un considerable número de operarios de dicho ramo. [...] Aplaudo la digna actitud en que se han colocado los tabaqueros, dando patentes pruebas de que comprenden la verdad de aquella máxima: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos».

Se gestiona activamente para agremiar los artesanos de diferentes oficios, parece que los zapateros serán los segundos en organizarse. En la unión está la fuerza, ¡adelante! Abajo los monopolios. ¡Obreros, á federarse!²⁰⁸.

Además de señalar como positiva la disposición federativa de algunos de los trabajadores de los diferentes ramos productivos de Cuba, el semanario aprovechaba cualquier posibilidad de introducir en sus textos propaganda socialista. En el caso concreto del fragmento que se acaba de reproducir, la redacción del semanario no dudó en relacionar esa agremiación obrera con los principios de la AIT, haciendo uso, para ellos, de la primera de las consideraciones de los Estatutos Generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores: “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”²⁰⁹. De este modo, una simple columna informativa pasaba a convertirse en un

²⁰⁶ *El Obrero*. La Habana, 8 de septiembre de 1883. Pág. 1

²⁰⁷ *El Obrero*. La Habana, 3 de octubre de 1883. Pág. 1.

²⁰⁸ *El Obrero*. La Habana, 8 de agosto de 1883. Pág. 2.

²⁰⁹ Para conocer el contenido completo de estos estatutos, véase A.I.T (1872)

medio de difusión ideológica que servía para alejar el federalismo de la órbita del reformismo, su primer defensor y divulgador en la Isla, y transformarlo en un modelo de lucha exclusivamente socialista. El anarquismo despojaba así a sus competidores de los últimos vestigios de obrerismo que quedaban en su movimiento, cerrando con ello definitivamente la etapa reformista y abriendo las puertas a un nuevo movimiento obrero de carácter libertario.

Pero no solamente la pertinaz actividad de los anarquistas fue el desencadenante de este cambio de liderazgo dentro del mundo obrero. El propio reformismo, con una serie de maniobras desesperadas e infructuosas para intentar adaptar su anquilosado modelo sociopolítico a una sociedad en proceso de evolución, firmó su propia sentencia de muerte. A mediados de 1882, como hemos visto, la variación ideológica en el seno del movimiento obrero era ya palpable; los reformistas perdían representatividad en favor de unos socialistas que contaban con un empuje y una originalidad que les convertía en la opción más atractiva para afrontar un nuevo periodo marcado por el evidente reverdecer del obrerismo cubano. La apuesta del anarquismo por “incluir a todos los trabajadores, independientemente de sus simpatías políticas, raza u origen (peninsular o criollo)”, (Casanovas, 2003: 32) fue determinante a la hora de ganar simpatías en medio de un contexto de regeneración sociolaboral derivada de un proceso abolicionista que incorporaba nuevos sujetos al grueso de la masa asalariada.

Esta capacidad de adaptación por parte de los libertarios fue la que provocó en la fuga de elementos de un reformismo que veía cómo, poco a poco, los trabajadores iban retirándoles su apoyo para entregarse enteramente a la causa socialista. Para frenar esta hemorragia de simpatizantes, los reformistas intentaron volver sobre sus pasos y promover un modelo de lucha obrera de corte puramente asociacionista. Así, desde sus dos plataformas – el GORT y *La Razón*–, se incentivó, ya desde que se detectaron los primeros atisbos de declive, la creación de un organismo federativo que congregase a todas las sociedades obreras de Cuba. Así, en medio de esta pugna entre anarquistas y reformistas, en 1879, “se fundó la Junta Central de Artesanos –llamada también, más tarde, Junta Central de Trabajadores– bajo la dirección de Valeriano Rodríguez” (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985: 47), un obrero asturiano próximo al programa libertario. Pese a que fue apoyada de pleno por la cúpula del reformismo obrero cubano, entre la que se contaba el propio Saturnino Martínez, la creación de la Junta Central de Artesanos supondría, a la postre, el definitivo golpe de gracia para este movimiento. En un primer momento la convivencia de anarquistas y reformistas dentro de la nueva institución fue tranquila, dado que lo apremiante era consolidar firmemente un centro obrero que sirviese para unir a las diferentes sociedades obreras. La directiva, si bien presidida por Valeriano Rodríguez, contaba con miembro de ambas tendencias. Sin embargo, a medida que la Junta iba fortaleciéndose, los anarquistas, sintiéndose amparados por este *órgano coordinador*, comenzaron a promover una radicalización en las luchas sociales, lo que se tradujo en un incremento del número de huelgas.

Fue precisamente el tratamiento de este tipo de conflictos el que puso en relieve las carencias del reformismo y posicionó definitivamente al anarquismo al frente tanto de la Junta Central de Artesanos como del movimiento obrero cubano. Pese a que, sobre el papel, el discurso de ambos colectivos era similar en cuanto a la importancia de crear un organismo federativo, las “tácticas de lucha obrera [de los anarquistas] demostraron ser mucho más efectivas que las de los reformistas” (Casanovas, 2003: 32). Frente a la actitud pactista y consensual de estos últimos, los libertarios optaron por el desarrollo de una

estrategia de ataque directa y agresiva que, rápidamente, puso en jaque tanto a los empresarios como a la propia administración colonial. A principios de la década de 1880, los paros productivos comenzaron a ser vistos por la masa trabajadora, independientemente de su orientación ideológica, como uno de los métodos más eficaces para dar satisfacción a sus demandas²¹⁰, por lo que un posicionamiento equivocado respecto a este tipo de actividades podría ser determinante a la hora de atraer adeptos hacia uno de los dos movimientos en pugna. La determinación, o más bien la falta de ella, fue trascendental en este caso. Mientras el anarquismo apoyó sin cortapisas cualquier paro apoyándose en el supuesto clima de solidaridad obrera que transmitía la JCA, los reformistas se mostraron más críticos con esta estrategia de lucha y, en muchos casos, lanzaron discursos que fueron interpretados como una muestra de debilidad y falta de decisión por un sector de proletariado:

No somos nosotros los que acostumbran apadrinar incondicionalmente á los obreros en sus luchas con el capital. Distintas veces hemos manifestado nuestra opinión sobre el particular, poniéndonos siempre de parte del abaratamiento de la mano de obra, con el fin de poder competir con las manufacturas extranjeras y aún de la Metrópoli, donde la mano de obra se paga poco, por lo poco también que cuesta la vida, y pueden por tanto luchar en los mercados con gran ventaja y vencernos; pero en esta ocasión los dueños de las sastrerías no tienen razón, á consecuencia de que los géneros no han subido en la plaza²¹¹.

En este texto, extraído de un artículo en el que pese a no secundarse abiertamente la huelga de sastres tampoco se censura, se aprecia claramente esa falta de determinación a la hora de apoyar la causa obrera. La versión completa hacía referencia a la indiscutible legitimidad que tenían las protestas de los sastres, quienes habían sufrido una reducción en los pagos por su producción. Sin embargo, *La Razón*, voz acreditada del reformismo, señalaba antes de nada que, por norma general, su posicionamiento estaba alineado con el de la patronal en lo referente al abaratamiento de la mano de obra. Señala además que lo estaba tanto para el caso de Cuba como para el de España, donde justifica que los trabajadores reciban una retribución menor por un mismo trabajo.

Este tipo de discurso generó un enorme recelo hacia el Reformismo por parte de la mayoría de los trabajadores cubanos quienes, paulatinamente, como señala Casanovas (2003: 31) “comenzaron a elegir anarquistas para que encabezaran sus asociaciones”. Esto repercutió también en la directiva de la JCA que, si bien ya contaba con un importante número de representantes libertarios, vio cómo estos últimos fortalecían su grado de influencia. A este respecto, cabe destacar la importancia adquirida por el secretario de la Junta Central, Enrique Messonier, quien, declarándose abiertamente como ferviente anarquista, alcanzó cotas de poder que le permitieron ser elegido presidente tras la muerte, en 1883, del español Valeriano Rodríguez. Fueron precisamente este fallecimiento y la posterior elección de Messonier dos elementos clave en la radicalización del posicionamiento de la Junta. Si bien es cierto que Rodríguez reconocía ser anarquista, es necesario señalar que no era un libertario fuertemente politizado, hablando en términos ideológicos, sino que más bien era un férreo defensor del pragmático sistema de lucha defendido desde dicho movimiento social. Esto convirtió al emigrado asturiano en un líder de consenso que, pese a defender el modelo combativo del socialismo

²¹⁰ El éxito de la huelga como modelo de lucha obrera queda constatado por el gran número de paros noticiados por *El Obrero* durante todo el año 1883. Son muchos y muy dispares los ramos que hacen uso de esta estrategia, ya que entre las páginas del semanario anarquista encontramos desde huelgas de oficios tan *individualistas* como era la panadería hasta ceses productivos de gremios más proletarizados como los tabaqueros o los sastres.

²¹¹ *La Razón*. La Habana, 27 de agosto de 1882. Pág. 1.

revolucionario, sostenía posturas fácilmente asumibles por ácratas y reformistas. Un claro ejemplo de las simpatías que despertó como líder obrero Valeriano Rodríguez fue el llamamiento que sus *enemigos políticos* de *La Razón* realizaron para congregarse al mayor número de personas posibles en el velatorio y el sepelio celebrados en el Centro de Artesanos el 20 de enero de 1883:

Valeriano Rodríguez era un artesano que se afanaba por el desarrollo de la inteligencia en las clases obreras, gozaba de simpatías entre sus compañeros y era de un carácter afable, digno y comunicativo. No tenía fortuna material, pero su voluntad era un rico venero en ansias nobles para cuantos lo trataban. Enfermizo y de naturaleza débil, afrontaba un destino poco halagüeño; más no por eso dejaba de trabajar en la medida de sus fuerzas por el mejoramiento del trabajador, en cuyo seno se movía y entre cuyas filas descollaba como uno de los más juiciosos y meditativos [...]. Ha legado a los gremios de trabajadores la huella de una conducta inmaculada, la historia de una vida sin manchas, y el ejemplo de que cuando uno es bueno, deja siempre tras sí labios que lamenten su desaparición del campo de los vivos²¹².

Tanto este texto como otro de similares características publicado en el siguiente número de *La Razón* –28 de enero de 1883– destacaban precisamente ese carácter afable y comunicativo que convirtieron a Rodríguez en un dirigente respetado incluso por quienes no compartían su visión del obrerismo.

Entre los líderes reformistas, fueron totalmente opuestos los sentimientos que despertó su sustituto al frente de la Junta Central de Artesanos, Enrique Messonier Álvarez. Las asperezas con Messonier, sin embargo, no surgieron con su ascenso a la dirección de la Junta, sino que comenzaron unos años atrás. En 1880, con un Reformismo en crisis y un proletariado en proceso de radicalización como telón de fondo, la popularidad de Enrique Messonier comenzó a crecer hasta convertirle en uno de los dirigentes sindicales más importantes de La Habana. Gracias al respaldo obrero, Messonier obtuvo, a finales de 1880, el cargo de secretario del Gremio de Obreros del Ramo de las Tabaquerías, cuya directiva estaba compuesta por los miembros más notorios del Reformismo cubano. Con el carácter radical y combativo que lo caracterizaba²¹³, completamente opuesto al temperamento transigente de Valeriano Rodríguez, Messonier intentó apartar a Martínez y su séquito de peninsulares reformistas de la dirección del GORT. El punto álgido a este respecto llegó a finales de 1882 cuando, desde un recién alcanzado puesto de vicepresidente del Gremio, Messonier “denunció ante el Gobierno Civil que era improcedente que Saturnino Martínez tomase posesión de la presidencia del Gremio de Obreros por su condición de socio honorario” (Casanovas, 2000: 178). El Gobierno, sin embargo, se posicionó a favor del reformista asturiano ya que, por su naturaleza pactista y su manifiesto patriotismo, resultaba idóneo para controlar el avance tanto del independentismo como del socialismo revolucionario entre las clases populares cubanas.

Cansado de luchar por instaurar un modelo anarquista en el seno de una organización dominada por unos reformistas que contaban con el apoyo del Estado y la

²¹² *La Razón*. La Habana, 21 de enero de 1883. Pág. 1.

²¹³ Del carácter obstinado y, hasta cierto punto, maquiavélico de Enrique Messonier dejó poética constancia José Martí, quien, en una colaboración en la publicación *Patria* señalaba: “Oradores tiene Cuba, y hombres de período robusto y natural, vibrantes, como la piedra del desierto, cuando, a modo de sol, esplende ante ellos la justicia, y cautos y lentos a su hora, como quien edifica. Así es Enrique Messonier” (Martí, 1991: 29, vol. 5). El llamado “Apóstol de la independencia cubana” resumía lo que, a su modo de ver, era el espíritu tenaz y combativo de quien fuera su amigo personal y compañero de exilio.

patronal, Enrique Messonier decidió dirigir su actividad hacia una institución más receptiva ante sus propuestas y en la que contaba con una mayor potestad, dada su posición: la Junta Central de Artesanos. Poco después de llegar al cargo, la personalidad y el influjo de Messonier comenzaron a hacerse patentes dentro de la organización. Desde un principio la intención del anarquista y del resto de la directiva de la Junta, formada en gran parte por obreros afines a los planteamientos del socialismo, fue la de instaurar en la Isla una gran asociación de sociedades obreras, que funcionase de manera similar a como lo hacía la Federación de Trabajadores de la Región Española. El primer paso hacia esta meta fue emitir una circular, publicada en *La Razón* en mayo de 1883 a petición del propio Messonier, por la que se explicaba que la intención principal de la Junta sería “reunir [a los trabajadores] en torno a la bandera de [la] asociación que resueltamente enarbola á todos los proletarios; y sentar las bases de la Federación de los trabajadores”²¹⁴. Este texto, emitido “por acuerdo de la Junta”, fue más allá en su declaración de intenciones y dejó constancia de tres aspectos que, desde ese momento, ocuparían el programa de acción de la JCA. En primer lugar, la institución obrera se imponía la tarea de:

Hacer la luz en la mente del proletariado, despertándole del profundo aletargamiento en que yace y que entorpeciendo su inteligencia y aniquilando sus hercúneas fuerzas, lo pone, cual débil corderillo, á merced de los que en su explotación directa, cifran su bienestar y las dulzuras de una vida muelle y regalada; sino también de aquellos que, aparentando en muchos casos ser sus mejores amigos y fieles guardianes de sus intereses se sirven de él para el logro de sus torpes y desmedidas ambiciones²¹⁵.

Esta primera medida, sobre la que se puede leer una dura crítica velada al Reformismo, prometía instruir a la masa trabajadora con el fin de despertarla y proporcionarle los mecanismos necesarios para llevar a cabo una gran federación obrera en Cuba. Este *adiestramiento* de las masas trabajadoras comenzaría tan solo unas semanas después gracias al trabajo de una plataforma divulgativa que, en el momento de la publicación de la circular, se encontraba en fase de gestación y de la cual ya hemos hablado: *El Obrero*. Como señalamos al principio de este epígrafe al hablar de las campañas de *El Obrero*, el periódico anarquista dedicó, entre la cuarta y la décima entrega, un espacio semanal a la difusión textual de los Estatutos de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Este hecho, que por sí solo ya resultaba relevante al tratarse de la primera difusión directa del modelo anarquista español en la Isla, adquiere mayor significación si tenemos en cuenta que Enrique Messonier fue un importante miembro de la redacción de *El Obrero*. No podemos asegurar a ciencia cierta el grado de implicación de Messonier a la hora de difundir los estatutos de la FTRE, pero no cabe duda que la presencia de este y el peso que la Junta Central de Artesanos tenía sobre *El Obrero* fueron clave a la hora de dar el paso hacia esta publicación.

La segunda de las tareas autoimpuestas por la JCA en su circular fue la de acoger en su seno, agrupados en asociaciones de oficios, al mayor número posible de trabajadores. De este modo, pretendía convertirse en una gran federación que diese cabida a todos los ramos productivos de la colonia. Sin embargo, esta pretensión nunca pudo llegar a materializarse. La radicalización de la Junta –situada ya en posiciones próximas a las del anarquismo colectivista– y las cotas de poder y prestigio social alcanzadas por Messonier desagradaban a los reformistas, quienes decidieron quitarse la máscara de la fraternidad incondicional obrera y atacar abierta y directamente a los

²¹⁴ *La Razón*. La Habana, 27 de mayo de 1883. Pág. 4.

²¹⁵ *La Razón*. La Habana, 27 de mayo de 1883. Pág. 4.

anarquistas. El propio Saturnino Martínez, en junio de 1883, suscribe un artículo titulado “El Socialismo”, en el que atacaba a los socialistas revolucionario en unos términos hasta el momento inéditos en el reformismo cubano:

Estos últimos [los anarquistas] son, á nuestro juicio los que menos atinados ván en sus propósitos y vamos a probarlo. Las ideas anárquicas que se echan á vuelo por los áires del proletariado y muy principalmente por la mente de los trabajadores, surten natural y muy rápidamente sus efectos; porque la imaginación ardiente del obrero está dispuesta á recibir toda indicación que tienda á mejorar sus condiciones de vida; pero el efecto anárquico, se siente única y exclusivamente en el seno de los obreros; porque es allí donde ejerce su influencia y donde se hace la predicación; de manera que siendo en los talleres donde más se necesita la fuerza de cohesión y unidad de miras para poder resistir las imposiciones del despotismo, es donde primero se levanta el espíritu de la anarquía, dividiendo á los obreros, debilitándolos y manteniéndolos en un estado lastimoso. [...] No hay filósofo capaz de descomponer el mecanismo que engarza los intereses del capital, es por lo que, después de pensarlo maduramente, [intentar cambiar los pilares de la sociedad] nos parece un trabajo contraproducente, reaccionario y quizás inspirado por maquiavélicas inteligencias superiores contrarias al proletariado. [...] Es por consiguiente perjudicialísimo á las clases obreras y al proletariado entero, el socialismo revolucionario, ese anarquismo que no ha de traer otra cosa que el desbarajuste, el desorden y la ruina de los trabajadores, sin influir de modo alguno en las demás clases de la sociedad sino muy favorable y ventajosamente para ellas. Este socialismo no conoce siquiera sus orígenes, niega rotunda y radicalmente la idea de Dios y de la patria, y quieren apropiárselo los alemanes, no siendo ellos en realidad más que unos plagarios²¹⁶.

El Reformismo, a través de su más acreditado portavoz, cambiaba su tradicional estrategia de consenso para pasar al ataque directo. Este tipo de artículos, con mayor o menor dureza, se repitieron en los siguientes números de *La Razón*, centrando las críticas hacia el anarquismo en la supuesta utopía que representaba, mientras alababa el carácter más sosegado y parlamentarista del socialismo científico. Este último aspecto suponía un claro intento por parte de los reformistas por tratar de retomar, a rebufo del éxito que estaba obteniendo el marxismo entre los trabajadores europeos, la vía política después del revés electoral del Partido Democrático en 1880. Esta campaña de desprestigio, unida al hecho de que el reformismo, aun encontrándose en fase de declive, seguía controlando muchos de los puestos directivos de las sociedades obreras, consiguieron frenar la exponencial radicalización de la Junta Central de Artesanos y, sobre todo, apartar de su dirección a Enrique Messonier. De este modo, tras una elección llevada a cabo el 10 de agosto de 1883, los representantes de los distintos gremios que conformaban la JCA decidieron nombrar una junta directiva dominada por los reformistas, en la que incluso el propio Saturnino Martínez ocupaba el puesto de vicepresidente²¹⁷. Es importante señalar que, pese el relativo éxito obtenido por el Reformismo con esta designación, el anarquismo también contó con representación en la dirección de la Junta –Pedro Merino–, aunque su escasa relevancia numérica impidió dar continuidad al plan de convertir la JCA en una gran federación obrera cubana.

Esta pérdida en el control anarquista de la Junta no se reflejó, sin embargo, en el devenir del movimiento obrero de base, el cual continuó acercándose de manera paulatina hacia posiciones más revolucionarias que reformistas. Según reflejan las páginas de *La Razón*, los obreros cubanos comenzaron a convocar huelgas de motu proprio, haciendo caso omiso a los acuerdos alcanzados por la cúpula de la GORT que,

²¹⁶ *La Razón*. La Habana, 17 de junio de 1883. Pág. 1.

²¹⁷ Véase *La Razón* del 12 de agosto de 1883. Pág. 4.

como hemos visto, estipulaban que, antes de llevar a cabo un paro en la producción, el sindicato debía de ser informado para poder actuar en consecuencia. Así, la labor mediadora del Gremio desaparecía y los trabajadores tomaban, de modo directo, las riendas de sus reivindicaciones. Esto derivó en un incremento en la virulencia de las luchas sociales de una masa trabajadora que, imbuida en el espíritu internacionalista del socialismo, recogía las demandas de todos sus integrantes, independientemente de su procedencia étnica o geográfica. Ello provocó una rápida y dura reacción por parte de las élites políticas y económicas, quienes comenzaron a perseguir y encarcelar a los trabajadores que más se significaban en los procesos de protesta²¹⁸. La radicalización en los métodos de lucha obrera coincidió en el tiempo con una crisis azucarera que, dada la importancia de la sacarosa en el sistema productivo cubano, derivó en una crisis económica general en la Isla. La tendencia decreciente del precio del azúcar, evidente desde 1882²¹⁹, había comenzado a minar una industria cuya competitividad ya se encontraba suficientemente afectada por la asfixiante política fiscal y económica del Gobierno metropolitano. A esta caída de los precios se le unió, entre 1883 y 1884, una enorme sequía que provocó que la zafra fuese “la más reducida desde el año 1861, y que solamente alcanzase las 460.397 toneladas” (Roldán, 2000: 287)²²⁰. En estas condiciones los productores almacenaron su género a la espera de una subida de los precios. Esto impidió la entrada de capitales externos a la Isla y generó una escasez monetaria que, a su vez, derivó en una depreciación de los billetes del Banco Español, extendiendo al sector monetario y financiero lo que había comenzado como una crisis productiva. Las repercusiones no se hicieron esperar en el mundo del trabajo, dado que, independientemente del ramo productivo al que perteneciesen, todos los obreros se vieron afectados por el incremento del coste de vida. En octubre de 1883, fueron los tabaqueros, sector que con sus ocho gremios constituidos en La Habana siempre se había destacado por su combatividad sociolaboral²²¹, quienes intentaron tomar las riendas del descontento de las clases populares y coordinar una huelga general que afectase a todas las fábricas de tabaco de La Habana. Sin embargo, este paro generalizado no pudo materializarse debido a las numerosas detenciones llevadas a cabo contra muchos de sus más activos promotores. No obstante, sí que existieron pequeños focos de conflicto en algunas factorías de la capital que se saldaron, en algunos casos, con victoria para el proletariado²²². Estos éxitos no significaron, en líneas generales, una modificación

²¹⁸ Véase *La Razón* del 9 de diciembre de 1883, donde se reproduce el veredicto de un proceso seguido contra varios trabajadores a consecuencia de un paro productivo llevado a cabo en la fábrica de tabacos del Sr. Manuel Marinas. El empresario utilizó su influencia política, detentaba el puesto de alcalde, para ordenar la detención de treinta y ocho huelguistas. Pese a que, tras el juicio, los obreros fueron liberados, resulta relevante, para explicar la desconfianza del proletariado hacia el pactismo, la coalición represiva que, en momentos de amenaza, formaban políticos y empresarios.

²¹⁹ Véase Deschamps (1885: 139).

²²⁰ Para tener una idea aproximada de la verdadera dimensión de esta caída productiva, cabe señalar que, según los datos ofrecidos por G. Tortella (1966), en el peor año de producción durante la Guerra de los Diez Años, la zafra alcanzó las 511.787 toneladas. Es decir, superó en más de 50.000 toneladas la producción de 1883.

²²¹ Para más información acerca de los gremios habaneros del tabaco véanse ANC, Fondo Gobierno General, Legajo 97, nº de orden 451; Legajo 99, nº de orden 4525 y Legajo 99, nº de orden 4532.

²²² Un ejemplo del éxito de parte de estas reivindicaciones obreras nos lo ofrece el semanario *El Obrero* en su número del 24 de octubre de 1883. En este ejemplar, se reproduce una carta enviada a la redacción por parte de la Secretaría del Gremio de Obreros del Ramo del Cigarro en la que se informa que, en la fábrica de tabacos *La Carmen*, los obreros, que recibían un jornal inferior al de otras factorías, habían unido fuerzas para pedir un aumento de sueldos que fuese equiparable al que percibían sus compañeros en los demás talleres de la ciudad. Una comisión de trabajadores enviada a negociar directamente con los empresarios,

sustancial en la tendencia decreciente de la economía cubana y, durante las siguientes semanas, las condiciones de vida de las clases populares continuaron empeorando, aspecto que contribuyó a incrementar la, ya de por sí elevada, conflictividad social de la capital. La incesante caída del precio del peso en papel moneda, cuya tasación llegó a ser inferior a la mitad del valor del peso en oro, unida a un exponencial aumento de los impuestos municipales (25%) que provocó la proporcional subida de los precios en los productos de primera necesidad, desencadenaron una reacción por parte del resto de los sectores de las clases populares insulares. Así, las huelgas y las protestas se extendieron a otros gremios, como los comerciantes de carne, los cocheros y carretoneros o los tenderos, quienes realizaron conatos de huelga o paros productivos efectivos como método para combatir el enorme incremento de los impuestos o el escaso valor de un papel moneda del que ya incluso renegaban como medio de pago. Este decrecimiento en el precio de los billetes afectó con especial encono al estamento popular, ya que según recogía *La Razón* en su número del 2 de diciembre de 1883:

Ahora acontece que el billete no circula sino entre los vendedores y compradores al pormenor, entre las clases menos favorecidas de la fortuna, entre los que consumen al día lo que ganan y los detallistas que están con ellos en relaciones para lo más necesario é imprescindible de la vida; y al ver éstos únicos sostenedores de la moneda fiduciaria que la estimación de la misma decrece de una manera rápida é inusitada, se alarman con justa razón, y se previenen contra una ruina que puede considerarse como segura, si no se toman las medidas conducentes á dar valor estimativo al billete á consolidar sobre la invariable base de la moneda metálica las operaciones todas de nuestro mercado, haciendo introducir ó acuñando en casa signos de valor fraccionarios para las operaciones de menudeo.

En otras palabras, la crisis monetaria, en un periodo marcado por la escasez de moneda fraccionaria, perjudicaba en mayor medida a quienes realizaban transacciones pequeñas, ya que estas debían de hacerse, dada la carencia de metal, en un papel moneda tan devaluado como inestable.

La respuesta de las clases populares a una depresión que agravaba aún más su ya de por sí delicada situación económica fue, una vez más, el llamamiento a la huelga general y a la solidaridad obrera. Los mecanismos del socialismo volvían a abrirse paso entre el proletariado habanero. Ante esta situación, la Junta Central de Artesanos, que pese al dominio reformista en su dirección continuaba funcionando como órgano coordinador de los diferentes gremios de la capital, convocó una reunión, celebrada el 2 de diciembre de 1883 en el Teatro Albisu de La Habana, con el fin de poner en común las demandas obreras respecto al sistema de pago de salarios y establecer qué estrategia era la más correcta para dar satisfacción a dichas reclamaciones²²³. El resultado de la asamblea fue el acuerdo por unanimidad de que los salarios debían de ser percibidos exclusivamente en oro y en aquellos casos en los que esta pretensión llevase a un conflicto prolongado, el devenir del mismo sería coordinado desde la propia Junta. No se acordó, sin embargo, la convocatoria de una huelga general de todos los ramos productivos regulada desde la JCA, sino que se dejaba la responsabilidad de utilizar esta medida de presión en manos de cada uno de los gremios. Los gráficos fueron los primeros en lanzarse a la huelga, “la cual se desarrolló en forma combativa bajo la dirección de Pedro Merino” (López Álvarez, 1991: 25), para exigir un aumento del 40% en sus salarios y la mediación del sindicato de tipógrafos en el

había logrado hacer que estos entendiesen las peticiones de sus operarios y, de inmediato, elevasen las soldadas hasta alcanzar las cuantías solicitadas por los solicitantes.

²²³ Para más información acerca de esta reunión véase *La Razón* del 16 de diciembre de 1883, pág. 4, en donde se resumen los puntos del día y los acuerdos alcanzados por los obreros congregados.

modelo de contratación de aprendices y oficiales²²⁴. Capitaneada la protesta por sindicalistas afines al programa anarquista, los gráficos demostraron ser un gremio aguerrido y solidario pese a sus limitaciones numéricas. Todo el sector participó incondicionalmente en el paro, lo que significó el cierre de todas las publicaciones – incluidas los grandes periódicos de la Isla- y generó enormes pérdidas a los dueños de las mismas, quienes, en menos de una semana, se vieron obligados a aceptar las demandas de sus operarios.

El éxito de la campaña de los gráficos provocó un efecto dominó por el que otros gremios, no solo de La Habana sino también de poblaciones cercanas a la capital, convocaron huelgas destinadas a obtener mejoras económicas y laborales. Según constatan los *Partes* remitidos por la Jefatura Superior de Policía al Gobierno²²⁵, los cigarreros de La Habana, los sastres de Guanabacoa y los carretoneros capitalinos declararon paros reivindicativos mediante los que exigían unas condiciones salariales similares a las conseguidas por los tipógrafos días antes. Estas protestas, al margen de las repercusiones posteriores que, en conjunto, tendrían sobre las libertades asociativas de la Isla, resultan extremadamente relevantes a la hora de verificar un definitivo cambio ideológico-táctico en el movimiento obrero cubano. Un análisis conjunto de las publicaciones de la época pone de manifiesto que existía un importante disenso entre las posturas sostenidas por las direcciones reformistas de las grandes asociaciones obreras de la Isla y las acciones llevadas a cabo por los obreros *de base*. Así se explica que, mientras desde los órganos de expresión del Reformismo se hacían llamamientos al consenso y a la celebración de reuniones pacíficas entre obreros y empresarios²²⁶, los operarios de las diferentes factorías se mostrasen descontentos y desorientados ante lo que consideraban un abandono por parte de quienes debían velar por sus intereses:

El número 25 vuestro semanario [*El Obrero*] me ha llenado de goce... su artículo titulado "Asamblea de Trabajadores" prueba de un modo concluyente que avanzamos por el camino de nuestra emancipación con toda la rapidez que nos permite la mala fé y el egoísmo de unos, y la ignorancia de muchísimos otros. Aquí los artesanos están mirando aún con indiferencia la cuestión del oro; es verdad que los tabaqueros cobramos en este metal, pero, ¿y las demás clases de trabajadores?... ¿Porqué la Directiva del Gremio de Tabaqueros no hace algo a favor de las clases más débiles, como son las cigarrerías y despalilladoras? [...] Y ya que nombré a la Directiva del Gremio de Tabaqueros, debo preguntar á los miembros que la componen: ¿Qué piensan ustedes, ilustrados compañeros del capital del gremio? ¿No les parece que sería muy acertado si redujeran á oro sus billetes, ántes de dar cumplimiento al artículo tercero del Reglamento que nos rije? Otra pregunta voy hacer á ustedes también y

²²⁴ Los pormenores de esta reivindicación obrera fueron recogidos, a modo de homenaje a sus protagonistas, en la publicación *Memorandum Tipográfico* del mes de febrero de 1903.

²²⁵ AHN. Fondo Ultramar, Legajo 5917.

²²⁶ Un claro ejemplo del *modus operandi* sugerido por los miembros más destacados del reformismo es el que nos ofrece el periódico *La Razón* en su número del 6 de enero de 1884, a consecuencia de la huelga sostenida por los operarios de todas las fábricas de cigarros de papel de la Isla. En un texto destinado a informar acerca de las reivindicaciones que fundamentaban tal movilización obrera, la redacción del semanario señalaba: "Nosotros, sin inmiscuirnos en el asunto, aconsejábamos, en caso de resultar cierta la noticia [del inicio de la huelga], que los fabricantes y la junta directiva del gremio de operarios cigarreros, celebraran una reunión amistosa, á fin de ponerse de acuerdo y zanjar la dificultad, pues no están los tiempos para desagrados de esta naturaleza, en los cuales se juegan intereses que redundan en perjuicio de muchas familias y de muchos capitales. [...] Deber de todos es el contribuir con su esfuerzo relativo á mejorar la situación". Nuevamente, el reformismo obrerista, en un clima de radicalización de la conflictividad sociolaboral, sostiene una postura intermedia que defiende tanto los intereses obreros como los de la patronal.

perdonen mis impertinencias: ¿Cuándo se celebrará la Junta Trimestral que señala el artículo diez y nueve del Reglamento ya citado?

Anímate Directiva del «Gremio de Tabaqueros», dá muestra de que estás viva... y guerra á los usureros...²²⁷

Este fragmento, extraído de una de las tantas cartas similares enviadas a la redacción de *El Obrero* durante este periodo de incertidumbre y conflictividad laboral, pone de manifiesto dos de los puntos clave del proceso de reorientación del modelo organizativo del movimiento obrero cubano. Por un lado, el proletariado cubano acusaba de inactividad a la directiva reformista del Gremio de los Tabaqueros en un momento en el que los trabajadores clamaban por una acción conjunta en la que primasen la coordinación y la unidad obrera. De otra parte, la preocupación por la fijación de una fecha para la celebración de una Junta Trimestral que se demoraba, evidenciaba lo que muchos trabajadores consideraban un problema común dentro de las directivas reformistas de los gremios habaneros: la desconexión entre estas y las bases de las organizaciones²²⁸. Esta doble problemática no solo se vio reflejada en la correspondencia aparecida en las páginas de los pasquines obreros, sino que fue secundada por los acontecimientos acaecidos *a pie de calle*, ya que mientras los líderes obreros del reformismo promovían una campaña de descrédito hacia la huelga en la que se presentaba esta práctica como algo negativo para todas las partes implicadas, la mayor parte de los trabajadores optaban por realizar paros en la producción como medio de alcanzar sus metas.

Esta tendencia huelguista, apoyada plenamente por los anarquistas, se hizo mayoritaria entre el proletariado a finales de 1883 y principios del año siguiente, creando un clima de conflictividad obrera que amenazaba con el estallido de una huelga general. Sin embargo, la represiva actuación del Capitán General, cerrando de inmediato varias sociedades obreras, terminó en gran parte con las disidencias. Esta medida restrictiva contaría, pocos días después, con el apoyo pleno del gobierno metropolitano, ya que el 18 de enero de 1884, el Partido Liberal-Conservador de Antonio Cánovas del Castillo volvía al poder en Madrid. Con los conservadores gobernando en la Península, el movimiento obrero cubano fue siendo paulatinamente combatido y duramente reprimido. Los llamados Sucesos de la Mano Negra, cuyos juicios habían tenido lugar pocos meses atrás (junio de 1883), habían situado a los anarquistas en el punto de mira del gobierno español²²⁹, quien había relacionado los supuestos asesinatos acaecidos en Andalucía con la Federación de Trabajadores de la Región Española. Esto generó una oleada represiva en la metrópoli que, dado el aumento de la conflictividad obrera en Cuba, se trasladó a la Isla con el beneplácito de una administración colonial –en la que destacaba el gobernador provincial de La Habana, Joaquín Goróstegui– predispuesta a seguir con la persecución de los trabajadores más contestatarios como medio para erradicar las protestas de un movimiento obrero que había alcanzado unas dimensiones que lo convertían en un elemento difícil de controlar. Esta preocupación en el gobierno habanero se vio reflejada en un informe remitido a Madrid por el propio Goróstegui en el que se señala que el número de sociedades había crecido de manera desmedida y que muchas de ellas habían sido contaminadas por “la incesante y poco meditada propaganda de doctrinas perturbadoras”²³⁰, lo que, a su juicio, erosionaba las tradicionales relaciones existentes entre trabajadores y empresarios. Su mayor preocupación radicaba en el carácter

²²⁷ *El Obrero*. La Habana, 26 de diciembre de 1883. Pág. 2.

²²⁸ Véanse las cartas publicadas en *El Obrero* entre junio y diciembre de 1883.

²²⁹ Véanse Pantoja (2000), Avilés (2013), Termes (2011) y Madrid (1998).

²³⁰ ANC, Fondo Gobierno General, Legajo 99, Expediente 4557.

subversivo de “las nuevas tendencias que inspiraban esas asociaciones ilegales” (García, 1998: 143), es decir, en el componente anarquista que, ya de manera mayoritaria, ejercía de motor del obrerismo insular. Demandaba, además, una mejora en la definición de la legislación que regulaba el asociacionismo dado que, a su entender, la ausencia de unos márgenes estrictos que estableciesen de forma clara donde se encontraba el límite de las actuaciones obreras generaba una coyuntura difusa que dificultaba la actuación de las autoridades.

Pese a que esta preocupación del gobierno de La Habana no era compartida por otros organismos como la Junta Superior de Beneficencia o el Consejo de Administración, los cuales remitieron a Madrid informes en los que señalaban que el anarquismo no era la única ni la más importante causa del crecimiento de la conflictividad social en la Isla²³¹, el gobierno central optó por continuar con las medidas represivas iniciadas por el capitán general. Sin duda, la creciente problemática del bandolerismo (Balboa, 2003) que azotaba los campos cubanos terminó por convencer a una jefatura de estado que intentaba evitar que episodios de conflicto social como los que tenían lugar en Andalucía se reprodujesen también en la colonia antillana, donde ya estaba abierta una falla social con el independentismo. La represión terminó con la oleada de huelgas y menoscabó el poder de la Junta Central, que pasó a funcionar en un régimen de semi-clandestinidad. Este desenlace negativo que redujo al mínimo la actividad del movimiento obrero cubano no empañó, sin embargo, la trascendencia de las movilizaciones desarrolladas desde octubre de 1883. Más que por su desenlace, el resultado de este *ciclo de protesta* ha de contemplarse, como apunta Valerie Bunce (1991), a través de una valoración del efecto expansivo generado por la movilización. Bajo este prisma, el conflicto obrero iniciado en 1883 como consecuencia de la fluctuación del precio del papel moneda resultó sumamente importante en cuanto que activó una identidad común entre grupos aparentemente distintos y distanciados geográficamente, generando nuevos lazos de unión que reforzaron la conciencia de clase. Además de esto, la magnitud de este conflicto social no solo se limitó a un mero efecto de contagio, sino que, tal y como explica Tarrow (1997: 267) que sucede con las grandes acciones colectivas, las protestas obreras de 1883 generaron una acción colectiva –reactiva– por parte de los grupos antagonistas (gobierno, reformismo y patronal). Por tanto, la repercusión que estas acciones tuvieron en el seno de la opinión pública resultó incomparablemente mayor que la de los anteriores levantamientos, generando en las clases populares “la perspectiva de alcanzar una integración y cohesión mayores” (García, 1998: 145) como vía por la que alcanzar la fortaleza necesaria para generar un verdadero cambio en la sociedad cubana.

Al margen de esto, la represión que sucedió a las movilizaciones obreras consiguió frenar momentáneamente las acciones colectivas de los trabajadores. Muchos de ellos, como fue el caso del propio Enrique Messonier (Casanovas, 2000: 185), se vieron obligados a huir a los Estados Unidos debido a las continuas persecuciones que se desataron contra los más destacados obreristas. Estos exilios, como veremos, también sirvieron para fortalecer la conciencia de clase de los operarios cubanos y para reforzar su formación sindicalista, ya que las libertades que proporcionaba la *tierra de las oportunidades* facilitaron el contacto de los emigrados con las organizaciones estadounidenses de carácter socialista. Paralelamente a estas migraciones forzadas, la dura actuación del gobierno colonial contra las sociedades obreras afectó de manera especial a la Junta Central de Artesanos. La que fuera el principal órgano coordinador del movimiento obrero a finales de 1883, se veía reducida solo unos meses más tarde al papel

²³¹ Véase ANC, Fondo Miscelánea de Expedientes, Legajo 4411, Expediente C.

de un mero espectador que debía realizar sus actividades en régimen de semiclandestinidad y siempre a la temerosa de recibir un golpe definitivo por parte de la administración. Esto repercutió directamente en el movimiento obrero, del que solo podemos constatar cuatro huelgas de carácter menor en los dos siguientes años (dos de tabaqueros, una de ferrocarriles, una de serenos y otra más de policía), todas ellas celebradas, a excepción de las del sector tabacalero, a partir de 1885. Fue precisamente este año el que marcaría un reverdecer del movimiento obrero insular en general y de la JCA en particular. Tras ser clausurada por el Gobernador Civil en el mes de enero (Rivero, 1959: 268) y refundada meses más tarde por los sindicatos habaneros, esta institución inició un viaje de no retorno hacia un modelo de organización anarquista. A partir de ese momento, la Junta Central de Artesanos decidió dar un giro a su modelo de actuación y celebró una asamblea general en la que decidieron redactar un nuevo reglamento que se ajustara de manera más precisa a unos nuevos objetivos. Así, tras casi un año de reuniones, el 4 de octubre de 1886 quedaba aprobada, bajo la presidencia del anarquista Pedro Merino, la nueva normativa que regiría la actuación de la Junta. El primero de sus artículos dejaba de manifiesto que, para la renovada JCA, lo principal era la creación de una gran federación de trabajadores que diera cabida a todos los colectivos obreros de Cuba, ya que establecía como principios fundamentales de la asociación:

Primero: Asociar a los trabajadores que no lo estén.

Segundo: Procurar por cuantos medios legales estén a su alcance el desarrollo y unificación de las colectividades obreras.

Tercero: la defensa de los intereses económico-sociales de los trabajadores de la isla de Cuba, y la federación definitiva de estos²³².

Tanto la aprobación del reglamento como la elección de una junta directiva capitaneada por el libertario que encabezó la huelga de gráficos de 1883 evidencian que los miembros de la Junta Central de Artesanos tenían la intención de retomar, no solo el proyecto de crear una gran federación de obreros similar a la FTRE, sino también el compromiso de seguir firmemente el camino que marcaba el socialismo revolucionario. Sin embargo y pese al entusiasmo que generó entre el proletariado la remodelación de la JCA, no sería esta institución la que llevaría la batuta del nuevo movimiento obrero cubano. Una nueva institución se abría paso para recoger y coordinar las acciones colectivas y el descontento del proletariado insular: El Círculo de Trabajadores de La Habana.

4.3. La edad de oro del anarquismo cubano: el Círculo de Trabajadores, *El Productor* y los Congresos Obreros de Cuba.

Las huelgas de 1883 y la posterior ola represiva habían creado un punto de no retorno en la radicalización del obrerismo insular. Pese a que los reformistas habían intentado aprovecharse de la relativa permisividad que el gobierno otorgaba a sus miembros y organismos por su sentir “sinceramente español y su dedicación á la causa de la nacionalidad”²³³, estos no habían podido recuperar el control sobre un movimiento obrero que se movía en otro nivel organizativo. El posicionamiento interclasista y conciliador del Reformismo había terminado por decepcionar a un estamento popular cansado de esperar unas reformas que mejorasen su situación y que nunca llegaban. La suspensión de *La Razón* por parte del Tribunal de Imprenta a finales de 1884 marcó el

²³² ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Legajo 435, Expediente 14638.

²³³ AHN, Fondo Ultramar Legajo 1807, Expediente 6

definitivo final de la etapa reformista del obrerismo cubano. A partir de ese momento, en el sentir mayoritario del proletariado insular, el anarquismo se presentaba como el único modelo de lucha capaz de recoger las inquietudes y aspiraciones de los trabajadores y canalizarlas hacia la creación de una acción colectiva inmediata que pudiera dar rápida solución a muchos de los problemas que pesaban sobre esta clase social.

Si tuviéramos que poner una fecha, fue el año de 1885 el que marcó el inicio de un movimiento obrero cubano dirigido bajo los criterios del socialismo revolucionario. Uno de los hechos que nos autoriza a realizar esta afirmación fue la creación de dos organismos, vinculados entre sí, que contribuirían al desarrollo de los principios anarquistas en Cuba: el periódico *El Artesano* y, sobre todo, el Círculo de Trabajadores de La Habana. Siguiendo el orden cronológico, el primero en ser instituido oficialmente fue *El Artesano*. Pese a que el 4 de diciembre de 1884 los redactores de este nuevo “semanario dedicado a los trabajadores de la Isla de Cuba” publicaban un “Prospecto” en el que dejaban claros los propósitos que motivaban su quehacer periodístico, el primer número del semanario no vio la luz hasta el 19 de enero. Esta entrega, que volvía a reproducir nuevamente la declaración de intenciones editada un mes antes, resulta representativa a la hora de analizar el viraje ideológico-táctico que definió al movimiento obrero cubano desde la segunda mitad de la década de 1880. A modo de presentación hacia la opinión pública, *El Artesano* realizó en este primer número una síntesis completa de los que fue la base doctrinal y práctica de su programa. A nivel discursivo el semanario se mostraba muy cauto, consecuencia indudable del clima de represión que planeaba sobre cualquier tipo de actividad obrerista en este periodo. Así no resulta extraño el tono pacifista del que hacía uso al señalar su anhelo por “desterrar de la mente de los obreros de esta región la contraproducente idea de las huelgas y luchas parciales” e implantar “la sana doctrina predicada por el sublime mártir del Gólgota, AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS (sic)”²³⁴. Como ya hicieran sus predecesores en épocas de represión gubernamental, *El Artesano* recurre a las alegorías cristianas para reducir el riesgo de censura contra sus publicaciones. Sin embargo, solo unas líneas después y sin hacer uso de un lenguaje combativo, el hebdomadario obrero dejaba constancia de la influencia anarquista que orientaría su actividad:

Tales son nuestros propósitos. ¡Qué grandioso espectáculo! Treinta ó cuarenta mil obreros unidos, marchando en pos de un ideal salvador! Treinta ó cuarenta mil obreros... ¿De cuánto no serían capaces tan solo con sus pobres recursos pecuniarios?... El Banco Obrero sería un hecho. La construcción de casas cuya propiedad se adquiriese tan solo con abonar sus alquileres, pondríase al alcance de nuestras manos. Las escuelas gratuitas de primera y segunda enseñanza para nuestros hijos, sería un hecho de fácil realización. Las casas de salud administradas y asistidas por obreros. Las fábricas, las artes y la industrial vendrían á parar á nuestras manos y á ser explotadas por nosotros y no por gente extraña como generalmente acontece. En una palabra, la emancipación obrera, obra de los obreros mismos. [...] siempre apartados de la política y de la polémica apasionada²³⁵.

Con este alegato, la redacción del periódico dirigido por el anarquista Eduardo Pineda²³⁶ dejaba claro tanto su apoyo al federalismo obrero como el carácter marcadamente apolítico de sus reivindicaciones.

Llama la atención, a lo largo de todo este primer texto que sirvió como inauguración de la producción periodística de *El Artesano*, la construcción social de la

²³⁴ *El Artesano*. La Habana, 19 de enero de 1885.

²³⁵ *El Artesano*. La Habana, 19 de enero de 1885.

²³⁶ Véase Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (1985:46).

realidad que en él se puede vislumbrar. El artículo giraba alrededor de la idea de la unidad obrera como preludio a la edificación de un nuevo modelo de sociedad elaborado por y para los trabajadores, en comunión y al margen de unos elementos nocivos a los que definía como *extraños*. Este discurso, que forzosamente requería de la creación de un *otro antagonista* que legitimase las acciones de un *nosotros* (Berger y Luckmann, 2003), chocaba irremediabilmente con el carácter conciliador y pacifista que se intentaba otorgar al pasaje en sus primeras líneas. Sin lugar a dudas, semejante modelo discursivo responde a una intencionalidad adoctrinadora por parte de los miembros de la redacción, mediante la cual poder incentivar la cohesión de la clase trabajadora bajo los principios del anarquismo. Todo proceso de adoctrinamiento, tal y como señala Michel Foucault (1992), vincula a los individuos con cierto tipo de enunciaciones y prácticas y, por tanto, necesita de la existencia de un *otro* en el que circunscribir las disidencias. Un modelo de difusión como el propuesto por *El Artesano* –incluyente y excluyente a partes iguales– resultaba, por tanto, idóneo para apoderarse de la legitimidad del discurso obrerista ya que, al vincular el apoliticismo y la autodeterminación con las prácticas propias del *nosotros*, automáticamente situaba a competidores como el Reformismo en la órbita de *los otros*. Siguiendo esta línea de exclusión y monopolización del discurso del movimiento obrero se encontraría el segundo de los artículos insertos en el primer número de *El Artesano* en el que, sin nombrarlo de manera explícita, se mostraba al Reformismo como una teoría anticuada que podía resultar nociva para el desarrollo social si el *nosotros* siguiera insistiendo en aferrarse a ella:

Los pueblos, pues, necesitan dar señales de vida; salir del reducido círculo de la rutina; enunciar, discutir y practicar, sin dejarse nunca dominar por sistemas, doctrinas ó tradiciones, que si bien tuvieron días de gloria en épocas pasadas, hoy no son más que un peldaño que la humanidad abandona para sentar su planta en otro más elevado de la escalera de su mejoramiento y perfección, peldaño este último, que será sin duda también abandonado en su día, pero que hoy por hoy se amolda al modo de ser de las sociedades presentes.

Vivir con la época es avanzar. ¡Avancemos!

Si las ideas antiguas no se adaptan a las necesidades de la época actual, vengan otras y otras más, hasta que obtengamos un resultado satisfactorio; pero no per manezcamos ni un instante siquiera sumidos en el marasmo y la inacción que, á semejanza de un reloj de arena, cuando ha pasado el último grano de una ampollita hay que darle la vuelta para que caiga en la otra, siempre en la misma cantidad é idéntico procedimiento²³⁷.

Al margen de evidenciar la construcción social de *el otro* de la que venimos hablando, el fragmento pone de manifiesto lo que parecía ser un sentimiento compartido por gran parte del proletariado insular, principalmente por el sector más radicalizado: la incapacidad adaptación del anterior modelo obrerista a las nuevas necesidades de los trabajadores cubanos.

Como complemento a este intento de asaltar el programa ideológico del movimiento obrero, desde sus páginas, *El Artesano* –recordemos que el binomio teoría/praxis es uno de los pilares básicos del socialismo revolucionario– comenzó a allanar el terreno para la toma de poder de sus correligionarios en el campo de la práctica socio-revolucionaria propiamente dicha. Así, ya en su primer número, pusieron sus columnas a disposición de dos instituciones sobre las que el anarquismo tenía un poder casi absoluto; una consolidada y en proceso de reorientación (la Junta Central de Artesanos) y otra en estado de gestación, esperando ser oficialmente instituida (El Círculo de Trabajadores de La

²³⁷ *El Artesano*. La Habana, 19 de enero de 1885.

Habana). Fue precisamente con esta última asociación con la que *El Artesano* desarrolló una mayor vinculación llegando a convertirse en su órgano de prensa (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985:46). La campaña de propaganda a favor del Círculo comenzó antes incluso de la puesta en marcha del mismo²³⁸. En enero de 1885, más de tres meses antes de la inauguración de la nueva sociedad obrera, el semanario anarquista informaba de la aprobación administrativa de su Reglamento y anunciaba la próxima celebración de una Junta General de este “importante y trascendental instituto [...] de donde surgirá, á no dudarlo, grande y potente la regeneración ansiada de los desheredados hijos del trabajo”²³⁹.

Con la bendición de *El Artesano* mediante, el Círculo de Trabajadores de La Habana se constituía en Junta, a la espera de su demorada apertura oficial, el 6 de febrero de 1885. Esta entidad no nacía con un propósito directamente organizativo como el de la Junta Central de Artesanos, sino que se creó, además de para facilitar un local desde el que los distintos gremios pudieran desarrollar sus actividades, para realizar una intensa labor cultural e ideológica entre los trabajadores. Esta finalidad instructivo-divulgativa quedaba de manifiesto en el triple objetivo que el Círculo de Trabajadores se autoimpuso ya en su manifiesto inaugural:

Tres objetivos primordiales sirven de base a su fundación [al Círculo de Trabajadores]: Proporcionar a los obreros y a sus hijos una suma de ilustraciones sin que para ello tengan que hacer gastos superiores a sus fuerzas, merced al establecimiento de una o más escuelas populares, debidas al concurso colectivo; he aquí el primer objetivo.

Preparar a la clase trabajadora para entrar de lleno y con criterio propio en el goce de todos los derechos que el progresivo avance de la época le ofrece, inculcándole al propio tiempo la idea del deber, circunstancia precisa para poder tomar dignamente parte en las evoluciones sociales y darle a conocer el movimiento intelectual y social, ya por medio de conferencias, ya poniendo en sus manos el libro y el periódico, estableciendo una biblioteca y un salón de lectura; he aquí el segundo objetivo del Círculo de Trabajadores, como centro de instrucción.

Propende a que arraigue en todos los corazones el principio de asociación, emanado del roce continuo de los obreros de los distintos ramos; constituir un centro común, donde todos los grupos celebran sus asambleas, y donde alejados del cáncer de la política puedan, al par que ir recabando sus cercenados derechos, dignificando y elevando el medio social en que viven; llevar al ánimo de todos la idea de que el trabajo no tiene raza ni nacionalidad, ni jerarquía, para que dando al olvido preocupaciones tan rancias como funestas, la fraternidad llegue a ser un hecho; he aquí el tercero y trascendental objeto que se propone el Círculo de Trabajadores, como centro de trabajo²⁴⁰.

Estos objetivos, que en esencia podrían haber constituido el programa de cualquier organización obrera de corte reformista, dejaban sin embargo pinceladas de la marcada inclinación ácrata de los miembros de ese primer Comité Directivo²⁴¹ que suscribía el referido manifiesto inaugural, publicado de manera íntegra por *El Artesano* en su edición

²³⁸ La fundación del Círculo de Trabajadores de La Habana ya había sido aprobada por el Gobierno Civil de la Provincia en la fecha de publicación del primer número de *El Artesano*. Sin embargo, la falta de recursos económicos impidió que esta institución comenzase a funcionar hasta mayo de 1885.

²³⁹ *El Artesano*. La Habana, 19 de enero de 1885.

²⁴⁰ ANC, Fondo Especial, Caja 13, Legajo 78.

²⁴¹ La primera directiva del Círculo de Trabajadores de La Habana estuvo formada por Rafael Marqués, Pedro Merino, Manuel de la Fuente, Gaspar García, Pedro Domínguez, José Díaz García, Julio Fabre, Francisco Domenech, Modesto González, Policarpo Mira, José Díaz Fernández, Narciso Rocha, Gervasio García Purón, Gabriel Borroto, Regino Morel, Eduardo González Bovés, Homobono Pérez, Dámaso Rodríguez y Enrique Messonier, quien fue designado como secretario de la organización.

del 7 de febrero de 1885. Esta lista de propósitos, orientados a la consecución de un gran órgano federativo que coordinase la acción conjunta de los trabajadores de los diferentes ramos productivos, contenía, solapados, dos de los principios que definían al anarquismo decimonónico: apoliticismo e internacionalismo.

El sistema federativo que se proponía en el manifiesto venía a confirmar el enorme peso que las ideas del socialismo revolucionario tenían en el seno de la directiva del Círculo (Colodrón, 2017). El texto deja entrever un modelo organizativo de asociación libre en el que los diferentes gremios podrían actuar de manera individual, celebrando sus asambleas y reuniones de modo independiente al resto de grupos, y siendo simultáneamente parte –voluntaria– de un gran bloque constituido por un conjunto de gremios libremente asociados entre sí. Este asociacionismo propuesto por el Círculo resultaba ser una adaptación a la realidad cubana de los principios federativistas propuestos por Bakunin (1978: 126) cuando señalaba que, en una prototípica organización, obrera “las colectividades son autónomas dentro de la institución, y los individuos autónomos también dentro de la institución y las colectividades”. De ahí el énfasis que el Círculo ponía a la hora de manifestar su predisposición a otorgar total libertad a los gremios y a garantizar los derechos de todos sus miembros. Con ello se pretendía “matar la imposición personal, evitar las ambiciones de puestos y hacer imposible la formación de camarillas”²⁴² que desdibujasen, como había ocurrido en el pasado, los verdaderos objetivos de los trabajadores e impidiesen la completa unificación de la clase obrera. Como medio, para lograr materializar este idílico modelo asociacionista en el que las aspiraciones personales fuesen apartadas por el bien común del colectivo, añadían los miembros del Círculo, era necesario llevar a cabo una labor de instrucción entre el proletariado. De esta manera se justificaría la tremenda importancia que el manifiesto otorgaba a la elaboración de un sistema educativo propio.

Este propósito formativo fue el principal objetivo que se impuso la institución habanera, ya que representaba, a su parecer, el primer paso hacia la futura emancipación de la clase obrera. Para sus fundadores y directivos no podía “existir un pueblo verdaderamente libre si no es instruido, porque la ignorancia es la más bochornosa de las esclavitudes”²⁴³. La labor instructiva, además, tomaba una relevancia mayor a este respecto si tenemos en cuenta el hecho de que “la realidad educativa era complicada para las clases humildes de Cuba” (Colodrón, 2017: 7). Los centros de enseñanza en la Isla no eran escasos, pero, en la mayor parte de los casos, estas instituciones eran de carácter privado y se escapaban de las posibilidades reales de una masa trabajadora a la que el fruto de su trabajo no alcanzaba ni para cubrir sus más perentorias necesidades. Ciertamente que la administración municipal mantenía escuelas gratuitas, pero su estado de atención y su efectividad resultaban poco satisfactorias a ojos de los trabajadores, que ansiaban dar a sus congéneres la mejor educación posible.

En este sentido, el Círculo recogía el testigo de sus predecesores. Desde los años sesenta, las diferentes tendencias ideológicas que habían capitaneado el movimiento obrero cubano, principalmente el reformismo, habían instigado a los trabajadores a formarse intelectualmente para poder optar a unas mejores condiciones laborales. Por tanto, el interés por la ilustración del proletariado no resultaba, a la altura de 1885, una novedad dentro del obrerismo insular. Existía, sin embargo, un pequeño matiz de diferenciación entre los objetivos reformistas y la meta que perseguía la nueva entidad a través de su programa educativo. Mientras que el Reformismo buscaba exclusivamente

²⁴² ANC, Fondo Especial, Caja 13, Legajo 78.

²⁴³ *El Artesano*. La Habana, 7 de febrero de 1885. Pág. 1.

una mejora en la situación de los trabajadores que no alterase en nada su posicionamiento social, la propuesta educativa del Círculo aspiraba a conseguir una instrucción de los trabajadores que les permitiera ser partícipes de los cambios sociales, tomar consciencia de su propia existencia y prepararse para hacerse con las riendas de una nueva sociedad más justa e igualitaria. Sin duda, esta pretensión estaba presente en la directiva del Círculo al señalar que “la primera condición de la libertad y la prosperidad de nuestros hijos depende del grado de instrucción que reciban”²⁴⁴. A este respecto, desde la colectividad de La Habana se intentaba resolver el problema planteado por Bakunin cuando afirmó que:

Quien sepa más dominará naturalmente a quien menos sabe y no existiendo en principio entre dos clases más que esta sola diferencia de instrucción y de educación, esa diferencia producirá en poco tiempo todas las demás (Bakunin, 1979: 29).

La similitud entre los planteamientos de Comité Directivo del Círculo y los del padre del anarquismo colectivista evidencian que, mediada la década de los ochenta, la enseñanza del proletariado respondía a unas necesidades diferentes a las contempladas por el reformismo de mitad de siglo. Existía ahora, tal y como analiza Mariana Serra (1978: 193), una preocupación por elevar los conocimientos culturales de los trabajadores, pero también por potenciar su conciencia de clase. Para ello, se apoyarían en los principios educativos defendidos en los Congresos de la Primera Internacional basados en una enseñanza laica y alejada de las instituciones públicas creadas para mantener el orden jerárquico existente. Bajo este criterio, la financiación de las escuelas del Círculo de Trabajadores se realizó mediante la suscripción mensual voluntaria de los miembros de los Gremios y Sociedades de La Habana, es decir, el mantenimiento y la calidad de los centros dependían exclusivamente de la tantas veces suscitada solidaridad obrera. El mantenimiento de este criterio de autogestión, tan propio de los planteamientos libertarios, requería de la participación de un gran número de trabajadores, por lo que el apoyo de la prensa obrera resultó fundamental para el desarrollo de este modelo educativo. Los periódicos, principalmente los de tendencia anarquista, se volcaron en la propaganda y difusión de los beneficios que una instrucción laica propia proporcionaba a la causa proletaria, ofreciendo para ello a sus lectores ejemplos de proyectos similares llevados a buen término en otros lugares del mundo. El éxito de las escuelas impulsadas por el Círculo de Trabajadores fue de tal envergadura que, solo cuatro años después, un semanario obrero -del que hablaremos más adelante- recogía entre sus páginas:

Instruye en sus [tres] colegios el Círculo de Trabajadores cerca de setecientos niños, y sostiene a sueldo siete profesores; que serán nueve en el entrante mes, pues está así acordado ya, por manera que los gastos serán en lo sucesivo [mayores]²⁴⁵.

Pero los esfuerzos del Círculo no se limitaron únicamente a la formación de los niños. El colectivo ofrecía también una serie de cursos nocturnos y actividades culturales para adultos destinadas, entre otras cosas, a crear comunidad y a paliar los efectos negativos que *el vicio* ejercía sobre los trabajadores. Una de las mayores preocupaciones de los líderes del obrerismo cubano, y del anarquismo en general, fue la autodestrucción a la que conducían los hábitos del juego y el alcoholismo. A ojos de los ácratas, la falta de una base moral integrada dentro de un proceso revolucionario llevaría la repetición de errores pasados y provocaría, inevitablemente, el fracaso de la transformación social (Colodrón, 2016a). Era necesario, por tanto, eliminar las corrupciones morales del pasado, lo que

²⁴⁴ ANC, Fondo Especial, Caja 13, Legajo 78.

²⁴⁵ *El Productor*. La Habana, 7 de abril de 1889.

Kropotkin (1900: 19) definiría como “rehacer las costumbres”. Con este objetivo en mente, la dirección del Círculo consideró que una alternativa cultural desarrollada por y para los trabajadores contribuiría a vaciar las tabernas en la que estos, de una forma u otra, dilapidaban su exiguo jornal. La *vagancia* y el juego se habían convertido en un enorme problema social en la década de 1880 debido a que la destrucción de campos dimanada de la Guerra de los Diez años “había empujado a muchos de trabajadores hacia una emigración urbana sin garantías laborales que convirtió a muchos de ellos en auténticos buscavidas, bandoleros y/o devotos de las tabernas” (Colodrón, 2016b: 8). Los asociados del Círculo, conscientes de que parte de esta problemática radicaba en la desocupación de muchos de los miembros de la clase trabajadora, intentaron crear unos espacios alternativos de ocio con los que los obreros pudieran llenar su tiempo libre; unos espacios que el aparato estatal no ofrecía. Esta creación de espacios propios, que servía de complemento a la formación intelectual de proletariado, ponía de manifiesto, nuevamente el carácter anarquista de la nueva organización obrera. Basta con analizar la postura bakuninista acerca de la moralización de la sociedad para darse cuenta de ello:

Mientras el medio social no se moralice, la moralidad de los individuos será imposible. [Es necesario] un medio social donde cada individuo goce de su plena libertad y sea realmente, de hecho y de derecho, igual a los demás. ¿No existe ese medio? No. Por consiguiente hay que crearlo. Si en la sociedad que hoy existe se llegaran a fundar escuelas que dieran sus alumnos una instrucción y una educación tan perfectas como podamos imaginar, ¿llegarían a crear hombres justos libres y morales? No, pues al salir de la escuela se encontrarían en medio de una sociedad que está dirigida por principios contrarios, y como la sociedad es siempre más fuerte que los individuos, no tardaría en dominarlos, es decir, en desmoralizarlo (Bakunin, 1979: 58).

En esta línea de complementar la formación intelectual por medio de la creación de espacios moralizadores se posicionó la política educativa del Círculo. Este aspecto situaba al nuevo movimiento obrero cubano fuera de la órbita del socialismo científico que se estaba imponiendo en muchas otras regiones del mundo, ya que los seguidores de esta tendencia no contemplaban específicamente la moral como un elemento a tener en cuenta dentro del proceso revolucionario. El obrerismo insular, por tanto, había decidido llevar a cabo la instrucción de sus miembros bajo unos criterios puramente anarquistas.

A nivel estructural, la enseñanza de asignaturas como la Aritmética, la Historia, la Geografía, la Gramática o el Dibujo compartía recinto con programas orientados a la vida laboral. Así las escuelas laicas del Círculo de Trabajadores, independientes del poder Estatal y clerical, ofrecían una formación de carácter tanto intelectual como profesional, contribuyendo de este modo a la creación del *hombre completo* anhelado por los anarquistas quien, debido a esta formación simultánea como trabajador y erudito, estaba destinado a terminar con las diferencias –o enfrentamientos– provocados por la animadversión existente entre el mundo académico y el proletario. Bajo el punto de vista de sus directores, estos centros de educación eran las factorías en las que se engendraban los hombres del quimérico nuevo mundo pretendido por los líderes del movimiento obrero finisecular.

Tampoco olvidaban los miembros del Círculo, en su camino hacia la consecución de esa idílica sociedad igualitaria, la necesidad de llevar a cabo una lucha obrera al uso, radical y organizada, que proporcionara a los trabajadores una mejora inmediata de su precaria situación. El colectivo habanero pretendía servir de punto de encuentro a las diferentes sociedades obreras de La Habana. En su local, situado primero de manera provisional en los altos del café Marte y Belona (Amistad esquina a Monte) y

posteriormente en el número 39 de la calle Dragones, los diferentes gremios de la Isla debatían tanto de temas relacionados exclusivamente con su actividad productiva como aspectos generales y organizativos del movimiento obrero cubano. Consecuente con el internacionalismo obrero, tan característico del socialismo, el Círculo buscaba un asociacionismo integrador de cuyo seno desapareciesen las nociones de raza, nacionalidad y política para que, así, la unidad proletaria fuese la única bandera enarbolada por los trabajadores de la Isla. Según el criterio de los impulsores de la asociación capitalina, los abusos padecidos por la clase trabajadora afectaban indistintamente a todo el conjunto del proletariado, sin importar su procedencia o el color de su piel, por lo que llevar posturas raciales o políticas al seno de la administración solo contribuiría a generar conflictos internos que debilitarían el movimiento obrero y favorecerían, en consecuencia, a las autoridades y élites socioeconómicas. Era necesario, en definitiva, apartar todos los elementos diferenciadores y sustituirlos por otros que facilitasen la cohesión de toda la clase trabajadora. Esta postura integradora les llevó además a buscar la inclusión de otros colectivos que, más allá de cuestiones políticas o raciales, se encontraban en cierta medida apartadas del epicentro de la actividad obrerista. Así, una de las novedades introducidas por el Círculo de Trabajadores fue la exhortación a la participación femenina en las reuniones, ya que las consideraban una pieza fundamental dentro del proceso de emancipación obrera:

Las familias de los obreros deben encontrarse esa noche en el Círculo, pues ya es tiempo que la mujer cubana se interese de una manera directa en todo aquello que a nuestra emancipación conviene. La referida noche esperamos ver llenos los amplios salones del Círculo con sus respetables familias²⁴⁶.

En la Cuba decimonónica, las mujeres constituían uno de los pilares básicos del modelo productivo. Muchas de las tareas más importantes para el desarrollo de las principales industrias de la región eran desempeñadas por ellas. Sus condiciones laborales eran, sin embargo, peores que las de los hombres, contribuyendo involuntariamente, junto con los niños, a la precarización del proletariado ya que eran utilizadas por los empresarios para sustituir a los hombres en determinadas tareas y reducir así la masa salarial en sus fábricas. La emancipación de la clase trabajadora exigía, en consecuencia, atraer al colectivo femenino hacia posiciones comprometidas con el movimiento obrero, haciéndolas partícipes e inculcando entre la sociedad la idea de que no existen hombres y mujeres, sino explotadores y explotados. Gracias a esta campaña de integración, muchos gremios compuestos exclusivamente por mujeres celebraron sus asambleas en el local, llegándose a convertir en un verdadero ejemplo de lucha para sus equivalentes masculinos. Es de destacar a este respecto la huelga de las despalilladoras de 1887 en la que estas trabajadoras se manifestaron para conseguir beneficios salariales para sus compañeros hombres, los cuales, intimidados por las amenazas de la patronal, no actuaron con la firmeza y determinación con que lo hicieron las mujeres. Gracias al esfuerzo y el tesón que ponían en sus luchas, las mujeres se ganaron un merecido prestigio tanto en el espacio social que constituía el Círculo como en el movimiento obrero en general. Este fue precisamente uno de los mayores éxitos que pueden atribuirse a la entidad habanera; alcanzar una mayor democratización en su funcionamiento interno y conseguir con ello ampliar enormemente su influencia sobre el movimiento obrero hasta convertirse en su principal centro de coordinación (Casanovas, 1998: 116).

²⁴⁶ *El Productor*. Guanabacoa, 15 de octubre de 1891.

La rápida notoriedad y el enorme prestigio alcanzados por el Círculo de Trabajadores no reposaban, sin embargo, únicamente sobre las buenas voluntades y el dinamismo de sus impulsores. Para que su modelo de acción colectiva –basada en principios de solidaridad y autogestión– llegase a ser verdaderamente efectivo, se necesitaba efectuar un enorme despliegue propagandístico que informara sobre la celebración y los resultados de las diferentes actividades desarrolladas por el centro y, simultáneamente, difundiera los conceptos teórico-prácticos del movimiento. Esta campaña de divulgación se llevó a cabo por medio de dos vías: una indirecta que requirió de apoyo por parte de la prensa obrera, y otra directa, iniciada muto propio por los miembros de la organización. Este doble desempeño propagandístico fue, además, puesto en práctica por los elementos más radicalizados y afines a los principios anarquistas de cuantos constituían el movimiento obrero cubano, lo que fue clave en el enorme desarrollo experimentado por el socialismo revolucionario desde mediada la década de 1880.

Inmediatamente después de la aprobación asamblearia del “Manifiesto-programa” del Círculo de Trabajadores de La Habana, una comisión formada por Enrique Messonier, Julio Fabre, Eduardo González Bovés y Enrique Creci realizaron un recorrido por el interior de la Isla destinado a propagar las *bondades* de su proyecto asociacionista²⁴⁷. El carácter marcadamente anarquista de los miembros de esta expedición les llevó a aprovechar las oportunidades que les ofrecía el viaje para difundir el credo ácrata entre los trabajadores de las diferentes poblaciones de la Isla. Esta actividad de divulgación doctrinal se hizo al margen del *programa oficial* de actividades del Círculo de Trabajadores ya que, según se especificaba en el propio manifiesto de la asociación, estaba prohibida la propaganda de todo concepto político, religioso, ideológico o de cualquiera otra índole que pudiera dar motivo a disensiones entre los obreros. El resultado de la *labor extraoficial* de los expedicionarios dio resultados sumamente satisfactorios para el movimiento anarquista ya que, tanto en la provincia de La Habana como en la de Santa Clara, se desarrollaron algunos *grupos de acción*, tan característicos del sistema organizativo de los ácratas (Rivero, 1952:269). Al margen de este proyecto de carácter más personal, los miembros de la expedición se esforzaron en su labor de propagar el modelo asociacionista propuesto por el Círculo de Trabajadores, obteniendo una enorme acogida por parte de los trabajadores cubanos, quienes comenzaron a establecer en sus ciudades de origen centros obreros creados a imagen y semejanza del arquetipo capitalino. Prueba de ello son las asociaciones registradas oficialmente bajo el nombre de *Círculo de Trabajadores* en lugares como El Pilar (1888), Regla (1889), Batabanó (1890) o Guanabacoa (1893) y que reproducen en sus reglamentos, casi de manera íntegra, el “Manifiesto- Programa” de la institución original habanera²⁴⁸. De este modo, no es extraño encontrar entre los estatutos de las organizaciones obreras de la Cuba finisecular principios tan característicos de la *acracia* como el apoliticismo (en su versión más contrapuesta al parlamentarismo), el anticlericalismo, la autogestión, el internacionalismo obrero o la negociación sociolaboral directa. La semilla del socialismo

²⁴⁷ La de 1885 fue la primera expedición propagandística auspiciada por el Círculo de Trabajadores de La Habana, pero no fue la única. Este tipo de campañas divulgativas se prolongaron al menos hasta 1893, tal y como señala en su libro el anarquista catalán Pedro Esteve (1900: 75), quien participó en alguna de ellas durante su estancia en Cuba.

²⁴⁸ Para más información acerca de los estatutos de estas asociaciones véase respectivamente: ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Expediente 14618, Legajo 434; ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Expediente 13411, Legajo 425; ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Expediente 13302, Legajo 421; y ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Expediente 12289, Legajo, 420.

revolucionario, sembrada de manera involuntaria por los reformistas que en 1865 difundían los postulados de autores como Proudhon o Fourier, germinaba a mediados de la década de los ochenta gracias al vivificante empeño de un grupo de obreros de tendencias radicales reunidos en torno al Círculo de Trabajadores de La Habana.

Además de la tenacidad de los miembros del Círculo, la inestable realidad socioeconómica de la colonia antillana parecía aliarse con los nuevos líderes del movimiento obrero insular en la instauración de un modelo societario diferente para los trabajadores de la región cubana. A finales de 1885 los liberales accedían al poder en la metrópoli y los efectos de la crisis económica surgida a principios de la década comenzaban a remitir, lo que facilitó la consolidación de los nuevos sindicatos y el restablecimiento de la clausurada Junta Central de Artesanos bajo la presidencia del anarquista Pedro Merino²⁴⁹. La coexistencia de dos grandes centrales sindicales vinculadas ideológicamente al programa de acción anarquista potenció la radicalización de los trabajadores y sirvió para cohesionar bajo los principios del internacionalismo a una comunidad obrera que aumentaba en número y en diversidad gracias al fin efectivo y definitivo del modelo esclavista. Respaldados por la actividad coordinadora de la Junta Central y del Círculo, “los trabajadores de varios oficios desencadenaron una huelga que explícitamente trataba de movilizar a personas de diferente raza y etnia en buena parte de Occidente” (Casanovas, 2000: 204), inaugurando con ello un nuevo periodo de paros productivos que, paulatinamente, irían aumentando tanto en número como en intensidad. Así, tras el estallido de algunas pequeñas huelgas en la capital, algunos de los sindicatos más poderosos y mejor organizados de la Isla comenzaron a sumarse a la oleada de protestas. El primero de ellos fue la agrupación de los toneleros de Matanzas quienes declararon el cese temporal de sus actividades en febrero de 1886, iniciando con ello un proceso de disidencia generalizada entre las clases populares de la región. Alarmado por las dimensiones que estaba tomando la protesta, el Gobernador Provincial amenazó públicamente con tomar medidas represivas contra los instigadores de la huelga a lo que el pueblo, unido en solidaridad a las puertas de la residencia del gobernante, respondió, según palabras del cónsul estadounidense Frank H. Pierce (1884: 266), con un: “los dirigentes somos todos”. Este acto de solidaridad revolucionaria, que ponía en relieve el avanzado estado de *proletarización* de los trabajadores cubanos, pudo ser mantenido con firmeza gracias al apoyo de elementos armados pertenecientes al Cuerpo de Voluntarios y al Ejército regular. La implicación de estos dos grupos no sorprende si tenemos en cuenta las condiciones de vida a las que estaban sometidos incluso los oficiales de baja graduación. Los reducidos salarios que recibían resultaban insuficientes y hacían que muchos soldados tuvieran que pluriemplearse para poder subsistir. La convivencia en los talleres de la tropa y los trabajadores creó lazos de solidaridad entre dos colectivos que, pese a sus evidentes diferencias, eran víctimas de una realidad socioeconómica bastante similar. Esta comunión entre explotados fue decisiva tanto en el éxito de la huelga de toneleros como en el estallido de otros motines de similares características a lo largo de la Isla, ya que el contar con un relevante número de armas en el bando insurgente cambiaba los términos de negociación y, sobre todo, reducía la posibilidad de una represión violenta por parte de un gobierno que no contaba con el apoyo incondicional de la totalidad de su Ejército.

Este clima de agitación laboral se acentuó en el mes de julio, cuando, tras la recogida del tabaco, aumentó la demanda de operarios para el proceso de fabricación de los cigarros. La notable diferencia salarial entre los trabajadores empleados en los talleres

²⁴⁹ ANC, Fondo Registro de Asociaciones, Expediente 14638, Legajo 435.

de segundo y tercer orden, llamadas *de Partido* por encontrarse en esta región productora²⁵⁰, y aquellos que producían en las grandes fábricas de la Isla desencadenó una huelga en la que participaron cerca de 15000 obreros (Stubbs, 1989: 115). La protesta, que más tarde se conocería como *La Huelga de Partido*, comenzó en cuatro fábricas de tercera clase de Santiago de las Vegas –Flor de Nogueiras, La Victoriana, Béjar y Álvarez y B. Suárez- donde se pagaban alrededor de tres pesos menos por millar que en los otros talleres. Pese a la relativa rapidez con la que los empresarios de Béjar y Álvarez alcanzaron un acuerdo con sus trabajadores, la protesta fue imparable y en pocos días se convirtió en una huelga general que afectó a todas las poblaciones tabacaleras de la provincia de La Habana. El sentimiento de clase extendido entre el proletariado cubano se hizo nuevamente patente en el hecho de que trabajadores todo tipo de fábricas –incluidas las de primer orden, donde los operarios gozaban de unas mejores condiciones salariales- recaudasen fondos para ayudar a sus compañeros a mantener su protesta.

Trascurrido un mes y medio desde el estallido de la *Huelga de Partido*, los grandes fabricantes de tabacos *de Vuelta Abajo*²⁵¹ fundaron una organización empresarial –La Unión de Fabricantes de Tabacos (UFT)- mediante la cual poder hacer frente a la amenaza de que sus operarios, aún inmersos en el pleno desempeño de sus tareas, se viesan contagiados por el clima de conflictividad social que comenzaba a extenderse desde los pequeños talleres tabacaleros. A través de esta asociación, los empresarios trataron de establecer una relación amistosa con el Gremio de Obreros a fin de evitar una huelga que paralizase también la producción de las grandes fábricas, pero el entendimiento, al menos en un primer momento, no fue posible. “La propaganda revolucionaria anarquista del Círculo de Trabajadores y del Boletín del Gremio de Obreros –órgano de prensa del Gremio de Obreros editado por Roig San Martín- promovió que la huelga se extendiera a las fábricas de Vuelta a comienzos de octubre” (Casanovas, 2000: 206), convirtiendo al *de Partido* en un paro obrero de dimensiones hasta entonces desconocidas en Cuba. El conflicto, igual que ocurriera con la huelga de toneleros de Matanzas, contó con el apoyo de los Voluntarios, quienes pusieron sus fusiles a disposición de “la causa del trabajo”²⁵². El apoyo armado a la labor organizativa del Gremio de Obreros y de los dos grandes *sindicatos anarquistas* –Círculo de Trabajadores y JCA- dio como resultado el triunfo de las reivindicaciones obreras. Los trabajadores de las fábricas *de Vuelta* obtuvieron un incremento en sus salarios y los de las factorías *de Partido* consiguieron su pretendida equiparación con estos nuevos jornales. Los planteamientos organizativos socialistas del nuevo movimiento obrero cubano habían dado sus primeros frutos en el terreno de la práctica revolucionaria, por lo que la lucha de los tabaqueros continuó bajo el pretexto de conseguir nuevas mejoras para su ramo. Sin embargo, la conquista obrera motivó un contraataque por parte de los empresarios de la UFT quienes, tras incluir en el seno de su organización a los fabricantes de tabacos de Partido, “acordaron lo que hoy se nombra un lock-out general que provocó el rompimiento de la huelga” (Rivero: 1952: 271) y la

²⁵⁰ *Partido* es un grupo de zonas productoras de tabaco que hunde sus raíces en principios del siglo XVIII al sudoeste de la ciudad de La Habana y que, a finales del siglo XIX, albergaba los talleres de menor relevancia dentro del sector tabacalero cubano. Actualmente es una zona sujeta Denominación de Origen y especializada en el cultivo de hojas de capa para Habanos de *Tripa Corta* y de *Tripa Larga*. Véase García Galló y Correa García (2000).

²⁵¹ El término *Vuelta Abajo* hace referencia a la que está considerada como la mejor tierra del mundo para cultivar tabaco y que supone la principal fuente de producción del tabaco utilizado en la confección de cigarros Habanos, ya que aquí se producen todos los tipos de hoja: *capa*, *tripa* y *capote*. Esta zona posee, además, el mayor número de tierras consideradas como *Vegas de Primera*, por lo que se trata del área de mayor importancia en la producción tabacalera cubana.

²⁵² AHN, Fondo Ultramar, Legajo 3884.

fractura de la unidad obrera. El cierre patronal provocó, tras tres semanas, la aceptación de las condiciones de la Unión de Fabricantes por parte del ala reformista del Gremio de Obreros, encabezados por Saturnino Martínez. Esta capitulación supuso una traición a ojos de la gran mayoría de los miembros del Gremio, lo que provocó una división irreconciliable que terminó por generar la autodisolución de esta institución. El vacío organizativo que esto generaba dentro del sector más combativo del proletariado cubano, el tabacalero, fue aprovechado por los anarquistas, que rápidamente se pusieron al frente de la reconstrucción de la organización sindical de los tabaqueros. La Huelga de Partido marcaba de este modo un antes y un después en el modelo de lucha del obrerismo insular. Los anarquistas se habían impuesto definitivamente a los reformistas y dominaban en su totalidad el movimiento obrero cubano.

Una vez constatado su triunfo dentro de las instituciones obreras, los libertarios se dispusieron a completar la labor divulgativa iniciada casi dos años antes por los miembros del Círculo de Trabajadores de La Habana. Ello requería de un medio de difusión que sirviese para concienciar a las masas y, simultáneamente, las coordinase con la cada vez más dinámica actividad revolucionaria del anarquismo cubano. Esta necesidad reguladora fue cubierta gracias al lanzamiento, el día 12 de julio de 1887, de *El Productor*, semanario consagrado a los intereses económico-sociales de la clase obrera. Influenciados en gran medida por el Congreso Obrero de Barcelona del que surgió la Federación de Trabajadores de la Región Española, los editores de la nueva publicación anarquista, con Enrique Roig San Martín a la cabeza, dedicaron sus esfuerzos a promover la celebración de un Congreso Obrero en Cuba. Con el firme compromiso de “tratar de reunir á los obreros todos en una aspiración común y confundirlos en la santa causa de su regeneración social”²⁵³, la redacción al completo se volcó desde el primer número (12 de julio de 1887) en la tarea de difundir entre el proletariado los beneficios de constituir una gran federación obrera en Cuba, así como de promulgar las líneas sobre las que debería de girar esta nueva propuesta asociacionista:

En este pequeño congreso, que ha de ser formado por aquellos obreros que más descuellan por su saber, por su inteligencia, por su práctica y por sus honradas convicciones en las asociaciones obreras, uno de los primeros asuntos que deben tratarse, es la conveniencia, de la necesidad que existe de hacer comprender al resto de los trabajadores, de que antes y por arriba de todo interés político, está ó debe estar para nosotros el interés de nuestra organización.

Es necesario hacer comprender á los ilusos, que de la manera en que estamos, no hay nadie, absolutamente nadie, que nos juzgue dignos de tomar parte en la resolución del más insignificante problema que haya de resolverse en el país; mientras que si, desposeídos de todo amor propio y arrojando á un lado esas preocupaciones de partido que nos dividen, pensáramos en organizarnos como clase y así nos organizáramos, es seguro que entonces, tanto los gobiernos como los partidos de oposición, al tomar resoluciones habrían de pensar en nosotros, unas veces con interés y otras con temor.

El itinerario propuesto por los redactores de *El Productor* para la celebración del Congreso Obrero seguía los cánones del modelo organizativo anarquista: debía estar formado únicamente por obreros, estos estarían representados por delegados competentes elegidos por los propios trabajadores y por último, pero no menos importante, en la reunión no habría cabida para planteamientos políticos de ningún tipo. Este último punto no solo dejaba constancia del carácter libertario de la publicación, sino

²⁵³ *El Productor*. La Habana, 12 de julio de 1887.

que era, además, consecuente con los principios fundacionales del Círculo de Trabajadores y de la Junta Central de Artesanos, a quien el semanario pretendía dar voz.

La Federación de Trabajadores de la Región Española fue, concretamente, el modelo en el que la redacción se inspiró para marcar las pautas que deberían seguirse tanto en la pretendida celebración del congreso obrero cubano como en la creación del organismo federativo que, pensaban, derivaría de la misma. El influjo del anarquismo español se hizo evidente a lo largo de los siguientes meses de publicación, en los que se reprodujeron varios textos de *El Productor* de Barcelona y los estatutos de la FTRE²⁵⁴. En su afán por instaurar en Cuba un sistema de organización obrera similar al que funcionaba desde hacía años en la Península, los miembros del vocero anarco-colectivista comenzaron una campaña propagandística caracterizada por un estilo discursivo agresivo y directo. El federalismo era defendido, una y otra vez, como “la única organización capaz de vencer aquellos obstáculos [deformaciones reformistas] y de conducirnos en día no lejano a nuestra suspirada redención”²⁵⁵. Siguiendo el modelo marcado por la Federación española, desde *El Productor* de La Habana se apostó por una organización autogestionaria, puramente obrera y carente de aspiraciones políticas de ningún tipo ya que, a sus ojos, la participación de los trabajadores en el sistema parlamentario burgués no era el medio más seguro, “ni un medio racional siquiera”²⁵⁶, de dar solución a las acuciantes necesidades del proletariado insular. Frente a esto, el vocero, que en su edición del 13 de octubre de 1883 decía “estar llamado á ser el órgano de la futura sección cubana de la Federación de los Trabajadores españoles”, proponía una estructura organizativa federal compuesta por obreros libremente asociados en gremios que, a su vez, se encontrarían vinculados entre sí en una gran federación que agruparía a las diversas sociedades proletarias de Cuba. Dentro de este gran colectivo se respetarían tanto el derecho de decisión de los distintos gremios como las libertades individuales de cada uno de los miembros que los componían. Una vez organizada bajo estos principios asociativos, la futura Federación cubana propondría un “Pacto Federativo con otras naciones”²⁵⁷ que serviría para facilitar innumerables conquistas sociales no solo a los obreros cubanos, sino a los trabajadores de todo el mundo. Tanto esta estructuración internacional-federalista como el discurso pro-societario, radical y directo de *El Productor*, ambos defensores unos postulados claramente bakuninistas, calaron fuertemente en el seno de un proletariado cubano que demandaba una solución inmediata a su deplorable situación. La campaña propagandística gozó de una acogida tal que, entre agosto y noviembre de 1887, se celebraron una serie de reuniones obreras que serían consideradas como el Primer Congreso Obrero Cubano.

Ya desde mediados de julio de 1887, la Junta Central de Artesanos, presidida por el anarquista asturiano Pedro Merino, comenzó a unir esfuerzos en torno al Círculo de Trabajadores para remediar el lamentable estado de descomposición en que, a su parecer, se encontraba la clase obrera en general y los gremios en particular. Para ello, fieles al espíritu incendiario que caracterizaba al anarco-colectivismo decimonónico, la JCA realizó, “un llamamiento á la representación directa de todos los gremios, ó sea, á las juntas directivas de éstos con el fin de poner término, á ser posible, al estado actual de inacción, reemplazándolo con su reverso, esto es, con una era de vital agitación”²⁵⁸. Al final de esta convocatoria, difundida a través de las páginas de *El Productor*, se emplazaba a

²⁵⁴ Véase *El Productor*. La Habana, 29 de diciembre de 1887.

²⁵⁵ *El Productor*. La Habana, 30 de julio de 1887.

²⁵⁶ *El Productor*. La Habana, 13 de octubre de 1887.

²⁵⁷ *El Productor*. La Habana, 6 de octubre de 1887.

²⁵⁸ *El Productor*. La Habana, 12 de julio de 1887.

todos los delegados a una reunión en la que dibujasen las nuevas líneas de acción del movimiento obrero cubano. Pocas semanas después, en su edición del 4 de agosto, el semanario dirigido por Enrique Roig San Martín publicaba un breve escrito –titulado “La Comisión Mixta”– en el que se anunciaba:

El lunes 8 del actual, a las siete y media de la noche y en los salones del Círculo de Trabajadores, tendrá efecto la primera reunión de la Comisión mixta de obreros de que oportunamente hablamos en nuestro primer número. [...] Grande es su misión, erizado de escollos está el camino que tiene que andar; pero abrigamos la esperanza de que, ante su entusiasta espíritu, se estrellarán esos obstáculos, desaparecerá el suicida indiferentismo de que hoy se encuentra poseída la clase obrera, y la Federación de los Trabajadores de Cuba será un hecho, pésele á quien le pese y caiga quien caiga²⁵⁹.

Esta primera asamblea de directivas, presidida por Pedro Merino y a la que acudieron 42 delegados de los 51 que componían la Comisión Mixta, abrió con un primer punto del día que pretendía “saber si, dados los resultados obtenidos con la organización actual, conviene á los trabajadores seguir en ella, ó si por el contrario conviene cambiarla radicalmente”²⁶⁰. Tras varios turnos de palabra la asamblea aprobó dar un giro radical al modelo de actuación de las organizaciones obreras. Tras esta primera votación, se pasó al segundo punto del día: “con qué organización ha de sustituirse la actual”²⁶¹. Dado el peligro que entrañaba tomar una decisión apresurada en un tema de semejante transcendencia, la asamblea, a instancias de los libertarios Messonier y Aguirre, resolvió la creación de una comisión formada por cinco delegados –Fuentes, Fabre, Ángel Gregorio, Constantino del Campo y Pedro Domínguez– y encargada de redactar unas bases constitutivas que sirvieran de guía para la nueva organización obrera. Sin más puntos sobre los que debatir se puso fin a la primera de las juntas que compondrían el Primer Congreso Obrero de Cuba instando a los presentes a celebrar, en adelante, sus reuniones siempre en jueves, con el fin de evitar posibles confusiones.

Tras la del 8 de agosto, y tomando como “fuente histórica irreproachable al semanario obrero *El Productor*”, como señala E. Tellería (1973:26), podemos constatar que se desarrollaron al menos otras ocho asambleas, aunque es bastante probable que durante el mes de octubre hubiera alguna más de la que no tenemos testimonio alguno. Fuera como fuese, la segunda de las reuniones recogidas por *El Productor* tuvo lugar el 18 de agosto y retomó el punto pospuesto en la anterior junta: *con que tipo de organización ha de sustituirse la actual*. El periódico habanero no realizó, por falta de espacio, una narración detallada de los debates acaecidos en la reunión, pero sí que reprodujo íntegramente el acta de los acuerdos aprobados en la misma y que ponían de manifiesto el carácter anarquista de la Comisión Mixta:

- 1º Quedó sentado que debe desaparecer todo vestigio de autoridad de las colectividades obreras y que los cuerpos directivos se conviertan en administrativos, y
 - 2º Que la Federación sea basada en la solidaridad más amplia y perfecta.
- Quedando como primer punto para la discusión de la noche del 25 de agosto, la siguiente proposición de las tres presentadas en la sesión anterior, ó sea que, «las huelgas no serán solidarias, sino cuando la mayoría de las colectividades lo acuerden»²⁶².

Nuevamente, en el modelo asociacionista pretendido por los nuevos líderes del movimiento obrero cubano aparecía el apoliticismo como una de las principales señas de

²⁵⁹ *El Productor*. La Habana, 4 de agosto de 1887.

²⁶⁰ *El Productor*. La Habana, 11 de agosto de 1887.

²⁶¹ *El Productor*. La Habana, 11 de agosto de 1887.

²⁶² *El Productor*. La Habana, 1 de septiembre de 1887.

identidad. Además, la unión federativa sustentada únicamente mediante lazos de solidaridad volvía a ahondar en los principios societarios del bakuninismo ortodoxo basados en la libre federación de federaciones. La pretensión de los ácratas de crear en Cuba una entidad obrera similar a la de la FTRE se antojaba cada vez más cercana y la redacción de *El Productor* parecía ser consciente de ello cuando calificó de “Congreso Obrero” a cada una de las reuniones efectuadas a partir del 8 de septiembre²⁶³. No es casual, sin embargo, el momento elegido por el semanario obrero para dar este giro terminológico a su discurso ya que, tras esa fecha, las reuniones de la Comisión se centraron en “redactar un cuerpo de doctrina bajo el cual puedan marchar unidos en el porvenir todos los obreros”²⁶⁴, es decir, en dotar de un programa ideológico-táctico al movimiento. *El Productor* se mostraba optimista en cuanto al desarrollo de estas negociaciones, hasta el punto de incluir entre sus páginas una nota de prensa que anunciaba:

El Congreso Obrero ha terminado el jueves 29 del pasado la discusión de las proposiciones presentadas en anteriores reuniones y cuyo objeto, como saben nuestros compañeros, no es otro, que llegar á una fórmula que sea común á todos los organismos de trabajadores, á fin de realizar la Federación Regional.

Pronto aparecerá, pues un manifiesto á donde se consignent con claridad los principios aprobados por la Asamblea y si éstos, como esperamos, son aceptados por nuestros compañeros, la Federación Regional de Trabajadores de Cuba será un hecho inmediato y el proletariado de esta región, que en la actualidad lucha sin un ideal fijo y movido tan solo por la natural intuición que impele a todo ser humano á la defensa de su personalidad, tendrá un punto determinado y una línea de conducta trazada que lo conduzca con rápido y seguro paso a la emancipación económico social²⁶⁵.

A principios de octubre, como podemos observar, *El Productor* se mostraba doblemente optimista. Por un lado, no dudaba de la aceptación por parte de los miembros de las diferentes sociedades obreras de los principios asociativos propuestos por la Asamblea y que darían como resultado la instauración de la Federación Regional de Trabajadores de Cuba. Por otro, confiaba ciegamente en que las deliberaciones trascorrirían con rapidez y la puesta en funcionamiento de la nueva asociación sería un hecho inminente. Sin embargo, en ambos casos se equivocaban los redactores del semanario anarquista. Ni el pronunciamiento del Congreso fue tan rápido como se auguraba, ni los resultados, a la larga, fueron tan satisfactorios como esperaban los libertarios. Tras más de un mes de espera, se anunciaba a través de *El Productor* que “el viernes 11 de noviembre, a las siete y media de la noche, se celebraría en el Círculo de Trabajadores la Asamblea de Directivas en que el Congreso debía presentar su dictamen”²⁶⁶. Se informaba también de que, además de los delegados de las Directivas de los gremios y del propio Congreso, asistirían a la presentación los miembros de la Junta Central de Artesanos, instando con ello a la participación de cuantos obreros fuera posible. Así, en la tarde noche del 11 de noviembre, el Congreso Obrero lanzaba al pueblo trabajador de Cuba un dictamen que *El Productor* reproducía de la siguiente manera:

Resumiendo, pues, resulta de todo lo expuesto que el Congreso afirma y proclama:

1º. La necesidad de dar nueva forma de organización á las colectividades, desapareciendo de ellas todo vestigio de autoridad.

²⁶³ *El Productor*. La Habana, 8 de septiembre de 1887.

²⁶⁴ *El Productor*. La Habana, 15 de septiembre de 1887.

²⁶⁵ *El Productor*. La Habana, 6 de octubre de 1887.

²⁶⁶ *El Productor*. La Habana, 10 de noviembre de 1887.

2º. Que éstas deben estar estrechamente unidas, mediante el pacto federativo, sirviendo de base el de la Federación Española.

3º. Que las colectividades deben gozar la más amplia autonomía dentro de la Federación, así como el individuo dentro de la federación y la colectividad.

4º. Que debe practicarse la cooperación colectiva para todos los fines de la vida.

5º. Que debe proscribirse del seno de las colectividades y de la Federación todas y cada una de las distintas doctrinas políticas y religiosas, dejando como único y universal principio el de la emancipación económico-social y la confraternización, dentro de este principio, de todos los productores que pueblan la tierra.

6º. Que la solidaridad más estrecha debe presidir á toda la huelga á que forzosamente conduzcan á las colectividades la extremada tirantez y las imposiciones denigrantes de los que aún, en las postrimerías del siglo diez y nueve, consideran al trabajador como un ser envilecido, nacido para devorar en silencio toda clase de privaciones y todo género de afrentas.

Este es, á grandes rasgos, el resultado de nuestros trabajos, en cuya exposición hemos procurado ser lo más concisos posible, para haceros menos cansada su lectura. Dichosos nosotros si nuestras afirmaciones, hallando acogida grata en vosotros, alcanzan la envidiable gloria de servir de base a la futura organización federal de los trabajadores de Cuba²⁶⁷.

Pese a que el Dictamen del Primer Congreso Obrero de Cuba, hablaba de la necesidad de formar una gran federación similar a la FTRE, esta nunca llegó a materializarse. Al margen del *fracaso organizativo* que esto supondría para los líderes del obrerismo insular, el texto resultante de las reuniones de directivas evidenciaba un inapelable triunfo del anarquismo colectivista como base ideológica de las luchas socio-laborales. Todos los principios básicos del socialismo revolucionario quedaban recogidos en la resolución de los comisionados. A los ya mencionados principios de libre federalismo, internacionalismo y apoliticismo que los nuevos dirigentes del movimiento obrero venían inculcando entre las masas trabajadoras, se unía ahora un componente apátrida que intentaba inculcar a los trabajadores la idea de que “si para ellos [los explotadores del trabajo humano] la explotación no tiene patria, lógico es que para el trabajador no debía tenerla la más legítima y sagrada de sus propiedades, el trabajo”²⁶⁸. Además, en lo que significaba un incremento de su radicalismo discursivo y organizativo, el Dictamen proponía la creación de grupos de acción propagandística formados por los miembros más constantes y enérgicos del proletariado insular y la expulsión –o no admisión– de todas las colectividades obreras de “aquellos elementos enfermos o viciados” que buscasen el beneficio personal por encima de la regeneración social de todos los trabajadores. En otras palabras, las directivas de los diferentes gremios y la Junta Central de Artesanos, unidas en torno al Círculo de Trabajadores, reestructuraban la organización obrera cubana bajo los principios del anarquismo colectivista²⁶⁹. Y para difundir esta decisión entre el mayor número posible de proletarios utilizaba el medio de comunicación que más firmemente había colaborado en los últimos meses con su causa: *El Productor*.

²⁶⁷ *El Productor*. La Habana, 17 de noviembre de 1887.

²⁶⁸ *El Productor*. La Habana, 17 de noviembre de 1887.

²⁶⁹ El éxito de los trabajadores cubanos en la implantación de un nuevo sistema organizativo, animó a los tabacaleros a establecer un nuevo sindicato llamado Alianza Obrera. Esta entidad, surgida en medio de un clima de auge asociacionista, gozó de una gran acogida y, en menos de un año, ya contaba con varias sucursales. Pese a que no lograría alcanzar la relevancia del Círculo de Trabajadores ni de la JCA, la Alianza, sociedad puramente anarco-colectivista y defensora de la creación de la Federación de Trabajadores de la Región Cubana, contó con un gran número de afiliados y representa un claro ejemplo del enorme crecimiento que el movimiento obrero cubano de tendencia libertaria experimentó a partir de 1887.

No obstante, pese al indudable trabajo del semanario habanero a este respecto, el discurso de *El Productor* no se centró exclusivamente en la promoción del federalismo. “Hubo entre sus páginas cabida para una combativa campaña contra la vagancia, el bandidaje y el juego” (Colodrón, 2016b: 18), lucha iniciada años antes por *El Obrero* y que retomaba ahora la nueva publicación de Enrique Roig San Martín en consonancia con la reestructuración moral de proletariado que se promovía desde el Círculo de Trabajadores. Pese a que había pasado casi una década desde que terminara la Guerra de los Diez Años, los efectos del desempleo provocados por el éxodo rural que la acompañó continuaban siendo devastadores para la comunidad obrera. El ya de por sí alto número de parados se vio incrementado por una medida gubernamental consistente en la obligatoriedad de trabajo para los soldados del ejército español y se acentuó aún más con la abolición de la esclavitud y la estrategia de importar inmigrantes como medio para reducir el coste de los salarios. El incremento de la masa trabajadora provocó un desajuste entre la oferta y la demanda de mano de obra, engrosando así la masa de *ociosos* existente de épocas anteriores (Serra, 1978). Esta *ociosidad*, forzosa en la mayoría de los casos, fue uno de los detonantes de la expansión del bandolerismo en las zonas rurales y del juego y la vagancia en los núcleos urbanos. Tanto las autoridades como los medios oficialistas se dedicaron a combatir el bandidaje de un modo *tradicional*: por un lado, los periódicos denunciaban la actuación de los bandidos y, por otro, las fuerzas de represión del Estado perseguían y encarcelaban a los cuatreros. En contraposición con esta persecución opresiva y criminalizadora, *El Productor* hizo gala de una actitud más comprensiva con el drama de vagos, bandidos y jugadores, señalando que sus actuaciones derivaban de una situación provocada por una mala gestión gubernamental del problema sociolaboral del proletariado. Este posicionamiento presentaba a los *supuestos criminales* como víctimas de un sistema social injusto, más preocupado en confinarlos que en buscar una solución digna a su situación:

Pedir la reorganización del cuerpo de policía, la creación de juzgados especiales, la aplicación de la ley de vagos con extrañamiento forzoso de todo el que tenga más de dos prisiones, apalea impunemente al individuo, como desgraciadamente hoy se hace, todo es inútil para atajar los efectos de la criminalidad.

El mal, ya lo hemos dicho, está más hondo de lo que a primera vista parece, y allí es donde tenemos que buscarlo, para conseguir la atenuación, pues, su cura radical, sólo es susceptible con la completa transformación del actual orden social.

Organizada la sociedad bajo la base del más feroz individualismo en las relaciones económicas y en la del autoritarismo en lo político, es imposible prescindir de las inevitables consecuencias que de tal orden de ideas se derivan, como también lo es al hombre retraerse del ambiente social que inspira sus acciones, á no ser que poseyendo una naturaleza superior, su razón se sobreponga al conjunto que le rodea.

[...] La posición social es el primer incentivo de la criminalidad. La ignorancia es el segundo. Hay que combatir con mano firme y enérgica esos dos extremos y de ello se obtendrá el resultado, esculpiendo en la conciencia humana el hermoso ideal de la Justicia. Lo demás es girar en un círculo vicioso²⁷⁰.

Una de las causas que desde *El Productor* se subrayaban como germen de este incremento en el número de *vagos y maleantes* fue la falta de alternativas de esparcimiento para la clase trabajadora. La ausencia de unos espacios de sociabilidad enriquecedores y moralizados reducía los lugares de ocio obrero al ámbito de la taberna, donde el trabajador buscaba la evasión a su aflictiva realidad en el fondo de un vaso o sobre la mesa de juego. A este respecto, el semanario anarco-colectivista no solamente culpabilizó de la

²⁷⁰ *El Productor*. La Habana, 29 de diciembre de 1887.

situación a la Administración, sino que trabajó duramente para proporcionar a los trabajadores esos espacios alternativos de ocio y formación que el Estado les negaba, incentivando para ello la instrucción de los obreros. *El Productor* retomaba, así, la empresa iniciada en la década de 1860 por *La Aurora* y más tarde desde *El Obrero*, pero organizando la *cuestión educativa* en torno a unos principios diferentes.

El Círculo de Trabajadores, incentivado por sus dirigentes anarquistas, se encargó de llevar a cabo la tarea de ofrecer a obreros una alternativa educacional con la que ocupar su tiempo libre y creó para ello “una escuela diurna para los hijos de los trabajadores y otra nocturna para estos” (Serra, 1978: 192). Al contrario de lo propuesto por los reformistas veinte años atrás, la enseñanza en estas nuevas academias estaba marcada por los principios de anticlericalismo y apoliticismo que caracterizan al anarquismo. Las escuelas obreras eran, en muchos casos, la única opción para las clases populares de recibir una formación académica de calidad, dadas las limitaciones del sistema educacional de la colonia y las dificultades existentes para acceder a sus instalaciones²⁷¹. La escuela, sostenida no sin dificultades por el Círculo de Trabajadores, impartía, gracias al esfuerzo de siete (más tarde serían nueve) profesores, clases de geografía, historia, gramática o aritmética a más de setecientos *hijos del pueblo*²⁷². El principal objetivo de estos colegios, más allá del propio beneficio obtenido por los alumnos, era poder proporcionar una instrucción alternativa, alejada de la religiosidad y la institucionalización vigentes en un modelo educativo *oficial* que, a su modo de entender, estaba orientado al mantenimiento de la jerarquía y las desigualdades existentes en el sistema social de la época. Para ello, se apostaba por una instrucción reflexiva, orientada al desarrollo científico y profesional del alumnado, y en la que la formación moral del individuo constituyese un pilar fundamental. Sin embargo, esta propuesta pedagógica, desvinculada a todas luces del sistema académico estatal, no fue diseñada de manera original por el Círculo de Trabajadores, sino que se inspiró en el arquetipo didáctico propuesto por Cuendet-Kunz en la décima sesión del Congreso de Lausana de 1867:

No es posible ninguna reforma material sin las reformas originadas por la familia, la educación y la instrucción. [...] El programa de enseñanza debe comprender desde el principio el estudio de los objetos que se refieran a todos los sentidos, para formar desde la niñez un ser inteligente para la reflexión y la observación y grabarle lo primero la rectitud de espíritu. Todo sistema educacional debe tender a la formación de hombres libres y generosos. [...] Y entonces, en completa libertad formaremos escuelas-talleres cooperativas. Pues la enseñanza científica, profesional y productiva, sólo la querrán organizar los amigos de la libertad y la fraternidad. Casi todos los gobiernos caen en los errores tradicionales, en la ignorancia y en las tinieblas intelectuales. El Estado, con sus ejércitos de funcionarios, jamás hará brillar el sol de libertad y de justicia instruyendo al pueblo (Freymond, 1973: 314).

La campaña a favor de la escolarización, orquestada por el Círculo de Trabajadores e incentivada desde las páginas de *El Productor*, obtuvo una formidable acogida por parte del proletariado. En poco tiempo, la afluencia de alumnos en escuela diurna, instalada bajo la dirección del Sr. Real, “determinó la necesidad imperiosa de agregarle dos ayudantes, por lo ménos”²⁷³, para poder mantener el nivel de calidad exigido por los miembros del colectivo. El número de alumnos, tanto niños como adultos, aumentó constantemente lo que se tradujo, asimismo, en un incremento de afiliados a los distintos grupos que

²⁷¹ Véase Secretaría Técnica del Ministerio de Educación (1979)

²⁷² *El Productor*. La Habana, 7 de abril de 1889.

²⁷³ *Boletín del Gremio de Obreros*. La Habana, 5 de agosto de 1886.

componían el Círculo de Trabajadores y en una “aceptación masiva de los principios libertarios” que estas instituciones defendían en el seno de una sociedad trabajadora harta de vacuas promesas y esperanzada ante la nueva realidad palpable e inmediata desarrollada por los anarquistas.

Simultáneamente a este trabajo propagandístico en favor de la instrucción *unilateral* del proletariado *El Productor* realizó una campaña destinada a la concienciación ideológica de los obreros basada en la difusión de los conceptos primordiales del socialismo revolucionario decimonónico. En esta divulgación doctrinal jugó un papel primordial la reinstauración de la lectura en las factorías tabaqueras. Desde las tribunas de las fábricas, *El Productor* se erigió como uno de los nuevos estandartes del obrerismo cubano y difundió entre los trabajadores los planteamientos de teóricos como Bakunin, Kropotkin o Elisée Reclús, intentando en muchas ocasiones extrapolar sus concepciones a la realidad sociolaboral de la Isla. Esta actividad propagandística fue “complementada gracias a la aparición de pequeñas publicaciones y panfletos inspirados en el semanario de La Habana” (Colodrón, 2016b: 20). En esta línea, una de las primeras cuestiones tratadas por el semanario anarco-colectivista fue la definición concreta de los objetivos y de los métodos de acción que debían de impulsar el movimiento obrero. Los objetivos primordiales quedaban claros ya en el primer número de la publicación: la emancipación de la clase obrera y la revolución social. Solo faltaba, por tanto, determinar el camino a seguir para convertirlo en una realidad palpable. Para ello, lo primero fue presentar a la clase obrera como un bloque compacto, un ente único en contraposición con la división gremial potenciada por la patronal y las tendencias obreristas discordantes:

Al llevar la honrosa representación de la clase obrera, hemos adoptado el nombre de Productor, porque para nosotros todo el que produce, sea cual fuere la esfera en que se ejercitan sus facultades, merece el honroso nombre de obrero²⁷⁴.

Esta puntualización inicial resulta de suma importancia a la hora de analizar el desarrollo del movimiento obrero cubano dado que, por primera vez en la Isla, no se hacía distinción entre trabajadores agrícolas y urbanos a la hora de exigir la satisfacción de las necesidades de la clase trabajadora. *El Productor*, como altavoz del nuevo movimiento obrero, incluyó incondicionalmente al campesinado dentro del obrerismo insular. En sus páginas se trataron, gracias sobre todo al empeño de Enrique Roig San Martín²⁷⁵, los problemas que afectaban al campesinado y se difundió la idea de que “la emancipación económico-social del campesinado estaba unida a la del resto de los trabajadores y que para obtenerla debían, pues, aliarse y organizarse” (Serra, 1978: 221). Una vez realizada esta unificación identitaria de la clase obrera, comenzaron a tomar, paulatinamente, más presencia las concepciones propiamente conceptuales del anarquismo colectivista, como el federalismo bakuninista que se proponía como modelo organizativo:

Nuestra organización, puramente económica, es distinta y opuesta á la de todos los partidos políticos burgueses, y políticos obreros, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los Estados políticos y

²⁷⁴ *El Productor*. La Habana, 11 de agosto de 1887.

²⁷⁵ En *El Productor*, Enrique Roig San Martín escribió una serie de artículos titulados “Carta de un guajiro” recogidos por Aleida Plasencia (1967). En ella, bajo el seudónimo de *Felipe*, Roig denunciaba la opresión que el régimen social de Cuba imprimía sobre los trabajadores agrícolas. El compromiso que el libertario habanero mantenía con la integración del campesinado dentro de la conocida como *clase obrera* venía marcado, con toda seguridad, por su propia trayectoria profesional, en la que durante un tiempo alternó los trabajos en ingenios con su oficio de tabaquero.

jurídicos actualmente existentes, queden reducidos á funciones puramente económicas, estableciendo en su lugar una *libre federación de libres asociaciones de productores libres*. Lo que nosotros queremos, no lo acepta ningún partido político, incluso el autonómico pactista, no los microscópicos partidos obreros que pretenden organizarse; pues el autonómico pactista, que es el más avanzado de los partidos burgueses, quiere constituir una federación pueramente política, dejando, por lo tanto, en pié, el predominio del capital, y á lo sumo, según declaración de su jefe, ceder á censo redimible algunas parcelas de tierra con lo que conseguiría engrosar las filas de la burguesía con una pequeña parte de la clase obrera, retardando el gran día de la transformación social. Y los microscópicos partidos obreros que pretenden organizarse, sólo aspiran á la conquista del poder político, á fin de que, convertidos en burgueses, puedan ejercer sobre las masas populares una autoridad y una explotación mucho más odiosa que la existente²⁷⁶.

Este extracto de *El Productor* de Barcelona, reproducido por su homónimo antillano como parte de su programa propio, dejaba en evidencia que el conflicto entre marxistas y libertarios se encontraba también presente en la Isla. La acracia cubana censuraba así, en términos propios del anarquismo colectivista más ortodoxo, la participación popular activa dentro de un sistema político burgués tan corruptor que acabaría transformando, en el remoto caso de un triunfo electoral proletario, a los oprimidos en opresores. La línea propuesta desde la redacción del periódico capitalino, con Enrique Roig a la cabeza, era bien distinta: “que los trabajadores se organicen en partido propio, más no para la política, sino para la defensa de sus intereses exclusivamente; para resistir las imposiciones del capital, su natural enemigo, y para presentarle una campaña decisiva el día en que suene la hora de hacer valer nuestros legítimos derechos”²⁷⁷. Estos postulados seguían de manera coherente los principios fundacionales presentes tanto en la celebración del Primer Congreso Obrero de Cuba como en la creación del Círculo de Trabajadores y la reconfigurada Junta Central de Artesanos.

El mensaje apolítico de *El Productor* llevaba además implícito un discurso totalmente contrapuesto a la idea de Estado defendida por marxistas y burgueses, para quienes este organismo era, sin entrar a fondo en sus múltiples diferencias conceptuales, un conjunto de los servicios públicos ya constituidos. El nihilismo de *El Productor* negaba esta definición al observar en el Estado “la organización de la clase explotadora para garantizar su explotación y mantener sumisos a sus explotados”²⁷⁸ y por tanto, contrariamente a los planteamientos de los capitalistas y de los socialistas científicos, el periódico libertario subrayaba la necesidad de su destrucción como paso ineludible hacia la emancipación social de la clase trabajadora. Se consideraba que ningún sistema político, monárquico o republicano, dada su naturaleza jerarquizada, “había podido encontrar fórmula alguna capaz de manumitir al proletariado”²⁷⁹, por lo que se posicionaban como enemigos directos de cualquier organización de tipo gubernamental. Este discurso, que enlazaba con la concepción kropotkiniana de la revolución como negación absoluta de cualquier forma de gobierno²⁸⁰, resultó clave en la propagación del anarquismo entre el

²⁷⁶ *El Productor*. La Habana, 3 de noviembre de 1887.

²⁷⁷ *El Productor*. La Habana, 7 de junio de 1887.

²⁷⁸ *El Productor*. La Habana, 12 de julio de 1888.

²⁷⁹ *El Productor*. La Habana, 8 de noviembre de 1888.

²⁸⁰ Para Kropotkin la revolución debe ser contraria a cualquier forma de dominación del hombre por el hombre. El fin último de todo proceso revolucionario es, por naturaleza, la destrucción de las viejas instituciones y la instauración de un nuevo orden, no de un nuevo Estado. El establecimiento de un nuevo gobierno, aunque sea revolucionario, solo ocasionaría, a ojos del teórico ruso, obstáculos a la revolución, ya que pronto se “transformará en parlamento, con todos los vicios de este” (Kropotkin, 1977: 131). La nueva directiva estatal pronto levantará un aparato burocrático destinado a generar una serie de normas con las

proletariado insular. Para el gobierno colonial, a finales de la década de 1880, la principal amenaza no era la creciente conflictividad obrera, sino la cada vez más tangible confabulación independentista urdida tanto en Cuba como en el exilio. Paradójicamente, esto hizo que la administración colonial otorgara ciertas libertades a la corriente anarquista, la cual, pese a manifestarse en innumerables ocasiones contraria al modelo de explotación colonial, contribuía con su apoliticismo apátrida al distanciamiento de la clase obrera respecto de las teorías nacionalistas del autodeterminismo cubano. Esta relativa tolerancia se mantendría siempre que el anarquismo en general, y su vocero semanal en particular, conservase esa postura imparcial dentro de la cuestión nacionalista de Cuba.

Sin embargo, la prematura muerte de Enrique Roig San Martín el 29 de agosto de 1889 y el giro reaccionario que experimentó la política metropolitana de cara a las elecciones de 1891, marcaron el inicio de una nueva etapa para *El Productor*. La gran aceptación que los dogmas libertarios tuvieron entre la masa trabajadora animó a los líderes anarquistas a promover en Cuba la participación de los trabajadores en un acto de rememoración internacional de los Mártires de Chicago propuesto y aprobado en la Segunda Internacional. Esta celebración sería el culmen a la campaña sostenida desde 1887 por *El Productor* en pro de la liberación de los detenidos y condenados por la llamada Revuelta de Haymarket y que tuvo como eje central una recogida de donaciones destinadas a la defensa y el bienestar de las familias de los reos en la que participaron 64 agrupaciones obreras²⁸¹, amén de decenas de individuos que lo hicieron a título personal. Así, con el fin de llevar a cabo este acto conmemorativo, una asamblea compuesta por algunos de los miembros más destacados de la acracia insular²⁸² se reunió en la noche del 20 de abril de 1890 en el local del Círculo de Trabajadores para aprobar la celebración, el primer día de mayo de ese mismo año, de una manifestación pública y pacífica que culminaría con un mitin multitudinario. Como no podía ser de otra forma, la convocatoria de este acto se hizo pública a través de las páginas de *El Productor*. La celebración del que, posteriormente, sería conocido como el Día Internacional de los Trabajadores “desató una ola represiva en contra del obrerismo radical y sus publicaciones” (Casanovas, 2003: 38) que continuaría incrementándose con el regreso a la Presidencia del Gobierno de Antonio Cánovas del Castillo. Como medida preventiva, días antes de la manifestación del Primero de Mayo de 1890, las autoridades coloniales dispusieron que todos los editores de periódicos habían de tener, para desempeñar tal tarea, estatus de *elector y elegible*, condición difícilmente alcanzable por un obrero dentro del restringido censo electoral cubano. Esta medida provocó el cierre de varias publicaciones obreras en la Isla. Sin embargo, estos escollos represivos no mermaron el empuje de los líderes obreros cubanos, quienes decidieron continuar, contra viento y marea, con la celebración del Primero de Mayo.

que hacer valer su poder. La creación de gobiernos revolucionarios fue, a su parecer, el primer paso hacia el fracaso de todas las revoluciones acaecidas a lo largo de la Historia, por lo que “fuera del principio anarquista la revolución es imposible” (Kropotkin, 1977: 132).

²⁸¹ De estos colectivos obreros, siguiendo como fuente los datos publicados semanalmente en *El Productor*, 40 eran gremios relacionados con el sector del tabaco, 6 de “obreros”, 4 de Artes Gráficas, 4 de Sastres, 3 de Operarios y Dependientes, 2 de Cocheros, 2 de Planchadores, 1 de Cajoneros, 1 de Toneleros, 1 de Hojalateros, 1 de Panaderos y 1 de Zapateros. Los gremios de Planchadores, además, corrieron con los gastos de una velada pública celebrada el 22 de noviembre de 1887 en el local del Círculo de Trabajadores de La Habana.

²⁸² Entre los miembros que compusieron la asamblea que aprobó la celebración del primer Primero de Mayo en Cuba estaban Cristóbal Fuentes, Ramón Villamil, Eduardo Pérez, José Fernández, Juan Tiradas, José Ortega, Pedro Blandín, José C. Hernández, Adolfo Horno, Mequíades Estrada, Federico Aguilar, Ángel Patiño, José F. Pérez, José R. Cobo y Victoriano Díaz.

Este homenaje a los Mártires de Chicago se compuso de una manifestación pacífica iniciada en el Campo de Marte que remató con un gran mitin en el Skating-Ring donde tomaron la palabra veintitrés oradores, entre los que se encontraban grandes figuras del anarquismo antillano como era el asturiano Eduardo González Bovés. Según puede extraerse de la revista decenal enviada por el Gobierno General de la Isla de Cuba al Ministerio de Ultramar de la Corona Española en mayo de 1890, la manifestación aconteció de una manera verdaderamente sosegada²⁸³. No obstante, esta aparente tranquilidad fue solamente la calma que precedía a la tempestad, ya que la misma fuente oficial señalaba que “el día 2 se declararon en huelga los conductores de los coches de la plaza, carros del ferrocarril urbano y ómnibus de esta capital pidiendo aumentos de salarios”²⁸⁴. Este acto reivindicativo, surgido a consecuencia del espíritu revolucionario que envolvía al primer Primero de Mayo cubano, fue sofocado en tan solo un día por las autoridades gubernamentales, pero marcó el inicio de un movimiento huelguístico masivo generado en torno a los gremios que componían el Círculo de Trabajadores de La Habana. El tres de mayo los trabajadores encargados de la limpieza pública establecieron un paro durante una noche. El cinco dejó de celebrarse, por un día, la matanza de reses en el rastro con el fin de fijar un aumento de las ganancias. Ese mismo día, cuatrocientos obreros del barrial de Albear abandonaron su trabajo para “solicitar a la empresa aumento de jornales y rebajas en las horas de labor”²⁸⁵. Lo mismo sucedió en otras fábricas de la capital en las que las reivindicaciones salariales de los obreros fueron contestadas por medio de las detenciones y los encarcelamientos de aquellos huelguistas que, en piquetes, acudieron a otras fábricas en busca de la solidaridad de sus compañeros. En idéntica fecha se dejaron imbuir del aura revolucionaria los peones del ferrocarril del Oeste y los de las fábricas de fideos y papel, quienes exigieron, también mediante el uso de la huelga, un aumento en sus insuficientes sueldos. El día siete, como colofón a este proceso reivindicativo iniciado el uno de mayo, diez y ocho jornaleros de la estación del surgidero de Batabanó reclamaron –con éxito– un aumento en sus cobros. Pese a la breve duración de los conflictos, puede observarse con claridad que, durante esta etapa organización anarquista en torno al Círculo de Trabajadores, el movimiento obrero de Cuba fue madurando hasta el punto de convertirse, tal y como expresa Manuel Moreno Fragnals (2001), en el más desarrollado y de mayor conciencia de clase de toda América Latina.

Semejante progreso se vio, sin embargo, rápidamente obstaculizado por la llegada de Camilo García Polavieja a la Capitanía General en diciembre de 1890. De corte más autoritario que su predecesor –el Capitán Salamanca– el nuevo dirigente de la colonia desarrolló una política represiva destinada a mermar el poder del movimiento obrero. El asesinato del presumiblemente español Méndez Areces, un sindicalista reformista, supuso el inicio de una férrea persecución contra los anarquistas del Círculo de Trabajadores, a quienes las autoridades identificaban como únicos beneficiados de dicha desaparición. Once obreros pertenecientes a la organización fueron acusados y detenidos, lo que supuso un duro revés para el obrerismo. Este golpe frontal se intensificó aún más con la inmediata suspensión decretada contra varias de las publicaciones obreras de la región, entre ellas la más importante: *El Productor*²⁸⁶. Este hostigamiento provocó un

²⁸³ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 4888-1.

²⁸⁴ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 4888-1.

²⁸⁵ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 4888-1.

²⁸⁶ Tras el cierre de *El Productor* de La Habana, el periódico anarquista continuó con su producción en otras ciudades como Guanabacoa (1891-1892) o Regla (1893), aunque su existencia estuvo sujeta a continuas censuras y suspensiones.

incremento del radicalismo antiestatal en el seno de una acracia insular que comenzaba a plantearse cualquier tipo de alianza enfocada a terminar con el régimen colonial que imperaba en Cuba, incluyendo entre estas un pacto temporal con el independentismo, aunque esta seguía siendo, a mediados de 1890, una postura minoritaria.

Paralelamente a esta radicalización derivada del estado de *pseudo-libertad de prensa* impuesta por el gobierno de la colonia se produjo un éxodo masivo de tabaqueros rumbo a Estados Unidos a consecuencia de la crisis económica que azotó la Isla en 1890. Esta oleada migratoria generó un giro de los planteamientos hasta cierto punto ortodoxos sostenidos por el anarquismo antillano. En su periplo, los emigrados entraron en contacto con otras tendencias ideológicas que predominaban entre la numerosa comunidad cubana que, desde hacía años, se encontraba afincada en *La República Modelo*. Por encima del resto destacaban las ideas independentistas de José Martí, quien había dado un viraje obrerista a su inicial mensaje burgués con el objetivo de atraer la mayor cantidad de apoyos a su proyecto emancipador. Muchos de los más destacados dirigentes del socialismo revolucionario cubano, entre quienes se contaban personalidades del peso de Enrique Creci o Enrique Messonier, quedaron absortos ante las promesas de revolución social lanzadas por *El Apóstol de la Independencia Cubana*, y fue precisamente en este contexto donde la represión desatada a raíz del Primero de Mayo facilitó la asimilación del espíritu independentista al programa ácrata. Los anarquistas comprendieron que, tanto los separatistas como ellos mismos, debían terminar primeramente con la dominación española como paso previo a la consecución de sus objetivos y que, por tanto, una fragmentación de los *opositores a la Corona* solo conduciría al fortalecimiento del sistema imperialista que ambos pretendían derribar. Este cambio de tendencia generado en el exilio se trasladó a la Isla gracias a la labor divulgativa de *El Productor*, quien, antes de su cierre, reprodujo en sus páginas artículos de los principales periódicos ácratas publicados por sus compatriotas en Estados Unidos.

En medio de este clima desfavorable, la masa proletaria, harta de un hostigamiento que se había intensificado tras las elecciones de febrero de 1891 con la llegada al poder de los conservadores canovistas, decidió dar un paso más en su desarrollo revolucionario y celebrar un nuevo congreso obrero que diese forma a un sistema organizativo más adaptado al cambio ideológico-táctico que se estaba produciendo en el seno del proletariado insular. Así, en medio del clima de semiclandestinidad y secretismo que envolvía toda actividad obrera, durante los actos del Primero de Mayo de 1891, un grupo de obreristas acordaba la celebración de un Congreso Obrero que tendría lugar a principios del año venidero y en donde se trataría la cuestión del nuevo rumbo que el movimiento laborista parecía estar tomado a consecuencia del carácter represivo adoptado por las autoridades coloniales. Con una prensa obrera herida de muerte por la censura a la que se veía sujeta, los obreros decidieron optar por otra vía de difusión que incentivase la participación del mayor número posible de obreros y, de este modo, “los dirigentes del Círculo realizaron giras por el Occidente cubano” (Casanovas, 2000: 253). Según nos relata José Alonso Aladro, testigo presencial del nuevo Congreso Obrero Cubano, en su novela autobiográfica *Joselín* (1926) el éxito de estas comisiones de propaganda fue rotundo y en las diferentes provincias de Cuba “todos los locales obreros se veían concurridísimos” a su llegada. Este trabajo propagandístico se vio recompensado por el azar ya que, a principios de 1892, fecha propuesta por los líderes obreros para la celebración del congreso, Camilo García Polavieja fue cesado como Capitán General. Aprovechando la relativa calma que supuso este cese para el desarrollo de cualquier actividad asociativo-reivindicativa, se convocó la celebración del Congreso Regional Cubano, el cual tendría lugar el día 15 de enero de 1892.

Llegado el día, en el local del Centro Gallego, se reunieron “más de mil delegados de distintos sectores laborales y de diversas poblaciones cubanas” (Tellería, 1973: 34) para tratar temas tan radicales para la época como la jornada de ocho horas, el derecho a la huelga, la necesidad de crear una organización proletaria centralizada y unitaria o la igualdad racial. Todo ello con un trasfondo de exaltación de los principios del socialismo revolucionario como eje ideológico sobre el que debería girar el movimiento obrero. Esta asamblea, organizada por la Junta Central de Artesanos del Círculo de Trabajadores de La Habana, recibió el nombre de Congreso Regional Obrero de Cuba y una vez nombrada la directiva, bajo la presidencia del anarquista asturiano Maximino Fernández y la secretaría del Enrique Creci, Manuel Álvarez, Enrique Suárez, Álvarez y Quintana, dieron comienzo una serie de sesiones que se alargarían hasta el día 19. El primer tema a tratar, titulado *¿conviene o no la disminución de las horas de trabajo a ocho?, y qué medios se han de emplear para realizar la idea?*, requirió la intervención de al menos 18 delegados hasta quedar aprobada la demanda de la jornada de ocho horas por parte de los gremios y la utilización de la huelga como medio para alcanzarla.

Entre los días 17 y 18, el debate se centró en deliberar *¿qué clase de organización conviene a la clase trabajadora?* En torno a esta cuestión, los anarquistas, con Eduardo González, Sandalio Romaelle, Maximino Fernández y Enrique Creci a la cabeza, comenzaron a hacerse notar gracias al pronunciamiento de discursos altisonantes y de carácter ultrarrevolucionario que marcarían el devenir del Congreso pese a los esfuerzos de los demás libertarios por evitar que la condición política de cada individuo perturbase la unidad de los trabajadores. De la discusión de este punto se aprobó como forma de organización obrera, a propuesta del sector anarquista, la creación de la Federación de Trabajadores de Cuba de forma:

1. Que en cada población de la Isla se forme una sociedad de carácter general y que esta sociedad se divida en secciones por oficios o profesiones.
2. Que cada sección tenga libertad de acción, o lo que es lo mismo, disfrute de autonomía dentro de la sociedad.
3. Que estas sociedades pacten entre sí para todas aquellas cuestiones de carácter general, formando así la Federación de Trabajadores de Cuba (Tellería, 1973: 43).

Al margen de este acuerdo, que retomaba nuevamente la propuesta de un modelo asociacionista de corte puramente bakuninista, los debates del 17 y 18 de enero evidenciaron la verdadera fuerza que los anarquistas tenían dentro del movimiento obrero. En los distintos momentos del debate, nunca hubo una crítica que pudiese en entredicho al anarquismo como base ideológica del obrerismo cubano. Si bien es cierto que se habló de la existencia de “muchos trabajadores que discrepen [del anarquismo] en el terreno de los principios”, inmediatamente se señalaba que “no debe ser así en el terreno económico”. Sin embargo, algunos de los anarquistas más *flexibles* hicieron hincapié en el hecho de que este no era “un Congreso de Anarquistas, sino de trabajadores” y que, por tanto, no debía “hacerse profesión de fe” (Tellería, 1973: 41). Aun así, pese a la cautela propuesta por estos sectores, el resultado del debate apunta a una mayoría de correligionarios del socialismo libertario entre los delegados presentes en la asamblea.

Tras tres días de sesiones y la aprobación de dos puntos relevantes para el futuro organizativo del movimiento obrero, llegó la sesión en la que los libertarios demostraron su verdadero predominio: “¿Qué otros fines, a más de los acordados, deben perseguir los obreros?”, en donde, tras una apologética intervención de Eduardo González Boves en pro del socialismo libertario, se ratificó una moción que planteaba:

1. El Congreso reconoce que la clase trabajadora no se emancipará hasta tanto no abrace las ideas del socialismo revolucionario y por lo tanto, aconseja a los trabajadores de Cuba el estudio de dichas ideas para que, analizándolas, puedan apreciar, como aprecia el Congreso, las inmensas ventajas que estas ideas proporcionan a toda la humanidad al ser implantadas.
2. Que si bien hace la anterior afirmación en su sentido absoluto, también declara que la introducción de estas ideas en la masa trabajadora de Cuba, no viene, no puede venir a ser un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo aunque la libertad a que ese pueblo aspira sea a esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo (Tellería, 1973: 45).

Este último acuerdo sobrepasó los límites de actuación que la administración colonial estaba dispuesta a otorgar al movimiento obrero y, en consecuencia, decretó la suspensión inmediata de las sesiones asamblearias, bajo pretexto de que los delegados estaban intentando “llevar a ejecución procedimientos de socialismo revolucionario mediante actos que revisten caracteres de delitos contra el orden social y político existente” (Tellería, 1973: 45). Sin embargo, si nos centramos en los demás puntos tratados y aprobados hasta entonces por los miembros del Congreso, cabe preguntarse por qué el gobierno no actuó en las anteriores sesiones en las que los dogmas ácratas tuvieron un indiscutible predominio tanto en las formas como en los resultados. De esto solo puede derivar una única conclusión: la frase que cerraba el segundo punto del último debate –“sería absurdo que el hombre que aspira a la libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspira sea a esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo”- atentaba contra la integridad de la Corona española en un momento en que el imperio se aferraba con fuerza a sus últimas posesiones.

Hasta el momento en que se emite esta resolución, los anarquistas de Cuba habían sido considerados como una *amenaza menor* dentro de aquellos grupos disidentes al régimen colonial debido a que su discurso, contrario a cualquier sentimiento de tipo nacionalista, jugaba a favor del gobierno al mantener a la mayoría de los trabajadores, bajo la ortodoxia libertaria, relativamente alejados de los círculos independentistas. El giro discursivo dado por el Congreso Regional Cubano, destinado en esencia a incrementar la cohesión de toda la masa trabajadora bajo un ideal común, convirtió a los ácratas en un objetivo prioritario para las fuerzas de represión del Estado. La dura persecución desatada tras el 19 de enero se tradujo, contrariamente a los deseos del aparato gubernamental, en un aumento del radicalismo independentista de una parte de los hostigados libertarios que los llevaría, en muchos casos a pronunciarse a favor, e incluso participar activamente, en la Guerra de la Independencia de 1895.

Debemos considerarnos ligados a todos los oprimidos de la tierra, nuestra simpatía estará con todo paso de avance hacia la libertad: con lo absoluto estará nuestra acción, con lo relativo nuestro deseo y jamás la oposición (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985: 92).

Esta frase, extraída del manifiesto resultante del Congreso Obrero de 1892 resume a la perfección el giro ideológico experimentado por el anarquismo cubano a partir de la celebración de esa reunión. Los libertarios, fieles a sus dogmas originales, no perseguían como fin último la proclamación de un sistema republicano –modelo al que consideraban como otro medio más de explotación de la clase obrera- pero vislumbraban su puesta en funcionamiento como un paso previo en la emancipación socioeconómica del proletariado. Bajo su criterio, la creación de una república cubana en cuya instauración

hubieran colaborado la masa trabajadora otorgaría a esta una mayor capacidad de organización y lucha dentro del marco de la legalidad, lo que en la práctica era más de lo que cabría esperar de la política ultrarrepresiva de la administración española. Consciente o inconscientemente incapaz de calcular las consecuencias sociopolíticas de sus acciones, el gobierno español, en lugar de realizar movimientos conciliadores destinados a procurar un acercamiento con el movimiento obrero, desató una dura oleada represiva que se materializó en los siguientes meses con la “multa y clausura de *El Productor*, la prohibición de reuniones obreras y la intervención del Círculo de Trabajadores y la Junta Central de Artesanos” (Fernández, 2000: 37). Lejos de conseguir paliar la semilla independentismo que germinaba entre el proletariado insular, la mano de hierro con la que el gobierno colonial actuó contra los trabajadores los reafirmó en la idea de que, para lograr la liberación de los trabajadores del yugo de la explotación, primeramente habría que liberar a Cuba de la opresión española.

Este no fue, sin embargo, el único error de cálculo cometido por la administración española. La apresurada y obligada clausura del Congreso Regional Cubano, al margen de la citada incidencia que tuvo en la proliferación del independentismo entre el proletariado, no significó el fin –tan siquiera un aminoramiento notable– de las acciones reivindicativas del movimiento obrero cubano y, particularmente, de su ala anarquista. Un ejemplo del mantenimiento de esta actividad nos lo ofrecen la celebración del Primero de Mayo de 1892 y los acuerdos tomados por los obreros ese mismo día. Poco antes de esa fecha “los gremios de carpinteros, albañiles, pintores y de canteras, reunidos en junta general en el Círculo de Trabajadores, acordaron celebrar el Día Internacional de los Trabajadores” (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, 1985: 84) y exigir, como reivindicación central de la manifestación, la reducción de la jornada a ocho horas. Tras esto, se acordó que las celebraciones de este día tuviesen lugar en la sociedad de El Pilar y en los teatros Jorrín e Irijoa, dado que el gobernador de la región occidental, Francisco Cassá, había prohibido cualquier manifestación en la vía pública. El del Teatro Irijoa, donde participaron algunos de los miembros más destacados del Congreso Obrero, fue el acto más importante y multitudinario de cuantos tuvieron lugar aquel 1 de mayo. En él se tomaron dos acuerdos que, en la práctica, supondrían el eje central sobre el que girarían las movilizaciones obreras de Cuba hasta la *ruptura de la normalidad* que produjo el estallido de la guerra: la lucha por la jornada de ocho horas y la creación de comisiones de obreros destinadas a propagar los ideales obreristas por el interior de la Isla. Precisamente, del cumplimiento de este último acuerdo nos deja constancia el anarquista catalán Pedro Esteve al hablarnos de su estancia en Cuba:

No obstante, [pese a las trabas gubernamentales] nosotros proseguimos nuestra labor con asiduidad, y el ideal anarquista atraía otra vez en torno á nuestro Círculo al elemento genuinamente trabajador. Celebramos diversos meetings en los varios barrios de la Habana, y en Guanabacoa y en Santiago de las Vegas; fuimos invitados, asistimos y sostuvimos nuestros principios en distintas escuelas populares, ya con motivo de la inauguración de cursos, bien por la repartición de premios; ofrecimos y dimos nuestro franco y leal apoyo á la maltratada raza de color, perorando también en alguna de sus corporaciones; abrimos un curso de sociología popular en el Círculo de Trabajadores... En fin, que llegamos á dar una conferencia sobre la Anarquía en la galera de una tabaquería –la de La Rosa de Santiago– en tanto se estaba trabajando (Esteve, 1900: 75).

Esta labor de difusión de los principios del obrerismo libertario, fue ganando nuevos adeptos entre los habitantes de las zonas próximas a la capital, de la que las comisiones de obreros iban alejándose lentamente para incrementar paulatinamente su radio de

acción. Sin embargo, los impedimentos legales, que las obligaban a trabajar en condiciones de semiclandestinidad, y el rápido estallido de la guerra hicieron que la repercusión de estas *caravanas propagandísticas*, pese a su relevancia, no tuvieran una importancia trascendental en el desarrollo del movimiento obrero cubano.

El otro acuerdo alcanzado el Primero de Mayo de 1892 en el Teatro Irijoa, si tuvo, sin embargo, una mayor relevancia en el proceso de reconfiguración ideológico-estructural del movimiento obrero iniciado tras la celebración del Congreso Regional. La reivindicación de la jornada de ocho horas originó que, nada más terminados los actos del Día de los Trabajadores, los gremios de albañiles, carpinteros, pintores, carteros, hojalateros y mecánicos fuesen declarándose paulatinamente en huelga. Estos primeros colectivos sediciosos, recibieron un fuerte apoyo por parte de los demás gremios de la capital, los cuales crearon comités de apoyo encargados de recoger dinero con el que auxiliar a los trabajadores en huelga y a sus familiares. Además, estos gremios *cómplices* de los huelguistas celebraron una junta en la sociedad Bella Unión, en la que tomaron la determinación de declarar una huelga general si las circunstancias así lo exigían. La amenaza de los grupos obreros provocó una nueva reacción represiva por parte de las autoridades españolas de La Habana, quienes decidieron clausurar la Junta Central de Artesanos y los gremios en huelga; así como prohibir las reuniones en el Círculo de Trabajadores y “la entrada [en sus salones] a todo individuo que no sea o profesor de las escuelas en él establecidas o alumno de las mismas”²⁸⁷.

Tras las diferentes clausuras orquestadas por la administración colonial, el periódico *El Trabajo*, que se había convertido desde mediados del año anterior en el *Órgano Oficial de la Junta Central de Trabajadores de la Región Cubana*, lanzó un suplemento titulado “Al Público” quejándose de la suspensión de todas las garantías constitucionales proclamada por el gobernador en los siguientes términos:

La constitución del Estado, las leyes de Asociación y de Reuniones públicas, todo ha sido para nuestra primera autoridad un mito, por cuanto no ha concedido, a título de parque sí, las reuniones que con arreglo a la ley se han solicitado. No parece más que el estado de sitio se ha declarado y por tanto suspendidas todas las garantías constitucionales.

Se pretende que no nos reunamos, para impedir que nos pongamos de acuerdo en lo que concierne a nuestros intereses, y esto es una infracción de la ley, es atentar a los derechos del ciudadano, es pisotear las leyes, es ponerse incondicionalmente, aunque de una manera indirecta, del lado de nuestros explotadores, cuando debiera permanecer neutral en la contienda.

Primero suspende, porque no están asociados, la junta de barrenderos como si la ley de reuniones fuera una figura puramente decorativa, y en estos días, al ser solicitado el teatro de Irijoa, para celebrar una reunión general, contesta que no lo alquila ni concede ninguna reunión a los trabajadores y que primero quema La Habana que concederles las ocho horas. Y hace su promesa buena no concediendo más tarde las reuniones solicitadas por las secciones de albañiles y pintores y carpinteros, pretestando para ello que pretendían coaligarse.

Así, interpretando a su manera la ley y lo previsto en el Código Penal, nos arrebató el Sr. Gobernador cuanto las leyes nos conceden, colocándonos en una situación sumamente tirante.²⁸⁸

Según la publicación ácrata la censura decretada por el gobernador era un abuso contra los trabajadores y atentaba contra sus derechos constitucionales. El carácter directo y

²⁸⁷ *El Trabajo (Suplemento)*. La Habana, 11 de mayo de 1892.

²⁸⁸ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 2. Legajo 155.

agresivo del texto, publicado a fecha 10 de mayo, no fue obviado por las autoridades españolas, las cuales se apresuraron a secuestrar el suplemento y a abrir una causa a los autores, aduciendo para ello injurias y provocación a la sedición. El encausamiento de los responsables llevó ante el juez a 173 personas, dado que, al final del suplemento, se publicaba una lista con todos los trabajadores que habían participado en la creación del referido pasquín. De esta manera, muchos de los activistas más destacados acabaron frente al juez. Otros, huidos como fue el caso de Enrique Creci, fueron puestos en busca y captura, viéndose forzados, en algunos casos, a un exilio estadounidense en el que fueron felizmente acogidos por los independentistas del recién fundado Partido Revolucionario Cubano (PRC)²⁸⁹.

Las medidas coercitivas dictadas contra cualquier tipo de reunión o manifestación obrera no fueron, sin embargo, óbice para la actividad reivindicativa de los trabajadores cubanos. Durante los meses posteriores a la suspensión de las libertades constitucionales se produjeron numerosos paros productivos, que tuvieron como centro neurálgico las ciudades de La Habana y Cienfuegos. En febrero de 1893, los obreros de La Habana decidieron llenar el vacío generado por el cierre de la Junta Central de Artesanos y el Círculo de Trabajadores de La Habana y solicitaron a las autoridades el permiso para fundar la Sociedad General de Trabajadores, creada finalmente en una reunión celebrada el 23 de abril de 1893²⁹⁰. En el acto fundacional participaron algunas de las personalidades más influyentes –obviamente de entre los no exiliados– del obrerismo insular, quienes hicieron un alegato contra las injusticias a las que estaba siendo sometida la clase trabajadora y el grado de inmoralidad que habían alcanzado los explotadores al amparo del gobierno. Sin embargo, el obstinado empeño de los líderes obreros por mantener vivo el espíritu luchador del movimiento obrero no pudo hacer frente a la ola migratoria que resultó de la crisis económica producida por la aprobación en el Congreso de los Estados Unidos de los aranceles impuestos a las importaciones (McKinley Tariff). Esto sumió en una grave recesión a las dos principales industrias cubanas, el azúcar y el tabaco, y provocó la salida de miles de operarios, los de los sectores más combativos, hacia las zonas productoras de la *República Modelo*. Allí, se unirían a los independentistas. Un ejemplo de la numerosa adhesión de los trabajadores a la causa del independentismo, minoritaria entre estos pocos años atrás, fue fracaso del plan urdido por el Capitán General interino José Arderius en julio de 1893. La idea de Arderius era debilitar el movimiento separatista facilitando, para ellos, la vuelta a Cuba de todos aquellos obreros que se encontraran sin empleo. El naufragio de esta confabulación fue mayúsculo, pues apenas llegaron al millar las personas que acudieron a este reclamo, según recogió *La Discusión*²⁹¹.

El movimiento obrero del interior de Cuba, pese a todas estas dificultades, se mantuvo vivo, como tal, hasta comenzado el conflicto. Prueba de ello es que el Primero de Mayo de 1895 existieron intentos, auspiciados por la Sociedad General de Trabajadores, de celebrar actos similares a los de años anteriores pese a encontrarse sumidos en una proceso bélico del que cientos de trabajadores fueron parte activa. Precisamente, la

²⁸⁹ Además de por la dura represión, la crisis económica que derivó del arancel McKinley provocó la salida de miles de trabajadores rumbo a Estados Unidos, donde se unieron masivamente a las filas del PRC de José Martí. Bajo el amparo que otorgaban las libertades recogidas en la constitución estadounidense, muchos de estos obreros, comprometidos en gran medida con los planteamientos ideológico-tácticos del anarquismo, fundaron diferentes clubes obreros destinados a la organización del proletariado y a la inclusión de este en el seno del gran movimiento independentista que se gestaba en el exilio.

²⁹⁰ Acerca de la fundación de la Sociedad General de Trabajadores véase *La Discusión*. 24 de abril de 1893.

²⁹¹ *La Discusión*. La Habana, 10 de agosto de 1893.

participación de estos obreros en la Guerra de Independencia generó un debate dentro del anarquismo internacional que giró en torno a la postura que debían de tomar conforme a la lucha separatista los partidarios de una ideología tan comprometidamente antinacionalista y antibelicista como lo era el anarquismo. Para la acracia cubana, el estallido de la guerra supuso un dilema interno que terminaría por romper totalmente con la postura de neutralidad político-nacionalista de la que los libertarios habían hecho gala en sus primeros años de existencia. Es cierto que la actuación represiva del gobierno español había decantado la balanza del lado del independentismo, pero esta apuesta no era tan fácil de autojustificar sin entrar en contradicciones con los postulados del socialismo revolucionario primigenio. Se necesitaban unos argumentos firmes que acreditaran el respaldo de los ácratas cubanos ante los correligionarios más ortodoxos de dentro y de fuera de las fronteras de la Isla. Esta especie de autoexculpación giró en torno a un discurso directo que “centraba sus esfuerzos en mostrar cómo un sistema republicano similar al que se daba en muchas otras naciones, presentaba un menor índice de represión, una mayor libertad de reunión y asociación y, lo que era más importante, garantizaba la apertura de sindicatos y organizaciones obreras sin las limitaciones que imponía el sistema colonial español” (Colodrón, 2015b: 135). Para acrecentar el peso y la credibilidad de esta argumentación, uno de los métodos más utilizados por los partidarios de la participación obrera en la guerra fue la comparación de sus postulados con los que un personaje de la importancia de Mijail Bakunin sostuvo en 1847 desde Francia al realizar diferentes actividades a favor de la liberación polaca del yugo ruso, contexto que se asemejaba en gran medida a la que estaba teniendo lugar en Cuba.

Este posicionamiento beligerante, defendido por casi la totalidad del anarquismo cubano, obtuvo un importante número de apoyos internacionales, principalmente provenientes de Europa. En Francia se volcaron de manera masiva con la causa emancipadora gracias a la creación en 1895 del Comité Francés de Cuba Libre, dirigido por el simpatizante libertario Ramón Emeterio Betances. Esta institución gozó de una gran influencia dentro del mundo anarquista, dado que contó entre sus filas con teóricos de la talla de Elisée Reclus, Jean Grave o Charles Malato, quienes se dedicaban a fomentar, dentro de la España peninsular, huelgas y manifestaciones contra el dominio español en Cuba. Italia también aportó a la causa pro-belicista un ácrata de prestigio internacional como era el napolitano Orestes Ferrara, a quien el dilema de la guerra, en un principio, había “desatado una terrible rebelión espiritual” (Ferrara, 1975: 25). No obstante, tras un periodo de reflexión, asumió la contienda como parte del proceso revolucionario, lanzándose incluso a participar de manera activa en una guerra de independencia en la que terminaría siendo coronel del bando mambí.

En la Península Ibérica la tendencia general también fue favorable a la liberación de Cuba. El semanario coruñés *El Corsario*, voz autorizada del anarquismo español por alta incidencia del movimiento en esta capital gallega, manifestó desde un principio que “si Cuba quiere emanciparse de la tutela de los españoles, obra razonadamente”²⁹². En contraposición a este *acertado proceder*, el periódico gallego reprochaba la actuación de aquellos obreros autodefinidos como buenos patriotas ya que morían por proteger los privilegios del clero, la política imperialista y el capitalismo, es decir, luchaban por unos fines que, como miembros de la clase obrera, les eran totalmente ajenos. Muy posiblemente, los argumentos esgrimidos por *El Corsario* vinieron marcados por la enorme influencia que el anarquismo catalán poseía dentro de la acracia española. Los libertarios de esta región peninsular se identificaron desde el principio con la lucha de los

²⁹² *El Corsario*. A Coruña, 14 de marzo de 1895.

separatistas cubanos debido, principalmente, a dos motivos. Por un lado, el movimiento independentista de Cataluña ya tenía a finales del siglo XIX una importante presencia dentro del grueso la sociedad catalana y veían en las pretensiones mambises un reflejo de sus propias aspiraciones soberanistas. Por otro lado, la llegada de Valeriano Weyler a la Capitanía General de Cuba en enero de 1896 contribuyó a una total demonización del bando español a ojos de unos anarquistas catalanes que vieron cómo, años atrás, este militar mallorquín capitaneó la dura represión acometida contra los libertarios barceloneses por parte de la llamada *Ronda Especial*²⁹³.

Pese a estos importantes apoyos, no fueron favorables, sin embargo, todas las voces de la comunidad anarquista internacional que se pronunciaron respecto de la participación de los ácratas cubanos en la guerra nacionalista. La postura de rechazo fue defendida, curiosamente, desde los Estados Unidos por “un sector más vinculado a los anarquistas europeos, entre ellos los españoles, que se convirtió en detractor de la independencia si detrás de ella se escondía únicamente una intención patriótica” (Sánchez Cobos, 2008: 121). Los grupos organizados en torno a la ciudad de Nueva York fueron los principales opositores a la intervención militar del proletariado y utilizaban las páginas de *El Despertar*, periódico anarquista de gran tirada en lengua española, para calmar los ánimos de las masas y recordar que la lucha nacionalista separaba a los obreros de sus objetivos y que la instauración de una república no era más que un tipo diferente de explotación y dominación por parte de unos sublevados burgueses que ambicionaban ser la nueva clase dominante:

Nuestra misión es más trascendental. La lucha es de intereses, y debemos aprestarnos á defender los nuestros, que son diametralmente opuestos á los del tirano español y á los de los que pretendan implantar en Cuba otra dominación. No debemos servir ni á los unos ni á los otros, y sí á nosotros mismos. Lo importante es no dejarnos robar ni por los españoles, ni por los cubanos, ni por nadie. Debemos acabar de una vez y para siempre jamás con la tiranía y la explotación. ¿Cómo? Destruyendo los privilegios, aboliendo las clases. Trabajadores que estáis arma al brazo en la manigua: no es sólo el gobierno de España vuestro enemigo, lo es también el hacendado. En tanto respetéis á el y á sus intereses cobijareis al mayor enemigo vuestro. El hacendado es por necesidad contrario a toda acción revolucionaria²⁹⁴.

En su argumentación en contra de la participación obrera en la guerra, *El Despertar* establecía una consciente y, en cierta medida velada, relación entre el bando sublevado y la burguesía cubana. Para hablar de aquellos individuos alzados en armas contra la dominación española, el periódico neoyorkino no hacía uso de términos como *rebelde*, *insurrectos* o *independentistas*, sino que se refería a ellos como *hacendados*, creando con ello una suerte de alegoría terminológica que identificaba la intervención en la guerra con la defensa de los intereses de los enemigos de clase del proletariado. Pero el semanario fue un paso más allá y, asumiendo la guerra como algo irreversible, instó a los trabajadores del frente a convertir la guerra en un instrumento de revolución social proletaria:

²⁹³ La llamada Ronda Especial fue una brigada creada a instancias del Capitán General de Cataluña, Valeriano Weyler, y del Gobernador Civil de Barcelona, Ramón Larroca, con el único fin de perseguir a los anarquistas barceloneses tras el atentado acaecido en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona. Para más información acerca de la Ronda Especial y del proceso seguido contra los anarquistas catalanes tras este acontecimiento (Proceso de Montjuich) véase Gutiérrez Molina (2008).

²⁹⁴ *El Despertar*. New York, 10 de marzo de 1895.

Trabajadores que os han puesto una arma en la mano para sostener la tiranía y la explotación, volvedla contra vuestros jefes. No seáis instrumento de los malvados, verdugos de vuestros hermanos. Sed tiranicidas, no fratricidas. Alojad á los pobres en las moradas de los ricos, dejad que se posesionen de los víveres y de las ropas almacenados. Manumitid, no esclavicéis²⁹⁵.

Al margen de estas posturas enfrentadas de apoyo y repulsa a la guerra, existió una tercera propuesta a medio camino entre ambas. Esta vía, defensora de la relativa neutralidad del proletariado en los conflictos nacionalistas, tuvo una enorme importancia a nivel cualitativo, aunque no en lo cuantitativo, al contar entre sus filas con dos pesos pesados del anarquismo internacional: Piotr Kropotkin y Emma Goldman. El teórico ruso se mostró escéptico desde un primer momento ante una lucha que parecía defender los intereses de una nueva clase dominante y que utilizaba a los trabajadores para los mismos fines que el opresor colonial, pero, al mismo tiempo, era partidario del derecho de autodeterminación de los pueblos, por lo que abogaba por una estrategia cautelosa. Goldman a su vez, fiel a su pacifismo tolstiano, definía la guerra como monstruo insaciable y al patriotismo como “una superstición artificialmente creada y mantenida a través de una red de mentiras y falsedades” (Goldman, 1995: 198). La postura de la libertaria polaca era más próxima a un rechazo frontal contra la guerra debido a sus muchos años de activismo anarquista en Nueva York, donde se convirtió en uno de los referentes internacionales del movimiento. Sin embargo, Goldman prefirió optar por una posición más prudente y animó, fiel a su espíritu anti-prohibicionista, a que cada cual tomase el camino que creyese oportuno, siempre con la meta de la liberación obrera como objetivo primordial.

Más allá del debate generado a nivel global, la participación de los trabajadores en la guerra de Cuba fue mayoritaria. Unos lo hicieron de manera directa, pasando a engrosar las filas del *Ejército Libertador* y, otros, mediante la colocación de artefactos explosivos en lugares clave que, si bien fueron en muchos casos enmascarados por la maquinaria propagandística española como meros accidentes, quedaron reflejados por la prensa clandestina como ataques premeditados de trabajadores insurrectos²⁹⁶. El modus operandi de estos *pequeños atentados* nos hacen pensar en la presencia de una mano anarquista, ya que, en la práctica totalidad de los casos, estas acciones cumplían con todas las particularidades que caracterizan a la praxis libertaria de *la propaganda por el hecho*, tan extendida a la altura de 1896 (Avilés, 2013). Lejos de la pólvora, los libertarios cubanos también colaboraron con la insurrección mediante una poderosa arma de guerra que debilitaba al enemigo imperialista: La propaganda. En 1895 se creó en La Habana un grupo anarquista, denominado *Humanidad*, cuyo propósito era “extender la propaganda anarquista por medio de folletos, periódicos, etc, para lo cual facilitarán gratis al que no pueda contribuir con dos centavos por ejemplar, *la Idea Libre* de Madrid, *El Despertar*, de Nueva York, *El Esclavo* de Tampa y *El Corsario* de La Coruña”²⁹⁷. Este grupo cumplía la tarea de difundir las ideas del anarquismo en la Isla haciendo uso de las redes transnacionales que la prensa ácrata del siglo XIX tenía tendidas a lo largo y ancho del globo, y sobre las que volveremos a hablar con mayor detenimiento en el siguiente capítulo. Pese a que el anarquismo español era el sostén ideológico de este colectivo, *Humanidad* apostó por la pluralidad programática y, lejos de intentar manipular la opinión popular a favor de la participación obrera en la guerra, suministró pasquines de

²⁹⁵ *El Despertar*. New York, 10 de marzo de 1895.

²⁹⁶ Véase *El Despertar* entre 1896 y 1897.

²⁹⁷ *El Corsario*. A Coruña, 10 de marzo de 1895.

pareceres tan dispares al respecto como lo eran *El Despertar* y *El Corsario*. La actividad de *Humanidad*, de la que *El Corsario* realizó un seguimiento minucioso desde principios de 1895, decayó paulatinamente a medida que el conflicto avanzaba debido a la falta de recursos, por un lado, y, por otro, al duro hostigamiento al que Valeriano Weyler sometió a los anarquistas cubanos desde su llegada.

Esta decadencia en el activismo de este grupo de acción fue una especie de metáfora del desarrollo del movimiento obrero una vez iniciada la guerra. Existió en un primer momento el fuerte propósito de mantener con una viveza imperturbable las acciones obreras, ejemplo de esto fue la celebración del Primero de Mayo de 1895 a la que hicimos referencia. Sin embargo, como pasara décadas atrás con la Guerra de los Diez Años, el conflicto bélico absorbió todas, o casi todas, las acciones colectivas de carácter social-reivindicativo y alteró la normalidad laboral y económica del país haciendo que la vida cotidiana de Cuba girase, lógicamente, en torno a la guerra. Esto supuso un paréntesis para el movimiento obrero cubano en general y para el anarquismo en particular, el cual se lanzó masivamente a la guerra como primer paso de su proceso revolucionario. Sin embargo, tras la victoria del bando independentista, los libertarios no verían satisfechas sus aspiraciones con la instauración de un nuevo sistema político en la Isla. Sus peores temores se hicieron realidad: la nueva república solo supuso un trasvase de poder hacia una nueva élite socioeconómica y los obreros siguieron reprimidos y explotados bajo la nueva tutela republicana, incluso después de finalizada la intervención estadounidense. Por tanto, esa especie de *anarconacionalismo* (Colodrón: 2015b) que surgió entorno a la idea de establecer la República Cubana como primer paso de la emancipación proletaria, solo sirvió para paralizar el movimiento libertario y debilitarlo, ya que muchos de sus más capaces integrantes murieron o tuvieron que emigrar. Tras la guerra, el anarquismo cubano se reestructuraría y volvería a convertirse en la vanguardia del obrerismo insular, al menos durante las tres primeras décadas del siglo XX, periodo que escapa del marco cronológico de esta investigación. esa ya es otra historia que va más allá de las pretensiones de este trabajo. Nosotros, llegados a este punto, volveremos la vista atrás e intentaremos analizar si esta corriente cubana anarquista que, en cierta manera, moría con el Grito de Baire, fue un movimiento independiente y propio de los cubanos o si, paradójicamente, fue una *colonización ideológico-programática* del anarquismo español.



5. LIBERTARIOS CUBANOS: ¿INDEPENDIENTES O INFLUIDOS?





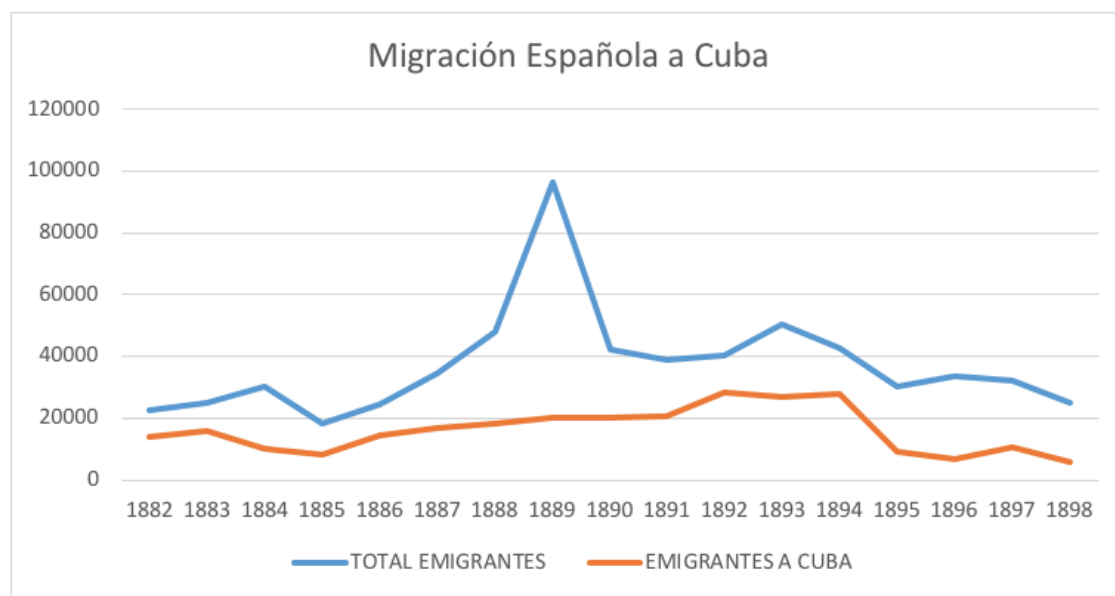
A lo largo de las páginas anteriores hemos venido señalando que, tanto el movimiento libertario español como los ácratas peninsulares, de una manera u otra, parecían ser siempre el telón de fondo, como una continua y alargada sombra, sobre el amanecer del anarquismo en Cuba. Son muchos los estudios realizados acerca del movimiento obrero cubano en los que se da por hecho que los inmigrantes españoles fueron quienes introdujeron y desarrollaron los planteamientos libertarios en la Mayor de las Antillas, pero en casi ninguno de ellos hay una reflexión sobre el grado de veracidad de estas afirmaciones. El fuerte peso de la corriente anarquista en el seno del obrerismo español y la masiva llegada de trabajadores peninsulares, principalmente a partir de la década de 1870, parecen ser argumentos más que suficientes para sostener que, la *libertarización* del movimiento obrero cubano fue un proceso llevado a cabo por los españoles de una manera similar al que habían estado desarrollando en la Península antes de su partida. En otras palabras, según este planteamiento, el surgimiento del anarquismo en Cuba sería poco menos que una suerte de recolonización que, en lugar de ser ejecutada por unas elites autoproclamadas portadoras del progreso y la civilización, fue consumado por miembros de la clase trabajadora que decían actuar en nombre de la justicia, la igualdad y la moral. La asimilación del surgimiento del anarquismo en Cuba como un proceso capitaneado por un grupo de inmigrantes concienciado con las nuevas prácticas obreristas que se estaban imponiendo el movimiento obrero internacional puede no estar del todo equivocada, pero resulta a todas luces un planteamiento simplista que requiere de una revisión que la producción historiográfica no ha sabido o no ha querido acometer con la suficiente minuciosidad.

Llegados a este punto, no podemos obviar algunos aspectos determinantes del fenómeno migratorio que tuvo lugar desde España hacia Cuba desde mediados del siglo XIX, dando continuidad a los flujos que ya se registraban con anterioridad (Márquez, 1995). La Mayor de las Antillas fue, desde ese momento, uno de los destinos predilectos del éxodo español en general y de los anarquistas en concreto.

5.1. El flujo migratorio España-Cuba.

Interesa señalar el fenómeno migratorio de Europa hacia América ha sido objeto de atención historiográfica a lo largo de las últimas décadas, dando lugar a una copiosa producción que, sin embargo, para el caso de Cuba, presenta vacíos importantes. Gran parte de los estudios efectuados se centran en el periodo conocido como de *emigración en masa*, que abarcó desde las tres últimas décadas del mil ochocientos hasta los años treinta de la siguiente centuria. Pese a ello, esta etapa no ha sido tratada en su totalidad ni desde el punto de vista español ni cubano, a excepción de algunas investigaciones centradas en regiones concretas de la geografía peninsular (Vázquez, 1999).

No existen unas cifras completamente fiables acerca de la cantidad de desplazados españoles a Cuba debido, en gran parte, a ciertas deficiencias de los registros tanto españoles como americanos y al gran volumen de migraciones clandestinas que existieron. Sin embargo, el análisis cauteloso de los datos existentes ha permitido diferentes aproximaciones desde el punto de vista cualitativo y cuantitativo al fenómeno de las migraciones masivas, no solo hacia la Isla sino hacia América en general²⁹⁸.



Gráfica 1. Elaboración Propia. Fuente: Naranjo Orovio (1992)

Atendiendo a los datos extraídos por Consuelo Naranjo (1992: 184) de las estadísticas españolas del Instituto Geográfico y Estadístico (IGE) se puede llevar a cabo un análisis de la evolución de la emigración española en las últimas décadas del siglo XIX. Observando la gráfica, vemos cómo lo que parecía un progresivo y estable crecimiento se vio alterado en tres momentos que responden respectivamente a tres acontecimientos que transformaron de manera clara la realidad demográfica y migratoria. El primero de ellos corresponde al año 1885, en donde se observa un pronunciado descenso del flujo migratorio. Este hecho se encuentra ligado a la baja poblacional ocasionada por la epidemia de cólera que azotó España ese mismo año. Esta pandemia, procedente de Orán, atacó primeramente a la zona de Levante y terminó por extenderse al resto de la Península, provocando la muerte de aproximadamente 100.000 personas (Peset y Peset,

²⁹⁸ Los documentos para el estudio cuantitativo del proceso de migraciones masivas presentan una serie de problemas que los convierten en fuentes solamente aproximativas. En el caso de las fuentes españolas, además de la existencia de un importante número de traslados clandestinos, hay que tener en cuenta aspectos como la llamada *emigración golondrina* o el embarque de peninsulares en puertos extranjeros (véase Naranjo, 1992: 178). Esto hace que las cantidades que se puedan extraer de estos inventarios deban de ser consideradas como *mínimos* y nunca como cifras exactas. Al igual que las series españolas, las estadísticas americanas deben tratarse con cautela. Es común que los datos en los países de recepción muestren, contrariamente a las fuentes españolas, un valor numérico superior al real. Esto se debe a que en todo el continente se produjeron movimientos migratorios internos que quedaron, en multitud de ocasiones, registrados tan solo como entradas, sin considerar rangos tan importantes como el de la procedencia. Este hecho hace que, tal y como detalla Sánchez Alonso (1990) las fuentes españolas sean más útiles para el estudio migratorio pese a mostrar cuotas por debajo de las reales.

1972: 219). El segundo de los picos que muestra el gráfico evidencia un crecimiento desmesurado en el número total de desplazados en 1889, aunque, centrando nuestra atención en el caso concreto de las salidas rumbo a Cuba, estas no sufren ninguna oscilación destacable. Lo que sucedió en este caso es que Argentina se encontraba en un proceso de expansión agropecuaria que le generó la imperiosa necesidad de importar trabajadores desde el extranjero para poder poner en explotación nuevos y extensos territorios de cultivo (Contreras, 1996: 173), lo que provoca un crecimiento del flujo migratorio a América que no se refleja en las cifras relativas a Cuba. El tercero y último de los datos que suponen una alteración del ritmo medio del proceso migratorio lo observamos en el periodo 1895-1898 en el que las guerras coloniales provocaron un descenso constante en el flujo migratorio tanto general –debido a la excepcionalidad legislativa del momento– como particular del caso cubano, en donde por razones obvias como las restricciones o la falta de elementos de atracción derivados del conflicto, se generó una notable paralización en el número de desplazamientos.

Las series del IGE nos aportan, además, datos –aunque nuevamente imprecisos– acerca de la procedencia de los emigrados españoles. Siguiendo con el desglose elaborado por Consuelo Naranjo (1992), en el que se realiza un análisis de las regiones españolas con más movilidad migratoria²⁹⁹, vemos cómo fue la comunidad gallega la más activa en lo que a éxodo se refiere. Galicia aportó al fenómeno de las migraciones en masa entre un 29% y un 34% de la población española desplazada entre 1881 y 1895 (Cagiao, 1992: 298). Seguirían por orden cuantitativo Asturias (9%), Cataluña (9%), Castilla y León (9%), Canarias (6%), Cantabria (3%) y Euskadi (2%). El 28% restante quedaría repartido por el resto de las regiones. Se observa que fueron las zonas de la franja norte de la Península –a excepción de Castilla y León, colindante, por otro lado, con todas ellas– las que sufrieron una mayor pérdida poblacional. Esto se debió, en gran parte, a una superior presencia en estas áreas de los llamados *mecanismos posibilitadores* (Vázquez, 1989). A este respecto, los pequeños campesinos de las comunidades del norte, debido al sistema minifundista, tuvieron más facilidades a la hora conseguir la financiación necesaria para iniciar la onerosa aventura americana³⁰⁰. La posibilidad de efectuar ventas o hipotecas de sus pequeñas parcelas minimizó, además, la existencia del modelo de emigración subsidiada por contratistas americanos, típico de zonas en las que los campesinos no eran propietarios de tierras.

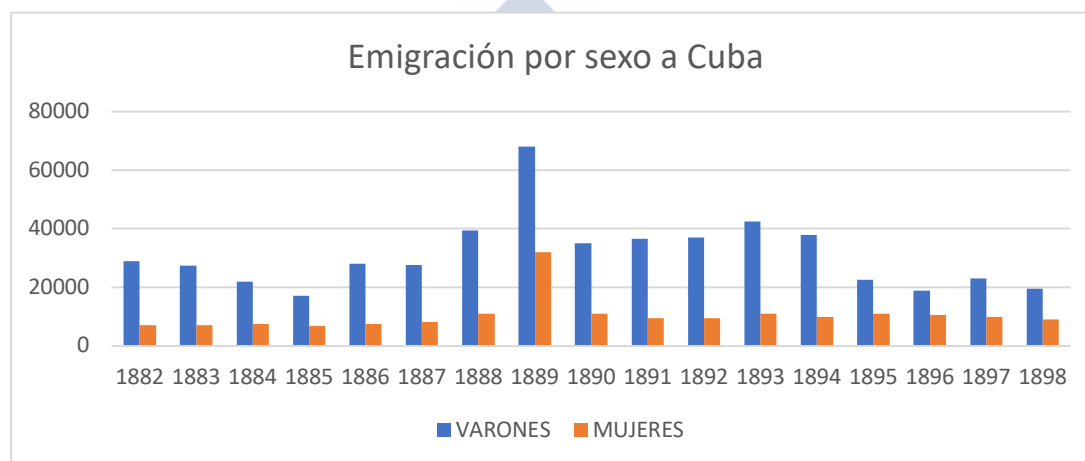
Según las estadísticas del IGE la mayor parte de estos emigrados españoles fueron varones, representando estos aproximadamente el 71% de los desplazados frente al 29% que suponía el contingente femenino (Gráfica 2). Esta diferencia, que generaría cambios sociales en las sociedades de origen³⁰¹, fue motivada, en gran medida, por lo costoso que

²⁹⁹ Pese a ser una de las comunidades con mayor tasa de emigración, Consuelo Naranjo no incluye en su estudio a Andalucía. Esto se debe a que en los registros de esta zona no se muestra siempre con claridad la *última vecindad* de los desplazados. Además, el hecho de que sea, junto con Levante, el mayor foco de migración rumbo a Argelia, contribuye a que el caso andaluz presente unos datos excesivamente distorsionados y pueda arrojar más sombras que luces a la investigación migratoria.

³⁰⁰ En Galicia, por ejemplo, tal y como refleja José Ramón Campos Álvarez (1995: 124) alrededor del 80% de las propiedades eran minifundios con una extensión inferior a una hectárea. Este fenómeno se originaría debido a la fragmentación de las posesiones a consecuencia de las herencias familiares. El resultado fue un amplio volumen de pequeños campesinos propietarios de unas tierras que, si bien no les aportaban un amplio poderío económico, les permitía tener un respaldo económico del que carecían otras comunidades emigrantes como andaluces o napolitanos.

³⁰¹ La estructura social cambió en aquellas zonas que sufrieron un mayor éxodo masculino. Este hecho, que se tradujo en un elevado índice de soltería femenina unido al gran número de mujeres casadas que se vieron solas ante la marcha de sus conyugues –las llamadas *viudas de vivos*– hicieron que la mujer sufriesen una

resultaba conseguir un pasaje para América. La imposibilidad de obtener el capital suficiente para hacer frente a más de un billete obligó a las familias emigrantes a tener que elegir cuál de sus miembros cruzaría el Atlántico. Las mejores condiciones laborales y salariales con las que contaban los hombres, hacían el resto. Las mujeres quedaban, en general, aguardando el retorno sus maridos o pendientes de ser reclamadas de por los mismos, algo que no se cumplía en multitud de casos³⁰². En cuanto a la edad de partida y tomando nuevamente por válidas las cifras presentadas por Consuelo Naranjo (1992) nos encontramos con que el emigrado medio, entre 1884 y 1911, se desplazaría mayoritariamente con una edad inferior a los 60 años, siendo la franja comprendida entre los 14 y los 60 la que abarca un mayor porcentaje. Los datos que a este respecto ofrece Palazón (1995a) confirman dicha tendencia estableciendo que los emigrantes de edades comprendidas en esta franja supusieron el 83,2% del total, siendo los menores de 14 años el segundo colectivo en importancia numérica con un 16,3% de exiliados. El 0,5% restante lo completarían aquellas personas que superaban los 60 años. Presumiblemente, el estado civil de la mayoría de estos sería el de solteros, aunque no existen datos relativos a esta condición hasta 1925.



Gráfica 2. Elaboración Propia. Fuente: Naranjo Orovio (1992)

Las estadísticas también reflejan una gran proporción de emigrantes que declaraban la profesión que venían desempeñando en el momento de embarcar. El grueso de los desplazados lo componían agricultores que dejaban sus hogares para buscar un trabajo mejor remunerado y, en medida de lo posible, menos sacrificado. Los trabajadores del

sobreexplotación enorme, teniéndose que hacer cargo de la administración de todos los bienes familiares y además cuidar de los niños y ancianos que quedaban también “abandonados” en el lugar de origen (Cagiao, 1997). Esto generó lo que muchos definen como un *matriarcado forzoso*, aunque no real, en el que las mujeres tuvieron que educar a los hijos, cuidar las tierras, pagar impuestos, comprar y vender patrimonio, cuidar a los ancianos o trabajar las tierras, lo que trajo como consecuencia un cambio relativo en la posición social de la mujer en las áreas de alto impacto migratorio.

³⁰² Según los datos que maneja Palazón (1995a), de los casi tres millones y medio de emigrados que pusieron rumbo a América en la franja cronológica comprendida entre 1880 y 1930, aproximadamente el 57% de ellos volvieron a España. Aunque las estadísticas indiquen que el número de retornados es ligeramente superior al de aquellas personas que nunca pudieron regresar a sus poblaciones originarias, hay que tener en cuenta que ese 43% supone, en cifras brutas, aproximadamente un millón y medio de exiliados que al abandonar su hogar lo hicieron definitivamente. Semejante pérdida suponía, en una España que se movió durante esos años en unos datos demográficos situados entre los dieciocho y los veintitrés millones de habitantes, un fenómeno lo suficientemente importante como para generar una modificación dentro de la estructura de una comunidad. Si a esto le añadimos que la migración se focalizó en zonas concretas, tenemos como resultado una alteración importante en lo referente al rol desempeñado por aquellas personas que se quedaban en el hogar oriundo, en este caso las mujeres.

agro formaban un colectivo que suponía entorno al 50-60% del total de los embarcados (Naranjo, 1992 y Palazón, 1995a). Es cierto que por aquel entonces España era una sociedad básicamente rural en la que la industrialización comenzaba a dar sus primeros pasos en alguno de los grandes –y contados- núcleos urbanos, pero si tenemos en cuenta que el siguiente sector profesional, el comercio, se movió en cifras cercanas al 10%, vemos el verdadero impacto que tuvo el mundo agrícola en este proceso de transmigración.

Por tanto, basándonos en los datos extraídos de los registros, podemos establecer un perfil bastante aproximado del emigrante español medio para el periodo que ocupa a nuestro estudio. Estaríamos hablando de un varón joven, soltero y procedente del mundo rural, más concretamente de la franja norte de la Península que, por distintos motivos, abandonaría su domicilio en busca de las oportunidades que, a su parecer, ofrecía el territorio americano. Una vez definidas las características del emigrante tipo, estas nos permiten ahondar, en cierta medida, en las causas que provocaron semejante éxodo entre dos sociedades tan dispares como lo eran la americana y la europea. En términos macro, las migraciones masivas respondieron a una causalidad de tipo económico, pero también confluyeron en ellas factores sociales, en los que los individuos participaron con sus necesidades y sus relaciones personales creando vínculos que afectaron en gran medida a la diáspora, y factores de tipo político-legislativo que impulsaron u obstaculizaron el movimiento de los ciudadanos. Por tanto, a la hora de señalar los elementos que influyeron en este gran trasvase de población tenemos que considerar la existencia de factores de expulsión e inclusión que a su vez estarían originados por una realidad económica, política y/o social concreta que determinó tanto las características generales del éxodo como sus puntos de partida y destino.

Comenzando por aquellos elementos que propiciaron la salida de una cuota tan alta de españoles, el económico se presenta como uno de los más evidentes condicionantes. En el periodo en que comienzan las migraciones masivas, España se encontraba envuelta en la ardua tarea de desarmar la estructura del Antiguo Régimen y erigir los cimientos de un nuevo sistema económico y social. Como defiende Alejandro Vázquez (1992a: 204), “la introducción de las relaciones sociales capitalistas y el propio funcionamiento del mercado capitalista incidió de diferente forma en cada región, dependiendo de factores como la conformación económica del Antiguo Régimen, la respuesta a la cambiante situación del mercado, la importancia de los diferentes sectores sociales de la economía o los tipos de explotaciones agrícolas existentes”. Estos aspectos, y su diversas influencias, marcaron el ritmo de desarrollo económico de la industria, la agricultura o el comercio en las diferentes regiones españolas. En cuanto a la industria, el escaso desarrollo que aun presentaba en la España finisecular y la crisis que afectó a muchos de los ramos fabriles provocaron una recesión generalizada en el sector, agudizada por la relativa sobrepoblación existente en algunas regiones. La paralización de las ferrerías en Guipúzcoa y Vizcaya, la disminución o pérdida total del esparto en Almería, Murcia y Albacete a causa de la competencia con el argelino, la decadencia industrial pañera en Logroño y Palencia o el declive de las harineras cántabras y palentinas provocaron un enorme deterioro en el naciente industrialismo peninsular (Robledo, 1988: 227). Este descalabro en una estructura tan endeble como la del mundo industrial español provocó un enorme desgarró en los cimientos del nuevo edificio económico que intentaba erigir el liberalismo, lo que ocasionó una realidad laboral complicada que sirvió como resorte del proceso migratorio.

La economía también se vio golpeada fuertemente en su columna vertebral: la agricultura. El sector primario, que seguía siendo la base del sistema de productivo

español en los años 80 del siglo XIX, se vio afectado por una fuerte recesión vinculada en gran medida al comercio exterior. Las dificultades exportadoras que sufrió España en estos años, en donde se vio desplazada de los mercados internacionales primero y golpeada en el interior por la competencia de productos foráneos (Garrahou y Sanz, 1985: 167), afectaron con especial virulencia a tres piezas clave de las transacciones españolas: la cochinilla, el trigo y la vid. Durante las primeras décadas del siglo XIX, los distintos gobiernos españoles habían sustentado la creación de su modelo liberal en la potenciación de estas tres producciones, en lugar de llevar a cabo una apuesta fuerte por el desarrollo de la industria. La suerte de la mayoría de las regiones estaba en exceso ligada a la de estos productos. De este modo, no resulta extraño que, al ser golpeadas por la competencia externa (casos de la cochinilla³⁰³ y del cereal³⁰⁴) o por plagas como la filoxera³⁰⁵ (caso vitícola³⁰⁶), la crisis de estos sectores provocase en la Península un colapso económico generalizado imposible de ser atajado a corto plazo. Ante lo dificultoso de esta situación y de la incertidumbre de un largo periodo de recuperación económica, gran parte de los habitantes de las zonas más afectadas por la caída de los cultivos, optaron por la emigración. Además, al generalizarse una depresión que actuó como uno de los detonantes de la salida de miles de peninsulares rumbo al Nuevo Mundo, España sufrió también un colapso en las exportaciones de ganado que obligaron a llevar a cabo una reestructuración de la este sector en todos los sentidos. Galicia, Asturias y Cantabria, que eran las proveedoras de vacuno de toda la mitad norte de la Península, se vieron notablemente afectadas y, este hecho, unido a la crisis masiva de la agricultura, provocó un reordenamiento en las actividades del mundo rural. El terrazgo de la agricultura intensiva mediante el cual el colono se aseguraba su subsistencia, tuvo que dejar paso a una ganadería más atractiva para los intereses de los propietarios. Este cambio exigía una menor demanda de mano de obra, lo que por fuerza desencadenó un aumento en el número de desempleados y, en consecuencia, “la emigración americana se acrecentó” (Ojeda y Sanmiguel, 1985: 71).

Entre los mecanismos que posibilitaron los altos volúmenes migratorios se encuentra la financiación del viaje. Se trató de un elemento que definió en gran medida las características y condiciones tanto del propio proceso migratorio como de los individuos que participaron en el. El precio del pasaje supuso, en casi la totalidad de los casos, un inusitado esfuerzo monetario para unos emigrantes que en su mayoría procedían de estratos sociales bajos³⁰⁷. El elevado coste provocó que, en la etapa previa

³⁰³ Para un análisis más detallado de la influencia del mercado mexicano sobre las exportaciones de cochinilla canaria, véase *Boletín Oficial de la Provincia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 3 de octubre de 1881, número 117. Página 1.

³⁰⁴ En relación con la depreciación del cereal a causa de las malas cosechas y la incorporación de nuevos competidores al mercado internacional, véanse Guisado (1983) y Forcadell (1981).

³⁰⁵ La filoxera de la vid (*Viteus vitifoliae*) es un insecto hemíptero homóptero de la familia Phylloxeridae cuyo origen se sitúa en Estados Unidos, donde se alimenta de las ramas y raíces de la vid. Su presencia viene acompañada además de hongos y bacterias que necrosan y pudren las raíces. Las vides europeas, a diferencia de las americanas, reaccionan ante la presencia de la filoxera mediante nudosidades y tuberoides que permiten la entrada de estos microorganismos (hongos y bacterias), lo que provoca la muerte de las raíces y en consecuencia la de la planta entera.

³⁰⁶ Acerca de la crisis del sector vitícola véase Grupo de Estudios de Historia Rural (1988).

³⁰⁷ A la ya de por sí elevada cuota del billete había que sumarle, además, el precio de los imprescindibles trámites burocráticos previos al periplo, el viaje interior que llevaba al pasajero hasta el propio puerto, la adquisición de bienes de aprovisionamiento para el viaje y la pérdida de ingresos que suponía el tiempo de trabajo malogrado en llevar a cabo todo el procedimiento. Además de esto, los viajeros debían de prever un dinero extra que les permitiera subsistir en su nuevo destino al menos hasta gozar de una situación mínimamente asentada. En el desconcierto de las primeras semanas, donde muchos aún no tenían un puesto

al periplo, la estructura de la propiedad y las formas de cesión del dominio útil de la tierra jugasen un papel importante en la creación de pautas migratorias diferentes. Como explica Antonio Miguel Bernal (1988: 156), existió una relación directa entre la pequeña propiedad y la emigración. Esta concomitancia respondía a la premisa de que los pequeños campesinos, en una situación de crisis económica estructural, podían hipotecar o enajenar algún tipo de patrimonio –propio o perteneciente a un allegado– para sufragar el desembolso necesario para su viaje. Este tipo de emigrante tuvo una mayor libertad a la hora de decidir destino y trabajo, lo que les sirvió, en muchos casos, para dar un paso adelante en su situación sociolaboral y evitar la tan temida proletarización agrícola americana. Fue común este modelo de financiación sobre todo en las zonas de Galicia, Asturias y Canarias donde eran frecuentes las fincas con una extensión inferior a una hectárea (Palazón, 1995). Distintas fueron, sin embargo, las condiciones bajo las que los jornaleros y campesinos no propietarios tuvieron confrontar el gasto de su desplazamiento. Estos estaban sujetos unas peores condiciones de vida y, por consiguiente, eran quienes tenían, objetivamente, una mayor necesidad de expatriarse. Normalmente los jornaleros soportaban una paupérrima situación económica y se veían obligados a recurrir a “las contratas de trabajo y a los pasajes gratuitos financiados por los hacendados y gobiernos americanos” (Vázquez, 1992a: 216). Los desplazados bajo estas disposiciones carecían de la potestad para elegir su lugar de destino y el tipo de tarea que desempeñarían, ambos ya estipulados por los contratistas. Además, estos operarios estaban sujetos a un determinado tiempo de trabajo en concepto de remisión de la deuda contraída. Como era de esperar, fueron estos emigrados los que se dirigieron hacia los puestos más duros. En el caso concreto de Cuba su viaje los llevaba a las grandes plantaciones, donde sustituyeron a la cada vez más reducida mano de obra esclava. La aventura americana no fue, en el caso de los jornaleros, tan positiva como lo pudo ser para otros colectivos ya que en muchas ocasiones terminaron padeciendo –a veces de manera literal– los mismos abusos que habían sufrido antaño los esclavos negros. Este modelo fue más común en áreas dominadas por el sistema de propiedad latifundista³⁰⁸. Por tanto, tenemos que el factor económico, no solo jugó un papel fundamental como agente de expulsión o como mecanismo posibilitador en el fenómeno de las migraciones masivas sino que sirvió para crear dos perfiles diferentes de emigrantes: el emigrado autofinanciado y el emigrante dependiente.

No fueron únicamente de orden financiero los elementos que hicieron posible la partida casi simultánea de un sector tan amplio de la sociedad española. Existieron también causas de tipo social que, pese a actuar sobre el caldo de cultivo de la economía, tuvieron una gran importancia. Uno de estos inductores migratorios serían las llamadas cadenas migratorias. Estas podrían definirse como “conjuntos de vínculos interpersonales que conectan a migrantes, antiguos migrantes y no migrantes en su área de origen y de destino a través de los lazos de parentesco, amistad y comunidad de origen compartida” (Massey, Arango, Hugo, Kouaouchi, Pellerino y Taylor, 1998: 229). Las

de trabajo que les reportase ganancias, debían de costearse el alojamiento y la manutención con esos ahorros.

³⁰⁸ Es cierto que la mano de obra blanca en condiciones de semi-esclavitud (o esclavitud) no fue un fenómeno que afectase de modo exclusivo a las zonas del sur de la península. Existen fuentes, generalmente más encuadradas en las migraciones de mitad de siglo, que nos hablan de una importación de gallegos que terminaron siendo cautivos en las plantaciones caribeñas. Sin embargo, esta práctica estuvo mayormente orientada al reclutamiento de aquellos trabajadores del agro que contaban con menos recursos al no ser poseedores de ningún tipo de bien que les permitiese costear el billete. Véase Naranjo Orovio (1999) o el documental editado por RTVE *Gallegos por esclavos (proyecto de migración de gallegos a Cuba de Urbano Feijoo y Sotomayor, mediados del siglo XIX)*.

cadena, más bien red, se generaría a partir de que un emigrado radicado en el extranjero animase a otros familiares y amigos a unirse a su aventura mediante envíos de cartas donde aseguraba alojamiento, trabajo, mejores condiciones de vida e, incluso en ocasiones, pasaje de ida. También hay casos en los que este fenómeno se producía por el regreso de algún indiano enriquecido, ocasionando una especie de efecto psicológico entre sus conciudadanos que los animaba muchas veces a imitar su empresa. Las cadenas migratorias aumentaron, en gran medida, las posibilidades de emigración ya que reducían costes, elevaban los beneficios del viaje y mitigaban los riesgos del movimiento internacional, lo que ayudaba a atenuar el impacto anímico que suponía el abandonar el hogar poniendo rumbo hacia lo desconocido. Cuantas más cadenas se estableciesen, mejor informados estarían los potenciales desplazados sobre las bonanzas o desventuras de una determinada región y mayor sería, en consecuencia, su seguridad a la hora de dar el paso. Es difícil establecer a ciencia cierta el número exacto de españoles que decidieron emigrar bajo el influjo de este tipo de detonante pero sí que puede afirmarse que, junto a la difusión de la información, fue un factor de movilización muy importante. El grado de significación de este proceso lo podemos ver en la existencia –bastante común– de pueblos o comarcas altamente despobladas cuyos emigrados coinciden, en un altísimo porcentaje, en la elección de destino. La acción de estas cadenas migratorias fue mayor en periodos de crisis, donde las *cartas de llamada* fueron requisito imprescindible para viajar.

De un modo similar, aunque a la vez distinto, actuaron los llamados *agentes reclutadores* que los países latinoamericanos desprovistos de mano de obra tenían repartidos por España. También conocidos como *ganchos*, en ocasiones al servicio de las compañías navieras, estos intermediarios ejercían “un gran impacto en los emigrantes potenciales no demasiado atentos a la veracidad de todo aquello que se les contaba” (Palazón, 1995b: 45). Las redes de reclutamiento potenciaban la emigración al facilitar la información y la financiación y dotar al proceso de unos mecanismos legales o clandestinos de encauzamiento del flujo (Vázquez, 1992a: 208). Estas redes comenzaron a estructurarse desde la década de 1840 en las principales regiones y puertos migratorios y desde allí, principalmente en tiempos de crisis económica, se extendieron al mundo rural. La mayoría de estos ganchos no estaban establecidos formalmente como agentes y, por lo general, no existieron agencias como tal, pero sí que hubo una intensa labor por parte de estos enlaces en el periodo de las migraciones masivas. Su labor implicaba en muchas ocasiones la creación de cartillas o guías en las que relataban las beneficiosas condiciones que aguardaban a los emigrados en el país de acogida. Sin embargo, dado el alto nivel de analfabetismo que dominaba las zonas rurales, es más que probable que la acción directa –el cara a cara– fuese el más productivo de sus procedimientos. Para hacer más efectivo sus discursos era común que estos intermediarios “exagerasen las posibilidades de empleo y la facilidad de enriquecimiento en el país receptor” (Palazón, 1995b: 46). En su labor de captación era frecuente que también facilitasen al potencial desplazado la documentación necesaria para el embarque, el pasaje e incluso un contrato de trabajo, favoreciendo, además, cuando la ocasión lo requería, las salidas clandestinas mediante el uso de puertos extranjeros o falsificando documentos personales. Este tipo de “agencias” fueron utilizadas mayoritariamente, dado los aparentes beneficios económicos que prometían, por aquellas personas que no podían costearse el viaje por sus propios medios.

La evasión del temido Servicio Militar fue otro de los motivos de corte social que animaron a muchos españoles a abandonar sus hogares. No era de extrañar que los

jóvenes intentasen escapar de este requerimiento dada su larga duración³⁰⁹, el riesgo de perder la vida en alguna de las guerras tanto internas como coloniales y la enorme dificultad para eximirse del cumplimiento de dicho servicio. En el periodo que ocupa a nuestro estudio, este aspecto no fue uno de los condicionantes que motivaron el éxodo de españoles rumbo a Cuba. Hay que recordar que la Perla de las Antillas continuaba siendo territorio español y que, por tanto, sería absurdo que los reclutas prófugos tomaran como destino para su ocultamiento la Isla caribeña. Pese a esto, sin embargo, Cuba sí que jugó un papel importante en relación con la elusión del servicio militar. La enorme conflictividad presente en la Isla y la nada desdeñable cifra de tres guerras coloniales en menos de treinta años, incrementaron la peligrosidad del servicio militar y con ello, el deseo de fuga de aquellos jóvenes en edad de ser movilizados por el Estado.

Además de estos condicionantes sociales, las acciones políticas, englobando en ellas las ramas legislativas y de Fomento del aparato estatal, también jugaron un papel importante en la caracterización del fenómeno migratorio en España. Las primeras directrices a seguir por la política emigratoria española quedaron establecidas a raíz de la Real Orden Circular del Ministerio de la Gobernación de 16 de septiembre de 1853 por la que se regularizaba la emigración hacia las colonias españolas y los Estados de América en los que existiese una representación del Gobierno español que pudiese prestar protección al emigrante³¹⁰. Además, según el decreto, era indispensable estar en posesión de un pasaporte, algo que no se encontraba al alcance de todo el mundo³¹¹. Esta Real Orden, pese a la dureza de sus condiciones supuso la primera declaración formal de la libertad de migración, ya que hasta esa fecha estaba prohibido todo movimiento hacia a las nuevas repúblicas americanas constituidas tras el desastre colonial español, con las que se estaba, aun, virtualmente en guerra. El depósito de 6000 reales que implicaba la obtención del pasaporte no era necesario en el caso de viajar a las Antillas, lo que suponía un incentivo para Cuba a la hora de ser elegida como destino. Con esta legislación en marcha, la emigración pasaba a ser teóricamente libre, pero se topaba con unos estrictos controles indirectos que la complicaban, retardaban y encarecían. Estas trabas hicieron que los desplazados optasen por otras vías alternativas como las salidas clandestinas, los embarques en puertos extranjeros o la utilización de los servicios de los agentes migratorios.

En 1883, por medio de la Real Orden de 16 de septiembre de 1883, se ampliaba la lista de documentos que se debían de presentar ante el Gobernador Civil. Un nuevo aumento de los requerimientos se llevó a cabo en 1888 mediante la Real Orden de 8 de mayo de 1888. Para poder embarcar a tierras de Ultramar que no formasen parte de la Corona española se debía de presentar con un plazo mínimo de quince días: cédula personal, certificado judicial de no estar procesado, autorización paterna (menores de 25 años), partida bautismal (menores de 15), certificación de estar libre de responsabilidades con el servicio militar o haber consignado 1500 pesetas en metálico

³⁰⁹ La Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército del 11 de julio de 1885 (modificada parcialmente por la de 21 de agosto de 1896) estipulaba en su artículo segundo que “la duración de este servicio será de doce años en el Ejército de la Península, desde el día en que los mozos ingresen en Caja”.

³¹⁰ Véase Soto (2003: 8)

³¹¹ La obtención de un pasaporte implicaba la acreditación de varios aspectos ante el Gobernador Civil. Debía de justificarse que el viaje se ejercía de manera libre y espontánea, que se tenía permiso de los padres, tutores o esposo (dependiendo de la edad, el sexo o el estado civil del emigrado), que no se hallaba encausado criminalmente ni tenía algún impedimento legal para viajar y, por último, que había consignado un depósito de 6000 reales u otorgado escritura de fianza suficiente para garantizar su servicio de armas (en caso de ser varón en edad comprendida entre los 18 y los 23 años).

para redimirse de su cumplimiento (varones de 15 a 40 años), licencia del Ministro de la Guerra (varones en reserva) y permiso del marido (mujeres). Todas estas restricciones iban encaminadas a ejercer un control migratorio sobre dos grupos concretos: los varones en edad militar y las mujeres menores de 25 años sin permiso paterno o marital. Estas acciones estarían destinadas, según Hernández García (1988, 105), a evitar por una parte la pérdida de una gran parte de los efectivos militares disponibles en caso de conflicto bélico y por otro lado la trata de blancas, que se presentaba como un negocio extremadamente lucrativo dado el gran atractivo que suponían las españolas para los burdeles americanos (especialmente en La Habana). La intervención del Gobierno en materia migratoria no fue, sin embargo, solamente restrictiva. Mediante las Reales Órdenes de 23 de septiembre de 1889 (Ultramar), 21 de octubre de 1889, 11 de julio de 1891 (Estado) y la de 16 de noviembre de 1891 (Estado) “se concedieron auxilios económicos a los que pretendían emigrar a Cuba con 140 pesetas a los adultos, 70 pesetas a los niños de dos a siete años y pasaje gratuito a los menores de dos años” (Vázquez, 1992b). Con la Real Orden de 21 de septiembre de 1894 se trató además de evitar las demoras en la concesión de los permisos de emigración. Poniendo sobre la mesa todos estos decretos se puede afirmar sin temor a equivocarse que la administración española favorecía la emigración con destino a sus posesiones antillanas, algo que resultaba lógico ya que suponría la retención dentro del territorio patrio de una enorme fuerza de trabajo y militar en un periodo de tensión política y económica.

Más allá de este compendio legislativo, la modernización de los medios de transporte también jugó un importante papel en el éxodo masivo de españoles rumbo a Cuba. Este factor, pese a no ser un factor político en sí mismo, puede ser englobado como tal debido a la conexión existente entre las políticas liberales europeas y el gran impulso renovador de la Revolución Industrial. El surgimiento de unos sistemas arrolladoramente capitalistas implicó una mayor interacción entre continentes, lo que suscitó la necesidad de mejorar sus comunicaciones. La evolución de los transportes tuvo una importancia tan grande como elemento migratorio que podría ser encuadrada también dentro de las causas económicas o sociales, porque incidió sobre ambas. El precio de los pasajes, durante todo el periodo de las migraciones masivas y pese al alto grado de demanda, no se vio excesivamente incrementado, es más, en muchos momentos su precio descendió, lo que suponía un incentivo para el emigrante³¹². Esta invariabilidad –o reducción– en los valores del billete responde a varios motivos. Uno de ellos fue las indudables mejoras que experimentaron los medios de comunicación marinos y terrestres durante estos años. La introducción del vapor como fuerza motriz en la navegación transatlántica a partir de la década de 1860, significó un enorme progreso en cuanto a rapidez, capacidad y condiciones del viajero³¹³. Esto, además de ofrecer amplios beneficios a los empresarios transportistas, supuso una gran ventaja para los desplazados ya que, al margen de la mayor seguridad y comodidad que ofrecían los buques, la disminución en la duración del periplo implicaba una reducción del periodo que el emigrante debía de estar sin trabajar, contribuyendo así a aminorar los costes económicos y sociales del traslado (Gould, 1979). Además de este avance tecnológico y paralelamente al mismo, la llegada de las grandes

³¹² Para conocer algunos datos numéricos acerca de la evolución en los precios de los pasajes entre 1880 y 1930, consúltese Vázquez (1988).

³¹³ Esto, según afirma Palazón (1995b: 57), no fue siempre así. Existen numerosos registros de quejas puestas por los emigrantes españoles ante las autoridades consulares con respecto a un incumplimiento de lo estipulado a la hora de contratar el viaje. Estas hablan de hacinamiento, pésima calidad de la comida, escasa zona de esparcimiento, falta de servicios sanitarios... Además, hubo también protestas referentes a desembarcos forzosos llevados a cabo en puertos que eran de escala y no el de destino.

compañías europeas a los puertos españoles generó una feroz competencia que evitó, por un lado, que el precio del pasaje creciese de acuerdo con la demanda y, por otro, favoreció la mejora de las condiciones de bienestar y confort ofrecidas a los pasajeros. El mayor beneficio económico cosechado por las entidades navales aumentó la regularidad en el transporte y la arribada a puerto de un mayor número de navíos, lo que suponía una mayor facilidad para abandonar el país.

El proceso migratorio, altamente favorecido por la realidad social, económica y política que se vivía en España, contó también, como hemos dicho, con unos elementos de reclamo en las áreas de destino. Estos variaron dependiendo del lugar al que nos refiramos. Dentro del nuevo sistema económico capitalista, América se mostraba como un terreno virgen y lleno de posibilidades. Este hecho, unido a la mayor estabilidad política derivada del final del proceso de creación de las naciones tras su independencia de España y al continuo crecimiento económico y cultural de las nuevas naciones, hicieron de Latinoamérica un destino idóneo en el que buscar una considerable prosperidad socioeconómica. En el caso concreto de Cuba, la Isla caribeña fue uno de los centros de atracción más importantes, englobando a “más de la tercera parte (38%) de los emigrantes españoles embarcados hacia América Latina entre 1882 y 1930” (Palazón, 1995b: 129), lo que supondría una cifra cercana a los trescientos mil individuos. Las cifras porcentuales son aún mayores si nos atenemos solamente al periodo comprendido entre 1882 y 1899, ya que la colonia española absorbió más de la mitad de la emigración total española con un 57% de viajeros que se decantaban por la opción cubana. Esto se debió, como en el caso de los factores de expulsión, a una serie de elementos interconectados que actuaron como componentes de seducción. Según varios autores como Baldomero Estrada (1992) o Mörner (1985), el encanto de la Perla de las Antillas radicaba en unos componentes económicos, culturales, políticos y sociales muy cautivadores para quienes aspiraban a expatriarse. El factor económico, giraba principalmente alrededor de dos hechos: el inicio del proceso abolicionista a partir de 1870 y la necesidad que tenían los hacendados de rentabilizar sus propiedades. Ante un modelo productivo con fecha de caducidad impuesta por la Ley de Abolición de 1880, los esclavistas pusieron en marcha mecanismos para asegurarse la reposición y control de la mano de obra en el proceso de transición del trabajo esclavo al asalariado. La pérdida de una mano de obra tan barata, obligó a los hacendados a buscar nuevas vías para llenar el vacío de brazos dejado por el cada vez menos número de esclavos. La introducción de mano de obra libre asalariada suponía un considerable incremento de los costes de producción pero, ante la nueva realidad sociopolítica, era la única opción posible, por tanto, habían de intentar abaratar ese trabajo asalariado³¹⁴. En esa línea, el procedimiento seguido por los terratenientes estuvo sujeto a tres itinerarios bien marcados: “aumentar la inmigración para forzar una baja en los jornales, lograr el mayor control posible sobre la fuerza laboral y hacer recaer sobre el Estado los costes del tránsito libre” (Balboa, 2000:121). La mano de obra traída del exterior cobraba, en principio, unos salarios que superaban los gastos que los hacendados invertían en la manutención de los esclavos. Para revertir esta situación y maximizar los beneficios, la clase dirigente recurrió, tal como explica Scott (1989), a la masiva inmigración de peninsulares y canarios con el fin crear un exceso de mano de obra que se tradujera en un descenso de los jornales. Aunque la mayor parte de este contingente se lo llevaron las grandes plantaciones de azúcar, los demás sectores de la

³¹⁴ Según Thomas (1973, Tomo I: 365), la imperiosa necesidad de los hacendados de abaratar costes y rentabilizar al máximo sus beneficios venía en gran medida marcada por el endeudamiento que habían contraído a consecuencia de los enormes gastos derivados de la reparación de los estragos ocasionados en sus terrenos durante la guerra de 1868.

economía capitalista –comercio, industria y profesiones liberales- también solicitaron la entrada de trabajadores provenientes de la metrópoli. Los motivos, sin embargo, fueron distintos en estos casos ya que el requerimiento de estos grupos venía motivado por su incapacidad para absorber la mano de obra manumitida con que contaba la Isla. Necesitaban operarios cualificados que pudiesen llevar a cabo y con garantías las tareas dimanadas de las actividades de los sectores secundario y terciario. Por tanto, las élites financieras rurales y urbanas de la Isla promovieron la inmigración española y presionaron al gobierno para que facilitase el trasvase poblacional. La relación existente entre abolición y las migraciones a Cuba se observa con claridad en la evolución que experimentaron las entradas de españoles en la Isla. Según los datos extraídos por Palazón (1995b: 133), el número de desplazados contabilizado para 1882 se triplicó en 1889, solamente un año después de darse por terminado el proceso abolicionista. Estas cifras continuaron creciendo y solamente descendieron durante la Guerra de Independencia de 1895.

Junto con los factores sociopolíticos de atracción actuaron también unos elementos socioculturales que suscitaron la elección masiva de Cuba como destino. Aquí cumplieron un enorme papel las cadenas migratorias, de las que hablamos con anterioridad como posibilitadores del éxodo. El factor psicológico en un proceso tan traumático como el de la migración, en el que dejas atrás familia y amigos, fue un componente importante a la hora de perfilar el destino de semejante periplo. La presencia de un conocido, un pariente o un simple vecino al otro lado del océano supuso para los emigrantes un bálsamo que aliviaba, en parte, las aflicciones de la partida. El miedo a lo desconocido se reducía debido a la mayor información disponible y a la potencial ayuda que podían recibir de sus vínculos en Ultramar. En muchas ocasiones, estos contactos de la otra orilla se encargaban de buscar empleo al emigrante antes de que este iniciase incluso los trámites necesarios para su embarque. Esto suponía una enorme ventaja al reducirse el tiempo de paro laboral en el lugar de destino y aumentaba, en consecuencia, el atractivo del país receptor a ojos del inmigrante. Además, dependiendo del grado de relación que uniese a ambos expatriados, los veteranos podían ofrecer incluso asilo a los recién llegados. Esto alentaba además la creación de asociaciones o instituciones regionales que agrupaban a varios miembros de una misma comunidad con el objetivo de obtener beneficios comunes y ofrecer ayuda mutua, lo que servía como un mayor estímulo a los nuevos viajeros. Además de esto, las semejanzas culturales y lingüísticas también fueron decisivas a la hora de elegir destino. Tal y como expresa Rodolfo Gutiérrez (2007) y matiza Rut Bermejo (2008: 2) “el idioma común o la existencia de comunidades lingüísticas en el país de acogida se configura como uno de los factores que coadyuvan a explicar la dirección de los flujos migratorios y, en consecuencia, conocer o compartir el idioma es valorado como uno de los factores de atracción que dirigen los flujos hacia un determinado país”. En igualdad de condiciones, una persona que se debate entre un destino u otro se decantará siempre por aquel con el que comparta un elemento social y/o cultural que le ayude a adaptarse a su nueva vida. Si unimos esto a los factores económicos y políticos, podemos hacernos una idea de porqué Cuba atrajo al 36% de los españoles que ponían rumbo al Nuevo Mundo.

Englobando todos los datos que hemos analizado con respecto al proceso migratorio que experimentó España en los años que conciernen a nuestro estudio, podemos concluir que fue un proceso masivo en el que participaron, principalmente, varones solteros, jóvenes y provenientes del mundo rural que abandonaban su país en un clima de dura crisis económica en busca de un futuro mejor que les permitiese mayor movilidad social, razón por la cual una inmensa mayoría se abocó a la búsqueda de

empleos en sector secundario y terciario. Sin embargo, al coincidir un momento en el que las ideas comenzaban a extenderse por todos los rincones del planeta, muchos de ellos portaban cierto bagaje de conciencia de clase. Para el caso concreto de los anarquistas, el éxito de estos dogmas generó una persecución por parte del Estado español que provocó que algunos libertarios peninsulares, aprovechando la explosión del proceso migratorio, huyesen de la tempestad a través de los barcos que ponían rumbo al nuevo mundo. Otros en cambio, tal y como expresa Amparo Sánchez (2008), imbuidos por el espíritu internacionalista de la Primera Internacional se expatriaron por iniciativa propia con intención de organizar a la clase trabajadora de otras zonas. La importante presencia del anarquismo en el agro -consecuencia de su ausencia dentro de las tesis marxistas- y la fuerza de este tipo de planteamientos entre los trabajadores peninsulares exiliados por razones políticas convirtieron al grueso de emigrantes españoles en potenciales ácratas al otro lado del Atlántico. Cabe comprobar si llegaron a materializar esta propensión durante su aventura antillana.

Llegados a este punto, resulta indudable que la presencia del anarquismo peninsular fue un elemento a tener en cuenta a la hora de comprender la deriva libertaria que tomó el movimiento obrero cubano, principalmente a partir de mediada la década de 1880. Sin embargo, ¿fue verdaderamente tan determinante el ejemplo español a la hora de construir en Cuba un modelo de lucha social basado en el apoliticismo y el asociacionismo autogestionario? Los diferentes textos aparecidos en la prensa insular referenciando estatutos y reuniones de sociedades ácratas de España invitan a pensar que, efectivamente, el anarquismo fue uno más de los enseres elegidos por los emigrados para su viaje transoceánico. La cuantiosa presencia peninsular en las asociaciones obreras apunta hacia la misma dirección. Sin embargo, existen otros indicios que nos llevan a plantearnos si la influencia española fue tan trascendental o si, por el contrario, “el anarquismo cubano seguía su propia evolución” (Casanovas, 2000: 191) y fue en la Isla donde los obreros peninsulares asimilaron unos principios libertarios propios y diferentes a los que venían desarrollándose en su lugar de origen. Si volvemos de nuevo sobre los datos existentes acerca de la procedencia geográfica de los miles de emigrados que abandonaron las diferentes regiones españolas rumbo a América entre 1881 y 1895, vemos cómo alrededor de un 30% de los emigrados son de procedencia gallega (Yáñez, 1993); Cataluña, Castilla y León y Asturias aportan, cada una, un 9%; Canarias, Cantabria y Euskadi, un 6%, un 3% y un 2% respectivamente. El 28% restante se repartía entre el resto de comunidades³¹⁵. Si cotejamos estos registros con los datos acerca de la actividad sociolaboral de los anarquistas en la Península Ibérica que pueden extraerse de los diferentes estudios realizados sobre el anarquismo español y de los testimonios escritos por algunos de sus principales protagonistas³¹⁶, podemos observar cómo las áreas donde los libertarios tuvieron un mayor desarrollo entre el proletariado –Cataluña, Andalucía y Madrid- no son zonas que destacasen por proporcionar el mayor número de individuos al proceso migratorio de españoles rumbo a Cuba, sino áreas con un flujo migratorio medio con respecto al resto del país. Con estos datos en la mano, cabe preguntarse si estos emigrados, trabajadores en su gran mayoría, fueron meros portadores de las ideas

³¹⁵ Al igual que hiciéramos en el epígrafe dedicado a la elaboración de un perfil sociopolítico del emigrado español, quedan excluidos de estos porcentajes los datos relativos a Andalucía. Ello se debe a que los registros recogidos en esta zona no siempre muestran con claridad suficiente la “última vecindad” de los emigrados. Para más datos acerca de la interpretación de estos datos migratorios véase Naranjo (1992).

³¹⁶ Para un mayor conocimiento acerca del movimiento libertario español véanse Elorza (2013), Gómez (2006) o Lorenzo (1974), siendo esta última obra testimonio directo de uno de los principales impulsores del anarquismo peninsular.

libertarias o si, por el contrario, desarrollaron nuevos planteamientos libertarios adaptados a la realidad que se vivía en tierras americanas. Esta última posibilidad, implicaría que, pese a existir una indudable presencia española en el colectivo ácrata cubano, esta no sería realmente imprescindible en el desarrollo del anarquismo antillano. Los datos que sitúan como mayores *contribuyentes* de la ola migratoria a aquellas regiones donde el anarquismo tenía, al menos sobre el papel, una menor incidencia en cuanto a la conflictividad social también invitan a plantearse por qué fueron los planteamientos ácratas los elegidos por estos desplazados en detrimento de otras tendencias obreristas.

La respuesta a estas preguntas requiere, primeramente, un análisis por separado de aquellos factores que hacen pensar en Cuba únicamente como un receptor que acogió en sus fronteras a trabajadores extranjeros concienciados con las acciones colectivas del obrerismo internacional. Tras esto, conviene examinar todos los elementos que hicieron diferente al anarquismo cubano respecto del movimiento libertario español para determinar, de esta forma, si el surgimiento en la Isla de esta tendencia tuvo lugar de un modo independiente o si, por el contrario, fue una reproducción ultramarina del anarquismo peninsular. Este último análisis nos proporcionará además información acerca del grado de importancia que realmente tuvieron los emigrados en el proceso de formación del obrerismo ácrata en Cuba. Finalmente, cotejando estos análisis entre sí, podremos dar respuesta a las preguntas que motivaron el inicio de la presente tesis.

5.2. El anarquista español en Cuba: aproximación a un perfil.

Para llevar a cabo un correcto análisis acerca de la posible influencia que el anarquismo español tuvo en el surgimiento del obrerismo libertario cubano, lo primero será elaborar, de forma clara, un perfil de los emigrados ácratas, así como constatar la posición que estos ocuparon dentro del amplio conjunto de actividades que abarcaba la lucha sociolaboral de los anarquistas cubanos. Tal tarea no resulta sencilla si tenemos en cuenta que el carácter extremadamente subversivo de esta corriente hizo que siempre se encontrase saltando la delgada línea que separaba la libertad de la censura. Sus prácticas ultrarrevolucionarias y antiestatales situaron a los libertarios en una posición permanente de, como mínimo, semiclandestinidad que, por razones obvias, dificultan su localización a través de fuentes documentales. Pese al hecho de que, en la mayoría de los casos, los anarquistas llevaron a cabo una prolífica labor propagandística por medio de panfletos y publicaciones periódicas, la mayoría de sus producciones fueron anónimas o estaban suscritas bajo seudónimos que nos impiden conocer con total certeza la mano que se escondía tras los escritos. A esto hay que sumar que, ante la persecución a la que normalmente eran sometidos, muchos de los registros y afiliaciones -principalmente los documentos referidos a los llamados *grupos de acción*- bien no fueron recogidos en acta o bien fueron destruidos ante el acoso de las autoridades, dificultando aún más la identificación de los diferentes sujetos. No obstante, existen otro tipo de fuentes que nos permiten reducir este vacío documental. Las diferentes detenciones de las que los anarquistas fueron víctimas, dejaron tras de sí un sinnúmero de datos judiciales que facilitan la labor de identificación al proporcionarnos datos acerca de la edad, el oficio, la procedencia o, incluso, el estado civil del recluso. Además, muchos de los procesos seguidos contra estos *subversivos* incluían en sus actas, cuando se trataba de un delito de prensa, una copia del documento que había llevado al encausamiento, por lo que, de inmediato, el seudónimo dejaba paso a una ficha completa del detenido. Así, tras encontrar en los diferentes tipos de fuentes referencias de los datos personales de algunos

de estos españoles y de sus actividades relativas a la lucha de clases, podremos establecer un perfil general del emigrado ácrata medio.

Dejando de lado los años de *prehistoria anarquista* en Cuba, la presencia de españoles en el modelo organizativo libertario comenzó terminada la Guerra de los Diez años, periodo tras el cual, como hemos visto, el anarquismo comenzó a abrirse paso en la Isla. En consonancia con el análisis expuesto con anterioridad que considera a esta rama del socialismo como un binomio de acción y pensamiento, la búsqueda de los *españoles sediciosos* debe centrarse en los rastros documentales que estos pudieron dejar tanto en las distintas publicaciones que se sucedieron a lo largo del último tercio del siglo XIX como en la enorme cantidad de organizaciones sindicales en las que participaron de forma activa. Dada la imposibilidad de rastrear la absoluta totalidad de los sujetos peninsulares que tomaron parte en el nacimiento y la consolidación del anarquismo insular, bien por la inactividad de estos bien por el vacío documental existente, el resultado de la pesquisa permitió la elaboración de un perfil medio que, si bien no se ajusta a la realidad específica de cada caso, nos ofrece una idea clara de los atributos que caracterizaron a los anarquistas españoles en Cuba y que puede ser, además, extrapolable a la generalidad de los mismos. En cualquier caso, todos y cada uno de ellos, constituyen de manera individual, magníficos ejemplos de militancia anarquista.

Comenzando por la producción ideológico-propagandística, ya que, consecuentemente con lo expuesto por Julio Godio (1985) para el caso de América Latina, precedió a la actividad organizativa del anarquismo como movimiento social, nuestra mirada ha de centrarse en las cuantiosas páginas que dieron forma a las distintas publicaciones obreras iniciadas desde principios de la década de 1880. A este respecto, el análisis de la prensa anarquista, dado el “papel esencial de los periódicos en la difusión de la ideología y en la formación de las mentalidades” (Desvois, 1986: 359; citado en Arroyo, 2004: 436), nos permite determinar el grado de influencia española en el desarrollo del anarquismo cubano desde dos líneas de conocimiento distintas pero complementarias. Por un lado, la participación directa de elementos ácratas en la producción periodística libertaria posibilita la labor de identificación de estos sujetos, lo que a su vez facilita el esclarecimiento de la posición que dichos individuos ocuparon en el organigrama de estas publicaciones, otorgándonos, con ello, un acercamiento al grado de implicación que estos tuvieron en la difusión ideológica del anarquismo en la Isla. Por otra parte, la naturaleza claramente propagandística de la prensa decimonónica (Terán, 2014: 41) hizo que sus páginas, como hemos visto, estuvieran abiertas a componentes apologéticos externos – geográficamente hablando-, dejando constancia de cuáles fueron las líneas de pensamiento importadas que incidieron en el devenir del movimiento obrero cubano. Es decir, el estudio de estas fuentes hemerográficas nos dará información acerca de *qué* y *quienes* intervinieron en la conformación teórica del anarquismo en Cuba.

De entre todas las publicaciones obreras que vieron la luz en la Isla a finales del siglo XIX, *El Productor* fue sin duda la que alcanzó una mayor relevancia entre los trabajadores insulares debido a su perdurabilidad en el tiempo y a los vínculos que estableció con los principales centros organizativos del movimiento obrero. Actuó en, gran medida, como órgano de expresión de la Junta Central de Artesanos y del Círculo de Trabajadores y sus páginas dieron voz a los cientos de proletarios que vieron en el semanario ácrata una plataforma mediante la cual compartir sus angustias e inquietudes diarias y crear, en cierto modo, un sentimiento de comunión entre quienes compartían similar suerte. Fue precisamente este *aperturismo a la participación popular* de *El Productor* lo que dejó un rastro documental a través del cual poder llegar hasta algunos

de los anarquistas españoles. Las innumerables cartas publicadas acostumbraban, en muchos casos, a ser suscritas por sus emisores, ofreciéndonos de este modo un registro onomástico de decenas de simpatizantes libertarios. En la mayoría de las ocasiones estas referencias solo aportan nombres y apellidos, sin ser posible vincularlos con una procedencia geográfica determinada. Sin embargo, existen cartas de las que, bien por el deseo de los autores de plasmar su origen en el texto, bien porque estos tuvieron un destacado protagonismo en las luchas obreras que les llevó aparecer en otro tipo de fuentes procedentes de la administración pública, podemos obtener datos inequívocos acerca de la oriundez de dichos sujetos. Es el caso de Eduardo González, “natural de Oviedo, soltero, de veinte años, tabaquero y vecino de Industria ciento treinta y seis”³¹⁷, quien tuvo que declarar ante el juez en una causa por injurias a la autoridad en un suplemento de *El Productor* publicado el 16 de octubre de 1890. Pese a que el citado suplemento que daba lugar al proceso no era de la autoría de González³¹⁸, este tuvo que acudir a declarar debido a que ocupaba el puesto de director de *El Productor* en el momento de publicarse el documento. La primera indagatoria del juez, además, hacía hincapié en el férreo compromiso que el tabaquero ovetense demostraba tener con el obrerismo insular debido a su desempeño como secretario del Círculo de Trabajadores de La Habana. Según se puede derivar este último apunte del informe judicial, el varón asturiano de veinte años que declaraba “en veinte y uno de octubre de mil ochocientos noventa ante su señoría”³¹⁹ no era otro que Eduardo González Bovés, mencionado con anterioridad y miembro fundador e integrante de la primera junta directiva del Círculo de Trabajadores de La Habana³²⁰. Este joven tabaquero inmigrante fue, además, uno de los anarquistas más destacados en el desarrollo del Congreso Regional Obrero de la Isla de Cuba de 1892, siendo junto a Sandalio Romaele, Maximino Fernández y Enrique Creci “los que más vida daban al congreso” (Tellería, 1973: 40). Allí, según la información recogida por *La Discusión*, diario habanero que cubrió detalladamente las reuniones, González – alias *Eduardito*– presidió la segunda sesión de la asamblea obrera y se destacó en las dos siguientes por hacer alegatos en los que pedía formar “una organización que responda al movimiento progresivo de los principios emancipadores del socialismo moderno... Esa organización ha de verse representada por la bandera roja, símbolo del socialismo revolucionario”³²¹. A este alegato añadía que “aunque muchos trabajadores discrepen [del socialismo revolucionario] en el terreno de los principios, no debe ser así en el terreno económico”³²². La vehemencia de su discurso libertario fue in crescendo durante el desarrollo del congreso y, así, en la cuarta sesión, celebrada el 19 de enero, propuso como *otros fines a perseguir por los obreros* “el socialismo revolucionario en su forma anarquista”³²³ y firmó la moción de apoyo al movimiento independentista aprobada el día 19 y que, como hemos visto en el capítulo anterior, provocó la intervención de las autoridades censurando el acto y la posterior represión contra el obrerismo insular que, entre otras cosas, desembocó en la detención del propio Eduardo González Bovés.

³¹⁷ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 7. Legajo 188.

³¹⁸ Tanto la sentencia judicial como el testimonio del propio Eduardo González señalaron como autor del *Suplemento a El Productor* a Don Ángel Alberto Montenilla y Steling, un *individuo* que, según el acta, declaró ser natural de Nueva York y súbdito italiano. Montenilla envió el texto *injurioso* desde la cárcel de La Habana, donde cumplía pena por infidencia, hurto e injurias a la autoridad.

³¹⁹ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 7. Legajo 188.

³²⁰ ANC, Fondo Especial. Caja 13, Número 78.

³²¹ Para más detalle acerca de las intervenciones de Eduardo González en el Congreso Regional Obrero de la Isla de Cuba véase *La Discusión* entre el 15 y el 21 de enero de 1892.

³²² *La Discusión*. La Habana, 18 de enero de 1892.

³²³ *La Discusión*. La Habana, 20 de enero de 1892.

No fue este el único proceso seguido contra *El Productor* que nos aporta información acerca de alguno de los obreros peninsulares que formaron parte del anarquismo cubano. El 16 enero de 1892, en medio del clima de agitación social que rodeó la celebración del Congreso Regional de la Isla de Cuba, un texto que llevaba por título “Manifiesto de la Sección 1º de Mayo a los obreros de cuba” salía a la luz desde el mismo taller tipográfico en que se imprimía *El Productor*. El folleto, que según la información recogida en el acta judicial del proceso dictaminado contra sus autores³²⁴ tuvo una rápida difusión entre los trabajadores la misma mañana de su publicación, anunciaba la creación de un grupo anarquista que llevaría el nombre de Sección 1º de Mayo. Tal y como expusieron por escrito los miembros fundadores de esta asociación, la Sección nacía del espíritu combativo y solidario demostrado por los trabajadores el primero de mayo de 1890 al manifestarse para conmemorar los sucesos de Haymarket y reivindicar mejoras para su clase social. Señalaban, además, que sus enemigos eran “la explotación y el burgués, el estado y el mandarín”, contra quienes mantendrían una “guerra sin cuartel, guerra a muerte y empleando toda clase de armas siendo preferentes las que mejores resultados pudieran dar”³²⁵. De esta manera, el manifiesto anunciaba la creación en Cuba de un grupo revolucionario que no descartaba la utilización de la llamada *propaganda por el hecho* como método de imponer los planteamientos de su modelo social en la Isla. Pese a que este tipo de propaganda, violenta por lo general, no gozó de un apoyo masivo dentro del anarquismo por considerarse más contraproducente que beneficiosa, es innegable que fue utilizada por algunos de los elementos más radicalizados de la acracia. Según Elster (1999), este tipo de actos de protesta son más frecuentes en casos en los que los individuos son movidos por emociones de miedo y rabia o por estados de hambre y dolor -físico o afectivo-, aspectos que provocan que el elemento pasional prevalezca sobre los intereses y la razón a la hora de llevar a cabo una acción colectiva³²⁶. Fue precisamente este predominio pasional el que motivó la creación de la Sección 1º de Mayo. Las emociones crudas dominaban la segunda parte del manifiesto donde se culpabilizaba a la explotación, en términos biológicos y médicos, de la males que golpeaban al proletariado de la época:

Muchas razones hay para que la Sección tome con empuño la referida reducción [a ocho horas de trabajo]; pero entre ellas conviene apuntar las siguientes. 1º que el excesivo trabajo ataca a la salud del hombre debilitando su organismo y acarreándole la muerte o la vejez prematura. 2º que siendo los hijos de los trabajadores engendrados, sujetos sus padres a tales condiciones de trabajos, la especie humana irá cada vez perdiendo más en vigor y en salud, quedando su organismo sujeto a no poder funcionar con arreglo a lo que es en si la naturaleza humana y 3º y la más poderosa, que existiendo, como existe actualmente una gran sobranza de brazos de los que se dedican al trabajo trabajando muchas horas, los que alcanzan ocupación condenan al hambre, al crimen, a presidio o a la muerte a los que no lo alcanzan.

Bajo estos tres puntos de vista nada más entiende la Sección que debe ser tratado este asunto, dejando para otra clase de trabajos el tratarla bajo sus múltiples aspectos.

³²⁴ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 83.

³²⁵ ANC. Número de Orden 17. Legajo 83.

³²⁶ Elster estableció tres categorías que motivan las acciones colectivas y el comportamiento humano: los intereses, la pasión y la razón. Los intereses serían el principal motor de una acción colectiva, aquello que le otorga sentido. La razón es la capacidad imparcial que lleva a tomar decisiones racionalizadas que ayuden a conseguir un bien común mayoritario con el mínimo coste y actuando sobre la base de unos principios y normas marcadas de antemano. La pasión, sin embargo, es un elemento que muchas veces queda por fuera del control del individuo y/o el grupo y provoca, en ocasiones, una actuación explosiva y desenfrenada motivada por las emociones crudas. Toda acción colectiva, está afectada por elementos racionales y pasionales, siendo diferente, según el caso, el predominio de las actuaciones pasionales o racionales.

Con respecto al primer punto, la utilidad en la reducción es incalculable.

Si a la estadística se pregunta, ella contestará con lógica espeluznante, diciendo que más de la mitad de los trabajadores que bajan a la tumba no debieron a sus enfermedades más que al excesivo desgaste de fuerzas perdidas en el trabajo.

¡Jóvenes de ambos sexos tísicos cuando empezabais a entrar en la plenitud de vida, cuando dentro de un sistema social más justo hubierais podido apreciar los placeres infinitos que encierra la naturaleza para la mejor de sus creaciones, para el hombre, y que no cruzasteis por la tierra como fugaces relámpagos acompañados de vuestros inseparables esputos de sangre y de aquella tos seca que era como el terrible tic tic del reloj que anuncia al reo en capilla la proximidad de su muerte! ¡Levantaos de vuestras desiertas fosas y decid, decid a los trabajadores por nosotros, lo conveniente, lo útil, lo grande, lo sublime que entraña en sí la reducción a ocho horas del trabajo en el mundo entero con respecto a la salud de los trabajadores!

Trabajando más de ocho horas, el obrero no pudo asearse, porque para ello le falta tiempo, no puede instruirse, por la misma razón, y no puede esparcir el ánimo entregándose al recreo, tan conveniente para fortalecer el espíritu abatido, igualmente por falta de tiempo, y porque siendo rudos la mayor parte de los trabajos a que se entrega, después de concluida la cotidiana labor y después de haberse alimentado con una mala comida, no puede quedarle humor más que para acostarse y esperar con fatigoso sueño la aurora del nuevo día que debe saludarle ya en el taller.

En cuanto a la procreación, la reducción a ocho horas no ha de ser menos útil en cuanto a la salud. Cuando con las fuerzas mal repuestas cae el obrero en la cama y desempeña el más grandioso misterio de la reproducción, dígasenos, aquel germen de vida que brota de un cuerpo desanimado, abatido por la fatiga, de un cuerpo que no puede contener alegría, y que si entreabre sus labios será para brotar una maldición como débil protesta del infortunio, aquel germen, repetimos ¿podrá engendrar organismo sano y robusto? ¿No saldrá, ya que la herencia es fatal en este caso, débil, enclenque y enfermizo, de ánimo abatido y ¿por qué no decirlo? hasta con la horrible sombra de la maldición en sus inocentes labios, como copia de la del padre?³²⁷

Tras analizar este fragmento, resulta evidente la alusión a un dolor tanto físico como moral en la percepción de los trabajadores que suscribían este manifiesto fundacional. No es de extrañar que en un contexto en el que se consideraba a la explotación y, por ende, a quienes se beneficiaban de ella responsables de las afecciones y enfermedades congénitas de los trabajadores, se hablase también de llevar a cabo esa *guerra a muerte* contra los enemigos de la clase trabajadora de la que se hablaba en la primera parte del manifiesto.

Fue precisamente esa pasión acalorada la que, desde la Sección, se intentaba trasladar al resto de la clase trabajadora y la que provocó un proceso contra sus autores por un delito de *provocación a la rebelión por medio de la imprenta*. La primera declaración de esta causa fue tomada el día 20 de febrero de 1892 en La Habana a “D. José Taboada Martínez, natural de La Coruña, de 28 años, casado y relojero”³²⁸. Taboada, junto con el santclareño D. Florentino Cabrera y el malagueño Cristóbal Fuentes y Gómez, fueron señalados por la justicia como los miembros fundadores del grupo de acción anarquista Sección 1º de Mayo y los autores materiales e intelectuales de un texto que, según el criterio del juez, enardecía las prácticas sediciosas, lo que llevó a los tres encausados a cumplir pena de prisión. Esta fue mayor en los casos de Taboada y Cabrera, quienes estuvieron largo tiempo en busca y captura y fueron declarados rebeldes. Del tercero, Cristóbal Fuentes, en la documentación del Archivo Nacional relativa al caso, solo se conserva la sentencia de prisión. No existen datos sobre su testimonio acerca de la autoría

³²⁷ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 83.

³²⁸ ANC. Fondo Asuntos políticos. Número de Orden 17. Legajo 83.

del manifiesto de la Sección, pero el secretario encargado de levantar acta del proceso adjuntó documentación adicional relativa a una declaración anterior tomada a Fuentes el 21 de enero de 1891 por la publicación de un *texto sedicioso* cuya autoría era desconocida para las autoridades y que fue unida a esta causa.

Esta declaración, perteneciente a un proceso que no conllevó condena penal alguna, sirvió para identificar como *obrero sedicioso* a “Don Cristóbal Fuentes y Gómez, natural de Antequera, Málaga, soltero de treinta y un años, vecino de Gervasio, con instrucción, hijo de D. Cristóbal y Doña Antonia, sin antecedentes penales y que dijo conocer del Círculo de Trabajadores”³²⁹. No era casual que Fuentes fuera llevado ante el juez como sospechoso de redactar un texto que animaba a la lucha social de la clase trabajadora. Este tabaquero antequerano tenía una amplia trayectoria como líder obrerista, recorrido del que comenzamos a tener datos a partir de 1887, cuando participó de manera destacada en la serie de reuniones que compusieron el llamado Primer Congreso Obrero de Cuba. Como vimos en el capítulo anterior, en la primera de las asambleas, celebrada el día 8 de agosto de 1887, se aprobó sustituir el modelo de organización que se regía al activismo proletario de la época por otro más moderno y acorde con las nuevas necesidades de los trabajadores surgidas tras la puesta en marcha de un sistema socioeconómico marcado por el capitalismo y la industrialización de la producción cubana. Para crear los cimientos de esa nueva organización obrera se nombró una comisión en la que, junto a Fabre, Ángel Gregorio, Constantino del Campo y Pedro Domínguez, se encontraba el propio Cristóbal Fuentes³³⁰. Fue esta comisión, recordemos, la que determinó que, en lo sucesivo, debería “desaparecer todo vestigio de autoridad de las colectividades obreras” y que “la Federación de estas estaría basada en la solidaridad más amplia y perfecta”³³¹; es decir, fue la primera delegación que determinó de un modo concreto y *oficial* el rumbo libertario –jerárquicamente hablando– del movimiento obrero cubano de finales del siglo XIX. Acorde con esta línea de apoyo a los principios anarco-colectivistas, Cristóbal Fuentes también participó en la celebración del Primero de Mayo de 1890 en el que, por primera vez en la Isla, tuvo lugar el Día Internacional de los Trabajadores que conmemoraba la Revuelta de Haymarket. La implicación de Fuentes en el homenaje de los obreros cubanos a los Mártires de Chicago fue total desde el principio, ya que fue uno de los miembros de la asamblea reunida el 20 de abril de 1890 en el Círculo de Trabajadores en la que se acordó “celebrar una manifestación y un acto en la fecha del Primero de Mayo, de acuerdo con la decisión de la Segunda Internacional” (Fernández, 2000: 32). Llegado el día de la manifestación obrera, el tabaquero andaluz se contó entre los 23 oradores que tomaron la palabra en el mitin que tuvo lugar esa misma noche en el Salón Skating Ring de La Habana. Durante su turno de intervención, tal como recogió el diario obrero *La Lucha* el día 2 de mayo, Fuentes llevó a cabo un alegato a favor del federalismo y la solidaridad que debían de imperar en el seno de la clase trabajadora tanto cubana como internacional, haciendo hincapié en la necesidad de adaptarse organizativamente a las exigencias que nacían del nuevo modelo sociolaboral vigente en la Isla. Este discurso, según señala *La Lucha*, fue fervientemente “aplaudido por un salón lleno a reventar”. El éxito de esta intervención, sin embargo, no supuso el culmen de la carrera de Fuentes como uno de los líderes del movimiento obrero insular. Su compromiso con la causa proletaria le granjeó un enorme prestigio entre los trabajadores, hasta el punto de ocupar, en 1892, el cargo electo de presidente del Círculo de

³²⁹ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 83.

³³⁰ Véase *El Productor*. La Habana, 11 de agosto de 1887.

³³¹ *El Productor*. La Habana, 1 de septiembre de 1887.

Trabajadores de La Habana³³² y el de editor de *El Productor*, aspectos sobre los que volveremos más adelante. La trayectoria de Fuentes resultó un ejemplo palpable de ese binomio teoría-praxis del que venimos hablando a lo largo de todo este trabajo ya que aúna actividades desarrolladas dentro del marco de la legalidad, como eran los mítines y las manifestaciones aprobadas por el Gobierno Civil, y acciones clandestinas que clamaban por un tipo de reivindicación más directa y violenta como la que proponía la Sección Primero de Mayo en el manifiesto con que arrancó nuestra identificación de Cristóbal Fuentes.

El Manifiesto del grupo de acción de Fuentes no fue, sin embargo, el único suelto publicado por la imprenta de *El Productor* que generó problemas legales al semanario obrero. La publicación de un suplemento titulado “Al Proletario” –esta vez, a diferencia del texto de la Sección primero de Mayo, suscrito oficialmente por *El Productor*- volvió a sentar ante el juez a algunos de los miembros peninsulares de la redacción del periódico anarquista. El texto en cuestión, publicado a finales de septiembre de 1892, era una carta destinada “A los anarquistas de Cuba” firmada por el Director de *El Proletario* de Key West en la que se le preguntaba a su homólogo de *El Productor* acerca de su opinión sobre del anarquismo en la Isla y el posicionamiento de este movimiento social en cuanto al proceso de independencia de Cuba. Acto seguido, el autor de este suplemento, daba rienda suelta a su pluma y concedía una amplia contestación a estas preguntas en los siguientes términos:

Algunos han dado en la manía de creer que no se puede ser convencido anarquista, ayudando a los revolucionarios cubanos en la lucha que van a emprender por la emancipación de la Isla; y ha llegado, pues, el momento de abordar de frente la cuestión y probarles que para ser consecuente anarquista se debe trabajar por conseguir la absoluta independencia de la Isla de Cuba, de la dominación de España. Porque la Anarquía es variedad, descentralización, separación. Porque de la independencia de Cuba resultaría debilitado el Gobierno de España, y de ello habrían de beneficiarse lo mismo los anarquistas de la región cubana que los de la región española. Porque de cualquier modo que sea la manera como ha de manifestarse la rebelión de un hombre o de un pueblo en contra de la autoridad, es siempre un paso hacia la Anarquía. Porque así como la guerra franco-prusiana trajo consigo la Comuna de París, del mismo modo cualquiera revolución política puede ser ocasión favorable para llevar adelante nuestros ideales. Porque, como dice mi compañero Justo H. Schwab, nuestra indiferencia en esa lucha nos haría perder la ascendencia y el prestigio revolucionario que a costa de tantos sacrificios y víctimas hemos ganado entre las masas proletarias³³³.

El suplemento, que continuaba con reproducciones de cartas llegadas a la redacción que exponían un punto de vista similar al que sintetiza este fragmento, puso inmediatamente en funcionamiento la maquinaria censora del Estado, la cual se apresuró a retirar de los puntos de almacenaje las copias aún no vendidas del suelto. Debido a la precariedad económica de las publicaciones obreras, que en muchos casos dependían exclusivamente de la colaboración y las aportaciones de sus lectores, muchos de esos lugares en los que se almacenaba para su venta *El Productor* eran, simplemente, los domicilios de sus propios redactores y directivos. De este modo, como parte de la operación de censura que requisó los ejemplares del suplemento “Al Proletario”, se realizó un registro domiciliario “en la calle de Zanja número sesenta y tres donde habita[ba] D. Crescento Martínez que dijo ser natural de Ávila, soltero de veinte y siete años, del comercio y Administrador del

³³² ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 2. Legajo 155.

³³³ *El Productor*. Guanabacoa, 29 de septiembre de 1892.

periódico *El Productor*³³⁴. En esta actuación de los cuerpos de represión estatales “se ocuparon doce ejemplares de la referida publicación para remitirlos al señor Juez de Primera Instancia del Pilar³³⁵” para que determinase las medidas pertinentes. Tomada declaración al señor Martínez en calidad de Administrador del semanario anarquista, este señaló que la persona que hizo llegar el manuscrito original del suplemento a la redacción de *El Productor* fue un tal Elías Alemany, ignorando si este fue realmente el autor del mismo o simplemente el encargado de enviar el texto al periódico. Tras esta primera pesquisa, el 14 de octubre el juez mandó declarar a un “individuo de estatura alta, de ojos, pelo y barba negra [...] que dijo llamarse Elías Alemany Rodríguez, natural de Canarias de treinta y tres años de edad, soltero, hijo de Bartolo y Doña Josefa, sin apodo conocido, con instrucción y preso en la Cárcel de esta ciudad por el delito de desacato a la Autoridad”³³⁶. El propio Alemany, al ser preguntado sobre las cuartillas enviadas a *El Productor* para su publicación, admitió ser su autor y firmante. El declarante afirmó también que no era miembro de la redacción del semanario obrero y que tampoco recibía ningún tipo de retribución por parte del mismo. Añadía además que estos trabajos periodísticos esporádicos los remitía también a otro periódico de carácter ácrata llamado *El Libre Pensamiento*. La confesión de Alemany, quien se negó a escribir un texto para que se pudiese comparar la caligrafía con la de las cuartillas originales, no convenció, sin embargo, a las autoridades que, basándose en el Artículo ochocientos de la Ley de Enjuiciamiento Criminal que determinaba que no era “bastante la confesión de un supuesto autor para que se le tuviera como tal”³³⁷, sentenciaron que, al no poder demostrarse la culpabilidad de Alemany, debían “ser reputados como autores los directores de la publicación responsables subsidiariamente en primer término del escrito o estampa publicados”³³⁸. En consecuencia, la pena recayó sobre el entonces director de *El Productor*, D. Juan Mauro y Suárez, natural de La Habana, quien fue sentenciado a prisión sujeto a una fianza de cinco mil pesetas en metálico.

La declaración de Alemany, si bien no nos aporta información concluyente acerca de la verdadera autoría del texto sí que nos pone sobre la pista de un periódico, *El Libre Pensamiento*, que, si bien no se declaraba abiertamente ácrata, publicaba textos que invitan a pensar en la simpatía de sus directivos hacia los planteamientos libertarios. Pese a que este semanario no tuvo ni la relevancia ni la acogida entre el proletariado de la que gozó *El Productor*, la naturaleza subversiva de alguno de sus textos también derivó en algún proceso judicial contra sus dirigentes que nos permite seguir la pista de los anarquistas peninsulares de Cuba. Es el caso del juicio por injurias al presbítero Emilio Fernández González seguido contra D. Ramón Vidán Buyo y Enrique Picón Fernández. El enjuiciamiento comenzó con una denuncia por calumnias impuesta por el propio Emilio Fernández al autor de un texto sin título, publicado el 23 de noviembre de 1891, que comenzaba con las palabras “Del Pueblo del sábado” y que hablaba de una supuesta corrupción económica en la que presuntamente tomó parte el propio denunciante. La querella interpuesta por el presbítero llevó ante el juez a “Don José Ramón Vidán y Buyo, natural de La Coruña, casado, de cuarenta años de edad, casado y con tres hijos, Director y Administrador del periódico *El Libre Pensamiento*, vecino de Maloja ciento cinco”³³⁹. Este coruñés declaró que el autor del texto original fue Enrique Picón Fernández quien

³³⁴ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 1. Legajo 177.

³³⁵ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 1. Legajo 177.

³³⁶ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 1. Legajo 177.

³³⁷ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 1. Legajo 177.

³³⁸ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 1. Legajo 177.

³³⁹ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 5. Legajo 196.

envió las cuartillas originales desde la cárcel en la que se encontraba por un delito anterior que no se recoge en las actas. Debido a esta acusación, se tomó declaración a Enrique Picó y Fernández “natural de Zafra, provincia de Badajoz, de treinta y cuatro años, soltero, barbero”³⁴⁰ que reconoció que la carta que acompañó a las cuartillas originales del artículo la escribió de su puño y letra a instancia de José Ramón Vidán, quien le dijo que dicha carta era para apoyar un artículo político, pero nunca para injuriar a ninguna persona. Dijo, además, que solamente envió una carta de apoyo a un texto que creía exclusivamente político pero del que desconocía su contenido, no siendo, en consecuencia, el autor de las cuartillas. La comprobación caligráfica entre estas y la carta remitida por Picón evidenció su inocencia, lo que derivó en una petición por parte del fiscal de una multa por injurias y una condena de prisión por falso testimonio a José Ramón Vidán.

El de *El Libre Pensamiento* no fue un caso aislado de denuncia hacia un periódico de tendencia anarquista de pequeña o mediana tirada. *La Dinamita*, un semanario que al igual que *El Libre Pensamiento* daba difusión a textos libertarios sin declararse abiertamente a favor del socialismo revolucionario, también tuvo problemas con las autoridades debido a este tipo de publicaciones³⁴¹. En alguno de los procesos judiciales en los que se vio envuelto *La Dinamita* también encontramos rastro de actividad propagandística por parte de los ácratas españoles afincados en Cuba. Este semanario habanero, autodeclarado como “periódico obrero”, vio la luz poco después de la celebración del Primer Congreso Obrero de Cuba, siendo, por tanto, producto del arrebato obrerista que derivó de dicha asamblea (García, 1998). Surgido en medio de un clima de conflictividad social por el que las autoridades comenzaban a fijar su mirada en el movimiento obrero, los problemas legales no tardaron en llegar. Así, el dos de octubre de 1888, a consecuencia de un texto titulado *Cleribestiadas*³⁴² publicado en el número correspondiente al 15 de septiembre de ese mismo año, se llamó a declarar al director del periódico. Ante “Su Señoría y el secretario compareció D. Emiliano Herrera y Ugarte que expresó ser natural de Burgos, vecino de industria ciento veinte y nueve, soltero, director del periódico La Dinamita y de treinta y dos años”³⁴³, quien afirmó que los sueltos originales de *Cleribestiadas* fueron remitidos a la redacción por D. Saturnino Álvarez, el cual se encontraba preso en la cárcel de La Habana. Saturnino García Álvarez, “natural de Pamplona, soltero, de veinte y nueve años de edad, periodista, hijo de Saturnino García y Gala, teniente de Voluntarios del Batallón Segundo de Ligeros”, se identificó como el autor del artículo aparecido en *La Dinamita*. Esta confesión fue tomada por válida por el juez,

³⁴⁰ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 5. Legajo 196.

³⁴¹ Pese a que ambos periódicos no declaran abiertamente anarquistas, como si lo hiciera *El Productor* en su segunda época, tanto *La Dinamita* como *El Libre Pensamiento* son susceptibles de ser clasificados como publicaciones afines al ideario anarquista. Tanto el tipo de terminología que utilizaban como los continuos ataques que, desde sus páginas, se propalaban contra la Iglesia y el Estado, permiten afirmar que estos dos semanarios son, cuando menos, simpatizantes de los planteamientos del socialismo revolucionario.

³⁴² El artículo *Cleribestiadas*, publicado el sábado 15 de septiembre por el semanario *La Dinamita*, resultó ser un ataque frontal contra las autoridades eclesiásticas de la Isla. El radicalismo anticlerical del texto queda de manifiesto en frases como “Que flamencote me ha salido el parrotáico. Mía tú que robarse muchachitas y traerlas a Carlos tercero, tiene tres pares de... bemoles” (refiriéndose al párroco de la vecindad de Quemados) o “Monseñor, no debe tumbarse tanto a la bartola y cobrar al Estado” (en alusión al Obispo de La Habana). La agresividad del texto, aprobado por *La Dinamita* para su publicación, y su contenido profundamente anticlerical en el que se relacionan los abusos de la Iglesia con la complicidad del Estado en detrimento de las clases populares, son un indicador de que, tanto el autor, como la publicación que dio difusión al escrito eran afines a, al menos, ciertos puntos del programa del socialismo revolucionario.

³⁴³ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 6. Legajo 170.

quien dictó para el acusado una pena de un mes y un día de arresto mayor que se sumaría a la que el condenado se encontraba extinguiendo.

Además de por agravios contra la Iglesia, *La Dinamita* tuvo problemas legales por la publicación de artículos injuriosos que atacaban a las autoridades militares de la capital. Tan solo dos semanas después de la publicación del texto de Saturnino García Álvarez, Emiliano Herrera y Ugarte volvía a ser llamado ante la justicia en calidad de director de *La Dinamita* para realizar una declaración que permitiese identificar al autor de un texto publicado en su periódico el 26 de septiembre de 1888 en el que “injuria[ba] a la Autoridad militar que representa[ba] el Coronel D. Manuel Nieto Múgica”³⁴⁴. Tras la comparecencia de Emiliano Herrera fue citado como presunto autor del texto “D. Alberto de Barco Plaza, natural de Burgos, soltero de veinte y nueve años”³⁴⁵, quien negó la autoría que se le imputaba. Ante esta negación y basándose en el artículo 21 de la Ley de imprenta que establecía la posibilidad de tomar declaración también “al jefe o Regente del establecimiento donde se había hecho la impresión”³⁴⁶, se hizo personarse ante el juez a “D. Joaquín Mascuñana y Manllin que dijo ser natural de Cádiz, casado, mayor de edad, regente y vecino de la imprenta La Tipográfica”. El impresor gaditano señaló no solo desconocer quién era el autor de los sueltos que dieron lugar a la causa, sino que tanto ese número de *La Dinamita* como los anteriores, no fueron impresos en el taller que regentaba, pese al pie de imprenta que aparecía en todos los ejemplares. Con esta información, el juez volvió a llamar a Emiliano Herrera para indagar acerca de la imprenta donde se estampaba su semanario que regenta. El editor dijo que entregó las cuartillas del número correspondiente al 26 de septiembre a uno de los regentes que, según creía, trabajaban en la Imprenta de Romero Rubio aunque no recordaba el nombre de dicho regente ni de las demás personas presentes en el obrador. Ante la falta de más datos y la imposibilidad de identificar fehacientemente la autoría de intelectual y material del texto, el juez procedió a secuestrar la tirada del semanario y a indultar a los encausados por falta de pruebas.

Si, como hemos dicho, el Primer Congreso Obrero de Cuba de 1887 sirvió para dar impulso a la actividad periodística del obrerismo insular y potenciar el radicalismo de su discurso, no fue distinto el caso del Congreso Regional Obrero de la Isla de Cuba de 1892. Un ejemplo de ello, que además nos permite identificar a multitud de anarquistas peninsulares en Cuba, nos lo ofrece el semanario anarquista *El Trabajo. Órgano oficial de la Junta Central de Trabajadores de la Región Cubana*, el cual gozó de un prestigio similar al de *El Productor* entre los trabajadores de la Isla ya que, tras la clausura de este, tomó su relevo como la publicación de carácter socialista de mayor impacto en la Isla. Acorde con el radicalismo de su línea editorial y envuelto en el clima de tensión social en que se vio inmerso el movimiento obrero tras la clausura forzosa del congreso, *El Trabajo* publicó el 11 de mayo de 1892 un suplemento titulado *Al Público* que fue inmediatamente encausado por provocación a la sedición debido a su insubordinación ante las medidas represivas tomadas por el Gobierno de la colonia contra el movimiento obrero:

Los trabajadores, que suscriben, conceptuando una infracción de la ley cuanto en estos últimos días ha estado haciendo el Gobernador Regional, protestan de que tal autoridad, abrogándose facultades que no creemos tenga, pisotee los derechos que las leyes nos conceden a todos los ciudadanos.

³⁴⁴ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 170.

³⁴⁵ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 170.

³⁴⁶ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 170.

La constitución del Estado, las leyes de Asociación y de Reuniones públicas, todo ha sido para nuestra primera autoridad un mito, por cuanto no ha concedido, a título de porque sí, las reuniones que con arreglo a la ley se han solicitado. No parece más que el estado de sitio se ha declarado y por tanto suspendidas todas las garantías constitucionales. Se pretende que nos reunamos, para impedir que nos pongamos de acuerdo en lo que concierne a nuestros intereses, y esto es una infracción de la ley, es atentar a los derechos, es pisotear las leyes, es ponerse incondicionalmente, aunque de una manera indirecta, del lado de nuestros explotadores, cuando debiera permanecer neutral en la contienda.

[...] Así, interpretando a su manera la ley y lo previsto en el Código Penal, nos arrebató el Sr. Gobernador cuanto las leyes nos conceden, colocándonos en una situación sumamente tirante. De ahí que protestemos, sino a la altura del agravio, al menos en la forma que nuestras fuerzas nos permiten y nuestra dignidad nos reclama. Y vosotros, trabajadores, ya lo veis. Se nos coloca fuera de la ley, no con buenas intenciones. Nosotros debemos responder, cual corresponde a hombres libres y dignos. Los acuerdos de Irijoa deben cumplirse, opóngase quien se oponga. Los obreros que estiman en algo su dignidad, no necesitan reuniones para ponerse de acuerdo. Cuando sus intereses y derechos se ven hollados, precisamente por quien más debiera respetarlos, ocupan a tiempo su puesto y cumplen con su deber. Trabajadores, a cumplimentar los acuerdos de Irijoa³⁴⁷.

Este artículo, que representaba una protesta obrera generalizada contra las medidas coercitivas puestas en marcha por el gobernador contra el desarrollo de cualquiera de las actividades propias del movimiento obrero, fue suscrito de manera pública, al final del texto, por 167 trabajadores³⁴⁸, lo que en la práctica se tradujo en un juicio que requirió de la comparecencia de hasta 173 personas. La mala conservación del acta judicial de esta

³⁴⁷ *El Trabajo*. La Habana, 11 de mayo de 1892.

³⁴⁸ El suplemento a *El Trabajo* contenía al final del mismo un listado con el nombre y los apellidos de todos aquellos trabajadores que suscribían el contenido del mismo, de los que lamentablemente no se determina su procedencia: José Amigo, José Río Díaz, Enrique Creci, Bernabé Camacho, Juan Hernández, José Desiderio Carballo, Aurelino Álvarez, Ignacio Mejías, Domingo R. y Marcelino Alonso, Juan Morales, Francisco París, Vicente Fraga, José Eugenio Lozano, Valentín Morán, Rafael Febles y Pérez, Herminio Silveyra y Cisneros, Ricardo Velasque, José Fernández, Clemente Rodríguez, José Lozano, Tomás González, Manuel Albilleira, Cipriano Montero, Mariano Gimenez, Mariano Martínez, Ricardo Aguirre, Antonio Díaz, Indalecio Grande, Arturo Román y Pérez, Narciso Bazartt, Salvador Torrealba, José Calabar, Eleuterio Silva, Juan Capetane, Severiano Silva, Juan Armas, Fernando Menéndez, Adolfo Silva, Leandro Silva, Bonifacio Mayol, Genaro Rodrigaez, Pantaleón Alvarado, Andrés Pastoriza, Francisco Carmona, Manuel Sanchez, Antonio Planco, Antonio Cabañas, Ramón Blanco, Benito García, Manuel Vigo, Feliciano González, Manuel Recaréz, Ramón Bernardo, José Rodríguez, Pedro Ponga García, José Sánchez, José Rubio, Guillermo Morejón, Rafael A. Valdés, José B. Roca, Luis Fernández, Antonio B. Hernández, Santiago Saniago, José Porto, Félix Torrens, Miguel Tito, Echevarría, José Prende, Manuel González, Eugenio Villega, Ángel Díaz Pérez, Manuel Santamarina, Eulogio Oviedo, Manuel Carcacés, Santiago Prieto, Domingo Sinzo, Arturo Valdés, Agapito Moval, José Cantero, Nicolás Rivera, Bernardino Grillo, Benito Bendeal, Víctor Iglesias, Claudio Pérez, Emilio Valdés, M. Fernández, Ángel Armas, José Matalobe, Manuel Martínez, José Fonticoba, H. Antonio Pérez, Nicolás Chao, Rafael García, Manuel Nieto, Vicente Pereira, Tranquilino Campos, Juan Domingo Rober, Benito Vázquez, Manuel Díaz Suárez, Antonio Menéndez, Rafael Ríos y Suárez, Benito Arango, Rafael Vázquez, Agustín Tarrago, Remigio Llana Inclán, Adolfo Moreu, José Manuel García, Luis García, Emilio González, Enrique Faure, Manuel Lorenzo, Enrique Tintera, Nicolás Sarrá, Esteban Peña, Feliciano Fernández, Manuel Pineda, Juan H. Brito, César García, Esteban Formoso, Pedro Gens, Manuel Pardone, José Sario, Domingo González, José Rodríguez, Antonio Carrillo, Andrés Gutierrez, Silverio López, Antonio Bueno Álvarez, Cesáreo González, Agustín Blanco, Agustín Rodríguez, Ignacio Lastra, Vidal Martínez y Revero, Esteban Llop y Valdés, Hermenegildo Pérez, Fernando Guerra, Dámaso Pedroso, Lázaro González, Alberto Muñoz, Prudencio Grenet, Justo Morales, Cipriano Belan, Joaquín Savorro, Sebastián Fernández, Adolfo González, José Paredes Gomes, Félix Sanchez, Cándido García, Agustín Estrada, Crescente Mertín, Cándido V. Macanty, Cristobal Fuente, Cosme Carce, Eulogio Montenegro, Joaquín Hernández, J. Francisco Orta, Gregorio Castillo, Manuel Menéndez, José Fraga, Eduardo González, Francisco Cuscart, José Antonio, Sebastián López, Alberto Comas.

causa solo nos permite tener acceso a aproximadamente una cuarta parte de estas declaraciones, de las que, si exceptuamos a aquellos que ante su incomparecencia fueron declarados en busca y captura –caso de Enrique Creci-, nos da como resultado un volumen de 37 acusados³⁴⁹. De estas casi cuarenta declaraciones, veinticinco corresponden a obreros peninsulares afincados en Cuba (ANEXO XIII), lo que nos da una idea de la relevancia, al menos cuantitativa, que estos tenían dentro del movimiento obrero de finales del siglo XIX. Si nos centramos en la edad de estos trabajadores, observamos cómo mayoritariamente son hombres mayores de 25 años, constituyendo un porcentaje del 80% sobre el total de los encausados a los que hemos tenido acceso por las fuentes.

En cuanto al estado civil que presentaban los firmantes del suplemento a la hora de prestar declaración la mayoría resultaron ser solteros; catorce frente a los siete que afirmaron estar casado y los cuatro que no hicieron referencia alguna a su situación familiar. Más disparidad encontramos al examinar el oficio que desempeñaban los encausados, donde tenemos a siete dependientes de fonda, seis cocheros, cuatro tabaqueros, tres carpinteros, dos confiteros, un pintor y un repartidor de periódicos. Si bien la diversidad de oficios imposibilita identificar ninguno de ellos como verdaderamente predominante, sí que nos permite observar una mayor representatividad del sector terciario. No es de extrañar, sin embargo, esta preponderancia de los llamados *servicios* dentro del movimiento obrero en una sociedad como la que venimos analizando a lo largo de este estudio. Al igual que ocurrió en otros puntos de América Latina que experimentaron un acelerado y desordenado proceso de modernización a partir de la década de 1870, en Cuba se conformó, como consecuencia directa de ese proceso, una clase obrera ocupada en fábricas importantes, en una multitud de talleres, en infinidad de comercios y en el sector servicios. Esta sociedad, urbanizada a marchas forzadas, presentaba ciertos rasgos que favorecían el arraigo de ciertas tendencias contestatarias, entre los cuales el de mayor notoriedad quizás fuera “la constante movilidad horizontal y vertical (ascendente y descendente) de un cuerpo social que no terminaba de constituir una fisonomía definitiva y que, aunque permitía el ascenso y bienestar de una parte de los trabajadores, excluía a otra porción significativa” (Suriano, 2004:18). A este estado de movilidad social permanente, acentuado por la enorme oleada migratoria recibida por la Isla a partir del último tercio de siglo, hay que sumarle la escasa presencia del Estado a la hora de resolver los problemas más acuciantes de los trabajadores. Esta inoperancia estatal a la hora de poner en marcha medios de conciliación y arbitraje a las divergencias entre capital y trabajo en asuntos que, muchas veces, eran simplemente cuestiones de equidad o justicia alimentaba las dudas respecto a la indispensabilidad de la figura del Estado, generando en el seno de esta sociedad urbanizada unas condiciones idóneas para el arraigo de los planteamientos anarquistas (Falcón, 1987).

Al margen de esto, otro dato sumamente relevante que puede extraerse del multitudinario juicio llevado a cabo contra los signatarios del *Suplemento a El Trabajo* es el elevado número de encausados pertenecientes al Cuerpo de Voluntarios. Como vimos en el capítulo anterior, la precaria situación sociolaboral de este cuerpo armado y de las capas subalternas del Ejército regular los había llevado a tener que emplearse en otra clase de trabajos, entrando en contacto con los obreros y creando con ellos lazos de solidaridad. Hay que tener en cuenta que, tras la Guerra de los Diez Años, el número de miembros de cuerpos militarizados había aumentado considerablemente debido a las ventajosas condiciones que el gobierno concedía a quienes decidían defender de forma

³⁴⁹ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 2. Legajo 155.

armada los intereses de España en sus colonias (Moreno y Moreno, 1993). Este hecho provocó que multitud de peninsulares, sin una firme convicción ideológica sobre el integrismo españolista, utilizasen el alistamiento únicamente como vía migratoria y de integración en el Nuevo Mundo, provocando una *desconcienciación* de un Ejército regular y unas milicias que, cada vez con más asiduidad, veían cómo sus nuevos miembros se identificaban más con la causa obrera que con los principios que regían las instituciones marciales. Tal como señalamos, la participación de estos soldados (y de sus armas) en las distintas acciones reivindicativas llevadas a cabo por el movimiento obrero cubano en las décadas de 1880 y 1890 fueron un factor decisivo en la conquista de alguna de las demandas obreras. Resulta llamativo cómo, a diferencia de lo reflejado en las actas de procesos anteriores acaecidos contra publicaciones consideradas subversivas, en el caso de la multitudinaria causa que nos ocupa, el poder judicial sí se preocupó de dejar constancia oficial de los antecedentes castrenses de los imputados. Este hecho, cuando menos, es indicador del nerviosismo existente en el Gobierno colonial ante el hecho de que hubiera elementos militarizados –y muy probablemente armados– en el seno de una clase social trabajadora, ya de por sí afligida e irritada, a la que en esos momentos se la estaba hostigando por cualquier actividad que desempeñase, aunque esta estuviera amparada por la Constitución. Al igual que ocurría con el nacionalismo independentista cubano desde principios del siglo XIX, el movimiento obrero se había convertido, en la postrimería de la centuria, en una verdadera amenaza para la estabilidad del sistema socioeconómico y político de la Isla; en una amenaza que había ido en aumento a medida que el riesgo de la participación de la clase obrera en un conflicto armado –propio o ajeno– comenzaba a hacerse palpable.

Ante esta situación, no solamente las publicaciones periódicas sufrieron el constante acoso de la maquinaria coercitiva de un Estado dispuesto a cercenar cualquier brote de insurrección que apareciese y que pudiera desembocar en un conflicto de mayores dimensiones. Las asociaciones obreras, en especial aquellas afines al programa anarquista, también padecieron, desde la celebración del Primer Congreso Obrero en 1887, una intensa oleada represiva, lo que nos permite hacer una identificación de algunos de los elementos peninsulares que tomaron parte en ellas y rellenar algunos de los vacíos documentales que presentan los registros de este tipo de sociedades. De este modo complementemos la información obtenida de las causas levantadas contra los periódicos y podremos elaborar un perfil del anarquista peninsular en Cuba que tenga en cuenta datos correspondientes a ese binomio teoría-praxis que caracterizaba al movimiento libertario. La primera de las sociedades de la que, por motivos legales, tenemos constancia es la *Sección de Cocheros de alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana*, más tarde conocida como *Unión de Cocheros de La Habana*. Esta sociedad comenzó a configurarse en 1883, pero no tomaría forma definitiva hasta el 12 de julio de 1888, fecha en que el Gobernador Civil de la capital aprobó su reglamento, con exclusión de los artículos del 42 al 47 y del 53³⁵⁰. Como hemos visto con anterioridad, la Sección de Cocheros fue una de las asociaciones más destacadas, en cuanto a conflictividad social, tras la celebración en 1890 del primer Primero de Mayo, pero su andadura *revolucionaria* comenzó con anterioridad, en su reglamento. Desde la primera línea de este estatuto fundamental, espacio dedicado al objeto que perseguía la entidad, se daba buena muestra de ello al señalarse que:

Esta Sección tiene por objeto reunir a los trabajadores de este oficio residentes en esta localidad para que uniéndonos con los del mismo oficio de la Región, formemos parte de la

³⁵⁰ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14663. Legajo 437.

Federación Regional del oficio y ésta federándose con las Federaciones de oficios similares constituyan la Unión de Oficios. Federándonos también con las Secciones obreras de la localidad, constituyamos la Federación local, que en unión de las demás federaciones locales, forman la Federación de Trabajadores de la Isla de Cuba.

Esta Sección reconoce que solo dentro de la Federación de Trabajadores de la Isla de Cuba, y haciendo solidarios sus esfuerzos, pueden los trabajadores realizar seguro y radicalmente, su emancipación económica y social, destruyendo para siempre el parasitismo del capital, que hoy esteriliza y anula los esfuerzos del trabajo.

Se compromete, por lo tanto, a no tener otra organización, congresos y estatutos, que los de la Federación Local, Federación de oficio, Unión de oficios símiles y Federación de Trabajadores de la Isla de Cuba³⁵¹

A la vista de este fragmento resulta innegable que, en el momento de su fundación, la *Sección de Cochero de Alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana*, se encontraba imbuida por el espíritu asociativo-revolucionario que derivó de la celebración del Primer Congreso Obrero de Cuba, en donde se apostó por la configuración de una gran Federación Obrera Cubana que siguiese los pasos de la anarquista Federación de Trabajadores de la Región Española (Casanovas, 1995). El entusiasmo y el optimismo de estos trabajadores del transporte quedaron patentes en el modo en que hacían referencia a la Federación de Trabajadores de la Isla de Cuba, con la cual, pese a no existir, se comprometían al cumplimiento de los dictados de sus congresos y estatutos. Tanto su ímpetu federalista como el modelo societario que los inspiraba, apuntaban a una influencia bakuninista que se hacía palmaria en el siguiente punto, dedicado a los *Medios* para realizar el *Objeto*:

La Sección considera como medios para realizar este objeto:

- 1.- Construir una caja de resistencia para luchar contra la tiranía del capital monopolizador.
- 2.- Estudiar las condiciones morales y materiales del oficio.
- 3.- Procurarnos por todos los medios posibles la enseñanza integral, la cooperación federalista solidaria de consumos, la asistencia mutua, socorros, defensa y colocación.
- 4.- Todo lo que sin crear nuevos privilegios, ni aun para nosotros mismos, tienda más o menos rápidamente a la destrucción de los que existen, y que nos condenan a vivir considerados como simples máquinas.
- 5.- Todo lo que tienda a que los frutos del trabajo sean propiedad del trabajador, y que los instrumentos del trabajo sean propiedad colectiva de las colectividades obreras que los emplean. El Trabajo para todos: el fruto del trabajo para el que lo produzca.
- 6.- Todo lo que tienda a realizar en la práctica el lema de nuestra Federación Regional: *No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes*³⁵².

Este fragmento resulta muy clarificador a la hora de encuadrar a la Sección de Cocheros dentro de los planteamientos del anarco-colectivismo más ortodoxo, ya que hablaba de extinguir todos los privilegios -incluidos los que pudieran tener los trabajadores³⁵³-, de repartir el fruto del trabajo solamente con aquellos que lo producen y, sobre todo, de

³⁵¹ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14663. Legajo 437.

³⁵² ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14663. Legajo 437.

³⁵³ Este pequeño matiz, que quienes redactaron el estatuto de la *Sección de Cocheros de alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana* se encargaron de resaltar, no resulta baladí, ya que resulta ser una clara alusión, en grado de contraposición, a las teorías y estrategias marxistas. Marx (2004), siguiendo con la línea de pensamiento iniciada por François Babeuf, plasmó en su *Manifiesto Comunista*, la idea de que la revolución debía ser llevada a cabo por una vanguardia proletaria que, apoyada por las masas, se instauraría al frente de la revolución y la mantendría hasta que, por un proceso paulatino de concienciación, su actuación como guía ya no fuese necesaria. Esta estrategia, conocida posteriormente como la dictadura del proletariado, fue -y sigue siendo- muy discutida por el sector colectivista del anarquismo, quienes ven en ella un mero cambio de protagonistas en la estructura de explotación del hombre por el hombre.

organizar la propiedad de los medios de producción por medio de colectividades y no mediante un modelo estatal que sirviera de árbitro. Entre quienes confeccionaron este texto estatutario se encontraban cuatro españoles de los que ya hemos hablado con anterioridad por su implicación en la publicación del *Suplemento a El Trabajo* el 11 de mayo de 1892: José Fonticobe, Benito Verdial, Pedro Lens y José Cabalar³⁵⁴. Estos tres cocheros peninsulares desempeñaron los cargos directivos de vocales en la *Sección de Cocheros de Alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana*, durante varios años consecutivos, siendo reelegidos por votación en todas y cada una de las elecciones internas celebradas por el sindicato. Tanto estas reelecciones como su presencia en la causa celebrada contra los firmantes del suplemento de 1892, nos dejan entrever la gran reputación y la enorme trayectoria revolucionaria que estos trabajadores peninsulares tuvieron dentro de un colectivo tan activamente reivindicativo como fue la sección de cocheros. De especial relevancia fue la dedicación a la causa proletaria del gallego Pedro Lens a quien, en nota de la asamblea ordinaria de enero de 1894, se le agradecía fervientemente “su actividad a favor de esta sección desde las páginas de la prensa obrera”³⁵⁵, siendo esto indicador de que, a pesar de la persecución y las condenas contra su persona, Lens continuó utilizando los periódicos como plataforma desde la que difundir sus concepciones obreristas.

La importancia combativa de la Sección de Cocheros en la Cuba de finales del siglo XIX resulta innegable, pero si existió en la época una asociación obrera que contribuyó a cambiar los parámetros del movimiento obrero insular, esta fue sin duda el Círculo de Trabajadores. Tras el enorme éxito de aceptación obtenido entre el proletariado de la capital, la directiva del Círculo de Trabajadores decidió llevar a cabo una ampliación de su radio de acción con el fin de adaptarse a los nuevos principios asociativos emanados del Primer Congreso Obrero de Cuba y funcionar como un verdadero ente federativo. Como señalamos en el capítulo anterior, inmediatamente después de la aprobación del “Manifiesto-programa” del Círculo, una comisión formada por Enrique Messonier, Eduardo González Bovés, Julio Fabre y Enrique Creci realizaron un periplo por distintas localidades de la Isla para propagar los beneficios que su asociación³⁵⁶ proporcionaría a los obreros. El fruto de estas expediciones propagandísticas, como vimos, fue la proliferación de entidades proletarias que, desde sus lugares de origen, asumieron como propio el nombre de Círculo de Trabajadores (Colodrón, 2017). Pese a que estas entidades se acogieron al derecho de asociación recogido en la Constitución española, dado el origen reivindicativo que promovió su nacimiento, su existencia no estuvo exenta de problemas con la ley que nos permiten rastrear algunos elementos peninsulares que jugaron un importante papel en su desarrollo. Siguiendo el orden cronológico en que fueron apareciendo las distintas *réplicas* de la institución habanera de las que tenemos

³⁵⁴ Es posible que, además de los citados, existiesen más sujetos peninsulares en la directiva de la *Sección de Cocheros de alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana*. La presencia de apellidos como Irazábal, Ferreiro o Andreu, invitan a pensar en un más que probable origen transoceánico, pero la ausencia de documentación que sustente esta hipótesis nos obliga a desechar esta idea en nuestra reconstrucción del perfil del anarquista español en Cuba.

³⁵⁵ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14663. Legajo 437.

³⁵⁶ Cabe recordar que tal y como señala José Rivero (1952: 269) estos comisionados, todos ellos de demostrada tendencia anarquista, se dedicaron de manera *extraoficial* a difundir a lo largo y ancho del territorio cubano los principios del socialismo revolucionario mientras cumplían su tarea de propagandistas del Círculo de Trabajadores de La Habana. De igual forma que ocurriera con la campaña llevada a cabo por Fanelli en la Península a petición de la AIT (Lida, 1972: 136-147), la actividad de la expedición cubana contribuyó a la asimilación del dogma anarquista como parte del modelo asociacionista del Círculo.

constancia, la primera de la que nos debemos ocupar es del Círculo de Trabajadores del Pilar, cuyo reglamento fue remitido al Gobernador Civil de la Provincia el 27 de agosto de 1888³⁵⁷. En esencia, las bases estatutarias de esta institución son las mismas de las de su homónimo capitalino, marcándose como objetivos principales la difusión de la instrucción entre la clase trabajadora mediante el establecimiento de escuelas, bibliotecas y certámenes públicos y el libre asociacionismo de trabajadores sin participación alguna de elementos ajenos a la clase obrera. Al margen del papel que pudiera haber tenido el ovetense Eduardo González como miembro de las expediciones propagandísticas del Círculo de Trabajadores de La Habana, en El Pilar encontramos a otro peninsular entre aquellos que conformaron la junta directiva de esta primera *réplica*: Pedro Merino. Merino, al que recordaremos por su labor como máximo dirigente de la Junta Central de Artesanos³⁵⁸, su trabajo como presidente de algunas de las asambleas que conformaron el Primer Congreso Obrero de Cuba³⁵⁹ y su papel de coordinador de la combativa huelga de gráficos de 1883 (López Álvarez, 1991: 25), fue nombrado presidente del Círculo de Trabajadores de El Pilar ya desde la Junta General Preparatoria en la que se redactó el Reglamento de esta institución. Este cargo lo desempeñaría hasta la disolución de la sociedad por problemas económicos el 8 de febrero de 1890³⁶⁰. La elección como presidente de este gráfico asturiano y su mantenimiento continuado al frente de la agrupación son indicativos de la verdadera importancia que tuvo en el nacimiento y posterior desarrollo del Círculo de El Pilar. No hay que olvidar tampoco el hecho de que Pedro Merino fue uno de los fundadores y miembro de la primera Junta Directiva del Círculo de Trabajadores de La Habana³⁶¹, por lo que resulta más que posible que, al margen de esa función presidencial, también jugase un papel decisivo en el proceso de estimulación asociativa del proletariado de El Pilar.

No fue este un ejemplo aislado de participación peninsular en el *proceso de reproducción* del Círculo de Trabajadores de La Habana en otros puntos de la Isla. El caso de la entidad homónima creada en el municipio de Batabanó fue quizás el más representativo a este respecto. El día 1 de agosto de 1890 el alcalde de Batabanó, Juan López, remitía al Gobernador Civil de la Provincia de La Habana dos ejemplares del Reglamento de la Sociedad del Círculo de Trabajadores de Batabanó que, cumpliendo con los cauces legales estipulados, un grupo de obreros había depositado en el consistorio para su tramitación. Pese a que el texto se ajustaba al marco de la legalidad vigente, el mandatario local consideró su deber informar a su *superior* acerca del hecho de “que en su mayor parte los individuos que concurrieron a dicha reunión [constitutiva] como así mismo las que componen la Directiva, o sea comisiones de Mar y Tierra, han sido reprehendidos en varias ocasiones por las Autoridades de este término, dejando mucho que desear en su modo de proceder y conducta”³⁶². Con estas palabras el mandatario municipal dejaba constancia de la tradición combativa de los trabajadores de Batabanó, localidad que había crecido de manera considerable desde mediados de siglo al amparo del ferrocarril y la industrialización de la zona. Además, continuaba explicando el alcalde, en el municipio existían ya dos sociedades, el Centro de Pescadores y Artesanos y La Caridad, que, con un número considerable de socios, funcionaban -así lo estipulaban sus propios reglamentos- puramente como Círculos de Trabajadores. El líder local no

³⁵⁷ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14618. Legajo 434.

³⁵⁸ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14638. Legajo 435.

³⁵⁹ *El Productor*. La Habana, 11 de agosto de 1887.

³⁶⁰ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14618. Legajo 434.

³⁶¹ *El Artesano*. La Habana, 7 de febrero de 1885.

³⁶² ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

alcanzaba a comprender que, de una forma estrictamente legal y autogestionaria, su población pudiera sostener tantas sociedades, dejando entrever la posibilidad de que hubiera elementos externos promoviendo el asociacionismo revolucionario entre los obreros batabanoenses. Según la carta, había una razón de peso para justificar tal alarmismo:

Me fundo para manifestar a V.E. estas razones en que la tendencia general y modo de pensar de los individuos que la componen [la Sociedad Círculo de Trabajadores de Batabanó] es anarquista, efectuando por este medio varios de ellos la seducción hacia los demás que se encuentran pacíficos, agregando a esto el hallarse enterado que debido a la mala época por la que se viene atravesando, apenas pueden cumplirse los compromisos.

Por otra parte no es de dudar que estos trabajadores sean seducidos por algún individuo que lleve sus miras particulares y estas sean las de explotación toda vez que fijándose detenidamente en los documentos que se acompañan se comprueba este particular, pues ninguno de los que componen la referida asociación tiene suficiencia para comprender lo que en ellos está expuesto³⁶³.

La misiva, más allá de dejar patente el enorme temor que despertaban los anarquistas entre las autoridades civiles, revela el enorme conocimiento que estas tenían acerca de las campañas propagandísticas que los socialistas revolucionarios estaban llevando a cabo a través de la Isla.

El reglamento del Círculo de Trabajadores de Batabanó, cuyo contenido distaba muy poco del de La Habana, dejaba un listado con el nombre de todos los miembros que componían su Junta Directiva:

Secretario: Ramón Otero.

2º Secretario: Manuel Clavijo.

Tesorero: Jaime Tarsol.

Contador: Emilio Justo Sagarra.

Vocales: José Cunille, Francisco Armada, Francisco Montero, José Echazarreta, José Tallachea, Ramón Prieto, José Olivera, Gabriel Pérez, Manuel Pérez, Carlos Martínez, Antolín Zota, Pedro Castillo, Fernando Reyes, Francisco Uranga, José Urrutia, Desiderio Urrutia, Rafael Tablar, Antonio Acosta, Joaquín Cunille, Juan Mari, Jesús Reyes³⁶⁴.

Esta relación onomástica, por sí sola, no nos aporta datos relevantes acerca de los miembros fundadores del Círculo de Trabajadores de Batabanó más allá de un nombre y un apellido. Sin embargo, dos procesos judiciales llevados a cabo contra algunos de estos líderes obreros nos aportan un rayo de luz para la identificación de algunos peninsulares presentes en el proceso formativo de esta nueva ramificación del Círculo de Trabajadores.

El primero de estos problemas con la tuvo lugar a principios de septiembre de 1890. Según un informe remitido al Gobernador Civil de la Provincia por la Guardia Civil³⁶⁵ tres días después del suceso, en la mañana del día siete el trabajador Eugenio Lecher fue detenido por un presunto delito³⁶⁶ de vejación y maltrato a un “negro

³⁶³ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁶⁴ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁶⁵ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁶⁶ Al referirme a este hecho he preferido utilizar el adjetivo presunto porque no existe constancia de ningún proceso judicial que demuestre la acusación vertida contra Lecher. Además, en un telegrama enviado al Gobernador Civil y que se encuentra adjunto en el expediente del caso, la Guardia Civil informaba de una detención llevada a cabo en la misma fecha y por el mismo delito contra otro miembro del Círculo de

octogenario llamado Ignacio Calvo". Una vez llevado a los calabozos del cuartel de Voluntarios, el detenido comenzó "a dar voces que se oían desde la calle, diciendo que el Celador lo estaba abofeteando"³⁶⁷. Los alaridos de Lecher provocaron la concentración frente al edificio de más de cien personas que comenzaron lanzando insultos contra el juez, el alcalde y el celador y terminaron por entrar en el recinto y agredir a este último, quien al empuñar su arma pudo disuadir a unos amotinados que terminaron por dispersarse. El informe, no hacía referencia alguna a la detención o identificación de ninguno de los miembros que formaban la turba que arremetió contra el celador pero, casi un mes después, el primer día de octubre, el alcalde envió una notificación al cuartel de la Guardia Civil –para que se hiciese llegar al Gobernador Civil– en la que exponía:

A consecuencia de desorden público contra Autoridades y fuerza armada dado por D. Juan Cava, D. Miguel Romaña, D. Francisco Armada, D. Emilio Justo García Sagarra, D. Ramón Otero, D. Paulino Puñales, D. Rafael Mauris, D. Manuel Clavijo, D. Fernando Méndez y otros individuos que no recuerdo en este momento que hacen agresión contra el Celador de Policía de este Término y contra la Guardia Civil de este puesto.

Suplico a V.S. se sirva personarse en este barrio para que dictando las órdenes que estime oportunas se restablezca el orden alterado por los individuos que se expresan.

El envío de este listado no tuvo mayor repercusión legal, lo cual no aporta mucha luz a nuestro estudio más allá de ponernos sobre la pista de aquellos elementos considerados por las autoridades locales como más subversivos. Sin embargo, fue precisamente la inacción del Gobernador Civil a la hora de tomar medidas contra los trabajadores señalados por el alcalde la que propició el segundo de los problemas con la justicia de algunos de los miembros del Círculo de Batabanó.

La no intervención del Gobernador en la represión contra los supuestos agresores del celador animó al alcalde a actuar en lo que parecía haberse convertido en su cruzada personal, dado que, tan solo 4 días después de solicitada la comparecencia de la máxima autoridad provincial, el mandatario local decidió suspender las reuniones del centro obrero. Así lo informaba mediante un telegrama el 5 de octubre de 1890:

Alcalde Municipal de Batabanó a Gobernador Civil de La Habana. Suspendo reunión Círculo de trabajadores por participar ellos mismos [los sujetos citados en notificación de 1 de octubre] en la orden. Tratarán asuntos generales prohibidos por la Ley. Con noticias de que conspirarán contra el Gobierno y propiedad estoy con fuerza preparado. Juan López. Batabanó 5 de octubre de 1890³⁶⁸.

A esta suspensión dictada por Juan López, alcalde de Batabanó, le siguió la detención de varios miembros de la directiva del Círculo de Trabajadores de la localidad que protestaron ante lo que consideraban una violación injustificada de sus derechos constitucionales. Así, declaraba en primer lugar "D. Ramón Otero, natural de la provincia de La Coruña de estado soltero, de profesión sastre de veinte y cuatro años de edad y vecino de la Calle Numancia número cinco"³⁶⁹, quien afirmó ser secretario de la asociación. Seguidamente comparecieron D. Manuel Clavijo "natural de Canarias, de estado soltero, de veinte y dos años, de profesión sastre y vecino de la calle Numancia número cinco [...] y perteneciente al Comité Directivo del Círculo de Trabajadores"; D. Jaime Tarsol y Puyol "natural de Barcelona, de estado civil casado, de veinte y cuatro años,

Trabajadores de Batabanó. Por consiguiente, ante la falta de claridad en las notificaciones, considero más correcto referirme a los acontecimientos como supuestos.

³⁶⁷ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁶⁸ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁶⁹ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

de oficio calafate y vecino de la calle Ancha número dos”, también miembro de la directiva de la asociación; y D. Gabriel Pérez y González “natural de Asturias, de estado soltero de treinta años de edad, de oficio curtidos y vecino de la calle Real ignorando el número”³⁷⁰, miembro directivo del Círculo. Los cuatro declarantes afirmaron haber comunicado al Secretario del Gobierno Civil su intención de celebrar una reunión el día 3 de octubre, recibiendo permiso para ello. Al intentar llevar a cabo de manera pacífica y ordenada dicho acto, las autoridades se personaron en el local de la agrupación y disolvieron el encuentro, deteniendo por sus protestas a algunos miembros de la directiva, concretamente a los cuatro declarantes. Todos ellos afirmaron que simplemente se trataba de una Junta ordinaria convocada para tratar temas concernientes al gremio de los pescadores, sector mayoritario dentro de la organización.

Sin embargo, la declaración tomada a testigos ajenos al Círculo de Trabajadores, como fueron los casos del comerciante asturiano Esteban Blanco González y del propietario ferrolano Felipe Lois y Viste –ambos pertenecientes a las actividades económicas entre más habituales de los inmigrantes de estas procedencias peninsulares–, contradice en gran medida la versión de los trabajadores. Según estos testimonios, el día previsto para la asamblea, “empezaron a notarse en el pueblo diferentes grupos en los cuales se veían personas completamente ajenas a la localidad y desconocidas en la misma” y que hablaban de que “se decía que en la reunión se trataría de evitar el que en lo sucesivo siguieran siendo explotados como lo venían siendo hasta aquí, que había llegado el tiempo de la muerte de los Burgueses y del reparto de sus bienes, siendo la Anarquía el término de sus aspiraciones”³⁷¹. Este tipo de arengas lanzadas constantemente por los forasteros, unidas a unas “hojas sueltas” repartidas por estos, alarmaron a los *vecinos pacíficos* del municipio que, asustados, solicitaron la intervención del alcalde, quien se personó con varios guerrilleros e identificó a varios individuos procedentes de La Habana y de Santiago de Las Vegas. Tras cerciorarse de la presencia de varios sujetos subversivos foráneos, decidió suspender la reunión programada debido a la peligrosidad que esta suponía “para la tranquilidad y el orden público de la localidad”. Además, el alcalde de Batabanó afirmaba en un dossier que recogía los antecedentes penales de los cuatro miembros de la junta directiva detenidos que tanto Ramón Otero Pérez como Manuel Clavijo, ambos españoles, habían llegado a la localidad con el único objetivo de fundar un Círculo de Trabajadores, a imagen y semejanza del de La Habana, con el que difundir los subversivos postulados del anarquismo entre su pacífica población. Con esto el alcalde no solo demostraba la necesidad habida de impedir aquella reunión, sino que aconsejaba realizar un estudio de la situación que permitiese el cierre definitivo del Círculo.

La prohibición de esta reunión fue, por tanto, el principio del fin para el Círculo de Trabajadores de Batabanó, que tan solo unos meses después era clausurado definitivamente por considerarse una asociación destinada a promover conflictos y rebeliones contra el orden establecido. Se entregaron informes acerca de sus miembros en los que se ponían de manifiesto sus antecedentes penales por rebelión y desorden público, haciendo hincapié en la capacidad de muchos de ellos para promover actuaciones violentas. Ante estos dossiers, archivados junto al reglamento del Círculo, y las declaraciones de muchos de los más poderosos e influyentes *hombres de bien* de la localidad, el Gobernador Civil decidió cerrar un Círculo de Trabajadores que, pese a su efímera existencia, dejó constancia de dos elementos importantes para nuestro estudio: la presencia de sujetos españoles en las directivas obreras de corte anarquista y la

³⁷⁰ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

³⁷¹ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 13302. Legajo 421.

participación de estos en la creación de ramificaciones *transcapitalinas* del Círculo de Trabajadores de La Habana.

Pero no solo los procesos judiciales que acompañaron al Círculo de Trabajadores de La Habana y sus *réplicas* nos ofrecen datos relevantes acerca de la presencia española en los núcleos anarquistas de Cuba. La Junta Central de Artesanos, asociación caracterizada por su defensa del socialismo revolucionario como modelo de lucha obrera, también contó entre sus filas con elementos peninsulares que se destacaron por poner en práctica los planteamientos menos conciliadores del anarquismo, actividad esta que se tradujo en procesos judiciales. La JCA, fundada en 1879, estaba compuesta por nueve delegaciones correspondientes a otros tantos gremios: Gremio de Obreros, Gremio de Escogedores, Gremio de Rezagadores, Gremio de Tipógrafos, Gremio de Despalilladores, Gremio de Sastres, Gremio de Cocheros, Gremio de Panaderos y Sociedad Constructora de Casas de La Habana. Funcionaba, por tanto, como una pequeña federación obrera que, pese a aunar a trabajadores de diferentes tendencias ideológicas, evidenciaba una “clara inspiración anarquista” (Sánchez Cobos, 2008: 105). Si repasamos las actas conservadas desde su fundación observamos cómo, desde que el asturiano Valeriano Rodríguez obtuviera la primera presidencia, hubo varios peninsulares -ya identificados en este trabajo- presentes en sus diferentes juntas directivas. Tal fue el caso de Saturnino Martínez (vicepresidente en 1883), Pedro Merino (Presidente entre 1886 y 1888 y tesorero en 1883), Maximino Fernández (Presidente en 1889), Ramón Otero (Vicesecretario en 1889) o José Cabalar (Secretario de la Sección de Cocheros en 1892), quienes perpetuaron la presencia peninsular en la dirección de la JCA en sus diferentes fases de desarrollo. Sin embargo, no son estos dirigentes los que atraen nuestra atención nuevamente sobre las actividades obreristas de la Junta, sino que, en esta ocasión, los focos se sitúan sobre tres trabajadores españoles que, inmersos en el clima de conflictividad social y represión que acompañó a la celebración Primero de Mayo de 1892, decidieron promover la huelga establecida en aquel acto por medio de una vía poco diplomática: los piquetes. Según un informe policial referente al 6 de mayo de 1892, durante la tarde del día anterior, un grupo de al menos nueve personas deambulaban por los distintos lugares de trabajo instigando a los operarios a cesar sus actividades productivas, haciendo para ello uso de la amenaza³⁷². La intención de este piquete era, conforme la versión de las autoridades, hacer cumplir los acuerdos tomados por la Junta obrerista en el Teatro Irijoa el Primero de Mayo. Alertadas sobre este hecho, las fuerzas policiales se personaron en la zona e identificaron a los nueve miembros del grupo, entre los cuales había tres peninsulares que en aquel momento se encontraban *informando* al fabricante francés D. José Baxae de la necesidad de secundar el paro:

D. León Palanca Aribao, Natural de Barcelona, 24 años, soltero, carpintero, vecino de Aguacate 55.

D. Justo Chafalet López, de Madrid, 46 años, carpintero, vecino e Teniente Rey 89.

D. Tomás Chao e Iglesias, de Lugo, 25 años, carpintero, vecino de Romay detrás de Quinta del Rey, Moreno³⁷³

Al no ser sorprendidos cometiendo ningún tipo de delito tipificado, estos individuos fueron únicamente identificados y advertidos, momento tras el cual decidieron disolverse y poner fin a su actividad sin que se tomara contra ellos ninguna medida represiva. Sin

³⁷² Según el informante Eulogio Romaguera, este grupo de trabajadores advertía a los operarios no declarados en huelga que, de seguir ejerciendo su actividad productiva, incendiarían sus domicilios particulares.

³⁷³ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14638. Legajo 435.

embargo, esta actividad coercitiva de los piquetes aumentó el nivel de crispación de unas autoridades que, tras el Congreso Obrero de 1892 y las arengas libertarias del Primero de Mayo, ya eran de por sí proclives a una actuación represiva en contra del movimiento obrero. Así, el 10 de mayo desde gobernación se enviaba al cuartel de La Habana un informe en el que se señalaba que:

Vistos los antecedentes relativos a los hechos realizados desde el 1º del corriente por las asociaciones tituladas Junta Central de Artesanos y Sección de Albañiles, Pintores, Carpinteros y Canteros viendo el parte en que consta haberse declarado en huelga los cocheros de alquiler, procédase a comunicar al Sr. Jefe de Policía las órdenes necesarias para la suspensión de las funciones de dichas asociaciones con arreglo a lo que dispone el Artículo 12 de la Ley siguiente de Asociación públicas y 567 del Código Penal, prohibiéndose al mismo tiempo la celebración de toda clase de reuniones en el local del Círculo de Trabajadores, donde aquellas tienen lugar y se preparen los delitos a que se contrae el Artículo 1º del Código antes citado. Notifíquese este decreto a los interesados por conducto del Sr. Jefe de Policía y dese conocimiento al Sr. Juez del Centro a los efectos de la Ley y al Gobernador a los que haya lugar³⁷⁴.

Como acompañamiento de este informe se remitía una carta adjunta en la que se apuntaba que muchos trabajadores de la capital, pese a la presencia de fuerzas de seguridad en las fábricas destinadas a salvaguardar la normalidad y el orden, se resistían a trabajar por “temor a que cuando concluyesen y se retirasen a su casa pudieran ser sorprendidos y atropellados por los grupos de huelguistas que constantemente recorrían la población”³⁷⁵. Dados los hechos y la gravedad de las acusaciones, se procedió a terminar con las actividades de todas estas asociaciones que, como vimos en el capítulo anterior, fueron perdiendo capacidad organizativa en favor de un movimiento independentista cada vez más numeroso. El estallido en 1895 de la Guerra de Independencia supondría un paréntesis tanto para el desarrollo normalizado de las actividades organizativas del movimiento obrero como para el desarrollo del socialismo revolucionario en la Isla. Tras el conflicto, el anarquismo resurgiría como vanguardia del obrerismo insular pero el giro en la estructura sociopolítica que derivó de la guerra incidió también en el modelo organizativo de este movimiento social, que, a partir de ese momento, se regiría por otro tipo de parámetros (Sánchez Cobos, 2006).

No obstante, y retomando la línea argumental de este apartado, los datos que nos ofrecen las fuentes del periodo de entreguerras nos permiten elaborar un perfil aproximado del anarquista español en Cuba. Teniendo en cuenta los más de cuarenta casos expuestos hasta el momento podemos discernir que el ácrata medio sería un hombre procedente del noroeste peninsular (principalmente del norte de Galicia), de entre 25 y 40 años y empleado en trabajos pertenecientes al sector servicios. La mayor parte de las directivas de las diferentes asociaciones obreras de inspiración anarquista contarían en sus filas con estos peninsulares, pese a que no hay constancia en ninguno de los casos recogidos en este trabajo de que el activismo de estos libertarios comenzara antes de su periplo americano. Por otra parte, llama la atención que la procedencia geográfica de estos líderes se concentre de manera mayoritaria en la zona noroccidental de la Península, siendo esta una región en la que el anarquismo, y el movimiento obrero en general, no tuvo durante el siglo XIX una relevancia significativa con respecto a otros enclaves como Madrid, Andalucía o, principalmente, Cataluña (Peirats, 2006). Sin embargo, si analizamos con mayor detalle el origen de estos emigrados, vemos cómo

³⁷⁴ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14638. Legajo 435.

³⁷⁵ ANC. Fondo Registro de Asociaciones. Expediente 14638. Legajo 435.

existe una cierta preponderancia de las áreas del norte de la provincia La Coruña y la Mariña lucense, dos territorios que, según los trabajos de historiadores gallegos como Bieito Alonso (2006), Carlos Nuevo Cal (1992) o Dionisio Pereira (1992 y 2001), tuvieron cierta predilección por el anarquismo como modelo de organización obrera. Queda ahora dilucidar, al socaire de la elaboración de este perfil aproximado del anarquista español en la Cuba decimonónica, en qué puntos pudieron, el movimiento libertario peninsular, en general, y la procedencia geográfica de estos emigrados, en particular, ejercer una notable influencia sobre el socialismo revolucionario insular.

5.3. Primera etapa: Cuba como receptora del anarquismo español

Por su naturaleza intrínsecamente nihilista, los ideales del anarquismo resultan difíciles de delimitar dentro de un determinado credo. Su origen, ubicado “en la vieja exigencia de los oprimidos de postular el espíritu de libertad, de igualdad y de voluntariedad frente a los valores e instituciones que se apoyan en el principio de autoridad” (Bookchin, 1980), y su carencia de unos fundamentos estrictamente definidos explican su capacidad para surgir con fuerza en momentos de cambio o inestabilidad sociopolítica. Es precisamente ese indeterminismo doctrinal el que, en cierto modo, suscita el éxito del anarquismo en periodos marcados por la incertidumbre y genera la proliferación de multitud de doctrinas dentro del movimiento que, en esencia, no son más que meras adaptaciones programáticas a realidades sociales concretas. Estas ramificaciones, que por su carácter disidente podríamos definir como *heterodoxias ortodoxas*³⁷⁶, imposibilitan la tarea de establecer de manera incuestionable unos parámetros concretos que definan el movimiento anarquista en una sociedad tan extensa e internamente diversa como lo fue la España de finales del siglo XIX. No obstante, pese a las divergencias programáticas que pudieron existir -y que existieron- entre diferentes familias ideológicas del anarquismo español finisecular, hubo una serie de planteamientos comunes a todas ellas que resultan fácilmente identificables y sirven para elaborar una caracterización generalizada de lo que fue este movimiento social. Dicha caracterización servirá para comparar los puntos que el anarquismo peninsular y el cubano tuvieron en común en los últimos años del Imperio Español.

Como hemos dicho con anterioridad, el movimiento libertario es una entidad bicéfala que combina una base político-filosófica con un modelo organizativo de actuación directa y autogestionaria que se complementan y que son, simultánea y paradójicamente, independientes e inseparables entre sí. Durante la segunda mitad del siglo XIX, el anarquismo intentaba constituirse, gracias al impulso del espíritu del racionalismo científico que recorría toda Europa, como un movimiento social de composición firme y relativamente consolidada, lo que requirió un proceso evolutivo de autoidentificación en donde varias tendencias fueron sucediéndose como corrientes mayoritarias en cuanto a número de adeptos. El caso español no fue una excepción a este respecto y tanto las instituciones libertarias creadas durante las últimas décadas del siglo, como las ideas que

³⁷⁶ Las diferentes doctrinas surgidas desde las primeras manifestaciones libertarias (véase Nettlau, 1978) seguirían la ortodoxia de los planteamientos anarquistas en lo relativo al permanente proceso de reinvencción que el movimiento, tal y como señaló Kropotkin (1900: 77), necesita para mantener intacta su esencia revolucionaria. Este carácter reformulativo convierte al anarquismo en un ente vivo en continua simbiosis con la evolución de las sociedades y genera, inmutablemente, un sinfín de movimiento heterodoxos respecto de los múltiples programas que los distintos teóricos libertarios han intentado definir a lo largo de la historia. De ahí que definamos a estas derivaciones como *heterodoxias ortodoxas*, pese a lo paradójica que esta terminología pueda resultar.

las impulsaban experimentaron importantes variaciones que alteraron el devenir posterior del movimiento.

Comenzando por los principios ideológicos, en España, el anarquismo empezó a definirse como movimiento social gracias a la introducción de las ideas mutualistas y cooperativistas del pensador francés Pierre Joseph Proudhon y al trabajo de difusión y reinterpretación que de estas hicieron autores peninsulares como Francisco Pi i Margall (Molas, 2002)³⁷⁷. En el modelo proudhoniano de sociedad federal, las municipalidades se organizaban en federaciones locales y regionales que delegaban poco o ningún poder en el gobierno central, tratando los problemas administrativos comunes e intentando solucionar sus diferencias de una forma amistosa. Este programa organizativo, en el que las cooperativas y las mutualidades jugarían un papel hegemónico, fue reinterpretado y adaptado a la realidad española de la época por un joven Pi i Margall. El político barcelonés, haciendo uso de una combinación de sus conocimientos acerca del federalismo proudhoniano y la dialéctica histórica hegeliana, publicó en 1854 *La Reacción y la Revolución*, una obra que “ejercería una profunda influencia en el pensamiento radical español” (Boockchin, 1980:) y contribuiría a la difusión del federalismo, así como del mutualismo y el cooperativismo, entre la población española³⁷⁸.

Gracias al trabajo de divulgación que parte de los republicanos federalistas hicieron con los planteamientos de Proudhon y de los socialistas utópicos, Fanelli encontró introductor del anarquismo en España, en 1868, un mundo del trabajo familiarizado con los conceptos de solidaridad obrera, libertad individual y progreso social y organizado en sociedades de socorros mutuos, los cuales desde la década de 1840 habían dejado de funcionar como meras instituciones de beneficencia para convertirse, paulatinamente, en verdaderos organismos obreros³⁷⁹. Sobre esta base y en medio de un clima de descontento social provocado por la inestabilidad socioeconómica derivada del proceso de acelerada y forzada industrialización a la que estaban siendo sometidas, en mayor o menor medida, las diferentes regiones del Estado, Fanelli vio facilitado su cometido de difundir en la Península los principios del anarquismo colectivista de Bakunin y su Alianza Internacional de la Democracia Socialista. Efectivamente, el que se puede catalogar como el primer modelo anarquista moderno de España, aquel que comenzó en 1868 con la llegada del emisario italiano, fue un modelo basado en los principios del colectivismo individualista. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que en la base de este sistema se hallase un individualismo extremo ni “una defensa radical de la libertad humana entendida como derecho absoluto de cada humano a actuar ateniéndose únicamente a los dictados de su propia conciencia y de su propia libertad” (Álvarez Junco,

³⁷⁷ Los planteamientos proudhonianos difícilmente podrían ser considerados como revolucionarios o anarquistas en el sentido de lucha social, pero el discurso vigoroso y a menudo estentóreo de sus textos convirtieron a Proudhon en el culpable de la popularidad que el federalismo tuvo dentro del socialismo revolucionario de finales del siglo XIX y principios del XX.

³⁷⁸ Además de esto, el libro contó con numerosos ataques, muchos de ellos en un tono verdaderamente radical, contra la autoridad y el poder central, con locuciones como “todo hombre que extienda la mano sobre otro hombre es un tirano” o “Yo dividiría y subdividiría el poder hasta su destrucción (Pi i Margall, 1982: 246-247) que contribuyeron a allanar el camino a los planteamientos socialistas del anarquismo moderno, el cual llegaría de la mano de Giuseppe Fanelli en 1868. Aunque resultaría ridículo afirmar que un convencido republicano federalista como Pi i Margall fuese en realidad un anarquista –fue objeto de crítica por parte de sus coetáneos libertarios quienes consideraban que su apuesta por el mutualismo y el cooperativismo demoraba la emancipación del proletariado- lo que cierto es que, en España, planteamiento tan puramente ácratas como el anticlericalismo, la autogestión, la solidaridad obrera o el antiestatismo no podrían entenderse sin la figura de Francisco Pi i Margall.

³⁷⁹ Véanse Izard (1979) y Jover (2000).

1976: 17). Lo que se afirma desde el anarco-colectivismo es que no hay, por encima del hombre, ninguna construcción ideal o social que justifique decisiones que puedan limitar la libertad individual. Esto no significaba, tal y como manifestó Ricardo Mella -notable representante del individualismo libertario- años después en el periódico *La Tribuna Libre*³⁸⁰, oponer el individuo a la sociedad, sino enfrentar la libertad individual al concepto de *Autoridad*, incluyendo dentro del mismo la llamada soberanía popular. Para estos libertarios, el individualismo no podía entenderse como un acto antisocial en cuanto que los principios anarquistas partían de la sociabilidad natural del ser humano. Este fundamento lo definió de manera magistral Anselmo Lorenzo al señalar:

Es imposible en lo humano separar la idea de *colectividad* de la *idea* de *individuo*. El individuo necesita de la colectividad para alcanzar la plenitud de su ser y la colectividad necesita de los individuos, no sólo para formar número, sino para reunir el conjunto de iniciativas, actividades e inteligencias que en bien de las unidades y del grupo pueden hacerse³⁸¹.

A esto añadía que el hombre, en sociedad, se humaniza y solo puede alcanzar el pleno desarrollo de sus libertades individuales al completarla con las libertades de los demás individuos que los rodean, es decir, la sociedad es comprendida como una yuxtaposición de libertades que se potencian mutuamente sin consentir la creación de entidades supraindividuales que las coarten. La cooperación entre las diversas individualidades que componían la sociedad, pensaban los anarquistas, solo podría conseguirse de una manera voluntaria sin que en ello intercediese de forma alguna el menor tipo de jerarquía o autoridad. Los derechos y libertades individuales eran, en su opinión, “naturales, inenajenables, impactables, imprescriptibles, legibles, anteriores y superiores a toda ley” (Lorenzo, 1974: 89) y, como tal, no podían ser otorgadas ni usurpadas por nada ni nadie. Eran derechos naturales de los hombres que debían estructurarse mediante un conjunto de normas morales que regulasen la actividad social derivada de la interacción personal.

La exaltada idea de libertad que defendían los anarquistas españoles, no solamente chocaba con la *Autoridad terrenal*, sino también con la concepción de una divinidad y en consecuencia, con la institución encargada de reglar las relaciones de Dios con los hombres. La Iglesia, en cuanto institución jerarquizada que atesoraba un enorme poder sociopolítico en la época, era vista por los libertarios como uno de los pilares elementales sobre los que se cimentaba la estructura social que deseaban destruir. En el caso de la España de la segunda mitad del siglo XIX y más aún tras el inicio de La Restauración, donde la Iglesia fue erigida por el gobierno como uno de los símbolos identificadores de la idea de España como nación, la relación entre el poder civil y el eclesiástico era, si cabe, mayor que en otros lugares. La relación de interlegitimación que mantenían el Estado español y la Iglesia representaba los valores de un tradicionalismo y una jerarquización sociocultural preestablecida considerados en el ámbito del socialismo revolucionario como principales culpables de las desigualdades existentes en la sociedad, tal y como se expresaba desde las páginas de *El Productor* de Barcelona:

La práctica del principio de autoridad fundada en la supuesta incapacidad del mayor número para regirse ordenadamente, ha producido la absorción de las facultades del individuo por las dos entidades históricas representantes del autoritarismo: La Iglesia y el Estado.

³⁸⁰ Véase *La Tribuna Libre*. Gijón, 10 de abril de 1909. Número 1.

³⁸¹ *La Revista Blanca*. Madrid, 15 de agosto de 1899. Número 28.

Esa absorción, atrofiando la inteligencia y la actividad, ha dado un curso vicioso á la iniciativa humana, y en lugar de los elevados pensamientos y de las grandes empresas que hubieran podido desarrollarse en un régimen de libertad, hemos visto á los hombres degradarse servilmente hasta reducirse á la súplica³⁸².

A este respecto, en el caso español, el enfrentamiento entre anarquismo y religión respondería en mayor medida a una contestación contra una estructuración sociopolítica en donde la Iglesia jugaba un papel primordial que a un arraigo significativo de una corriente atea. En otras palabras, no se demonizaba a la Iglesia por los dogmas del cristianismo sino por su papel protagonista en la legitimación de un régimen que auspiciaba el bienestar de unos pocos en detrimento de una mayoría social que padecía miseria y explotación.

Este último hecho, sin embargo, no restaba importancia a los principios racionalistas dentro del ideario anarquista. Existió en el seno del movimiento libertario peninsular una enorme fe en la razón, la ciencia y la cultura como medios a través de los cuales construir una nueva sociedad justa, igualitaria y próspera. Era común que el anarquismo español presentase su programa como “el imperio de la razón” (Álvarez Junco, 1974: 66), afirmando que una correcta y equitativa difusión de la ciencia y la visión racional del mundo contribuiría a la derogación de algunos de los principios que, como la religión, el linaje o la violencia, sustentaban el régimen autoritario contra el que se alzaban. A su modo de entender, una organización científica de la sociedad, al prescindir de elementos bárbaros como el dominio del más fuerte, se traduciría en una inmediata eliminación de cualquier autoridad política y/o religiosa. Terminaría así, la explotación del hombre por el hombre y comenzaría una nueva era en la que la administración científica y racional de los aspectos sociopolíticos traería la Igualdad y la Justicia a la humanidad:

El móvil de este acuerdo [la creación de una serie de Conferencias de Estudios Sociales para los trabajadores] es la necesidad de fomentar el estudio de la sociología y de dar á las aspiraciones revolucionarias la solidez de la ciencia y la firmeza de la razón.

En frente de nuestros explotadores, que pretenden justificar la posesión de los privilegios que disfrutan en la falsa suposición de que se hallan basados en leyes naturales y sobrenaturales, deben levantarse los trabajadores a demostrar que nada hay que justifique que el patrimonio universal, legítima herencia que la naturaleza y la solidaridad humana ofrecen á la generación existente para que ésta le ofrezca incólume á las sucesivas, pueda ser disfrutado por las clases privilegiadas en perjuicio de la totalidad de los productores.

Para esto necesítase que los trabajadores lleven la crítica y el análisis á todo lo que existe, á sus antecedentes y á sus efectos, lo mismo que á todos los sistemas, escuelas, sectas y partidos que pretenden encauzar el progreso en sentido exclusivista, á fin de alcanzar ciencia propia, ilustrada y enérgica conducta y la precisión necesaria para sentar los cimientos de la sociedad del porvenir³⁸³.

La ciencia era vista por los anarquistas como un elemento más de sometimiento por parte de la clase dominante. El monopolio de la intelectualidad y el control del sistema educativo que la Iglesia y las élites seguían ejerciendo pese a la *democratización* de la cultura derivada de la implantación del sistema liberal privaban a los desheredados de una oportunidad de expansión social y personal en una época, la de la industrialización y el capitalismo, en la que prosperidad y ciencia parecían ir de la mano. La ignorancia y la falta de formación negarían a las clases populares la posibilidad de ascender en la escala

³⁸² *El Productor*. Barcelona, 17 de junio de 1887.

³⁸³ *El Productor*. Barcelona, 30 de septiembre de 1887.

social y económica, funcionando así del mismo modo que, durante el Antiguo Régimen, lo hacían los títulos nobiliarios. Por tanto, para paliar las desigualdades, la ciencia debía presidir la reestructuración de la sociedad una vez comenzado el proceso revolucionario, impidiendo con ello la reproducción de los vicios del pasado y aparición de nuevas élites y grupos que ambicionen ocupar una posición hegemónica en la nueva sociedad postrevolucionaria.

Esta concepción racionalista del mundo estaba en relación con otro de los principios básicos del anarquismo, quizás el que en mayor medida haga diferente a esta tendencia de otras ramificaciones del socialismo: la moral. Para los libertarios del siglo XIX, la creación de una sociedad mejor requería que las personas que la componían consagrasen su actividad social a transformar los presupuestos filosóficos de la doctrina, como la justicia, la igualdad o la hermandad, en hechos palpables. Para convertir esto en una realidad, los anarquistas se apoyaron en tres pilares básicos: el racionalismo, la solidaridad y la moral revolucionaria. El racionalismo sería el eje central de la moral anarquista, ya que para ellos lo racional y lo natural resultaba inseparable. Lo que era natural, era lógico a ojos de los anarquistas. Por tanto, al considerar la moral como el conjunto de valores propios y puros -entendiendo como puros que no han sufrido ninguna contaminación externa- de la naturaleza humana, los anarquistas entendían que no podía existir una verdadera ética fuera de los límites del racionalismo (Mella, 1979: 205). Esta fe en la razón como fundamento ético, que tiene su raíz en planteamientos puramente proudhonianos (Lubac, 1965), estaba en relación -ambos se complementaban- con otro de los principios base del anarquismo español de la segunda mitad del siglo XIX y que tenía su origen en ideales de tipo socioutilitarios: el solidarismo. En la recta final de la década de 1860 y hasta bien entrada la de 1880, momento a partir del cual Piotr Kropotkin reestructuró los fundamentos de la moral anarquista, el guion ideológico en lo que a moralidad se refiere venía marcado por los planteamientos filosóficos de Bakunin. El pensador ruso definía al hombre como un animal moral en cuyo desarrollo se encontraban implícitas tres condiciones esenciales que lo diferenciaban del resto de especies, tanto en lo colectivo como en lo individual: la animalidad humana, a la que correspondería la economía social y privada; el pensamiento, donde encajaría la ciencia; y la rebelión, donde entraría en juego la idea de libertad (Velasco, 1993: 108)³⁸⁴.

³⁸⁴ Dentro de esta concepción, Bakunin le otorgaba al lenguaje un valor moral. El hombre, como animal dialógico se relaciona con los demás y, en común, concretan lo que es bueno, malo, justo o injusto, es decir, crean una serie de valores éticos. De este modo, “el hombre no es hombre más que en cuanto se reconoce como tal, pero no puede reconocerse como tal más que en frente a otro hombre” (Bakunin, 1977: 103), solo puede ser libre desde la sociedad y moral desde la relación. Las relaciones humanas son las que establecen unos comportamientos morales a través de una convicción básica inherente a todos los hombres: la dignidad humana. Esta dignidad humana, según el filósofo ruso, no podrá ser tal mientras exista un solo hombre en la Tierra que viva indignamente y, en consecuencia, se encuentre deshumanizado. En consecuencia, todo ser humano que se identifique como tal debería empatizar con la situación del resto de su especie y tratar de establecer lazos de solidaridad destinados a hacer alcanzar esa dignidad a la totalidad de la humanidad para, así, poder alcanzar un desarrollo pleno como seres individuales y animales sociales. Este ideal de dignidad humana, se encontraba unido a otro de los componentes que definieron la moral anarquista a finales del XIX, la *moral revolucionaria*, entendiendo este concepto como “la exaltación de los valores de la sociedad futura como «buenos» y la condena de los principios de la organización social actual como causa del «mal» existente hasta el punto de regir por criterios morales las acciones encaminadas a la transformación de las estructuras consideradas opresivas y clasistas” (Álvarez Junco, 1974: 123). Es decir, según este planteamiento cualquier acción o estructura que atente contra la concepción moral de la *dignidad humana* ha de ser combatida y cualquier actuación que contribuya a su eliminación debe considerarse como un acto revolucionario siendo la Revolución, en consecuencia, un acto moral que ordene

Estos tres principios básicos de racionalismo, solidaridad y revolución que definieron en un primer momento la concepción moral del anarquismo estuvieron, en el caso español, influenciados en gran medida por los valores tradicionales de la ética cristiana. En un territorio donde la religión católica tenía un arraigo tan profundo en cada uno de sus estamentos el anarquismo no podía abrirse camino de un modo exitoso remando contracorriente, por lo que su discurso se adaptó con singular habilidad al discursiva propia de la Iglesia. Esta relación entre los planteamientos del socialismo revolucionario y los del cristianismo, que ya fueron puestos sobre la mesa por Henri de Lubac (1965) para las obras de Proudhon, en el caso de la España de finales del XIX tuvo su razón de ser en la coyuntura socioeconómica que permitió el desarrollo de las teorías libertarias en el país. Hay que recordar que el anarquismo español surgió en un clima marcado por una enorme inestabilidad económica y una aguda crisis de confianza en las instituciones y en las estructuras sociopolíticas encargadas de salvaguardar el bienestar de la ciudadanía. Esta desconfianza en el sistema tradicional horadó en la disposición de las clases populares, las más afectadas por el ambiente de inestabilidad, para absorber un nuevo programa de doctrinas ético-morales basadas en argumentos elaborados de un modo científico y con una naturaleza renovadora y crítica. Sin embargo, estos planteamientos tuvieron que ser divulgados entre una población mayoritariamente campesina que no contaba con las herramientas formativas necesarias para comprender un discurso diseñado en términos excesivamente eruditos. De ahí que los textos anarquistas que aparecieron en los numerosos periódicos de la época hiciesen referencia a términos como los *pecados* de la Burguesía, los *Mártires* de Chicago -o Jerez o Montjuic-, el *catecismo* revolucionario... terminología toda ella derivada del cristianismo y utilizada con el fin de adaptar el discurso revolucionario a un registro con el que la población trabajadora pudiera sentirse más cómoda e identificada, sin perder por ello un ápice del contenido esencial de su alegato. La absorción de los valores revolucionarios promovidos desde la moral anarquista resultaba más fácil de digerir por parte de una población tan altamente catolizada como la española si se entremezclaban con otros dogmas que les resultasen identificables con el bien, la justicia y la solidaridad. De este modo Cristo aparecía representado en los textos ácratas de la España decimonónica como una persona justa, hijo de artesano, defensor de los pobres, comprometido en contra de las injusticias, predicador de la igualdad entre los hombres y ajusticiado por las instituciones políticas y eclesiásticas de su época a causa de sus principios. Sin embargo, esta práctica de ensalzar la figura de Cristo, pese a no ser extraña en España, no fue una estrategia puesta en práctica por la totalidad de los libertarios. Muchos otros prefirieron, en lo que suponía una necesidad táctica llena de implicaciones morales, realizar una idealización del trabajo como elemento de redención social. Esta concepción, sin embargo, no estaba carente de esa terminología eclesiástica de *Glorias y Salves* a la producción y a los productores. Por tanto, resulta innegable que en la segunda mitad del siglo XIX la construcción moral de anarquismo estuvo ligada a un catolicismo contra el que luchaba en su composición dogmática e institucional.

La concepción moral del anarquismo estaba unida a lo que los círculos anarquistas llamaron *La Cuestión Social*, es decir, la crítica al jerarquizado modelo capitalista sobre el que se sustentaban las demás injusticias que sacudían a la clase obrera. Como epicentro de esta sociedad de dominación del hombre por el hombre a nivel económico, político y social, los anarquistas de la época situaron lo que se conoce como la *trilogía nefasta*:

la conciencia humana en su continua búsqueda de la libertad y la autorrealización (Véase *La Solidaridad*. Madrid, 23 de septiembre de 1888).

Capital, Religión y Estado. El Capital sería la principal causa de desequilibrio debido a su carácter parasitario que implicaba la necesidad de valerse de la fuerza del trabajo humano para, a partir de la inversión de capital, obtener unos beneficios económicos que superasen en mucho los cosechados por quienes realmente habían llevado la verdadera carga en el proceso productivo: los trabajadores.³⁸⁵ Esta función fue cubierta por la Religión y el Estado. La Religión otorgó un valor supraterrrenal a las desigualdades, alegando que los privilegios de parte de la sociedad, al igual que los padecimientos de otra, eran producto de la voluntad de unos poderosos seres cuyos designios escapaban al conocimiento humano. El Estado, por su parte, sería el encargado terrenal de dar forma legislativa a esos privilegios, estableciendo un sistema de leyes que recogiesen aspectos económicos, políticos, sociales e incluso morales y que, de ser incumplidas, conllevaran una sanción contra el infractor. Por tanto, la *Cuestión Social* de la que tanto hablaban los textos anarquistas, se adentraba en la lucha, no siempre frontal, en contra de un sistema formado por el Capital y sus instituciones y que atentaba contra la lógica y la moral propuestas desde los círculos libertarios.

Siguiendo con la concepción del anarquismo como binomio formado por teoría y praxis, todos estos principios filosófico-doctrinales de los que venimos hablando -libertad individual, moral, federalismo, solidaridad y cuestión social- tuvieron una manifestación práctica gracias al asociacionismo obrero. Pese a que las primeras manifestaciones societarias de carácter libertario tuvieron lugar a finales de la década de 1860 (Lida, 1972), no sería hasta el Congreso de Barcelona de 1870 cuando la acción sindical de los anarquistas, propiamente dicha, se puso en funcionamiento en España. Los logros obtenidos por las sociedades obreras creadas en 1868 y 1869 gracias a la utilización de estrategias puramente socialistas como la huelga y las cajas de resistencia, animaron a gran parte de la clase trabajadora española a crear una gran sociedad obrera que representase los intereses de todos los trabajadores. Los términos en los que se debería constituir tamaña empresa se discutieron en el congreso barcelonés. El primero de los acuerdos a que llegaron los delegados fue que el objetivo final de la asociación debería ser “la lucha contra el capital para conseguir la completa emancipación de las clases trabajadoras” (Termes, 1977: 75), sin especificar de forma concreta cual era la finalidad de dicha emancipación. Junto con una dura crítica a la familia, la religión y el Estado como instituciones sustentadoras de las injusticias, el dictamen elaborado para la ocasión por los representantes reunidos en la Ciudad Condal hacía hincapié en la idea de que esa emancipación de la clase obrera debía de ser obra de los propios obreros, sin intromisión externa de ningún otro estamento que pudiera buscar una instrumentalización de la lucha obrera en beneficio propio. Para ello se acordó como necesaria la constitución de secciones de oficios y de cajas de resistencia similares a las ya existentes, pero organizadas de manera federativa por lazos de solidaridad que permitiesen mantener una huelga prolongada por parte de cualquiera de los gremios federados, gracias al aporte económico del resto de obreros. Largo y tendido se debatió, también, acerca del papel que deberían jugar en el nuevo modelo asociacionista las sociedades de socorros mutuos y las cooperativas. Este tipo de entidades no fueron censuradas por el Congreso debido a su naturaleza marcadamente solidaria, aunque se estableció que su existencia nunca debería considerarse como un fin en sí mismo, sino como un alivio temporal a las aflicciones de la

³⁸⁵ Originariamente, el Capital nació, a ojos de los libertarios, del egoísmo del ser humano y se transmitió gracias a los conceptos de la propiedad privada y la herencia, lo que contribuyó paralelamente a mantener e incluso agrandar las desigualdades hasta el punto de generar las clases sociales. Esto creó una jerarquización social y económica que, para legitimarse, necesitó de la creación de dos instituciones que le sirviesen de sustento.

clase trabajadora y un complemento de apoyo para una lucha de carácter sindical basada en el federalismo y la lucha directa y orientada a la consecución de una Revolución Social:

Creo que se ha dicho que la cooperación era un medio directo para llegar a la completa y radical emancipación de la clase trabajadora, con lo que no estoy conforme, pues yo comprendo, ciudadanos que ni la cooperación ni la resistencia son medios directos para que la clase trabajadora pueda emanciparse radicalmente, yo creo que la cooperación y la resistencia son medios indirectos, son armas que debemos usar hoy por hoy los trabajadores para llegar a nuestra completa y radical emancipación y finalmente yo creo que para que los trabajadores puedan llegar a su completa y radical emancipación es necesario hacer una Revolución social³⁸⁶.

De la asamblea celebrada en Barcelona salió, por tanto, un nuevo tipo de acción sindical que podría definirse como *resistencia solidaria*, que suponía un paso adelante con respecto al antiguo modelo societario en donde cada sociedad obrera actuaba de manera individual y por medio, exclusivamente, de sus propios recursos. Con la resistencia solidaria nacía un sindicalismo moderno, más combativo y eficaz, en el que la solidaridad de todas las sociedades daría apoyo económico a aquellas que, en lucha, lo necesitasen. El nuevo sistema generaba la necesidad de un organismo colectivo que coordinase la actividad social del conjunto de asociaciones reunidas. Esta tarea recaería sobre la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores (FRE-AIT o, simplemente, FRE) entidad emanada del Congreso y que respondía a un triunfo ideológico-programático de los anarquistas y los sindicalistas apolíticos. Este modelo organizativo que, según Jacques Maurice (2007: 41) era “una disonancia en una España que estaba buscando a tientas cómo conciliar revolución y democracia”, se fundamentó en el arquetipo asociacionista federativo basado en lazos voluntarios de solidaridad obrera propuesto por Bakunin. Pese a que en el congreso, existieron propuestas favorables a la participación de los trabajadores en política, el ala apoliticista y el sector anarquista de la asamblea consiguieron que el posicionamiento político de cada trabajador, así como su orientación religiosa, quedasen al margen de los asuntos de la Federación, ya que, por los comportamientos pasionales que ambos conceptos -religión y política- conllevan, crearían más crispación que unidad en un momento en el que se buscaba la cohesión de toda la clase trabajadora. Aunque resulta obvio que en la institucionalización de un movimiento que pretendía ser total y radicalmente inclusivo con respecto a los trabajadores “las posiciones estrictamente sindicalistas, y moderadas no desaparecieron” (Termes, 1977: 125), el triunfo del modelo bakuninista fue más que evidente dentro del joven movimiento obrero español. El sindicalismo español pasaba a ser, mayoritariamente, un sindicalismo de ideología anarco-colectivista, organizado de manera federativa y en donde no había cabida para planteamientos políticos o religiosos de ningún tipo, aunque cabe resaltar que no existió una prohibición explícita de estas prácticas a nivel personal fuera del ámbito de los colectivos que componían la FRE.

El afán conciliador e inclusivo presente en su nacimiento no significó, sin embargo, la completa armonía y la perfecta estabilidad de la Federación. Las discrepancias entre los distintos sectores fueron continuas y se acentuaron en los momentos en los que los cambios en la política española fueron notables, lo que generó escisiones dentro de la institución. En un primer momento fue la facción republicana la que se alejó de la FRE, debido a una radicalización de los postulados de esta última a consecuencia del aumento de la represión contra el movimiento de un gobierno que pretendía evitar que los sucesos de la Comuna de París se reprodujeran en España. Posteriormente, otro reducido sector

³⁸⁶ Actas del Congreso Obrero de Barcelona de 1881. Citado en Termes (1977: 87).

de la Federación, influenciados por los planteamientos marxistas y la llegada de Lafarge a la Península, también decidieron apartarse del socialismo revolucionario y seguir su propio camino. La FRE quedaba de esta manera *depurada* de elementos marxistas y republicanos y los bakuninistas eran libres para aplicar sus postulados sobre la mayor parte del movimiento obrero español. No obstante, hubo un tercer momento que sirvió para afianzar el modelo anarco-colectivista en el seno de la FRE: la declaración de la Primera República Española.

El Congreso de Córdoba del 25 de diciembre de 1872 fue el primero al que no asistió el ala *autoritaria* del socialismo español. En la reunión se rechazaron las propuestas del Congreso de La Haya y se aprobaron las de la asamblea antiautoritaria de Saint-Imier en lo que suponía el alineamiento del movimiento obrero español con la recién creada Internacional Anarquista. Poco más de un mes después de terminado el congreso cordobés (3 de enero de 1873), en España se declaró la Primera República y con ella se abría una brecha de incertidumbres en la FRE acerca de la postura que se debía tomar ante el nuevo modelo de gobierno. Tras la consulta llevada a cabo por la Comisión Federal mediante la celebración de asambleas obreras en las distintas regiones adscritas a la Federación se llegó a la conclusión de que el cambio de régimen resultaba positivo para los trabajadores, pero, paralelamente, se incidió en la necesidad de continuar al margen de la actividad política:

Nosotros hemos visto con satisfacción el cambio mencionado, no por las garantías que pueda dar a la clase obrera, siempre esquilada y escarnecida en todas las organizaciones burguesas, pero sí porque la República es el último baluarte de la burguesía, la última trinchera de los explotadores del fruto de nuestro trabajo, y un desengaño completo para todos aquellos hermanos nuestros que todo lo han esperado y lo esperan de los gobiernos, no comprendiendo que su emancipación política religiosa y económica debe ser obra de los trabajadores mismos. [...] Es preciso ir adelante hasta el triunfo de la Anarquía y del colectivismo, o sea la destrucción de todos los poderes autoritarios y de los monopolios de clase, en donde no habrá ni Papas, ni reyes, ni burgueses, ni curas, ni militares, ni abogados, ni jueces, ni escribanos, ni políticos: pero su una libre federación universal de libres asociaciones obreras, agrícolas e industriales (Lorenzo, 1974: 101-103).

La idea que transmitía la Comisión de la Internacional con este comunicado era la de que, con la declaración de la República, la burguesía estaba poniendo de manifiesto el enorme debilitamiento de su modelo de dominación. Con esta percepción en el ambiente era cuestión de tiempo que los obreros intentasen dar un golpe en la mesa. Este golpe tuvo lugar en Alcoy, ciudad que acogía a la Comisión Federal de la FRE-AIT. El 8 de julio de 1873, los obreros del municipio alicantino declararon una huelga general que pretendía la obtención de un aumento en los salarios y una reducción de la jornada laboral que terminó con un conato de revolución y varias muertes³⁸⁷. Al día siguiente, en Cartagena se iniciaba la revolución cantonal donde, salvo en el caso de San Lúcar de Barrameda (Termes, 1977: 227), los internacionalistas no tuvieron un papel relevante en su estallido. Sin embargo, escudándose en la rebelión de los cantones, las autoridades comenzaron un proceso de represión contra el movimiento que prosiguió tras el fin de la Primera

³⁸⁷ La negativa de la patronal a las exigencias obreras fue secundada por el alcalde republicano Agustí Albors, hecho que provocó que los obreros pidieran la dimisión y la sustitución de este por una junta revolucionaria. Cuando los obreros se encontraban reunidos en la Plaza de la República los guardias abrieron fuego, desencadenando una respuesta armada por parte de los trabajadores en la que se incendiaron fábricas y se detuvo a fabricantes. Los trabajadores tomaron durante tres días el control de Alcoy hasta que, el 13 de julio, las tropas gubernamentales tomaron la ciudad, muriendo en el proceso de *reconquista* Agustí Albors.

República. Este hecho lanzó a la FRE hacia el camino de la clandestinidad y a una gran parte de sus miembros a un radicalismo extremo que amenazaba con tomar forma de revolución armada. Esta tesitura, a la que se sumó el fuerte ímpetu con el que comenzaban a abrirse paso los planteamientos del anarco-comunismo y el nihilismo, provocó una crisis ideológica y estratégica en el seno de la Federación Regional Española que supuso su disolución en 1881, momento en el que la Internacional parecía que iba a volver a funcionar dentro de la legalidad. Los obreros decidieron que esta nueva etapa *legal* merecía comenzarse con un nuevo tipo de formación libre de los vicios y rencores internos del pasado, por lo que se decidió fundar la Federación de Trabajadores de la Región Española. Esta nueva asociación obrera, impulsada por el sector más comprometido con el anarcosindicalismo, volvió a los orígenes asociacionistas de la Internacional Española y se distanció rápidamente del modelo de acción directa y grupos secretos que habían definido a la FRE en sus últimos años de existencia.

Desde sus comienzos en el Congreso Obrero de Barcelona de 1881 la FTRE se manifestó como una institución sindical orientada de manera diáfana hacia los principios del antipoliticismo y el anarcocolectivismo que marcaron los primeros pasos de la Internacionales en España:

Nuestra organización, puramente económica, es distinta y opuesta a la de todos los partidos políticos burgueses y políticos obreros, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder político, nosotros nos organizamos para que los estados políticos y jurídicos actualmente existentes, queden reducidos a funciones puramente económicas, estableciendo en su lugar una libre federación de libres asociaciones de productores libres [...] El Congreso obrero se declara colectivista en cuanto a la propiedad, anarquista o autonomista en cuanto a la organización social³⁸⁸.

Este regreso a los orígenes de la AIT española no fue completo, dado que su composición interna había cambiado de manera notable. Si durante los primeros años de la FRE sus miembros provenían de áreas y sectores industrializados, el perfil de los nuevos militantes de la FTRE respondía mayoritariamente al de un andaluz dedicado a las tareas del campo, lo que restaba presencia y representatividad a las asociaciones de obreros industriales y le otorgaba un peso mayor a las organizaciones agrarias (Lida, 1972). Además, numéricamente, la nueva federación duplicaba en número los individuos que, en 1873, se encontraban afiliados a la FRE. Sin embargo, el éxito y el entusiasmo iniciales no aseguraría la estabilidad durante mucho tiempo, ya que las diferentes facciones del movimiento anarquista español intentaron, nuevamente, imponer su modelo dentro de la organización federal. El Congreso de Sevilla de septiembre de 1882 fue una disputa doble entre anarco-colectivistas y comunistas libertarios, por un lado, y legalistas e ilegalistas por el otro. Oficialmente se aprobó un manifiesto en el que el triunfo se lo llevaban los anarco-comunistas y los legalistas, pero los sectores contrarios a estas tesis eran tan fuertes y numerosos que se negaron a acatar los términos del manifiesto y formaron sus propias agrupaciones, provocándose de nuevo un cisma en la asociación. La numerosa facción de obreros dedicados al campo, encabezados por los andaluces, eran partidarios del anarco-comunismo mientras que los miembros *industriales* estaban a favor de seguir con las tesis colectivistas. Se llegó a un consenso cordial gracias a que los delegados reunidos primaron la estrategia de cohesión por encima de las diferencias ideológicas, pero las tensiones no quedaron cerradas. No obstante, esta brecha carecería de importancia ante los hechos que poco después tendrían lugar en relación con la

³⁸⁸ Manifiesto a los Trabajadores de la Región española, aprobado por el Congreso Obrero de Barcelona y reproducido en *Revista Social* el 20 de octubre de 1881.

Internacional: Los sucesos de la Mano Negra. En noviembre de 1883 la Guardia Civil encontró supuestamente un reglamento de una asociación secreta autodenominada la Mano Negra que, presuntamente, estaría detrás de boicots a empresarios e incluso asesinatos. El Gobierno y la Prensa, sin indagar mucho en la veracidad del reglamento, comenzaron con la censura y persecución contra la asociación secreta, a la que rápidamente relacionaron con la FTRE (Gutiérrez Molina, 2008). La repercusión social derivada del tratamiento que la prensa y el Gobierno hicieron sobre el asunto de la Mano Negra no solamente afectó al reconocimiento que la federación había conseguido entre el estamento popular, sino que provocó también una crisis interna en la que la Comisión Federal, afín al legalismo y el anarco-colectivismo, se distanció del movimiento andaluz buscando minimizar el desprestigio que las vinculaciones entre la Mano Negra y la FTRE estaban causando al movimiento obrero. Esto fue entendido por los andaluces como un posicionamiento por parte de la Comisión a favor del Gobierno y la prensa y por lo tanto como poco menos que una traición. De este modo, se abrió una brecha irrecuperable entre la dirección de la FTRE y un núcleo que representaba un alto porcentaje de sus bases, desencadenándose una creciente lucha que terminó con la autodisolución de la Federación de Trabajadores de la Región Española mediante la celebración de un congreso en Valencia en octubre de 1888. Se cerraba de esta manera la primera etapa de predominio anarco-colectivista sobre el obrerismo español en la que el movimiento sindical se caracterizó por promover una organización federal compuesta por federaciones de trabajadores libremente asociadas, plantear la huelga sostenida por cajas de resistencia como método de lucha contra la explotación y defender la no intervención directa de los obreros en el modelo de política parlamentaria del liberalismo burgués.

Sin embargo, el anarquismo español no solamente se constituyó en torno a la actividad sindical, sino que su radical concepción de la Revolución exigía una actuación en materia de estructura social de similar magnitud a la desarrollada en el mundo del trabajo. De este modo, paralelamente a la organización institucional, y como parte de la lucha que los anarquistas mantenían en contra de los privilegios de las clases dominantes y los mecanismos posibilitadores de los mismos, los obreros más concienciados con la construcción de un nuevo modelo de sociedad dedicaron enormes esfuerzos a la difusión de las innovaciones intelectuales y científicas que estaban desarrollándose en la Europa del siglo XIX y a llevar la instrucción a los menos favorecidos. Además de ser una consecuencia de esa fuerte esencia racionalista presente en los primeros pasos del anarquismo español, el ímpetu de los libertarios por divulgar la cultura y la instrucción entre los trabajadores respondía a una visión social por la que “la ignorancia popular era causa de la desigualdad y la opresión” (Álvarez Junco, 1974: 72) en cuanto a que una cultura monopolizada y regularizada por las élites impedía el crecimiento personal, profesional y, por tanto, socioeconómico de los obreros. La labor revolucionaria de la instrucción fue una constante en los círculos anarquistas de la época, como bien ejemplificaba el semanario anarquista de Vigo *La Propaganda* en febrero de 1883:

En nuestros congresos, asambleas, estatutos y reglamentos reconocemos los socialistas revolucionarios la necesidad de la instrucción como uno de los medios, quizá el mas eficaz, de apresurar el advenimiento de la Revolución social. Algunas secciones y federaciones han respondido á esta necesidad, creando escuelas laicas, pero no tantas que satisfagan por completo las apremiantes demandas del Proletariado.

Es indudable que si nosotros no nos instruimos, la burguesía, que nos explota y nos quiere ignorantes, no ha de hacerlo por mucho que declama a favor de nuestra enseñanza, pues esto no pasa de una habilidad de los más hipócritas, pero cuyo juego ya hemos conocido por fortuna.

Sería pues conveniente que las secciones y federaciones de la asociación de trabajadores de la Región española, abandonando luchas estériles y peligrosas para los intereses del Proletariado, consagren sus esfuerzos en primer lugar á fomentar la instrucción como medio de formar mas eficazmente la conciencia revolucionaria de todos los compañeros, necesidad la mas imperiosa dado el desarrollo que la asociación y nuestros principios van tomando con rapidez asombrosa. [...] Además la instrucción laica extendida por todas partes mataría por completo ese terrible cáncer que nos devora: la ignorancia³⁸⁹.

Este texto resulta muy relevante a la hora de dilucidar lo que la instrucción significaba para los anarquistas de la década de 1880. Era un medio con el cual escapar de la ignorancia y adaptarse a un mundo cada vez más mecanizado, pero también era una vía de concienciación de la clase trabajadora; una vía para acabar con las construcciones sociales preestablecidas por las élites políticas, económicas y religiosas. Ya Bakunin había denunciado la falsedad de la *ciencia burguesa* y el papel desempeñado por las universidades que, a su parecer y como si fuesen herederas del papel histórico de la Iglesia, servían para legitimar la explotación en el marco de la sociedad capitalista que se estaba desarrollando desde mitad del siglo XIX. De ahí esa crítica que el semanario lanzaba hacia la enseñanza pública básica conseguida y dirigida por el sistema liberal, a la que tacha de “habilidad de los hipócritas”. Ante esta perspectiva en la que la educación era vista como un arma sociopolítica utilizable por ambos bandos en conflicto, no resultaba extraño el interés de los ácratas en controlar libremente la enseñanza. A su modo de ver, la educación debía escapar del modelo tradicional dogmático, mixtificador o justificador de la situación política (Álvarez Junco, 1974) para centrarse en el desarrollo de un saber científico basado en la experiencia y aplicable a la realidad laboral y social de los trabajadores con el fin de lograr el crecimiento profesional y personal de cada uno de ellos. La instrucción de los trabajadores contribuía, también, a despertar un pensamiento crítico entre los trabajadores que les permitiera desechar las concepciones tradicionales que facilitaban el mantenimiento del sistema de desigualdades sociales en que vivían y sustituirlos por un nuevo modelo de pensamiento racional y moralizado que, a su vez, facilitara la llegada de la anhelada Revolución Social. Por tanto, resultan evidentes las razones que motivaron el ímpetu de las asociaciones anarquistas a la hora de crear escuelas propias y autogestionadas desde las que divulgar su programa educativo entre sus socios.

Pero, además de este objetivo revolucionario de consecución venidera, la difusión cultural planteada por los anarquistas también tenía una repercusión inmediata sobre el proletariado ya que alteraba por completo la utilización que estos hacían de su tiempo libre. La lucha contra los vicios inmorales de gran parte del proletariado, principalmente contra el alcohol y el juego, fue uno de los caballos de batalla del anarquismo español. Estas dos actividades jugaban, a su entender, en contra de la práctica revolucionaria dado que, no solo embrutecían a los trabajadores, sino que el gasto que de ellas derivaba sumía a estos en una mayor depresión económica. Es decir, el vicio quemaba el cuerpo, el alma y la cartera de los obreros. La creación de escuelas fue una forma de apartar al proletariado de la taberna y las mesas de juego pero, tras una larga y dura jornada laboral, el trabajo que requiere un aula no suponía una oferta tan atractiva como para renunciar al ocio. De ahí que, en la búsqueda de una oferta recreativa más seductora, las sociedades obreras empeñaran gran parte de sus esfuerzos en organizar veladas de baile, representaciones teatrales, conferencias acerca de temas de diversa índole... El éxito de este programa *lúdico* suponía una doble victoria para los anarquistas ya que, además de

³⁸⁹ *La Propaganda*. Vigo, 25 de febrero de 1883.

instruir y apartar a los trabajadores de los vicios que los anulaban como revolucionarios comprometidos, estas actividades servían como medios de recaudación de fondos y captación de socios ya que, generalmente, la entrada tenía un pequeño coste para aquellos que no eran miembros de las entidades organizadoras. Asimismo, al margen de la oferta de ocio, estos centros de reunión servían como ejemplo de los nuevos espacios de socialización que los libertarios concebían para su modelo de sociedad venidera, unos espacios de socialización en los que todos los trabajadores pudieran disfrutar de su tiempo libre a la vez que se desarrollaban intelectual y moralmente en lugares no solo aptos para su disfrute sino para el de toda su familia, en lo que era una pretensión de llevar la revolución al ámbito de las relaciones sociales. Por tanto, tenemos que el anarquismo español, en su primera fase de desarrollo, se caracterizó por otorgar un papel primordial a la instrucción de los trabajadores como medio de complementar la organización federal de libres federaciones basadas en la autogestión, el anticlericalismo y el apoliticismo.

Esta etapa inicial del movimiento anarquista en España presenta varios paralelismos con su equivalente cubano. Si eliminamos, por razones obvias, el periodo de anormalidad social, económica y política que la Guerra de los Diez Años supuso para la Isla, el desarrollo de ambos movimientos resultó verdaderamente similar. Considerando, como hicimos en el caso peninsular, al anarquismo cubano como un binomio de teoría y práctica, las similitudes son evidentes en ambos campos. A nivel ideológico los libertarios antillanos compartían con sus congéneres españoles un origen común: las ideas de Pierre Joseph Proudhon. Como hemos visto las teorías prouhonianas tuvieron gran calado entre la clase trabajadora de Cuba a principios de la década de 1860. El pensador francés, posiblemente el primer ideólogo del pensamiento ácrata moderno y figura fundamental en el germen libertario de la España decimonónica, “tuvo en la Isla seguidores y discípulos entre artesanos y obreros progresistas de su tiempo, sobre todo dentro del sector tabacalero, que fue la primera industria en Cuba que había tomado cierta conciencia de clase dentro del pueblo trabajador” (Fernández, 2000: 24), lo que llevó a que en 1857 se comenzasen a fundar las primeras sociedades de carácter mutualista. Como señalamos en el capítulo anterior, los principios del socialismo proudhoniano, materializados principalmente en actividades cooperativistas y mutualistas, obtuvieron un alto grado de difusión gracias a la dedicación plena de un tabaquero de origen español: Saturnino Martínez. Este asturiano, que desarrolló en la colonia una labor divulgativa similar a la desempeñada en la Península por Pi i Margall, se sirvió de la prensa escrita como medio para llegar a las conciencias de una clase trabajadora que sufría los males intrínsecos de una sociedad cubana que se desarrollaba a medio camino entre el esclavismo y el modelo productivo del capitalismo liberal; una sociedad jerárquicamente estructurada de manera piramidal y cuya base económica descansaba sobre los pilares de la producción agrícola de las grandes plantaciones de azúcar, café y tabaco. Fue gracias a la creación del semanario obrero *La Aurora* que esos planteamientos pre-libertarios de Pierre Joseph Proudhon pudieron pasar de una reducida vanguardia obrera, encabezada por el propio Martínez y por José de Jesús Márquez, al grueso de la población trabajadora de Cuba. La extracción social de Martínez añadió un componente más obrerista, si cabe, a los planteamientos del socialismo utópico con respecto a la difusión que Pi, más alejado del mundo del trabajo³⁹⁰, pudo hacer en la Península. Sí compartían ambos, sin embargo, una

³⁹⁰ Aunque es cierto que nació en el seno de una familia humilde -su padre era un modesto obrero textil- Pi i Margall abandonó a una edad temprana el mundo proletario para dedicarse a su formación académica. Como era común para los hijos de los obreros que ambicionasen tener estudios, Pi i Margall comenzó su carrera en el seminario, accediendo posteriormente -a la edad de 17 años- a la Universidad de Barcelona

enorme pasión por la literatura, puesta de manifiesto a lo largo de toda su actividad periodística, y una confianza ciega en la prensa escrita como instrumento para la organización de la clase obrera. Así, desde las páginas de *La Aurora*, Martínez y Márquez no tardaron en poner de manifiesto su devoción por los principios del mutualismo, intentando desarrollarlo, del mismo modo que ocurrió en el caso de España, sobre la base de las consolidadas Sociedades de Socorros Mutuos:

Las sociedades de Socorros Mútuos entre artesanos aprobadas por los gobiernos encierran en su seno un gérmen, que bien cultivado y desenvuelto puede producir el óptimo fruto del amor de la fraternidad que tanto bien haría en el yermo de las necesidades por donde tiene que atravesar el grémio de nuestros trabajadores. [...] Por eso nos apresuramos á manifestar nuestra opinión respecto de tan útiles instituciones, y por eso tendrán siempre nuestro voto; porque sabemos que en su seno encuentra protección y abrigo el artesano honrado y laborioso á quien la desgracia postra en el lecho del dolor ó arranca á su corazón una de las prendas que esmaltan el cielo de su alma. [...] No es fácil encontrar instituciones de tendencias tan sanas y moralizadoras como las sociedades á que venimos aludiendo; pues hasta los individuos que las componen parece que están animados por un soplo de la divinidad según la pureza y legalidad con que se tratan, agenos á pasiones fútiles y de mal género y cuyo báho empaña la conciencia y entorpece las ideas³⁹¹.

En estas sociedades, según se expone en *La Aurora*, la unión de los trabajadores debería basarse en lazos de solidaridad. De este modo, el obrero recibía consuelo a sus aflicciones a la vez que adquiría una obligación moral de socorro hacia sus compañeros, lo que en la práctica suponía una reinterpretación del mutualismo proudhoniano que proponía que “la verdadera mutualidad es aquella que promete y asegura servicio por servicio, valor por valor, crédito por crédito, garantía por garantía” (Proudhon, 1978: 18). Esta estructuración solidaria se complementaba, siguiendo las huellas del pensador francés, con un componente autogestionario que aconsejaba a los trabajadores fundar sus mutualidades al margen de la intervención de cualquier elemento ajeno al gremio, bien sea la patronal, bien el Estado. Según los miembros de la redacción del semanario obrero, cualquier intervención externa sobre el desarrollo de las actividades de las sociedades de trabajadores atentaría, de una forma u otra, contra los intereses de sus legítimos miembros, por lo que animaban a los obreros a auto-organizarse de manera que sus logros o sus errores fueran solo suyos y sirvan de aprendizaje para el futuro:

Aconsejamos de buen grado á todos los que piensen figurar en dicha hermandad que se mantengan en el propósito de no admitir como regentadores de sus intereses a individuos que no pertenezcan á su gremio; pues de ese modo no solo serán dichos intereses mirados con el amor del ben propio, sino que los socios se irán instuyendo por sí mismos de los más ó menos felices resultados de la asociación, y de ese modo podrán tomar sus determinaciones ajustadas al perfecto conocimiento de causa sin necesidad de ocurrir á intervención estraña que los dirija y maneje á su antojo y no tal vez con el buen tino que pueden hacerlo los mismos interesados³⁹².

Esta organización autogestionaria de los trabajadores propuesta por los redactores de *La Aurora* debía complementarse además con prácticas cooperativistas que otorgasen a la clase trabajadora una mayor independencia, al dejar de depender su sustento de las

donde completó sus estudios en Filosofía y Derecho. Más tarde, ya en Madrid, se doctoraría en Derecho, actividad que compatibilizó con distintas contribuciones en periódicos de la capital (Castro, 2015). Por tanto, pese a su origen proletario, no es comparable la relación del político catalán con el mundo del trabajo con la que pudo haber tenido un proletario como Saturnino Martínez.

³⁹¹ *La Aurora*. La Habana, 12 de noviembre de 1865.

³⁹² *La Aurora*. La Habana, 3 de diciembre de 1865.

dádivas de los empleadores. De este modo la clase obrera sería completamente autosuficiente tanto a nivel económico como social, convirtiéndose no solo en productores, consumidores y beneficiarios de su propio trabajo sino también en organismo coordinador del auxilio que sus miembros necesiten.

Teniendo todos estos aspectos en cuenta, podemos asegurar que la primera semilla del anarquismo comenzó a germinar en un terreno similar al de su homólogo peninsular. La conciencia de clase, tan imprescindible para el desenvolvimiento del movimiento libertario, se gestó sobre los cimientos de sociedades obreras preexistentes a las que se le insuflaron valores proto-socialistas que pusieron la primera piedra de un nuevo modelo de cohesión y organización obrera. El sistema de mutualidades y cooperativas propuesto por Proudhon, inspirador para los líderes obreros de los dos territorios, sirvió en ambos casos de laboratorio en donde experimentar un novedoso sistema organizativo que aspiraba no solo a aliviar las necesidades de los obreros sino a crear una especie de sociedad paralela en la que los trabajadores pudieran funcionar, en cierta medida, de manera autosuficiente. Las continuas apelaciones que estos primeros obreristas hicieron a la solidaridad y la unidad entre los trabajadores crearon un ambiente sumamente favorable para la proliferación de ideas socialista de carácter más radicalizado basadas en la llamada conciencia de clase. Además, las enormes dificultades que los trabajadores tenían a la hora de participar en el censitario sistema político del liberalismo español, unidas al enorme porcentaje de trabajadores agrícolas existente en ambas regiones, facilitaron que, en la futura incursión de los planteamientos socialistas, fuesen los anarquistas, con su apoliticismo y su integración del sector primario en el bloque del proletariado, quienes gozasen de una mejor acogida. Al margen de esto, las numerosas referencias que desde *La Aurora* se hacían a diferentes periódicos peninsulares³⁹³ nos ponen de manifiesto que, al menos en la redacción del semanario de La Habana, había un claro conocimiento de las tendencias sociopolíticas predominantes al otro lado del Atlántico, que, en unas ocasiones, eran elogiadas y secundadas por el semanario y, en otras, duramente criticadas por ser contrarias al pensamiento un tanto moderado y reformista de los miembros de la redacción. No obstante, al margen de las reacciones despertadas en Cuba por los periódicos peninsulares, lo que resulta evidente es que estas, de una forma u otra, influyeron en el carácter de los artículos de una publicación, *La Aurora*, que reproducía de manera asombrosamente similar los mismos planteamientos proudhonianos manejados en los círculos obreristas de España.

El estallido de la Guerra de Independencia de Cuba alteró el normal desarrollo del movimiento obrero insular, el cual, como hemos visto, no volvería a desenvolverse en un clima de total estabilidad hasta el comienzo de la década de 1880, aunque bien es cierto que durante el conflicto bélico la influencia de Proudhon continuó siendo más que notable entre los líderes y las asociaciones obreras (Fernández, 2000: 25). Tras la guerra, tanto la sociedad cubana como su movimiento obrero volvieron a la normalidad en un momento en el cual, en la Península, el anarquismo propiamente dicho se encontraba más que consolidado como la doctrina predilecta de los obreros españoles, principalmente entre los trabajadores agrícolas de los latifundios andaluces (Lida, 1972: 247-260). Con la abolición de la esclavitud las condiciones socioeconómicas de la metrópoli y la colonia se tornaron muy similares, dado que en ambos casos el sistema económico se basaba principalmente en la producción derivada de la explotación agrícola de grandes extensiones de terreno (concentradas en pocas manos, ninguna de ellas obrera) por parte

³⁹³ Véase a modo de ejemplo *La Aurora* del día 7 de enero de 1866 en donde se citan varios periódicos españoles.

de una masa obrera superpoblada que recibía unos salarios extremadamente reducidos a cambio de interminables jornadas. Del mismo modo, la Paz de Zanjón sirvió también para que la realidad política de los cubanos fuese más cercana a la que se vivía en la Península. Se otorgaron a los habitantes de la Isla derechos constitucionales que reconocían, con ciertos límites, las libertades de expresión, prensa y reunión, con lo que el gobierno facilitó, involuntariamente, la divulgación de los principios del socialismo revolucionario moderno, así como de las prácticas organizativas que de ellos derivasen. Si a esto le sumamos el creciente incremento de la tasa de inmigración procedente de España, no es de extrañar que sea en la etapa posterior a la guerra, esa en la que el obrerismo insular se vio obligado a reestructurarse en un nuevo contexto sociopolítico, donde encontramos una mayor conexión y, tal vez, un mayor influjo español en el anarquismo cubano.

Los primeros pasos del movimiento obrero de Cuba tras la firma de la paz continuaron siendo guiados por los mismos líderes obreros, reformistas pero afines a los principios proudhonianos, que habían capitaneado la organización de los trabajadores en la década de 1860. Su idea fue la de continuar promoviendo las mutualidades y el cooperativismo obrero sin entrar en un conflicto directo con las élites sociopolíticas del país. El cooperativismo gozó de un enorme éxito en los años inmediatamente posteriores a la guerra, siendo elevado el número de entidades cooperativas fundadas en los distintos sectores productivos de la Isla³⁹⁴. Lo mismo sucedió con las sociedades mutualistas, que proliferaron en la Isla utilizando nombres que demostraban un sentimiento de adhesión a la causa españolista. No obstante y pese al empeño del obrerismo reformista por mantener activo, más de una década después, su sistema organizativo, la nueva coyuntura socioeconómica y política derivada de la guerra demandaba un nuevo modelo teórico/corporativo que se adaptase mejor a las exigencias de un régimen productivo post-esclavista y cada vez más mecanizado que seguía, sin embargo, dependiendo en exceso del sector primario. Este hecho, unido a un cambio en la mentalidad de una población obrera cada vez más concienciada como clase social, hizo que fuesen surgiendo un mayor número de sociedades puramente obreras como el Gremio Obrero del Ramo de las Tabaquería; asociaciones que comenzaban a funcionar como verdaderos sindicatos modernos y que, como tales, cambiaban los términos de las reivindicaciones laborales. Fue en este nuevo panorama social y político donde el anarquismo moderno empezó, con impetuosa trayectoria ascendente, a ganar adeptos entre los trabajadores más comprometidos con la causa obrera. A nivel ideológico, podemos analizar los aspectos que caracterizaron al anarquismo cubano atendiendo a los artículos publicados por los distintos semanarios ácratas desde principios de la década de 1880. De este modo, podremos señalar los puntos en común que compartió con su homólogo español e identificar si este ejerció sobre aquel una influencia realmente reseñable.

La ineficacia de los métodos pactistas de los líderes obreros del reformismo y, sobre todo, el fracaso electoral de un Partido Democrático en el que estos habían puesto todas sus esperanzas elevaron al anarquismo a la *capitanía* del movimiento obrero insular. Así, tras unos años de ascenso continuado en su número de simpatizantes, el anarquismo cubano decidió crear un órgano de expresión desde el que difundir su ideario al pueblo cubano. Nació de este modo *El Obrero, eco del proletariado*, un semanario que, pese a ser “fundado por los demócratas-republicanos” (Casanovas, 2000: 177) declaraba de una forma abierta y directa, ya en su cuarta entrega, una adhesión completa a “la federación, el colectivismo y la anarquía social”³⁹⁵. Esta trinidad conceptual, loada casi en

³⁹⁴ *La Razón*. La Habana, 23 de mayo de 1880.

³⁹⁵ *El Obrero*. La Habana, 11 de julio de 1883.

la totalidad de los números del periódico habanero, ponía de manifiesto de una forma inequívoca la preferencia de los libertarios cubanos hacia los planteamientos del anarco-colectivismo bakuninista. A grandes rasgos, este hecho situaría a los obreristas cubanos en una órbita ideológico-programática similar a la del anarquismo español del momento, aspecto que se constataba en la “Aclaración (doctrinal)” aparecida en sus páginas el día 12 de septiembre de 1883, texto dedicado íntegramente a condensar en poco más de cuatro columnas los puntos clave de su programa ideológico. Desde el principio, el escrito no dejaba dudas del carácter libertario de la publicación. Tras una serie de metáforas iniciales acerca de la luz y las utopías, el semanario declaraba haber “venido al campo del periodismo para propagar las ideas anarco-colectivistas”³⁹⁶ para pasar a continuación a enumerar los motivos que los llevaban a defender dichos planteamientos. Según su criterio, los trabajadores de la Isla de Cuba, y del mundo en general, vivían en condiciones de miseria y explotación dentro de un sistema corrupto que legitimaba las desigualdades sociales pese a ser ellos quienes producían todos los bienes y riquezas de los que se beneficiaba la burguesía. Para revertir esta situación, proponía el artículo, la clase trabajadora debía unirse y desarrollar actividades conjuntas, alejadas de la actuación de los demás estamentos y destinadas a mermar las prebendas de las clases privilegiadas para beneficio de los *desheredados*. Estas acciones pasaban por colectivizar los medios de producción retenidos amoralmente por la burguesía y la aristocracia de manera que los beneficios de ellos obtenidos fuesen disfrutados de una manera más justa por aquellos que realmente habían participado en el proceso productivo. Sin embargo, a diferencia de lo propuesto por el reformismo, los anarquistas no pretendían llevar a cabo su objetivo por medio de pactos ni peticiones. Su mensaje era directo, radical y hablaba de arrancar de las garras de las élites los derechos de los trabajadores. Con ello, al igual que ocurría con las numerosas publicaciones libertarias españolas (Madrid, 1991), se creaba una *otredad* en el discurso que permitía a los libertarios reforzar la conciencia de clase del proletariado cubano al tiempo que conquistaba adeptos para la causa de la lucha de clases.

En esta idea de la organización obrera, propia y autogestionaria, destinada a la conquista inmediata de la idealizada emancipación obrera, la redacción del productor, como voz autorizada del anarquismo insular, se decantó por una estructuración federal sustentada sobre la base de la solidaridad, el apoliticismo y la exclusión de cualquier postulado religioso. Esta federación, destinada a regir en un futuro un nuevo modelo de sociedad mas justa e igualitaria, organizaría a los productores por secciones libremente asociadas que fijaban sus objetivos de manera asamblearia. La propuesta organizativa de *El Obrero*, que no llegó a traspasar los límites del papel, no solo era similar conceptualmente al modelo español sino que, por primera vez, ponía de manifiesto el enorme grado de influencia que el anarquismo español comenzaba a tener en la Cuba al reproducirse de manera textual en el semanario los “Estatutos de la Federación de Trabajadores de la Región Española aprobados por el Congreso celebrado en Barcelona los días 23, 24 y 25 de Setiembre de 1881 y ratificados por el Congreso celebrado en Sevilla, los días 24, 25 y 26 de Setiembre de 1882”³⁹⁷. De esta manera, el socialismo revolucionario cubano elegía de manera inequívoca la estructura societaria de los ácratas españoles como pilar sobre la que construir su modelo de organización obrera. Si bien es cierto que en un movimiento declaradamente internacionalista como lo era el anarquismo fue común la publicación de textos y doctrinas de sus principales ideólogos³⁹⁸, cabe

³⁹⁶ *El Obrero*. La Habana, 12 de septiembre de 1883.

³⁹⁷ *El Obrero* del 4 de julio al 22 de agosto de 1883.

³⁹⁸ En la prensa anarquista de la España del último cuarto del siglo XIX fue muy común la difusión de los postulados de teóricos europeos; incluso, tras la represión desatada en Francia contra la Commune, muchos

resaltar, no obstante, el hecho de que en ninguno de los números que constituyeron la corta existencia de *El Obrero* aparece referencia alguna de textos relativos a acontecimientos o planteamientos ideológico-tácticos de carácter internacional. Esto contrastaba con el gran número de menciones realizadas por el semanario a asociaciones y dictámenes generados por los libertarios peninsulares. A los ya citados *Estatutos de la Federación Española* se le sumaron alusiones al periódico canario *Eco de Canarias*³⁹⁹, a huelgas celebradas en España⁴⁰⁰ o la reproducción de la “Circular número 19 de la Unión Manufacturera de la Federación de Trabajadores de la Región Española”⁴⁰¹ que, del mismo modo que ocurriera con los *Estatutos* buscaba atraer la atención de los trabajadores cubanos sobre ejemplos prácticos de asociacionismo revolucionario.

Al socaire de la enorme presencia que el anarquismo español parecía tener entre los miembros de la redacción de *El Obrero*, resulta llamativo, analizando el posicionamiento y el espacio dedicado por el semanario antillano, cómo el peso de las noticias relacionadas con la Federación de Trabajadores de la Región Española sufrió un continuo in crescendo que las hizo ganar relevancia. Este incremento de la *notoriedad española* no solo fue cuantitativo, sino que también se hizo notar a nivel cualitativo ya que, además de aumentar el número de textos con referencias al anarquismo español, el posicionamiento de estos en la estructura del semanario fue paulatinamente adquiriendo mayor rango. Un claro ejemplo de ello nos lo ofrece el tratamiento que *El Obrero* dio a las noticias concernientes a la celebración del Congreso Regional de la FTRE celebrado en Valencia en septiembre de 1883. La primera alusión a esta reunión se encuadró en la sección *Ecos* del día 29 de agosto de 1883⁴⁰². *Ecos* recogía noticias breves referidas a temas variados relativos al proletariado y estaba situada a mitad de la tercera página de un periódico compuesto por solo cuatro, estando esa cuarta dedicada exclusivamente a la publicidad de comercios y publicaciones. En escala ascendente hacia la primera plana, la siguiente noticia acerca del Congreso de Valencia apareció en la segunda página del semanario, en un artículo titulado *Cartas fidedignas*⁴⁰³ que casi triplicaba el número de columnas que el periódico había dedicado a la celebración de la asamblea valenciana en *Ecos*. Sin embargo, y pese a su importancia, no fue este hecho el más significativo a la hora de demostrar el ascendente influjo de los libertarios españoles sobre la redacción de *El Obrero*, lo realmente importante era el verdadero carácter de esa carta fidedigna. No se trataba, como habitualmente ocurría en este tipo de publicaciones, de un apartado destinado a dar voz a obreros anónimos desesperados con su situación, sino que las epístolas publicadas en la nueva sección eran el resultado del trabajo periodístico de un corresponsal que semanalmente informaría no solamente acerca de temas relacionados con el Congreso, sino de “todo cuanto de importante sucediese en esta región [España] y las del resto de Europa”⁴⁰⁴, lo que en la práctica se tradujo solamente en reportes relativos a la Península. Tras esta primera intervención, la actividad del corresponsal de *El Obrero* en España alcanzó la primera página del semanario en las siguientes semanas⁴⁰⁵, pasando a apropiarse de un espacio superior al de una página completa, demostrándose el enorme

de los refugiados bakuninistas ocultos en la Península publicaron sus propios periódicos, como *La Solidarité Revolutionnaire* (Madrid, 1991: 40), cuyos artículos, en ocasiones, fueron reproducidos por las principales publicaciones españolas.

³⁹⁹ *El Obrero*. La Habana, 14 de noviembre de 1883.

⁴⁰⁰ *El Obrero*. La Habana, 29 de agosto de 1883.

⁴⁰¹ *El Obrero*. La Habana, 11 de julio de 1883.

⁴⁰² *El Obrero*. La Habana, 29 de agosto de 1883.

⁴⁰³ *El Obrero*. La Habana, 24 de octubre de 1883.

⁴⁰⁴ *El Obrero*. La Habana, 24 de octubre de 1883.

⁴⁰⁵ *El Obrero*. La Habana, 7 y 14 de noviembre de 1883.

y creciente influjo del ejemplo español en el primer vocero autorizado del anarquismo español en Cuba.

Un ejemplo más acerca de esta *incidencia española* nos lo ofrece una sección del periódico que poco tenía que ver con la difusión directa de postulados anarquistas: los anuncios publicitarios. *El Obrero* dedicaba la totalidad de su última página a diferentes anuncios de establecimientos o empresas que, de un modo u otro tenían relación con el movimiento obrero, tales como cooperativas o tiendas de colaboradores. Sin embargo, había dos anuncios que se repetían en cada número y que ocupaban un espacio notablemente superior al del resto de reclamos: *Obras de la biblioteca del Proletariado* y, sobre todo, *La Revista Social*. Comenzando por el primero de estos, *El Obrero* anunciaba que en su redacción se encontraban a la venta cuatro libros imprescindibles para cualquier trabajador comprometido con la causa obrera. De estas obras, todas ellas de inspiración anarquista, tres de ellas (*Congreso de la Federación de Trabajadores de la Región Española celebrado en Sevilla los días 24, 25 y 26 de Setiembre de 1882*; *Almanaque para 1883* y *El Pecado de Caín* de Juan Serrano Oteiza, director de *La Revista Social*) eran españolas, es decir, el 75% de las publicaciones ofertadas, procedían de las imprentas de la FTRE. Solo *Bosquejos Históricos* de James Guillaume se encontraba alejado de la órbita del anarquismo español. Pero más relevante, si cabe, fue el lugar que ocupó *La Revista Social*, semanario peninsular⁴⁰⁶ convertido desde 1881 en órgano de la FTRE (Madrid, 1991: 56). El anuncio hacía referencia a la posibilidad de adquirir este periódico anarquista en la redacción de *El Obrero*, de manera individual o por medio de suscripciones trimestrales de entre 65 y 80 céntimos dependiendo de si se adquirían en La Habana o se enviaban al interior de la Isla. Esto ponía de manifiesto el hecho de que las ideas del anarquismo español no eran consumidas únicamente por una vanguardia obrerista afincada en la capital de Cuba, sino que llegaban a zonas periféricas y, posiblemente, menos industrializadas, lo que contribuyó sin duda a amplificar el radio de influencia de los ácratas españoles. Pero el verdadero prestigio del que gozaban los libertarios peninsulares entre sus homólogos antillanos quedaba reflejado en el enorme empeño de *El Obrero* por enfatizar la importancia que *La Revista Social* tenía dentro de la federación española. En la primera aparición de este anuncio, número noveno del semanario, se señalaba que el periódico peninsular era nada menos que el “órgano más caracterizado de la Federación de Trabajadores de la Región Española”⁴⁰⁷; no una publicación obrera más sino la máxima voz autorizada de la FTRE. Esta intencionalidad de resaltar la enorme vinculación entre *La Revista Social* y la asociación internacionalista española se incrementó en el número once de *El Obrero*, donde se le otorgaron una línea y una tipografía propias al término “Federación de Trabajadores de la Región Española”, que quedaba destacado gracias a la utilización de unos ornamentados grafemas en negrita. Resulta innegable, por tanto, la notoria importancia que los anarquistas cubanos otorgaban a los ideólogos españoles a la hora de construir su discurso. Este aspecto se hace aún más evidente si tenemos en cuenta el tratamiento que *El Obrero* hacía de los

⁴⁰⁶ En el momento en que *El Obrero* publicaba sus anuncios, el semanario español se encontraba desarrollando su actividad periodística en la capital de España. No obstante, debido a los vaivenes geográficos de la revista, he creído más conveniente referirme a ella con el apelativo de “peninsular” para evitar delimitarla dentro de un marco geográfico no del todo correcto. *La Revista Social* comenzó a publicarse desde una imprenta ubicada en Manresa. Posteriormente, dado el enorme éxito que alcanzó entre los trabajadores catalanes trasladó su redacción a Gracia, primero, y a Barcelona después, ciudad en la que se convirtió en el portavoz de la Federación Regional Española de la AIT. Posteriormente en 1881, tras un periodo de discurso moderado, se convirtió en órgano de la FTRE, pasándose a publicar en Madrid bajo la dirección de Juan Serrano Oteiza. En 1884 volvería a ubicarse en Cataluña.

⁴⁰⁷ *El Obrero*. La Habana, 8 de agosto de 1883.

artículos publicados en *La Revista Social*. Como hemos señalado anteriormente, el semanario habanero reproducía noticias relacionadas con el desarrollo del movimiento obrero en la metrópoli. Sin embargo, solo los textos de *La Revista Social* fueron considerados merecedores de ser reproducidos de una manera íntegra y textual. Especialmente destacable es el serial titulado “Doctrinal”⁴⁰⁸ donde *El Obrero*, reproduce un artículo del pasquín peninsular, “La cuestión social”, en donde se hace un repaso a la situación de los obreros en los distintos países de Europa. La publicación de este texto bajo un titular tan significativo no solo no deja lugar a dudas acerca del lugar que ocupaban las ideas españolas en la construcción de la identidad ideológico-programática del anarquismo cubano, sino que pone de manifiesto el hecho de que la información acerca de los movimientos obreristas europeos llegaba a Cuba después de pasar por el filtro interpretativo de la prensa ácrata de España, lo que dotaba a esta de un mayor grado de influencia dentro de la germinación libertaria cubana.

Siguiendo la línea propuesta por autores como Doris Graber (1981) y Hector Borrat (1989) para el análisis de la prensa, la relevancia y el posicionamiento privilegiado que los redactores de *El Obrero* otorgaban en las páginas de su semanario al anarquismo español no eran en absoluto fruto del azar o de la proximidad idiomática. Las omisiones, las asimetrías y la selección de los elementos informativos presentes en la publicación, “hacen presumir la existencia de una estrategia específica del periódico” (Borrat, 1989: 75) a favor la difusión de un modelo ideológico concreto, el anarco-colectivismo bakuninista. Dentro de esta familia del socialismo moderno, el ejemplo español se presentaba como el más cercano a la hora de legitimar la viabilidad del proyecto libertario dados los vínculos socio-afectivos desarrollados tras casi cuatrocientos años de colonización. El Estado, la Iglesia y la burguesía española, era para los libertarios insulares y peninsulares un enemigo común y, por tanto, resultaba más asimilable en la idiosincrasia cubana un sistema, ya en funcionamiento, que buscase satisfacer unos objetivos tan literalmente idénticos.

Pero no fueron 1883 ni las páginas de *El Obrero*, que solo un año después terminaría su andadura periodística, los puntos álgidos de la influencia española en la construcción del ideario anarquista en Cuba. En la colonia, el anarco-colectivismo se impuso como doctrina dominante dentro del movimiento obrero aproximadamente a partir de la creación en 1885 del Círculo de Trabajadores de La Habana, “un recinto (ubicado en los altos del café Marte y Belona y después en Dragones 39) en donde los diferentes gremios podían asentar sus oficinas, celebrar sus asambleas, impartir conferencias...” (Colodrón, 2017: 6). Pese a que este centro se había constituido gracias al esfuerzo de obreristas de distintas inclinaciones ideológicas, el federalismo y la autogestión obrera que se desprendían de su reglamento evidenciaban cierto aroma libertario entre quienes pusieron en marcha la institución obrera. Un análisis pormenorizado de dicho reglamento revela ciertos paralelismos con respecto al anarquismo español. En primer lugar, como acabamos de señalar, el modelo societario del Círculo era un modelo que se adaptaba perfectamente al sistema federalista diseñado por Bakunin y promovido desde las distintas agrupaciones que conformaban el anarco-colectivismo español. En él, las colectividades eran autónomas dentro de la institución y los individuos autónomos también dentro de la institución y las colectividades, de tal modo que, a grandes rasgos, el Círculo de Trabajadores de La Habana funcionaba como el

⁴⁰⁸ *El Obrero*. La Habana, 14 de noviembre de 1883.

epicentro organizativo de un incipiente movimiento obrero cubano de tendencia anarquista.

Con un organismo desde el que poder organizarse de un modo más eficaz y acorde a las necesidades tanto colectivas como particulares de cada colectivo, el obrerismo insular elevó la radicalidad tanto de su estrategia reivindicativa –la huelga comenzó a jugar un papel protagonista en las luchas obreras– como de su discurso. En medio de este incremento en la conflictividad laboral los anarquistas más comprometidos decidieron retomar la tarea divulgativa iniciada por *El Obrero* y fundar un nuevo semanario libertario, *El Productor*, desde el que promover su programa a una población obrera cada vez más desencantada con los ineficaces métodos del reformismo y decidida a decantarse por el modelo de lucha directa propuesto por los ácratas, modelo que, por otra parte, ya había otorgado alguna victoria al proletariado cubano desde principios de la década (Soler, 1994). El propio título elegido por los anarquistas antillanos para dar nombre a su nueva publicación, *El Productor*, indicaba ya un cierto grado de influencia española, dado que, en Barcelona, desde febrero y bajo la dirección de Anselmo Lorenzo venía publicándose un diario⁴⁰⁹ de corte anarco-colectivista de idéntica denominación (Beltrán, 2010).

El Productor de La Habana surgió en un momento en que colectivistas y comunistas intentaban imponer su programa como ideología mayoritaria dentro del anarquismo, siendo el anarco-comunismo la corriente en alza a nivel europeo. En España el crecimiento de asociaciones obreras de carácter libertario en el sur, especialmente en Andalucía, también provocó un crecimiento en el número de partidarios de las tesis comunistas, pero los principales núcleos organizativos, situados en zonas más industrializadas y modernas y, por ende, detentores de los aparatos propagandísticos, continuaban siendo defensores del modelo anarco-colectivista. Esta situación provocó que, en el momento en que se fundó *El Productor* en La Habana, el colectivismo seguía siendo, de manera oficial, la directriz que marcaba el rumbo del anarquismo español. El hecho de España fuese, a finales de la década de 1880, poco menos que el último feudo del anarco-colectivismo europeo, vuelve a poner de manifiesto el enorme referente que suponían para los anarquistas cubanos los obreristas peninsulares. A este respecto el caso de *El Productor* resulta especialmente llamativo. Desde un punto de vista discursivo el mensaje del nuevo semanario obrero no distaba en esencia del de su predecesor, *El Obrero*. Seguía abogándose por la construcción de una gran federación estructurada sobre la línea asociacionista del bakuninismo, por la utilización de la huelga como sistema de presión contra las élites socioeconómicas y por la colectivización de los medios de producción como vehículo para alcanzar el objetivo final de la emancipación obrera. Esta inclinación hacia el colectivismo no fue fruto de un desconocimiento de las tesis del comunismo libertario, sino una elección consciente de los miembros de *El Productor*, dado que sus páginas nos dejaron constancia de la llegada a la redacción de distintas publicaciones: *La Révolté* (París), *La Revolución Cosmopolite* (París), *Humanitas* (Nápoles), *Freedom* (Londres), *Gleichheit* (Viena), *Revoltado* (Lisboa), *El Socialismo* (Cádiz), *The Labor Inquirer* (EEUU) y *The Leader* (EEUU), todas ellas de inspiración kropotkiniana⁴¹⁰. Fiel al carácter internacionalista que definía al anarquismo, *El Productor*, se hacía eco de las noticias publicadas en estos periódicos referentes a los avances del obrerismo

⁴⁰⁹ Nacido el 1 de enero de 1887, *El Productor* de Barcelona, una de las cabeceras históricamente más influyentes del mundo anarquista, mantuvo una edición de carácter diario hasta su número 31, momento a partir del cual pasaría a convertirse en un semanario.

⁴¹⁰ *El Productor*. La Habana, 6 de octubre de 1887.

conseguidos mediante el uso de estrategias anarco-comunistas en sus respectivos países. Incluso, a partir del número 29⁴¹¹, comenzaron a reproducirse los trabajos y la biografía de Piotr Kropotkin. Sin embargo, a la hora de teorizar y proponer medidas aplicables en Cuba, en anarquismo insular seguía decantándose por el modelo colectivista representado por los españoles:

Entendemos por COLECTIVISMO la organización social basada en la propiedad colectiva, en la federación económica y en la completa emancipación del ser humano. Deben constituir propiedad colectiva, por ejemplo, la tierra, las fábricas, minas, buques, ferrocarriles, telégrafos, edificios, máquinas é instrumentos, en general, del trabajo porque por el esfuerzo de uno solo no puede cultivarse la tierra, construirse un edificio, un buque, un carril, ni explotar una mina. [...] Entendemos por propiedad individual, lo que representa producto elaborado por uno mismo. Así, pertenece al individuo exclusivamente, por ejemplo la parte de pared que prepara el albañil, el calzado que elabora el zapatero, las pieles que prepara el curtidos, el vestido que confecciona el sastre... [...] Dado –como hoy tiene– un valor determinado todo trabajo puramente personal, aquel valor íntegro, debe entregarse á cada uno. Para que de él haga uso – no el abuso de explotar á su prójimo– que más agrade, con estera libertad.

La Federaciones de oficios – organización económica– determinarán, con aprobación de las colectividades, el valor de un cualquiera. [...] El individuo tendrá que trabajar para alcanzar a cubrir sus necesidades, lo mismo hoy que mañana. Hasta que se produzca más y mejor no hay otro camino que la asociación. [...] De esta suerte, el obrero obtendrá el valor íntegro de su trabajo, comprará á precio de coste (pues no tendrá razón de ser el cargar un tanto por cierto para el capital, puesto que el capital será el trabajo) y hará de lo que haya ganado el uso que le plazca sin que nadie tenga que ver en el modo de emplearlo.⁴¹²

Este fragmento, extraído de un texto de tres columnas titulado “Colectivismo”, expresaba de forma clara y concisa los puntos clave del modelo socioeconómico defendido por el anarco-colectivismo cubano, un sistema que, como podemos apreciar no difería en absoluto con la propuesta española: entrega de los medios de producción a los productores, organizados estos en federaciones locales encargadas de planificar una economía de producción directa.

El modelo federal sobre el que se debería sustentar la nueva sociedad propuesta desde los círculos anarquistas cubanos, también bebía del ejemplo español. Así lo reflejaba la publicación a partir del número 26⁴¹³ de los Estatutos de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Esta reproducción estatutaria representaba una apuesta verdaderamente comprometida e incluso arriesgada con los principios de un anarco-colectivismo español (último gran baluarte de esta tendencia) que se encontraba en un verdadero momento de crisis, hasta el punto de provocar la auto-disolución de la FTRE menos de un año después de dichas publicaciones. Simultáneamente a la difusión de los Estatutos, el principal redactor de *El Productor*, Enrique Roig San Martín, publicó un serial de seis artículos distribuidos entre los números 25 y 31 del semanario habanero⁴¹⁴ titulado *Proletariado, Oye*, en donde planteaba cómo debía organizarse una Federación de Trabajadores de la Región Cubana sobre los mismos principios organizativos que daban sentido a la federación española. Según su concepción, “la célula base sería la Sección de oficios, parecida a cualquier gremio, pero sin estar representada por nadie en quien haya delegado su soberanía” (Mendoza, 1985: 43). En cada sector

⁴¹¹ *El Productor*. La Habana, 19 de enero de 1888.

⁴¹² *El Productor*. La Habana, 3 de mayo de 1888.

⁴¹³ *El Productor*. La Habana, 29 de diciembre de 1887.

⁴¹⁴ Véase *El Productor* del 22 de diciembre de 1887 al 2 de febrero de 1888.

productivo se establecería una Unión de Oficios Símiles y a nivel local, sobre esas Uniones de Oficios Símiles, se crearía una Federación Local, encargada de velar por las necesidades locales (escuelas, auxilios, alimentación, regulación de horarios laborales...) Estas Federaciones Locales se unirían de manera libre e independiente en una gran Federación Regional que trataría de dar solución a las demandas comunes y particulares de los grupos locales. Por último, y como máxima aspiración de los anarquistas, debería intentar crearse una Federación Universal que hermanase a todos los trabajadores del mundo bajo el principio de la solidaridad obrera. Esta concepción organizativa expuesta por Roig San Martín, idéntica a la que se promulgaba desde *El Productor* de Barcelona, se complementaba con la aspiración a un ideal social basado, nuevamente, en la federación de trabajadores:

Diremos quela Federación de los trabajadores españoles se funda en la palabra latina Feudus, Palabra que significa alianza, ó constituido en pacto. La política, que tiene la propiedad de acaparar los principios más equitativos para aduclerarlos en provecho propio, ha hecho de la Federación una aplicación que dista mucho de ser la que nosotros pretendemos, pues que, en definitiva, no hace otra cosa que coartar la libertad individual. En política, pues, no pueden encontrar nuestros lectores otra cosa, en lo que al pacto se refiere, que la abdicación de su derecho como pactantes. Mas no sucede esto con la federación en el orden social, donde una vez aplicados estos principios, serán firme garantía de la libertad individual y de la autonomía de los grupos que lo componen. [...] La colectivización del suelo y demás instrumentos de trabajo, viniendo a poner a cada cual en posesión de lo que definitivamente le pertenece, y a dar participación general en los medios de producción, es sin duda alguna el régimen que la Federación adopta con el fin de que el individuo comience por ser libre para poder pactar⁴¹⁵.

Los planteamientos de Roig discrepaban en poco, o más bien en nada, con los expuestos en los Estatutos de la Federación Española o en los textos de *El Productor* de Barcelona a nivel organizativo. Esto venía a corroborar el fuerte influjo que el anarquismo español ejercía sobre el movimiento obrero cubano, un influjo que ya resultaba evidente en la gran campaña desplegada por el semanario cubano a favor de la celebración de un congreso obrero en la Isla y el dictamen que derivó de dicho acto. La serie de reuniones conocida como el Primer Congreso de Cuba, supuso la reafirmación de las tesis del anarco-colectivismo y del modelo organizativo propuesto por *El Productor* de La Habana como faros del movimiento obrero insular. Varios de los más importantes anarquistas españoles afincados en la Isla participaron de un modo notable en la organización y posterior desarrollo del Congreso, destacándose como reputados oradores y teóricos en las diferentes sesiones⁴¹⁶. El entusiasmo con el que *El Productor* observaba los avances a nivel organizativo en España les llevó a señalar que estaban “llamados á ser el órgano de la futura sección cubana de la Federación de los Trabajadores españoles”⁴¹⁷, es decir, su veneración por el anarquismo español era tal que, en su organigrama, la FTRE se encontraba en un estadio superior, no teniendo la futura Federación de Trabajadores de la Región Cubana, pese a su nomenclatura y a la dimensión territorial que representaba, un estatus diferente al de cualquier federación local de la Península. En otras palabras, *El Productor* de La Habana, de manera indirecta, supeditaba la actuación del obrerismo

⁴¹⁵ *El Productor*. La Habana, 12 de enero de 1888.

⁴¹⁶ Recordemos que la iniciativa de celebrar un gran Congreso Obrero en Cuba surgió del asturiano Pedro Merino y que en la elaboración del dictamen y de las bases organizativas que surgieron del congreso estuvieron implicados inmigrantes españoles como: Cristóbal Fuentes, Domínguez o Eduardo González, quienes obtuvieron un enorme reconocimiento por parte del resto de participantes (Tellería, 1973).

⁴¹⁷ *El Productor*. La Habana, 13 de octubre de 1887.

cubano a la FTRE. Esta devoción explicaba en parte el ímpetu de sus redactores por promulgar entre el proletariado insular los estatutos de la federación española como ejemplo idóneo de organización obrera de clase, pese a que los principios anarco-colectivistas que representaba se encontrasen a nivel internacional, e incluso en la propia España, en una etapa de clara decadencia por el auge de las ideas del comunismo anarquista.

Además de esta campaña organizativa, a nivel social, *El Productor* como voz autorizada de los anarquistas cubanos promovió en la Isla otras campañas muy relacionadas con los pilares ideológicos que fundamentaban al anarquismo español. Especialmente enérgicos fueron los trabajos desarrollados a favor de la divulgación de los beneficios de la instrucción de la clase obrera. Tal era la importancia que desde el semanario se otorgaba a la educación dentro de la nueva sociedad que se pretendía construir, que situaban a la ignorancia como segundo elemento incentivador de la criminalidad y la injusticia social, solo por detrás de la jerarquización social⁴¹⁸. Al igual que sus compañeros españoles, los ácratas cubanos tenían la convicción de que el modelo educativo propuesto por el sistema únicamente servía para perpetuar las jerarquías y mantener las desigualdades, por lo que resultaba imperiosamente necesario desarrollar un modelo de formación alternativo. Bajo esta perspectiva, *El Productor* retomó una antigua aspiración del obrerismo reformista, pero reformulándola en torno a unos principios más concordantes con la realidad reivindicativa del proletariado de finales de la década de 1880. Así, según se promovía desde el semanario, las escuelas obreras debían instruir a sus miembros de manera global, intentando adaptar los conocimientos a una correcta aplicación práctica tanto social como laboral que permitiese a los trabajadores un mayor desarrollo como clase social e impartiendo la enseñanza desde unos firmes planteamientos anticlericales y apolíticos. Estas escuelas, como ocurría con las escuelas españolas sostenidas por los colectivos de la FTRE, debían ser autogestionarias e independientes, en todos los sentidos, de cualquier elemento ajeno a la clase trabajadora, de modo que no sufrieran alteración ninguna por parte de las élites. El trabajo organizativo y financiero recaía, por tanto, en el órgano federativo correspondiente. En el caso cubano, carente aun de una gran federación de federaciones, esta tarea recayó sobre el Círculo de Trabajadores que, bajo el control de los anarquistas, hacía las veces de organismo coordinador del proletariado insular. Así, el Círculo de Trabajadores de La Habana creó y mantuvo dos escuelas: una diurna para los hijos de los trabajadores y otra nocturna para estos últimos (Serra, 1978: 192). Estos centros de enseñanza se financiaban gracias al pago de unas cuotas abonadas por los diferentes gremios adscritos al Círculo, de modo que el principio federativo regía el modelo económico de las escuelas obreras. Al tiempo que en las aulas del Círculo los alumnos se instruían en materias como Historia, Geografía o Aritmética, *El Productor* creyó conveniente complementar dicha formación con una divulgación entre sus lectores de los principios fundamentales del anarquismo internacional. Apoyándose en el altavoz que suponía para sus ideas la vuelta a la legalidad de la lectura en las fábricas, *El Productor* comenzó a incluir entre sus páginas trabajos de grandes teóricos anarquistas, de modo que, además de los conocimientos científicos adquiridos en las escuelas obreras, los trabajadores podían recibir instrucción acerca de planteamientos útiles para la venidera sociedad igualitaria, tales como la colectivización, la moral, la solidaridad o el cooperativismo.

Precisamente la concepción que los anarquistas cubanos tenían del cooperativismo es otro de los puntos que evidencian un cierto grado de influencia

⁴¹⁸ *El Productor*. La Habana, 29 de diciembre de 1887.

española. Como tratamos con anterioridad, tanto en el caso antillano como en el peninsular, el cooperativismo fue una tendencia en alza durante los primeros años de desarrollo del movimiento obrero y de la conciencia de clase. Las ideas de Proudhon fueron un germen común en el inicio de ambos obrerismos por lo que resultaba lógico que la materialización de sus planteamientos también lo fueran. Durante años, principalmente cuando reformistas y republicanos federales se encontraban al frente de la organización obrera, las cooperativas fueron vistas como uno de los puntos clave en el desarrollo de la clase obrera cubana y, como tal, proliferaron en muchos de los sectores de producción tanto en España como en Cuba. Sin embargo, con el aporte evolutivo que la llegada del socialismo otorgó al movimiento obrero, las cooperativas fueron relegadas a meros instrumentos con los que reducir los efectos nocivos que el sistema capitalista infligía a los trabajadores. Esto quedó corroborado en el Congreso de Barcelona de 1881 cuando se estipuló que la creación de cooperativas serviría únicamente como un alivio eventual para las economías de la clase trabajadora, pero nunca como un objetivo final al que el proletariado debiera aspirar (Raventós, 1960: 95). La eliminación del cooperativismo del programa libertario de la FTRE, fue considerado un enorme éxito para los bakuninistas y los anarcosindicalistas, quienes optaban por el modelo federal como única base económica viable para construir una nueva sociedad. Aunque, tras aprobación del dictamen emitido en Barcelona, los obreros cubanos continuaron creando por un tiempo multitud de sociedades cooperativas, lo cierto es que el ejemplo español no tardó en calar entre los seguidores del socialismo libertario en la Isla. Uno de los más claros ejemplos al respecto lo constituyó nuevamente Enrique Roig San Martín, quien en sus escritos dejaba constancia de su rechazo al “cooperativismo como solución a la problemática social de los obreros” (Mendoza, 1985: 51):

Más radicales en materias de libertad que nuestro muy apreciable colega [*La República*], hemos creído siempre que las sociedades cooperativas no eran el camino que debíamos seguir para alcanzar la realización de nuestros ideales, y en tal concepto, hemos considerado á esas sociedades como negativas para el fin que nos proponemos. [...] Las sociedades cooperativas, hablando en tésis general, no realizan otra cosa, al fin y al cabo, que crear una nueva clase de pequeños propietarios, y á la ilustrada penetración del colega no se le habrá escapado que nosotros, los redactores de EL PRODUCTOR, estamos muy distantes de tender á esa solución.

El carácter revolucionario, en el buen sentido de la palabra, de nuestra publicación, busca la redención de los trabajadores en fórmulas más radicales. [...] Mas para que el colega vea que no somos exigentes, le diremos que aceptamos el cooperativismo, para el consumo solamente, practicado por la acción de las colectividades, y siendo su tendencia, no el reparto de dividendo, sino el abaratamiento de la mercancía. [...] Desengañese el colega, el sistema de sociedades cooperativas no ha resuelto nada ni resolverá, tratándose de *la redención de los trabajadores*, fin de nuestras aspiraciones⁴¹⁹.

Esta desestimación de las tesis cooperativistas, una de las puntas de lanza del movimiento obrero cubano sus primeros pasos, suponía un acercamiento hacia los postulados españoles mayor que el iniciado por *El Obrero* pocos años atrás. Este semanario, pionero en la difusión de los principios de la FTRE en la Isla, dedicó parte de su actividad periodística a la propaganda y coordinación de algunas de las sociedades cooperativas más importantes de la Isla⁴²⁰. Tal fue su compromiso que, en su página semanal dedicada a anuncios de diversa índole, era habitual encontrar, en un tamaño que en nada desmerecía al dedicado a publicitar *La Revista Social*, reclamos de cooperativas

⁴¹⁹ *El Productor*. La Habana, 20 de octubre de 1887.

⁴²⁰ *El Obrero*. La Habana, 11 de julio de 1883.

obreras⁴²¹. *El Productor*, a la altura de 1887, dejaba atrás aquel entusiasmo depositado por los obreros cubanos en estas sociedades y se posicionaba al lado del anarquismo español en la defensa de un anarco-colectivismo de corte bakuninista en clara decadencia en el resto del mundo.

Con todo lo expuesto hasta ahora podemos afirmar que el anarquismo español, al menos hasta finales de la década de 1880, constituyó un pilar clave en la construcción de un movimiento obrero de tendencia libertario-colectivista en Cuba. Algunos de los inmigrantes peninsulares más comprometidos con la causa obrera ocuparon puestos de relativa importancia tanto en algunas de las instituciones clave del obrerismo insular (Círculo de Trabajadores, Junta Central de Artesanos, *El Productor*, *La Aurora*...) como en los actos asamblearios que definieron la identidad teórico-programática del movimiento. El desarrollo de los medios de transportes transoceánicos que contribuyó a facilitar el crecimiento de la ola migratoria procedente de Europa fue también un factor importante en el proceso de permeabilización de los postulados socialistas en el contexto de la sociedad cubana finisecular, ya que posibilitó un intercambio informativo y un contacto más dinámicos entre los defensores del anarquismo a uno y otro lado del Atlántico. La información relativa a las diferentes tendencias organizativas que se estaban desarrollando en el Viejo Continente fue recogida, adaptada a la realidad de la colonia y difundida por los distintos voceros del anarquismo insular. De este modo postulados propios del anarco-colectivismo defendido por la acracia española, tales como el federalismo, el colectivismo, la autogestión, el anticlericalismo, el apoliticismo y la acción sindical directa, se convirtieron en pilares básicos del movimiento obrero de Cuba. El ejemplo español caló tan hondo entre algunos de los miembros más relevantes del socialismo revolucionario que, en algunos círculos, se llegó a coquetear con la idea de crear una federación de trabajadores cubanos que estuviese integrada dentro de la Federación de Trabajadores de la Región Española. No obstante, la difusión de estos postulados entre el proletariado tuvo lugar en un momento en el que en España los planteamientos anarco-comunistas se estaban imponiendo a los principios bakuninistas, por lo que cabe analizar, si tras el final de la FTRE, el anarquismo cubano adaptó su actividad a la nueva discursiva española o si, por el contrario, siguió su propio camino.

5.4. Segunda etapa: Cuba opta por su propia vía.

Desde mediados de la década de 1880, el anarco-comunismo comenzó a crecer con fuerza dentro del movimiento anarquista español. Si bien es cierto que, durante buena parte del decenio, colectivistas y comunistas convivieron en el seno de la federación española, la concienciación del campesinado andaluz, desposeído de manera absoluta de cualquier medio de producción, supuso un fuerte impulso numérico para el comunismo anarquista. En una sociedad latifundista como la andaluza, unos planteamientos como los promulgados desde esta rama del movimiento libertario, cimentados sobre un sentido más moral y fundamental que material y formal y detractor de cualquier tipo de propiedad individual (Nettlau, 1977), daban una cobertura más amplia a las exigencias de un campesinado carente de la más mínima parcela de tierra propia. Los principios de esta corriente que paulatinamente ganaba adeptos en la Península, fueron recogidos y condensados por el semanario anarco-comunista *La Justicia Humana* en su primer número:

⁴²¹ *El Obrero*. La Habana, 3 de octubre de 1883.

Somos Comunistas Anárquicos, y por consiguiente enemigos de la propiedad individual que los colectivistas determinan en el producto íntegro del trabajo de cada uno, porque creemos que esta es y ha sido la causa de todos los males, de todas las ambiciones y egoísmos, y también porque, a nuestro juicio, no encierra la Justicia y la Moral a que aspiramos. De la escuela Colectivista nos separa el que santifica la propiedad individual que resulta del trabajo de cada uno, de la que el individuo puede usar como tenga por conveniente, sin lo cual no se cree que pueda tener la libertad inherente a su ser, y nosotros creemos que ese sistema lleva, en su esencia, a la corrupción moral, que imposibilita la práctica de la solidaridad. Si hemos pertenecido á esta escuela ha sido haciéndonos eco de las afirmaciones de sus propagadores, que siempre nos han dicho: todos, para uno, y uno para todos, que constituye una sola familia, la cual, no puede efectuarse existiendo la propiedad individual, que engendra el egoísmo y la diferencia de clase. [...] El hombre será en sociedad esclavo de la razón, esclavo del cumplimiento del deber, sin el cual, no hay en justicia derecho posible; así pues, el individuo no se pertenece en el concepto económico; es la primera entidad, la sociedad, en cuanto a este concepto corresponde; solo puede ser la primera entidad moral, porque esta se forma y se desarrolla en el individuo, sin que haya habido nunca quien pueda mermarla, pues se funda en el pensamiento, única cosa que puede ejercitar por sí; pero no sin servirse para ello del concurso de los demás; así pues, todos los resultados de la actividad humana, deben ser en bien de la misma, la cual es en todo coopartípe. [...] El individuo queda libre dentro del comunismo de la propiedad y de los frutos del trabajo, de hacer el bien, mas nunca el mal, hacia la sociedad á quien debe todos los beneficios, y mal es todo exclusivismo, todo privilegio⁴²².

A grandes rasgos el comunismo anarquista, recogía todos los pilares básicos del bakuninismo y los reestructuraba, creando un movimiento similar en esencia, pero con muchísimas diferenciaciones. Una de ellas, quizás la más notable, se encontraba en el reparto de los beneficios obtenidos del proceso productivo. Mientras los colectivistas proponían una remuneración diferente según el trabajo, desde el anarco-comunismo se proponía un pago idéntico para todos los trabajos. Esta concepción económica derivaba de los planteamientos de Piotr Kropotkin y se podían resumir en la máxima *a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades* (Kropotkin, 2010). Es decir, al ser humano había que exigirle una productividad acorde a su capacidad y remunerarle según las necesidades que pudiera tener. Este planteamiento añadía un componente moral y solidario al modelo productivo propuesto por los colectivistas quienes, pese a exigir de igual forma una productividad acorde a las capacidades de cada obrero, optaban por un sistema de remuneración ajustado a cada trabajo. Semejante sistema salarial beneficiaría, según los anarco-comunistas, a aquellos sectores cuyos productos tuvieran una mayor cotización, creándose de este modo desigualdades económicas que derivarían en el surgimiento de nuevas élites. Además, sostenían que los planteamientos colectivistas respecto del salario resultaban contradictorios e irrealizables en tanto que sería incongruente dar, en una sociedad que pretendía colectivizar los medios de producción, un valor de cambio a las mercancías similar al que se le otorgaba en la sociedad capitalista burguesa, séase, un valor sujeto al axioma precio/cantidad de trabajo (Kropotkin, 1977:30). El reparto de los beneficios de la producción, proponían, debían servir para cubrir por igual las necesidades de todos los miembros de la sociedad o, lo que es lo mismo, regirse por principios más morales que mercantiles.

Fue la concepción de la moral anarquista, basada en la solidaridad, el eje sobre el que giró la reinterpretación que los anarco-comunistas hicieron de los postulados del socialismo revolucionario. Las bases de este principio ético fueron plasmadas por

⁴²² *La Justicia Humana*. Barcelona, 18 de abril de 1886.

Kropotkin en su obra *La moral anarquista* (2008) y desarrolladas en términos darwinistas en *La selección natural y el apoyo mutuo* (2009). En estas dos obras el pensador ruso otorgaba a la moral, entendida como la ayuda entre humanos, un componente evolutivo ya que, según su criterio, lo que ha permitido al hombre, primero, sobrevivir y, después, desarrollarse como especie ha sido la interacción solidaria entre miembros del grupo. Esta postura no negaba el individualismo inherente al ser humano, reconociendo que los especímenes buscan de manera innata la superioridad dentro de la especie. Sin embargo, esta búsqueda depende una supervivencia que pasa por la superación de entornos hostiles e iguales para todos los miembros de la sociedad, lo cual requiere de una cooperación colectiva que, pese al egoísmo y la barbarie de algunos, se mantiene viva dentro del espíritu de la mayoría de los hombres:

Las calamidades naturales y las provocadas por el hombre pasan. Poblaciones enteras son periódicamente reducidas a la miseria y al hambre; las mismas tendencias vitales son despiadadamente aplastadas en millones de hombres reducidos al pauperismo en las ciudades; el pensamiento y los sentimientos de millones de humanos están emponzoñados por doctrinas urdidas en interés de unos pocos. Indudablemente, todos estos fenómenos constituyen parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua continúa existiendo en millones de hombres, ese núcleo los une; y los hombres prefieren aferrarse a estos hábitos creencias y tradiciones suyas antes que aceptar la doctrina de una guerra de cada uno contra todos, ofrecida en nombre de una pretendida ciencia, pero que en realidad nada tiene en común con la ciencia (Kropotkin, 1970:263).

Sin embargo, pese a esta intencionada acentuación del componente social, el filósofo ruso no menospreciaba “el papel que desempeñó la autoafirmación del individuo en el desarrollo de la humanidad” (Kropotkin, 1970:20), concediendo una importancia decisiva a la individual en todo este proceso social. El binomio *solidaridad-individualidad* aparentemente antagónico, se presenta como un conjunto de fuerzas complementarias ya que, a pesar de que en la individualidad existe un claro componente de promoción personal, el carácter propio de la individualidad, entendido como afán de autosuperación, conduce a la confrontación de las normas establecidas que tienden a subyugar al individuo mediante la cristalización y petrificación de las estructuras sociales. En otras palabras, la individualidad está irremediabilmente ligada a “la liberación de vínculos sociales opresores” (Civit, 2006: 30). Por tanto, el pleno desarrollo del propio individuo se encuentra ligado a la cooperación recíproca de los componentes del colectivo que permita la superación de entornos sociales adversos. Este apoyo mutuo, para ser efectivo, debía regirse en términos de generosidad y reciprocidad y no en la beneficencia o el llamado altruismo, dado que una solidaridad basada en un auxilio de carácter benéfico terminaría por aislar a los individuos y, por ende, degenerar los vínculos asociativos. En el caso español, esta concepción cooperativa era más fácilmente asimilable por los trabajadores rurales quienes, por la naturaleza de su modelo productivo, tenían más interiorizado estos principios, al contrario de los trabajadores industriales a los que la especialización del trabajo había *encapsulado* en pequeñas facciones productivas independientes. De ahí que fuesen los obreros urbanos los mayores defensores del un modelo que pese a colectivizar los medios de producción, promovía una ganancia individual en lugar de comunal.

La negación por parte de los anarco-comunistas de la relación *valor-trabajo* alteraba, en cierta medida, el sistema económico basado en la federación libre de asociaciones obreras autónomas que gestionasen de manera independiente tanto los

medios de producción de su ramo como la distribución de los beneficios obtenidos de los mismos. Esto chocaba con una tendencia que predicaba:

Sólo la expropiación puede satisfacer la gran masa de desgraciados y oprimidos. De la teoría hay que hacerla pasar á la práctica; pero para que la expropiación responda al principio de dar todo á todos suprimiendo la propiedad privada, es preciso que se realice en vastas proporciones. La expropiación en pequeño no pasaría de ser un vulgar pillaje; en grande es el principio de reorganización social" (Kropotkin, 1900: 217).

Esta expropiación de la que hablaba Kropotkin, no solo se refería a los medios y las riquezas en manos de las élites socio-económicas, sino a todo bien existente, fuese natural o manufacturado. De esta manera, toda riqueza sería recogida y redistribuida de una forma equitativa entre todos los miembros de la sociedad según las necesidades de los individuos. Los anarco-comunistas no descartaron, sin embargo, de una manera total las tesis colectivistas. Para ellos el anarco-colectivismo sería una etapa previa al pleno desarrollo de la sociedad igualitaria anarquista, un primer paso necesario tras el proceso destructivo de la revolución.

Estas ideas que tras la autodisolución de la FTRE se alzaron como la punta de lanza del anarquismo español, no calaron sin embargo en la sociedad cubana de finales del siglo XIX. Las continuas alusiones en la prensa obrera de la Isla a publicaciones españolas del periodo *post-FTRE*, hacen suponer que esta impermeabilización de la sociedad cubana ante los planteamientos del comunismo libertario no fue fruto del desconocimiento, sino más bien producto de un mayor desarrollo industrial y comercial de la Isla respecto a la Península. Los anarquistas cubanos, fieles a su concepción colectivista de la sociedad, rechazaban los planteamientos de los comunistas por mermar, según su criterio, las libertades individuales de los trabajadores por voluntad del grupo. Esto atentaría contra su concepción asociativa, aquella que debía regir el ordenamiento social una vez terminado el proceso revolucionario, en cuanto a que los miembros de un determinado grupo perderían ese estatus de libre asociado para pasar a ser un mero instrumento de la voluntad mayoritaria de un colectivo. Un colectivo obrero que, bajo esta estructuración, tendría la capacidad de censurar la libre acción de algunos miembros en favor de un supuesto bien común superior a los anhelos individuales. Este modelo, además de ser peligroso para la libertad en tanto que puede entenderse como la opresión de las mayorías, restaba, a su juicio, capacidad evolutiva al género humano, ya que, en cierto modo, tendía a generar un pensamiento único que eliminaría la disparidad de opiniones y reduciría, en consecuencia, el número de respuestas ante un problema. Fue *El Productor* quien, pocos días antes del congreso de Barcelona que pondría fin a la FTRE y consciente del paso del anarquismo español hacia el comunismo libertario, publicaba un texto titulado "colectivismo" en el que reafirmaba la confianza de los trabajadores en las tesis de esta corriente ideológica:

No falta quien, fijándose poco en asuntos de tanta monta, confunde el colectivismo con el comunismo:

Aceptamos el colectivismo porque garantiza la individualidad, que es la libertad, sin mantener ningún privilegio, estimulando de esa suerte el natural deseo de progresar. Rechazamos el Comunismo porque a nuestro entender es, según una expresión gráfica, la tiranía de todos contra uno, como hoy reina la tiranía de uno contra todos; y ambos extremos son perniciosos. [...] El Comunismo no nos parece natural ni justo, porque amoldar á todos los seres á un sistema igual de vida, destruye la variedad que la Naturaleza, dentro de su unidad, nos muestra en todas sus manifestaciones. El Comunismo tiene una monotonía que rompe la voluntad humana y desde que momento que señala al hombre un

régimen igual de vida, para el estímulo individual, porque le falta la libertad, el goce de sus afecciones, distintas en cada sér.

En el Comunismo todo es igual: común el tra[to] igualmente recompensado, igual educación, intención igual, familia común, igual sistema, igual el individuo perezoso al activo, el inteligente al obtuso, y forma una especie de materialismo que mata el sentimiento moral de todos los individuos perdiendo esas ilusiones y contrastes propios de la libertad de la vida individual en su agitación, en el adelante y el perfeccionamiento⁴²³.

El tono en el que está escrito el texto evidencia que los anarquistas cubanos conocían ya el tono evolucionista que los comunistas libertarios, principalmente Kropotkin⁴²⁴, gustaban otorgar a sus argumentaciones. Los colectivistas, atacando precisamente en el carácter evolucionista de la interacción humana, consideraban que el anarco-comunismo no solamente no aportaba nada positivo al desarrollo del ser humano como individuo y como colectivo, sino que podría restar al proceso evolutivo al recompensar por igual a todos los miembros de la sociedad, ya que de esta manera se empujaba a los obreros a la desilusión por la realización mediante el trabajo.

El mantenimiento de estas posiciones colectivistas en las que se continuaba dirigiendo al obrerismo bajo los parámetros marcados por extinta Federación de Trabajadores de la Región Española supuso una ruptura, al menos ideológica, del anarquismo cubano con respecto al movimiento español. Es cierto que la mayor parte de las instituciones obreras de la época, las ya constituidas y las que se constituirían posteriormente al giro ideológico peninsular, seguían contando con un notable número de españoles en sus directivas, pero estos, lejos de modificar los parámetros que movían la acción de las sociedades obreras, continuaron apoyando un modelo federativo y colectivista que había resultado bastante efectivo a la hora de lograr pequeñas conquistas para la clase obrera de Cuba. La defensa de estos postulados no solo fue obra de las asociaciones de trabajadores, sino que desde los diferentes órganos de difusión anarquistas se continuaron promoviendo el libre federalismo de tipo bakuninista y el axioma del valor/trabajo, tan criticado por los anarco-comunistas. No obstante y pese a que, como hemos señalado antes, los comunistas no renegaban del importante papel previo del colectivismo en el proceso revolucionario, el mantenimiento de los estatutos de la FTRE como base programática del anarquismo cubano originó críticas y ataques por parte de algunas de las publicaciones españolas ideológicamente reorientadas, tal y como puso de manifiesto el semanario *El Trabajo*:

Pues bien; el manifiesto que más abajo transcribimos, junto con el libre pacto allí formulado y aceptado, ha sido la base del movimiento entre los trabajadores de la Región Española, y tanto una como otra importantes revistas [*Acracia* y *El Productor de Barcelona*] los prohibieron con su adhesión.

Nuestro artículo *Sobre organización* está calcado sobre las ideas vertidas en dicho manifiesto. Queremos y aún exigimos á nuestros compañeros se confrontación y si hay contradicción que se señale; pero si no resultase ésta y se sigue indicando que EL TRABAJO defiende soluciones conservadoras y añejas, estamos en el caso de decir que no es el deseo del acierto, sino la mala fé, la que guía á los censuradores⁴²⁵.

⁴²³ *El Productor*. La Habana, 10 de mayo de 1888.

⁴²⁴ Si bien es cierto que la producción *evolucionista* de Kropotkin no se desarrolla de manera plena hasta ya iniciado el siglo XX, durante la primera parte de la década de 1880 ya incorporó este tipo de axiomas a sus publicaciones, principalmente las aparecidas en periódicos de carácter anarco-comunista.

⁴²⁵ *El Trabajo*. La Habana, 27 de septiembre de 1891.

Este texto, que hacía alusión al hecho de que la redacción de *El Trabajo* había recibido reproches por defender unos planteamientos considerados por los críticos como anticuados, comenzaba hablando de la importancia de convencer y no imponer como medio para procurarse adeptos a la causa obrera. Se intuye, analizando el texto en su totalidad, que desde sectores obreristas de la Península reconvertidos al anarco-comunismo, los libertarios de Cuba habían recibido enormes presiones y, posiblemente, amenazas para que se incorporasen a las filas de la nueva tendencia vanguardista del anarquismo español y europeo. Sin embargo, lejos de adaptar su discurso a las pretensiones de colectivos ajenos al obrerismo cubano, los líderes del anarquismo insular comenzaron a proponer la celebración de un nuevo congreso obrero que, finalmente, pudiera llevar a la materialización de una de los principales anhelos del anarquismo antillano: la constitución de la Federación de Trabajadores de la Región Cubana. Esta gran institucionalización del movimiento obrero había sido planteada ya en la asamblea de 1887, pero por diferentes motivos, no había conseguido convertirse en una realidad. Junto con la cuestión de “¿qué clase de organización conviene a la clase obrera?” (Tellería, 1973: 40), los obreros llevarían a debatir al Congreso Regional Obrero de la Isla de Cuba de 1892 otras dos cuestiones: “¿Conviene o la disolución de las horas de trabajo a 8? y ¿qué medios se han de emplear para realizar esta idea?” y una propuesta de carácter más general dirigida a dirimir “¿Qué otros fines, a más de los acordados, deben perseguir los obreros?”

Pasando por alto en este análisis las deliberaciones sobre la jornada de ocho horas por tratarse de una reivindicación común a todas las ramas del socialismo moderno, el congreso fue una total ratificación del liderazgo de los anarquistas y, más concretamente, una reafirmación de los planteamientos anarco-sindicalistas y colectivistas como guía de la acción obrera en Cuba. Prueba de ello fueron las sesiones tercera y cuarta (17 y 18 de enero de 1892), dedicadas a decidir que modelo de lucha sería el más conveniente en Cuba para alcanzar una revolución social que terminase con la subyugación de los trabajadores y consiguiese la emancipación total de esta clase social. El debate, según se recogía en la prensa de la época⁴²⁶, giró en un primer momento alrededor de si el anarquismo era la corriente idónea para llevar a cabo una modificación sustancial del sistema socioeconómico vigente. Los anarquistas, con los españoles Eduardo González, Sandalio Romaelle, Maximino Fernández y el cubano Enrique Creci a la cabeza, prácticamente monopolizaron los turnos de palabra, dejando claro que el socialismo revolucionario representaba el medio idóneo para guiar la lucha de los trabajadores cubanos. Pese a que hubo algunas voces discrepantes, la mayor parte de los asistentes se mostraron favorables al anarquismo, aunque muchos recalcaron la necesidad de no funcionar de un modo rígido y dar cabida y representación a la totalidad de los trabajadores, “amoldándose a las circunstancias”⁴²⁷. Una vez definido el socialismo revolucionario como modelo de lucha, llegó el momento de decidir si seguir con el asociacionismo bakuninista o, por el contrario, apostar por las nuevas tendencias ideológicas que estaban despuntando en los anarquismos europeo y norteamericano. Resulta llamativo que un debate como este que había generado controversia dentro de los núcleos anarquistas de todo el mundo, no provocase ningún tipo de discusión a este respecto en el congreso cubano, o al menos, si lo hubo, no fue recogido por la prensa de la época. El congreso aprobó la propuesta lanzada por Maximino Fernández de crear un Federación de Trabajadores de Cuba con unas bases constitutivas que recordaban mucho a las de la desaparecida FTRE:

⁴²⁶ Véase *La Discusión* entre el 18 y el 19 de enero de 1892.

⁴²⁷ *La Discusión*. La Habana, 18 de enero de 1892.

- 1º. Que en cada población de la Isla se forme una sociedad de carácter general y que esta sociedad se divida en secciones por oficios o profesiones.
- 2º. Que cada sección tenga libertad de acción, o lo que es lo mismo, disfrute de autonomía dentro de la sociedad.
- 3º. Que esas sociedades pacten entre sí para todas aquellas cuestiones de carácter general, formando así la Federación de Trabajadores de Cuba (Tellería, 1973: 42).

El anarquismo cubano volvía otra vez a ratificar su total compromiso con el modelo asociativo bakuninista que durante años había sido puesto en práctica por la FTRE y pretendido por el obrerismo insular. El hecho de que, pese a tenerse constancia de que las ideas anarco-comunistas ya habían llegado a Cuba, no hubiera ninguna propuesta de adhesión a esta doctrina, evidenciaba la bifurcación ideológica que estaba teniendo lugar en la Isla con respecto a quienes, en un primer momento, habían marcado el camino a seguir.

Esta ruptura y la reafirmación en el colectivismo como modelo de conducta anarquista volvieron a ponerse de manifiesto en la siguiente sesión, y última, del Congreso, dedicada a enumerar “¿Qué otros fines, a mas de los acordados, deben perseguir los obreros?” Como vimos en el anterior capítulo, en la que sería la última de las reuniones permitidas por el gobierno colonial, se aprobó un dictamen cuyo segundo punto aprobaba que “la introducción de estas ideas [las del socialismo revolucionario] no puede venir a ser un nuevo obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspira sea a esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo” (Tellería, 1973: 44). Con este punto el anarquismo cubano volvía una vez más a defender las libertades individuales como fin último de su lucha, posicionándose además del lado del independentismo cubano. Resultaba llamativo y cuanto menos raro que los anarquistas, firmes defensores del antimilitarismo y de los postulados apátridas, tomaran partido a favor de un movimiento independentista que tenía un marcado cariz nacionalista y republicano. Con esto, los libertarios cubanos no se fijaban como fin último la instauración de un sistema republicano, al que consideraban otro modo más de explotación de la clase obrera, pero vislumbraban en esta forma de Estado un paso previo a la emancipación total del proletariado, ya que, dada la política ultrarrepresiva de la administración española, una república cubana en cuya consecución hubieran participado los trabajadores otorgaría a estos una mayor capacidad de organización y lucha dentro del marco de la legalidad. Desde el punto de vista político, la fuerte y poco hábil represión que siguió a la clausura gubernamental del Congreso Obrero de 1892 fortaleció las posiciones antiespañolistas (Colodrón, 2015a: 787).

Este germen independentista no pasó desapercibido para José Martí, quien se encontraba exiliado en Estados Unidos, donde numerosos cubanos -principalmente los afincados en Tampa y Key West- llevaban años agrupándose en sindicatos que contaban con una importante militancia ácrata. Consciente de la importancia de contar con las bases proletarias para su proyecto de liberación nacional, Martí dio un giro inclusivo a su discurso con el fin de llegar a unos obreristas emigrados ansiosos de disfrutar del mayor campo de acción sindical que les prometía la nueva república. La discursiva martiana de apoyo a la causa obrera no tardó mucho en cosechar sus primeros éxitos y, antes de la creación del Partido Revolucionario Cubano, ya había seducido a líderes anarquistas del peso de Enrique Creci, Enrique Messonier, Rivero y Rivero o Miranda. La fundación del PRC, en abril de 1892, también evidenció el éxito de Martí entre las masas libertarias. El

partido estaba compuesto desde su base por diferentes clubes revolucionarios, autónomos, descentralizados y con una mecánica y unos estatutos de democracia directa que lo convertían más en un movimiento revolucionario que en un partido político en el sentido electoral, lo que lo hacía muy atractivo para los ácratas exiliados. Así los anarquistas formaron parte activa del PRC, agrupándose principalmente en dos clubes, el Club Roig San Martín y el Club Fermín Salvochea, cuyo nombre evoca al líder del obrerismo gaditano, y participando en la Guerra de Independencia de 1895 para imponer un nuevo gobierno nacional cubano en forma de república.

La intervención de los libertarios cubanos en el conflicto causó un gran revuelo dentro del anarquismo internacional. Hubo posicionamientos tanto a favor como en contra y es en estos apoyos/aposiciones, donde vemos claramente una especie de *Guerra Fría* entre colectivistas y anarco-comunistas. En España la guerra creó “una situación de tensión social” (Fernández, 2000: 44) en todos los estamentos y provocó un debate interno entre los anarquistas partidarios de la guerra y los detractores. Lo mismo ocurrió en el resto del mundo ácrata. El posicionamiento favorable a la participación obrera en el proceso de independencia de Cuba fue sostenido principalmente por anarquistas de tendencia colectivista, quienes, posiblemente, veían en la *región cubana* el último baluarte de su propuesta organizativa. No es de extrañar, dado que, en su idea de justificar la intervención en la guerra, los anarquistas se escudaron en la “actitud que Mijail Bakunin demostró en 1847 cuando desde Francia realizó actividades a favor de la liberación polaca del yugo Ruso, conducta que se asemejaba mucho a la que se vivía en la Isla con respecto a la dominación española” (Colodrón, 2016a: 134). Precisamente en el país galo reputados colectivistas como Elisée Reclus o Charles Malato participaron en la creación por parte de Ramón Emeterio Betances del Comité Francés de Cuba Libre (1895), dedicado a fomentar dentro de las fronteras españolas huelgas y manifestaciones en contra del dominio español en Cuba. Los colectivistas españoles también mostraron su respaldo a esa suerte de anarconacionalismo que movía a los obreros a coger el fusil y lanzarse a la manigua. Especialmente apasionado fue el apoyo mostrado por el semanario *El Corsario*. Este periódico coruñés de carácter marcadamente anarco-colectivista dedicó una sección semanal al seguimiento del conflicto hispano-cubano en la que fijaba su atención, principalmente, en aquellos aspectos relacionados con la clase obrera (participación, recomendaciones para el futuro, críticas a los soldados españolistas de clase trabajadora...). La postura de *El Corsario* fue clara desde los primeros momentos: “si Cuba quiere independizarse de la tutela de los españoles, obra razonadamente”⁴²⁸. Este planteamiento fue compartido por otro de los históricos puntos calientes del anarco-colectivismo español, Cataluña. Es probable que la postura catalana, además de por la defensa de un modelo de anarquismo más cercano al tradicionalmente desarrollado en dicha región peninsular, viniese marcada por una identificación con la causa cubana sustentada por una doble motivación. Por un lado, el movimiento independentista catalán gozaba ya, por aquel entonces, de una creciente fuerza política y veían sus aspiraciones reflejadas en las pretensiones de los mambises. Por otro, la llegada de Valeriano Weyler a la Capitanía General de Cuba en 1896, contribuyó a la demonización del bando español a ojos de unos ácratas catalanes a los que, años atrás, el militar mallorquín golpeó con una sangrienta represión que sufrieron con especial virulencia los obreros españoles.

Sin embargo, no todas las voces del anarquismo internacional se pronunciaron de manera favorable acerca de la participación de los ácratas en la guerra. Una postura contraria fue defendida, curiosamente, desde Estados Unidos por “un sector más

⁴²⁸ *El Corsario*. A Coruña, 14 de marzo de 1895.

vinculado a los anarquistas europeos, entre ellos los españoles, que se convirtió en detractor de la independencia si detrás de ella se escondía únicamente una intención patriótica” (Sánchez Cobos, 2008: 121). La ciudad de Nueva York, receptora de gran número de anarquistas españoles y cubanos, fue la principal opositora de la intervención en la guerra. Desde allí, los anarquistas utilizaron las páginas del periódico *El Despertar*, dirigido por el gallego Luis Barcia, para calmar los ánimos de los trabajadores insulares y recordarles que las luchas nacionalistas separaban al movimiento obrero de sus objetivos y que la instauración de una república no era más que un tipo diferente de explotación y dominación por parte de los que pretendían ser la nueva clase dominante. A este sector crítico se le unieron los que eran, quizás, los dos principales teóricos del anarquismo comunista de la época: Piotr Kropotkin y Emma Goldman. El teórico ruso se mostró escéptico desde un primer momento hacia una lucha que parecía defender los intereses de una nueva clase dominante que aspiraba a posicionarse en el puesto de las actuales élites y que utilizaba a los trabajadores para obtener los mismos privilegios socioeconómicos de los que disfrutaban los colonialistas. Goldman, a su vez, fiel a su pacifismo tolstoiano y a una simpatía hacia los planteamientos comunistas a la que renunciaría años después tras su visita a la Unión Soviética, tachaba a la guerra de monstruo insaciable y al patriotismo como “una superstición artificialmente creada y mantenida a través de una red de mentiras y falsedades” (Goldman, 1995: 198). La postura ante la guerra, teniendo en cuenta el peso que la vertiente comunista tenía dentro del anarquismo internacional a mediados de la década de 1890, dejaba a los libertarios de Cuba en una posición distinta a la sostenida, mayoritariamente, en el resto de países y más concretamente de la defendida en España, región que había sido durante años faro y guía del movimiento insular.

Pero no solo su mantenimiento de los planteamientos colectivistas y esta suerte de anarconacionalismo fueron los únicos elementos que bifurcaron los caminos de los libertarios españoles y cubanos desde 1888. Existió un nuevo elemento, la llamada propaganda por el hecho, que volvió a marcar diferencias entre uno y otro modelo de acción obrerista al popularizarse en España. La propaganda por el hecho, actividad violenta siempre vinculada a los diferentes sectores del socialismo revolucionario, tuvo un momento de expansión con el auge de la corriente anarco-comunista, ya que, en un principio, algunas facciones de esta, se opusieron a la participación obrera en los sindicatos debido a que los consideraban meras organizaciones reformistas (Pengam, 1987). Esto provocó un aumento de la radicalidad no solo discursiva sino también práctica que se reflejó en un incremento de las acciones violentas, principalmente en una Europa en la que el comunismo libertario gozaba de un gran prestigio entre los núcleos anarquistas. No se puede negar que los atentados fueron una práctica habitualmente relacionada con la ideología anarquista⁴²⁹, pero hasta entrada la década de 1880, eran generalmente atribuidos a acciones individuales ejecutadas por pistoleros que actuaban de motu proprio, no teniéndose constancia de que hubiera apoyo de ninguna agrupación. Eran, además, maniobras orientadas al mero descabezamiento de los Estados con el fin de desestabilizarlos, no se perseguía un objetivo propagandístico como tal. El más que posible punto de inflexión lo puso el grupo revolucionario *Naródnaya Volia*, organización

⁴²⁹ Un ejemplo de este tipo de actividades fueron los intentos regicidas que se sucedieron en Europa en un lapso de tiempo de un año y medio: en mayo y junio de 1878 el emperador Guillermo I de Alemania sufrió dos atentados cuyos autores fueron Emil Hoedel y Carl Nobiling respectivamente; en octubre del mismo año, Juan Oliva Moncasi disparó contra Alfonso XII; en noviembre Giovanni Passanante atentó contra Humberto I de Italia; y en diciembre de 1879, Alfonso XII fue tiroteado por el anarquista gallego Francisco Otero.

fundada en Rusia en 1879 y cuyas prácticas terroristas habían logrado generar cierta simpatía en algunas federaciones anarquistas de Europa Occidental. El 13 de marzo de 1881, uno de sus miembros, Ignati Grinevitski, arrojó una bomba a los pies del zar Alejandro II momentos después de que este último hubiera salido ileso de un primer intento de asesinato mediante uso de explosivos y terminando con su vida. Este *éxito revolucionario* tuvo una enorme repercusión dentro del mundo libertario y afectó al contenido del Congreso anarquista que se celebraría en Londres entre el 14 y el 20 de julio de ese mismo año. Este congreso había sido convocado, principalmente, para intentar reconstruir la Internacional Antiautoritaria que había desaparecido en 1877 tras el Congreso de Verviers. Sin embargo, el impacto del regicidio fue de tal magnitud que el debate central de la reunión giró en torno a la conveniencia táctica del uso de los explosivos como método revolucionario. *Le Révolté*, órgano de prensa anarquista publicada en Ginebra, recogía en su número del 23 de julio de 1881 una amplia cobertura de lo que había sido el desarrollo de las sesiones, en donde se apreciaba una clara inclinación de los delegados hacia la incorporación de la violencia a las luchas obreras:

Los representantes de los socialistas revolucionarios de los dos mundos reunidos en Londres el 14 de julio de 1881, todos ellos partidarios de la destrucción integral por la fuerza de las instituciones actuales políticas y económicas, han aceptado esta declaración de principios.

Declaran, de acuerdo por otra parte con el concepto que siempre le ha atribuido la Internacional, que la palabra «moral» empleada en los considerandos no se emplea en el sentido que le da la burguesía, sino en el sentido que basándose la sociedad actual en la «inmoralidad», será la abolición de ésta por todos los medios la que nos llevará a la moralidad. [...] Ha llegado la hora de pasar el periodo de la afirmación al de la acción y de añadir a la propaganda oral y escrita, cuya ineficacia está demostrada, la propaganda por el hecho y la acción insurreccional. [...] Saliendo del terreno lega, en el que por lo general se ha permanecido hasta ahora, para llevar nuestra acción al terreno de la ilegalidad que constituye el único camino hacia la revolución, es necesario recurrir a los medios que estén en conformidad con este propósito. [...] Puesto que las ciencias técnicas y químicas han rendido ya servicios a la causa revolucionaria y están llamadas a rendir todavía más en el futuro, el congreso recomienda a las organizaciones e individuos que forman parte de la Asociación Internacional de los Trabajadores que den una importancia al estudio y la aplicación de estas ciencias como medio de defensa y ataque⁴³⁰.

El Congreso de Londres no consiguió, como pretendía, recrear la Internacional Antiautoritaria, pero supuso un punto de inflexión estratégica para la lucha de clases sostenida desde el anarquismo (Avilés, 2012). El caso de España fue muy llamativo para el resto de agrupaciones congregadas en la capital británica ya que, sorprendentemente para ellos, en la Península no se requería una reconstrucción de la Internacional porque esta no había desaparecido. Esto, en la práctica, significó que, mientras en otros lugares el movimiento anarquista quedó integrado por grupos autónomos sin ningún tipo de conexión formal, en España existía una estructura federal que servía para coordinar la actividad de los distintos grupos libertarios. Si bien es cierto que, durante los dos años posteriores a la celebración del congreso de Londres, la federación española había continuado fiel a su apuesta legal, la masiva incorporación de grupos andaluces en un momento en el que las malas cosechas habían extendido el hambre por toda Andalucía occidental provocó un clima de gran agitación social que en ocasiones generó acciones violentas en las que participaron federaciones anarquistas locales. A este respecto, quizás los dos ejemplos más claros los representen los llamados Sucesos de la Mano Negra y los

⁴³⁰ *Le Révolté*. Francia, 23 de julio de 1881.

Sucesos de Jerez de La Frontera. El primero de estos acontecimientos, el de la sociedad secreta conocida como La Mano Negra, fue una serie de actos violentos –entre los que se cuentan con asesinatos- atribuidos por las autoridades a un grupo clandestino cuyo reglamento, supuestamente, había sido encontrado por la Guardia Civil a comienzos de 1883⁴³¹. Rápidamente, policía y jueces vincularon la actividad de este grupo con la Federación de Trabajadores de la Región Española, procediendo a la persecución y a la detención de varios de sus miembros, pese a que la propia FTRE se había pronunciado de la siguiente manera: “La Federación de Trabajadores de la Región Española rechaza toda solidaridad con los que se hayan organizado o se organicen para la perpetración de delitos comunes, declarando que el criminal jamás podrá tener cabida en sus filas”⁴³². Son muchos los que sostienen que el reglamento de La Mano Negra fue la excusa perfecta para que el gobierno español atacase con dureza a una federación obrerista que se estaba antojando verdaderamente molesta para el desarrollo del capitalismo liberal en España. Es indudable que hubo asesinatos y otro tipo de acciones violentas en el campo andaluz, pero no resulta tan clara la vinculación de estas actividades con La Mano Negra ni el nexo entre esta y la FTRE. Tampoco es relevante para nuestro estudio. Lo que realmente nos interesa es la existencia de un grupo clandestino que, en su reglamento⁴³³, dejaba claro su disposición al uso de la violencia como medio reivindicativo:

Declaramos a los ricos fuera del derecho de gentes, y declaramos que para combatirlos como se merecen y es necesario, aceptamos todos los medios que mejor conduzca al fin, incluso el hierro, el fuego y aun la calumnia.

Declaramos querer ser los vengadores de nuestros hermanos, y para este objeto y aclarar el día de la gran revolución popular, se creó en España esta asociación que trabajará de acuerdo con las del mismo carácter y tendencias de todos los países.

Artículo 1º. La existencia de esta asociación será inminentemente secreta. El individuo que, bien por debilidad, ligereza o exceso de confianza, o mala fe, revele alguna cosa referente a la misma, o que pueda dar a comprender que pertenece a ella, recibirá inmediatamente el castigo correspondiente, que podrá ser suspensión temporal por tiempo ilimitado, o muerte violenta, según se estime la gravedad del caso o de la revelación.

[...]Artículo 8º. Todos los miembros de esta asociación deberán tener siempre presente que forma una grande y formidable máquina de guerra, de la cual uno representa una pieza; por lo cual debe aceptar el deber de funcional, dentro de su esfera, al compás que lo haga necesario el movimiento de todo el mecanismo.

Artículo 9º. El que dejare de cumplir con su deber en el crítico momento en que estén cumpliendo todos o parte de sus compañeros, será considerado como traidor, y pagará instantáneamente con la vida su grave falta⁴³⁴.

El tono en que estaba redactado este documento no deja lugar a dudas: algunos sectores de los considerados *desheredados* habían declarado la guerra a sus explotadores. La Mano Negra se constituía de este modo como un órgano secreto de lucha que se regía por unos

⁴³¹ Fueron dos los documentos encontrados por la policía y vinculados con las acciones atribuidas a la mano negra. El primero de ellos se titulaba *La Mano Negra. Reglamento de la Sociedad de Pobres, contra sus ladrones y verdugos. Andalucía*, el segundo, simplemente, *Estatutos*. Son varias las teorías que afirman que los dos textos pertenecen a asociaciones distintas y, de hecho, el segundo de ellos no hace alusión alguna a la expresión Mano Negra. Las autoridades españolas, sin embargo, dieron por sentado que ambos son pertenecientes a la misma organización.

⁴³² *La Revista Social*. Madrid, 1 de noviembre de 1883.

⁴³³ La autenticidad del reglamento de La Mano Negra ha sido puesta en duda durante mucho tiempo. Sin embargo, actualmente, son muchos los autores que, como Clara E. Lida (2010) o Juan Avilés, coinciden en que el documento no fue falsificado. Si que se señala, sin embargo, que el uso que se hizo del mismo, fue capcioso y estuvo orientado al descrédito del obrerismo español y más concretamente al de la FTRE.

⁴³⁴ AGP. Fondo Alfonso XII, Legajo 12809.

principios casi militares, en los que la traición o el incumplimiento del deber podían ser castigados con la muerte. No se encuentra en todo el texto, no obstante, alusión alguna a cualquier tipo de vinculación entre la Mano Negra y la Federación de Trabajadores de la Región Española, por lo que, a la vista de esta información, no es posible dilucidar si la sociedad secreta andaluza fue un grupo independiente o, como afirmaban las autoridades de la época, era un brazo armado de la FTRE.

Sin embargo, el reglamento de la Mano Negra, no fue entregado por la Guardia Civil en solitario, sino con otro documento titulado *Estatutos* al que se le relacionaba con el texto reglamentario de la sociedad secreta. No existe ninguna prueba de que ambos escritos fuesen emitidos por la misma organización, ya que los *Estatutos* no hacían uso alguno de la expresión Mano Negra. Autores como Juan Avilés (2013: 141) afirman, basándose en criterios terminológicos, que los documentos parecían referirse a entidades distintas. Aun así, las autoridades españolas las consideraron como partes de un mismo cuerpo y justificaron así una persecución contra reconocidos miembros de la FTRE. Los *Estatutos* se prestaban de manera inmejorable a este propósito legitimador, ya que en ellos sí que se hacía referencia a la Asociación Internacional de los Trabajadores y al uso de la violencia:

Habiendo sido la Asociación Internacional de los Trabajadores puesta fuera de la ley por los gobiernos burgueses, imposibilitándola por este motivo para resolver pacíficamente la cuestión social, y de cuya resolución no puede prescindir, ha tenido que convertirse en organización revolucionaria secreta, para llevar a cabo la revolución social violenta; pero como para llegar a esto último tienen que pasar algunos años, y la burguesía no para de cometer crímenes contra la clase trabajadora, cuyos crímenes es menester castigar antes que llegue la revolución social, y considerando que todos los federados no son a propósito para llevar a cabo estos castigos de modo conveniente, por estas razones se forma un núcleo denominado Tribunal Popular, cuyo tribunal será el encargado de sentenciar y castigar los crímenes de la burguesía. Este tribunal se regirá por los siguientes estatutos:

Artículo 1º. Se formará un núcleo de diez individuos que pertenezcan a la Asociación Internacional de los Trabajadores y se juzguen capaces para este objeto.

Artículo 2º Castigará los crímenes de los burgueses y sus dependientes por todos los medios que sean posibles, bien sea por el fuego, el hierro, el veneno, o de otro modo.

[...]Artículo 4º. En las sesiones ordinarias cada uno dará cuenta del modo como llevó a cabo sus represalias; los inconvenientes o ventajas que halló en el modo de llevarla a cabo, a fin de que por este medio se vayan instruyendo todos; también se tratará de hacer las represalias que haya.

Artículo 5º. Cada individuo de este núcleo inventará todos los medios de pegar fuego, de asesinar, de envenenar y, en fin, todos los medios de hacer daño y los someterá al examen del núcleo.

Artículo 6º. En las sesiones extraordinarias sólo se tratará de represalias que haya que hacer⁴³⁵.

Por las alusiones de este texto a la clandestinidad en España de la AIT, es posible que su redacción tuviera lugar entre 1873 y 1881, lo que según Clara E. Lida (1972b: 26) supondría una prueba de la autenticidad del escrito. No hay, sin embargo, ningún indicio de la conexión de este documento con la Mano Negra, más bien parece referirse a otra entidad distinta llamada Tribunal Popular. No obstante, independientemente de la vinculación de ambos manuscritos, lo que es incuestionable es que, en la Península Ibérica, tras la celebración del Congreso Revolucionario de 1881, existió al menos un grupo clandestino vinculado a la Asociación Internacional de los Trabajadores que se

⁴³⁵ AGP. Fondo Alfonso XII, Legajo 12809.

había decidido por la utilización de la llamada *propaganda por el hecho* como medio de alcanzar la pretendida revolución social y que, simultáneamente a esto, se sucedieron reivindicaciones de carácter violento en el sur de España.

El segundo de los acontecimientos que demuestran la puesta en funcionamiento de la *propaganda por el hecho* entre los trabajadores españoles fueron los conocidos como *Sucesos de Jerez*. La disolución en 1888 de la FTRE había evidenciado el triunfo de los defensores de la vía insurreccional y el espontaneísmo, quienes encontraron en la caída de la federación un camino abierto para las acciones reivindicativas de carácter violento (Dardé, 1996). Con este modelo organizativo al frente del obrerismo español, la noche del 8 de enero de 1892 un grupo formado por cientos de campesinos irrumpieron en Jerez de la Frontera con la consigna *viva la anarquía, muerte a la burguesía*. Los asaltantes se hicieron con el control de las calles y asesinaron a José Soto, dependiente, y a Manuel Castro, hermano de un concejal conservador. El objetivo principal de esta turba era, al parecer, la cárcel, institución que intentaron tomar en dos ocasiones, siendo repelidos por la compañía que custodiaba el edificio que, abriendo fuego, consiguieron dispersar a los rebeldes. Tras las investigaciones pertinentes, se llevaron a cabo varias detenciones que constataron que, pese a la manifiesta descoordinación de la acción, esta había sido preparada con anterioridad de manera clandestina. La confesión de Félix Grávalo, alias *El Madrileño*, señalaba a José Fernández Lamela, corresponsal del periódico *La Anarquía* y distribuidor de *El Productor* de Barcelona como autor intelectual del asalto y a la barbería que este regentaba como punto de reunión para idear el golpe. El resultado de la declaración de Grávalo fue la detención y encarcelamiento de varios insurrectos y la condena a muerte de Jesús Fernández Lamela y Antonio Zarzuela como impulsores de la revuelta y de Manuel Fernández Reina y Manuel Silva como autores materiales del asesinato de Manuel Castro. El propio Grávalo fue condenado a cadena perpetua pese a su colaboración. La reacción del anarquismo ante los dictados judiciales no se hizo esperar. El 8 de febrero de 1892, dos días antes de la ejecución de los anarquistas de Jerez, en Gràcia, localidad de amplia tradición anarquista, se desarrollaron piquetes obreros con la intención de obligar a los trabajadores a realizar una huelga en protesta por los sucesos de Jerez, lo que provocó varias detenciones por coacción. En el transcurso de estas detenciones a uno de los obreros detenidos se le incautó una octavilla que, según la transcripción de Juan Avilés (2013: 221) llamaba a la venganza en términos directos:

Un nuevo y horroroso y cínico asesinato van a cometer los ladrones de nuestro trabajo, llevando al cadalso a cuatro obreros anarquistas de Jerez. ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Venganza contra la burguesía! Los que van a subir al patíbulo son los hermanos nuestros que cansados de sufrir la infame explotación capitalista se sublevaron. No son asesinos; si mataron a un burgués hicieron un acto de justicia. Pero la burguesía quiere beber nuestra sangre, no se contenta con chupar nuestro sudor... Pues bien: nosotros debemos responder también con el terror, con el fuego y con la muerte. Debemos matar a los burgueses como si fueran perros rabiosos; ellos lo quieren; son hienas. En el corazón el odio, y en la mano un arma. [...] ¡Viva el Terror! Los anarquistas.

Al día siguiente, víspera de la ejecución, una bomba estalló en la Plaza Real de Barcelona, matando a una persona e hiriendo a varias más. El objetivo era la policía secreta que, habitualmente, se reunía en el punto donde fue colocado el artefacto explosivo (Termes, 2011). No fue este, sin embargo, un hecho aislado de propaganda por el hecho en Cataluña. Hacía tiempo que este tipo de prácticas habían sido puestas en marcha en la región peninsular. Pese a que antes de la disolución de la FTRE ya se habían producido actos terroristas en Barcelona, como el ataque a un almacén de la Rambla de Santa Mónica en la que murió un joven, fue tras la desaparición de la federación cuando las explosiones

fueron una nota habitual en la realidad catalana. Solo en 1890 se cuantificaron hasta veinticinco explosiones orquestadas contra empresas o viviendas de patronos, el año siguiente fueron catorce los artefactos detonados. No obstante, fue 1893 el año en el que la *propaganda por el hecho* en Cataluña alcanzó una mayor repercusión, debido a la notoriedad de sus acciones. Primeramente, el 24 de septiembre de 1893, en plena Gran Vía de Barcelona y en medio de un desfile militar en honor a la Princesa de Asturias, el anarquista Paulino Pallás Latorre lanzó dos bombas con el objetivo de terminar con la vida del General Arsenio Martínez Campos, no consiguiendo perpetrar el asesinato esperado pero matando en el intento a un Guardia Civil. Pallás sería ejecutado por ello. El segundo gran hito del terrorismo anarquista en Cataluña tuvo lugar meses más tarde también en la Ciudad Condal, donde el libertario turolense Santiago Salvador Franch, en respuesta a la ejecución de Pallás, lanzó dos bombas contra el público del Gran Teatro del Liceo de Barcelona, lugar identificado en la época como centro de reunión de la burguesía barcelonesa. Esta acción costó la vida de veinte personas.

Tanto los numerosos actos terroristas desarrollados en la región peninsular que, durante décadas, había constituido el centro de operaciones de las tendencias colectivistas y sindicalistas del movimiento libertario en España, como las violentas revueltas acaecidas en Andalucía, denotan el giro dado por el anarquismo español tras la disolución de la FTRE. El espíritu federalista que había conseguido crear una gran organización obrera de carácter nacional, había dejado paso a la atomización del obrerismo y a la construcción de pequeños grupos clandestinos que veían en las armas y la muerte un nuevo y efectivo medio con el que encender la llama de la revolución. La apuesta por la seducción y la instrucción de los obreros mediante la creación de escuelas proletarias dejó paso a los argumentos de la pólvora y el terror. Sin embargo, este ejemplo de anarquismo español no traspasó, como si lo hicieran con anterioridad las propuestas del colectivismo, la instrucción y el federalismo, las fronteras de Cuba. Hubo momentos, no obstante, en los que sí que parecía que la *propaganda por el hecho* podría incorporarse a las prácticas revolucionarias del proletariado insular. Fue a partir de 1890, cuando la represión por parte de la administración colonial contra el movimiento obrero cubano fue paulatinamente en aumento, provocando un clima de mayor tensión social que amenazó con un transformarse en actos de violencia programada. Un ejemplo de ello nos lo ofrece el informe decenal enviado por el Gobierno General de la Isla de Cuba al Ministerio de Ultramar de la Corona Española en mayo de 1890 en relación con la celebración del Primero de Mayo y los movimientos huelguistas que se desencadenaron posteriormente⁴³⁶. En ellos se informa de la presencia de piquetes que, haciendo uso de la violencia y la amenaza, coaccionaron a otros trabajadores para secundar el paro. El crecimiento de la tensión social y el descontento de los anarquistas ante el decreto de una ley que obligaba a los editores de prensa a tener un estatus de *elector y elegible* que, innegablemente imposibilitaba la publicación de periódicos obreros, contribuyeron a acrecentar el radicalismo de las acciones, hasta el punto de que a finales de 1890 el sindicalista reformista Méndez Areces era asesinado, siendo declarados culpables los anarquistas. Episodios similares de violencia contra quienes no secundaban las protestas propuestas por los anarquistas se dieron, como hemos visto, tras el Primero de Mayo de 1892. En las reuniones acaecidas en el Teatro Irijoa con motivo de esta conmemoración dedicada a los Mártires de Chicago se acordó el uso de los piquetes como arma mediante la que hacer cumplir los acuerdos que las secciones obreras aprobaban. Esta decisión acarreó un incremento de las actividades obreristas relacionadas con la violencia. Resulta

⁴³⁶ AHN. Fondo Ultramar. Legajo 4888-1

llamativa a este respecto la declaración hecha ante el juez de Eulogio Romaguera⁴³⁷ quien, siendo preguntado acerca de las actividades de los grupos obreros que deambulaban por los talleres de La Habana amedrentando a los trabajadores que no apoyaban sus reivindicaciones, afirmó que estos, armados con objetos contundentes, lanzaban amenazas violentas en las que hablaban de quemar fábricas y domicilios particulares. También resulta conveniente recordar que, el 16 de enero de 1892, se publicaba el *Manifiesto de la Sección 1ª de Mayo*, un grupo anarquista que declaraba la “guerra a muerte”⁴³⁸ a quienes atentasen contra el bienestar de la clase trabajadora, aunque nunca se constató que dicho colectivo llevase a cabo ningún acto de violencia más allá de la publicación de este texto.

Sin embargo, estos episodios de violencia anarquista registrados en Cuba no pasaron de ser hechos puntuales y de un grado de intensidad casi anecdótica. Nunca tuvieron lugar en la Isla incidentes que pudieran ser comparables con los grandes atentados perpetrados en Europa en nombre del anarquismo y su *propaganda por el hecho*. La apuesta del anarquismo cubano, exceptuando el periodo de guerra, fue otra bien distinta. Mientras aquellos que tan solo una década atrás habían sido considerados como un ejemplo a seguir siguieron el camino de el culto a la dinamita, los libertarios cubanos, pese a estar capitaneados en gran medida por miembros de origen peninsular, continuaron fieles a la creencia de que la revolución social llegaría de la mano de la seducción y la instrucción:

Siempre hemos sido partidarios de que sea la persuasión y no la imposición lo que guíe los pasos de nuestros compañeros. La organización seccional de oficios y el libre pacto entre ellas fue la tesis que desarrollamos. [...] Entre el dilema de dejar hacer ó de atajar el mal presentando los razonamientos adecuados para que la persuasión penetre en cerebros obcecados, hemos preferido el segundo⁴³⁹.

En estos términos se expresaba *El Trabajo* en referencia a la utilización de métodos coercitivos para obligar a quienes no comulgaban con el programa obrerista a participar en el Congreso Obrero y decantarse por la aprobación de métodos que demuestren “el alto abolengo revolucionario”. Los miembros de la redacción del semanario anarquistas se mostraban así de tajantes a la hora de defender, ante las críticas llegadas de otros lugares del mundo, su apuesta por la *vía legalista*, por el mantenimiento del mismo modelo de lucha social desarrollado hasta el momento. Este tipo de mensaje también fue promovido desde *El Productor* que, en la década de 1890, sobrevivía con tiradas discontinuas fruto de la represión y de sus problemas económicos:

Se ha evidenciado que desde las esferas del poder se nos mira con repugnancia y se quiere que no callemos, como también hemos probado, que a pesar de estar convencidos de tan triste verdad, atentatoria á nuestros legítimos derechos, hay ánimo suficiente y valor cívico en nuestras filas para sacarlo á la palestra y entrar con él en los debates públicos, aunque pese á nuestros enemigos; y precisamente porque se le mira de reojo es por lo que crece nuestro empeño en mantenerlo enhiesto cual si fuera nuestra guía, porque así demostramos tanto nuestros alientos porque no se quebrante nuestra fe en nuestros ideales, como nuestra entereza y virilidad, al elevar casi á la categoría de dogma á un periódico que se sabe que no se quiere, y que, sin embargo, ni se ha separado, ni se separa del radio estrecho que le traza la legalidad. [...] A la defensa, pues, de dichos ideales [transformar la sociedad en algo más justo] decididamente vamos; pero armados de aquella cautela que una larga y

⁴³⁷ ANC. Registro de Asociaciones. Expediente 14638. Legajo 435.

⁴³⁸ ANC. Fondo Asuntos Políticos. Número de Orden 17. Legajo 83

⁴³⁹ *El Trabajo*. La Habana, 27 de septiembre de 1891.

dolorosa experiencia nos aconseja, á fin de salvar los escollos que en otros tiempos pusieron en peligro nuestra nave. Moderación en la forma para evitar la persecución de los gobiernos y las disensiones obreras, robustez en el fondo para que nuestra propaganda arraigue en los corazones obreros. He ahí lo que proponemos⁴⁴⁰.

Este texto escrito por el español Cristóbal Fuentes y que servía como declaración de intenciones a *El Productor* en una de sus vueltas a la actividad periodística recogía a la perfección lo que continuaba siendo una práctica habitual en el anarquismo cubano y que servía como justificación para seguir realizando la actividad revolucionaria dentro del marco de la legalidad: la búsqueda de la unidad de todos los obreros. Pese a que desde mediados de la década de 1880 el liderazgo del anarquismo en el obrerismo cubano resultaba incuestionable, los líderes de este movimiento social eran conscientes de que no contaban con el apoyo de la totalidad del proletariado y que la concienciación libertaria de muchos de los que apoyaban sus decisiones no estaba tan arraigada como para dar un paso más allá. Por tanto, primeramente, se consideraba necesario fortalecer el compromiso de todos los trabajadores con la cuestión anarquista y la *propaganda por el hecho* podía ser, a este respecto, más perjudicial que beneficiosa (Sánchez Cobos, 2008). Este posicionamiento integrador es el que explica, a su vez, que, en diferentes artículos que tratan sobre las acciones armadas de los anarquistas de otros lugares del mundo⁴⁴¹, los distintos voceros anarquistas, pese a defender posturas pacifistas casi tolstoianas, no solo no censurasen este tipo de actividades, sino que mostraran su apoyo a que en cada región se optase por la vía que se considerase más conveniente. Cuba, por su parte, seguiría apoyando, por el momento, un modelo de revolución para la Isla basado en la concienciación de los trabajadores en los valores morales, económicos y sociopolíticos del anarquismo.

Por tanto, con todo lo expuesto en este epígrafe, tenemos varios motivos para pensar que el anarquismo cubano fue un movimiento independiente que surgió de las necesidades propias de una colonia inmersa en el desarrollo de un modelo de producción capitalista que sustituía al sistema esclavista y cambiaba, en consecuencia, los pilares de su estructura socioeconómica. La política integradora impulsada por unos líderes anarquistas que deseaban que su revolución social diera cobertura a las demandas del mayor número posible de trabajadores, independientemente de sus inclinaciones políticas, hizo que el anarquismo cubano tuviera un desarrollo independiente con respecto a lo que acontecía en el resto del mundo libertario.

⁴⁴⁰ *El Productor*. Regla, 26 de mayo de 1893.

⁴⁴¹ A modo de ejemplo véanse los artículos “Lo de Jerez” publicado en *El Productor* el día 18 de febrero de 1892 y “¡Obrero, a luchar!” del día 24 de marzo de 1892, donde se habla de los saqueos a establecimientos que se estaban produciendo en Europa.



6. CONCLUSIONES.





Al comienzo de la investigación señalamos el propósito de llevar a cabo un estudio del anarquismo cubano durante el final de la etapa colonial. Uno de los objetivos principales se centraba en verificar la verdadera importancia de esta tendencia dentro del movimiento obrero insular y dilucidar el papel que, en ella, jugaron los emigrados españoles tanto en su origen como en su posterior desarrollo. Dada la amplitud de esta hipótesis y el vacío historiográfico existente en torno a la temática propuesta, formulamos nuevas preguntas, siempre relacionadas con el eje central de nuestro estudio, que nos ayudasen a obtener conclusiones concretas orientadas a alcanzar de manera satisfactoria el objetivo último de esta investigación.

Inicialmente, el hecho de partir de una hipotética influencia española en la germinación de un movimiento anarquista en Cuba –apuntada pero nunca analizada en profundidad por la historiografía- nos llevó a focalizar nuestra atención sobre los ácratas españoles. Conscientes del gran peso que esta tendencia socioideológica tuvo en España desde mediados del siglo XIX hasta bien entrada la siguiente centuria, cabía preguntarse, con el fin de establecer paralelismos con el caso cubano, qué factores eran los que habían propiciado un éxito tan rotundo de los libertarios en la metrópoli. Los análisis llevados a cabo por diferentes autores acerca del movimiento y del periodo en el que su emergencia tuvo lugar, nos llevaron a concluir que el enorme arraigo del anarquismo en la Península Ibérica se debió a un conglomerado de varios agentes concomitantes en el tiempo:

1. La concepción del anarquista como un ser de carácter humanitario, individualista y altruista que venía a llenar el vacío dejado por los bandoleros en esa construcción romántica surgida a principios del siglo XIX y que presentaba a estos insurgentes como justicieros surgidos del pueblo y cuyo sentido de la justicia los llevaba a poner en riesgo su vida por el bien común.
2. Las modificaciones en la estructura de las oportunidades políticas generadas al producirse simultáneamente una apertura del acceso al poder, una modificación de los alineamientos gubernamentales y una división en las élites. La implantación del liberalismo en España y la inestabilidad política derivada de la misma provocaron la confluencia de todos estos detonantes y, en consecuencia, un incremento de las oportunidades que fue hábilmente aprovechado por los agentes del socialismo revolucionario para introducir sus planteamientos en el seno de los trabajadores españoles.
3. El modelo parlamentario. La dificultad de la participación plebiscitaria de las clases populares a causa de los requerimientos económicos necesarios para poder ser elector y elegible eliminaron en la Península cualquier posibilidad de este estamento de alcanzar el poder por medio de la creación de un partido político obrero fuerte. En consecuencia, se optó por una vía alternativa que rechazaba todo atisbo de parlamentarismo burgués, apostando por un modelo

de representación directa basado en las asambleas ciudadanas y el asociacionismo obrero. La falta de transparencia en los comicios, la inoperancia en medidas reales de corte social y las corruptelas relacionadas con los cargos políticos terminaron por generar un enorme y extendido sentimiento de desconfianza hacia el sistema de representación liberal que jugó a favor de la implantación del anarquismo.

4. La actuación represiva de un estado que, ante el más mínimo conato de disidencia, respondía con un alto nivel de represión contribuyó a la radicalización de las acciones colectivas, principalmente las desarrolladas en la clandestinidad. Además, el endurecimiento de las persecuciones exigía a los anarquistas un perfeccionamiento de su sistema organizativo, lo que se tradujo en un aprovechamiento más eficaz de las oportunidades emergentes en momentos de mayor libertad.

5. La existencia de un aliado fuerte como la AIT provocó un comportamiento espejo dentro del mundo obrero español. El hecho de contar con una entidad de dimensiones internacionales que predicaba la solidaridad entre miembros y organizaciones de la clase trabajadora sirvió de impulso a las clases populares españolas para crear sociedades similares e incluirlas dentro de la Asociación Internacional. En esta coyuntura asociacionista, la “errónea” difusión de los principios de la AIT llevada a cabo por Giuseppe Fanelli, confundiendo su programa con el de Alianza Internacional de la Democracia Socialista, facilitó la asimilación entre las masas españolas de los planteamientos bakuninistas como credo del obrerismo internacional.

Repitiendo el mismo modelo de análisis para el caso de Cuba, la extracción de los factores que posibilitaron el afianzamiento del anarquismo como tendencia dominante del movimiento obrero español nos permitió intentar buscar una serie de paralelismos entre ambos. Los resultados obtenidos en el estudio del caso antillano nos indican que, tanto el surgimiento de las llamadas oportunidades políticas (Tarrow, 1997) como el aprovechamiento que hicieron de las mismas las clases trabajadoras, fueron similares a uno y otro lado del Atlántico. En primer lugar, la realidad de Cuba, mucho más restrictiva que la española en cuanto a la participación electoral de sus ciudadanos, resultó capital para la elección del anarquismo como modelo de organización obrera. El ejercicio del voto entre los trabajadores insulares representaba, de por sí, un derecho tan difícil de practicar que la mera idea de constituir un partido político obrero resultaba algo utópico, y más aún imaginar su victoria. En consecuencia, los cubanos, al igual que los españoles, se decantaron por un sistema organizativo que prescindiera totalmente de la política y de la posible interferencia –directa o indirecta– de agentes externos en la toma de cualquier tipo de decisión propuesta por y para la clase trabajadora. El anarquismo, con su modelo de acción y representación directa, pudo, en este sentido, cubrir las aspiraciones reivindicativas de estos obreros.

En segundo lugar, los trabajadores insulares también pudieron contar con el apoyo de un aliado fuerte como fue la Federación de Trabajadores de la Región Española. Igual que ocurriera entre el anarquismo peninsular y la AIT, el contar con una entidad proletaria consolidada que sirviera de referente a los libertarios antillanos incentivó la creación de colectivos basados en principios ideológico-programáticos similares a los establecidos en España. Este efecto espejo fue más estimulante, si cabe, en el caso de Cuba, ya que se contaba con la ventaja de la coincidencia idiomática y del desarrollo comunicativo resultante del incremento de la intensidad del proceso migratorio. Un

mayor acercamiento informativo sirvió de plataforma para difundir de manera más efectiva el éxito que el asociacionismo obrero de corte ácrata estaba teniendo en otros lugares del mundo, principalmente en la metrópoli, con quien existía una mayor interacción personal y noticiaria.

El tercer punto en común entre los factores que determinaron la elección del anarquismo como medio de acción obrera a uno y otro lado del charco fue la modificación en la estructura de posibilidades políticas. En Cuba, el fantasma de la independencia marcó el rumbo de la política colonial durante todo el siglo XIX y, más intensamente, a partir del estallido de la Guerra de los Diez Años. Para reducir el riesgo de una rebelión, el gobierno español realizó concesiones aperturistas al pueblo cubano, lo que fue aprovechado por los socialistas revolucionarios para expandir su aparato de difusión, crear nuevas asociaciones obreras y/o posicionar a sus simpatizantes en las directivas de las ya existentes. Además, el carácter antinacionalista de los libertarios les proporcionó permisividad por parte de un gobierno que veía en este rasgo un apoyo a la hora de alejar a las clases populares de los planteamientos independentistas, sustentados en gran parte en el sentimiento nacional.

En relación con esta actitud flexiva del Estado, se encontraba el último de los paralelismos entre Cuba y España: la actuación de la represión como factor de consolidación. Si bien es cierto que el asociacionismo libertario gozó de un estatus de relativa tolerancia, no es menos veraz que, en momentos de mayor conflictividad social, sufrió persecuciones y censuras que lo llevaron a alinearse con los independentistas, entendiendo que la declaración de una república cubana les proporcionaría una mayor libertad de movimiento. Al hacer público el *pacto* con los separatistas, el aparato represivo estatal persiguió con extrema dureza a los libertarios cubanos. Sin embargo, esta acción no solo no terminó con el anarquismo en Cuba, sino que le obligó a realizar un perfeccionamiento organizativo que, desde la clandestinidad, se tradujo en la creación de grupos de acción más radicalizados en las ideas del socialismo revolucionario.

Por tanto, a tenor de lo expuesto y salvando las diferencias, podemos aseverar que en el surgimiento del anarquismo tanto cubano como español incidieron unos factores similares que inclinaron a los trabajadores de ambas regiones a la elección del movimiento libertario como modelo de acción colectiva. Los paralelismos existentes entre uno y otro caso nos llevaron a abordar el siguiente de los interrogantes propuestos para esta tesis: ¿fue el anarquismo cubano una reproducción del movimiento español?

Respecto a esta pregunta, el análisis presentado en nuestra tesis doctoral nos invita a establecer dos conclusiones aparentemente paradójicas. La rápida e intensa evolución que sufrió el movimiento hizo que tuviéramos que dividirlo –basándonos en criterios de ideología y actuación– en dos etapas que responden de manera diferente al interrogante que pretendemos concluir. En la etapa de gestación y consolidación del movimiento, que podríamos situar entre 1878, coincidiendo con el fin de la Guerra de los Diez Años, y 1890, los sucesivos periódicos anarquistas difundieron entre sus lectores –reproduciéndolo de manera textual– el programa de la Federación Española, señalando, además, que estos deberían ser los criterios que rigiesen el federalismo ácrata en la Isla. La consolidación de esta inercia imitadora se puso de manifiesto en el dictamen emitido por el Congreso Obrero de Cuba de 1887, donde, tras definir el carácter anarquista del obrerismo insular, se estableció que la futura Federación Cubana se regiría por el reglamento de la española. Para reforzar la campaña de concienciación obrera, la prensa anarquista cubana de la época incluyó textos de fuerte calado doctrinal extraídos de las páginas de sus homólogos peninsulares, así como una serie de ejemplos reales de éxitos cosechados en la metrópoli

gracias a este modelo organizativo. Por tanto, en este periodo inicial de surgimiento y afianzamiento del asociacionismo libertario en la Isla podemos aseverar efectivamente que el anarquismo en Cuba fue una reproducción bastante fidedigna tanto de los planteamientos como de los estatutos que regían la actividad de la Federación Española.

No obstante, esta conclusión no es extrapolable a la realidad que vivió el movimiento a partir del inicio de la década de los noventa, principalmente tras la represión derivada de la celebración del Congreso Obrero de 1892. Tras la consolidación del anarquismo como sistema de reivindicación obrera en Cuba, la conflictividad laboral, representada principalmente en forma de huelgas y manifestaciones, supuso un enorme problema para la administración española, la cual comenzó a perseguir duramente a los líderes del obrerismo revolucionario. El viraje autoritario del gobierno colonial provocó que los trabajadores se acercasen a los independentistas con el fin de buscar una coalición contraria al gobierno lo suficientemente fuerte como para acabar con el régimen colonial. Los obreros entendían que, echando abajo el sistema vigente, tendrían una mayor libertad para alcanzar la tan ansiada emancipación obrera. Este cambio de tendencia, que permitía cierta permeabilización nacionalista dentro de una ideología autodefinida apátrida, fue abiertamente manifestada en el Congreso Obrero de 1892, generando una respuesta contundente por parte de las fuerzas represivas del Estado. La persecución contra los anarquistas provocó un cambio interno en su estructura organizativa que facilitó la proliferación del germen nacionalista en el seno de unos libertarios que veían la declaración de la República de Cuba como un paso más dentro de su camino hacia la emancipación. Este sentir propició la participación de gran número de libertarios en la Guerra de Independencia de 1895, muchos de los cuales alcanzaron altos grados dentro del ejército mambí o incluso fueron reconocidos como héroes de la nación. Esta especie de *anarconacionalismo* surgido en un contexto de guerra (o inminente guerra), no afloró dentro de un anarquismo español decimonónico que se mantuvo al margen de las luchas liberal-conservadoras de finales de siglo⁴⁴², lo que nos lleva a la concluir que, en esta segunda etapa, los libertarios insulares se alejaron de las posturas españolas y siguieron su propio desarrollo ideológico y táctico.

Otra de las preguntas planteadas al inicio de esta tesis y que guarda relación precisamente con esta reproducción/autonomía que se dio en el anarquismo cubano fue la relativa al papel que jugaron los inmigrantes españoles dentro del organigrama anarco-asociacionista de la Isla. En otras palabras, resultaba necesario dilucidar si la participación del movimiento libertario peninsular en la construcción de su homólogo antillano fue directa o, si bien, se trató de una mera transmisión ideológica cimentada sobre una red transnacional de intercambio de prensa obrera y que, posteriormente, vehiculó a militantes de Cuba a los Estados Unidos. El análisis de las actas de las reuniones y asambleas celebradas por las diferentes organizaciones de carácter anarquista nos lleva a concluir que, en sus directivas, hubo una cuantiosa presencia de sujetos de procedencia española. Ejemplos como los de los asturianos Valeriano Rodríguez, Pedro Merino y Maximino Fernández, todos ellos presidentes de la JCA; los de Cristóbal Fuentes (antequerano) y Eduardo González (ovetense), ambos directores del Círculo de Trabajadores de La Habana; el de Juan Hipólito Brito, canario y secretario de la Sección del Gremio de Confiteros del Círculo de Trabajadores en la capital; o los de Manuel Clavijo

⁴⁴² Sí que se daría un fenómeno bastante parecido en el contexto de la Guerra Civil Española de 1936, cuando los anarquistas, conscientes de lo negativo que resultaría para sus intereses una victoria del Ejército Sublevado, comandaron milicias destinadas a la defensa de un sistema republicano en el que no creían. Su implicación en la lucha fue de tal magnitud que algunos de sus más destacados líderes ocuparon puestos ministeriales.

(canario), Jaime Tarsol (barcelonés) y Gabriel Pérez (asturiano), miembros de la Junta Directiva del Círculo de Trabajadores de Batabanó, dan buena cuenta de la preponderancia que los inmigrantes españoles tenían dentro del movimiento. Además, atendiendo a la documentación conservada en relación a los dos grandes congresos obreros acaecidos en la Isla, podemos ratificar que estos inmigrantes gozaban de un gran prestigio dentro del movimiento obrero de Cuba, ya que como se ha señalado mediante casos concretos, en unas ocasiones presidieron estos cónclaves y, en otras, sus aportaciones teórico-prácticas terminaron por convertirse en parte importante de los programas y dictámenes del anarcosindicalismo isleño.

Sin embargo, la presencia española en los organismos libertarios cubanos no se limitó únicamente al ámbito institucional, ya que fue cuantioso el número de peninsulares que desempeñaron un papel primordial dentro de la prensa anarquista de la Mayor de las Antillas. Entre ellos nos encontramos, por citar algunos casos, a José Ramón Vidán (La Coruña), director de *El Libre Pensamiento*; a Emiliano Herrera (Burgos), director de *La Dinamita*; o al ya mencionado Eduardo González, quien compaginaba su presencia al frente del Círculo de Trabajadores de La Habana con su labor de dirección de *El Productor*. Además de estos ejemplos nos encontramos otros muchos, quizás no tan relevantes, de peninsulares que ejercían de redactores en los distintos periódicos ácratas: el abulense Crecento Martínez (*El Productor*), el pamplonés Saturnino García (*La Dinamita*), el ferrolano Félix Chao (*La Alarma*) o el coruñés José Taboada (*El Productor*), son algunos de ellos.

En consecuencia, podemos determinar que la presencia española dentro del organigrama del anarquismo cubano no solo fue cuantiosa, sino que gozó de una posición preeminente dentro del mismo. Además, la influencia de estos españoles no se focalizó exclusivamente en uno solo de los espacios sobre los que inciden las prácticas anarquistas, sino que abarcó tanto el ámbito de la praxis como los espacios reservados a la difusión de planteamientos de orden ideológico. La escasez de registros de afiliación conservados en la Península nos impide conocer, sin embargo, si los principios anarquistas de estos emigrados fueron adquiridos en España o si, por el contrario, fueron fruto de una concienciación de clase desarrollada en la Isla. Si reparamos en los datos relativos a su procedencia, mayoritariamente coruñesa, lucense y asturiana –áreas de altísima tasa migratoria hacia Cuba en las que existía ya un consolidado y amplio movimiento libertario, que se hará perceptible en los extraordinarios volúmenes de trabajadores de estas zonas en la industria tabaquera- cabe señalar una más que posible ideologización ácrata previa al viaje. Esta, gracias a la interacción entre inmigrantes –ese contacto comunitario del que hablaba Durkheim (2001)- y al mayor acceso a la información del que disponían en La Habana, maduró hasta generar un verdadero movimiento colectivo que terminó por alterar las relaciones sociolaborales de la colonia.

La identificación de estos inmigrantes dentro del entramado libertario insular permitió además extraer otra importante conclusión que hace referencia al perfil general que presentaba el arquetipo de ácrata español afincado en Cuba. La aparición en periódicos de algunos de los nombres de nuestros protagonistas, sumada a los detallados informes elaborados por la administración colonial al levantar procesos judiciales contra los mismos, facilitaron esta tarea. De este modo, basándonos en todos los datos contenidos en las diferentes fuentes utilizadas durante el desarrollo de esta tesis, podemos establecer que el libertario peninsular respondería a las características de un hombre soltero, de entre 25 y 40 años, procedente de las zonas noroccidentales de España y empleado en trabajos relacionados con el sector terciario.

Sin embargo, estas referencias no resultan sorprendentes, al encontrarse en consonancia con las características que definían al inmigrante medio español, el cual veía facilitado su salto a Cuba dada la condición colonial de esta región. Este estatus político, en relación con la cuestión planteada al inicio de esta tesis acerca del papel que tal circunstancia había jugado en el influjo español sobre el anarquismo cubano, resultó, en cierta medida, trascendental. Más allá del beneficio que esta coyuntura suponía para el incremento del flujo migratorio desde la metrópolis y para el modelo gubernamental que precipitó la ya citada modificación de la estructura de oportunidades políticas, la condición de colonia fue pieza fundamental también en la evolución del movimiento libertario en Cuba, principalmente debido a su política de represión. La intensa lucha que el gobierno colonial desarrolló contra el incremento del sentimiento independentista en la Isla llevó a las autoridades a adquirir una postura de cierta tolerancia ante el asociacionismo obrero, en su mayoría de corte anarquista. Permitiendo, en cierta medida, una propagación de los planteamientos ácratas y de su autodeclarado antinacionalismo, los integristas pretendían frenar la atracción del separatismo en el seno de la clase trabajadora. Esta estrategia, que a la postre resultó infructuosa, fue fundamental no solo para el crecimiento del anarquismo sino también para su consolidación como principal fuerza dentro del asociacionismo insular. Cuando el gobierno, tras el incremento de la conflictividad laboral, fue consciente del verdadero riesgo que los libertarios representaban para el mantenimiento de su estructura socioeconómica, el movimiento se encontraba tan afianzado que cualquier esfuerzo por fracturarlo resultaba, como así fue, contraproducente para la causa españolista.

Pero esta temporal política permisiva de España no fue el único motivo, siguiendo la línea del colonialismo como factor de influjo, que actuó sobre el desarrollo del anarquismo en Cuba. La represión directa contra los nacionalistas cubanos y los estímulos hacia cualquier manifestación de españolidad también sirvieron de sustento al desarrollo libertario. Destaca a este respecto el fuerte crecimiento que experimentó el Cuerpo de Voluntarios desde el comienzo de la Guerra de los Diez Años. Las ventajas ofrecidas por la administración a quienes decidían formar parte de esta milicia, así como la presión ejercida sobre los trabajadores peninsulares por sus miembros más ideologizados, hicieron que el número de inscritos aumentara considerablemente. Sin embargo, el reclutamiento por coacción o gratificación, pese a fortalecer cuantitativamente a los Voluntarios, no significaba un reforzamiento real de los planteamientos integristas, mas bien todo lo contrario. Fueron muchos los españoles que decidieron optar por la militarización como vía migratoria, aprovechando las lucrativas condiciones ofrecidas desde el gobierno colonial. El Ejército y, muy frecuentemente, el Cuerpo de Voluntarios fueron utilizados como plataforma desde la que dar el salto a Cuba, donde, eventualmente, se ofrecía la posibilidad de traspasarse a la vida civil, aunque no siempre ocurriera. Tras la guerra, los bajos salarios de los militares de baja graduación y la política laboral seguida desde el gobierno para con estos, permitieron el acceso de muchos Voluntarios y soldados a diferentes puestos de trabajo dentro de los sectores secundario y terciario. El contacto directo con la precaria realidad laboral que padecían los obreros cubanos facilitó la proletarianización y la concienciación de clase de este colectivo, lo que resultó decisivo para el devenir del obrerismo. El contar entre sus filas con elementos armados fortaleció el poder reivindicativo del movimiento y, simultáneamente, provocó un cambio en la mentalidad de gobierno y burguesía, quienes comenzaron a ver en las protestas de los trabajadores un verdadero problema para el mantenimiento del sistema socioeconómico de la Isla, lo que en parte derivó en el anteriormente citado viraje represivo del gobierno colonial.

Un resultado más que esta tesis arroja respecto a la influencia que el proceso migratorio tuvo en el desarrollo y afianzamiento del anarquismo en Cuba nos lo aportan las direcciones en las que se alojaban los anarquistas identificados gracias al uso de las fuentes judiciales. Existe una enorme cercanía entre todas las ubicaciones a las que hemos tenido acceso. Calles como Concordia, San Rafael, Dragones, Lealtad, Concepción de la Valla, Aguacate o Prado se encuentran situadas en un radio geográfico bastante reducido. Todas ellas parecen rodear a la calle Zanja, vía habitada por varios anarquistas peninsulares. También muchos de los centros organizativos del obrerismo insular se instalaron en zonas cercanas a las viviendas de los anarquistas. La Sociedad Cooperativa *La Reguladora*, asentada en calle Amistad; la Sociedad Cooperativa de Artesanos de La Habana, en Reina; o el Círculo de Trabajadores de La Habana instalado en Dragones, son algunas muestras de ello. La migración, por su naturaleza, generó en los inmigrantes nuevas necesidades vinculadas con las relaciones sociales. Esto provocaba la búsqueda de espacios habitacionales cercanos y ámbitos de sociabilidad que facilitasen una mayor cohesión entre los elementos que compartían un origen territorial común, generándose una vinculación personal entre ellos. Para potenciar aún más estos nexos era frecuente la creación de instituciones intermedias que permitiesen estimular los puntos en común y una interacción más fluida entre sujetos que buscaban en estas entidades un beneficio común. En el caso de los trabajadores peninsulares que desembarcaron en Cuba a partir de la segunda mitad del siglo XIX, parte de estos organismos estuvieron orientados a mitigar las deplorables condiciones laborales que los golpeaban. De ahí que, además de hospedarse en lugares no muy alejados entre sí, situasen sus centros de reunión en áreas próximas a sus viviendas, lo que favorecía la interacción entre sujeto y centro. Esto nos permite aseverar, nuevamente, que el proceso migratorio potenció, mediante la creación de vínculos interpersonales, la expansión y consolidación del anarquismo en Cuba.

Todas las conclusiones extraídas a lo largo de nuestra investigación nos permiten abordar las hipótesis generales que planteábamos al inicio de la presente tesis: ¿fue la inmigración un medio de difusión del ideal libertario en Cuba?, ¿cumplieron los inmigrantes españoles una labor como constructores del sentimiento de clase y la lucha obrera en la Isla? La respuesta a ambas preguntas es rotundamente afirmativa. En referencia a la primera cuestión, la participación directa de los españoles en la creación y el desarrollo de las entidades organizativas libertarias de Cuba y la utilización, en un primer momento, de los estatutos de la Federación Española como reglamentos de las propias instituciones cubanas demuestran de manera irrefutable la imprescindible participación de la inmigración como agente divulgativo del anarquismo en la Mayor de las Antillas. Por otro lado, respecto al segundo interrogante, los inmigrantes peninsulares funcionaron como motor en la construcción de un sentimiento de clase y en las luchas obreras que derivaron de la misma. Desde el periodo anterior a la implantación del socialismo revolucionario como principal tendencia obrerista en la Isla, la participación española en la concienciación de la clase obrera fue fundamental. El principal impulsor del reformismo, teoría que puso la primera piedra en la edificación de un sentir identitario dentro del mundo obrero, fue el asturiano Saturnino Martínez. A partir de ahí y con el movimiento libertario ya consolidado como eje central de las reivindicaciones sociolaborales, la actividad desempeñada por los peninsulares en las redacciones de los principales semanarios ácratas de Cuba, así como la reproducción en sus páginas de textos procedentes de España y la participación de españoles en las caravanas divulgativas creadas para difundir el ideario anarquista en las poblaciones colindantes a la capital, nos permiten discernir el enorme papel jugado por estos inmigrantes en la construcción del sentimiento de clase insular. Por tanto, y como síntesis de todo el proceso investigador

que ha llevado a la elaboración de esta tesis, podemos concluir que ni el movimiento obrero ni las relaciones sociolaborales desarrolladas en la Isla durante la segunda mitad del siglo XIX pueden entenderse sin tener en cuenta la presencia de los anarquistas españoles en Cuba.



BIBLIOGRAFÍA





ABAD DE SANTILLÁN, D. *Historia del Movimiento Obrero español. De los orígenes a la Restauración Borbónica*. Madrid: Editorial ZYX, 1967.

AGUILAR, S. "Movimientos sociales y cambio social. ¿Una lógica o varias lógicas de acción colectiva?", en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, Tercera época, nº 30, Septiembre-Diciembre 2001, pp. 29-62.

ALMUIÑA FERNÁNDEZ, C. *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX (1808-1894)*. Valladolid: Institución Cultural Simancas, 1977.

ALMUIÑA, C. "La prensa periódica". En Andrés-Gallego, J. *Historia general de España y América. T. XVI. Revolución y Restauración (1868-1931)*. Madrid: Rialp, 1982.

ALONSO, B. *Obreiros alen mar. Mariñeiros, fogoneiros e anarquistas galegos en New York*. San Tirso (Portugal): Edicións a Nosa Terra, 2006.

ÁLVAREZ JUNCO, J. *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid: Siglo XXI. 1976.

ARROYO VÁZQUEZ, M.L. "La prensa como fuente histórica: la percepción del modelo estadounidense". En Navajas Zubeldía, C. *Actas de IV Simposio de Historia Actual, Logroño, 17-19 de octubre de 2002*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2004.

ARTOLA, M. *Partidos y programas políticos, 1808-1936*. Madrid: Aguilar, 1975.

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES. *La Internacional: origen de esta poderosa asociación de trabajadores, sus estatutos y reglamento, su organización, propaganda, estado actual...: demostrados por los discursos pronunciados, acuerdos tomados y las relaciones, informes y documentos oficiales leídos en los congresos de obreros de Ginebra, Lausana, Bruselas y Basilea*. Barcelona: Establecimiento Tipográfico de Oliveres, 1872.

AVILÉS FARRÉ, J. *La daga y la dinamita. Los anarquistas y el nacimiento del terrorismo*. Barcelona: Tusquets Editores, 2013.

AVILÉS, J. "Un punto de inflexión en la historia del anarquismo: el congreso revolucionario de Londres de 1881". En *Cuadernos de Historia Contemporánea. Volumen 34*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2012.

BAHAMONDE, A. *Los dos lados de la migración transoceánica*. En *Historia general de la emigración española a Iberoamérica, vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992.

BAKUNIN, M. A. *Escritos de filosofía política*. Madrid: Alianza, 1978.

BAKUNIN, M. A. *Estatismo y anarquía*. Buenos Aires: Anarres, 2005.

Bibliografía

- BAKUNIN, M. *Consideraciones filosóficas sobre el fantasma divino, sobre el mundo real y sobre el hombre*. Madrid: Aguilera, 1977.
- BAKUNIN, M. *El sistema del anarquismo*. Buenos Aires: Proyección, 1973.
- BAKUNIN, M. *Escritos de Filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1978.
- BAKUNIN, M. *La instrucción integral*. Barcelona: Siglo XXI, 1979.
- BALBOA NAVARRO, I. *La protesta rural en Cuba: resistencia cotidiana, bandolerismo y revolución (1878-1902)*. Madrid: CSIC, 2003.
- BALBOA NAVARRO, I. *Los brazos necesarios. Inmigración, colonización y trabajo libre en Cuba, 1878-1898*. Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente, 2000.
- BARCIA, C. *Capas Populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*. La Habana: Fundación Fernando Ortíz, 2005.
- BARNES, H. E. Y BECKER, H. *Historia del pensamiento social*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.
- BAROJA, P. *La lucha por la vida*. Madrid: Cátedra, 2011.
- BASAIL RODRIGUEZ, A. *El lápiz rojo: prensa, censura e identidad cubana (1878-1895)*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2004.
- BEISSINGER, M. "Demise of an Empire-State". En Crauford, Y. *The Rising Tide of Cultural Pluralism*. Madison: University of Wisconsin Press, 1993. Pp. 93-115.
- BELDARRAÍN CHAPLE, E. Y ESPINOSA CORTÉS, L.M. "El cólera en La Habana en 1833. Su impacto demográfico". En *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*. Vol. 15, Núm. 1. San Pedro: Universidad de Costa Rica, 2014.
- BELTRÁN DENGRA, J. *La ideología política del anarquismo a través de 'El Productor' (1887-1893)*. Barcelona: Aldarull Edicions, 2010.
- BERGER, P. Y LUCKMANN, T. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.
- BERMEJO, R. *Idioma e inmigración: un análisis de la evolución de los requisitos idiomáticos en las políticas de inmigración*. Documento de Trabajo Nº 17/2008, Fundación Telefónica/Instituto Complutense de Estudios Internacionales, 2008.
- BERNAL, A.M. "La emigración de Andalucía". En Sánchez-Albornoz, N. (comp.) *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- BLANCH RIVAS, J.M. *Teoría de las relaciones laborales. Fundamentos*. Barcelona: UOC, 2003.
- BLANCO RODRÍGUEZ, J.A. "Las asociaciones españolas en Cuba: el asociacionismo castellano". En *LARR. Latin American Research Review*. Nuevo México: Universidad de Nuevo México, 2000.
- BLOCH, M. *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*. París: Armand Colin, 1931.
- BORRAT, H. "El periódico actor del sistema político". En *Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura*. Número 12. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1989.
- BORRAT, H. *El periódico, actor político*. Barcelona: Ediciones Gustavo Gili, 1989.

- BRENAN, G. *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*. París: Ruedo Ibérico, 1962.
- BUNCE, V. "Democracy, Stalinism and the Management of Uncertainty". En GYORGY, S. *Democracy and the Political Transformation*. Budapest: Hungarian Political Science Association, 1991.
- CABALLERO, F. *Fomento de la población rural*. Madrid: Imprenta Nacional, 1866.
- CAGIAO VILA, P. "Cinco siglos de emigración gallega a América". EN VVAA, *Historia general de la emigración española a Iberoamérica, Vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992.
- CAGIAO VILA, P. *Muller e emigración*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1997.
- CALVO GONZÁLEZ, P. *La Sierra Maestra en las rotativas. El papel de la dimensión pública en la etapa insurreccional cubana (1953-1958)*. Santiago de Compostela: Departamento de Historia Contemporánea y de América de la Universidad de Santiago de Compostela, 2014. (TESIS DOCTORAL INÉDITA).
- CAMPOS ÁLVAREZ, J. R. "Mentalidad de la partida del emigrante gallego a Cuba (1180-1930). La idea de América" En *MINIUS, Número 4*. Vigo: Universidade de Vigo, 1995.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, G. "Liberalismo armónico. La teoría política del primer krausismo español (1860-1868)". En *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*. Madrid: UCM, 2007.
- CAPOLONGO, D. *Orestes Ferrara: una biografía*. Roccarainola: Circolo Culturale B.G. Duns Scoto, 2009.
- CAPPELLETTI, A. *La ideología anarquista*. Barcelona: Laia, 1985.
- CAPPELLETTI, A. *Prehistoria del anarquismo*. Madrid: Queimada Ediciones, 1983.
- CARMONA BADÍA, X. Y PUENTE, L. DE LA. "Crisis agraria y vías de evolución Ganadera en Galicia y Cantabria". EN GARRABÓN, R. (ed.) *La crisis agraria de fines del siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 1988.
- CARR, R. *España, 1808-2008*. Barcelona: Ariel, 2009.
- CASANOVAS CODINA, J. *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2000.
- CASANOVAS CODINA, J. "El artesanado habanero y los orígenes del Círculo de Trabajadores". En *Historia Social, Núm. 31*. Valencia: UNED, 1998.
- CASANOVAS CODINA, J. "El movimiento obrero cubano durante la Guerra de los Diez Años (1868-1978). En *Anuario de estudios americanos, Vol. 55*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998.
- CASANOVAS CODINA, J. "La prensa obrera y la evolución ideológica-táctica del obrerismo cubano del siglo XIX". En *Signos históricos. Número 9, enero-junio*. México: UAM Iztapalapa, 2003.
- CASANOVAS CODINA, J. "Movimiento obrero y lucha anticolonial en Cuba después de la abolición de la esclavitud". En *Boletín Americanista. Número 45*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1995.
- CASTAÑEDA, O. *Martí, los tabaqueros y la Revolución de 1895*. La Habana: Comisión Nacional de Propaganda y Defensa del Tabaco Habano, 1946.
- CASTELLANOS GUERRERO, A. "Imágenes racistas en ciudades del sureste". EN CASTELLANOS GUERRERO, A. (coord.). *Imágenes del racismo en México*. Madrid: Plaza y Valdés, 2002.

- CASTELLANOS, J. Y CASTELLANOS, I. "La Sociedad Secreta Abakuá: Los ñañigos". En *Cultura afrocubana*. Miami: Universal, 1992.
- CASTRO ALFÍN, D. "Maestro y jefe: facetas del liderazgo político de Pi y Margall". En DUARTE MONSERRAT, Á. *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2015.
- CEPERO BONILLA, R. *El Siglo (1862-1868). Un periódico en lucha contra la censura*. La Habana: Editorial Lex, 1957.
- CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J. "Tabú y lenguaje: las palabras vitandas y la censura lingüística". En *Thémata. Revista de Filosofía*. Número 40. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2008.
- CIVIT, J. *La revolución en Kropotkin*. Universidad Católica de Andrés Bello de Caracas: Tesis doctoral, 2006.
- CLAUSEWITZ, C. VON. *De la guerra*. Madrid: La Esfera de Libros, 2005.
- CLEYRE DE, V. *La acción directa*. Madrid: La Neurosis o Las Barricadas Editorial, 2013.
- COLEMAN, J.S. *Fundamentos de teoría social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 2011.
- COLODRÓN VALBUENA, J. "El anarquismo cubano decimonónico. De la fábrica a las trincheras". En Cañedo-Argüelles Fábrega, T. *América. Cruce de miradas, Vol. III*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 2015a.
- COLODRÓN VALBUENA, J. "El discurso anarquista en la Cuba colonial". En CALVO GONZÁLEZ, P. *Discursos e ideologías de derechas e izquierdas en América Latina y Europa*. Santiago de Compostela: Universidades de Santiago de Compostela, 2015b.
- COLODRÓN VALBUENA, J. "El concepto kropotkiniano de revolución en el 15-M: ¿vigencia o evolución? En *Sémata, Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 28. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 2016a.
- COLODRÓN VALBUENA, J. "La prensa obrera como vehículo divulgador del ideal libertario: el caso de la Cuba decimonónica". En *Revista Naveg@mérica*, Número 17. Murcia: Universidad de Murcia, 2016b.
- COLODRÓN VALBUENA, J. "El Círculo de Trabajadores de La Habana y sus réplicas: La creación de espacios obreros en los alrededores de la capital". En *Naveg@mérica*, Núm 19. Murcia: Universidad de Murcia, 2017.
- COLOMA, R. *La revolución internacionalista alcoyana de 1873*. Alicante: Diputación Provincial, 1959.
- CONTRERAS PÉREZ, F. "Recluta masiva de emigrantes andaluces y su inserción social en Argentina (siglo XIX). Nuevas notas para su estudio". En *Anuario de estudios americanos*, nº 53, vol. II. Madrid: CSIC, 1996.
- COSTAS COMESAÑA, A. *Apogeo del liberalismo en La Gloriosa. La reforma económica en el Sexenio Liberal (1868-1974)*. Madrid: Siglo XXI, 1988.
- CRISTÓFORIS, N.A DE. *Políticas y prácticas migratorias: Los flujos gallegos y asturianos a Buenos Aires (1840-1860)*. En *Revista de Indias*. Vol. LXVIII. Núm. 244. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.

- CRONIN, J.E. "Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe". En CRONIN, J. E. y SIRIANI, C. *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*. Filadelfia: Temple University Press, 1983.
- CUCO GINER, J. *Antropología urbana*. Barcelona: Ariel, 2004.
- DARDÉ, C. *La Restauración, 1875-1902. Alfonso XII y la regencia de María Cristina*. Madrid: Historia 16, 1996.
- DELGADO CRIADO, B. *Historia de la educación en España y América: La educación en la España Contemporánea (1789-1975)*. Madrid: Ediciones Morata, 1994.
- DESCHAMPS, G. *LA crisis azucarera y la isla de Cuba*. La Habana: La Propaganda Literaria, 1885.
- DÍAZ DEL MORAL, J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid: Alianza Editorial, 1969.
- DÍAZ MARTÍN, R. "Estado de la ciencia y la tecnología en la Cuba de 1898: Aportes científicos de cubanos, españoles y extranjeros". En *VIII Congreso Internacional de Historia de América (AEA)*. Las Palmas de Gran Canaria: Casa de Colón/Cabildo de Gran Canaria, 2000.
- DÍAZ, C. *Las teorías anarquistas*. Bilbao: Zero, 1978.
- DOMINGO ACEBRÓN, M. D. *Los Voluntarios y su papel contrarrevolucionario en la Guerra de los Diez Años en Cuba, 1868-1878*. París: L'Harmattan, 1996.
- DURAN, C. "Apuntes sobre la fuente judicial como recurso para la investigación social", en *Sociohistórica*, núm. 6, 1999.
- DURKHEIM, E. *La división del trabajo social*. Madrid: Akal, 2001.
- EASTERLIN, R.A. *Influences in european overseas emigration before Worl War I*. En *Economic Development and cultural change*. Vol. IX. Núm 3. Chicago: The University of Chicago Press, 1961.
- EIRAS ROEL, A. *El Partido Demócrata Español*. Madrid: Ediciones Rialp, 1961.
- EISENGER, P. K. "The Conditions of Protest Behavior in American Cities". En *American Political Science Review*, N. 67. Cambridge: Cambridge University Press, 1973.
- ELORZA, A. *Anarquismo y utopía: Bakunin y la revolución social en España*. Madrid: Cinca, 2013.
- ELSTER, J. *Alchemies of the mind*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- ERIKSON, F. "Qualitative Methods in Research on Teaching" en Wittrock, M.C. *Handbook of Research Teaching*. New York: MacMillan, 1986.
- ESTEVE, P. *A los anarquistas de España y Cuba. Memoria de la conferencia anarquista internacional celebrada en Chicago en septiembre de 1893*. Patterson: Imprenta de "El Despertar", 1900.
- ESTRADA, B. "Factores de atracción por países de destino". En *VVAA, Historia general de la emigración española a Iberoamérica, Vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992.
- FALCÓN, R. "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)". En *Anuario. Número 12*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 1987.
- FEIJÓO SOTOMAYOR, U. *Isla de Cuba. Inmigración de Trabajadores Españoles*. Madrid: Imprenta de Julián Peña, 1855.

Bibliografía

- FERNÁNDEZ SANTIAGO, M. Y GARCÍA DOMÍNGUEZ, M.T. "Características generales de la emigración española: una aproximación histórica". En IZQUIERDO ESCRIBANO, A. *La migración de la memoria histórica*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2011.
- FERNÁNDEZ, F. *El anarquismo en Cuba*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2000
- FERRARA, O. *Memorias: una mirada sobre tres siglos*. Madrid: Ediciones Universal, 1975.
- FERRARA, O. *Una mirada sobre tres siglos. Memorias*. Madrid: Ediciones Universal, 1975.
- FORCADELL ÁLVAREZ, C. "La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca en la información escrita de 1887". En *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Altoaragoneses*, Número 92. Huesca: Institutos de Estudios Altoaragoneses, 1981.
- FOUCAULT, M. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.
- FRASER, R. "Identidades sociales desconocidas. Las guerrillas españolas en la Guerra de la Independencia, 1808-1814". En *Historia Social*, Número 46. Valencia: Fundación Instituto de Historia Social, 2003.
- FREYMOND, J. *La Primera Internacional. Tomo I. Congreso de Ginebra 1866, Congreso de Lausana 1867, Congreso de Bruselas 1868*. Bilbao: Zero, 1973.
- FUENTE MONGE, G. de la. *Los revolucionarios de 1868: élites y poder en la España Liberal*. Madrid: Marcial Pons, 2000.
- GARCÍA DE ARBOLEYA, J. *Manual de la Isla de Cuba*. La Habana: Imprenta del Gobierno, 1852.
- GARCÍA DEL PINO, C. "La Habana en los días del Yara". En *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Número 2. La Habana: BNJM, 1978.
- GARCÍA GALLÓ, G.J. Y CORREA GARCÍA, W. *Biografía del Tabaco Habano*. La Habana: Editorial José Martí, 2000.
- GARCÍA MORA, L.M. *La fuerza de la palabra. El Autonomismo en Cuba en el último tercio del siglo XIX*. En *Revista de Indias*, vol. LXI, núm. 223. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2001.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, M. *Con un ojo en Yara y otro en Madrid. Cuba entre dos revoluciones*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2012.
- GARCÍA, G. "Trabajadores urbanos: comportamiento político y conciencia de clase". En VVAA. *La turbulencia del reposo. Cuba 1878-1895*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1998.
- GARRABÓN, R. Y SANZ, J. *Historia agraria de la España Contemporánea*. Barcelona: Crítica, 1985.
- GODIO, J. *Historia del Movimiento Obrero Latinoamericano, 1. Anarquistas y Socialistas. 1850-1918*. San José (Costa Rica): Editorial Nueva Sociedad, 1985.
- GOLDMAN, E. *Viviendo mi vida*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1995.
- GÓMEZ CASAS, J. *Historia del anarcosindicalismo español: epílogo hasta nuestros días*. Madrid: La Malatesta, 2006.
- GONZÁLEZ SUGRAÑES, M. *La República en Barcelona. Apuntes para una crónica*. Barcelona: Imprenta Henrich y Cía, 1903.

- GOULD, J. D. "European intercontinental emigration 1815-1914: Patter and causes". En *Journal of European Economic History*, número 8, vol. 2. Roma: Banco di Roma, 1979.
- GRABER, D. "Political languages". En NIMMO, D.D. Y SANDERS, K. R. *Handbook of Political Communiation*. Londres: Sage Publications, 1981.
- GRAMSCI, A. *Cuadernos de la cárcel*. México: Era, 2000.
- GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL. "Crisis y cambio en el sector agrario: Andalucía y Extremadura, 1875-1935". EN GARRABÓN, R. (ed.) *La crisis agraria de fines del siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 1988.
- GUANCHE PÉREZ, J. "La inmigración hispánica y el fomento de asociaciones regionales en Cuba (1840-1990)". En *Tebeto: anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*. Núm. 4. Fuerteventura: Editorial Cabildo Insular de Fuerteventura, 1991. (pp. 93-108).
- GUISADO LÓPEZ, J. "Crisis agraria e invasión filoxérica en la España del siglo XIX. Verificación de algunas recientes interpretaciones sobre problemas de la viticultura en Andalucía y Cataluña mediante un ensayo comparativo". En *Revista de Historia Económica, Año I. Número 2*. Madrid: Universidad Carlos III, 1983.
- GUTIÉRREZ MOLINA, J.L. *El Estado frente a la anarquía: los grandes procesos contra el anarquismo español (1883-1982)*. Madrid: Síntesis, 2008.
- GUTIÉRREZ, R. *Lengua, migraciones y mercado de trabajo*. Documento de Trabajo 05/07, Fundación Telefónica/Instituto Complutense de Estudios Internacionales, 2007.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, J. "La emigración decimonónica". En MORALES PADRÓN, F. *Canarias y América*. Madrid: Espasa-Calpe, 1988.
- HERNÁNDEZ GARCÍA, J. *La Emigración de las Islas Canarias en el siglo XIX*. Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1981.
- HIDALGO, A. *Orígenes del movimiento obrero y del pensamiento socialista en Cuba*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1976.
- HILL, S. y ROTHCHILD, D. "The Impact of Regime on the Diffusion of Political CONflict". En MIDLARSKY, M. *The Internacionalization of Communal Strife*. Nueva York: Routledge, 1992.
- HOBBSAWM, E. *Rebeldes Primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Editorial Ariel, 1983.
- HOBBSAWM, E. *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*. Barcelona: Crítica, 2010.
- HOBBSAWN, E. *Revolución industrial y revuelta agraria. Capitán Swing*. Madrid: Siglo XXI, 1978.
- HOROWITZ, I. L. *Los anarquistas. Vol. 1, La teoría*. Madrid: Alianza Editorial, 1977.
- HOVLAND, C.I., JANIS I.L. Y KELLEY, H.H. *Communication and persuasion*. New Haven: Yale University Press, 1961.
- IGLESIAS GARCÍA, F. *Del ingenio al central*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998.
- INSTITUTO DE HISTORIA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA Y DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA DE CUBA. *Historia del Movimiento Obrero Cubano. 1865-1958. Tomo I, 1865-1935*. La Habana: Editora Política, 1985.

ISRAEL, J. "Remarques sur quelques problemas de la théorie marxiste des classes". En *L'Homme et la Société*, Núm. 15. Paris: L'Harmattan, 1970.

IZARD, M. *Manufactureros, industriales y revolucionarios*. Barcelona: Ariel, 1979.

JOVER ZAMORA, J.M. "Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea". En IZQUIERDO MARTÍN, J. Y SÁNCHEZ LEÓN, P. (Coord.) *Clásicos de la historia social de España: una selección crítica*. Madrid: UNED, 2000.

JOVER ZAMORA, J.M. *La civilización española a mediados del siglo XIX*. Madrid: Espasa Calpe, 1992.

KROPOTKIN, P. *Anarco-comunismo: sus fundamentos y principios*. Madrid: LaMalatesta Editorial, 2010.

KROPOTKIN, P. *El apoyo mutuo*. Madrid: Zero, 1970.

KROPOTKIN, P. *Historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Vergara, 2005.

KROPOTKIN, P. *La conquista del pan*. Madrid: Editorial Júcar, 1977.

KROPOTKIN, P. *La moral anarquista*. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2008.

KROPOTKIN, P. *La selección natural y el apoyo mutuo*. Madrid: CSIC, 2009.

KROPOTKIN, P. *Palabras de un rebelde*. Barcelona: Centro Editorial Presa: 1900.

KUHN, T.S. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

LACOMBA, J. A. "Reflexiones sobre el Sexenio Democrático: Revolución, Regionalismo y Cantonalismo". En *Anales de Historia Contemporánea*, 9. Murcia: Universidad de Murcia, 1993. Pp: 19-31.

LENIN, V.I. *Obras Completas*. Moscú: Progreso, 1986.

LENIN, V.I. *Obras escogidas en doce tomos*. Moscú: Editorial Progreso, 1975.

LIDA, C. E. "La Primera Internacional en España, entre la organización pública y la clandestinidad (1868-1889)". En Casanova, J. *Tierra y Libertad. Cien años del anarquismo en España*. Barcelona: Crítica, 2010.

LIDA, C. E. *La Mano Negra: Anarquismo agrario en Andalucía*. Bilbao: Zero, 1972b.

LIDA, C.E. *Anarquismo y Revolución en la España del XIX*. Madrid: Siglo XXI, 1972a.

LÓPEZ ÁLVAREZ, F. *Los gráficos en el movimiento obrero cubano. 1865-1961*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1991.

LORENZO CADARSO, P.L. *Fundamentos teóricos del conflicto social*. Madrid: Siglo XXI, 2001.

LORENZO, A. *El Proletariado Militante*. Madrid: Alianza, 1974.

LUBAC, H. *Proudhon y el cristianismo*. Madrid: ZYX, 1965.

LUENGO TEIXIDOR, F. "Los vascos en Cuba a finales del siglo XIX" en *Revista Historia Contemporánea*, nº 19, 1999. pp. 237-257.

MADRID SANTOS, F. *La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil*. TESIS DOCTORAL. Barcelona: Universitat de Barcelona, 1989.

MADRID, J. *La Mano Negra: caciques y señoritos contra los anarquistas*. Madrid: Temas de Hoy, 1998.

MAEZTU, R. *Artículos desconocidos. 1897-1904*. Madrid: Inman Fox, 1977.

- MALATESTA, E. *Nueva humanidad. Escritos para la difusión del anarquismo*. Madrid: Ediciones Antorcha, 2015.
- MÁRMONA, L. *Las migraciones internacionales, ¿orden o desorden mundial?* Buenos Aires, Paidós, 2000.
- MÁRQUEZ MACIAS, R. *La Emigración española a América (1765-1824)*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 1995
- MARTÍ, J. *Obras completas (23 vols.)*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1991.
- MARTÍNEZ DE SALINAS ALONSO, M.L. *Noticias de Cuba. Cartas de emigrantes vallisoletanos en la segunda mitad del siglo XIX*. Valladolid: Instituto Interuniversitario de Estudios de Iberoamérica y Portugal, 2007.
- MASSEY, D.S., ARANGO, J., HUGO, G., KOUAOUCHI, A., PELLERINO, A., TAYLOR, J.E. Una evaluación de la teoría de la migración internacional: el caso de América del Norte. En MALGESINI, G. (comp) *Cruzando fronteras. Migraciones en el sistema mundial*. Madrid: Icaria, Fundación Hogar del Empleado, 1998.
- MAURICE, J. *El anarquismo andaluz, una vez más*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2007.
- MAYO, C.; MALLO, S. Y BARRENECHE, O. "Plebe Urbana y Justicia Colonial. Las Fuentes Judiciales. Notas para su manejo metodológico" en *Estudios e Investigaciones*, nº 1. Buenos Aires: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, 1989.
- MAZA ZORRILLA, E. "La horizontalidad de las solidaridades. El mutualismo en la España contemporánea". En *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. Número 25. Madrid: Marcial Pons, 1997.
- MCADAM, D; MCCARTHY, J.D.; ZALD, M.N. *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid: Istmo, 1996.
- MELLA, R. *Ideario*. Barcelona: Producciones Editoriales, 1979.
- MELUCCI, A. *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Londres: J. Keane and P. Mier, 1989.
- MOLAS, I. *Francisco Pi i Margall y el federalismo*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, 2002.
- MOLOTCH, H. "Media and Movements", en ZALD, M.N y MCCARTHY, J.D. *Dynamics of Social Movements*. Cambridge: Winthrop, 1979.
- MORENO FRAGINALS, M. *El Ingenio: complejo económico social cubano*". Barcelona: Crítica, 2001.
- MORENO FRAGINALS, M. *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*. Barcelona: Crítica, 2001.
- MORENO FRAGINALS, M. *El Ingenio: complejo económico social del azúcar*. Barcelona: Crítica, 2001.
- MORENO FRAGINALS, M. y MORENO MASÓ, J. *Guerra, migración y muerte (El ejército español en Cuba como vía migratoria)*. Oviedo: Ediciones Jucar, 1993.
- MÖRNER, M. *Adventurers and Proletarians. The story of migrants in Latin America*. Pittsburg: University of Pittsburg, 1985.
- MUNIESA, B. *Libertad, Liberalismo, Democracia*. Villasar de Dalt: Ediciones de Intervención Cultural, 2008.

- NADAL, J. Y SUDRIA, C. *La controversia en torno al atraso económico español en la segunda mitad del siglo XIX*. En *Revista de Historia Industrial*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1993.
- NARANJO OROVIO, C. "Análisis cuantitativo". EN VVAA, *Historia general de la emigración española a Iberoamérica, Vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992.
- NARANJO OROVIO, C. "Los trabajos y los días: colonos gallegos en Cuba en el siglo XIX". En *Sémata: Ciencias Sociais e Humanidades, Número 11*. Santiago de Compostela: USC, 1999.
- Naranjo Orovio, C. *Historia de Cuba*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 2009.
- NARANJO, C. "Análisis cuantitativo". En *Historia general de la emigración española a Iberoamérica, vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992.
- NETTLAU, M. *La anarquía a través de los tiempos*. Madrid: Júcar, 1978.
- NETTLAU, M. *Miguel Bakunin, La Internacional y La Alianza en España*. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1977.
- NUEVO CAL, C. "O movemento obreiro en Viveiro". En PEREIRA, D. (coord.) *Os conquistadores modernos. Movemento Obreroiro na Galicia de anteguerra*. Vigo: Edicións a Nosa Terra, 1992.
- OFFE, C. *La gestión política*. Madrid: Ministerio de Trabajo, 1992.
- OJEDA, G. Y SANMIGUEL, J. L. *Campesinos, emigrantes e indianos*. Gijón: Ayalga, 1985.
- ORTIZ, F. *Los Cabildos afrocubanos*. La Habana: Imprenta y papelería "La Universal", 1921.
- OYÓN BAÑALES, J. L. "Historia Urbana e Historia Obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano. 1900-1950". En *Perspectivas urbanas=Urban perspectives*, 2. Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya, 2003.
- PALAZÓN FERRANDO, S. *Capital humano español y desarrollo económico latinoamericano. Evolución, causas y características del flujo migratorio (1882-1990)*. Alicante: Generalitat Valenciana, 1995b.
- PALAZÓN FERRANDO, S. *Los españoles en América Latina 1850-1990*. Madrid: Fundación Centro Español de Estudios de América Latina, 1995a.
- PAN-MONTOJO, J. *La bodega del mundo: la vid y el vino en España (1800-1936)*. Madrid: Alianza, 1994.
- PANEBIANCO, A. "Comunicación política". EN BOBBIO, N. Y MATEUCCI, N. *Diccionario de la Política*. Madrid: Siglo XXI, 1982.
- PANTOJA ANTÚNEZ, J. L. *La Mano Negra: memoria de una represión*. Cádiz: Quorum Libros, 2000.
- PASCUAL SASTRE, I.M. *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*. Madrid: CSIC, 2001.
- PEIRATS, J. *Los anarquistas en la crisis política española (1869-1939)*. Buenos Aires: Libros de Anarres, 2006.
- PENGAM, A. "Anarcho-Communism". En RUBEL, M. Y CRUMP, J. *Non-Market Socialismo in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. New York: St. Martin's Press, 1987.
- PEREIRA, D. "Asociacionismo e conflictividade na Galiza mariñeira (1870-1936)". En PEREIRA, D. (coord.) *Os conquistadores modernos. Movemento Obreroiro na Galicia de anteguerra*. Vigo: Edicións a Nosa Terra, 1992.

PEREIRA, D. *O Asociacionismo dos pescadores na Galiza de anteguerra: una ollada de conxunto*. A Coruña: Ateneu Libertario "Ricardo Mella", 2001.

PÉREZ CHÁVEZ, R. *Biografía de Enrique Roig San Martín*. La Habana: Imprenta Martí, 1943.

PÉREZ GUZMÁN, F. "La Cuba Bolivariana". En *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Núm. 3. La Habana: BNJM, 1983.

PÉREZ LEDESMA, M. "Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología" en *Studia histórica. Historia contemporánea*. Nº 6-7- Salamanca: USAL, 1988-1989. pp. 7-15.

PÉREZ MURILLO, M.D. *Cartas de emigrantes escritas desde Cuba. Estudio de las mentalidades y valores en el siglo XIX*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1999.

PESET, M Y PESET, J.L. *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)*. Madrid: Seminarios y Ediciones, 1972.

PI I MARGALL, F. *La reacción y la revolución: Estudios políticos y sociales*. Barcelona: Anhropos, 1982.

PIERCE, F. H. "Consular Reports". En *United States Consular Reports. Labor in América, Asia, Africa, Australia, and Polynesia*. Washington: Government Printing Office, 1884.

PINIELLA CORBACHO, F. "La constitución en 1827 de la 'Empres Mercantil de Correos Marítimos de La Habana'". En *Trocadero: Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 4. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1992.

PINIELLA CORBACHO, F. *La Empresa Mercantil de Correos Marítimos de la Habana (1827-1851)*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1996.

PIQUERAS, J.A. *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2005.

PIZZORNO, A. "Identidad e interés". En *Zona Abierta*, número 64. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 1994. (pp. 136-143).

PLASENCIA, A. "Historia del movimiento obrero en Cuba". En González Casanova, P. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México: Editorial Siglo XXI, 1984.

PLASENCIA, A. *El Productor. Artículos de Enrique Roig San Martín*. La Habana: Consejo Nacional de Cultura, 1967.

PLEJANOV, J. *Anarquismo y Socialismo*. Buenos Aires: Ediciones Europa América, 1930.

POBLET, J.M. *Llibre d'or de la Societat de Beneficència de Naturals de Catalunya (1840-1940)*. La Habana: La Societat, 1940.

PORTUONDO, J.A. *La Aurora y los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba*. La Habana: Imprenta Nacional de Cuba, 1961.

PREBISH, R. "Crítica al capitalismo periférico" en *Revista de la CEPAL*, nº 1, Primer semestre. Santiago de Chile: CEPAL, 1976.

PROUDHON, P.J. *La capacidad política de la clase obrera*. Buenos Aires: Proyecto, 1974.

PROUDHON, P.J. *Sistema de las contradicciones económicas o la Filosofía de la miseria*. Madrid: Biblioteca Júcar, 1975.

Bibliografía

- QUIJANO, A. “‘Raza’, ‘Etnia’ y ‘Nación’ en Mariátegui: cuestiones abiertas”. En FORGUES, R. *José Carlos Mariátegui y Europa: el otro aspecto del descubrimiento*. Lima: Amauta, 1992.
- RAMA, C. M. *El anarquismo en América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990.
- RAMA, CARLOS M. *Las ideas socialistas en el siglo XIX*. Barcelona: Editorial Laia, 1976.
- RAVENTÓS, J. *El movimiento cooperativo en España*. Barcelona: Ariel, 1960.
- RIVAS, A. “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en IBARRA, P Y TEJERINA, B. *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta, 1998.
- RIVERO MUÑOZ J. “La lectura en las tabaquerías”. En *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí, Número 4*. La Habana: BNJM, 1951.
- RIVERO MUÑOZ, J. “Esquema del movimiento obrero”. En Guerra y Sanchez, R. y Santovenia y Echaide, E. *Historia de la Nación Cubana, Tomo VII*. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952.
- ROBLEDO, R. “Crisis agraria y éxodo rural: emigración española a Ultramar, 1880-1920”. En GARRABÓN, R. (ed.) *La crisis agraria de fines del siglo XIX*. Barcelona: Crítica, 1988.
- ROBREÑO, J. “Los sucesos del Teatro Villanueva”. En *Boletín del Archivo Nacional de Cuba, Número 40*. La Habana: ANC, 1941.
- RODA FERNÁNDEZ, R. *Medios de comunicación de masas. Su influencia en la sociedad y en la cultura contemporáneas*. Madrid: Siglo XXI, 1989
- RODRIGO ALSINA, M. *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós, 1989.
- ROGEL VIDE, C. *Derecho nobiliario*. Madrid: Editorial Reus, 2005.
- ROLDÁN DE MOLTAUD, I. *La Restauración en Cuba. El fracaso de un proceso reformista*. Madrid: CSIC, 2000.
- ROMERO MAURA, J. *La rosa del fuego*. Barcelona: RBA Editores, 2012.
- ROSITI, F. *Il modi dell’argomentazione e l’opinione pubblica*. Turín: ERI, 1982.
- RUIZ GARCÍA, S. *El asociacionismo español en Cuba. Un encuentro de identidades: el caso catalán (1840-1940)*. (TESIS DOCTORAL). Sevilla: Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, 2015.
- SABATÉ SORT, M. “El patrón oro en el horizonte, 1868-1918”. En García Delgado, J.L. y Serrano Sanz, J.M. *Del real al euro. Una historia de la peseta*. Barcelona: Servicio de Estudios de la Caixa, 2000.
- SAGRA, R. DE LA. *Cuba en 1860*. París: Hachette, 1863.
- SAGRA, R. DE LA. *Historia física, económico-política, intelectual y moral de la isla de Cuba: relación del último viaje del autor*. París: Hachette, 1861.
- SANCHEZ ALONSO, B. “Una nueva serie anual de la emigración española, 1882-1930”. EN VVAA, *II Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Alicante: Caixa D’Estalvis Provincial D’Alicant, 1990.
- SÁNCHEZ ALONSO, B. *Las causas de la emigración española. 1880-1930*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.

- SÁNCHEZ BAENA, J. J. *El terror de los tiranos. La imprenta en la centuria que cambió Cuba (1763-1868)*. Castelló de la Plana: Publicacions Universitat Jaume I, 2009.
- SÁNCHEZ COBOS, A. "Un contexto oportuno: bases para el crecimiento del anarquismo en Cuba (1902-1925). En *Actas del XXVI International Congress of the Latin American Studies Association*. San Juan de Puerto Rico: LASA, 2006.
- SÁNCHEZ COBOS, A. *Sembrando ideales. Anarquistas españoles en Cuba (1902-1925)*. Madrid: CSIC. 2008.
- SANGUILY, M. *La anarquía española y el sacrificio de los cubanos*. Nueva York: Imprenta América, 1896.
- SANTAMARÍA, A. Y GARCÍA, A. "Azúcar o sucumbir. Producción y Especialización". En *Tierra Nueva y Cielo Nuevo, Núm. 49: Economía y Colonia. La Economía Cubana y la Relación con España, 1765-1902*. Madrid: CSIC, 2004.
- Santiago Fernández, J. de. "Antecedentes del sistema monetario de la peseta". En GALENDE DÍAZ, J. C. Y SANTIAGO FERNÁNDEZ, J. de. *VI Jornadas Científicas sobre Documentación Borbónica en España y América (1700-1868)*. Madrid: UCM, 2007
- SCHULZE SCHNEIDER, I. "Federico Koenig, inventor de la prensa a vapor". En *Revista latina de Comunicación Social, Número 38*. Tenerife: Universidad de la Laguna, 2001.
- SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN. *Historia de la Educación en España. Textos y documentos*. Madrid: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación, 1979.
- SEDANO Y CRUZAT, C. DE. *Cuba: Estudios políticos*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1872.
- SERRA GARCÍA, M. *La Aurora y El Productor*. La Habana: Editora Política, 1978.
- SHUBERT, A. *Historia social de España (1800-1990)*. Madrid: Nerea, 1991
- SIMARCO, M. *Estudiar la policía: la mirada de las Ciencias Sociales sobre la institución policial*. Buenos Aires: Teseo, 2010.
- SOLANO, F. "Influencia de la Guerra de la Independencia en el pueblo español". En *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1959.
- SOLER MARTÍNEZ, R. R. *Los españoles en el movimiento obrero oriental*. La Habana: Publicigraf, 1994.
- SOTO CARMONA, A. *El trabajo en España: de la crisis del sistema gremial a la flexibilización*. Madrid: Entrelíneas Editores, 2003.
- SOUZA MARTINS, J. *Ocativeiro da terra*. Sao Paulo: LECH, 1981.
- STEEDLY, H y FOLEY, J.W. "The sucess of protest groups: multivariate Analyses". En *Social Science Research, Número 8*. Charlotte: UNC, 1979.
- STRAUSS, A Y CORBIN, J. *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2002.
- STUBBS, J. *El tabaco en la periferia. El complejo agro-industrial cubano y su movimiento obrero, 1860-1959*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1989.
- SUEIRO SEOANE, S. "Un anarquista en penumbra. Pedro Esteve y la velada red del anarquismo transnacional". En *Alcores: Revista de Historia Contemporánea, nº 25*. León: Fundación Fermín Carnero, 2013.

Bibliografía

- SUEIRO SEOANE, S. "Prensa y redes anarquistas transnacionales. El olvidado papel de J.C. Campos y sus crónicas sobre los mártires de Chicago en el anarquismo de lengua hispana". En *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 36. Madrid: UCM, 2014.
- SURIANO, J. *Anarquistas: Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2004.
- TAIBO, C. *Repensar la Anarquía. Acción directa, autogestión, autonomía*. Madrid: Catarata, 2014.
- TARROW, S. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- TELLERÍA TOCA, E. *Los Congresos Obreros en Cuba*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973.
- TERÁN FUENTES, A. "La prensa como fuente histórica: el imaginario del siglo XIX con relación al progreso, la instrucción y la vulgarización de la ciencia". En *Caleidoscopio. Revista Semestral de Ciencias Sociales y Humanidades*, número 30. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2014.
- TERMES, J. *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*. Barcelona: Grijalbo, 1977.
- TERMES, J. *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*. Barcelona: RBA, 2011.
- THOMAS, H. *Cuba. La lucha por la libertad (1762-1909)*. Barcelona: Grijalbo, 1973.
- THOMPSON, E.P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica, 1989.
- TORNERO TINAJERO, P. *Crecimiento económico y transformaciones sociales: esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1996.
- TORRE MOLINA, M. DE LA. *Autonomismo en Cuba, 1878-1898*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 1998.
- TORRE MOLINA, M. DE LA. *Conflictos y cultura política en Cuba, 1878-1898*. La Habana: Editora Política, 2006.
- Torregrosa, J.R. y Fernández, C. "La interiorización de la estructura social". En TORREGROSA, J.R. Y CRESPO, E. *Estudios básicos de psicología social*. Barcelona: Hora-CIS, 1984.
- TORRES-CUEVAS, E Y LOYOLA VEGA, O. *Historia de Cuba. 1492-1898, formación y liberación de la nación*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2008.
- TORRES-CUEVAS, E. Y LOYOLA, O. *Historia de Cuba. 1492-1898, formación y liberación de la nación*.
- TORTELLA, G. "La industria azucarera cubana, 1868-1895". En *Moneda y crédito*, núm. 96. Madrid: BSCH, 1966.
- TUÑÓN DE LARA, M. *El movimiento obrero en la Historia de España. 1832-1899*. Barcelona: Laia, 1977.
- ULL PONT, E. "El sistema electoral de la Constitución de 1845". En *Revista de Derecho Político*, núm. 39. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1994. Pp: 107-157.
- VALLES, M. *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Síntesis, 1997.
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. "Causas de la emigración y tipología de los emigrantes". En VVAA, *Historia general de la emigración española a Iberoamérica, Vol. I*. Madrid: Historia 16, 1992a.

- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. "Coordenadas de la emigración gallega a América (1850-1930). Un estudio comparativo". En *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, Número 4. Coruña: Dirección Xeral de Relacións coas Comunidades Galegas, 1989.
- Vázquez González, A. "La emigración gallega. Migrantes, transporte y remesas". En SÁNCHEZ-ALBORNOZ, N. *Españoles hacia América. La emigración en masa. 1880-1930*. Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. "La salida". En VVAA, *Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, Vol. I. Madrid: Historia 16, 1992b.
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. *Causas de la emigración y tipología de los emigrantes. Historia general de la emigración española a Iberoamérica*, vol. I. Madrid: Historia 16, 1992.
- VÁZQUEZ GONZÁLEZ, A. *La emigración gallega a América (1830-1930)*. TESIS DOCTORAL. Universidades de Santiago de Compostela, 1999.
- VELASCO CRIADO, D. *Ética y poder político en M. Bakunin*. Bilbao: Universidad de Deusto, 1993.
- VELLINGA, M. *Industrialización, burguesía y clase obrera en México: el caso de Monterrey*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1989.
- VILAR, P. *Historia de España*. París: Librairie Espagnole, 1975.
- VILCHES, J. *Progreso y Libertad. El Partido Progresista en la Revolución Liberal Española*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- VILCHIS CEDILLO, A. "Martí, anarquistas y lectura en Cuba". En *Cuadernos Americanos*, nº 33. México, 2010.
- VILLACAÑAS BERLANGA, J.L. "La idea federal en España". En CHUST CALERO, M. (coord.) *Federalismo y cuestión federal en España*. Castellón: Universitat Jaume I, 2004.
- VILLEGAS BESORA, M. e IBARZ SERRAT, V. "El perfil Psicológico de los anarquistas en la literatura española (1890-1910). En *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 19, nº 2-3. Valencia: Universitat de Valencia, 1998.
- VVAA. *Historia del movimiento obrero cubano*, vol. I, 1865-1935. La Habana: Editora Política, 1985.
- YÁÑEZ GALLARDO, C. "La última invasión armada: Los contingentes militares españoles en las guerras de Cuba, siglo XIX". En *Revista de Indias*. Vol. LII. Núm. 194. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- YÁÑEZ GALLARDO, C. *La Emigración española a América (siglos XIX y XX): dimensión y características cuantitativas*. Colombes: Archivo de Indianos, 1993.
- ZARAGOZA RUVIRA, G. *La Guerra del 98 y los anarquistas españoles a través de varias publicaciones*. Madrid: CSIC, 1998.
- ZARAGOZA, J. *Las insurrecciones en Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1973.



ANEXOS





ANEXO I

Ley de la abolición de la esclavitud en Cuba

13 de febrero de 1880

Don Alfonso XII,

Sabed: que las Cortes han decretado y Nos sancionado lo siguiente:

Art. 1. Cesa el estado de esclavitud en la isla de Cuba con arreglo á las prescripciones de la presente ley.

Art. 2. Los individuos que sin infracción de la ley de 4 de Julio de 1870 se hallaren inscritos como siervos en el censo ultimado en 1871 y continuare en servidumbre á la promulgación de esta ley, quedarán durante el tiempo que en ella se determina bajo el patronato de sus poseedores. El patronato será transmisible por todos los medios conocidos en derecho, no pudiendo transmitirse sin transmitir al nuevo patronato el de los hijos menores de doce años y el de su padre o madre respectivamente. En ningún caso podrán separarse los individuos que constituyan familia, sea cual fuere el origen de ésta.

Art. 3. El patrono conservará el derecho de utilizar el trabajo de sus patrocinados y el de representarlos en todos los actos civiles y judiciales con arreglo á las leyes.

Art. 4. Serán obligaciones del patrono:

- Primero. Mantener á sus patrocinados.
- Segundo. Vestirlos.
- Tercero. Asistirlos en sus enfermedades.
- Cuarto. Retribuir su trabajo con el estipendio mensual que en esta ley se determina.
- Quinto. Dar á los menores la enseñanza primaria y la educación necesaria para ejercer un arte, oficio ú ocupación útil.

Sexto. Alimentar, vestir y asistir en sus enfermedades á los hijos de los patrocinados que se hallen en la infancia y en la pubertad, nacidos antes y después del patronato, pudiendo aprovecharse sin retribución de sus servicios.

Art. 5. A la promulgación de esta ley se entregará á los patrocinados una cédula, en la forma que determine el reglamento, haciendo constar en ella la suma de los derechos y obligaciones de su nuevo estado.

Art. 6. El estipendio mensual a que se refiere el art. 4º en su párrafo cuarto será de uno á dos pesos para los que tengan más de diez y ocho años y no hayan alcanzado la mayor edad. Para los que la hayan cumplido, el estipendio será de tres pesos mensuales. En caso de inutilidad para el trabajo de los patrocinados, por enfermedad ó por cualquier otra causa, el patrono no estará obligado á entregar la parte de estipendio que corresponda al tiempo que dicha inutilidad hubiere durado.

Art. 7. El patronato cesará:

- Primero. Por extinción mediante el orden gradual de edades de los patrocinados, de mayor á menor, en la forma que determina el artículo 8º, de modo que concluya definitivamente á los ocho años de promulgada esta ley.
- Segundo. Por acuerdo mutuo del patrono y del patrocinado, sin intervención extraña, excepto la de los padres si fueren conocidos, y en su defecto de las Juntas locales respectivas, cuando se trate de menores de veinte años, determinada esta edad en la forma que expresa el art. 13.
- Tercero. Por renuncia del patrono, salvo si los patrocinados fueren menores, sexagenarios, ó estuvieren enfermos ó impedidos.
- Cuarto. Por indemnización de servicios, mediante entrega al patrono de la suma de 30 á 50 pesos anuales, según sexo, edad y circunstancias del patrocinado, por el tiempo que faltare á éste de los cinco primeros años de patronato y el término medio de los tres restantes.
- Quinto. Por cualquiera de las causas de manumisión establecidas en las leyes civiles y penales, ó por faltar el patrono á los deberes que le impone el art. 4º.

Art. 8. La extinción del patronato mediante el orden de edades de los patrocinados, a que se refiere el párrafo primero del artículo anterior, se verificará por cuartas partes del número de individuos sujetos á cada patrono, comenzando al terminar el quinto año y siguiendo al final de los sucesivos hasta que cese definitivamente al concluir el octavo. La designación de los individuos que deban salir del patronato mediante la edad, se hará ante las Juntas locales con un mes de anterioridad á la terminación del quinto año y demás sucesivos. Si hubiere de la misma edad más individuos de los que deban salir del patronato en un mismo año, un sorteo verificado entre dichas Juntas designará los que hayan de salir del patronato, que serán los que obtengan número más bajo. Cuando el número de patrocinados siendo mayor de cuatro, no fuera divisible por éste, el exceso aumentará un individuo á cada una de las primeras designaciones. Si el número de patrocinados no llega á cuatro, la designación se hará por terceras partes, por mitad, ó de una vez; pero la obligación del patrono no será exigible sino al final del sexto, sétimo ú octavo año respectivamente. El reglamento fijará la forma, método y extensión de los registros y empadronamientos que hayan de servir para las designaciones.

Art. 9. Los que dejen de ser patrocinados en virtud de lo dispuesto en el art. 7º, gozarán de sus derechos civiles pero quedarán bajo la protección del Estado y sujetos á las leyes y reglamentos que impongan la necesidad de acreditar la contratación de su trabajo ó un oficio ú ocupación conocidos. Los que fueren menores de veinte años y no tuviesen padres, quedarán bajo la inmediata protección del Estado.

Art. 10. La obligación de acreditar la contratación de su trabajo para los que hayan salido del patronato durará cuatro años, y los que la quebranten, á juicio de la autoridad gubernativa, asesorada de las Juntas locales, serán tenidos por vagos para todos los efectos legales y podrán ser destinados a prestar servicio retribuido en las obras públicas por el tiempo que según los casos determine el reglamento. Transcurridos los cuatro años a que este artículo se contrae, los que fueron patrocinados disfrutarán de todos sus derechos civiles y políticos.

Art. 11. Los individuos que estén coartados á la promulgación de esta ley conservarán en su nuevo estado de patrocinados los derechos adquiridos por la coartación. Podrán además utilizar el beneficio consignado en el caso cuarto del artículo 7º, entregando á

sus patronos la diferencia que resulte entre la cantidad que tuvieren dada y la que corresponda por indemnización de servicios con arreglo á lo dispuesto en el artículo y caso mencionados.

Art. 12. Los individuos que en virtud de lo dispuesto en la ley de 4 de Julio de 1870 sean libres por haber nacido con posterioridad al 17 de Septiembre de 1868, estarán sujetos á las prescripciones de aquella ley, excepto en todo lo que puede serles más ventajosa la presente. Los libertos á virtud del art. 19 de la expresada ley de 1870 quedarán bajo la inmediata protección del Estado y obligados á acreditar, hasta que trascurren cuatro años, la contratación de su trabajo y demás condiciones de ocupación á que se refieren los arts. 9º y 10 de la presente.

Art. 13. Se entenderán que son menores para los efectos de esta ley los que no hayan cumplido veinte años, si la edad puede justificarse, y en caso contrario se deducirá ésta por as Juntas locales, en vista de las circunstancias físicas del menor, previo informe pericial.

Art. 14. Los patronos no podrán imponer á los patrocinados, ni aun bajo el pretexto de mantener el régimen del trabajo dentro de las fincas, el castigo corporal prohibido por el párrafo segundo del art. 21 de la ley de 4 de Julio de 1870. Tendrán, sin embargo, las facultades coercitivas y disciplinarias que determine el reglamento, el cual contendrá á la vez las reglas necesarias para asegurar el trabajo y el ejercicio moderado de aquella facultad. Podrán también los patronos disminuir los estipendios mensuales proporcionalmente á la falta de trabajo del retribuido, según los casos y en la forma que el reglamento fije.

Art. 15. En cada provincia se formará una Junta presidida por el gobernador, y en su defecto por el presidente de la Diputación provincial, el juez de primera instancia, el promotor fiscal, el procurador sindico de la capital y dos contribuyentes, uno de los cuales será patrono. En los Municipios donde convenga, á juicio de los respectivos gobernadores, y previa aprobación del gobernador general, se formarán también Juntas locales, presididas por el alcalde, y compuestas del procurador síndico, uno de los mayores contribuyentes y dos vecinos honrados. Estas Juntas y el Ministerio fiscal vigilarán por el exacto cumplimiento de esta ley y tendrán, además de las atribuciones que la misma determina, las que el reglamento les confiera.

Art. 16. Los patrocinados estarán sometidos a los Tribunales ordinarios por los delitos y faltas de que fueren responsables con arreglo al Código penal, exceptuándose de esta regla los de rebelión, sedición, atentado y desórdenes públicos, respecto á los cuales serán juzgados por la jurisdicción militar. Esto no obstante, los patronos tendrán derecho á que la autoridad gubernativa les preste su auxilio contra los patrocinados que perturben el régimen del trabajo, cuando su acción no fuere suficiente para impedirlo, pudiendo aquélla, á la tercera reclamación justificada, obligar al patrocinado á trabajar en las obras públicas por el periodo que fije el reglamento, según los casos, dentro del tiempo que reste para la extinción del patronato. Si el patrocinado reincidiere después de haber sido

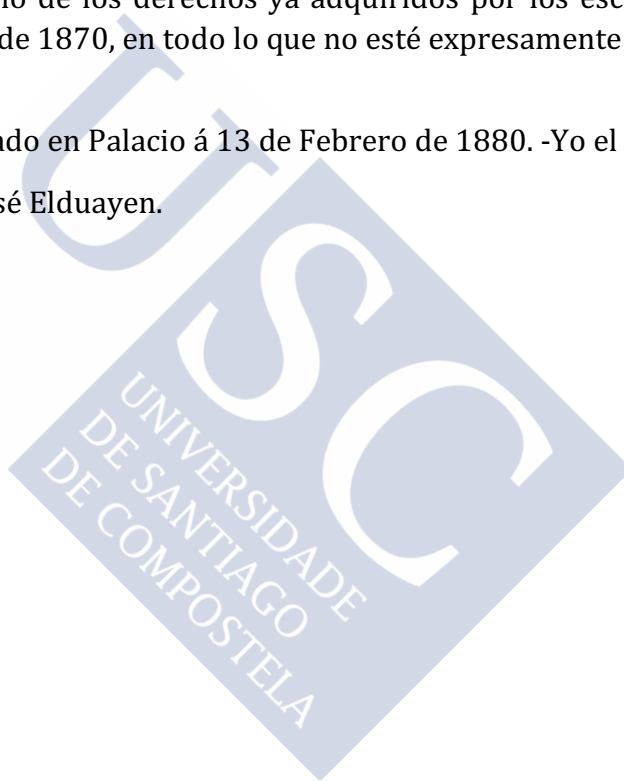
destinado una vez al servicio expresado, lo abandonase ó perturbase gravemente el orden del mismo, podrá el gobernador general, dando cuenta razonada al Gobierno, ordenar que se le traslade á las islas españolas de la costa de África, donde permanecerá sujeto al régimen de vigilancia que fijare el reglamento.

Art. 17. El reglamento á que se refiere esta ley se formará por el gobernador general de la isla, oyendo al arzobispo de Santiago de Cuba y al obispo de la Habana, á la Audiencia de esta última y al Consejo de Administración, dentro de los sesenta días de recibida aquélla, y al cumplirse este plazo improrrogable publicará y planteará simultáneamente dicha autoridad la ley y el reglamento, sin perjuicio de remitirlo por el primer correo á la aprobación del Gobierno, que resolverá definitivamente lo que corresponda en el plazo de un mes, previa audiencia del Consejo de Estado.

Art. 18. Quedan derogadas todas las leyes, reglamentos y disposiciones que se opongan á la presente ley, sin perjuicio de los derechos ya adquiridos por los esclavos y libertos conforme á la de 4 de Julio de 1870, en todo lo que no esté expresamente modificado por los artículos anteriores.

Por tanto: mandamos,..... Dado en Palacio á 13 de Febrero de 1880. -Yo el Rey.-

El Ministro de Ultramar, José Elduayen.



ANEXO II.

Real decreto de 9 de junio de 1878, por el que para su gobierno y administración, se divide en seis provincias civiles la Isla de Cuba, señalando la categoría de las mismas, y dictando otras disposiciones relativas a la división judicial.

Atendiendo a las razones que Me ha expuesto el Ministro de Ultramar, de acuerdo con el Consejo de Ministros,

Vengo a decretar lo siguiente:

Artículo 1º. Para el gobierno y administración de la Isla de Cuba se divide ésta en seis provincias civiles, que tomarán los nombres de sus respectivas capitales y serán las siguientes: Pinar del Río, Habana, Matanzas, Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba.

Artículo 2º. Será de primera clase la provincia de la Habana, de segunda la de Santiago de Cuba y de tercera las de Pinar del Río, Matanzas, Santa Clara y Puerto Príncipe.

Artículo 3º. Los límites divisorios de estas provincias entre sí serán los que se determinan en la descripción detallada de los mismos, aprobada en esta fecha; pero si un pueblo situado a la extremidad de una provincia tuviese una parte de su término dentro de la provincia contigua, el territorio de dicho pueblo pertenecerá por completo a la provincia en que se halle situado el pueblo o el grupo mayor de su caserío, aun cuando la línea divisoria parezca separarlos.

Artículo 4º. El Ministro de Ultramar dictará las órdenes convenientes para que se marquen materialmente en el terreno los expresados límites de las provincias y para que arreglados a esta división se rectifiquen los correspondientes a los términos municipales y se ajusten también a ella los relativos a los diferentes servicios del Estado en los ramos de Hacienda, Gobernación y Fomento.

Artículo 5º. El Gobernador general, oyendo al Presidente de la Audiencia de la Habana, formará y someterá a la aprobación superior el proyecto de división judicial de la Isla de acuerdo con la de provincias que establece este decreto.

Artículo 6º. Por los Ministros de la Guerra y de Marina se adoptarán igualmente las disposiciones conducentes para que los servicios dependientes de ellos se acomoden también a dicha división provincial.

Dado en Palacio, a 9 de junio de 1878.

-Alfonso-

El Ministro de Ultramar, José Elduayen.

ANEXO III**Comunicación de Domingo Dulce al Gobierno escrita a bordo del *Guipúzcoa*.⁴⁴³**

“Excelentísimo Sr.:

La precipitación de mi marcha y el temor de que mis palabras fueran la expresión apasionada del resentimiento ó de la ira, han hecho que deje para más tarde poner en conocimiento de V.E. las causas, el origen y los pormenores de un suceso que, infiriendo un ultraje al gobierno supremo de la nación española, de quien era yo representación legítima, habrá herido de muerte el principio de autoridad en las Antillas, si la mano rigurosa de aquel no la restablece en toda su pureza sin consideración á respetos, no debidos nunca á los que se olvidan, por flaqueza de espíritu ó porque de ese modo van á su mejor provecho, del cumplimiento de sus deberes. –Me refiero, Excmo. Sr., al acto de violencia ejercido contra mí en la noche del 1º y mañana del 2 de este mes.- Yo sé que pude llevar más lejos mi resistencia personal; pero el sacrificio de la vida de un hombre abandonado y solo hubiera sido estéril en aquellas circunstancias. Tuve muy presente la seguridad de nuestro territorio y el buen nombre de la hidalguía española en nuestras posesiones ultramarinas, y no quise dar pretexto ni ocasión á que un crimen más, inútil también para sus mismos perpetradores, viniera á justificar vociferaciones que propalan en el extranjero con fines conocidos los promovedores y agentes de la insurrección de Yara. –Tal consideración, sin embargo, no es un obstáculo ya, porque á la hora en que esta comunicación llega á la manos de V.E. se encontrará al frente de la provincia de Cuba una autoridad legítima; debo, pues, la verdad al gobierno de mi país, y se la diré toda entera con la templanza y la tranquilidad del hombre honrado que descansa y se apoya en el testimonio de su conciencia. –El día 4 de Enero me entregué del mando superior político de la isla de Cuba. Las primeras palabras que dirigí á sus habitantes fueron de concordia, de esperanza y de progreso. El hombre elegido para aquel cargo importante por la revolución de Septiembre, no podía, no debía, no quería hablar otro lenguaje. –La isla de Cuba dejó de ser colonia. –Mi manifiesto de 6 de Enero fue, doloroso es confesarlo, recibido con frialdad por lo que allí se llama el partido peninsular, y no lo acogieron mejor los empleados de la administración pasada y algunos de los que debían su nombramiento á la administración actual. –Acaríanse todavía en aquellas islas las tradiciones del absolutismo, y niégase el mayor número de los españoles residentes en ellas á reconocer las conquistas de la civilización moderna. –La concesión, empero, de derechos políticos refrenó por el momento la impaciencia separatista de los insulares, y no fueron pocos los que guardaron para ocasión más oportuna sus alientos de independencia. –Mis decretos de amnistía y de libertad de imprenta me convencieron de la peligrosa intransigencia de los unos y de la solapada hipocresía de los otros. –Con todo, aquellos dos decretos produjeron el resultado que yo esperaba. –El primero, censurado con acritud por la gente peninsular, disminuyó las filas de la insurrección; el segundo dio salida violenta al sentimiento íntimo de la sociedad cubana, y la prensa del país proclamó más ó menos embozadamente el desmembramiento del territorio y la independencia de las islas. –Los

⁴⁴³ Carta del General Dulce, exgobernador, al Ministro de Ultramar y de la Guerra. A bordo del *Guipúzcoa*, 18-VI-1869. R.A.H., C.C.R., tomo I, fol. 239.

sucesos del teatro Villanueva precipitaron el esclarecimiento de la verdad, siendo el testimonio más elocuente de que la insurrección no contaba con fuerza material dentro de los muros de la Habana, y los que á raíz de aquellos tuvieron lugar en el *Louvre* y terminaron con la destrucción y saqueo de las habitaciones de D. Leonardo Delmonte, dieron á conocer el espíritu y tendencias de una parte de la población, extraviada tal vez, pero desobediente ya á las órdenes de las autoridades, que trataron de impedir tamaño escándalo. –Aquella noche ví con pena y amargura que tenia el deber y la necesidad de combatir dos insurrecciones; una armada en el campo, contra la integridad del territorio, y otra dentro de la ciudad, guarecida en la impunidad de sus fusiles, contra la marcha política del gobierno. –En situación tan difícil, y alarmado justamente por la numerosa emigración de familias acaudaladas, emigración que justificaba la actitud hostil y proceder agresivo de algunos batallones de voluntarios, suspendí los derechos otorgados, enmudeció la imprenta revolucionaria y los consejos de guerra entendieron en las causas de infidencia. Algunos promovedores promovedores y sostenedores de la insurrección fijaron su residencia en Nueva York y en Nassau, pero otros fueron encerrados en el Morro y la Cabaña. –Este sistema de represión no satisfizo al partido peninsular; según él, era incompleto. –Era necesario hacer más hondo y más ancho el abismo que separaba á hombres de una misma raza; era preciso el restablecimiento en las Antillas de ese rigor brutal que derrama sangre sin conocimiento y sin aprobación de los tribunales de justicia. –Ni la amenaza, ni la maledicencia, ni la calumnia repetidas ó formuladas por quienes deberían tener tanto interés como yo en la conservación del orden público y del respeto á la autoridad, lograron de mí que interviniera en los procesos judiciales. –Impasible atravesé ese período de agitación continua y de difamación constante. –Con aprobación del Gobierno dispuse la traslación de 250 presos políticos á Fernando Póo, y esta medida, que, por las tristes circunstancias que la acompañaron, debió ser en aquellos días prenda de reconciliación y motivo de confianza, no fué bastante á tranquilizar los ánimos. Suposiciones gratuitas circularon de boca en boca, y la creencia general era de que los presos, por haberlo yo dispuesto así, no llegarían a término de su viaje. La insurrección, entre tanto, vencida en el terreno de las armas, desaparecía á la desbandada del departamento Oriental, agrupando todas sus fuerzas en el departamento del Centro. –Allí la desbarataron las tropas acaudilladas por el entónces brigadier Lesca, y dividida en grupos más ó menos numerosos, buscó su salvación en las rudas asperezas de sus maniguas. –Era urgente además privarla de recursos que la mantuvieran y vigorizáran, y un decreto de embargo de bienes fué remedio á tan perentoria necesidad. –El partido peninsular gritaba por entónces: “Confiscación y repartimiento”. –Así las cosas, dominada la rebelión y restablecida en algo la confianza pública, un acto de clemencia del gobierno, la variación de punto de residencia para los presos que salieron con destino á Fernando Póo y la inexplicable y misteriosa conducta del comandante *Francisco de Borja*, vinieron á convertir en justas suposiciones las calumnias anteriores. –El gobierno conoce la sinceridad de mi conducta en el asunto, y eso me basta. –V.E. comprenderá, sin embargo, las dificultades de esta situación, que yo había creado y cuya responsabilidad pesaba sobre mí. –La venganza y la codicia, la ambición y el miedo, la explotación; cundió la agitación, cobraron vida de nuevo antiguos resentimientos y añejas desconfianzas; se habló de dádivas recibidas á trueque de mercedes otorgadas, y hasta se dijo por alguien, con el asentimiento de funcionarios públicos que lo oyeron, que los hombres de la revolución de Septiembre habían comprado la expatriación de la exreina y la libertad de

la pátria con el oro de los cubanos en cambio de la independencia de aquellas islas. –De ahí los anuncios de próximos trastornos que alarmaron á la población; el sordo y oscuro rumor que precede siempre a las graves catástrofes de los gobiernos llegó á mis oídos, y resuelto a no transigir con instrumentos de la reacción, ni con mercaderes defraudadores de la Hacienda, ni con ambiciosos vergonzantes, me propuse llevar la resistencia á los últimos límites de la dignidad del poder. –Doscientos guardias civiles y ochenta caballos componían la fuerza de que me era dado disponer. –En mi natural deseo de restablecer la paz en aquellos que fueron y serán dominios españoles, me quedé sin un soldado, confiando la guardia de los castillos y de mi persona á los batallones de voluntarios. – ¡Imprudencia feliz que servirá para lo futuro de advertencia saludable y de provechosa lección...! –El día 25 de Mayo... tiembla avergonzada mi mano, Ecmo. Sr., al escribir esta fecha en el papel. –La página de ese día es la página de hipocresía ó de insensatez, de miedo ó deslealtad. –El día 25 de Mayo por la mañana se me presentaron dos de los primeros funcionarios de la ciudad. –Nuestra conversación giró sobre la excitación de los ánimos y la intranquilidad de la población. –Por indicación suya y reconocimiento mia, se reunieron en la casa de gobierno, aunque no en son de junta ni de consenso, lo generales Espinar, Venene y Clavijo; el brigadier Malcampo, comandante general del apostadero; el intendente de Hacienda pública, el gobernador de la Habana, el Regente de la Audiencia y el Director de la Administración. –A las dos ó las tres nos separamos, y aquella misma tarde pedí á V.E. mi relevo. –De esta resolución mia con nadie hice misterio, sin embargo, se divulgó por la ciudad aquella noche en los términos siguientes: Las autoridades han obligado al capitán general á que pida su relevo. –El día 26 supe lo que V.E. va á oír, con escándalo y asombro. –Noches anteriores, tres o cuatro de los arriba mencionados, y en la mañana del 25 todos ellos, primeros funcionarios, unos del orden administrativo y judicial y los restantes autoridades militares y civiles, se habían reunido en conciliábulo secreto y acordado en él se me obligara á resignar el gobierno militar y político de la isla en cualquiera de los generales allí presentes. –¿Cómo, no á saber, á sospechar siquiera en la mañana del 25 que era yo maniquí ó juguete de un consejo insidioso, se hubiera caído de mis manos la autoridad sin hacerles sentir ántes el peso de la grave responsabilidad en que habían incurrido? –¿Qué calificación merece semejante conducta? –V.E. lo dirá. –Yo no encontraba en ninguno de mis actos el más leve motivo en que pudiera escudarse tan desusado proceder. –Hay dos hechos, sin embargo, que por afectar a intereses particulares, que entran por mucho en tiempos de revueltas, es preciso consignar. –Días ántes se me había presentado una persona en representación de algunos comerciantes de la Habana, en solicitud de que se rebajara un 25 por 100 de adeudo á los efectos de que estaban llenos los almacenes de la Aduana, suponiendo que la situación de la plaza no les permitía sacarlos. –A esta petición, que no era nueva, *por contar con un precedente favorable*, en daño de los intereses públicos y de la necesidad administrativa, hube de contestar que la gestión de la Hacienda correspondía al intendente y que á él podía dirigirse; pero que tuviera entendido que, al remitir al gobierno superior la petición, mi informe sería desfavorable. –El otro hecho se relaciona con la cuestión de embargos, cuya tendencia, provechosa al interés comun, se trataba dirigir del lado del interés particular. –Firme en mi propósito de no negar á mis subordinados los medios que me pidieran para el mejor servicio del país, nombré teniente gobernador de Cienfuegos, á propuesta del general Pelaez, á un Sr. González Estéfani, coronel de milicias disciplinadas que era de la Habana, quien apenas tomó posesión de su cargo, logró captare las simpatías de los

voluntarios de aquella jurisdicción. Durante el corto período de su mando, ni se recibía á los insurrectos que se presentaban, ni se dejaba vivir tranquilo dentro de la población á ninguno de aquellos á quienes la opinión pública, con razón ó sin ella, designaba como partidarios de la rebelión. –Es de advertir, Excmo. Sr., que, según telegrama que recibí del mismo Sr. Estéfani, se hallaban dispuestos á presentarse todos los insurrectos de aquella jurisdicción, oferta que acepté, garantizándoles la seguridad personal, siempre que lo hicieran sin condiciones. –Así se explica el fenómeno singular de que la insurrección, terminada de hecho, apareciera con vida, porque esto daba ocasión á que los embargos se multiplicaran de una manera violenta, caprichosa y absoluta, bastardeando el espíritu que dictó aquella medida. –Semejante conducta, ocasionada á injusticias, fraudes y defraudaciones, no pudo ménos de llamar mi atención, y tan luego como de ella tuve conocimiento, dispuse la separación de este funcionario. –En el acto de recibir la orden, los voluntarios de Cienfuegos me enviaron un telegrama pidiéndome la reposición del Sr. Estéfani. Mi negativa fué la voz de alarma para aquellos voluntarios. –Después he sabido que de allí salieron comisionados por Santillana, Sagua, Alamos y la Habana con el propósito y fin de que se me destituyera y sujetase á un juicio de resistencia. –Algunos hubo que, espantados de tamaña osadía, preguntaron los motivos para tan grave resolución; á todos se les contestó en la fórmula de que “*era conveniente*”. –El día 30 de Mayo por la noche llegó á la Habana el general Pelaes, y en la del 31 las turbas quisieron invadir sus habitaciones pidiendo su cabeza. –El coronel Estéfani, tan considerado por el general Pelaes, se encontraba ya en esta misma ciudad. –El general Espinar y el gobernador Lopez Roberts lograron aplacar el tumulto. –El día 1º de Junio se repitió igual escándalo respecto del coronel Modet, y ya esa noche fueron inútiles las amonestaciones del general segundo cabo y las turbas se trasladaron á la plaza de Armas. –Inmediatamente dispuse la concentración de la Guardia civil y del escuadrón de la Reina alrededor de la casa de gobierno, serían las diez de la noche. –No pude, sin embargo, lograr la reunión de esas fuerzas en aquel punto hasta altas horas de la noche. –Por qué? –No lo sé; no se sabrá probablemente nunca. –La Guardia civil estaba al mando del coronel Bayle, y el escuadrón de la Reina á las órdenes del coronel Frank, los dos me habían respondido aquel mismo día de su decisión de lealtad. –Durante ese tiempo las turbas habían crecido y los gritos de *¡muera los traidores!* Arreciado. Agotada al fin mi paciencia, mandé que el escuadrón de la Reina ocupase la plaza. –No se me obedeció. –El grito entonces de *muera los traidores*, se convirtió en el de *muera el general Dulce*. –Al oírlo me presenté solo en el balcón, y desde allí increpé al jefe que mandaba el escuadrón y le amenacé con fusilarle al día siguiente si no cargaba á los revoltosos. –Vuelto al salón, me hallé con que se paseaban en él tranquilos y de paisano el general Clavijo, inspector de voluntarios, y el general Venene, de artillería, á quienes tuve que recordar la necesidad y la obligación de que se vistieran el uniforme. –El general Espinar, en tanto, bajo los arcos de la casa de gobierno, escuchaba reposado y tranquilo los gritos de *muera el capitán general* con que las turbas interrumpieron el silencio que reinaba en el resto de la población. –Un amago de carga fué suficiente para que los grupos abandonasen la plaza; pero volvieron á poco rato, y más nutridos de gente y completamente armados, pusieron cerco al palacio y procuraron hacer saltar las cerraduras de las puertas. –Los generales Espinar, Venene y Clavijo, ya de uniforme, conferenciaron dos veces con los revoltosos, y otras tantas no quise acceder á lo que me pidieron; á que resignase el mando en el general Espinar. Los mismo generales, siempre infatigables en su tarea de mediadores entre la autoridad y los amotinados, me

presentaron una comisión de éstos, á la que dí por única respuesta que se iba á romper el fuego. Llamé al coronel jefe de la Guardia Civil y... V.E. adivinará lo que yo no quiero escribir. –Solo, sin más apoyo que la fuerza moral que me prestaba la bandera española, que aquella turba procaz pisoteaba y escarnecía; resuelto á dar á mi patria la pobre ofrenda de mi vida ántes que manchar el prestigio de la autoridad tratando con aquellas gentes, dispuse entonces que á la madrugada se formasen todos los batallones de voluntarios con sus jefes naturales á la cabeza. Así se hizo; los batallones nombraron las comisiones, compuestas de jefes y oficiales, y se presentaron en la casa de gobierno. – Acompañado yo allí de mis ayudantes, en presencia del general segundo cabo y de los inspectores de voluntarios y de artillería, hice comparecer y recibí á la comisión. –Como era natural, pregunté si alguno de aquellos señores estaba encargado de llevar la palabra, y, parado un rato sin que ninguno me contestara, hube de decirles: “Anoche se ha dado en esta plaza de Armas un espectáculo tan bochornoso como repugnante. Una turba de descamisados, ébrios, instrumento probable de toda mala causa y de seguro de la insurrección, ha prorumpido en *mueras*, no ya al general Dulce, que importa poco mi persona, sino al capitán general, representante del gobierno supremo de la nación española, de quien soy única y legítima representación aquí; y como no creo que esa turba pueda ser eco de los batallones de voluntarios, he dispuesto que vengan Vds. á mi presencia y me digan y expongan cuanto se les ocurra con franqueza y libertad”. – Pronunciadas estas palabras, salió una vez de entre los comisionados diciendo: “*Que mi mando no era conveniente á la isla*”. –“¿Y por qué?” le repliqué. –Entonces un oficial, que después supe llamarse Olózaga, concretando la cuestión, manifestó “que las operaciones del general Pelaez no habían sido acertadas; que dicho general había dado salvo-conductos á muchos insurrectos; que el coronel Modet tenía grandes simpatías entre los hijos del país, habiendo procurado en sus operaciones favorecer la insurrección; *que los voluntarios querían una política más franca, y que al efecto exigían de mí que resignase el mando en el general segundo cabo, Sr. Espinar*”. –No faltó, sin embargo, alguno, el teniente de artillería Sr. Felps, que protestara contra semejante exigencia, diciendo: “Que su compañía no trataba de imponerse á la autoridad superior, la cual, por un acto de patriotismo, podía resignar si lo estimaba oportuno”; ni quien de pronto exclamara, como el segundo jefe del referido batallón, “que la mayoría quería resignarse en el acto”. –Hubo también un desconocido, al parecer voluntario de Cienfuegos, que trataba de imponerse á los demás, impaciente porque cuanto ántes tuviera efecto mi arbitraria destitución. –Yo, con más calma en aquellos instantes para mí supremos y de inmensa responsabilidad para todos, después de hacerme cargo de causas tan livianas, que ni siquiera nombre merecen de pretextos, porque todos los salvo-conductos dados por el general Pelaez no pasaron de diez y recayeron en personas de reconocida pobreza, y todo lo que hizo el coronel Modet fué habilitar una parte del ferro-carril para conducir víveres y efectos en wagones blindados, no pude menos de increpar á los comisionados, diciéndoles: “Que su exigencia era un proceder indigno del carácter español, que se aprovechaban de las armas que les había dado la pátria para sostener la autoridad, volviéndolas contra la misma y valiéndose de verla desarmada; que les había entregado las llaves de las fortalezas y de la ciudad, y hasta la guardia de mi persona; y que cuando me encontraba solo, sin fuerza y sin el apoyo de un soldado, porque todos estaban en los campos de batalla, se atrevían á mí, consagrando la insurrección con tamaña iniquidad. –Sí, exclamé; este acontecimiento es más grave que la insurrección de Yara, más criminal. –Y puesto que á ello se me obliga por

la fuerza de los voluntarios, única que existe en esta ciudad para sostener mis disposiciones, resignaré el mando en el segundo cabo”. – Yo creía que este general hubiera tenido presentes los antecedentes que marca la ordenanza para estos casos, y se hubiese negado á recibir el mando que le entregaba la insurrección armada; pero viendo que después de un gran momento de silencio, y á pesar de las miradas que le dirigía, el general segundo cabo continuaba guardándole profundo, añadí: “Resignaré el mando muy en breve”. –Al general Espinar dirigí después un oficio que, fiado á mi memoria, me atrevo á reproducir aquí: –“Habiéndoseme exigido por una comisión de jefes y oficiales de los batallones de voluntarios, en representación de los mismos, que resigne el mando en V.E., puede V.E. encargarse del gobierno superior político de la isla. –Dios, etc.” –Tres días después emprendí mi viaje a España; en estos tres días vino a visitarme lo más escogido de todas las clases de la sociedad de la Habana, protesta silenciosa y pacífica, pero elocuente, de la civilización y el buen sentido contra el crimen pretoriano de los que aspiran á ser en aquella provincia señores de horca y cuchillo. El día 5 de Junio, á las dos de la tarde, salí de palacio. Un gran número de personas ocupaba la plaza de Armas; á pie atravesé la distancia que media entre la casa de gobierno y el embarcadero, y durante ese tiempo no recibí sino muestras de estimación y respeto. –De esta fiel relación de lo ocurrido durante los primeros meses y en los últimos días de mi administración en aquella isla, se desprenden graves indicaciones, cuyo exámen dejo á la sabiduría del gobierno. –El extravío moral de aquellos habitantes, la insignificación de las transacciones mercantiles, las nuevas ambiciones que nacen siempre al calor de las contiendas civiles, la codicia que crece con la angustia y las necesidades urgentes de la administración, la inmoralidad y la licencia, resultado práctico en todos tiempos del desórden interior; el afán de figurar en las altas regiones de la política y otras causas que considero ocioso enumerar, forman y constituyen hoy el fondo de una situación gravísima, cuyas consecuencias serán funestas en el porvenir para la provincia de Cuba”.

ANEXO IV

Ley de Asociaciones 30 de junio de 1887

1. El derecho de asociación que reconoce el artículo 13 de la Constitución podrá ejercitarse libremente conforme a lo que se preceptúa en esta Ley. En su consecuencia, quedan sometidas a las disposiciones de la misma las asociaciones para fines religiosos, políticos, científicos, artísticos, benéficos y de recreo, o cualesquiera otros lícitos, que no tengan por único y exclusivo objeto el lucro o la ganancia. Se regulan también por esta Ley los gremios, las sociedades de socorros mutuos, de previsión de patrono y las cooperativas de producción, de crédito o de consumo.

2. Se exceptúan de las disposiciones de la presente Ley:

1.º Las asociaciones de la religión católica autorizada en España por el Concordato. Las demás asociaciones religiosas se registrarán por esta Ley, aunque debiendo acomodarse en sus actos las no católicas a los límites señalados por el artículo 11 de la Constitución del Estado.

2.º La sociedad que no siendo de las enumeradas en el artículo 1.º se propongan un objeto meramente civil o comercial, en cuyo caso se registrarán por las disposiciones del derecho civil y del mercantil, respectivamente.

3.º Los institutos o corporaciones que existan o funcionen en virtud de leyes especiales.

3. Sin perjuicio de lo que el Código penal disponga relativamente a los delitos que se cometan con ocasión del ejercicio del derecho de asociación o por la falta de cumplimiento de los requisitos establecidos por la presente para que las asociaciones se constituyan o modifiquen, el Gobernador de la provincia impedirá que funcionen y que celebren reuniones los asociados poniendo los hechos en conocimiento del Juzgado de Instrucción correspondiente dentro de las veinticuatro horas siguientes a su acuerdo.

4. Los fundadores o iniciadores de una asociación, ocho días por lo menos antes de constituirla, presentarán al Gobernador de la provincia en que haya de tener aquélla su domicilio, dos ejemplares firmados por los mismos de los Estatutos, Reglamentos, contratos o acuerdos por los cuales haya de regirse, expresando claramente en ellos la denominación y objeto de la asociación, su domicilio, la forma de su administración o gobierno, los recursos con que cuente o con los que se proponga atender a sus gastos y la aplicación que haya de darse a los fondos o haberes sociales, caso de disolución.

Las formalidades prevenidas en el párrafo anterior se exigirán igualmente y deberán llenarse ante el Gobernador de la provincia en que se constituya la sucursal, establecimiento o dependencia de una asociación ya formada.

Del mismo modo estarán obligados los fundadores, directores, presidentes o representantes de asociaciones ya constituidas y de sucursales o dependencias de la misma a presentar al Gobernador de la provincia respectiva dos ejemplares firmados de los acuerdos que introduzcan alguna modificación en los contratos, estatutos o reglamentos sociales.

En el acto mismo de la presentación se devolverá a los interesados uno de los ejemplares con la firma del Gobernador y sello del Gobierno de la provincia, anotando en él la fecha en que aquélla tenga lugar.

También estarán obligados los directores, presidentes o representantes de cualquier asociación a dar cuenta dentro del plazo de ocho días de los cambios de domicilio que la asociación verifique.

En el caso de negarse la admisión de los documentos a registro, los interesados podrán levantar acta notarial de la negativa con inserción de los documentos, la cual acta surtirá los efectos de la presentación y admisión de los mismos.

5. Transcurrido el plazo de ocho días que señala el párrafo 1.º del artículo anterior, la asociación podrá constituirse o modificarse con arreglo a los estatutos, contratos, reglamentos o acuerdos presentados, salvo lo que se dispone en el artículo siguiente.

Del acta de constitución o de modificación deberá entregarse copia autorizada al Gobernador o Gobernadores respectivos dentro de los cinco días siguientes a la fecha en que se verifique.

6. Si los documentos presentados no reúnen las condiciones exigidas en el artículo 4.º el Gobernador los devolverá a los interesados en el plazo de ocho días, con expresión de la falta de que adolezca, no pudiendo, por consiguiente, constituirse la asociación mientras la falta no se subsane.

Cuando de los documentos presentados en cumplimiento del mismo artículo 4.º aparezca que la asociación debe reputarse ilícita con arreglo a las prescripciones del Código Penal, el Gobernador remitirá inmediatamente copia certificada de aquellos documentos al Tribunal o Juzgado de instrucción competente, dando conocimiento de ello, dentro del plazo de ocho días que fija el párrafo anterior, a las personas que los hubiesen presentado, o a los directores, presidentes o representantes de la asociación, si ésta estuviese ya constituida.

Podrá la asociación constituirse o reanudar sus funciones, sí dentro de los veinte días siguientes a la notificación del acuerdo a que se refiere el párrafo anterior no se confirma por la autoridad judicial la suspensión gubernativa.

7. En cada Gobierno de provincia se llevará un registro especial, en el cual se tomará razón de las asociaciones que tengan domicilio o establecimiento en su territorio, a medida que se presenten las actas de constitución. Se considerarán parte integrante del registro todos los documentos cuya presentación exige esta Ley.

8. La existencia legal de las asociaciones se acreditará con certificados expedidos con relación al registro, los cuales no podrán negarse a los Directores, Presidentes o representantes de la asociación.

Ninguna asociación podrá adoptar una denominación idéntica a la de otra ya registrada en la provincia, o tan parecida que ambas puedan fácilmente confundirse, aplicando el Gobernador en este caso lo dispuesto en el párrafo 1.º del artículo 6.º

9. Los fundadores, directores, presidentes o representantes de cualquier asociación darán conocimiento por escrito al Gobernador civil en las capitales de provincia, y a la autoridad local en las demás poblaciones, del lugar en que la asociación haya de celebrar sus sesiones o reuniones generales ordinarias, veinticuatro horas antes de la celebración de la primera.

Las reuniones generales que celebren o promuevan las asociaciones quedarán sujetas a lo establecido en la Ley de reuniones públicas cuando se verifiquen fuera del local de la asociación, o en otros días que los designados en los estatutos o acuerdos comunicados a la autoridad, o cuando se refieran a asuntos extraños a los fines de aquéllas, o permitan la asistencia de personas que no pertenezcan a la misma.

10. Toda asociación llevará y exhibirá a la autoridad cuando ésta lo exija registro de los nombres, apellidos, profesión y domicilios de todos los asociados, con expresión de los individuos que ejerzan en ella cargo de administración, gobierno o representación. Del nombramiento o elección de éstos deberá darse conocimiento por escrito al Gobernador de la provincia, dentro de los cinco días siguientes al día en que tenga lugar.

También llevará uno o varios libros de contabilidad, en los cuales, bajo la responsabilidad de los que ejerzan cargos de administración, figurarán todos los ingresos y gastos de la asociación, expresando inequívocamente la procedencia de aquéllos y la inversión de éstos. Anualmente remitirá un balance general al registro de la provincia. La falta de cumplimiento de lo prevenido en este artículo lo castigará el Gobernador de la provincia con multa de 50 a 150 pesetas a cada uno de los directores o socios que ejerzan en la asociación algún cargo de gobierno, sin perjuicio de la responsabilidad civil o criminal que fueren procedentes.

11. Las asociaciones que recauden o distribuyan fondos con destino al socorro o auxilio de los asociados, o a fines de beneficencia, instrucción u otros análogos, formalizarán semestralmente las cuentas de sus ingresos y gastos, poniéndolas de manifiesto a sus socios y entregando un ejemplar de ellas en el Gobierno de la provincia, dentro de los cinco días siguientes a su formalización. La inobservancia de este artículo se castigará por los medios expresados en el anterior.

12. La autoridad gubernativa podrá penetrar en cualquier momento en el domicilio de una asociación y en el lugar en que celebre sus reuniones y mandará suspender en el acto toda sesión o reunión en que se cometa o acuerde cometer algunos de los delitos definidos en el Código penal.

El Gobernador de la provincia podrá también acordar, especificando con toda claridad los fundamentos en que se apoya, la suspensión de las funciones de cualquier asociación

cuando de su acuerdo o de los actos de sus individuos como socios resulten méritos bastantes para estimar que deban reputarse ilícitos o que se han cometido delitos que deban motivar su disolución.

En todo caso, la autoridad gubernativa, dentro de las veinticuatro horas siguientes a su acuerdo, pondrá en conocimiento del Juzgado de instrucción correspondiente, con remisión de antecedentes, los hechos que hayan motivado la suspensión de la asociación o de sus sesiones, y los nombres de los asociados o concurrentes que aparezcan responsables de ellos.

La suspensión gubernativa de una asociación quedará sin efecto si antes de los veinte días siguientes al acuerdo fuese confirmada por la autoridad judicial, en virtud de lo prevenido en el artículo 14.

13. Los términos que señala esta Ley para que la autoridad gubernativa ponga en conocimiento de la judicial los acuerdos que adopte respecto de las asociaciones se entenderán ampliados con arreglo a la de Enjuiciamiento criminal, un día por cada 20 kilómetros de distancia cuando la asociación no tenga su domicilio en la capital o del tribunal competente para instruir las diligencias a que díeren lugar los hechos que motiven el acuerdo.

14. La autoridad judicial podrá decretar la suspensión de las funciones de cualquier asociación, desde el instante en que dicte auto de procesamiento por delito que dé lugar a que se acuerde la disolución en la sentencia.

15. La autoridad judicial será la única competente para decretar la disolución de las asociaciones constituidas con arreglo a esta Ley. Deberá acordarla en las sentencias en que declare ilícita una asociación conforme a las disposiciones del Código penal y en las que dicte sobre delitos cometidos en cumplimiento de los acuerdos de la misma.

Podrá también decretarla en las sentencias que dicte contra los asociados por delitos cometidos con los medios que la asociación les proporcione, teniendo en cuenta en cada caso la naturaleza y circunstancias del delito, la índole de los medios empleados y la intervención que la asociación haya tenido en el empleo de dichos medios y en los hechos ejecutados.

16. Decretada por sentencia firme la disolución de una asociación, no podrá constituirse otra con la misma denominación ni con igual objeto, si éste hubiere sido declarado ilícito. Si no lo hubiere sido y se constituyera otra asociación con igual denominación u objeto no podrán formar parte de ella los individuos a quienes se hubiese impuesto pena en dicha sentencia. La suspensión producirá el efecto de impedir que se constituya otra asociación con la misma denominación u objeto de que formen parte individuos de la asociación suspensa, e incapacitará a los asociados de ésta para reunirse en el local de sus sesiones, o en otro que adoptaren para ello, durante el tiempo que la suspensión deba subsistir.

17. De las sentencias o providencias en que se acuerde la disolución o suspensión de las funciones de una asociación, o en que ésta se deje sin efecto, dará la autoridad judicial conocimiento al Gobernador de la provincia en el término del segundo día.

18. Las asociaciones quedan sujetas, en cuanto a la adquisición, posesión y disposición de sus bienes para el caso de disolución, a lo que dispongan las leyes civiles respecto a la propiedad colectiva.

19. Quedan derogadas todas las disposiciones anteriores en cuanto se opongan a la presente Ley.

Artículo adicional. Las asociaciones existentes quedan sometidas a las disposiciones de esta Ley y deberán cumplir lo dispuesto en el artículo 4.º, si ya no lo hubieren hecho anteriormente, dentro de los cuarenta días siguientes a su publicación en la "Gaceta" de Madrid, siendo aplicable, si no lo verifican dentro de este plazo, lo prevenido en el artículo 3º.



ANEXO V

Real Orden, fecha Madrid 2 de mayo de 1831 indicando las preparaciones que deben tomarse para evitar accidentes con motivo de atentados que preparan por correo los elementos anarquistas.

El excelentísimo Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia ha comunicado al Consejo, por medio del Excmo. Sr. Decano de él, con fecha 22 de Abril último la Real Orden siguiente:

Excmo. Sr.: El Superintendente General Interino de la Policía me dice en oficio de 2 de este mes lo que sigue: Excmo. Sr. El Subdelegado principal de Policía de Granada en 6 del corriente me dice lo que sigue: Enterado de lo que V.S. se sirvió manifestarme con fecha de 24 de marzo último, transcribiéndome el parte reservado que elevó a V.S. en 18 del mismo el Subdelegado Principal de Policía en Jerez sobre lo que ocurrió con el pliego recibido en la mañana del 16 entre la correspondencia del correo de Cádiz, debo manifestar que ahora han acorado los anarquistas dirigir dichos pliegos con menos volumen y más disimulados, introduciendo ó mezclando con la pólvora fulminante porción de arsénico, con el objeto de conseguir al mismo tiempo el envenenamiento de la persona que lo abra, no valiéndose de los alambres, ni demás materiales que por precisión tenían que hacer los expresados pliegos de algún volumen; y solamente dentro de la oblea o lacre se pone un circuito de cristal molido algo grueso, y en el centro la pólvora con el arsénico, y al tiempo de abrirse luciendo el cristal uno con otro se causa un sacudimiento eléctrico, y con el la inflamación de la pólvora y los estragos que son consiguientes; los que pueden evitarse fácilmente mojando antes las cartas o pliegos, o cortándolos con una tijera muy fina sin tocar en la oblea. Y habiendo dado cuenta á S.M. del preinserto oficio se ha servido mandar que lo comunique a V.E., como lo ejecuto, a fin que disponga circular su contenido á las Autoridades dependientes de esa Presidencia, y de que con su noticia puedan estas tomar las precauciones oportunas a evitar los funestos accidentes y resultados que la refinada perversidad de los revolucionarios se propone en el uso de tan infernal composición ó artificio, para vengarse alevosamente de su rabia y desesperación de las personas que por su adhesión a los legítimos derechos del Trono y acreditado celo por el mejor servicio público, consideran como un grande obstáculo para el logro de sus abominables planes y designios. De Real Orden lo comunico a V.E. para su inteligencia y cumplimiento.

Publicada la precedente Real Orden en el Consejo de su acuerdo la traslado a V.E. para su noticia, precaución y Gobierno.

Dios Guarde a V.E. muchos años. Madrid 2 de Mayo de 1831.

Mateo Agüero.

2 de Mayo de 1831.

Consejo de Indias. Recibida en 30 de julio de 1831.

ANEXO VI

Real orden, fecha Palacio 7 febrero 1824. Manda que no se permita la entrada en la Isla a los revolucionarios fugados de la Península.

[Carta 1]

Palacio 7 de Febrero de 1824. G. y J.

Reservada: Manda que no se permita la entrada en la Isla a los Revolucionarios fugados de la Península.

Recibida en 17 de Abril.

Excmo. Sr.: Con fecha de 31 de Enero último me dice el Sr. Secretario del Despacho de estado lo que sigue:

“Excmo. Sr.: En consecuencia de lo que de Real Orden participo a V. E. en otro oficio sobre el reconocimiento de la autoridad del Rey N.S. en la Isla de Cuba, se ha servido S.M. resolver se expidan las órdenes oportunas a todas las autoridades a quienes corresponda para que con el mayor cuidado y por todos los medios que estén en sus facultades, eviten que los revolucionarios fugados de la Península se trasladen a aquella importante posesión a turbar la tranquilidad, mandándose que no les permitan la entrada por ningún pretexto, a las autoridades de la Isla”.

Y lo traslado a V.E. de Real Orden para su más puntual y exacto cumplimiento dándome aviso de cualquiera novedad que ocurriese. Dios guarde a V.E. muchos años. Palacio 7 de Febrero de 1824.

Franco Tadeo de Calomarde

Sr Gobernador y Capitán de la Isla de Cuba.

[Carta 2]

25 de Abril de 1824

Circular a los Gobernadores y Generales Gobernadores

Reservada.

En el real Orden de 7 de Febrero último me dice el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia lo que sigue:

“Excmo. Sr.: Con fecha 31 de Enero último ocurriese lo que transcribo a V.E. su más puntual cumplimiento en el distrito de su más puntual cumplimiento en el distrito de su mando.

[Carta 3]

Excmo. Sr.:

Con fecha 1 de Enero último me dice el Sr. Secretario de Estado lo que sigue:

“Excmo. Sr.: En consecuencia de lo que de Real Orden participo a V.E. en otro oficio sobre el reconocimiento de la autoridad del Rey N.S. en la Isla de Cuba, se ha servido S.M. resolver se expidan órdenes oportunas a todas las autoridades a quienes corresponda para que con el mayor cuidado y por todos los medios que estén en sus facultades eviten que los revolucionarios fugados de la Península se trasladen a aquella importante posesión a turbar la tranquilidad, mandáronse que no les permitan la entrada por ningún pretexto, a las autoridades de la Isla”

Y lo traslado a V.E. de Real Orden para su más puntual y exacto cumplimiento, dándome aviso de cualquiera novedad que ocurriese. Dios guarde a V.E. muchos años. Palacio 7 de Febrero de 1824.

Francisco Tadeo de Calomarde

Sr. Gobernador y Capitán General de la Isla de Cuba.

“Revolucionarios. Manda que no se permita la entrada a los revolucionarios pagados de la Península”. Fondo Asuntos Políticos-Año 1824. Legajo 27, Nº de orden 14.

ANEXO VII

Comunicación dirigida al Capitán General de Cuba, fecha Matanzas y julio de 1824, sobre haberse recibido lo dispuesto acusa vigilancia de los puestos y costas de la Isla a fin de evitar la introducción de emisarios, agentes de revoluciones, sus adeptos o personas sospechosas, etc.

Excmo. Sr.:

Me he enterado del oficio de V.E. de 30 del pasado relativo a las R. Ordenes de 7 y 14 de Febrero último en que S.M. se dignó a mandar se vigile escrupulosamente en todos los puertos y costas de esta Isla para que por motivo ni pretexto alguno salten en tierra pasajeros que no traigan pasaporte Real evitando así la introducción de emisarios, agentes de revolución, sus adeptos o personas sospechosas con lo demás que expresa el mismo oficio y participo a V.E. manifestándole que desde luego dé las convenientes órdenes para que con el mayor cuidado se lleve a efecto lo dispuesto por S.M.

Dios guarde a V.E. muchos años. Matanzas y Julio de 1824

Excmo. Sr.

Emilio Ayllon

Excmo. Sr. Capitán General de esta Isla.

ANEXO VIII

Real Decreto del 10 de noviembre de 1810 por el cual quedan abolidos los actuales Juzgados de Imprentas y la censura de las obras políticas precedentes á su impresión.

(Publicado en la Gazeta de la Regencia de España e Indias núm. 95 de 15 de noviembre de 1810)

CORTES

D. FERNANDO VII por la gracia de Dios, rey de España y de las Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia, autorizado interinamente, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: que en las Cortes generales y extraordinarias, congregadas en la real Isla de León, se resolvió y decretó lo siguiente:

“Atendiendo las Cortes generales y extraordinarias á que la facultad individual de los ciudadanos de publicar sus pensamientos e ideas políticas, es no solo un freno de la arbitrariedad de los que gobiernan, sino también un medio de ilustrar á la nación en general, y el único camino para llevar al conocimiento de la verdadera opinión pública, han venido en decretar lo siguiente.

ART. I. Todos los cuerpos y personas particulares, de qualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión ó aprobación alguna, anteriores á la publicación, baxo el presente decreto. –II. Por tanto quedan abolidos todos los actuales juzgados de imprentas y la censura de las obras políticas precedentes á su impresión. –III. Los autores é impresores serán responsables respectivamente del abuso de esta libertad. –IV. Los libelos infamatorios, los escritos calumniosos, los subversivos de las leyes fundamentales de la monarquía, los licenciosos y contrarios á la decencia pública y buenas costumbres serán castigados con la pena de la ley, y las que aquí se señalarán. –V. Los jueces y tribunales respectivos entenderán en la averiguación, calificación y castigo de los delitos que se cometan por el abuso de la libertad de la imprenta, arreglándose á lo dispuesto por las leyes en este reglamento. –VI. Todos los escritos sobre materias de religión quedan sujetos á la previa censura de los ordinarios eclesiásticos, según lo establecido en el Concilio de Trento. –VII. Los autores, baxo cuyo nombre quedan comprehendidos el editor ó el que haya facilitado el manuscrito original, no estarán obligados á poner sus nombres en los escritos que publiquen, aunque no por eso dexan de quedar sujetos á la misma responsabilidad. Por tanto deberá constar al impresor quien sea el autor ó editor de la obra, pues de lo contrario sufrirá la pena que se impondría al autor ó editor si fuesen conocidos. –VIII. Los impresores están obligados á poner sus nombres y apellidos, y el lugar y año de la impresión en todo impreso, qualquiera que sea su volumen; teniendo entendido que la falsedad en alguno de estos requisitos se castigará como la omisión absoluta de ellos. –IX. Los autores ó editores que abusando de la libertad de la imprenta contravinieren á lo dispuesto, no solo sufrirán la pena señalada por las leyes según la gravedad del delito, sino que este y el castigo que se les imponga, se publicarán con sus nombres en la gazeta del gobierno. –X. Los impresores de obras ó escritos que se declaren

inocentes ó no perjudiciales, serán castigados con 50 ducados de multa, en caso de omitir en ella sus nombres, ó algún otro de los requisitos indicados en el artículo VIII. –XI. Los impresores de los escritos prohibidos en el artículo IV que hubiesen omitido su nombre ú otra de las circunstancias ya expresadas, sufrirán además de la multa que se estime correspondiente, la misma pena que los autores de ellos. –XII. Los impresores de escritos sobre materia de religión sin la previa licencia de los ordinarios, deberán sufrir la pena pecunaria que se les imponga, sin perjuicio de las que en razón del exceso en que incurran, tengan ya establecidas las leyes. –XIII. Para asegurar la libertad de la imprenta y contener al mismo tiempo su abuso, las Cortes nombrarán una junta suprema de censura que deberá residir cerca del gobierno, compuesta de nueve individuos, y á propuesta de ellos otra semejante en cada capital de provincia, compuesta de cinco. –XIV. Serán eclesiásticas tres de los individuos de las provincias, y los demás serán seculares, y unos y otros sugetos instruidos y que tengan virtud, probidad y talento necesario para el grave encargo que se les encomienda. –XV. Será de su cargo examinar las obras que se hayan denunciado al poder ejecutivo ó justicias respectivas; y si la junta censoria de provincia juzgase, fundando su dictámen, que deben ser detenidas, lo harán así los jueces y recogerán los ejemplares vendidos. –XVI. El autor ó impresor podrá pedir copia de la censura y contestar á ella. Si la junta confirmase su primera censura, tendrá acción el interesado á exigir que pase el expediente á la junta suprema. –XVII. El autor ó impresor podrá solicitar de la junta suprema que se vea primera y aun segunda vez su expediente, para lo que se le entregará quanto se hubiese actuado. Si la última censura de la junta suprema fuese contra la obra, será esta detenida sin más exámen, pero si la aprobase, quedará expedito su curso. –XVIII. Quando la junta censoria de la provincia ó la suprema según lo establecido, declaren que la obra no contiene sino injurias personales, será detenida, y el agraviado podrá seguir el juicio de injurias en el tribunal correspondiente con arreglo á las leyes. –XIX. Aunque los libros de religión no puedan imprimirse sin licencia del ordinario, no podrá este negarla sin previa censura y audiencia del interesado. –XX. Pero si el ordinario insistiese en negar su licencia, podrá el interesado acudir con copia de la censura á la junta suprema, la qual deberá exáminar la obra, y si la hallase digna de aprobación, pasar su dictámen al ordinario, para que mas ilustrado sobre la materia, conceda la licencia, si le pareciese, á fin de excusar recursos ulteriores.

Tendrálo entendido el Consejo de Regencia, y cuidará de hacerlo imprimir, publicar y circular. –*Luis del Monte*, presidente. –*Evaristo Perez de Castro*, secretario. –*Manuel de Luxan*, secretario. –Real Isla de León 10 de noviembre de 1810. –Al Consejo de Regencia.

Y para la debida execución y cumplimiento del decreto precedente, el Consejo de Regencia Ordena y manda á todos los tribunales, justicias, gefes, gobernadores, y demás autoridades así civiles como militares y eclesiásticas, de qualquiera clase y dignidad, que le guarden, hagan guardar, cumplir y executar en todas sus partes. Tendreislo entendido, y dispondréis lo necesario á su cumplimiento. *Pedro Agar*, presidente. –*Marques del Castelar*. –*José María Puig Samper*. –En la real Isla de León á 11 de noviembre de 1810. A Don Nicolás María de Sierra.

ANEXO IX

Real Decreto de Fernando VII derogando la Constitución

Valencia 4 de Mayo de 1814.

EL REY.

Dede que la divina Providencia por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi Augusto Padre Me puso en el Trono de mis mayores, del qual me tenía ya jurado sucesor el Reyno por sus Procuradores, juntos en Cortes, según fuero y costumbre de la Nación Española, usados de largo tiempo; y desde aquel fáusto día en que entré en la Capital, en medio de las más sinceras demostraciones de amor y lealtad , con que el Pueblo de Madrid salió á recibirme , imponiendo esta manifestación de su amor á mi Real Persona á las huestes francesas que con achaque de amistad se habían adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un día ejecutaría este heroico pueblo por su Rey y por su honra y dando el exemplo que noblemente siguieron todos los demás del Reyno: desde aquel día, pues, puse en mi Real ánimo, para responder á tan leales sentimientos, y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un Rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un Valido durante el reynado anterior. Mis primeras manifestaciones se dirigieron á la restitución de varios Magistrados y de otras personas á quienes arbitrariamente se había separado de sus destinos; pero la dura situación de las cosas, y la perfidia de *Buonaparte*, de cuyos crueles efecto quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblo, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la Real Familia, se cometió en toda ella, y señaladamente en mi Persona, un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, así por sus circunstancias, como por la serie de sucesos que allí pasaron, y, violado en la mas alta el sagrado derecho de gentes , fui privado de mi libertad, y, de hecho, del gobierno de mis Reynos, y trasladado á Palacio, con mis muy caros Hermano y Tio, sirviéndonos de decorosa prisión casi por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo presente mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y era gran parte de ella la consideración de los infinitos males á que quedaban expuestos: rodeados de enemigos; casi desprovistos de todo para poder resistirles; sin Rey, y sin un gobierno de antemano establecido, que pudiese poner en movimiento y reunir á su voz las fuerzas de la Nación, y dirigir su impulso, y aprovechar los recursos del Estado para combatir las considerables fuerzas, que simultáneamente invadieron la Península, y estaban ya perfidamente apoderadas de sus principales lazas. En tan lastimoso estado expedí, en la forma que, rodeado de la fuerza, lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el Decreto de 5 de Mayo de 1808 , dirigido al Consejo de Castilla, y en su defecto á qualquiera Chancillería o Audiencia que se hallase en libertad , para que convocasen las *Corte*; las cuales únicamente se habrían de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del Reyno quedando permanentes para lo demás que pudiese ocurrir; pero este mi Real Decreto por desgracia no fue conocido entonces. Y aunque después lo

fue, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticias de la cruel escena provocada en Madrid por el Gefe de las tropas francesas en el memorable día 2 de mayo, á su gobierno por medio de las *Juntas* que crearon. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Baylén: los franceses huyeron hasta Vitoria; y todas las provincias y la capital me aclamaron de nuevo Rey de Castilla y de León, en la forma con que lo han sido los Reyes mis augustos predecesores. Hecho reciente , de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusión de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazón , adonde se gravaron para no borrarse jamás. De los Diputados que nombraron las *Juntas* se formó la Central; quien exerció en mi Real Nombre todo el poder de la Soberanía desde Setiembre de 1808 , hasta Enero de 1810; en cuyo mes se estableció el primer *Consejo de Regencia*, donde se continuó el exercicio de aquel poder hasta el día 24 de Setiembre del mismo año: en el qual fueron instaladas en la Isla de Leon las *Cortes* llamadas *generales y extraordinarias*, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios, como à su Soberano, 104 Diputados, saber, 57 propietarios, y 47 *suplentes*, como consta del acta que certificó el Secretario de Estado y del despacho de Gracia y Justicia D. Nicolás Maria de Sierra; pero à estas Cortes convocadas de un modo jamás usado en España aun en los casos mas arduos, y en los tiempos turbulentos de minoridades de Reyes en que ha solido ser mas numeroso el concurso de Procuradores que en las Cortes comunes y ordinarias, no fueron llamados Estados de Nobleza y Clero, aunque la *Junta Central* lo había mandado, habiéndose ocultado con arte al Consejo de Regencia este Decreto, y también que la Junta le había asignado la presidencia de las Cortes; prerogativa de la Soberanía, que no habría dexado la Regencia al arbitrio del Congreso si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo a la disposición de las Cortes: las quales en el mismo día de su instalación, y por principio de sus actas , Me despojaron de la Soberanía , poco antes reconocida por los mismos Diputados, atribuyéndola nominalmente a la nación para apropiársela á sí Ellos mismos, y dár a esta después, sobre tal usurpación , las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva Constitución, que sin poder de provincia, pueblo ni Junta, y sin noticia de las que se decían representadas por los *suplentes* de España é Indias, establecieron los Diputados, y Ellos mismos sancionaron y publicaron en 1813. Este primer atentado contra las prerogativas del Trono, abusando del nombre de la nación, fue como la base de los muchos que á este siguieron; y á pesar de la repugnancia de muchos Diputados, tal vez del mayor numero, fueron adoptados y elevados á leyes, que llamaron *fundamentales*, por medio de la gritería, amenazas, y violencia de los que asistían á las galerías de las Cortes con que se imponía y aterraba; y á lo que era verdaderamente obra de una facción, se le revestía del especioso colorido de una voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos, que en Cádiz, y después en Madrid, ocasionaron á los buenos cuidados y pesadumbre. Estos hechos son tan notorios que apenas hay uno que los ignore, y los mismos Diarios de las Cortes dan harto testimonio de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ageno a la nación española, dió la alteración de las buenas leyes con que en otro tiempo fue respetada y feliz. A la verdad casi toda la forma de la antigua Constitucion de la Monarquía se innovo; y, copiando los principios revolucionarios y democraticos de la *Constitución francesa* de 1791 y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron , no leyes fundamentales de una monarquía moderada , sino las de un gobierno popular, con un Xefe

ó Magistrado, mero executor delegado, que no Rey; aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nación. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva Constitución, y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero también la pena con que á los que no la firmasen y jurasen se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir novedades, especialmente las respectivas á mi Real Persona y prerogativas del Trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban Diputados de Cortes, y abusando de la libertad de imprenta, establecida por estas, hacer odioso el poderío Real, dando á todos los derechos de la Magestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de Rey y Déspota y llamando tiranos á los Reyes; al mismo tiempo en que se perseguía cruelmente á qualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso; y en todo se afectó el democratismo, quitando del exercito y armada, y de todos los establecimientos que de largo tiempo habían llevado el título de Reales, este nombre y substituyendo el de Nacionales, con que se lisongeaba al pueblo; quien a pesar de tan perversas artes conservo, por su natural lealtad, los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo esto luego que entre dichosamente en el Reyno, fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos días con impudencia se espacian tan groseras é infames acerca de mi venida y mi carácter, que aun respecto de qualquier otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostración y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazón y solo fueron parte para templarla demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males, y á la opresión en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi Persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la Patria. YO os juro y prometo á Vosotros, verdaderos y leales Españoles, al mismo tiempo que Me compadezco de los males que habéis sufrido, no quedaréis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro Soberano quiere serlo para Vosotros; y en esto coloca su gloria, en serlo de una nación heroyca, que con hechos inmortales se ha grangeado la admiración de todas, y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus Reyes, ni sus buenas leyes y Constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna Constitucion posible podrá precaver del todo; ni fueron vicios de la que tenia la nación, sino de personas, y efectos de tristes pero muy rara vez vistas, circunstancias, que dieron lugar y ocasión à ellos. Todavía, para precaverlos quanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservan el decoro de la dignidad Real, y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos, que son igualmente inviolables. Yo trataré con sus Procuradores de España y de las Indias: y en Cortes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo más pronto que restablecido el órden y los buenos usos en que ha vivido la nación, y con su acuerdo han establecido los Reyes mis Augustos predecesores, las pudiere juntar; se establecerá sólida y legítimamente quanto convenga al bien de mis reynos, para que mis Vasallos vivan prósperos y felices, en una religión y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo; en lo qual, y en solo esto, consiste la felicidad temporal de un Rey y un reyno, que tienen por excelencia el título de Católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunión

de estas Cortes , donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos, que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de leyes que, afianzando la pública tranquilidad y el órden, dexen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable , que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despotico, deben vivir los ciudadanos que estan sujetos à él. De esta justa libertad gozarán tambien todos para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, saber, de aquellos límites que la sana razón Soberàna é independientemente prescribe todos para que no degeneren en licencia; pues el respeto que se debe á la religión y al Gobierno, y el que los hombres mútuamente deben guardar entre sí, en ningún gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipación de las rentas del Estado, separando la tesoreria de lo que se asignara para los gastos que exijan el decoro de mi Real Persona y Familia y el de la nación quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reyno se impongan y asignen para la conservación del Estado en todos los ramos de Su administración. Y las leyes, que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos, serán establecidas con acuerdo de las Cortes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis Reales intenciones en el gobierno de que Me voy encargar, y harán conocer à todos no un Despota ni un tirano, sino un Rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que unánimemente Me han informado personas respetables por su zelo y conocimientos, y lo que acerca de quanto aquí se contiene se Me ha ex- puesto en Representaciones que de varias partes del Reyno se me han dirigido, en las quales se expresa la repugnancia y disgusto con que así la Constitución formada en las *Cortes generales y extraordinarias*, como los demás establecimientos políticos de nuevo introducidos, son mirados en las provincias; los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarían si Yo autorizase con mi consentimiento, y jurase aquella Constitución; conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas; declaro: que mi Real ánimo es no solamente no jurar ni acceder á dicha Constitución ni á decreto alguno de las Cortes generales y extraordinarias y de las ordinarias actualmente abiertas, á saber , los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi Soberanía, establecidas por la constitución y las leyes en que de largo tiempo la nación ha vivido, sino el declarar aquella *Constitución* y tales *Decretos* nulos y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligación en mis pueblos y súbditos, de qualquiera clase y condición, cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiese sostenerlos, y contradixere esta mi Real declaración, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaría contra las prerogativas de mi Soberanía y la felicidad de la nación, y causaría turbación y desasosiego en mis Reynos; declaro reo de lesa Magestad á quien tal osare ó intentare, y que como á tal se le imponga la pena de la vida, ora lo execute de hecho, ora por escrito, ó de palabra, moviendo ó incitando, ó de qualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha constitución y decretos. Y para que entretanto que se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el Reyno , acerca de lo qual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administración de justicia; es mi Voluntad, que entre tanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos, que se hallan establecidas, los jueces de letras adonde los hubiere, y las Audiencias, Intendentes

y demás tribunales de justicia en la administración de ella; y en lo político y gubernativo los Ayuntamientos de los pueblos segun de presente están, y entretanto que se establece lo que convenga guardarse, hasta que, oídas las Cortes que llamaré, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del Reyno. Y desde el día en que este mi Decreto se publique, y fuere comunicado al Presidente que á la razón lo sea de las Cortes, que actualmente see hallan abiertas, cesarán estas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores, y quantos expedientes hubiere en su archivo y secretaría, en poder de qualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la execucion de este mi Real Decreto; y se depositen por ahora en la casa de Ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen; los libros de su biblioteca se pasarán à la Real; y á qualquiera que tratare de impedir la execucion de esta parte de mi Real Decreto, de qualquier modo que lo haga, igualmente le declaro reo de lesa Magestad y que como á tal se le imponga la pena de la vida. Y desde aquel día cesará en todos los juzgados del reyno el procedimiento en qualquier causa, que se halle pendiente por *infraccion* de *Constitucion*; y los que por tales causas se hallaren presos , ó de qualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo según las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así es mi Voluntad, por exigirlo todo así el bien y la felicidad de la nación. Dado en Valencia á 4 de Mayo de 1814. = YO EL REY. = como secretario del Rey con exercicio de decretos y habilitado especialmente para este Pedro de Macanaz.



ANEXO X

Decreto CCLXII de 8 de junio de 1813

Sobre el libre establecimiento de fábricas y ejercicio de qualquier industria útil.

Las Cortes generales y extraordinarias, con el justo objeto de remover las trabas que hasta ahora han entorpecido el progreso de la industria, decretan.

I Todos los españoles y extranjeros avecinados, ó que se avecinden en los pueblos de la Monarquía, podrán libremente establecer las fábricas ó artefactos de qualquiera clase que les acomode, sin necesidad de permiso ni licencia alguna, con tal que se sujeten á las reglas de policía adoptadas, ó que se adopten para la salubridad de los mismos pueblos.

II Tambien podrán exercer libremente qualquiera industria ú oficio útil, sin necesidad de exámen, título ó incorporación á los gremios respectivos, cuyas ordenanzas se derogan en esta parte.

Lo tendrá entendido la Regencia del reyno, y dispondrá su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. –Dado en Cádiz á 8 de junio de 1813. –*Florencio Castillo*, Presidente. –*José Domingo Rus*, Diputado Secretario. –*Manuel Goyanes*, Diputado Secretario. –A la Regencia del reyno. –*Reg. Lib. 2. Fel. 187.*

ANEXO XI

Real Orden de 28 de febrero de 1839: autorización y fomento de las Sociedades de Socorros Mutuos.

«Con motivo de haber remitido a la aprobación de S.M. la comisión del “Montepío particular de Barcelona”, llamado de Nuestra Señora de la Ayuda, las nuevas ordenanzas formadas para el régimen de dicha asociación y con deseo de fomentar las que de su especie existan y promover la creación de otras de semejante naturaleza, se ha servido Su Majestad la Reina Gobernadora resolver que los socios de las Corporaciones, cuyo instituto sea el auxiliarse mutuamente en sus desgracias, enfermedades, etc., o el reunir en común el producto de sus economías con el fin de ocurrir a sus necesidades futuras, pueden constituirse libremente y sin otras condiciones que las siguientes:

1. Presentar a la Autoridad civil superior de la provincia los nuevos estatutos o reformas que convenga hacer en los actuales para su conocimiento y corrección de lo que puedan tener contrario a las leyes.
2. Dar conocimiento a la misma autoridad de las personas que dirigen la sociedad o que intervengan en sus caudales, siempre que sean nombradas o reemplazadas.
3. Avisar al Jefe Político, o donde éste no resida al Alcalde, cuando se celebren juntas generales, expresando el lugar y hora de la reunión, la cual podrá ser presidida sin voto por aquél, o en su caso por el Alcalde.»

ANEXO XII

Gobierno Político de La Habana

ORDEN PÚBLICO

La lectura de periódicos políticos, hecha en alta voz de un modo público en algunos talleres de diversos oficios, dirigida principalmente a los operarios que trabajan en los mismos, está ocasionada a producir frecuentes disputas y excisiones que engendran odios y enemistades de graves consecuencias. Deber de mi autoridad es prevenir el mal allí donde se halle, para evitar, si es posible, los castigos determinados en las leyes.

Con la tolerancia de las lecturas públicas, vienen a convertirse en círculos políticos las reuniones de los artesanos y esta clase de la sociedad sencilla y laboriosa, que carece de instrucción preparatoria para poder distinguir y apreciar las falsas teorías de lo que es útil, lícito y justo, se deslumbra y alucina fácilmente con la exagerada interpretación de las doctrinas que escucha.

Sucede también que de la lectura de los periódicos se pasa a la de libros que contienen sofismas o máximas perjudiciales para la débil inteligencia de las personas que no poseen el criterio y estudios necesarios para juzgar con acierto las demostraciones de escritores que, pretendiendo cumplir la misión de instruir al pueblo, lo extravían muchas veces en grave daño de la paz de las familias.

La instrucción sólida que lleva la inteligencia al conocimiento de la verdad se adquiere por principios en las escuelas que costean las Municipalidades y establece el Gobierno y se adquiere en los libros de texto publicados por escritores de reconocida actitud literaria y moral y aprobados por las autoridades competentes.

La lectura de la doctrina cristiana, de los bandos de buen Gobierno y disposiciones de las autoridades, las lecciones que enseñan la manera de conducirse con moderación y urbanidad y los tratados escritos sobre las artes y oficios, son los libros que educan y enseñan a las clases menos privilegiadas formando honrados padres de familia y ciudadanos útiles o laboriosos a la patria. Sin educación preparatoria no se puede juzgar con exactitud de los artículos de los periódicos y de otras obras políticas y sociales leídas públicamente y comentadas por colectividades que teniendo una misión ajena a la controversia de la política se distraen del preferente objeto de sus trabajos respectivos, con notable perjuicio de sus intereses privados.

Desde el momento en que se permitan las reuniones de artesanos con otro fin que el peculiar de su trabajo, se convertirán los talleres en clubs políticos, como indudablemente había de suceder, con discusiones y lecturas peligrosas que enardecen los ánimos y exasperan las pasiones; y semejante tolerancia constituye una falta grave a las leyes que prohíben las asociaciones políticas como todo cuanto pueda introducir la confusión, la anarquía y el desasosiego en la sociedad.

No hay que pretender que se pongan límites ni se fijen reglas a la libertad que tienen todos los individuos para ocuparse en sus horas de ocio o descanso en la lectura en periódicos

y libros permitidos; ya sea particularmente o en el seno de las respectivas familias. Pero no es de tolerar la extralimitación de las lecturas públicas hechas en los círculos a que me he referido con manifiesto detrimento del trabajo y con ofensa a las leyes que no consienten las asociaciones políticas ni de otra clase, sin permiso de la autoridad, por más que se quiera disfrazarla con apariencia del arte, oficio u ocupación que ejerzan los asociados.

Los operarios dependientes de los talleres y establecimientos deben ocuparse con asiduidad y esmero del trabajo a que se dedican, no debiendo V. S. permitir que por una tolerancia mal entendida se trate de extraviar o corromper y seducir a una clase de la sociedad, que por lo mismo que es laboriosa, pacífica y sencilla es más digna de la protección y amparo tutelar de los representantes del Gobierno encargados de la observancia y aplicación de las leyes.

La ilustración que reconozco en V. S. me evita extenderme en otro orden de consideraciones respecto de este importante asunto, limitándome por lo mismo a encargarle que cuide por sí y por medio de los empleados dependientes de la Jefatura de su cargo, del cumplimiento de las disposiciones siguientes:

1ª -Se prohíbe distraer a los operarios de las tabaquerías, talleres y establecimientos de todas clases con la lectura de libros, periódicos, ni con discusiones extrañas al trabajo que los mismos operarios desempeñan.

2ª -Los empleados y dependientes del ramo de la policía ejercerán constante vigilancia para poner a disposición de mi autoridad a los dueños, representantes o encargados de los establecimientos que contraviniesen al presente mandato a fin de que sean juzgados con arreglo a las leyes según la gravedad del caso.

Esta orden de cuyo recibo me dará V.S. aviso, se publicará tres días consecutivos en el periódico oficial para conocimiento de todos. -Dios guarde a V.S. muchos años. -Habana, 14 de mayo de 1866. -Cipriano del Mazo. Sr. Jefe principal de Policía.

Y en cumplimiento de lo dispuesto por S.S.I. se inserta del modo que ha sido ordenado.

Habana, 14 de mayo de 1866. -El Secretario. -José de Villasante Catalán.

Publicado en *Diario de la Marina*, 15 de mayo de 1866.

ANEXO XIII

Registro de los peninsulares procesados en la causa abierta contra *El Trabajo* por su suplemento del 11 de mayo de 1892.

NOMBRE	PROCEDENCIA	EDAD	ESTADO CIVIL	TRABAJO	DIRECCIÓN	ASOCIACIÓN	OTROS DATOS
Juan Hipólito Brito	Santa Cruz de Tenerife	38	Casado (un hijo)	Confitero	C/ Infanta 134	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Confiteros (Secretario de la Sección)	
Agustín Estrada y Suero	Colunga (Asturias)	44	Soltero (2 hijos)	Dependiente de fonda		Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Fonderos (Contador)	
José Antonio Rivero y Domínguez	Canarias	46	Casado	Confitero	C/ Jesús del Monte Dolores 22	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores. (Vocal de la Directiva)	
José Cabalar y Martínez	Estrada (Pontevedra)	34	Casado (1 hijo)	Cochero	C/ San Rafael 141	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Cocheros.	
Feliciano Fernández y Ares	Mondoñedo (Lugo)	27	Soltero	Carpintero	C/ Lamparilla 92	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Carpinteros	
Vicente Pereira y Lafrez	Pedroso (La Coruña)	25	Soltero	Repartidor del periódico La Discusión	C/ San Lázaro 146		Voluntario. Cabo Primero de la Quinta Compañía del Primero de Artillería de La Habana. (Sin cruces ni condecoraciones)

Pedro Lens y Ferreiro	Galicia (bautizado en Logrosa)	30	soltero	Cochero	C/ San Rafael 141	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Cocheros. (Contador y miembro de la Junta Directiva)	
Cristóbal Fuentes y Gómez	Antequera (Málaga)	31	Soltero	Tabaquero	C/ Germano 42	Círculo de Trabajadores (Presidente)	
Manuel Martínez y Fernández	Mondoñedo (Lugo)	38		Tabaquero	C/ Dragones 39		
José Fraga y Brandeiro	Cerdido (La Coruña)	29	Soltero	Pintor	C/ Factoría 104		
Agustín Tarragó y Oliver	Zaragoza	54	Casado	Carpintero	C/ Concordia 196		Analfabeto
Agustín Fernández y Cabañas	Asturias	22		Dependiente de fonda	C/ Concepción de la Valla 1		Voluntario. Primera Compañía del Segundo Batallón.
Sebastián Fernández y Menéndez	Boronas (Asturias)	23	Soltero	Dependiente de fonda	C/ Lealtad 36	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fondas. (Secretario)	Voluntario. Primera Compañía, Primer Batallón de Cazadores.
Adolfo González y Pérez	Carbonas (Oviedo)	20	Soltero	Dependiente de fonda	C/ Lealtad 36	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fondas.	Voluntario. Cuarta Compañía Primer Batallón de Ligeros.
Manuel Vigo y Hermida	Santa Marina (La Coruña)	16		Dependiente de comercio			Voluntario. Primera Compañía, Segundo Batallón de Cazadores
Benito García y Vilas	Bueu (Pontevedra)	18	Soltero	Dependiente de fonda	C/ Concepción de la Valla 1	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fondas.	Voluntario. Segunda Compañía, Primer Batallón de Ingenieros.

José Fernández y Fernández	Cangas de Narcea (Asturias)	33	Soltero	Dependiente de fonda		Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección Gremio de Dependientes de Fonda.	
José Fonticobe y López	Valdoviño (La Coruña)	41	Soltero (1 hijo)	Cochero	C/ San Lorenzo 294	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección Gremio de Cocheros.	
Nicolás Rivera y López	San Claudio (La Coruña)	36	Soltero	Cochero	C/ Monte 399		
Bernardo Grillo y Castiñeiras	Viveiro (Lugo) (Bautizado en Viveiro)	39	Casado (3 hijos)		C/ Príncipe Alfonso 399	No pertenece a ninguna asociación obrera, aunque frecuenta el local del Círculo de Trabajadores.	Varias condecoraciones militares con motivo de la Guerra Civil de España
Benito Verdial y Yáñez	Viveiro (Lugo)	32		Cochero		Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Cocheros	Voluntario. Séptima Compañía del Primer Batallón de Cazadores.
Rafael García y López	Beifar (Oviedo)	33	Casado	Tabaquero	C/ Reina 135	Junta Central de Trabajadores de la Alianza Obrera de Cárdenas. (Delegado)	Procesado con anterioridad.
Francisco París y Pedral	Monclá (Lérida)	43	Soltero	Carpintero	C/ Zanja 142	No pertenece a ninguna asociación obrera, aunque frecuenta el local del Círculo de Trabajadores.	
Genaro Rodríguez Fernández	Folgueras (Asturias)	29	Casado	Tabaquero		Círculo de Trabajadores	
Nicolás Chao y Guerreiro	Orol (Lugo)	36	Soltero	Cochero	C/ Ancha del Norte 390	Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Cocheros	

RELACIÓN DE EMIGRADOS IMPLICADOS EN EL ANARQUISMO CUBANO.

ELÍAS ALEMANY RODRÍGUEZ.

Canario nacido en 1859 e hijo de Bartolo Alemany y Josefa Rodríguez. Durante su estancia en Cuba trabajó como redactor en los periódicos libertarios *El Libre Pensamiento* y *El Productor*. Fue encarcelado por desacato a la Autoridad y por robo, delito este último por el que pagó una pena de ocho años de prisión. También fue acusado de ser el redactor del "Suplemento al proletario" publicado por *El Productor* en septiembre de 1892.

JOSÉ CABALAR MARTÍNEZ.

Hijo de Manuel y Josefa nació en A Estrada (Pontevedra) en 1858, siendo bautizado en esa misma parroquia con el apadrinamiento de Juan Martínez y Carmen Cabalar. Casado y con un hijo vivió en Cuba alojado en la Calle San Rafael número 141. Se dedicó al oficio de cochero y estuvo muy ligado al movimiento obrero de La Habana, siendo miembro de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección de Gremio de Cochero, entidad de la que llegó a ser Secretario en 1892. El 11 de mayo de ese mismo año fue uno de los muchos firmantes del "Suplemento" de *El Trabajo*, acto por el que fue llevado ante el juez días después.

JUSTO CHALAFET Y LÓPEZ.

Madrid (1846). Emigró a Cuba donde se ubicó en el número 89 de la Calle Teniente Rey. Tomó parte en el giro hacia la acción acometido por el obrerismo a partir de la celebración del Congreso Obrero de 1892. Fue integrante de los piquetes que, por medio de amenazas, intentaron imponer entre sus contrarios los principios emanados de la asamblea.

TOMÁS CHAO E IGLESIAS.

Nacido en Lugo en (1867). Cantero de profesión se hospedó en la Calle Romy de La Habana. Allí entró en contacto con el movimiento obrero y participó en el giro pragmático dado por este tras el Congreso de 1892. Debido a sus convicciones, fue miembro de los piquetes que amenazaron a varias personas que no cumplieron, por distintos motivos, con los pactos acordados en dicha reunión.

NICOLÁS CHAO Y GUERREIRO.

Lucense natural de Orol (1856), hijo de Vicente y Teresa. Vivió como inmigrante en la Calle Ancha del Norte de La Habana, ciudad en la que ejerció de cochero. Fue miembro de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección de Cocheros de Alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana.

FELIX CHAO Y PILLO.

Este ferrolano nacido en 1876, hijo de Manuel y Antonia, trabajó como dependiente en La Habana, teniendo como lugar de residencia la Calle Prado 101. Participó en la Sesenta Compañía del Batallón del Cuerpo de Voluntarios de Ligeros Número Uno. Más tarde, en 1893, fue acusado de provocación a la rebelión y sedición por la redacción de un texto titulado "La Anarquía", publicado en el semanario *La Alarma* del 24 de diciembre de 1893.

MANUEL CLAVIJO.

Canario nacido en 1868. EN Cuba desempeñó el oficio de Sastre y vivió en el número 5 de la Calle Numancia de La Habana. Participó en la consolidación del movimiento obrero de corte libertario cubano. Fue uno de los encargados de fundar nuevos Círculos de Trabajadores por distintas poblaciones de la Isla. Así, en 1890 fue uno de los creadores del Círculo de Trabajadores de Batabanó, siendo además elegido como miembro de la Junta Directiva.

ALBERTO DE BARCO Y PLAZA.

Burgos (1859) emigrado en La Habana. Concienciado con la causa obrera, participó en numerosas luchas, lo que le llevó a cumplir penas de prisión que, sin embargo, no mermaron su espíritu. En 1888, estando recluso, fue acusado de un delito de injurias a la Autoridad por medio de prensa, gracias a la redacción de un texto publicado en el semanario *La Dinamita*.

AGUSTÍN ESTRADA Y SUEIRO.

Natural de Colunga, Asturias, donde nació en 1848. Siendo hijo de Juan Estrada y Úrsula Suero fue bautizado en la parroquia de Colunga apadrinado por Francisco y María Suero. Una vez en Cuba, desempeñó el trabajo de dependiente de fonda, empleo bastante común entre el colectivo inmigrante. En el momento de ser llamado a declarar como uno de los firmantes del "Suplemento" de *El Trabajo* del 11 de mayo de 1892, era Contador de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Fonderos.

FELICIANO FERNÁNDEZ ARES.

Nació en Mondoñedo, provincia de Lugo, en 1865. En presencia de sus padres, Pascual y Josefa, y de sus padrinos, Feliciano y Antonia, fue bautizado en la parroquia de Mondoñedo. Soltero viajó a La Habana donde trabajó como Carpintero y vivió en la Calle Lamparilla 92. Miembro de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Carpinteros, fue detenido por las autoridades a causa de su implicación en la publicación del "Suplemento" de *El Trabajo*, que vio la luz el 11 de mayo de 1892.

AGUSTÍN FERNÁNDEZ Y CABAÑAS.

Asturiano nacido el año 1870. De padre desconocido adquirió los apellidos de su madre. Emigrado en Cuba se empleó como dependiente de fonda, alojándose en la Calle Concepción de la Valla 1. Formó parte del Cuerpo de Voluntarios, siendo miembro de la Primera Compañía del Segundo Batallón. Gracias a su servicio militar y a su trabajo como dependiente pudo entrar en contacto con el mundo obrero y el semanario *El Trabajo*.

JOSÉ FERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ.

Cangas de Narcea (1859). Dependiente de fonda en La Habana, fue miembro de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección Gremio de Dependientes de Fonda y uno de los firmantes del “Suplemento” de *El Trabajo*.

SEBASTIÁN FERNÁNDEZ Y MENÉNDEZ.

Natural de Boronas (1869), hijo de Francisco y María. Soltero. Trabajó en La Habana como dependiente de fonda, compartiendo alojamiento con otro anarquista español, Adolfo González y Pérez) en el número 36 de la Calle Lealtad (La Habana). Este asturiano que formó parte del Cuerpo de Voluntarios, Primera Compañía, Primer Batallón de Cazadores, tuvo un fuerte compromiso con la causa obrera cubana, hasta el punto de convertirse, en 1892, en Secretario de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fonda. Además, fue llamado a declarar por su participación en la signatura del “suplemento” de *El Trabajo* del 11 de mayo de 1892.

MAXIMINO FERNÁNDEZ.

Este asturiano fue una de las más destacadas figuras del anarquismo en Cuba. Su compromiso con la lucha obrera lo llevaron en 1889 a ocupar la presidencia de la Junta Central de Artesanos, puesto desde el que coordinó la actividad de la asociación en una época especialmente caracterizada por la conflictividad laboral. El prestigio que Fernández atesoraba entre los trabajadores insulares le hizo ser uno de los instigadores del Congreso Regional Obrero de 1892. En esta asamblea, que cambiaría el rumbo del obrerismo cubano, presidió varias sesiones, se destacó por su radicalismo en otras tantas y fue quien propuso la idea, aprobada por el Congreso, de crear en Cuba una Federación de Trabajadores similar a la desaparecida FTRE.

JOSÉ FONTICOBÉ Y LÓPEZ.

Nacido en Valdoviño en 1851 y bautizado en la misma localidad por sus padres, Francisco y Juana y sus padrinos, José Fonticobé y Josefa Calvo. En La Habana se desempeñó como cochero. Pese a aparecer como uno de los firmantes del “Suplemento” de *El Trabajo*, no fue esta su participación más relevante dentro del movimiento obrero cubano de cuantas tenemos conocimiento. Su actividad reivindicativa fue más que notable dentro de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección Gremio de Cocheros de Alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de

La Habana. Tal fue el prestigio que se granjeó que sería reelegido en diversos puestos de la Junta Directiva de la Sección durante varios años consecutivos.

JOSÉ FRAGA Y BRANDEIRO.

Originario de Cercido (1863), La Coruña, bautizado en esa misma localidad e hijo de Antonio y Luisa. En La Habana se alojó en la Calle Factoría 104 y desempeñó el oficio de pintor. Fue acusado en 1892 de injurias a la autoridad a través de prensa escrita por su apoyo al semanario *El Trabajo*.

CRISTÓBAL FUENTES Y GÓMEZ.

Natural de Antequera (1861) y bautizado en la Parroquia de Santa María en presencia de sus padrinos, Manuel Gómez y Teresa Fuentes, y de sus padres, Cristóbal y Antonia. Viajó soltero a La Habana, hospedándose en la Calle Germano 42, para trabajar de tabaquero, siendo uno de los más destacados anarquistas españoles afincados en Cuba. Estuvo presente en la elaboración del dictamen y el programa organizativo resultantes del Congreso Obrero de 1887, fue uno de los promotores de la celebración del Primero de Mayo de 1890, participó como miembro fundador en la creación del grupo de acción anarquista Sección 1º de Mayo y se encontraba entre quienes firmaron el "Suplemento" de *El Trabajo* en mayo de 1892. Su prestigio dentro del obrerismo insular fue de tal calibre que no solo presidió numerosos actos y mítines, sino que llegó a alcanzar la presidencia del Círculo de Trabajadores de La Habana en 1892.

SATURNINO GARCÍA Y ÁLVAREZ.

Pamplonés nacido en 1859. En Cuba fue Teniente del Cuerpo de Voluntarios del Segundo Batallón de Ligeros. Trabajó como periodista en *La Dinamita*, siendo encarcelado. En este semanario adquirió la experiencia suficiente como para desempeñar, en 1892, el puesto de Director en *El Libre Pensamiento*, labor que también le generó problemas con la ley.

RAFAEL GARCÍA Y LÓPEZ.

Natural de Beifar (1859), hijo de Fernando e Isabel. Este asturiano emigró a La Habana para trabajar como tabaquero, hospedándose en la Calle Reina 135 de la Capital. Tras varios procesos relacionados con la lucha obrera, ocupó el cargo de Delegado en la Junta Central de Trabajadores de la Alianza Obrera de Cárdenas, sección radicalizada de la Junta.

BENITO GARCÍA Y VILAS.

Nacido en 1874 en Bueu (Pontevedra). Hijo de Domingo y Benita, bautizado en su localidad de nacimiento siendo padrinos Benito y Benita García. Soltero. En Cuba trabajó como dependiente de fonda, hospedándose en la Calle Concepción de la Valla 1. También participó en el Cuerpo de Voluntarios, Segunda Compañía, Primer

Batallón de Ingenieros. Afiliado en la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fonda, su nombre se encontraba entre quienes suscribieron el “Suplemento” de *El Trabajo*.

EDUARDO GONZÁLEZ BOVÉS.

Oriundo de Oviedo (1870), se empleó en La Habana como Tabaquero, habitando en el número 136 de la Calle Industria. La trayectoria obrerista ovetense fue tan larga como intensa. Participó en 1885, con tan solo quince años, en la fundación del Círculo de Trabajadores de La Habana, siendo posteriormente miembro de la comisión encargada de divulgar el “Manifiesto-Programa” de esta institución por las poblaciones colindantes a la capital. Este viaje, en el que fue acompañado por Enrique Messonier, Enrique Creci y Julio Fabre, fue aprovechado para difundir, de manera simultánea, los principios del anarquismo. También participó en las diferentes sesiones del Primer Congreso Obrero de Cuba de 1887, así como fue impulsor y orador en la celebración del Primero de Mayo de 1890. Más tarde, en el Congreso de 1892, fue una de las figuras más influyentes, presidiendo algunos debates y destacándose por su efusividad y radicalismo en todos ellos. El prestigio alcanzado, pese a su juventud, le permitió ser director de entidades tan importantes como *El Productor* y el Círculo de Trabajadores de La Habana.

ADOLFO GONZÁLEZ Y PÉREZ.

Nacido en Carbonas, Oviedo, en 1872. Hijo de José y Antonia y ahijado de Eloísa y Adolfo. Trabajó como dependiente de fonda en La Habana, compartiendo alojamiento con Sebastián Fernández y Menéndez en la Calle Lealtad 36. Al igual que su compañero ingresó en el Cuerpo de Voluntarios, Cuarta Compañía, Primer Batallón de Ligeros y fue afiliado de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Dependientes de Fondas. También suscribió el “Suplemento” de *El Trabajo*.

BERNARDO GRILLO Y CASTIÑEIRAS.

Oriundo de Viveiro (1853) e hijo de Gregorio e Ignacia. Junto a su mujer y sus tres hijos habitó una vivienda en el número 399 de la Calle Príncipe Alfonso de La Habana. Pese a no reconocer pertenencia a sindicato alguno, se intuye su vinculación con el mundo libertario por su respaldo al “Suplemento” de *El Trabajo*. Recibió varias condecoraciones militares con motivo de su participación en la Tercera Guerra Carlista.

EMILIANO HERRERA Y UGARTE.

Nacido en Burgos en 1856. Vivió en la habanera Calle Industria 129, dedicándose a la labor de periodista. Su dedicación le llevó a alcanzar el puesto de director de *La Dinamita* y a ser procesado en varias ocasiones por injurias a la Autoridad.

JUAN HIPÓLITO BRITO.

Nació en Santa Cruz de Tenerife en 1854, siendo hijo de Domingo y Feliciano y bautizado en la parroquia de la Concepción bajo el apadrinamiento de Juan José Febles y Antonia. En su estancia en La Habana desempeñó el oficio de confitero, alojándose en la Calle Infanta número 104. Comprometido con el movimiento obrero cubano, fue nombrado Secretario de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Confiteros. Fue interrogado por el juez el 14 de mayo de 1892 a causa de ser uno de los firmantes del "Suplemento" de *El Trabajo* publicado tres días antes de su declaración.

PEDRO LENS Y FERREIRO.

Nacido en Galicia en 1862 en una localidad sin identificar, aunque fue bautizado del Logrosa (La Coruña) en presencia de sus padres, Manuel y Benita, y de sus padrinos, Pedro Suárez y María Mosuelos. Soltero. En Cuba, vivió en la Calle San Rafael 141, dedicándose al oficio de cochero. Su entrega a la causa obrera le llevó a ser Contador y miembro de la Junta Directiva de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores Sección del Gremio de Cocheros. Fue detenido como firmante del "Suplemento" de *El Trabajo* en mayo de 1892, siendo absuelto por un error a la hora de publicarse su nombre en el escrito.

JOAQUÍN MACUÑANA Y MANLLIN.

Gaditano del que desconocemos su edad. Emigrado en La Habana se alojó en el número 10 de la Calle O'Reilly. Si bien declaró no pertenecer a ningún grupo relacionado con la lucha obrera, existió una vinculación clara entre Macuñana y el movimiento obrero, dado que fue regente de la Imprenta La Tipográfica, utilizada para la emisión de varios semanarios y panfletos de corte libertario como *La Dinamita*.

MANUEL MARTÍNEZ Y FERNÁNDEZ.

Nacido en Mondoñedo (Lugo) en 1854, hijo de Ángel y Matilde y bautizado en la Catedral. En su periplo cubano tuvo su domicilio en la Calle Dragones 39 y se empleó como tabaquero. Fue detenido como firmante de "El Suplemento" de *El Trabajo* en mayo de 1892.

CRECENTO MARTÍNEZ.

Nacido en Ávila en el año 1865 se trasladó a La Habana donde se alojó en el número 73 de la Calle Zanja. En la capital cubana desempeñó labores de apoyo y almacenamiento del semanario anarquista *El Productor*, motivo por el cual sería detenido y llevado ante el juez el día 3 de octubre de 1892.

PEDRO MERINO.

Asturiano y uno de los más importantes miembros del anarquismo cubano. Ya en 1883 tenemos noticias de su actividad obrerista, al ocupar el puesto de tesorero en la Junta Central de Artesanos. En 1885, fue uno de los fundadores del Círculo de Trabajadores de La Habana, formando parte también de su primera Junta Directiva. En 1886 fue nombrado Presidente de la Junta Central de Artesanos, sociedad que bajo este mandato aprobó una normativa que la situaron en la órbita del anarquismo. Este cargo presidencial lo mantendría en las siguientes dos elecciones. En 1887, fue uno de los promotores del Primer Congreso Obrero Cubano, siendo además presidente en varias de las sesiones. También participó en la expansión de los principios del Círculo de Trabajadores, dado que fue fundador y directivo de la filial de El Pilar.

RAMÓN OTERO.

Natural de la provincia de La Coruña, donde nació en 1866. Se empleó como sastre en La Habana, donde compartió alojamiento con Manuel Clavijo en el número 5 de la Calle Numancia. Junto a este último y Jaime Tarsol, fundó el Círculo de Trabajadores de Batabanó, del que fue elegido secretario.

LEÓN PALANCA ARIBAO.

Barcelonés (1868). Emigrado dedicado a la carpintería. Vivó en la Calle Aguacate 55. Fue uno de los miembros de las sociedades obreras que, en 1892, decidió decantarse por una vía de acción mucho más directa. Así en enero de ese mismo participó en la organización de piquetes y en las amenazas contra quienes se oponían a las decisiones del Congreso Obrero. Fue detenido y enjuiciado por ello.

FRANCISCO PARÍS Y PEDRAL.

Catalán oriundo de Monclá (1849), hijo de Ramón y Carmen. Se empleó en La Habana como carpintero, teniendo su vivienda en el número 142 de la Calle Zanja. Pese a declarar no pertenecer a ningún sindicato, aparece en la documentación judicial vinculado al semanario anarquista *El Trabajo*.

VICENTE PEREIRA Y LAFREZ.

Nació en Pedroso (La Coruña) en 1867, donde fue bautizado en presencia de sus padres Juan y Manuela. Soltero. En La Habana se alojó en la Calle San Lázaro 146, trabajando como repartidor de *La Discusión*. También se desempeñó como Voluntario, alcanzando el rango de Cabo Primero de la Quinta Compañía del Primero de Artillería de La Habana, no obteniendo por ello cruces ni condecoraciones. Fue uno de los muchos Voluntarios que empatizaron y participaron en el fortalecimiento del movimiento obrero cubano, siendo por ellos detenido como uno de los firmantes del "Suplemento" de *El Trabajo* del 11 de mayo de 1892.

GABRIEL PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Nacido en Asturias en 1860. En Cuba desempeñó el trabajo de curtidor, alojándose en la Calle Real. Fue miembro de la Junta Directiva del Círculo de Trabajadores de Batabanó, motivo por el que fue acusado de incitación a la rebelión.

ENRIQUE PICÓN Y FERNÁNDEZ.

Zafra (1858), soltero. Trabajó en La Habana como barbero donde fue encarcelado por delitos de insubordinación. Desde allí, se implicó en la redacción de un texto declarado injurioso contra el Presbítero Emilio Fernández González en el periódico *El Libre Pensamiento* publicado el 23 de noviembre de 1892.

NICOLÁS RIVERA Y LÓPEZ.

Nacido en San Claudio (1856), provincia de La Coruña, hijo de Manuel y Juana. Vivió en el número 399 de la Calle Monte, en La Habana, donde trabajó como cochero. Suscribió el "Suplemento" de *El Trabajo* en mayo de 1892.

JOSÉ ANTONIO RIVERO Y DOMÍNGUEZ.

Canario nacido en 1846. Casado e hijo de Blas y María, viajó a La Habana donde se hospedó en el número 22 de la Calle Jesús del Monte Dolores. Confitero de profesión fue detenido como consecuencia de su apoyo firmado al "Suplemento" de *El Trabajo* emitido el 11 de mayo de 1892. EN el momento de su arresto era vocal de la Directiva de la Sociedad de Obreros del Círculo de Trabajadores.

GENARO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ.

Nació en Folgueras (Asturias) en 1863, siendo hijo de Ceferino y Carlota. Trabajó como tabaquero en La Habana y fue miembro del Círculo de Trabajadores y de *El Trabajo*.

VALERIANO RODRÍGUEZ.

Asturiano destacado como anarquista dentro del mundo obrero cubano. Fue miembro fundador de la Junta Central de Artesanos y su primer presidente en los momentos previos a la irrupción del anarquismo como fuerza dominante dentro de la institución. Pese a su firme y autorreconocida simpatía anarquista, desempeñó su cargo de una manera flexible y dejando participar de las decisiones de la JCA a sus enemigos políticos. Murió en 1883 ostentando aún su puesto en la JCA.

JOSÉ TABOADA.

Nacido en La Coruña (1864) emigró a La Habana donde trabajó como relojero. Allí fue redactor del semanario libertario *El Productor* y fundador del grupo de acción anarquista Sección 1ª de Mayo, junto a Cristóbal Fuentes y Florentino Cabrera. Fue

detenido, encausado y encarcelado por un delito de provocación a la rebelión por medio de la imprenta.

AGUSTÍN TARRAGÓ Y OLIVER.

Oriundo de Zaragoza (1838), hijo de Ramón y María. Carpintero de oficio y de estado civil casado. Habitó en la Calle Concordia 196 de La Habana, donde participó en el desarrollo del movimiento obrero anarquista. Pese a ser analfabeto, fue acusado en 1892 de incitación a la rebelión por sus nexos con el semanario *El Trabajo*.

JAIME TARSOL Y PUYOL.

Emigrado oriundo de Barcelona (1866) desempeñó en la Isla, residiendo en Calle Ancha 2 de La Habana, el oficio de calafate. Fue fundador del Círculo de Trabajadores de Batabanó en 1890, desempeñando además, dentro de esta asociación, el cargo de Tesorero.

BENITO VERDIAL Y YÁÑEZ.

Nacido en Viveiro (Lugo) en 1860, hijo de José y Vicenta. Trabajó en La Habana como cochero, siendo miembro de la Sociedad de Obrero del Círculo de Trabajadores Sección de Cocheros de Alquiler, Ómnibus y Líneas urbanas de La Habana. Su labor dentro de esta agrupación fue más que notable, siendo reelegido durante varias legislaturas consecutivas para desempeñar diferentes cargos dentro de la Junta Directiva. SU nombre también aparece relacionado con el "Suplemento" de *El Trabajo*.

JOSÉ VIDÁN Y BUYO.

Nació en La Coruña en 1852, siendo hijo de Agustín y Vicenta. Casado y con tres hijos, vivió en la Calle Maloja 105 de La Habana. Dedicado al periodismo, fue director del semanario libertario *El Libre Pensamiento*.

MANUEL VIGO Y HERMIDA.

Originario de Santa María (1876) en la provincia de La Coruña. Empleado en la capital cubana como dependiente de comercio, fue Voluntario en la Primera Compañía, Segundo Batallón de Cazadores. Aunque no reconoció afiliación a ningún sindicato, formó parte del grupo de firmantes del "Suplemento" de *El Trabajo*.